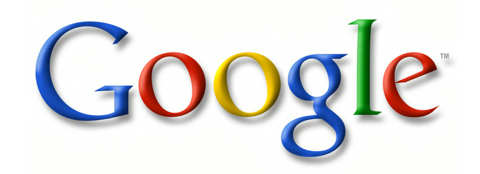
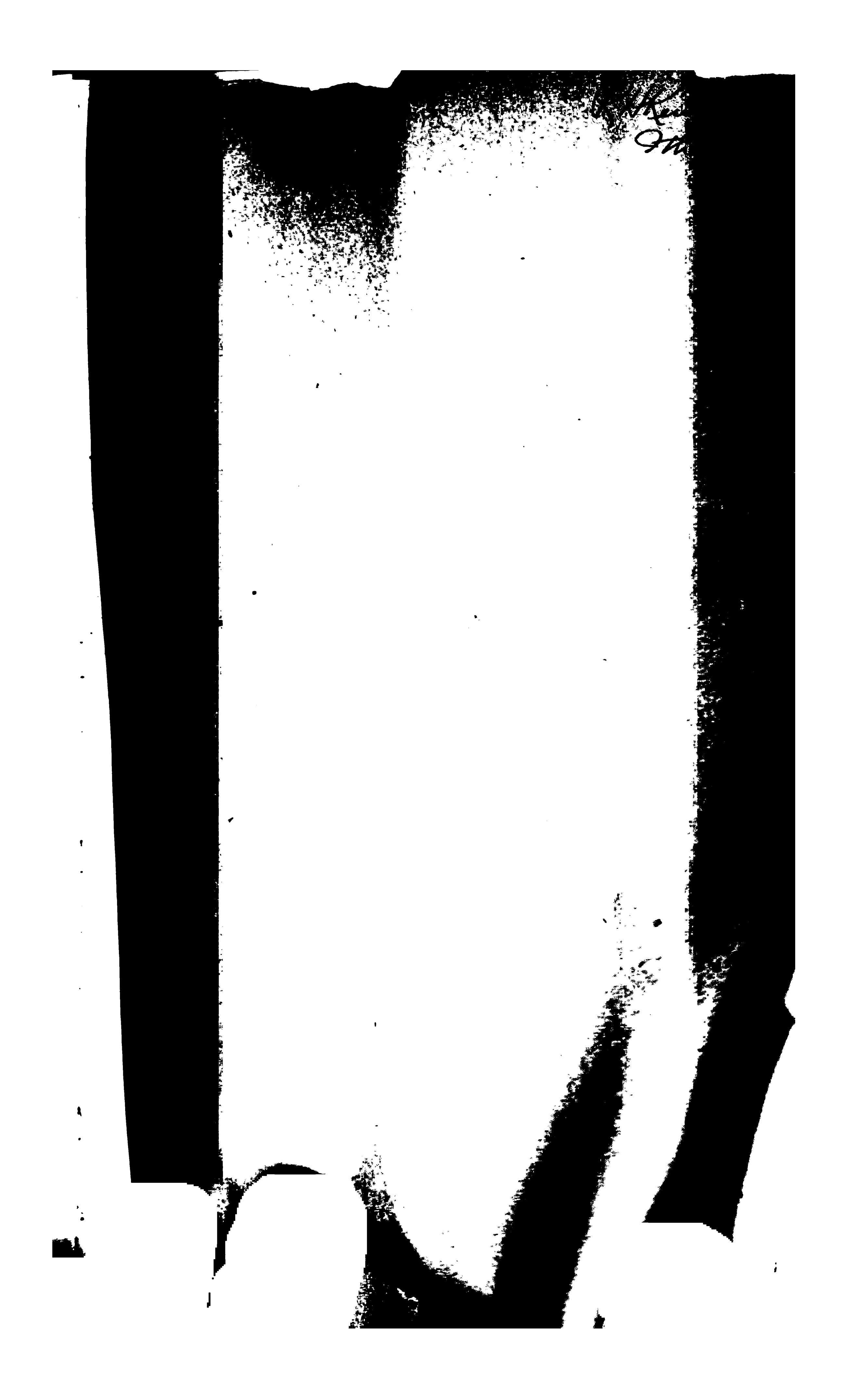


OBRAS FESTIVAS Y SATIRICAS DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES



OBRAS FESTIVAS Y SATÍRICAS.



Lit. Abadal Tapineria 38

„Con esta espada me obligo á cercenar un copo de lana„

OBRAS EN PROSA

FESTIVAS Y SATÍRICAS

DE LOS

MÁS EMINENTES INGENIOS ESPAÑOLES.

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA, calle de Aviñó, núm. 20.

LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA, Rambla del Centro, núm. 15.

MADRID.

DON A. DE SAN MARTIN, calle de la Victoria, 9.

DON EMILIO FONT, calle de Relatores, 12.

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers 10, piso principal.—1862.

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES,

POR DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

PRÓLOGO.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oidas ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto los deleite; y á este propósito dice Plinio, que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente, que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debria romper, ni echar á mal, si muy detestable no fuese, sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algun fruto; porque si así no fuese, muy pocos escribirian para

uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, nó con dineros, mas con que vean y lean sus obras, si hay de qué, se las alaben; y á este propósito dice Tulio : La honra cria las artes. ¿Quién piensa que el soldado, que es primero del escala, tiene más aborrecido el vivir? Nó por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro, y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced si le pesa cuando lo dicen : ¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia! Justó muy ruinmente el señor don fulano, y dió el sayete de armas al truhán, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas : ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va desta manera : que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, desta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe; pues fortuna fué con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

LAZARILLO DE TORMES.

TRATADO PRIMERO.

Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fué.—Asiento de Lázaro con un ciego.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas que á mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antoña Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nascimiento fué dentro del rio Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué desta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenia á cargo de proveer una molienda de una haceña, que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la haceña, preñada de mí, tomóla el parto y parióme allí; de manera, que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venian, por lo cual fué preso, y confesó, y nó negó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios que está en la gloria; pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazon estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué; y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno dellos, y vínose á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena. De manera, que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de dia llegaba á la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas desque vi que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traia pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, á que nos

calentábamos. De manera, que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme dél un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á acallar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veia á mi madre y á mí blancos, y á él nó, huia dél con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decia: mamá, coco. Y él respondió riendo : ó hideputa ruin. Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí : cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven á sí mesmos.

Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde, que así se llamaba, llegó á oidos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles y las mantas, y las sábanas de los caballos hacia perdidas, y cuando otra cosa no podia, las bestias desherraba, y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo, ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres, y el otro de casa para sus devotas, y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto; y probósele cuanto digo, y aun más, porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia, y descubria cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivian en el meson de la Solana; y allí padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar. Ya yo era buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas, y por lo demas que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre; el cual por ensalzar la fe habia muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien, y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió que así lo haria, y que me recibia nó por mozo sino por hijo. Y así, le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo : como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendicion y dijo :

—Hijo, yá sé que no te veré más; procura de ser bueno, y Dios te guie; criado te he, y con buen amo te he puesto, válete para tí; y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo :

—Lázaro, llega el oído á este toro, y oirás gran ruido dentro dél.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenia la cabeza

par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres dias me duró el dolor de la cornada, y díjome :

—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo, y rió mucho la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba, y dije entre mí : verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues soy solo, y pensar cómo me sepa valer.

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró jerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decia :

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré; y fué así, que despues de Dios este me dió la vida; y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio. Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa, que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz; en su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones sabia de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponia cuando rezaba, sin hacer gestos, ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto, tenia otras mil formas y maneras para sacar el dinero : decia saber oraciones para muchos y diversos efectos : para mujeres que no parian, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien; echaba pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija. Pues en caso de medicina, decia, Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia : haced esto, hareis estotro, coged tal yerba, tomad tal raíz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decia creian : destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año. Mas tambien quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiria y tenia, jamás tan avariento, ni mezquino hombre no ví, tanto que me mataba á mí de hambre, y á sí no se remediaba de lo necesario. Digo verdad : si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre, ó las más veces, me cabia lo más y mejor.

Para esto le hacia burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo. Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro, y su candado y llave, y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle ménos una migaja; mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en ménos de dos bocados era despachada. Despues que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosia y tornaba á coser, sangraba el avariento fardel, sacan-

do, nó por tasa, pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza, y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, nó la chaza, sino la endiablada falta, que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podia sisar y hurtar, traia en medias blancas, y cuando le mandaban rezar, y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenia lanzada en la boca, y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego la conocia y sentia que no era blanca entera, y decia:

—¿Qué diablos es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de ántes una blanca, y un maravedí hartas veces me pagaban? En tí debe de estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo así lo hacia. Luego él tornaba á dar voces, diciendo: Manden rezar tal y tal oracion, como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de víno cuando comíamos; yo muy de presto le asia, y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta, y por reservar su víno á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, ántes lo tenia por el asa asido; mas no habia piedra imán que trajese á sí el hierro, como yo el víno con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenia hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el víno, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebia seguro. Yo, como estaba hecho al víno, moria por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla, y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego era derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponia, que maldita la gota se perdia. Cuando el pobrete iba á beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el víno, no sabiendo qué podia ser. No direis, tio, que os lo bebo yo, decia; pues no lo quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y luego otro dia, teniendo yo rezumado mi jarro como solia, no pensando en el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenia tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose (como digo) con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, ántes, como otras veces, es-

taba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me habia caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose decia: ¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto por hacerlo más á mi salvo y provecho, aunque yo quisiera asentar mi corazon, y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacia, que sin causa ni razon me heria, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decia, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿Pensais que este mi mozo es algun inocente? Pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que lo oian, decian: Mirad quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad; y reian mucho el artificio, y decíanle: Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habréis, y él con aquello nunca otra cosa hacia.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño, si habia piedras por ellas, si lodo por lo más alto, que aunque yo no iba por lo más enjuto, me holgaba de quebrarme á mí un ojo por quebrarlos al que ninguno tenia. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me tentaba el colodrillo, el cual siempre traia lleno de tolondrones, y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creia; mas tal era el sentido y grandísimo entendimiento del traidor. Y porque vea vuestra merced á cuanto se extendia el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaescieron, en el cual me parece dió bien á entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: Más da el duro que el desnudo, y venimos á este camino por los mejores lugares; do hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde nó, á tercero dia hacíamos San Juan. Acaeció, que llegando á un lugar que llaman Almoroz, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo dellas en limosna, y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano, para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no poderlo llevar, como por contentarme, que aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes; sentámonos en un valladar, y dijo:

—Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas dél tanta parte como yo; partillo hemos

desta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva, yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debria hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él; mas aun pasaba adelante dos á dos, y tres á tres, y como podia las comia. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo:

—Lázaro, engañado me has: juraré yo que has tú comido las uvas tres á tres.

—No comí, dije yo; mas ¿por qué sospechais eso?

Respondió el graciosísimo ciego:

—¿Sabes en qué veo que las comiste tres á tres? en que comia yo dos á dos, y callabas.

Reíme entre mí, y (aunque mochacho) noté mucho la discreta consideracion del ciego; mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona (villa del duque della) en un meson, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Y ya que la longaniza habia pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladron, y fué, que habia cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal, que por no ser para la olla, debió ser echado allí; y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentera el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que habia de gozar, no mirando qué me podria suceder, pospuesto todo temor, por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado. Yo fuí por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no habia conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frio con el frio nabo; alteróse, y dijo:

—¿Qué es esto, Lazarillo?

—Lacerado de mí, dije yo, si quereis achacarme algo. Yo ¿no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí, y por burla haria eso.

—Nó, nó, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano, nó es posible.

Yo torné á jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia.

Levantóse y asióme por la cabeza, y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo, á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca más de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cual tenia larga y afilada, y á aquella sazon con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo. Con esto y con el gran miedo que tenia, y con la brevedad del tiempo, que la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago, y lo más principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron, y fuéron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño; de manera que ántes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! ¡Quién estuviera á aquella hora ya sepultado! que muerto ya lo estaba. Fué tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenia, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta; y esto bien lo merescia, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se llegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo, y ahora de lo presente; era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba, entraba á ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecia que le hacia injusticia en no se las reir. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecia, y fué no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado. Con solo apretar los dientes se me quedaran en casa, y ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que tuvo la longaniza, y no pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que eso me fuera así que así. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le habia traido laváronme la cara y la garganta; sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo:

—Por verdad más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. A lo ménos, Lázaro, eres más en cargo al vino, que á tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida; y luego contaba cuantas veces me habia descalabrado y arpado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo (dijo) que si hombre en el mundo ha ser bien afortunado con vino, que serás tú; y reian mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, que despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debia tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel dia me dijo salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de to-

do en todo dejarle, y como lo tenia pensado y lo tenia en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo más; y fué así, que luego otro dia salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche ántes; y porque el dia tambien llovia, andaba rezando debajo de unos portales, que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos; mas como la noche se venía, y el llover no cesaba, díjome el ciego:

—Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia; acojámonos á la posada con tiempo.

Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dije:

—Tio, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde atravesemos más aina sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasarémos á pié enjuto.

Parecióle buen consejo, y dijo:

—Discreto eres, por eso te quiero bien, llévame á ese lugar, donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno, y sabe mal el agua, y más llevar los piés mojados.

Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debajo de los portales, y llevélo derecho de un pilar, ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual, y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele:

—Tio, este es el paso más angosto que en el arroyo hay.

Como llovia recio, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua que encima nos caia, y lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento por darme de él venganza, creyóse de mí, y dijo:

—Ponme bien derecho, y salta tú el arroyo.

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar; y doy un salto, y póngome detrás del poste como quien espera tope de toro, y díjele:

—Sus, saltad todo lo que podais, porque deis deste cabo del agua.

Aun apénas lo habia acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, y de toda su fuerza arremete tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para tras medio muerto, y hendida la cabeza.

—¿Cómo olistes la longaniza, y nó el poste? Huele, huele, le dije yo, y dejéle en poder de mucha gente que lo habia ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los piés de un trote, y ántes que la noche viniese dí conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios hizo dél, ni procuré de saberlo.



Lit Abadal Tapineria 31

...Me tenia mandado, que en yendose el que le mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz.

TRATADO II.

Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.

Otro dia, no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo que, llegando á pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar á misa. Yo dije que sí, como era verdad, que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fué esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo, escapé del trueno y dí en el relámpago; porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado: no digo más, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en este, no sé si de su cosecha era, ó lo habia anejado con el hábito de clerecía. El tenia un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traia atada con un agujeta del paletoque; y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornada á cerrar el arca; y en toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras: algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla ó en el armario, algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me paresce á mí que aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara. Solamente habia una horca de cebollas, y tras llave, en una cámara en lo alto de la casa; destas tenia yo de racion una para cada cuatro dias, y cuando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba diciendo:

—Toma, y vuélvela luego, y no hagais sino golosmear: como si debajo della estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara (como dije) maldita otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenia tambien por cuenta, que si por malos de mis pecados me desmandara á más de mi tasa, me costara caro. Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues ya que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar; verdad es que partia conmigo del caldo, que de la carne tan blanco el ojo, sino un poco de pan, y pluguiera á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedises; aquella la cocia y comia los ojos, y la lengua y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenia, y dábame todos los huesos roidos, y dábamelos en el plato, diciendo:

—Toma, come, triunfa, que para tí es el mundo; mejor vida tienes que el papa.

—Tal te la dé Dios, decia yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza que no me

podia tener en las piernas de pura hambre: víme claramente ir á la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran ; para usar de mis mañas no tenia aparejo, por no tener en qué darle salto, y aunque algo hubiera no pudiera cegarle, como hacia al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció, que todavía aunque astuto, con faltarle aquel preciado sentido no me sentia ; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenia. Cuando al ofertorio estábamos ninguna blanca en la concha caia que no era dél registrada: el un ojo tenia en la gente y el otro en mis manos; bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue; cuantas blancas ofrescian tenia por cuenta, y acabado el ofrescer luego me quitaba la concheta y la ponia sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda habia metido en su arcaz compasaba de tal forma, que le duraba toda la semana, y por ocultar su gran mezquindad, decíame: Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros; mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezábamos á costa ajena comia como lobo y bebia más que un saludador.

Y porque dije mortuorios, Dios me perdone, que jamás fuí enemigo de la naturaleza humana sino entónces, y esto era porque comíamos bien y me hartaba; deseaba y aun rogaba á Dios que cada dia matase el suyo. Y cuando dábamos Sacramento á los enfermos, especialmente la Extrema-uncion, como manda el clérigo rezar á los que estaban allí, yo cierto no era el postrero de la oracion, y con todo mi corazon y buena voluntad rogaba al Señor, nó que le echase á la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase deste mundo. Cuando algunos destos escapaban, Dios me lo perdone, que mil veces le daba al diablo, y el que se moria otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas; porque en todo el tiempo que allí estuve, que serian casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y estas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir murieron á mi recuesta ; porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme á mí vida. Mas de lo que al presente padecia, remedio no hallaba, que si el dia que enterrábamos yo vivia, los dias que no habia muerto por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi cuotidiana hambre, más lo sentia. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces, mas no la veia aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera por no me atrever á mis piernas, por temor de la flaqueza, que de pura hambre me caia; y la otra consideraba y decia: Yo he tenido dos amos, el primero traíame muerto de hambre, y dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura: pues si de este desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenescer? Con esto no me osaba menear, porque tenia por fe que todos los grados habia de hallar más ruines; y á abajar otro punto no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo. Pues estando en tal aflicion, cual plega al Señor librar de ella á todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal

en peor, un dia que el cuitado ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegóse acaso á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por mano de Dios en aquel hábito; preguntóme si tenia algo que adobar. En mí teníades bien que hacer, y no haríades poco, si me remediásedes, dije paso, que no me oyó; mas como no era tiempo de gastarlo en gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije:

—Tio, una llave desta arca he perdido, y temo que mi señor me azote, por vuestra vida veais si en esas que traeis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré.

Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traia, y yo ayudarle con mis flacas oraciones, cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz, y abierto, díjele:

—Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago.

El tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y dándome mi llave se fué muy contento, dejándome más á mí; mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y aun porque me ví de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios que no miró en la oblada que el ángel habia llevado.

Yo otro dia, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal, y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta, y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel dia y otro gozoso; mas no estaba en dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero dia me vino la terciana derecha, y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion y devociones y plegarías decia: San Juan, y ciégale. Despues que estuvo un gran rato echando la cuenta, por dias y dedos contando, dijo:

—Si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habian tomado della panes; pero de hoy mas solo por cerrar puerta á la sospecha quiero tener buena cuenta con ellos: nueve quedan y un pedazo.

Nuevas malas te dé Dios (dije yo entre mí): parecióme con lo que dijo pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarbar de hambre viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, y yo por consolarme, abro el arca, y como ví el pan, comencélo de adorar, no osando rescebillo. Contélos, si á dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fué dar en ellos mil besos, y lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel dia, no tan alegre como el pasado; mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á más pan aquellos dos ó tres dias ya dichos, moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacia en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca, y contemplar en aquella cara de Dios (que así dicen los niños); mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal es-

trecho, trajo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije: este arqueton es viejo, grande y roto, y por algunas partes con algunos pequeños agujeros: puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño á este pan; sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir; esto bien se sufre, y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres ó cuatro desmigajé su poco; despues, como quien toma grajea, lo comí, y algo me consolé; mas él, como viniese á comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer.

Miró todo el arca de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado; llamóme, diciendo:

—Lázaro, mira qué persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan.

Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería.

—¿Qué ha de ser? dijo él: ratones que no dejan cosa á vida.

Pusímonos á comer, y quiso Dios que aun en esto me fué bien, que me cupo más pan que la laceria que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo:

—Cómete eso, que el raton cosa limpia es.

Y así aquel dia, añadiendo la racion del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba, y luego me vino otro sobresalto que fué verle andar solícito quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡Oh Señor mio, dije yo entónces, á cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida! Héme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura; mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenia (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen); sino que agora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriese á mis trabajos. Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á su obra, diciendo:

—Agora, donos traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala madera teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero, ni aun por donde le pudiese entrar un mosquito; abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y ví los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente, á uso de esgrimidor diestro, como la necesidad sea tan gran maestra. Viéndome con tanta siempre, noche y dia estaba pensando la manera que tendria en sustentar el vivir, y pienso para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella

se aviva, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podria valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que habia cuando estaba durmiendo; levantéme muy quedito, y habiendo en el dia pensado lo que habia de hacer y dejado un cuchillo viejo, que por allí andaba, en parte do le hallase, vóime al triste arcaz, y por do habia mirado tener ménos defensa, le acometí con el cuchillo, que á manera de barreno dél usé; y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazon, ántes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y al tiempo del pan, que hallé partido, hice (segun de yuso está escrito); y con aquello, algun tanto consolado tornando á cerrar, me volví á mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacia mal, y echábalo al no comer, y así seria; porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro dia fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo habia hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y decir:

—¿Qué dirémos á esto? Nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora; y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reino justamente dellos privilegiada, aquella de razon habia de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y con tablillas á tapar los agujeros. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de dia destapaba yo de noche. En tal manera fué y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente, parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejia de dia, rompia yo de noche, y en pocos dias y noches pusimos la pobre despensa, despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente della hablar, más corazas viejas de otro tiempo, que no arcaz la llamara, segun la clavazon y tachuelas sobre sí tenia.

De que vió no le aprovechar nada su remedio, dijo:

—Este arcaz está tan mal tratada, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton á quien se defienda; y va ya tal, que si andamos más con él nos dejará sin guarda; y aun lo peor, que aunque hace poco, todavía hará falta faltando; y no me pondrá esta en costa tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos; luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso, que á los vecinos pedia, contínuo el gato estaba armado dentro del arca, lo cual era para mí singular auxilio; porque puesto caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dábase al diablo, preguntaba á los vecinos: ¿qué podria ser comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el raton, y hallar caida la trampilla del gato?

Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacia, porque no fuera ménos de haber caido alguna vez; díjole un vecino:

—En vuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y esta debe ser sin duda, y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir.

Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo, y dende en adelante no dormia tan á sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roia el arca y luego era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponia, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mí no dejaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas, y á mí con ellas, pensando que la culebra se iba para mí y se envolvia en mis pajas ó en mi sayo, porque le decian que de noche acaescia á estos animales, buscando calor, ir á las cunas donde están criaturas, y aun morderlas y hacerles peligrar. Yo las más veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él:

—Esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frias y buscan calor.

—Plega á Dios que no me muerda (decia yo), que harto miedo le tengo.

Desta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que mi fe la culebra ó el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de dia, miéntras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacia mis saltos. Los cuales daños viendo él y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo: yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenia, y parecióme lo más seguro meterla de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego la tenia tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce ó quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy á menudo. Pues así, como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia. Quisieron mis hados (ó por mejor decir mis pecados) que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salia por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, segun mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas donde yo estaba echado, al calor del mio se habia venido, levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darla tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sentimiento

con el fiero golpe, contaba él que se habia llegado á mí, y dándome grandes voces, llamándome, procuró recodarme; mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me habia hecho, y con mucha prisa fué á buscar lumbre; y llegando con ella, hallóme quejando todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debia estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras qué podria ser aquella llave, miróla sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba; fué luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: el raton y culebra que me daban guerra, y comian mi hacienda, he hallado. De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes, ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de cómo esto que he contado oí, despues que en mí torné, decir á mi amo, el cual á cuantos allí venian lo contaba por extenso. A cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y víme echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije:

—¿Qué es esto?

Respondióme el cruel sacerdote:

—A fe que los ratones y culebras que me destruian ya los he cazado.

Y miré por mí, y víme tan maltratado que luego sospeché mi mal. A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos, y comiénzanme á quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo; y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho, y dijeron:

—Pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios no será nada.

Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas, y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apénas me pudieron demediar; y así, de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro, mas nó sin hambre, y medio sano.

Luego otro dia que fuí levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta afuera, y puesto en la calle, díjome:

—Lázaro, de hoy más eres tuyo y nó mio, busca amo, y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor; no es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en casa, y cierra su puerta.

TRATADO III.

De cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaesció con él.

Desta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, dende á quince dias se me cerró la herida, y miéntras

estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas despues que estuve sano todos me decian:

—Tú, bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo á quien sirvas.

¿Y adónde se hallará ese, decia yo entre mí, si Dios agora de nuevo (como crió el mundo) no le criase? Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en órden; miróme y yo á él, y díjome:

—Mochacho, ¿buscas amo?

Yo le dije:

—Sí, señor.

—Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo; alguna buena oracion rezaste hoy.

Seguíle, dando gracias á Dios por lo que le oí, y tambien que me parecia, segun su hábito y continente, ser el que yo habia menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas donde se vendia pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me queria cargar de lo que se vendia, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le ve aquí á su contento, decia yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

Desta manera anduvimos hasta que dió las once: entónces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él; y muy devotamente le ví oir misa y los otros oficios divinos; hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entónces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo; yo iba ya el más alegre del mundo, en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer; bien consideré que debia ser hombre mi nuevo amo, que se proveia por junto, y que ya la comida estaria á punto, y tal como yo la deseaba y aun habia menester. En este tiempo dió el reloj la una, despues de medio dia, y llegamos á una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga, y abrió su puerta y entramos en casa, la cual tenia la entrada oscura y lóbrega, de tal manera, que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudimos y doblamos muy limpiamente, y soplando un poyo que allí estaba la puso en él; y hecho esto, sentóse cabe ella, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo habia venido á aquella ciudad. Yo le dí más larga cuenta que quisiera; porque me parecia más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedia; con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demas, porque me parecia no ser para en cámara.

Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego ví mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que á un muerto. Despues desto considera-

ba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa; todo lo que habia visto eran paredes sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras; finalmente, ella parecia casa encantada. Estando así, díjome:

—Tú, mozo, ¿has comido?

—Nó, señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.

—Pues, aunque de mañana, yo habia almorzado, dice, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así; por eso, pásate como pudieres, que despues cenarémos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos; allí se me vino á la memoria la consideracion que hacia cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparia con otro peor; finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije:

—Señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios: deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fuí yo loado della hasta hoy dia de los amos que yo he tenido.

—Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo más; porque el hartarse es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien.

Bien te he entendido, dije entre mí, maldita sea tanta medicina y bondad como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre. Púseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios.

Él, que vió esto, díjome:

—Ven acá, mozo, ¿qué comes?

Yo lleguéme á él, y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y más grande, y díjome:

—Por mi vida, que parece este buen pan.

—¿Y cómo agora, dije yo, señor, es bueno?

—Y á fe, dijo él: ¿adónde le hubiste, si es amasado de manos limpias?

—No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor dello.

—Así plega á Dios, dijo el pobre de mi amo, y llevándolo á la boca comenzó á dar en él tan fieros bocados como yo en el otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios.

Y como le sentí de qué pié cojeaba, díme priesa, porque le ví en disposicion, si acababa ántes que yo, se comediria á ayudarme á lo que me quedase, y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije:

—Señor, no bebo vino.

—Agua es, me respondió, bien puedes beber.

Entónces tomé el jarro y bebí, nó mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo que mejor supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome:

—Mozo, pásate allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante.

Púseme de un cabo y él del otro, y hicimos la negrà cama, en la cual no habia mucho que hacer, porque ella tenia sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no parecia colchon, aunque servia dél, con harta ménos lana que era menester: aquel tendimos, haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que puesto sobre el cañizo todas las cañas se señalaban, y parecian á lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco; y sobre aquel hambriento colchon un alfamar del mesmo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar. Hecha la cama, y la noche venida, díjome:

—Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho; tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean; pasemos como podamos, y mañana, viniendo el dia, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido; ántes he comido estos dias por allá fuera, mas ahora hacello hemos de otra manera.

—Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche, y aun más, si es menester, sin comer.

—Vivirás más sano, me respondió, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho como comer poco.

Si por esta via es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esta regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha tenella toda mi vida. Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus piés, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne. Y tambien, como aquel dia no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenia amistad; maldíjeme mil veces, Dios me lo perdone, y á mi ruin fortuna. Allí lo más de la noche y lo peor, no osándome revolver por no despertalle, pedia á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer de espacio; echéle agua manos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponia, díjome :

—¡Oh si supieses, mozo, qué pieza es esta! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese; mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponerle los aceros tan prestos como esta los tiene; y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo : vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un copo

de lana. Y yo dije entre mí : y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter, y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo :

—Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa, y haz la cama, y ve por la vasija de agua al rio, que aquí abajo está, y cierra la puerta con llave no nos hurten algo, y pónla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto pueda entrar.

Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al conde de Arcos, ó á lo ménos camarero que le daba de vestir.

Bendito seais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad, y poneis el remedio. ¿Quién encontrará á aquel mi señor, que no piense, segun el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y aunque ahora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos haceis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposicion y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trajo un dia y una noche en el arca de su seno, do no se le podia pegar mucha limpieza? ¿Y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir del halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debeis tener por el mundo derramados, que padecen, por la negra que llamaban honra, lo que por vos no sufririan! Así estaba yo á la puerta mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto y bajo, sin hacer represa, ni hallar en qué. Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro, y doy conmigo en el rio, donde en una huerta ví á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer, de las que en aquel lugar no hacen falta, ántes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar sin llevar qué por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba en ellas hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron dél que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él, sintiéndose tan frio de bolsa, cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner excusas no válidas. Ellas, que debian ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé

con qué : púseme á pensar qué haria, y parecióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y viniese, y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza desde que ví ser las dos y que no venía y que la hambre me aquejaba; cierro mi puerta y pongo la llave donde mandó, y tórnome á mi menester; con baja y enferma voz y inclinadas mis manos en los senos, y puesto Dios ánte mis ojos, y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecia; mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no hubiese caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que ántes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenia otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mí; pensé que me queria reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venía. Yo le dije :

—Señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que ví que vuestra merced no venía, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hánme dado esto que veis : mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo :

—Pues esperádote he á comer, y de que ví que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que más vale pedillo por Dios que no hurtallo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto segun lo poco que en este pueblo soy conocido : nunca á él yo hubiera de venir.

—Deso pierda, señor, cuidado, le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esta cuenta ni yo de dalla.

—Ahora pues come, pecador, que si á Dios place, presto nos verémos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido.

—Debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas, y de mal pié, que á los que viven en ellas pegan la desdicha.

—Esta debe ser sin duda una dellas, mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la dén por mia.

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, y comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis haldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo habia dél, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por ello pasado y pasaba cada dia. Pensaba si sería bien comedirme á convidalle; mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaria el convite. Finalmente, yo desea-

ba que el pecador ayudase á su trabajo del mio, y se desayunase como el dia ántes hizo, pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y ménos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando, y llegóse á mí, y díjome :

—Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo ve hacer que no le pongas gana aunque no la tenga.

La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mia hermosa. Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba, y me abria camino para ello, y díjele :

—Señor, el buen aparejo hace buen artífice; este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor.

—¿Uña de vaca es?

—Sí, señor.

—Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan que así me sepa.

—Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Póngole en las uñas la otra, y tres ó cuatro raciones de pan de lo más blanco; asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

—Con almodrote, decia, es este singular manjar.

—Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso.

—Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado.

—Así me vengan los buenos años como es ello, dije yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo habia traido; señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia sobrado á mi amo la comida.

Bebimos, y muy contentos nos fuimos á dormir como la noche pasada; y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo. Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener. Con todo, lo queria bien, con ver que no tenia ni podia más, y ántes le habia lástima que enemistad, y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal; porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha, desenvolví el jubon y las calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el mal aventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla. Dios es testigo que hoy dia, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padesce

lo que aquel le ví sufrir, al cual con toda su pobreza holgaria servir más que á los otros por lo que he dicho. Solo tenia dél un poco de descontento : que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subia su necesidad; mas, segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron en ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregon, que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley desde á cuatro dias que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotando por las cuatro calles, lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores della, tanto que nos acaesció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodon, que hacian botones y vivian par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento, que de la laceria que les traian me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba, y yo no tenia tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió, á lo ménos en casa bien lo estuvimos sin comer; no sé yo cómo ó dónde andaba y qué comia. Y verle venir á medio dia la calle abajo con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta, y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta escarvando los que nada entre sí tenian, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo :

—Malo está de ver que la desdicha desta vivienda lo hace; como ves, es lóbrega, triste, oscura : miéntras aquí estuviéremos hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion, un dia, no sé por cuál dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia, y con rostro muy alegre y risueño me lo dió, diciendo :

—Toma, Lázaro, que ya Dios va abriendo su mano; ve á la plaza y merca pan, víno y carne, quebremos el ojo al diablo; y más te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes, maldita sea ella, y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de víno ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas tal vista tiene y tal oscuridad y tristeza; ve, y ven presto y comamos hoy como condes.

Tomo mi real y el jarro, y á los piés dando priesa, comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me

aprovecha si está constituido en mi triste fortuna que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fué este; porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que emplearia mi real, que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios, que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traian; arriméme á la pared por darles lugar, y desque el cuerpo pasó venía luego par del lecho una que debia ser su mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres, la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo:

—Marido y señor mio, ¿adónde os me llevan? ¿A la casa triste y desdichada? ¿á la casa lóbrega y oscura? ¿á la casa donde nunca comen ni beben?

Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ó desdichado de mí, para mi casa llevan este muerto; dejo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el más correr que pude para mi casa, y entrando en ella cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga á ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo:

—¿Qué es eso, mozo? ¿qué voces das? ¿qué has? ¿porqué cierras la puerta con tal furia?

—O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen un muerto.

—¿Cómo así? respondió él.

—Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su mujer: Marido y señor mio, ¿adónde os llevan? ¿A la casa lóbrega y oscura? ¿á la casa triste y desdichada? ¿á la casa donde nunca comen ni beben? Acá, señor, nos le traen.

Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenia por que estar muy risueño, rió tanto que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenia ya yo echada el aldaba á la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habian de meter en casa; y desque fué ya más harto de reir que de comer el bueno de mi amo, díjome:

—Verdad es, Lázaro, segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon en pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor, y pasan adelante, abre, abre, y ve por de comer.

—Déjelos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo.

Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome, que bien era menester segun el miedo y alteracion, y tórnome á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color, y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion.

Desta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra; porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenia. Al fin se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba; porque un dia que habíamos comido

razonablemente, y estaba algo contento, me contó su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero su vecino.

—Señor, dije yo, si él era lo que decís, y tenia más que vos, no errábades en quitárselo primero, pues decís que él tambien os lo quitaba.

—Sí es, y sí tiene, y tambien me lo quitaba él á mí, mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna, y ganarme por la mano.

—Paréscem·, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen más.

—Eres mochacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien; pues hágote saber que yo soy (como ves) un escudero; mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio ó atravesar otra calle si la hay, ántes que llegue á mí, por no quitárselo, que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona.

Acuérdome, que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que me topaba me decia: Mantenga Dios á vuestra merced. Vos, don villano ruin, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? Manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quien quiera. De allí adelante, de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia.

—¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios?

—Mira, mucho de enhoramala, dijo él, á los hombres de poco arte dicen eso, mas á los más altos como yo, no les han de hablar menos de: beso las manos de vuestra merced, ó por lo ménos, bésoos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así, aquel de mi tierra, que me atestaba de mantenimiento, nunca más le quise sufrir, ni sufriria, ni sufriré á hombre del mundo, del rey abajo que, manténgaos Dios, me diga.

—Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue.

—Mayormente, dijo, que no soy tan pobre, que no tenga en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pié y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian más de doscientos mil maravedís, segun se podrian hacer grandes y buenas; y tengo un palomar, que á no estar derribado como está, daria cada año más de doscientos palominos, y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra; y vine á esta ciudad pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé.

Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; mas es gente tan limitada, que no los sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan; mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y si no, andad con Dios, os dicen, y las más veces son

los pagamentos á largos plazos, y las más ciertas, comido por servido; ya cuando quieren formar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la récamara, en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria, pues por ventura no hay en mí habilidad para servir y contentar á estos. Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese porque sabria mentille tan bien como otro, y agradalle á las mil maravillas; reille ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir donde él lo oyese con la gente de servicio, porque paresciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba; si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que paresciesen en favor del culpado; decille bien de lo que bien le estuviese; y por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar á los de casa y á los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores dél parescen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, ántes los aborrecen y tienen en poco y llaman nescios, y que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar, y con estos, los astutos usan, como digo, el dia de hoy, de lo que yo usaria. Mas no quiere mi ventura que le halle.

Desta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa.

Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja: el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama; hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara; pienso que fuéron doce ó trece reales; y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen; mas su salida fué sin vuelta. Por manera, que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde; yo les dije que aun no era venido. Venida la noche, y él nó, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme á las vecinas, y contélas el caso, y allí dormí. Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino, mas á esotra puerta. Las mujeres le responden:

—Veis aquí su mozo y la llave de la puerta.

Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adónde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa desde que salió á trocar la pieza, y pensaba que de mí y dellos se habia ido con el trueco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y hélos do vuelven luego con ellos y toman la llave, y llámanme y llaman testigos, y abren la puerta y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada, como he contado, y dícenme:

—¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?

—No sé yo eso, les respondí.

—Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe adónde está.

En esto vino el alguacil, y echóme mano por el collar del jubon, diciendo:

—Mochacho, tú eres preso: si no descubres los bienes deste tu amo.

Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar habia sido muchas veces, mas era mansamente dél trabado, para que mostrase el camino al que no veia, yo hube mucho miedo, y llorando prometí de decir lo que me preguntaban.

—Bien está, dicen ellos, pues dí lo que sabes, y no hayas temor.

Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome ¿qué tenia?

—Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado.

—Bien está, dicen ellos, por poco que eso valga hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron.

—En su tierra, les respondí yo.

—Por Dios, que está bueno el negocio, dijeron ellos. ¿Y adónde es su tierra?

—De Castilla la Vieja, me dijo él que era, les dije.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

—Bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

Las vecinas que estaban presentes, dijeron:

—Señores, este es un niño inocente, y há pocos dias que está con este escudero, y no sabe dél más que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcillo se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y escribano piden al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron grán contienda y ruido; porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no habia de qué, ni se hacia el embargo. Los otros decian que habian dejado de ir á otro negocio que les importaba más por venir á aquel. Finalmente, despues de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces; no sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos, y bien se empleaba; pues el tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados se andaba alquilando. Así como he contado me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha; pues, señalándose todo lo que podia contra mí, hacia mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

TRATADO IV.

Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaesció con él.

Hube de buscar el cuarto, y este fué un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron; al cual ellas le llamaban pariente, gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas, tanto que pienso que rompia él más zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho dias, ni yo pude con su trote durar más. Y por esto, y por otras cosillas que no digo, salí dél.

TRATADO V.

Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.

En el quinto por mi ventura dí, que fué un buldero el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamás yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenia y buscaba modos y maneras y muy sutiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bulla, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana si era por el tiempo, un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bulla, ofreciéndosele á él las gracias, informábase de la suficiencia dellos; si decian que entendian, no hablaba palabra en latin por no dar tropezon; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo que más con dinero que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latin, á lo ménos que lo parecia aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bullas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo. Y otras veces con mañosos artificios, y porque todos los que le veia hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bulla, ni á mi ver tenian intencion de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué ha-

cer, se acordó de convidar al pueblo para otro dia de mañana despedir la bulla. Y esa noche, despues de cenar, pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. El llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario; sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzon, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada que en la cinta tenia: al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar; mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bullas que predicaba eran falsas; finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado, y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bulla. Y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bullas diciendo, como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo habia descubierto. De manera que atrás que tenian mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermon, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien y indulgencia como la sancta bulla traia. Estando en lo mejor del sermon, entra por la puerta de la iglesia el alguacil, y desque hizo oracion, levantóse, y con voz alta y pausada, cuerdamente comenzó á decir:

—Buenos hombres, oidme una palabra, que despues oireis á quien quisieredes. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoresciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia, y agora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bullas que predica son falsas, y que no le creais ni las tomeis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo; y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos, como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, ántes os desengaño y declaro su maldad.

Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar al alguacil fuera de la iglesia por evitar escándalo; mas mi amo fué á la mano y mandó á todos que so pena de excomunion no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él tambien tuvo silencio miéntras el alguacil dijo todo lo que he dicho; como calló, mi amo le preguntó que si queria decir más que lo dijese. El alguacil dijo:

—Harto más hay que decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta.

El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo, dijo así:

—Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, ántes todas manifiestas, y

á quien nada es imposible, ántes todo posible, tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado; en lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones; no mires aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria á ti hecha, te suplico, y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí, que tal vez pensó tomar aquesta santa bulla, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea desta manera; que si es verdad lo que aquel dice, y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo, y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquel, persuadido del demonio (por quitar y privar á los que están presentes de tan gran bien), dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apénas habia acabado su oracion el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pié y de mano, revolviéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros, algunos estaban espantados y temerosos; unos decian: el Señor le socorra y valga, otros, bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio. Finalmente, algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca dél estaban; otros le tiraban por las piernas, y tuvieron reciamente, porque no habia mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase. Y así le tuvieron un gran rato, porque más de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban en los hocicos. A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que él plantó, y ruido y voces que en la iglesia habia no eran parte para apartalle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas, ni á sus dichos malos, pues ya dellos tenia el pago; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y pasion que padescia, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veian clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo. El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que al rededor estaban, y muy pausadamente les dijo:

—Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podrémos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y su majestad perdone á este que le ofendió poniendo en su santa fe obstáculo; vamos todos á suplicalle.

Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su

salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si su majestad habia permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no ménos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente como suelen hacer en los sermones de pasion de predicador y auditorio devoto, suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados; y esto hecho mandó traer la bulla, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y á tornar en sí, y desque fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los piés del señor comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y más principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bulla. El señor mi amo le perdonó, y fuéron hechas las amistades entre ellos, y á tomar la bulla hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella, marido, y mujer, y hijos, y hijas, mozos y mozas; divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando á ellos llegábamos no era menester sermon ni ir á la iglesia, que á la posada la venian á tomar como si fueran peras que se dieran de balde. De manera, que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bullas sin predicar sermon. Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí dello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí cómo habia sido industriado por el industrioso y inventivo de mi amo, y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡Cuántas destas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente! Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé tambien hartas fatigas.

TRATADO VI.

Como Lázaro se asentó con un capellan, y lo que con él pasó.

Despues de esto asenté con un maestro de pintar panderos para molelle las colores, y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la iglesia mayor, un capellan della me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar

agua por la ciudad. Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida; daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás entre semana de treinta maravedís. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustan viejo, y un sayo raido de manga trenzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desque me ví en hábito de hombre de bien, dije á mi amo que se tomase su asno, que no queria más seguir aquel oficio.

TRATADO VII.

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaesció con él.

Despedido del capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso; mayormente, que una noche nos corrieron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos, y á mi amo, que esperó, trataron mal; mas á mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haria mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa, y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entónces pasados fuéron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen. En el cual el dia de hoy yo vivo y resido al servicio de Dios y de vuestra merced; y es, que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Háme sucedido tan bien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que, en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mí que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido; porque allende de ser buena hija y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda, y siempre en el año le da en veces al pié de una carga de trigo; por las pascuas su carne, y cuándo el par de los bodigos, las calzas viejas que deja; y hízonos alquilar una casilla par de la suya; los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa; mas malas lenguas, que nunca

faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué, y sí sé qué, porque ven á mi mujer irle á hacer la cama, y guisalle de comer, y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad; porque allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un dia muy largo delante della, y me dijo:

—Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas nunca medrará; digo esto, porque no me maravillaria que alguno murmurase, viendo entrar en mi casa á tu mujer y salir della; ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo á tu provecho.

—Señor, le dije, yo determiné de arrimarme á los buenos; verdad es, que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por más de tres veces me han certificado, que ántes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.

Entónces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros; y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado, en tal manera, que quisiera ser muerto ántes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca; mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que la hice de nunca más en mi vida mentarla nada de aquello, y que yo holgaba y habia por bien de que ella entrase y saliese de noche y de dia, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes; hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; ántes cuando alguno siento que me quiere decir algo della, le atajo y le digo: mirad, si sois mi amigo, no me digais cosa con que me pese; que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero, y la amo más que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco, que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer, como vive dentro de las puertas de Toledo; quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa. Esto fué el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella córtes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oido. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad, y en la cumbre de toda buena fortuna.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAZARILLO DE TORMES.

SEGUNDA PARTE

DE

LAZARILLO DE TORMES,

SACADA DE LAS CRÓNICAS ANTIGUAS DE TOLEDO,

POR H. DE LUNA,

INTÉRPRETE DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

Á LOS LECTORES.

La ocasion, amigo lector, de haber hecho imprimir la segunda parte de Lazarillo de Tormes, ha sido por haberme venido á las manos un librillo que toca algo de su vida, sin rastro de verdad. La mayor parte dél se emplea en contar cómo Lázaro cayó en la mar, donde se convirtió en un pescado llamado atun, y vivió en ella muchos años, casándose con una atuna, de quien tuvo por hijos tres peces como el padre y la madre. Cuenta tambien las guerras que los atunes hacian, siendo Lázaro el capitan, y otros disparates tan ridículos como mentirosos, y tan mal fundados como necios. Sin duda que el que lo compuso quiso contar un sueño necio ó una necedad soñada. Este libro, digo, ha sido el primer motivo que me ha movido á sacar á luz esta segunda parte, al pié de la letra, sin quitar ni añadir, como la ví escrita en unos cartapacios, en el archivo de la jacarandina de Toledo, que se conformaba con lo que habia oido contar cien veces á mi abuela y tias al fuego las noches de invierno, y con lo que me destetó mi ama;

por más señas, que disputaban muchas veces ella, y otras vecinas, como habia podido ser que Lázaro hubiese estado tanto tiempo dentro del agua (como se cuenta en esta segunda parte) sin ahogarse. Las unas decian en pro, las otras en contra; aquellas acotaban el mesmo Lázaro, que dice no le podia entrar el agua, por estar lleno y colmado de vino hasta la boca. Un buen viejo experimentado en nadar, para probar ser cosa hacedera, interpuso su autoridad, diciendo habia visto un hombre, que entrando á nadar en el Tajo, se zambulló y metió en unas cavernas, desde que el sol se puso hasta que salió, que con su resplandor pudo atinar el camino; y cuando todos sus parientes y amigos estaban hartos de llorarle, y buscar su cuerpo para darle sepultura, salió sano y salvo. La otra dificultad que en su vida hallaban era, el no haber ninguno conocido ser Lázaro hombre, y que todos los que le veian lo juzgasen por pez: á esto respondia un buen canónigo (que por ser muy viejo estaba todo el dia al sol con las hilanderas de rueca) haber sido más posible; ateniéndose á la opinion de muchos autores antiguos y modernos, entre los cuales son Plinio, Eliano, Aristóteles, Alberto Magno, los cuales certifican haber en la mar unos pescados, que á los machos llaman tritones y á las hembras neréidas, y á todos hombres marinos, los cuales de la cintura arriba tienen figura de hombres perfectos, y de allí abajo de peces; y yo digo, que aunque esta opinion no fuera defendida de autores calificados, bastaba, para excusa de la ignorancia española, la licencia que los pescadores tenian de los señores inquisidores; pues fuera un caso de inquisicion, si dudaran de una cosa que sus señorías habian consentido se mostrase por tal. A este propósito (aunque sea fuera del que trató ahora), contaré una cosa que sucedió á un labrador de mi tierra, y fué, que enviándole á llamar un inquisidor para pedirle le enviase de unas peras que le habian dicho tenia extremadas, no sabiendo el pobre villano lo que su señoría le queria, le dió tal pena que cayó enfermo, hasta que por medio de un amigo suyo supo lo que le queria; levantóse de la cama, fuese á su jardin, arrancó el árbol de raíz, y lo envió con la fruta, diciendo no queria tener en su casa ocasion de que le enviasen á llamar otra vez; tanto es lo que los temen, no solo los labradores y gente baja, mas los señores y grandes: todos tiemblan cuando oyen estos nombres, inquisidor é inquisicion, más que las hojas del árbol con el blando céfiro. Esto es lo que he querido advertir al lector, para que pueda responder cuando en su presencia se verificasen tales cuestiones; y asimismo le advierto me tenga por coronista, y no por autor desta obra, con que podrá pasar una hora de tiempo; si le agradare, aguarde la tercera parte con la muerte y testamento de Lazarillo, que es lo mejor de todo; y si nó, reciba la buena voluntad. Vale.



Y se fue para ellos con tanta furia que se quedaron hechos dos estatuas.

LAZARILLO DE TORMES.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Arjel.

Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Dígolo á propósito, que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me habia ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba, tanto en la buena y abundante, como en la mala y desastrada vida. Estando pues gozando el mejor tiempo que patriarca gozó, comiendo como fraile convidado, y bebiendo más que un saludador, mejor vestido que un teatino, y con dos docenas de reales en la bolsa, más ciertos que revendedora de Madrid, mi casa llena como colmena, con una hija ingerta á canutillo, con un oficio que me lo podia envidiar el echa-perros de la iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Arjel, nueva que me inquietó é hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé Gonzalez (que buen siglo haya), con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado, no de guiar á un astuto ciego, ratonar el pan del avariento clérigo, servir al pelon escudero, y finalmente gritar las faltas ajenas; mas el ejemplo y dechado fué de dar vista á los moros ciegos en sus errores, de abrir y romper los atrevidos y corsarios bajeles, de servir á mi valeroso capitan de la órden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulando que todo lo que ganase sería para mí (como lo fué); finalmente, quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando á Santiago y cierra España.

Despedíme de mi amada consorte y cara hija; esta me rogó no me olvidase de traerla un morico, y la otra que me acordase de enviarle con el primer men-

6

sajero una esclava que la sirviese, y algunos cequíes berberiscos con que se consolase de mi ausencia. Pedí licencia al arcipreste mi señor, á quien encargué el cuidado y regalo de mi mujer é hija, prometiéndome haria con ellas como si fueran propias suyas. Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van á la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de grande cantidad de amigos y vecinos que iban al mesmo viaje llevados del deseo de mejorar su fortuna. Llegamos á Murcia con intencion de irnos á embarcar á Cartagena, donde me sucedió lo que no quisiera, por conocer que la fortuna, que me habia puesto en lo más alto de su rueda voltária y subido á la cumbre de la bienaventuranza terrestre con su curso veloz, comenzaba á despeñarme á lo más ínfimo.

Fué pues el caso, que llegando á la posada ví un semi-hombre, que más parecia cabron segun las vedijas é hilachas de sus vestidos: tenia un sombrero encasquetado, de manera que no se le podia ver la cara; la mano puesta en la mejilla, y la pierna sobre la espada que en una media vaina de cimojes traia; el sombrero á lo picaresco, sin coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era á la francesa, tan acuchillada de rota, que no habia en donde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veia por la celosía de sus vestidos, las calzas al equivalente; las medias, una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran á lo descalzo, tan traidos como llevados: en una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado. Con esta imaginacion le pregunté de dónde era, y adónde bueno caminaba; alzó los ojos para ver quién era el que se lo preguntaba, conocióme, y yo á él: era el escudero que en Toledo serví; quedé admirado de verle en tal traje.

Conocida mi admiracion, dijo:

—No me espantaria, Lázaro amigo, te maravillase verme como me ves; pero presto no lo estarás si te cuento lo que por mí ha pasado desde el dia que yo te dejé en Toledo hasta hoy. Tornando á casa con el trueque del doblon para pagar á mis acreedores, encontré con una arrebozada que, tirándome del herreruelo, con lágrimas y suspiros mezclados con sollozos, me pidió con encarecimiento la favoreciese en una necesidad que se le ofrecia; roguéle me diese cuenta de su pena, que más tardaria en dármela que yo en dalle remedio; ella sin dejar el llanto, con una vergüenza virginal dijo, que la merced que le habia de hacer, y ella me suplicaba le hiciese, era la acompañase hasta Madrid, en donde le habian dicho estaba un caballero, que no se habia contentado con deshonrarla, sino que además le habia llevado todas sus joyas, sin tener respeto á la palabra de esposo que le habia dado, y que si yo queria hacer por ella esto, ella haria por mí lo que una mujer obligada debia. Consoléla lo mejor que pude dándole esperanzas, que si su enemigo estaba en el mundo se tuviese por desagraviada. En conclusion, sin tornar el pié atrás, partimos á la córte, hasta donde la hice la costa. La señora, que sabía bien adónde iba, me llevó á una bandera de soldados, donde la recibieron con alegría y la llevaron delante del capitan, para que la pusiese en la lista de las cicatriceras, y tornándose á mí con una cara de poca ver-

güenza, dijo: Adios, seor peligordo, pues esta no es para más. Viéndome burlado, comencé á echar espumajos por la boca, diciéndole, que si como era mujer fuera hombre, la sacaria el alma de cuajo. Un soldadillo de los que allí estaban se llegó á mí y me hizo una mamona, no osando darme un bofeton, que si me lo hubiera dado, allí podian abrir la sepultura; como ví aquel negocio mal encaminado, sin decir chus ni mus, me fuí más que de paso, por ver si me seguiria algun soldado de talle para matarme con él; porque si me pusiera con aquel soldadejo, y le matara (como sin duda hiciera), ¿qué honra ó qué fama ganaria? Mas si hubiera salido el capitan ó algun valenton, les hubiera dado más cuchilladas que arenas hay en el mar. Como ví que ninguno osaba seguirme, fuíme muy contento. Busqué una comodidad, y por no haberla hallado tal cual merecia, estoy como ves: verdad es que he podido ser repostero, ó escudero de cinco ó seis remendonas, oficios que aunque muriese de hambre no los tomaria.

Concluyó el bueno de mi amo con decir que por no haber hallado unos mercaderes de su tierra, que le prestasen dineros, estaba sin ellos, y no sabía adónde ir aquella noche. Yo que le entendí la leva, le convidé con la mitad de mi cama y cena; admitió el convite; cuando nos quisimos acostar le dije quitase los vestidos de encima del lecho, que era pequeño para tanta gente. A la mañana quise levantarme sin hacer ruido, eché mano á mis vestidos, y fué en vago, porque el traidor me los habia hurtado é ídose con ellos; pensé quedarme muerto en la cama de pura pena, y me hubiera sido mejor por evitar tantas muertes como despues recibí; dí voces apellidando, al ladron, al ladron; subieron los de casa, y halláronme como el nadador, buscando con qué cubrirme por los rincones del aposento: se reian todos como locos, y yo renegaba como carretero; daba al diablo al ladron fanfarron que me habia tenido la mitad de la noche contando grandezas de su persona y linaje.

El remedio que por entónces tomé (porque ninguno me lo daba) fué ver si los vestidos de aquel mata-siete me podian servir, hasta que Dios me deparase otros; pero era un laberinto; ni tenian principio, ni fin: entre las calzas y sayo no habia diferencia; puse las piernas en las mangas, y las calzas por ropilla, sin olvidar las medias que parecian mangas de escribano: las sandalias me podian servir de cormas, porque no tenian suelas; encasquetéme el sombrero poniendo lo de arriba abajo, por estar ménos mugriento; de la gente de á pié y de á caballo que iban sobre mí no hablo. Con esta figurilla fuí á ver á mi amo, que me habia enviado á llamar, el cual espantado de ver aquella madagaña, le dió tal risa, que las cinchas traseras se aflojaron, é hizo flux: por su honra es muy justo se pase en silencio. Despues de haber hecho mil paradillas, me preguntó la causa de mi disfraz; contéselo, y lo que dello resultó fué, que en lugar de tener lástima de mí, me reprendió y echó de su casa, diciendo: Que como aquella vez habia acogido aquel hombre en mi cama, otro dia haria lo mismo con alguno que le robase.

CAPÍTULO II.

Cómo Lázaro se embarcó en Cartagena.

De cosecha tenia el no durar mucho con mis amos: así lo hice con este, aunque sin culpa mia; víme desesperado, solo y afligido, en traje que todos me daban de codo y se burlaban; unos me decian: No está malo el sombrerillo con puerta falsa, parece tocado de flamenca; otros: La ropilla es al uso, parece pocilga de puercos, pues demás que vuestra merced está dentro, le corren tan gordos que los podria matar y enviar salados á la señora su mujer. Díjome un mochiller:

—Seor Lázaro, por Dios, que las medias le hacen buena pantorrilla.

—Las sandalias son á lo apostólico, replicó un barrachel; es que el señor va á predicar á los moros.

Tanto me decian y corrian, que estuve determinado á tornarme á mi casa; no lo hice por pensar que la guerra sería muy pobre si en ella no se ganaba más de lo perdido: lo que más sentia era que huian de mí como de un apestado.

Embarcámonos en Cartagena: la nave era grande y bien abastecida; izaron las velas y diéronlas al viento, que la llevaba é impelia con grande velocidad. La tierra se nos escondió, y el mar se embraveció con un viento contrario, que levantaba las velas hasta las nubes; la borrasca crecia, y la esperanza faltaba; los marineros y pilotos nos desahuciaron; los gemidos y llantos eran tan grandes, que me pareció estábamos en sermon de pasion; con la grande batahola no se entendia nada de lo que se mandaba; unos corrian á una parte, otros á otra: parecíamos caldereros; todos se confesaban con quien podian, y tal hubo que se confesó con una *piltrafa*, y ella le dió la absolucion tan bien como si hubiera cien años que ejercitara el oficio. A rio revuelto ganancia de pescadores; como ví que todos estaban ocupados, dije entre mí: muera Marta y muera harta. Bajé á lo hondo de la nave donde hallé abundancia de pan, vino, empanadas, conservas, que nadie les decia ¿qué haceis ahí? Comencé á comer de todo y á henchir mi estómago por hacer provision hasta el dia del juicio. Llegóse á mí un soldado pidiéndome le confesase, y espantado de verme con tan buen aliento y apetito, preguntóme cómo podia comer viendo la muerte al ojo; díjele lo hacia por miedo de que el agua de la mar que habia de beber cuando me ahogase no me hiciese mal: mi simplicidad le hizo sacar la risa de los carcañales. A muchos confesé que no decian palabra con la agonía, ni yo la escuchaba con la prisa de tragar. Los capitanes y gente de consideracion con dos clérigos que habia se salvaron en el esquife; yo estaba mal vestido, y así no cupe dentro. Cuando estuve harto de comer fuíme á una pipa de buen vino y trasmudé en mi estómago todo lo que cupo: olvidéme de la tormenta y aun de mí mismo.

La nave dió al través, y el agua entraba por ella como por su casa: un cabo de escuadra me asió de las manos, y con la agonía de la muerte me dijo le escuchase un pecado que me queria confesar, y era que no habia cumplido una penitencia que le habian dado de ir en romería á Nuestra Señora de Loreto, habiendo tenido mucha comodidad para ello, y que entónces que queria no podia; y yo le dije, que con la autoridad que tenia se la conmutaba, y que en lugar de ir á Nuestra Señora de Loreto fuese á Santiago.

—¡Ay, señor! dijo él, cuánto quisiera yo cumplir esa penitencia, mas el agua empieza á entrarme por la boca, y no puedo.

—Si así es, le repetí, os doy por penitencia que bebais toda la del mar; mas no la cumplió, que muchos hubo allí que bebieron tanta como él. Llegando á mi boca le dije, á otra puerta, que esta no se abre, y aunque la abriera no pudiera entrar, porque mi cuerpo estaba tan lleno de vino que parecia cuero atisbado.

Al estallido de la nave acudió gran cantidad de pescados: parecia les habian dado socorro con los del navío; comian de las carnes de los miserables ahogados (y no en poca agua), como si pacieran en prado concejil. Quisieron hacer ejecucion en mi persona; puse mano á mi tizona, y sin detenerme en pláticas con tan ruin gente, daba en ellos como asno en centeno verde. Silbando me decian: No queremos hacerte mal, salvo saber si tienes buen gusto. Tanto hice, que en ménos de medio cuarto de hora maté más de quinientos atunes, que eran los que querian hacer *gaudeamus* con estas carnes pecadoras. Los pescados vivos se cebaron en los muertos, y dejaron la compañía de Lázaro que no les era provechosa. Víme señor en la mar sin contradicion ninguna. Discurrí de unas á otras partes, donde ví cosas increibles: infinidad de osamenta y cuerpos de hombres; hallé cantidad de cofres llenos de joyas y dineros, muchedumbre de armas, sedas, lienzos y especería. Todo me daba envidia, y todo lástima por no tenerlo en mi casa; con que, como decia el vizcaino, comiera el pan empringado con sardinas. Hice todo lo que pude, y no hice nada. Abrí una gran arca, é henchila de doblones y joyas preciosísimas; tomé algunas sogas de muchas que allí habia, con que la até, y añudando unas á otras, hice una tan larga, que me pareció bastante para llegar á la superficie del agua. Si puedo sacar estas riquezas de aquí (decia entre mí), no habrá bodegonero en el mundo más regalado que yo: haré casas, fundaré rentas y compraré un jardin en los cigarrales; mi mujer se pondrá don y yo señoría; casaré á mi hija con el más rico pastelero de mi tierra; todos vendrán á darme el parabien, y yo les diré que lo he bien trabajado, sacándolo, no de las entrañas de la tierra, pero del corazon de la mar; no mojado de sudor, mas remojado como curadillo seco. En mi vida he estado tan contento como entónces, sin considerar que si abria la boca quedaria allí con mi tesoro sepultado hasta ciento y un año.

CAPÍTULO III.

Cómo Lázaro salió de la mar.

Viéndome tan cerca de morir, temia; y tan cercano de ser rico, me alegraba; la muerte me espantaba, y el tesoro me deleitaba para huir de aquella y gozar deste. Desnudéme los andrajos que mi amo primero me habia dejado por el servicio que le habia hecho; atéme la soga al pié, y comencé á nadar (que aunque sabía poco, la necesidad me ponia alas en los piés y remos en las manos). Los pescados que al rededor estaban acudieron á picarme, haciéndome caminar con sus rempujones que me servian como de estribo: ellos picando y yo coceando llegamos hasta la superficie del agua, donde me sucedió una cosa que fué causa de toda mi desdicha. Los pescados y yo encontramos con unas redes que unos pescadores habian tendido, los que sintiendo la pesca enredada tiraron con tanta furia, y el agua me comenzó á entrar, no con menor, que sin poder resistir me comencé á ahogar, y lo hubiera hecho si los marineros con su prisa acostumbrada no sacaran la presa á los barcos. Doy al diablo el mal sabor; en todos los dias de mi vida he bebido cosa peor; súpome á los meados del señor arcipreste, que un dia mi mujer me hizo beber diciendo ser víno de Ocaña.

Puestos en el barco los peces y yo á revuelta dellos, comenzaron á tirar de la cuerda, por la cual (como dicen) sacaron el ovillo. Halláronme atado á ella, y admirados decian: ¿Qué pescado es este que tiene las facciones de hombre? ¿si es diablo ó fantasma? Giremos desta soga, verémos qué trae asido al pié; tiraron con tanta fuerza que el barco se iba á lo hondo; conociendo el peligro la cortaron, y con ella las esperanzas á Lázaro de hacerse de los godos. Pusiéronme boca abajo para que echara el agua que habia bebido; vieron que no estaba muerto (que no hubiera sido para mí lo peor); diéronme un poco de víno, con que como lámpara con aceite torné en mí. Hiciéronme mil preguntas, á ninguna respondí, hasta que me dieron de comer, y cobrando aliento, lo primero que les pregunté fué por la corma que traia atada al pié; dijéronme cómo la habian cortado por librarse del peligro en que se habian visto. Allí se perdió Troya, y Lázaro sus bien colocados deseos: allí comenzaron sus dolores, angustias y tormentos. No hay mayor dolor en el mundo que haberse visto rico y en los cuernos de la luna, y verse pobre y sujeto á necios. Todas mis quimeras se fundaban en el agua, y ella me las anegó todas. Conté á los pescadores lo que ellos y yo habíamos perdido en haberme cortado las pihuelas. Fué tan grande el enojo que recibieron, que uno dellos se quiso desesperar.

El más cuerdo de todos dijo sería bueno me tornasen á la mar, y que me aguardasen allí hasta que saliese: siguieron todos el voto deste; y no obstante los inconvenientes que yo les representé estaban en sus trece, diciendo, que pues sabía el camino, me era fácil (como si fuera ir á la pastelería ó al bode-

gon); cególes tanto la codicia que me querian ya echar, si mi dicha ó desdicha no ordenase llegase donde estábamos un barco que venía á ayudarles á llevar la pesca; callaron, porque los otros no supiesen el tesoro que habian descubierto; fuéles forzoso por entónces dejar su mala intencion; llegaron los barcos á la lengua del agua, echáronme entre los pescados para disimular, con intencion de tornarme á buscar cuando pudiesen. Tomáronme entre dos, y llevaron á una cabañuela que cerca tenian. Uno que no sabía el misterio les preguntó qué era aquello; respondiéronle ser un mónstruo que habian cogido con los atunes. Puesto en aquella pobre zahurda, les rogué me diesen algunos andrajos con que cubrir mi desnudez y con que poder salir delante de los hombres: Eso será, dijeron ellos, despues de haber hecho cuenta con la huéspeda; no entendí entónces esta jerigonza. Extendióse la fama del mónstruo por la comarca; venía mucha gente á la choza para verme; los pescadores no me querian mostrar diciendo aguardaban licencia del señor obispo é inquisidores para mostrarme, y que hasta entónces era excusado. Yo estaba atónito, sin saber qué decir ni hacer, no adivinando su intencion; sucedióme lo que al cornudo que es el postrero que lo sabe. Inventaron pues estos diablos una invencion que el mismo Satanás no hubiera urdido otra semejante, que pide un nuevo capítulo y una nueva atencion.

CAPÍTULO IV.

Cómo llevaron á Lázaro por España.

La ocasion hace al ladron: los pescadores, echando de ver se les ofrecia tan buena, asiéronla de la melena, y aun de todo el cuerpo. Viendo que acudia tanta gente al nuevo pescado, determinaron desquitarse de la pérdida que habian hecho, cortándome la soga del pié, y así enviaron á pedir licencia á los señores inquisidores para mostrar por toda España un pez que tenia cara de hombre; alcanzáronla con facilidad por medio de un presente que del mejor pescado que habian cogido hicieron á sus señorías. Cuando el buen Lázaro estaba dando gracias á Dios por haberle sacado del vientre de la ballena (que fué un milagro tanto mayor cuanto mi industria y saber era menor, nadando como una barra de plomo); tomáronme entre cuatro de aquellos, que parecian más verdugos de los que crucificaron á Jesucristo, que hombres; atáronme las manos y pusiéronme una barba y casquete de musgo, sin olvidar los mostachos, que parecia salvaje de jardin. Envolviéronme los piés en espadañas; vime como trucha montañesa. Lloraba mi desdicha; gemia quejándome de mi hado ó fortuna; decia: ¿qué es esto, que tanto me persigues? En mi vida te ví, ni te conozco; pero si por los efectos se rastrea la causa, por lo que de tí he experimentado creo no hay sirena, basilisco, víbora, ni leona parida más cruel que tú: subes á los hombres con halagos y caricias á la cumbre de tus deleites y riquezas, deján-

doles de allí despeñar en el abismo de todas las miserias y calamidades, tanto mayores cuanto tus favores lo habian sido.

Oyó mi soliloquio uno de aquellos borreros, y con voz carretil me dijo:

—Si el señor atun habla más palabra, le pondrán en sal con sus compañeros, ó lo quemarémos como á mónstruo : los señores inquisidores han mandado, prosiguió, lo llevemos por las villas y lugares de España, á enseñarlo á todos como portento y mónstruo de natura.

Yo les juraba que no era atun, mónstruo, ni otra cosicosa, mas que hombre, tanto como cualquiera hijo de vecino, y si habia salido de la mar, era por haber caido en ella con los que se ahogaron en la armada de Arjel. Eran sordos, y tanto peores cuanto ménos querian entender. Viendo que mis ruegos eran tan perdidos como la lejía con que lavan la cabeza al asno, tuve paciencia, aguardando á que el tiempo, que todo lo cura, curase mi mal, que procedia de aquellos malditos metamorfósios. Pusiéronme en una media cuba hecha al modo de un bergantin, que llena de agua, y yo sentado en ella, me llegaba hasta los labios; no me podia levantar en pié por tenerlos atados con una soga, de la cual salia un cabo por entre los cellos de aquel pelambre, de suerte que si por malos de mis pecados pipeaba, me hacian dar un camarujo como rana, y beber más agua que hidrópico; cerraba la boca hasta que sentia que el que tiraba aflojaba; entónces sacaba la cabeza fuera como tortuga, y escarmentaba en la mia propia.

Puesto desta suerte me mostraban á todos, y eran tantos los que acudian á verme (pagando cada uno un cuartillo), que en un dia ganaban doscientos reales. Crecia la codicia á medida de la ganancia, la cual les hizo dudar de mi salud; para conservarla entraron en bureo, si sería bueno sacarme las noches del agua, por temer que la mucha humedad y frialdad no me acortase la vida, que ellos querian más que á la propia (por el provecho que della se les seguia). Determinaron estuviese siempre en ella, creyendo que la costumbre se tornaria en naturaleza; de manera que el pobre Lázaro estaba como arroz ó como cáñamo en balsa. A la piadosa consideracion del benigno lector dejo lo que en tal caso podia sentir, viéndome preso con tan extraño género de prision. Cautivo en tierra de libertad y aherrojado por la malicia de aquellos codiciosos titiriteros, y lo peor y que más sentia era serme necesario contrahacer el mudo sin serlo, ni aun podia abrir la boca; porque al punto que la abria, estaba tan alerta mi centinela, que sin que nadie lo pudiera ver, me la henchia de agua, temiendo no hablase. Mi comida era pan remojado, que los que venian allí echaban para verme comer; de manera que en seis meses que en aquel baño estuve, maldita otra cosa comí: perecia de hambre, mi bebida era agua de la cuba, que por no ser muy limpia, era más sustanciosa, particularmente que con la frialdad me dieron unas camarillas, que me duraron lo que me duró aquel purgatorio aguado.

CAPÍTULO V.

Cómo llevaron á Lázaro á la corte.

Llevároume aquellos sayones de ciudad en villa, y de villa en aldea, y de aldea en cortijo, más alegres con la ganancia que pascua de flores. Burlábanse del pobre Lázaro, y cantaban diciendo: Viva, viva el pescado que nos da de comer sin trabajo.

El ataud iba encima de un carro; acompañábanme tres: el carretero, el que tiraba de la cuerda cuando yo queria hablar, y el relator de mi vida; este hacia las arengas contando el extraño modo que habian tenido en pescarme, y mintiendo más qúe sastre en víspera de pascua. Cuando caminábamos por despoblados me permitian hablar, que fué la mayor cortesía que dellos recibí: preguntábales quién diablos les habia puesto en la cabeza me llevasen de aquella manera puesto en piscina. Respondíanme que si no lo hacia así, moriria al punto, pues siendo como era pescado, no podia vivir fuera del agua. Viéndolos tan porfiados determiné de serlo, y así me lo persuadia, pues que todos me tenian por tal, creyendo que el agua de la mar me habria mudado, siendo la voz del pueblo, como dicen, la de Dios; y así, de allí adelante no hablaba más que en misa.

Entráronme en la córte, donde la ganancia era grande por ser la gente della amiga de novedades, á quien siempre acompaña la ociosidad. Entre muchos que vinieron á verme fuéron dos estudiantes, que considerando por menudo la fisonomía de mi rostro, dijeron á medio tono jurarian en una ara consagrada que yo no era pescado, sino hombre, y que si ellos fueran ministros de justicia sacaran la verdad en limpio, limpiándonos á todos las espaldas con una penca. Rogaba á Dios en mi alma que lo hiciesen, con tal que me sacasen de allí; quise ayudarles diciendo: los señores bachilleres tienen razon; mas apénas habia abierto la boca, cuando mi centinela me la habia metido en el agua; los gritos que dieron todos cuando me zambullí (ó me zambulleron) impidió que los buenos licenciados pasasen adelante en su discurso. Echábanme pan, y yo lo despachaba ántes que se remojase mucho; no me daban la mitad de lo que comiera. Acordábame de la abundancia de Toledo y de mis amigos los alemanes, y de aquel buen vino que solia pregonar. Rogaba á Dios repitiese el milagro de la cena de Galilea, y que no permitiese que muriese á manos del agua, mi mayor enemigo.

Consideraba lo que aquellos estudiantes habian dicho, que por el ruido nadie lo entendió; confirméme en que era hombre, y por tal me tuve de allí adelante, aunque mi mujer me habia dicho muchas veces era una bestia, y los muchachos de Toledo me solian decir: Señor Lázaro, encasquétese un poco el sombrero, que se le ven los cuernos: todo esto y el llevarme en remojo me habia hecho dudar si era hombre perfecto ó nó; mas desde que oí hablar á aquellos benditos zahorís del mundo, no dudé más en ello, y así procuraba librarme

de las manos de aquellos caldeos. Una noche, en el mayor silencio della, viendo que mis guardas dormian á pierna suelta, procuré soltarme, mas por estar las cuerdas mojadas me fué imposible; quise dar voces; pero consideré que no me serviria de nada, pues el primero que las oyese me taparia la boca con una azumbre de agua. Viendo cerrada la puerta á mi remedio, con gran impaciencia empecé á revolcarme en aquel cenagal, y tanto hice y forcejé, que la cuba se trastornó y yo con ella; derramóse toda el agua; viéndome libre, grité pidiendo favor; los pescadores despavoridos, conociendo lo que yo habia hecho, acudieron al remedio, que fué taparme la boca, hinchéndomela de yerba, y para confundir mis voces las daban ellos mayores, apellidando justicia, justicia; y diciendo y haciendo tornaron á henchir la cuba de un pozo que allí estaba, con una presteza increible: el huésped salió con una alabarda, y todos los de la posada, cuáles con asadores y cuáles con palos; acudieron los vecinos y un alguacil con seis corchetes, que por allí acertó á pasar; el mesonero preguntó á los marineros qué era aquello; respondieron ser ladrones que les querian hurtar su pez; él como un perdido gritaba: A los ladrones, á los ladrones; unos miraban si saldrian por la puerta, ó si saltarian de un tejado á otro; ya mis custodios me habian tornado á la tina.

Sucedió que el agua que della se habia derramado cayó toda por un agujero á un aposento más bajo, sobre una cama donde dormia la hija de casa, la cual movida de caridad habia acogido en ella á un clérigo que para su contemplacion habia venido á aposentarse allí aquella noche. Espantáronse tanto del diluvio del agua que sobre su cama caia y de las voces que todos daban, que sin saber qué hacer se echaron por una ventana desnudos como Adan y Eva, pero sin hojas de higuera en sus vergüenzas. Hacia una luna muy clara, que su claridad podia competir con la del que se la daba; al punto que los vieron apellidaron: Ladrones, tengan los ladrones: los corchetes y alguacil corrieron tras ellos, y á pocos pasos los alcanzaron, porque como iban descalzos las piedras no les dejaban huir; y sin ser oidos ni vistos los llevaron á la cárcel. Los pescadores salieron muy de mañana de Madrid á Toledo, sin saber lo que Dios habia hecho de la simple doncellita y del devoto clérigo.

CAPÍTULO VI.

Cómo llevaron á Lázaro á Toledo.

La industria de los hombres es vana; su saber ignorancia, y su poder flaqueza, cuando Dios no le fortalece, enseña y guia. Mi trabajo sirvió solo de acrecentar el cuidado y solicitud de mis guardas, los cuales, enojados del asalto de la noche pasada, me dieron tantos palos por el camino, que me dejaron casi por muerto, diciendo: Maldito pescado, ¿queriais iros? ¿no conoceis el bien que os

hacen en no mataros? Sois como la encina, que no dais el fruto sino á palos. Molido, reprendido y muerto de hambre, me entraron en Toledo: aposentáronse junto á Zocodover en casa de una viuda, cuyos vinos solía yo pregonar. Pusiéronme en una sala baja, adonde acudia mucha gente.

Entre otros vino mi Elvira con mi hija de la mano: cuando la ví no pude detener dos hilos de lágrimas que reventaron de mis ojos. Lloraba y suspiraba, pero entre cuero y carne, porque no me privasen de lo que tanto amaba, y de la vista de lo que quisiera tener mil ojos para ver; aunque fuera mejor que los que me privaban de la palabra lo hicieran de la potencia visiva; porque mirando atentamente á mi mujer, la ví, ¡no sé si lo diga!... vila la tripa á la boca: quedé espantado y atónito; aunque si tuviera juicio no tenia de qué, pues el arcipreste, mi señor, me habia dicho, cuando salí de aquella ciudad para la guerra, y haria con ella como si fuera suya propia. De lo que más me pesaba era de no poder persuadirme estaba preñada de mí, pues habia más de un año que estaba ausente. Cuando moraba en ella y vivíamos en uno, y me decia: Lázaro, no creas te haga traicion, porque si lo crees, haces muy mal; quedaba tan satisfecho, que huia de pensar mal della, como el diablo del agua bendita: pasaba la vida alegre, contento y sin celos, que es enfermedad de locos, Muchas veces he considerado entre mí, que esto de hijos consiste en la aprension; porque ¡cuántos hay que aman á los que piensan serlo suyos sin tener más dellos que el nombre, y otros que, por alguna quimera que se les pone en el capricho, los aborrecen por imaginar que sus mujeres les han puesto la madera tinteril en la cabeza! Comencé á contar los meses y dias; hallé cerrado el camino de mi consolacion· Imaginé si mi buena consorte estaba hidrópica; duróme poco esta pia meditacion; porque al punto que de allí salió, comenzaron dos viejas á decirse una á otra:

—¿Qué os parece de la arcipresta? No le hace falta su marido.

—¿De quién está preñada? preguntó la otra.

—¿De quién? prosiguió la primera: del señor arcipreste; y es tan bueno que por no dar escándalo si pare en su casa sin tener marido, la casa el domingo con Pierres, el gabacho, que será tan paciente como mi compadre Lázaro.

Este fué el toque y el *non plus ultra* de mi paciencia: comenzóseme á abrir el corazon sudando dentro del agua; y sin poder irme á la mano me caí desmayado en la pocilga; el agua se entraba á más andar por todas las puertas sin resistencia alguna, dando muestras de estar muerto, harto contra mi voluntad, la cual fué de vivir todo lo que Dios quisiera y yo pudiese, á pesar de gallegos y de la adversa fortuna. Los pescadores afligidos hicieron salir fuera á todos, y con grande diligencia me sacaron la cabeza fuera del agua: halláronme sin pulso y sin aliento, y sin él se lamentaban, llorando la pérdida, que para ellos no era pequeña. Sacáronme fuera de la tina, procuraron hacerme vomitar lo que habia bebido, mas fué en vano; porque la muerte habia cerrado la puerta tras sí. Viéndose en blanco, y aun en albis, como domingo de cuasimodo, no sabian imaginar el remedio, ni aun dar un medio á su pena y fatiga; salió decretado por el concilio de tres, que la noche venida me llevasen al rio y me echasen

dentro con una piedra al cuello, para que me sirviese de sepulcro la que lo habia hecho de verdugo.

CAPÍTULO VII.

De lo que le sucedió á Lázaro en el camino del rio Tajo.

Ninguno desespere, por más afligido que se vea ; pues cuando ménos se catará abrirá Dios las puertas y ventanas de su misericordia, y mostrará no serle nada imposible, y que sabe, puede y quiere mudar los designios de los malos en saludables y medicinales remedios para los que en él confian. Pareciéndoles á aquellos sayones de ramplon, que la muerte no se burlaba, siendo costumbre suya no hacerlo, me metieron en un costal, y atravesándome en un macho, como zaque de víno, ó por mejor decir, de agua, estando lleno della hasta la boca, se encaminaron por la cuesta del Cármen, con más tristeza que si llevaran á enterrar al padre que los habia engendrado y á la madre que los parió. Quiso mi buena suerte que cuando me pusieron sobre el mulo, fué de pechos y tripas ; como iba boca abajo, comencé á echar agua por ella, como si hubieran levantado las compuertas de una represa ó esclusa.

Torné en mi acuerdo, y cobrando aliento conocí estar fuera del agua y de aquel desdichado pelambre. No sabía dónde estaba, ni adónde me llevaban ; solo oí decir: Importa para nuestra seguridad buscar un pozo muy hondo para que no lo encuentren tan presto. Por el hilo saqué el ovillo: imaginándome lo que era, y viendo que no podia ser más negro el cuervo que las alas, oyendo ruido de gente cerca, dí voces diciendo : aquí de Dios, justicia, justicia. Los del ruido eran la ronda, que acudieron á mis gritos con las espadas desnudas ; reconocieron el costal y hallaron al pobre Lázaro hecho un abadejo remojado. En cuerpo y alma sin ser oidos ni vistos, nos llevaron á todos á la cárcel : los pescadores lloraban por verse presos, y yo reia por estar libre. Pusiéronlos á ellos en un calabozo, y á mí en una cama. A la mañana siguiente nos tomaron nuestros dichos: ellos confesaron la traida y llevada por España, mas que lo habian hecho creyendo era pescado, habiendo para ello pedido licencia á los señores inquisidores. Yo dije la verdad de todo, y cómo aquellos bellacos me tenian atraillado y puesto de manera que no podia pipear.

Hicieron venir al arcipreste y á mi buena Elvira para probar si era verdad que yo fuese el Lázaro de Tormes que decia: dijo ser verdad que parecia en algo á su buen marido ; mas que creia no era él ; porque aunque habia sido un gran bestia, ántes sería mosquito que pez, y buey que pescado: diciendo esto, y haciendo una grande reverencia, se salió. El procurador de mis verdugos requirió que me quemasen, porque sin duda era mónstruo, y que él se obligaba á probarlo. ¡ Eso sería el diablo, decia yo entre mí, si hay algun encantador que me

persigue, trasformándome en lo que le da gusto! Los jueces le mandaron callar. Entró el señor arcipreste, que viéndome tan descolorido y arrugado como tripa de vieja, dijo no me conocia en la cara, ni talle. Trújele á la memoria algunas cosas pasadas y muchas secretas, que entre nosotros habian pasado: particularmente le dije se acordase de la noche que vino desnudo á mi cama, diciendo tenia miedo de un duende que habia en su aposento, y se habia acostado entre mi mujer y mí. Él, porque no pasase adelante con las señas, confesó ser verdad, que yo era Lázaro, su buen amigo y criado. Concluyóse el proceso con el testimonio del señor capitan que me sacó de Toledo, y fué de los que se escaparon de la tormenta en el esquife, confesando ser yo en persona Lázaro su criado. Conformóse con esto la relacion del tiempo y lugar en que los pescadores dijeron haberme pescado. Sentenciáronlos á cada uno á doscientos azotes, y su hacienda confiscada, una parte para el rey, otra para los presos, y la tercera para Lázaro. Halláronles dos mil reales, dos mulas y un carro; de que pagadas las costas y gastos, me cupieron veinte ducados. Quedaron los marineros pelados y aun desollados, y yo rico y contento, porque en mi vida me habia visto señor de tanto dinero junto.

Fuíme á casa de un amigo, donde despues de haber envasado algunas cántaras de vino para quitar el mal gusto del agua, y puesto á lo de Dios es Cristo, comencé á pasearme como un conde, comiendo como cuerpo de rey, honrado de mis amigos, temido de mis enemigos, y acariciado de todos. Los males pasados me parecian sueño; el bien presente, puerto de descanso, y las esperanzas futuras, paraíso de deleites. Los trabajos humillan, y la prosperidad ensoberbece. El tiempo que los veinte escudos duraron, si el rey me hubiera llamado primo, lo tuviera por afrenta. Cuando los españoles alcanzamos un real, somos príncipes, y aunque nos falte, nos lo hace creer la presuncion. Si preguntais á un mal trapillo quién es; responderos ha por lo ménos, que desciende de los godos, y que su corta suerte lo tiene arrinconado, siendo propio del mundo loco levantar á los bajos y bajar á los altos; pero que aunque así sea, no dará á torcer su brazo, ni se estimará en ménos que el más preciado, y morirá ántes de hambre, que ponerse á un oficio; y si se ponen á aprender alguno, es con tal desaire que, ó no trabajan, ó si lo hacen, es tan mal, que apénas se hallará un buen oficial en toda España. Acuérdome, que en Salamanca habia un remendon que cuando le llevaban algo que remendar, hacia un soliloquio quejándose de su fortuna, que le ponia en términos de trabajar en un tan bajo oficio, siendo descendiente de tal casa y de tales padres, que por su valor eran conocidos en España. Pregunté un dia á un vecino suyo, quiénes habian sido los padres de aquel fanfarron: dijéronme que su padre habia sido pisador de uvas, y en invierno matapuercos, y su madre lava-vientres: quiero decir, criada de mondonguera.

Habia yo comprado un vestido de terciopelo raido, y una capa traida de raja de Segovia; llevaba una espada, con cuya contera desempedraba las calles. No quise ir á ver á mi mujer, cuando salí de la cárcel, por hacerle desear mi visita, y para vengarme del desprecio que habia hecho de mí, en ella: creí sin duda que, viéndome tan bien vestido, se arrepentiria y recibiria con los brazos

abiertos; mas tijeretas eran y tijeretas fuéron. Halléla parida y recien casada; cuando me vió dijo gritando:

—Quítenme de delante á ese pescado mal remojado, cara de ansaron pelado; que si no, por el siglo de mi padre, me levante y le saque los ojos.

Yo con mucha flema la respondí:

—Poco á poco, señora atiza-candiles, que si no me conoce por marido, ni yo por mujer, dénme á mi hija, y tan amigos como ántes: hacienda he ganado, proseguí, para casarla muy honradamente.

Pareciame que aquellos veinte ducados habian de ser como las cinco blancas de Juan espera en Dios, que en gastándolas hallaba otras cinco en su bolsa; mas á mí, como era Lazarillo del diablo, no me sucedio así, como se verá en el siguiente capítulo. El señor arcipreste se opuso á mi demanda, diciendo que no era mia, y para prueba dello me mostró el libro del bautismo, que confrontado con los capítulos matrimoniales, se veia que la niña habia nacido cuatro meses despues que yo habia conocido á mi mujer. Caí de mi asno, en que hasta entónces habia estado á caballo, creyendo ser mi hija la que no lo era.

Volví las espaldas tan consolado como si jamás las hubiera conocido. Fuí á buscar á mis amigos, contéles el caso, consoláronme, que fué menester poco para ello. No quise tornar al oficio de pregonero, porque aquel terciopelo me habia sacado de mis casillas. Yéndome á pasear hácia la puerta de Visagra, en la de San Juan de los Reyes encontré á una antigua conocida, que despues de haberme saludado me dijo cómo mi mujer estaba más blanda despues que habia sabido tenia dineros, particularmente porque el gabacho la habia parado como nueva. Roguéla me contase el caso; ella lo hizo diciendo: que el señor arcipreste y mi mujer se habian puesto un dia á consultar si sería bueno tornarme á recibir á mí y echar al gabacho, poniendo razones en pró y en contra; la consulta no fué tan secreta, que el nuevo velado no la entendiese, el cual disimulando, á la mañana se fué á trabajar al olivar, adonde su mujer y la mia fué á mediodia á llevarle la comida. Él la ató al pié de un árbol, habiéndola primero desnudado, donde le dió más de cien azotes; y no contento con esto, hizo un lio de todos sus vestidos, y quitándole las sortijas se fué con todo, dejándola atada, desnuda y lastimada, donde sin duda muriera, si el arcipreste no hubiera enviado á buscarla. Prosiguió diciendo, creia sin falta, que si yo echaba rogadores me recibirian como ántes, porque ella la habia oido decir: Desdichada de mí, ¿por qué no admití á mi buen Lázaro, que era bueno como el buen pan, nada melindroso, ni escrupuloso, el cual me dejaba hacer lo que queria? Este fué un toque que me trastornó de arriba abajo, y estuve por tomar el consejo de la buena vieja, pero quise comunicarlo primero con mis amigos.

CAPÍTULO VIII.

Como Lázaro pleiteó contra su mujer.

Somos los hombres de casta de gallinas ponederas, que si queremos hacer algun bien, lo gritamos y cacareamos; pero si mal, no queremos que nadie lo sepa, para que no nos disuadan lo que sería bueno estorbasen. Fuí á ver á uno de mis amigos, y hallé tres juntos, porque despues que tenia dineros, se habian multiplicado como moscas con la fruta; díjeles mi deseo, que era tornarme con mi mujer, y quitarme de malas lenguas, siendo mejor el mal conocido, que el bien por conocer. Afeáronme el caso, diciendo era un hombre que no tenia sangre en el ojo, ni sesos en la cabeza, pues queria juntarme con una ramera, piltrafa, escalentada, mata-candiles, y finalmente, mula del diablo, que así llaman en Toledo á las mancebas de los clérigos. Tales cosas me dijeron y tanto me persuadieron, que determiné de no rogar ni convidar. Echando de ver mis buenos amigos (¡del diablo lo fuéran ellos!) que su consejo y persuasiones eran eficaces, pasaron adelante diciendo, me aconsejaban como quien tan íntimo lo era suyo, sacase las manchas y quitase el borron de mi honra tornando por ella, pues iba tan de capa caida, dando una querella contra el arcipreste y contra mi mujer, pues todo no me costaria blanca ni cornado, siendo ellos como eran ministros de justicia. El uno, que era un procurador de causas perdidas, me ofrecia cien ducados por mi provecho; el otro, como más entendido por ser un letrado de cantoneras, me decia que si él estuviera en mi pellejo, no daria mi ganancia por doscientos; el tercero me aseguraba (que como corchete que era lo sabía muy bien) haber visto otros pleitos ménos claros, más dudosos, que habian valido á los que los habian emprendido una ganancia sin cuento, cuanto más que creia que á los primeros encuentros del dómine Bacalarius, me hinchiria á mí las manos, y se las untaria á ellos, porque desistiésemos de la querella, rogándome que tornase con mi mujer, resultándome de ello más honra y provecho, que no si yo lo hacia.

Encarecieron la cura arregostándome con buenas esperanzas; cogiéronme del pié á la mano, sin saber qué responder á sus argumentos sofísticos, aunque bien se me alcanzaba ser mejor perdonar y humillarse, que no llevar las cosas á punta de lanza, cumpliendo el mandamiento de Dios más dificultoso, que es el amor á los enemigos, y más que mi mujer no me habia hecho obras dello; al contrario, por ella habia comenzado á alzar cabeza y á ser conocido de muchos, que con el dedo me señalaban diciendo: veis aquí al pacífico Lázaro; por ella comencé á tener oficio y beneficio. Si la hija que el arcipreste decia no ser mia, era ó nó, Dios escudriñador de los corazones lo sabe, y podia ser que así como yo me engañé, él pudiera engañarse tambien, como puede suceder que alguno de los que leyendo mis simplicidades, riendo se hinche la boca de agua, y las barbas de babas, sustente á los hijos de algun reverendo; trabaje, sude y afane

por dejar ricos á los que empobrecen su honra, creyendo por cierto, que si hay mujer honrada en el mundo es la suya; y aun podria ser que el apellido que tienes, amigo lector, de Cabeza de Vaca, lo hubieses tomado de la de un toro. Mas dejando á cada uno con su buena opinion, todas estas buenas consideraciones no bastaron; y así dí una querella contra el arcipreste y contra mi mujer. Como habia dinero fresco, en veinte y cuatro horas los pusieron en la cárcel, á él en la del arzobispo, y á ella en la pública. Los letrados me decian no reparase en los dineros que me podia costar aquel negocio, pues todo habia de salir de las costillas del dómine; y así por hacerle más mal, y que fuesen mayores las costas, daba cuanto me pedian. Andaban listos, solícitos y bulliciosos; sentian el dinero como las moscas la miel; no daban paso en vano. En ménos de ocho dias el pleito estuvo muy adelante, y mi bolsa muy atrás. Las probanzas se hicieron con facilidad, porque los alguaciles que los habian preso, los hallaron en fragante delito, y los llevaron á la cárcel en camisa como estaban; los testigos eran muchos, y sus dichos verdaderos. Los buenos del procurador, letrados y escribanos, que conocieron la flaqueza de mi bolsa, comenzaron á desmayar; de suerte, que para hacerles dar un paso era menester meterles más espuela que á mula de alquiler. La remision fué tan grande, que conocida por el arcipreste y los suyos, comenzaron á gallear, untándoles las manos y los piés; parecian pesas de reloj, que subian á medida que los mios bajaban. Diéronse tal maña, que en quince dias salieron de la cárcel bajo fiado, y en ménos de ocho, con testigos falsos, condenaron al pobre Lázaro á pedir perdon, en costas y destierro perpétuo de Toledo.

Pedí perdon, como era justo lo hiciese quien con veinte escudos se habia puesto á pleitear con quien los contaba á espuertas. Dí hasta mi camisa para ayuda de pagar las costas, saliendo en porreta á cumplir mi destierro; víme en un instante rico, pleiteando contra una dignidad de la santa iglesia de Toledo, empresa solo para un príncipe; respetado de mis amigos, y puesto en predicamento de hombre honrado que no sufria moscas en la matadura; y en el mismo me hallé echado, nó del paraíso terrenal, cubiertas mis vergüenzas con hojas de higuera, mas del lugar que más amaba y de donde tantos regalos y placeres habia recibido, cubierta mi desnudez con andrajos que en unos muladares habia hallado. Acogíme al consuelo comun de todos los afligidos, creyendo que pues estaba en lo más bajo de la rueda de la fortuna, necesariamente habia de volver á subir. Acuérdome ahora de lo que oí decir una vez á mi amo el ciego, que cuando se ponia á predicar era un águila: que todos los hombres del mundo subian y bajaban por la rueda de la fortuna, unos siguiendo su movimiento, y otros al contrario, habiendo entre ellos esta diferencia: que los que iban segun el movimiento con la facilidad que subian, con la misma bajaban, y los que al contrario, si una vez subian á la cumbre, aunque con trabajo, se conservaban en ella más tiempo que los otros. Segun esto, yo caminaba á pelo y con tanta velocidad, que apénas estaba en lo alto, cuando me hallaba en el abismo de todas las miserias. Víme hecho pícaro de más de marca, habiendo sido hasta entónces recoleto; pude muy bien decir: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

Encaminéme hácia Madrid pidiendo limosna, que lo sabía muy bien hacer:

molinero solia ser, volvíme á mi menester. Contaba á todos mis cuitas, unos se dolian y otros se reian de mí, y algunos me daban limosna; con ella, como no tenia hijos ni mujer que sustentar, me sobraba la comida y aun la bebida. Aquel año habian cogido tanto vino, que á las más puertas que llegaba me decian si queria beber, porque no tenian pan que darme; jamás lo rehusé, y así me sucedió algunas veces en ayunas haber envasado cuatro azumbres de vino, con que estaba más alegre que moza en víspera de fiesta. Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que las otras no merecen este nombre; si los ricos la gustasen, dejarian por ella sus haciendas, como hacian los antiguos filósofos, que por alcanzarla dejaban lo que poseian; digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y picaral es una mesma; solo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseian por su amor, y los pícaros, sin dejar nada, la hallan. Aquellos despreciaban sus haciendas, para contemplar con ménos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes; estos para correr á rienda suelta por el campo de sus apetitos; ellos las echaban en la mar; y estos en sus estómagos; los unos las menospreciaban como caducas y perecederas; los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdice de su profesion; de manera que la vida picaresca es más descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como por camino más libre, ménos peligroso y nada triste.

CAPÍTULO IX.

Como Lázaro se hizo ganapan.

No hay oficio, ciencia ni arte, que si se ha de saber con perfeccion no sea necesario emplear la capacidad del más agudo entendimiento del mundo: á un zapatero que haya ejercitado treinta años su oficio, decidle que os haga unos zapatos anchos de puntas, altos de empeine y cerrados de lazo: ¿harálos? Primero que os haga un par como le pedís, os perderá los piés. Preguntad á un filósofo, por qué las moscas cagan en lo blanco negro, y en lo negro blanco: pararse ha tan colorado, como moza á quien se lo vieron afeitar á la candela, y no sabrá qué responder; y si á esto responde, no lo hará á otras mil niñerías.

Encontré junto á Illescas un archipícaro: conocílo por la punta, me llegué á él como á un oráculo, para preguntarle el cómo me habia de gobernar en la nueva vida sin perjuicio de barras; respondióme, que si queria salir limpio de polvo y paja, juntase á la ociosidad de María el trabajo de Marta; á saber: que con ser pícaro añadiese serlo de cocina, del mandil, del rastro, ó de la soguilla, que era como poner una salvaguardia á la picardía. Díjome más: que por no haberlo hecho así, al cabo de veinte años que ejercitaba su oficio, el dia anterior le habian dado doscientos por holgazan; agradecíle el aviso, y tomé su consejo.

Cuando llegué á Madrid compré una soguilla, con que me puse en medio de

la plaza, más contento que gato con tripas. Dios y enhorabuena, el primero que me engüeró fué una doncella (él me perdone si miento) de hasta diez y ocho años, más relamida que monja novicia; díjome la siguiese; llevóme por tantas calles que pensé lo habia tomado á destajo, ó que se burlaba de mí; á cabo de rato llegamos á una casa, que en el postiguillo, patio y mujercillas que allí bailaban, conocí ser del partido; entramos en su celda, donde me dijo si queria me pagase de mi trabajo ántes que de allí saliese; respondíle, bastaba cuando llegásemos adonde llevaba el lio; cargué con todo, y encaminándose á la puerta de Guadalajara, allí me dijo se habia de poner en un carro para ir á la feria de Nájera. La carga era ligera, por ser lo más della salserillas, redomas de aceites y aguas; en el camino supe usaba de aquel oficio. El primero que me dió canilla, dijo ella, fué el padre rector de Sevilla, de donde soy natural, el cual lo hizo con tanta gracia, que desde aquel dia le soy muy devota; encomendóme á una beata con quien estuve bien proveida de lo necesario más de seis meses; de allí me sacó un capitan, llevándome de ceca en meca, y de zoca en colodra hasta donde me veis; ¡y pluguiera á Dios jamás hubiera salido de la proteccion de aquel buen padre, que me trataba como á hija y me amaba como si fuera su hermana! Al fin me ha sido necesario trabajar para ganar mi vida. En estas llegamos al carro, que estaba para partir, puse en él lo que llevaba, pidiéndole me pagase mi trabajo. La descosida dijo, que de muy buena gana, y levantando el brazo me dió tan gran bofetada, que me echó en el suelo, diciendo: ¿Es tan bozal que pide dineros á las de mi oficio? ¿No le dije ántes que partiésemos de la casa llana, se pagase en mí si queria? Saltó en el carro como un caballejo; picó dejándome picado; quedé más corrido que mona, sin saber lo qué me habia sucedido, considerando que si el fin de aquel oficio era tal como el principio, medraria bien al cabo del año.

No me habia apartado de allí, cuando llegó otro carro, que venía de Alcalá de Henares. Saltaron en tierra los que venian dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes. Uno de la órden de San Francisco me dijo si le queria hacer caridad de llevarle su hato hasta su convento: díjele con alegría que sí, porque bien eché de ver que no me engañaria como habia hecho la berrionda. Carguémele, y era tan pesado, que apénas lo podia llevar; mas con la esperanza de la buena paga me esforcé. Llegué al monasterio muy cansado, porque estaba léjos; tomó el fraile su lio, y diciendo, sea por el amor de Dios, cerró tras sí la puerta; aguardé allí hasta que saliese á pagarme; mas viendo que tardaba, llamé á la portería. Salió el portero preguntándome lo que queria; díjele me pagase el porte del hato que habia traido; respondióme fuese con Dios, que ellos no pagaban nada, y cerró la puerta diciendo no llamase más, porque era hora de silencio, y que si lo hacia me daria cien cordonazos; quedéme helado. Un pobre de los que estaban en la portería me dijo:

—Hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dineros, porque viven de mogollon.

—Ellos, repliqué, pueden vivir de lo que quisieren, que mi trabajo me pagarán, ó yo no seré quien soy.

Torné á llamar con gran cólera; salió el lego motilon con mayor, y sin decir qué haces ahí, me dió un rempujon, que me echó en el suelo como si fuera pera madura, y poniéndose de rodillas sobre mí, me dió media docena de rodillazos y otros tantos cordonazos, con que me dejó magullado, como si hubiera caido sobre mí la torre del reloj de Zaragoza. Quedéme allí tendido más de media hora sin poderme levantar; consideraba mi mala dicha, y las fuerzas de aquel irregular tan mal empleadas, que mejor estuviera sirviendo al rey nuestro señor, que nó comiendo las limosnas de los pobres; aunque ni para aquello son buenos, porque son carnes holgazanas. El emperador Cárlos V mostró bien esto, cuando el general de los franciscos le ofreció veinte y dos mil frailes para la guerra, que no pasasen de cuarenta años, y que llegasen á los veinte y dos; el invicto emperador respondió que no los queria, porque habria menester veinte y dos mil ollas todos los dias para sustentarlos: dando á entender ser más hábiles para comer que para trabajar. ¡ Dios me lo perdone! que desde aquel dia aborrecí tanto á estos religiosos legos, que me parecia cuando los veia ver un zángano de colmena, ó una esponja de la grasa de la olla. Quise pues dejar aquel oficio, mas aguardé pasasen las veinte y cuatro horas.

CAPÍTULO X.

De lo que le sucedió á Lázaro con una vieja alcahueta.

Desmayado y muerto de hambre me fuí poco á poco la calle adelante, y pasando por la plaza de la Cebada encontré una vieja rezadora con más colmillos que un jabalí. Llegóse á mí diciendo, que si queria llevarle un cofre á casa de una amiga suya que estaba cerca de allí, me daria cuatro cuartos. Cuando lo oi dí gracias á Dios, que de una boca tan hedionda como la suya salia una tan dulce palabra como era que me daria cuatro cuartos: díjele que sí, de muy buena gana, aunque más buena era la de empuñar aquellos cuatro cuartos, que no de llevar carga, pues más estaba para ser llevado que para llevar. Cargué el cofre con gran dificultad, porque era grande y pesado: díjome la buena vieja lo llevase con tiento, porque habia dentro unas redomas de aguas que las estimaba en mucho. Respondíla no tuviese miedo, que yo iria poco á poco, porque aunque quisiera no pudiera hacer otra cosa, por estar tan hambriento que apénas podia menearme. Llegamos á la casa donde llevábamos el arcon; recibiéronle con grande alegría, particularmente una doncellita cariampollar y repolluda (que tales sean las musarañas de mi cama, despues de bien harto), la cual con rostro alegre dijo queria guardar el cofre en su retrete. Llevélo á él; la vieja le dió la llave diciéndole, lo guardase hasta que volviese de Segovia, adonde iba á visitar una parienta suya, y de donde pensaba volver dentro de cuatro dias. Abrazóla despidiéndose della; díjole dos palabras al oído, de que

quedó tan colorada la doncella, que parecia una rosa; y aunque me pareció bien, mejor me hubiera parecido si estuviera harto. Despidióse de todos los de aquella casa, pidiendo perdon al padre y á la madre de la niña del atrevimiento; ellos le ofrecieron su casa para servirse della : dióme cuatro cuartos, diciéndome á la oreja, que á la mañana siguiente volviese á su casa y me haria ganar otros tantos.

Fuíme más alegre que una pascua, y que dia de San Juan : cené con los tres, guardando uno para pagar la cama. Consideraba la virtud del dinero, que al punto que aquella vieja me dió aquellos pocos cuartos, me hallé más ligero que el viento, más esforzado que Roldan y más fuerte que Hércules. ¡ Oh dinero, que no sin razon la mayor parte de los hombres te tienen por Dios! Tú eres la causa de todos los bienes, y el que acarreas todos los males. Tú eres el inventor de todas las artes, y el que las conservas en su perfeccion : por tí las ciencias son estimadas y las opiniones defendidas, las ciudades fortalecidas, y sus fuertes torres allanadas, los reinos restablecidos y al mismo tiempo perdidos. Tú conservas la virtud, y tú mismo la pierdes; por tí las doncellas castas se conservan, y las que lo son dejan de serlo : finalmente, no hay dificultad en el mundo que para tí lo sea, ni lo más escondido que no penetres, cuesta que no allanes, ni collado humilde que no ensalces.

Venida la mañana fuí á casa de la vieja, como me lo habia mandado; díjome volviese con ella á traer el cofre que habia llevado el dia ántes. Dijo á los señores de la casa que volvia por él, porque en el camino de Segovia, á media legua de Madrid, habia encontrado á su parienta que venía con la misma intencion que ella, de verla; y que lo habia de menester luego, á causa de la ropa limpia que en él habia para aposentarla. La niña de la rollona la volvió la llave besándola y abrazándola con más ahinco que la primera vez; y volviéndose á hablar al oído, me ayudaron á cargar mi cofre, que me pareció más ligero que el dia ántes, porque mi vientre estaba más lleno. Bajando por la escalera encontré con un estorbo, que el diablo sin duda habia puesto allí; tropecé, y rodando con él bajé hasta el recibimiento, donde estaban los padres de la inocente niña. Rompíme las narices y las costillas. Con los golpes que el diablo del arca dió, se abrió y apareció dentro un galan mancebo, con su espada y daga. Estaba vestido de camino; no tenia herreruelo; las calzas y ropilla eran de raso verde, con plumaje del mismo color; ligas encarnadas con medias de nácar, zapato blanco y alpargatado. Púsose en pié con buen donaire, y haciendo una grande cortesía y reverencia, se salió por la puerta afuera.

Quedaron atónitos de la repentina vision, y mirándose el uno al otro parecian matachines. Habiendo vuelto de su éxtasis, llamaron á gran prisa á dos hijos que tenian, y contándoles el caso con grande alboroto tomaron sus espadas diciendo : muera, muera, salieron á buscar al pisaverde; mas como iba de prisa no le pudieron alcanzar. Los padres, que quedaron en casa, cerraron la puerta y acudieron á vengarse de la alcahueta; mas esta, que habia oido el ruido y sabido la causa, se salió por una puerta falsa siguiéndola siempre la novia. Halláronse burlados y atajados, y bajaron á dar en mí, que estaba derrengado sin

poderme mover; que si no fuera por esto hubiera seguido las pisadas del que me causó tanto mal. Llegaron los hermanos sudando y jadeando, jurando y votando que, pues no habian alcanzado al infame, habian de matar á su hermana y á la tercera; mas cuando les dijeron que se habian ido por la puerta trasera, allí fué el blasfemar, jurar y renegar. El uno decia :

—¡Que no encontrara yo ahora aquí al mismo diablo con una caterva infernal, para hacer en ellos tanto estrago como si fueran moscas! Venid, venid, diablos; mas ¿para qué os llamo? pues cierto que adónde estais temeis mi cólera, y no osaréis poneros delante. ¡Si yo hubiera visto aquel cobarde, con solo soplar, lo hubiera aventado adonde jamás se hubieran oido nuevas dél!

El otro proseguia :

—¡Si le hubiera alcanzado, el mayor pedazo que dél quedara habia de ser la oreja! mas si está en el mundo, y aunque no lo esté, no se escapará de mis manos; porque yo lo buscaré, aunque se esconda en las entrañas de la tierra.

Estas fanfarronadas y fieros decian; y el pobre Lázaro aguardaba que todos aquellos nublados descargarian sobre él. Más miedo tenia de los muchachos, que habia diez ó doce, que de aquellos valentones. Chicos y grandes de tropel arremetieron á mí : los unos me daban de coces, los otros de puñadas; estos me tiraban de los cabellos, y aquellos me bofeteaban. No salió en vano mi temor, que las muchachas me metian las agujas de á blanca, que me hacian poner el grito en el cielo; las esclavas me pellizcaban, haciéndome ver las estrellas; los unos decian : matémosle; los otros : mejor será echarlo en la letrina. El martilleo era tan grande que parecia majaban granzas, ó mazos de batan, que no cesaban. Viéndome sin aliento, cesaron de herirme, mas no de amenazarme. El padre como más maduro, ó como más podrido dijo me dejasen, y que si yo decia la verdad de quién era el robador de su honra, no me harian más mal. No les podia satisfacer su deseo, porque ni sabía quién era, ni lo habia visto en mi vida hasta que salió del ataud; pero como no les decia nada, tornaron de nuevo. Allí era el gemir, allí el llorar mi desdicha, allí el suspirar y renegar de mi corta fortuna, pues siempre hallaba nuevas invenciones para perseguirme. Díjeles, como pude, me dejasen, que yo les contaria lo que habia en aquel caso : hiciéronlo, y yo les dije al pié de la letra lo que pasaba; pero no daban crédito á la verdad. Viendo que la tempestad no cesaba, determiné engañarlos, si podia, así y les prometí de enseñarles el malhechor. Cesaron de martillear sobre mí, ofreciéndome maravillas, preguntáronme cómo se llamaba y dónde vivia : respondíles que no sabía el nombre, ni ménos el de su calle; pero que si ellos me querian llevar, porque ir por mis piés era imposible, segun me habian maltratado, les enseñaria su casa. Holgáronse dello; diéronme un poco de vino, con que torné algun tanto en mí, y bien armados me tomaron entre dos, de los sobacos, como á dama francesa, y me llevaron por Madrid.

Los que me veian decian : á ese hombre lo llevan á la cárcel; otros, al hospital, y ninguno daba en el blanco. Iba confuso y atónito sin saber qué hacer ni decir, porque si queria llamar ayuda, habian de dar queja de mí á la justicia, que la temia más que á la muerte; huir era imposible, no solo por el

quebrantamiento pasado, pero por ir en medio del padre, hijos y parientes, que para el caso se habian juntado ocho ó nueve ; y iban todos como unos san Jorjes. Cruzamos calles, pasamos callejas, sin saber adónde estaba, ni adónde los llevaba. Llegamos á la Puerta del Sol, y, por una calle que á ella sale, ví venir un galancete pisando de punta, la capa por debajo del brazo, con un pedazo de guante en una mano, y en la otra un clavel, braceando, que parecia primo hermano del duque del Infantado : hacia mil ademanes y contorsiones. Al punto le conocí, que era mi amo el escudero, que me habia hurtado el vestido en Murcia; y sin duda que algun santo me lo deparó allí (porque yo no habia dejado ninguno en las letanías que no hubiese llamado). Como vi la ocasion que me mostraba su calva, asíla del copete, y con una piedra quise matar dos pájaros, vengándome de aquel fanfarron y librándome de aquellos sayones. Así les dije : señores, alerta, que el galan robador de vuestra honra viene aquí, que ha mudado de vestido. Ellos, ciegos de cólera, sin hacer más discurso, me preguntaron quién era; señaléselo; arremetieron á él, y asiéndole de los cabezones le echaron en el suelo, dándolé mil coces, puntapiés y mojicones. Uno de los mozalbillos, hermano de la doncella, le quiso meter la espada por el pecho; mas su padre lo estorbó, y apellidando á la justicia lo maniataron. Como ví el juego revuelto, y que todos estaban ocupados, tomé las de villadiego, y lo mejor que pude me escondí. Mi buen escudero me habia conocido, y pensando que eran algunos deudos mios que le pedian mi vestido, decia : déjenme, déjenme que yo pagaré dos vestidos ; mas ellos le tapaban la boca á puñadas. Ensangrentado, descalabrado y molido le llevaron á la cárcel, y yo me salí de Madrid, renegando del oficio, y aun del primero que lo habia inventado.

CAPÍTULO XI.

Cómo Lázaro se partió para su tierra, y de lo que en el camino le sucedió.

Quise ponerme en camino, mas las fuerzas no llegaban al ánimo, y así me detuve en Madrid algunos dias ; no lo pasé mal, porque ayudándome de muletas, no pudiendo caminar sin ellas, pedia limosna de puerta en puerta, y de convento en convento, hasta que me hallé con fuerza de ponerme en camino : díme prisa á ello por lo que oí contar á un pobre, que al sol con otros se estaba espulgando : era la historia del cofre, como la he contado, añadiendo que aquel hombre, que habian puesto en la cárcel pensando era el del arca, habia probado lo contrario, porque á la hora que habia pasado el caso, estaba ya en su posada, y persona del barrio le habia visto con otro vestido del con que lo habian prendido ; mas que con todo eso lo habian sacado á la vergüenza por vagamundo, y desterrádolo de Madrid ; y así él como los parientes de la doncella buscaban un ganapan, que habia sido el que lo habia urdido, con juramento que

el primero que le encontrase lo habia de acribillar á estocadas. Abrí el ojo, y púseme en uno un parche, rapándome la barba como cucarro : quedé con tal figurilla seguro de que la madre que me parió no me hubiera conocido. Salí de Madrid con intencion de irme á Tejares por ver si, tornando al molde, la fortuna me desconoceria. Pasé por el Escorial, edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacia (porque aun no estaba acabado), tal que se puede contar entre las maravillas del mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado á edificarle allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero sí la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con solo ponerse á la sombra, no enfada el calor, ni la frialdad ofende, siendo por extremo sano.

A ménos de una legua de allí encontré con una compañía de gitanos, que en un casal tenian su rancho; cuando me vieron de léjos, pensaron era alguno de los suyos, porque mi traje no prometia ménos; mas de cerca se desengañaron. Esquiváronse algun tanto, porque segun eché de ver, seguian una consulta ó leccion de oposicion : dijéronme que aquel no era el camino derecho de Salamanca, pero sí el de Valladolid. Como mis negocios no me forzaban más á ir á una parte que á otra, díjeles que, pues así era, queria ántes que volviese á mi tierra, ver aquella ciudad. Uno de los más ancianos me preguntó de dónde era, y sabiendo que de Tejares, me convidó á comer por amor de la vecindad de los lugares, porque él era de Salamanca ; admití el convite, y por postres me pidieron les contase mi vida y milagros. Hícelo, sin hacerme de rogar, con las más breves y sucintas palabras que cosas tan grandes permitian. Cuando llegué á tratar de la cuba, y de lo que en Madrid me habia sucedido en casa de un mesonero, dióles muy gran risa, particularmente á un gitano y á una gitana, que daban las carcajadas de más de marca. Comencé á correrme poniéndome colorado ; el gitano compatriota, que conoció mi corrimiento, dijo :

—No se apure, hermano, que estos señores no se rien de su vida, siendo ella tal que pide ántes admiracion que risa; y pues tan por extenso nos ha dado cuenta della, justo es le paguemos en la misma moneda, fiándonos de su prudencia, como él lo ha hecho de la nuestra; y si estos señores me dan licencia contarle he de dónde la risa procedió.

Todos le dijeron la tenia, pues sabian que su mucha discrecion y experiencia no le dejarian pasar los límites de la razon.

—Sepa pues, prosiguió él, que los que allí rien y carcajean, son la doncella y clérigo, que saltaron por la ventana *in puribus*, cuando el diluvio de su cuba los quiso anegar: ellos, si gustan, le contarán los arcaduces por donde han venido al presente estado.

La gitana flamante pidió licencia, captando la benevolencia del ilustre auditorio, y así con voz sonora, reposada y grave relató su historia del modo siguiente:

—El dia que salí ó salté, por mejor decir, de casa de mi padre y me llevaron á la trena, me pusieron en un aposento más oscuro que limpio, y más hediondo que adornado; al dómine Urvez, que está presente y no me dejará mentir, le metieron en el calabozo, hasta que dijo ser clérigo, que del mismo lo

remitieron al señor obispo de anillo, que le dió una muy grande reprension por haberse pensado ahogar en tan poca agua y haber dado tal escándalo; pero con la promesa que hizo de ser más cauto, y de atar su dedo de modo que la tierra no supiese sus entradas y salidas, le soltaron, mandándole no dijese misa en un mes. Yo quedé en guarda del alcaide, que como era mozo y galan, y yo niña, y no de mal talle, me bailaba el agua delante. La cárcel era para mí jardin y Aranjuez de deleites; mis padres, aunque indignados de mi libertad, hacian lo que podian para que la tuviese; pero en vano, porque el alcaide ponia los medios posibles para que no saliese de su poder. El señor licenciado, que está presente, andaba alrededor de la cárcel como perro de muestra, por ver si podia hablarme; hízolo por medio de una buena tercera, que era un águila en el oficio, vistiéndole con una saya y cuerpo de una criada suya, y poniéndole un rebozo por la barba, como si tuviera dolor de muelas. De la vista resultó la traza de mi salida. La noche siguiente se hacia un sarao en casa del conde de Miranda, y al final habian de danzar unos gitanos. Con ellos se concertó Canil (que así se llama ahora el señor vicario) para que le ayudasen en sus pretensiones: hiciéronlo tan bien que, mediante su industria, gozamos de la libertad deseada, y de su compañía, que es la mejor de la tierra. La tarde ántes del sarao hice al alcaide más monerías que gata tripera, y más promesas que el que navega con borrasca: obligado dellas respondió no con ménos, rogándome le pidiese, que mi boca sería la medida, como no fuese carecer de mi vista. Agradecíselo mucho, diciéndole, que el carecer de la suya sería para mí el mayor mal que me podia venir. Viendo la mia sobre el hito, roguéle que aquella noche, pues podia, me llevase á ver el sarao: parecióle cosa dificultosa; pero por no desdecirse, y porque el cieguecillo le habia tirado una flecha, me lo prometió. El alguacil mayor estaba tambien enamorado de mí, y habia encargado á todas las guardas, y al mismo alcaide tuviesen cuenta con mi regalo, y que ninguno me traspusiese: por hacerlo más secreto me vistió como paje, con un vestido de damasco verde, pasamanos de oro; el bohemio de terciopelo del mismo color, forrado de raso amarillo; una gorra con garzota y plumas, con un cintillo de diamantes; una lechuguilla con puntas de encaje; medias pajizas, con ligas de gran balumba; zapatillo blanco picado, y espada y daga dorada á lo de aires bola.

Llegamos á la sala donde habia infinidad de damas y caballeros: ellos galanes y bizarros, y ellas gallardas y hermosas; habia muchos arrebozados y embozadas. Canil estaba vestido á la valentona, y en viéndome, se me puso al otro lado, de manera que yo estaba en medio del alcaide y dél. Comenzó el sarao, donde ví cosas que, por no hacer á mi cuento, dejaré; salieron los gitanos á bailar y voltear; sobre las vueltas se asieron dos dellos de palabras, y de unas en otras, desmintió el uno al otro. El desmentido le respondió con una cuchillada en la cabeza, haciéndole echar tanta sangre della, que parecia habian muerto un buey. Los asistentes, que hasta entónces habian pensado ser burlas, se alteraron, gritando: aquí de la justicia. Los ministros della se alborotaron; todos los circunstantes metieron mano á las espadas; yo saqué la mia y, cuando me

ví con ella en la mano, me puse á temblar de miedo della. Prendieron al delincuente, y no faltó quien, echado para ello, dijese que estaba allí el alcaide á quien lo podian entregar; el alguacil mayor le llamó para encargarle el homicida. Quisiera llevarme consigo; pero por miedo que no me conociesen me dijo me retirara á un rincon, que me mostró, y que no me apartase de allí hasta que él volviese.

Cuando ví aquella ladilla despegada de mí, tomé de la mano al dómine Canil, que estaba sin moverse de mi lado, y en dos brincos salimos á la calle, donde hallamos á uno destos señores, que nos encaminó á su rancho. Cuando el herido, que ya todos tenian por muerto, echó de ver que estaríamos libres, se levantó diciendo: señores, basta de burla, que yo estoy sano, y esto no ha sido sino para alegrar la fiesta. Quitóse una caperuza, dentro de la cual estaba una vejiga de buey, que encima de un buen casco acerado tenia llena de sangre preparada, y con la cuchillada se habia reventado. Todos comenzaron á reir de la burla, sino el alcaide, para quien fué muy pesada: torció al lugar señalado, y no hallándome en él, comenzó á buscarme preguntando á una gitana vieja, si habia visto un paje de tales y tales señas. Ella, que estaba advertida, le dijo que sí, y que le habia oido decir, cuando salió de la mano con un hombre, vámonos á retirar á San Felipe; fuése con grande prisa á buscarme, mas en vano, porque él iba hácia Oriente, y nosotros huíamos al Occidente. Antes que saliésemos de Madrid, habíamos trocado mi vestido, y del que me dieron encima doscientos reales; vendí el cintillo en cuatrocientos escudos; dí á estos señores, en llegando, doscientos, porque así se lo habia prometido Canil. Este es el cuento de mi libertad; si el señor Lázaro quiere otra cosa, mande, que en todo se le servirá como su gallarda presencia merece.

Agradecíle la cortesía, y con la mejor que pude me despedí de todos; el buen viejo me acompañó media legua; preguntéle en el camino si los que estaban allí eran todos gitanos nacidos en Egipto; respondióme que maldito el que habia en España, pues que todos eran clérigos, frailes, monjas ó ladrones, que habian escapado de las cárceles, ó de sus conventos; pero que entre todos, los mayores bellacos eran los que habian salido de los monasterios, mudando la vida contemplativa en activa. Tornóse con esto á su rancho, y yo á caballo en la la mula de san Francisco me dirigí á Valladolid.

CAPÍTULO XII.

De lo que le sucedió á Lázaro en una venta, una legua ántes de Valladolid.

¡Qué rumiar llevé para todo el camino de mis buenos gitanos, de su vida, costumbres y tratos! Espantábame mucho cómo la justicia permitia públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de

apóstatas y escuela de maldades; particularmente me admiré de que los frailes dejasen su vida descansada y regalona por seguir la desastrada y aperreada del gitanismo; y no hubiera creido ser verdad lo que el gitano me dijo, si no me hubiera mostrado á un cuarto de legua del rancho, detrás de las paredes de un arrañal, un gitano y una gitana, él rehecho y ella carillena; él no estaba quemado del sol, ni ella curtida de las inclemencias del cielo. El uno cantaba un verso de los salmos de David, y la otra respondia con otro: advirtióme el buen viejo, que aquellos eran fraile y monja, que no habia más de ocho dias que habian venido á su congregacion con deseo de profesar más austera vida.

Llegué á una venta, una legua ántes de Valladolid, en cuya puerta ví sentada á la vieja de Madrid con la doncellita de marras; salió mi galancete á llamarlas para que entrasen á comer; no me conocieron por ir tan disfrazado, siempre con mi parche en el ojo y mis vestidos á lo bribonesco; mas yo conocí ser el Lázaro que habia salido del monumento que tanto me habia costado. Púseme delante dellos, para ver si me darian algo; no me podian dar, pues no tenian para ellos. El galan, que habia servido de despensero, fué tan liberal, que para él, para su enamorada y para la vieja alcahueta habia hecho aderezar un poco de hígado de puerco con una salsa: todo lo que habia en el plato lo hubiera yo traspalado en ménos de dos bocados. El pan era tan negro como los manteles, que parecian túnica de penitente ó barredero de horno: coma, mi vida, le decia el señor, que este manjar es de príncipes; la tercera comia y callaba, por no perder tiempo; y por ver que no habia para tantos envites, comenzaron á fregar el plato que le quitaban el betun; acabada la triste y pobre comida, que más hambre que hartura les habia causado, el señor enamorado se excusó con decir que la venta estaba mal provista. Viendo que allí no habia nada para mí, pregunté al huésped si habia que comer, díjome que segun la paga. Quísome dar una poca de asadura; preguntéle si tenia otra cosa, ofrecióme un cuartillo de cabrito que aquel enamorado no habia querido por ser caro; quise hacerles un fiero, y así dije me le diese: púseme con él á los piés de la mesa, donde era de ver el mirar dellos: á cada bocado tragaba seis ojos, porque los del enamorado, los de la señora y los de la alcahueta estaban clavados en lo que comia.

—¿Qué es esto? dijo la doncella, ¿aquel pobre come un cuartillo de cabrito, y para nosotros no ha habido más que una pobre patorrilla?

El galan respondió habia pedido al huésped algunas perdices, capones ó gallinas, y que habia dicho no tenia otra cosa que darle; yo que sabía el caso, y que, por no gastar ó por no tener de qué hacerlo, les habia hecho comer con dieta, quise comer y callar: parecia aquel cabrito piedra imán; cuando ménos me caté, los hallé á todos tres encima de mi plato; la sin vergüenza cachondilla tomó un bocado y dijo:

—Con vuesa licencia, hermano; y ántes de tenerla, ya lo habia metido en la boca; la vieja replicó:

—No le quiteis á este pecador su comida.

—No se la quitaré, dijo ella, porque yo se la pienso pagar muy bien; y di-

ciendo y haciendo comenzó á comer con tanta prisa y rabia, que parecia no lo habia hecho en seis dias. La vieja tomó un bocado por probar qué gusto tenia; el galan diciendo, esto les agrada tanto, se hinchó la boca con un tasajo como un puño. Viendo pues que se desmandaba, tomé todo lo que habia en el plato y me lo metí de un bocado; como era tan grande, no podia ir atrás ni adelante.

Estando en este conflicto, entraron por la puerta dos caballeros armados con jacos, casquetes y rodelas; traia cada uno un pedreñal al lado y otro en el arzon de la silla; apeáronse dando las mulas á un criado de á pié; dijeron al huésped si habia algo que comer; él les dijo habia muy buen recado, y que entre tanto que lo aderezaba, si sus mercedes se servian, podian entrarse en aquella sala. La vieja, que al ruido habia salido á la puerta, entró con las manos en la cara, haciendo mil inclinaciones, como fraile novicio; hablaba por eco; retorcíase hácia una y otra parte, como si estuviera de parto, dijo lo más bajo y mejor que pudo: ¡perdidos somos! los hermanos de Clara (que este era el nombre de la doncelluela) están en el portal.

La mozuela comenzó á desgreñarse y mesarse, dándose tan grandes bofetadas, que parecia endemoniada. El galancete, que era animoso, las consolaba diciendo no se afligiesen, que donde él estaba no habia de qué temer: yo, atisbando, con la boca llena de cabrito, cuando oi que aquellos valentones estaban allí, pensé morir de miedo, y lo hubiera hecho; mas como mi gaznate estaba cerrado, el alma se tornó á su lugar, por no hallar la puerta abierta. Entraron los dos Cides, y al punto que vieron á su hermana y á la alcahueta, dijeron gritando: aquí están, aquí las tenemos, aquí morirán. A los gritos fué tal mi espanto, que dí en el suelo; con el golpe eché el cabrito que me ahogaba. Pusiéronse las dos detrás del caballerejo, como pollos debajo de las alas de la gallina cuando huyen del milano; él con gentil ánimo metió mano á su espada, y se fué para ellos con tanta furia, que de espanto se quedaron hechos dos estatuas: heláronseles las palabras en la boca, y las espadas en las vainas. Preguntóles qué querian ó qué buscaban, y diciendo esto, arremetió al uno y le sacó la espada, poniéndosela en los ojos, y la otra al otro; á cada movimiento que él hacia con las espadas, temblaban como las hojas en el árbol.

La vieja y la hermana, que vieron tan rendidos á los dos Roldanes, se llegaron á ellos, y los desarmaron; el ventero entró al ruido que todos haciamos (porque ya yo me habia levantado y tenia al uno de la barba). Parecióme aquello á los toros uncidos de mi tierra, que cuando los muchachos los ven huyen dellos; mas poco á poco se les atreven, y conociendo que no son bravos, ni lo parecen, se les llegan tan cerca, que perdido el temor les echan mil estropajos. Como ví que aquellas madagañas no eran lo que parecian, me animé y acometí á ellos, con más ánimo que mi mucho temor pasado permitia. ¿Qué es esto? dijo el huésped, ¿en mi casa tanto atrevimiento? Las mujeres, el caballerete y yo comenzamos á gritar, diciendo eran ladrones que nos venian siguiendo para robarnos; el ventero, que los vió sin armas, y á nosotros con la victoria, dijo: ¿ladrones en mi casa? y echó mano dellos, y ayudándole nosotros los metió en un sótano, sin valerles razon que alegasen en contrario. El criado de los dos,

que venía de dar recado á las mulas, preguntó por sus amos, y el ventero le puso con ellos; tomó sus maletas, cojines y porta-manteos, y los encerró; repartiéndonos las armas, como si fueran suyas, no nos pidió nada de la comida porque firmásemos la sumaria que contra ellos habia hecho, en que como ministro de la inquisicion, que decia era, y como justicia de aquel pago, condenó á los tres á galeras perpetuas, y á doscientos azotes alrededor de la venta. Apelaron á la chancillería de Valladolid, adonde el buen mesonero con tres criados suyos los llevaron, y cuando los desdichados pensaron estar delante de los señores oidores, se hallaron delante de los inquisidores; porque el taimado ventero habia puesto en el proceso algunas palabras que ellos habian dicho contra los oficiales de la santa inquisicion (crímen imperdonable). Pusiéronlos en oscuros calabozos, de donde, como ellos pensaron, no pudieron escribir á su padre, ni avisar á persona alguna para que los ayudasen, y donde los dejaremos bien guardados para tornar á nuestro huésped, que lo encontramos en el camino.

Díjonos como los señores inquisidores le habian mandado hiciese parecer ante ellos á los testigos que firmaban en el proceso; pero que él como amigo nos avisaba nos escondiésemos. La doncellita le dió una sortija que tenia en su dedo, rogándole hiciese de modo que no fuésemos á su presencia; prometióselo; el ladron habia dicho aquello por hacernos huir, porque si quisiesen oir los testigos, no se descubriese su bellaquería (que no era la primera). Dentro de quince dias se hizo auto público en Valladolid, donde ví salir entre los otros penitentes á los tres pobres diablos, con mordazas en las bocas, como blasfemos que habian osado poner la lengua en los ministros de la santa inquisicion, gente tan santa y perfecta como la justicia que administran. Llevaban corozas y un sambenito cada uno, en que iban escritas sus maldades y las sentencias que por ellas les daban: pesóme de ver aquel pobre mozo de mulas, que pagaba lo que no debia; de los otros no tenia tanta lástima, por la poca que de mí habian tenido. Confirmaron la sentencia del huésped, añadiendo á cada uno trescientos azotes, de manera que les dieron quinientos, y los enviaron á galeras, donde se les pasaron los fieros y bravatas. Yo busqué mi fortuna: muchas veces encontré en el prado de la Magdalena á las dos amigas, sin que jamás me hubiesen conocido, ni supiesen que yo las conocia. Al cabo de pocos dias ví á la doncellica de religiosa en la casa de poco trigo, donde ganaba para sustentar á su respeto y á ella; la vieja ejercitaba su oficio en aquella ciudad.

CAPÍTULO XIII.

Cómo Lázaro sirvió de escudero á siete mujeres juntas.

Llegué á Valladolid con seis reales en la bolsa, porque la gente, que me veia tan flaco y descolorido, me daba limosna con mano franca, y yo la recibia no

con escasa: fuíme derecho à la ropería, donde por cuatro reales y un cuartillo compré una capa larga de bayeta, que habia sido de un portugués, tan raida como rota y descosida. Con ella, y con un sombrero alto como chimenea, ancho de alas, como de francisco, que compré por medio real, y con un palo en la mano, me paseaba por el lugar; los que me veian se burlaban de mí; cada uno me decia su apodo; los unos me llamaban filósofo de taberna; otros: veis allí à san Pedro vestido en víspera de fiesta; otro: ¡ah señor ratiño! ¿Quiere sebo para sus botas? No faltó quien dijese parecia alma de médico de hospital; yo hacia orejas de mercader, y pasaba por todo. A pocas calles andadas encontré con una mujer de verdugado y chapines de más de marca, puesta la mano en la cabeza de un muchacho, un manto de soplillo, que la cubria hasta los pechos: preguntóme si sabía de un escudero; respondíle no sabía de otro sino de mí, y que si le agradaba podia disponer como de cosa propia. Concertéme con ella en dame acá esas pajas; prometióme tres cuartillos de racion y quitacion; tomé posesion del oficio dándole el brazo; arrojé el palo, porque no tenia dél necesidad, pues solo lo traia para mostrarme enfermo y mover á piedad. Envió el niño á casa, mandándole dijese á la moza tuviese la mesa puesta y la comida aderezada; trújome más de dos horas de ceca en meca, y de zoca en colodra: á la primera visita que llegamos me advirtió la señora, que cuando ella llegase me habia de adelantar á la casa adonde iba, preguntando por la señora ó señor de la casa, y decir: Juana Perez, mi señora, que este era su nombre, quiere besar á su merced las manos; advirtióme tambien que jamás me habia de cubrir delante della, cuando estuviese parada en alguna parte. Díjele que yo sabía la obligacion de un criado, y así cumpliria con ella. Grande era el deseo que tenia de ver la cara de mi ama reciente; mas no podia, por ir rebozada; díjome que no me podia tener solo para ella; pero que buscaria algunas vecinas suyas á quien sirviese, entre las cuales me darian la racion que me habia prometido, y que entre tanto que todas no concurriesen, que sería con brevedad, ella me daria su parte. Preguntóme si tenia dónde dormir; respondíle que no: no os faltará, dijo ella, porque mi marido es sastre, y os acomodareis con los mancebos: no podíais, prosiguió, hallar en la ciudad mejor comodidad, porque ántes de tres dias tendreis seis señoras, que cada una os dará un cuarto.

Quedé medio atónito de ver la gravedad de aquella mujer, que parecia por lo ménos lo era de algun caballero pardo, ó de algun ciudadano rico; espantóme tambien de ver que para ganar tres pobres cuartillos cada dia habia de servir á siete mujeres; pero consideré que valia más algo que nada, y que aquel no era oficio trabajoso, de lo que yo huia como del diablo; porque siempre quise más comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando. Dióme el manto y los chapines en llegando á casa, para que los diese á la criada; ví lo que deseaba; no me dejó de agradar la mujercilla; era briosa, morenica y de buen talle: solo me desagradó que la relucia la cara como cazuela barnizada; dióme el cuarto, diciendo acudiese cada dia dos veces, una á las ocho de la mañana, y otra á las tres de la tarde, para ver si ella queria salir de casa. Fuíme á una pastelería, y con un pastel de á cuarto dí fin á mi racion. Todo lo demás del dia

pasé como camaleon, porque ya habia acabado la limosna, que en el camino me habian dado, y no osaba ponerme á pedirla, porque si mi ama lo supiera me comiera. Fuí á su casa á las tres; díjome que no queria salir, pero que me advertia que de allí adelante no me pagaria el dia que no saliese, y que si no salia más de una vez al dia, no me daria más de dos maravedises; mas me dijo: que pues ella me daba cama, la habia de preferir á las demás, intitulándome por su criado. La cama era tal, que merecia bien esto y más: hízome dormir con los aprendices encima de una gran mesa, sin maldita otra cosa que una manta raida para cubrirnos: pasé dos dias con la miseria que con cuatro maravedises podia comprar; al cabo dellos entró en la cofradía la mujer de un zurrador, que regateó más de una hora los dos ochavos. Finalmente, en cinco dias tuve siete amas, y de racion siete cuartos.

Comencé á comer espléndidamente, bebiendo, no de lo peor, aunque no de lo más caro, por no tender la pierna más de hasta donde llegaba la sábana. Las otras cinco dueñas eran una viuda de un corchete, la mujer de un hortelano, una sobrina, que decia ser, de un capellan de las Descalzas, moza de buen fregado, y una mondonguera, que era á quien yo más queria, porque siempre que me daba el cuarto me convidaba con caldo de mondongo, y ántes que de su casa saliese habia envasado tres ó cuatro escudillas con que pasaba una vida, que Dios nunca me la dé peor. La última era una beata: con esta tenia más que hacer que con todas, porque jamás hacia sino visitar frailes, con quienes cuando estaba á solas, no habia juglar como ella; su casa parecia colmena: unos entraban, otros salian, y todos le traian las mangas llenas, y á mí, porque fuese fiel secretario, me daban algunos pedazos de carne, que de su racion se metian en las mangas. ¡En mi vida he visto mayor hipócrita que esta! Cuando iba por las calles, no alzaba los ojos del suelo, no se le caia el rosario de la mano, siempre lo rezaba por la calle: todas las que la conocian la pedian rogase á Dios por ellas, pues que sus oraciones eran tan aceptas; ella las respondia era una grande pecadora, y no mentia, que con la verdad engañaba. Cada una destas mis amas tenia su hora señalada; cuando me decian no querer salir de casa, iba á la otra, hasta que acababa mi tarea; señalábanme el tiempo en que debia volver á buscarlas, y esto sin falta, porque si por malos de mis pecados tardaba un poco, la señora delante de las que estaban en la visita me decia mil perrerías, y me amenazaba, que si continuaba en mis descuidos, buscaria otro escudero más diligente, cuidadoso y puntual. Quien la oia gritar y amenazar con tanto orgullo, sin duda creia me daba cada dia dos reales, y de salario cada año treinta ducados. Cuando iban por las calles, parecian la mujer del presidente de Castilla, ó por lo menos de un oidor de chancillería. Sucedió un dia, que la sobrina del capellan y la corcheta se encontraron en una iglesia, y queriéndose volver las dos á sus casas á un mismo tiempo, sobre á quién habia yo de acompañar la primera hubo una riña tan grande, que parecia estábamos en el horno, tiraban de mí, la una por un cabo, la otra por otro, con tanta rabia que me despedazaron la capa. Quedé en pelota, porque debajo della maldita otra cosa tenia, sino un andrajo de camisa, que parecia red de pescar. Los que veian las carnes, que por

la desgarrada camisa descubria, reian á boca llena: la iglesia parecia taberna. Los unos se burlaban del pobre Lázaro; los otros escuchaban á las dos damas, que desenterraban sus abuelos. Con la prisa que tenia de recoger los pedazos de mi capa, que de maduros se habian caido, no pude escuchar lo que se decian; solo oí decir á la viuda:

—¿De dónde le viene á la piltrafa tanto toldo? Ayer era moza de cántaro, y hoy lleva ropa de tafetan, á costa de las ánimas del purgatorio.

La otra le respondia:

—Ella la muy descosida la lleva de burato, ganada con un *Deo gratias*, *y sea por amor de Dios*, y si yo era moza de cántaro, ella lo es hoy *de jarro*.

Los presentes las separaron, que se habian ya comenzado á asir de la melena. Acabé de recoger los pedazos de mi pobre herreruelo, y pidiendo dos alfileres á una que se halló allí, la acomodé como pude, con que cubrí mis vergüenzas; dejélas riñendo, y fuíme á casa de la sastresa, que me habia mandado acudiese á acompañarla á las once, porque habia de ir á comer á casa de una amiga suya. Cuando me vió tan mal tratado, me dijo gritando:

—¿Pensais ganar mis dineros, y venirme á acompañar como un pícaro? Con ménos de lo que os doy á vos podria tener otro escudero con calzas atacadas, bragueta, capa y gorra; y vos no haceis sino borrachear lo que os doy.

¡Qué borrachear, decia yo entre mí, con siete cuartos que gano el dia que más, pasando muchos que mis amas por no pagar un cuarto no querian salir de su casa! Hízome hilvanar los pedazos de mi capa, y con la prisa que se daban, pusieron unos pedazos de abajo arriba: de aquella manera fuí á acompañarla.

CAPÍTULO XIV.

Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite.

Ibamos á paso de fraile convidado, porque la señora temia que no habria harto para ella; llegamos á casa de su amiga, donde habia otras mujeres de las convidadas; preguntaron á mi ama si era yo capaz para guardar la puerta; díjoles que sí; dijéronme: quedaos, hermano, que hoy sacaréis el vientre de mal año. Acudieron muchos galancetes, sacando cada uno de su faltriquera, cuál una perdiz, cuál una gallina; uno sacaba un conejo, otro un par de palominos, este un poco de carnero, aquel un pedazo de solomo, sin faltar quién sacase longaniza ó morcilla; tal hubo que sacó un pastel de á real envuelto en su pañuelo, diéronlo al cocinero, y entre tanto retozaban con las señoras, y daban en ellas como asno en centeno verde: lo que allí pasó no me es lícito decirlo, ni al lector contemplarlo. Acabada esta comedia vino la comida; las señoras comieron los *Kyries* y los galanes bebieron el *Ite misa est*. No quedaba nada en la mesa que las damas no metiesen en sus faltriqueras, envolviéndolo en sus mocadores; saca-

ron los postres los galanes de las suyas; unos manzanas, otros queso, aceitunas, y uno dellos, que era el gallo y el que se las daba con la sastresa, sacó media libra de confitura. Mucho me agradó aquel modo de tener la comida tan cerca de sí para una necesidad, y propuse de allí adelante hacer tres ó cuatro faltriqueras en las primeras calzas que Dios me deparase, y una dellas de buen cuero, bien cosida para meter el caldo; porque si aquellos caballeros, que eran tan ricos y principales, lo traian todo en su faltriquera, y las señoras lo llevaban cosido en las suyas, yo, que no era sino un escudero de piltrafas, lo podia bien hacer.

Fuímonos á comer los criados, y maldita otra cosa habia para nosotros sino caldo y sopas, que me espantó cómo aquellas damas no se las metieron en las mangas. No habíamos apénas comenzado, cuando oimos gran ruido en la sala donde estaban nuestros amos; disputaban quiénes habian sido sus mujeres, y quiénes eran los maridos dellas; dejando atrás las palabras, vinieron á las manos, y entre col y col lechuga, dábanse puñadas, bofetadas, pellizcos, coces, bocados: desgreñábanse, mesábanse y daban tantos mojicones, que parecian muchachos de aldea cuando van á procesion. La riña se comenzó, segun pude entender, porque algunos dellos no querian dar ni pagar nada á aquellas señoras, diciéndoles bastaba lo que habian comido. Sucedió que la justicia pasaba por la calle, y oido el ruido, llamaron á la puerta, diciendo: abran á la justicia. Oida esta palabra, huyeron los unos por aquí, los otros por allí; unos dejaban los herreruelos, los otros las espadas; esta dejaba los chapines, aquella el manto, de manera que todos desaparecieron, escondiéndose cada uno lo mejor que pudo. Yo, que no tenia por qué huir, estúveme quedo, y como era portero abrí, porque no me achacasen hacia resistencia á la justicia. El primer corchete que entró me asió de los cabezones, diciendo fuese preso por la justicia; teniéndome asido, cerraron la puerta y fuéron á buscar á los que hacian el ruido; no dejaron aposento, retrete, sótano, bodega, desvan ni letrina que no registrasen. Como no hallaron á nadie, me tomaron el dicho, confesé de pe á pa los que habia en la compañía y lo que habian hecho; espantáronse que habiendo tantos como yo decia, no pareciese ninguno. Si va á decir la verdad, yo mismo me espanté dello, habiendo doce hombres y seis mujeres; con mi sencillez les dije (y aun lo creia) que pensaba fuesen trasgos todos los que allí habian estado, y hecho aquel ruido; riéronse de mí, y el alguacil dijo á los que habian bajado á la bodega, si habian mirado bien todo; hizo encender una hacha, y entrando por la puerta, vieron rodar una cuba.

Espantados los corchetes echaron á huir, diciendo: ¡por Dios que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes! El alguacil, que era más astuto, los detuvo diciendo no temia al diablo; fuése á la cuba, y destapándola halló dentro un hombre y una mujer: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; solo digo que la violencia de su accion habia hecho rodar la cuba, y fué causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacian en secreto; sacáronles fuera; él parecia á Cupido con su flecha, y ella á Vénus con su aljaba. El uno y el otro desnudos

como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habian tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habian metido en aquella cuba vacía, donde proseguian su devoto ejercicio. Dejó admirados á todos la hermosura de los dos; echáronles dos capas, entregándolos á dos corchetes para que los guardaran; pasaron delante á buscar á los otros; descubrió el alguacil una tenaja de aceite, donde halló un hombre vestido; el aceite le llegaba á los pechos: al punto que lo descubrieron quiso saltar fuera; mas no lo hizo tan diestramente que la tenaja y él no diesen en el suelo. Saltó el aceite hasta los sombreros de los ministros de justicia, y sin respeto los manchó; renegaban del oficio, y aun de la puta que se lo habia enseñado. El aceitado, que vió que ninguno le acometia, ántes todos huian dél como de apestado, dió á huir; el alguacil gritaba: ténganlo, ténganlo, mas todos le hacian lugar; fuese por una puerta falsa meando aceite; de lo que sacó de su vestido hizo arder la lámpara de nuestra Señora de las Congojas más de un mes. La justicia quedó bañada en aceite; renegaban de quien allí los habia traido, y yo tambien, porque decian era el alcahuete, y como á tal me habian de emplumar; salieron como buñuelos de la sarten, dejando rastro por donde iban.

Estaban tan enojados, que juraron á Dios y á los cuatro sacrosantos Evangelios habian de hacer ahorcar á todos los que hallasen; temblábamos los presos; fuéron á los alhorines á buscar otros; entraron dentro, y de encima de una puerta derramaron una talega de harina, con que cegaron á todos los que dentro estaban; daban voces diciendo: ¡resistencia á la justicia! Si querian abrir los ojos, al punto se los cerraban con agua y harina; los que nos tenian nos dejaron para ir á socorrer al alguacil, que gritaba como un loco. Apénas habian entrado cuando les taparon los ojos con harina y agua: andaban como gallinas ciegas; encontrábanse los unos con los otros, y se descargaban golpes, que se rompian las mejillas, dientes y muelas; como los vimos de vencida, dimos todos en ellos, y ellos mismos en sí propios, tanto que de cansados cayeron en el suelo, donde llovian golpes sobre ellos y granizaban coces. No gritaban ni se meneaban, como si estuvieran muertos; si alguno queria abrir la boca para ello, al punto se la hinchian de harina, embutiéndolos como á capones en caponera: atámosles las manos y piés, y arrastrando como puercos los llevamos á la bodega, echándoles en el aceite como peces á freir; revolcábanse como lechones en cenagal; cerramos las puertas, yéndose cada uno á su casa. El amo de aquella vino, que estaba en el campo, y hallando las puertas cerradas y que ninguno respondia, porque una sobrina suya, que era la que habia prestado su casa para hacer aquel convite, se habia ido á la de su padre, por temer á su tio, hizo descerrajar las puertas, y cuando vió su casa sembrada de harina y untada de aceite, se enojó tanto que daba voces como un borracho; fué á la bodega, donde halló su aceite derramado y á la justicia que se revolcaba; con la rabia que tenia de ver su hacienda desperdiciada, tomó un garrote y dió tantos palos al alguacil y corchetes, que los dejó medio muertos; llamó á sus vecinos, y entre todos los sacaron á la calle, donde los muchachos les tiraban lodo, estropajos y suciedades: estaban tan llenos de harina que nadie los conocia.

Cuando tornaron en sí y se vieron en la calle libres, se fuéron huyendo; entónces se podia decir: tengan á la justicia, que huye; dejaron sus herreruelos, espadas y dagas, sin osar jamás volver por ellas, porque nadie supiese el caso. El amo de aquella casa se quedó con todo por el daño que habiá recibido. Cuando yo salí para irme, encontré con una capa, no mala; dejé la mia y tomé aquella; daba gracias á Dios, que habia salido medrado de aquella jornada (cosa nueva para mí), pues siempre iba con las manos en la cabeza; fuíme á casa de la sastresa; hallé la casa revuelta, y al sastre su marido que la molia á palos, por haber venido sola sin manto ni chapines, corriendo por la calle con más de cien muchachos tras ella. Llegué á buena hora, porque al punto que el sastre me vió dejó á su mujer, y embistió conmigo, dándome una puñada con que me acabó de quitar los dientes que tenia. Dióme diez ó doce coces que me hicieron vomitar lo poco que habia comido. ¿Cómo, decia, bellaco, alcahuete, no teneis vergüenza de venir á mi casa? Aquí pagareis las de antaño y las de hogaño. Llamó á sus criados, y trayendo una manta me mantearon tan á su gusto cuanto á mi pesar; dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí, y me quise menear; caí en tierra, rompiéndome de la caida un brazo; venido el dia, poco á poco me fuí á la puerta de una iglesia, donde con voz lastimosa pedia limosna á los que entraban.

CAPÍTULO XV.

Como Lázaro se hizo ermitaño.

Tendido en la puerta de la iglesia y haciendo alarde de mi vida pasada, consideraba los infortunios en que me habia visto desde el dia que comencé á servir al ciego hasta el punto en que me hallaba, y sacaba en limpio que por mucho madrugar no amanece más temprano, ni el mucho trabajar enriquece siempre; y así dice el refran: más vale á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga; encomendéme á él para que el fin fuera mejor que habia sido el principio y el medio. Estaba junto á mí un hermanuco venerable, barba blanca, báculo y rosario en la mano, en cuyo remate colgaba una calavera, tan grande como de conejo. Como el buen padre me vió afligido, con palabras dulces y blandas me comenzó á consolar, preguntándome de dónde era, y qué sucesos me habian traido á tal término. Contéle con breves y sucintas razones el largo proceso de mi amarga peregrinacion; quedó admirado de oirme, y con piedad y lástima que mostró tener de mí, me convidó con su ermita; acepté el partido, y como pude, que no fué con poca pena, llegamos al oratorio que estaba una legua de allí en una peña. Pegado á él habia un aposento como una alcoba y una cama; en el patio estaba una cisterna con fresca agua, de la cual se regaba un huertecillo, más curioso que grande.

—Aquí, dijo el buen viejo, ha veinte años que vivo fuera del tumulto é inquietud humana: este es, hermano, el paraíso terrestre; aquí contemplo en las cosas divinas y aun humanas; aquí ayuno cuando estoy harto, y como cuando hambriento; aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa; aquí paso en soledad cuando no tengo compañía, y estoy acompañado cuando no solo; aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste; aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo; aquí pienso en mi mala vida pasada, y contemplo la buena presente; aquí finalmente es donde todo se ignora y todo se sabe.

En el alma me holgaba de oir al chocarrero ermitaño, y así le supliqué me diese alguna noticia de la vida eremítica, porque me parecia la nata de todas.

—¿Cómo, respondió él, la mejor? Eslo tanto, que solo el que la ha gustado puede saberlo; mas la hora no nos da tiempo para más, porque se acerca la de comer.

Roguéle me curase mi brazo, que me dolia mucho; hízolo con tanta facilidad, que de allí adelante no me hizo más mal; comimos como reyes y bebimos como tudescos; acabada la comida, en medio del dormir de la siesta, comenzó á gritar mi bueno del santero, diciendo:

—¡Que me muero! ¡que me muero!

Levantéme, y halléle que queria espirar. Viéndole de aquella manera, preguntéle si se moria, respondióme:

—Sí, sí, sí; y repitiendo sí falleció dentro de una hora. Víme afligido considerando que si aquel hombre se moria sin testigos podian decir que yo lo habia muerto, y costarme la vida, que hasta entónces con tantos trabajos habia sustentado; y para esto no eran menester muchos testigos, porque mi talle mostraba ser ántes salteador de caminos que hombre honrado. Salí al punto de la ermita, por ver si parecia por allí alguno que fuese testigo de aquella muerte: mirando á todas partes ví un hato de ganado cerca de allí; fuí allá presto (aunque con trabajo por estar molido de la refriega sastresca), hallé seis ó siete pastores y cuatro ó cinco pastoras á la sombra de unos sáuces junto á una fuente despejada y clara: ellos tañian, y ellas cantaban; los unos bailaban y los otros tocaban; este tenia de la mano á una, aquel dormia en el regazo de la otra; finalmente, pasaban el calor en requiebros y palabras regaladas. Llegué despavorido á ellos, rogándoles que sin dilacion se viniesen conmigo, porque el ermitaño se moria: vinieron algunos dellos, quedando los otros á guardar el rebaño; entraron en la ermita, y preguntaron al buen ermitaño si se queria morir; dijo que sí (y mentia, porque él no lo queria, hacíanselo hacer contra su voluntad); como ví que estaba siempre en sus trece de decir que sí, díjele si queria que aquellos pastores sirviesen de albaceas y cabezaleros; respondió sí; preguntéle si me dejaba por su único y legítimo heredero, dijo que sí; proseguí si confesaba que lo que poseia y de derecho podia poseer me lo debia por servicios y cosas que de mí habia recibido; dijo otra vez sí. Aquel quisiera hubiera sido el último cuento de su vida; mas como ví que aun le quedaba aliento, porque no lo emplease en daño, proseguí con mis preguntas, haciendo que uno de aquellos pas-

tores sentase todo lo que decia: hízolo el pastor con un carbon en una pared, porque no habia tintero ni pluma; díjele si queria que aquel pastor firmase por él, pues que no estaba para ello, y murió diciendo:

—Sí, sí, sí.

Dimos órden de enterrarlo, hicimos una sepultura en su huerto (todo con gran prisa, porque temia que resucitase); convidé á merendar á los pastores, no quisieron admitirlo por ser hora de repastar; fuéronse dándome el pésame; cerré bien la puerta de la ermita y dí vuelta á todo: hallé una gran tenaja de buen víno, otra de aceite, y dos orzas de miel; tenia dos tocinos, mucha cecina y algunas frutas secas: todo esto me agradaba mucho, mas no era lo que buscaba; hallé sus arcas llenas de lienzo, y en un rincon de una un vestido de mujer: esto me maravilló, y más de que hombre tan prevenido no tuviese dineros: quise ir á la sepultura á preguntarle dónde los habia puesto; parecióme que despues de habérselo preguntado me responderia:

—Ignorante, ¿piensas que estando en despoblado, sujeto á ladrones y malandrines, los habia de tener en un cofre á peligro de perder lo que amaba más que á mi vida?

Esta inspiracion, como si realmente la hubiera oido de su boca, me hizo buscar en todos los rincones, y no hallando nada, consideré si yo hubiese de esconder aquí dineros, para que ninguno los hallase, dónde los esconderia; dije entre mí: en aquel altar; fuí á él y levante el delante altar de la peana, que era de barro y adobes; en un lado ví una rendija por donde podia caber un real de á ocho, la sangre me comenzó á bullir, y el corazon á palpitar; tomé una azada, y en ménos de dos azadonazos eché la mitad del altar á tierra, y descubrí las reliquias que allí estaban sepultadas: hallé una olla llena de dineros; contélos, y habia seiscientos reales. Fué tan grande el contento del hallazgo, que pensé quedarme muerto: saquélo de allí, é hice un hoyo fuera de la ermita, donde los enterré, porque si me querian echar de allí tuviese fuera lo que más amaba; hecho esto, vestíme los hábitos del ermitaño, y fuí á la villa á dar noticia de lo que pasaba al prior de la cofradía, no olvidando de tornar á acomodar el altar como ántes estaba. Hallé juntos á los cofrades de quienes dependia aquella ermita, que era de la advocacion de San Lázaro, de donde conjeturé buen pronóstico para mí: como los cofrades me vieron ya cano y de ejemplar aspecto, que esto es lo que más importa para tales cargos, aunque hallaron una dificultad, y fué que no tenia barba, porque como habia tan poco que me la habia tundido no me habia aun nacido; mas esto no obstante, viendo por relacion de los pastores que el muerto me habia dejado por su heredero, me dieron la tenencia de la capilla. Acuérdome, á este propósito de barbas, de una cosa que me dijo una vez un fraile: que en una religion, de las más reformadas, no hacian superior á ninguno que no fuese bien barbado; y así sucedia que habiendo algunos capaces para ejercitar aquel cargo, lo excluian y ponian en él á otro con tal que tuviese lana (como si el buen gobierno dependiera de los pelos, y no del entendimiento, capacidad y madurez); amonestáronme viviese con el ejemplo y buena reputacion que mi predecesor habia vivido, siendo tal que todos le tenian por

santo. Prometíles vivir como un Hércules ; advirtiéronme que no pidiese limosna sino los martes y sábados ; porque si la pedia otro dia los frailes me castigarian ; prometíles hacer en todo lo que me ordenasen, particularmente porque no tenia gana de enemistarme con ellos , pues habia gustado á lo que sabian sus manos.

Comencé á pedir con un tono bajo, humilde y devoto, como lo habia aprendido en la escuela del ciego ; hacia esto, no por necesidad, sino porque es uso y costumbre de mendigantes, que cuanto más tienen piden más y con más gusto. Las gentes que oian decir, den limosna para la lámpara del señor San Lázaro, y no conocian la voz, salian á las puertas , y viéndome se espantaban ; preguntábanme por el padre Anselmo, que así se llamaba el buen Arias; díjeles se habia muerto; los unos decian: ¡buen siglo le dé Dios, que tan bueno era! su alma está gozando de la bienaventuranza; otros: ¡ bendito sea él, que tal vida hacia! en seis años no ha comido cosa caliente; aquellos, que se pasaba con pan y agua. Algunas piadosas mentecatas se hincaban de rodillas, invocando al padre Anselmo. Preguntóme una qué habia hecho de su hábito; díjele que era el que yo llevaba : sacó unas tijeras, y sin decir lo que queria, comenzó á cortar un pedazo de lo que primero encontró, que fué de hácia la horcajadura. Como ví que acudia á aquellas partes, comencé á gritar; viéndome tan alborotado, dijo:

—No se espante, hermano, que no quiero dejar de tener reliquias de aquel bienaventurado; yo le pagaré el daño del hábito.

—¡ Ay ! decian algunos, sin duda que ántes de seis meses lo canonizarán, porque ha hecho muchos milagros.

Acudió tanta gente á ver su sepulcro, que la casa estaba siempre llena; y así fué necesario sacarlo á un cobertizo que estaba delante de la ermita; de allí adelante no pedia para la lámpara de San Lázaro, pero sí para la del bienaventurado Anselmo. Jamás he podido entender este modo de pedir limosna para alumbrar á los santos, ni quiero tocar esta tecla, que sonará mal. No se me daba nada de no ir á la ciudad, porque en la ermita tenia todo lo que queria; mas porque no dijesen que estaba rico, y que por eso no pedia limosna, fuí el dia siguiente, donde me sucedió lo que verá el que leyere.

CAPÍTULO XVI

Cómo Lázaro se quiso casar otra vez:

Más vale fortuna, que caballo ni mula: al hombre desdichado la puerca le pare perros; muchas veces vemos muchos hombres levantarse del polvo de la tierra, y sin saber cómo se hallan ricos, honrados, temidos y estimados; si preguntais: ¿este hombre es sabio? deciros han que como una mula; ¿si es discreto? como un jumento; ¿si tiene algunas buenas perfecciones? como la hija de

Juan Pito. ¿Pues de dónde le ha venido tanto bien? responderos han: de la fortuna. Otros, por el contrario, que son discretos, sabios, prudentes, llenos de mil perfecciones, capaces para gobernar un reino, se ven abatidos, desechados, pobres y hechos estropajos del mundo; y si preguntais la causa, deciros han: la desdicha los persigue. Esta pienso me seguia y perseguia, dando al mundo un ejemplo y dechado de lo que puede, porque desde que él se fundó no ha habido un hombre tan combatido desta desdichada fortuna. Iba por una calle pidiendo como solia para el señor San Lázaro, porque en la ciudad no osaba pedir para el beato Anselmo: esto solo era para los bozos y motolitas, que venian á tocar sus rosarios al sepulcro, donde, segun su dicho, se hacian muchos milagros. Llegué á una puerta, y haciendo lo que en otras, oí que de una escalera me decian:

—¿Por qué no sube, padre? Suba, suba; ¿qué novedad es esta?

Subí, y en medio de la escalera, que estaba un poco oscura, me asaltaron varias mujeres y niños. Unas se me colgaban del cuello, otras me trababan de las manos, metiéndome las suyas en las faltriqueras: todas me preguntaban la causa de no haberme visto en ocho dias. Cuando hubimos acabado de subir la escalera, y que con la claridad de las ventanas me vieron, se quedaron mirando las unas á las otras hechas matachines; dieron en reir, que parecia lo habian tomado á destajo; ninguna podia hablar; el primero que lo hizo fué un niño, diciendo:

—¡Este no es papá!

Despues que aquellas grandes crecidas de risa se mitigaron un poco, las mujeres, que eran cuatro, me preguntaron para quién pedia limosna:

—Díjeles que para San Lázaro:

—¿Cómo, dijeron ellas, pedís vos? ¿El padre Anselmo está bueno?

—Bueno, les respondí yo; no le duele nada, porque hace ocho dias que murió.

Cuando esto oyeron dispararon á llorar, que si la risa era grande ántes, los llantos eran mayores despues. Estas gritaban, aquellas se mesaban los cabellos, y todas juntas hacian una música tan disonante, que parecian monjas encantaradas. Esta decia:

—¿Qué haré, desdichada de mí, sin marido, sin amparo y sin consuelo? ¿Adónde iré? ¿quién me amparará? ¡Oh amarga nueva! ¿Qué desdicha es esta?

Aquella lamentando entonaba:

—¡Oh yerno mio y mi señor! ¿cómo nos has dejado, sin despedirte de nosotras? ¡Oh nietecitos mios huérfanos y desolados! ¿dónde está vuestro padre?

Los niños llevaban el tiple de aquella mal acordada música: todos lloraban, todos gritaban, todo era lamentaciones y lástimas.

Cuando las aguas de aquel gran diluvio cesaron un poco, se informaron de mí, cómo y de qué habia muerto; contéselo, y el testamento que habia hecho, dejándome por su legítimo heredero. ¡Aquí fué ello! Las lágrimas se tornaron en rabias, los lloros en blasfemias y las lástimas en amenazas.

—Vos sois algun ladron, que lo habeis muerto por robarlo; mas no os alabaréis dello, decia la más moza, que ese ermitaño era mi marido, y estos tres

niños sus hijos; y si vos no nos dais toda su hacienda, os harémos ahorcar; y si la justicia no lo hace, puñales y espadas hay con que sacaros mil vidas, si mil vidas tuviereis.

Díjeles cómo habia buenos testigos, delante de quiénes habia hecho testamento.

—Todas esas, dijeron ellas, son marañas y embustes, porque el dia que vos decís que murió estuvo aquí, y dijo no tenia compañía.

Como ví que el testamento no se habia hecho por ante escribano, y que aquellas mujeres me amenazaban, y por la experiencia que tenia de la justicia y pleitos, determiné hablarles con blandura, por si con ella podia acabar lo que por justicia sabía habia de perder, y tambien porque las lágrimas de la recien viuda me habian atravesado las telas del corazon; y así les dije se sosegasen, que no perderian nada conmigo; que si habia aceptado la herencia habia sido por creer que el muerto no era casado, no habiendo oido decir jamás que los ermitaños lo fuesen. Ellas, pospuesta toda tristeza y melancolía, se comenzaron á reir diciendo, que bien se echaba de ver ser nuevo y poco experimentado en aquel oficio, pues no sabía que cuando decian un ermitaño solitario, no se entendia haberlo de estar de la compañía de mujeres, no habiendo ninguno que no tuviese una por lo ménos, con quien pudiese pasar los ratos que le quedaban desocupados de su contemplacion, en ejercicios activos, imitando unas veces á Marta y otras á María, particularmente siendo gente que tenian más conocimiento de la voluntad de Dios, que quiere que el hombre no esté solo; y así ellos, como hijos obedientes, tenian una ó dos mujeres que sustentaban, aunque fuese de limosna; y con especialidad aquel desdichado, que sustentaba cuatro: á esta pobre viuda, á mí, que soy su madre, á estas dos, que son hermanas, y á estos tres niños, que son sus hijos, ó á lo ménos que él tenia por tales.

Entónces la que decian era su mujer dijo que no queria la llamasen viuda de aquel viejo podrido, que no se habia acordado della el dia de su muerte, y que aquellos niños ella juraria no ser suyos, y que desde entónces anulaba los capítulos matrimoniales.

—¿Qué contienen esos capítulos? le repliqué yo.

La madre dijo:

—Los capítulos matrimoniales, que yo hice cuando mi hija se casó con aquel ingrato, fueron los siguientes: que para decirlos es menester tomar el agua de atrás. Estando en una villa llamada Dueñas, seis leguas de aquí, habiéndome quedado estas tres hijas de tres diferentes padres, que, segun la más cierta conjetura, fuéron un monje, un abad y un cura, porque siempre he sido aficionada á la Iglesia, me vine á vivir á esta ciudad, por huir y evitar las murmuraciones, que en lugares pequeños nunca faltan. Todos me llamaban la viuda eclesiástica, porque por mis pecados todos eran muertos; y aunque hubo luego otros que entraron en su lugar, eran gente de poco provecho, de ménos autoridad, y no queriéndose contentar con la oveja, acometian á las tiernas corderillas. Viendo pues el peligro evidente, y que la ganancia no nos podia pelechar, hice alto, y asenté aquí mi real, donde á la fama de las tres mozuelas acudieron como mosquitos

al tarugo; y de todos, á ningunos me incliné tanto como á los eclesiásticos, por ser gente secreta, rica, casera y paciente. Entre otros llegó á pedir limosna el padre de San Lázaro, que viendo á esta niña le hinchó el ojo, y con su santidad y sencillez me la pidió por mujer; dísela con las condiciones y capítulos siguientes: Primera: que se obligaba á sustentar nuestra casa, y que lo que pudiésemos ganar, sería para vestirnos y ahorrar. Segunda: que si mi hija en algun tiempo tomase algun coadjutor, por ser él algo decrépito, que callaria como en misa. Tercera: que todos los hijos que ella pariese, los habia de tener por propios, á quienes desde luego prometia lo que tenia y podia tener; y si mi hija no tuviese hijos, la hacia su legítima heredera. Cuarta: que no habia de entrar en nuestra casa cuando viese á la ventana jarro, olla ú otra vasija, que era señal que no habia lugar para él. Quinta: que cuando él estuviese en casa y viniese otro, se habia de esconder donde le dijésemos, hasta que el tal se fuese. Sexta y última: que nos habia de traer dos veces á la semana algun amigo ó conocido que hiciese la costa, dándonos un buen gaudeamus. Estos son los artículos, prosiguió ella, con que aquel desdichado dió palabra á mi hija, y ella á él. El casamiento quedó hecho y acabado, sin tener necesidad de ir al cura, porque él nos dijo no era menester, pues lo esencial dél consistia en la conformidad de voluntades é intencion mútua.

Quedé espantado de lo que aquella segunda Celestina me decia, y de los artículos con que habia casado á su hija. Estuve perplejo sin saber qué decir, mas ellas abrieron camino á mi deseo: porque la viudeja se me colgó del cuello diciendo:

—Si aquel desdichado tuviera la cara deste ángel, yo le hubiera amado; y con esto me besó. Tras este beso me entró un no sé qué, que me comencé á abrasar. Díjele que si queria salir del estado de viuda y recibirme por suyo, guardaria no solo los artículos del viejo, más todos los que quisiere añadir. Contentáronse dello diciendo que solo querian les entregase todo lo que en la ermita habia, que ellas lo guardarian; prometíselo, con intencion de encubrir el dinero para una necesidad. La conclusion del casamiento quedó para la mañana siguiente, y aquella tarde enviaron un carro, en que se llevaron hasta las estacas: no perdonaron al lienzo del altar, ni á los vestidos del santo. Yo estaba tan picado, que si me hubieran pedido el ave fénix, ó las aguas de la laguna Estigia, se las hubiera dado. No me dejaron sino una pobre marraga, donde me echase como un perro. Como la señora mi mujer futura, que vino con la carreta, vió que no habia dineros, se enojó, porque el viejo le habia dicho que los tenia, mas nó dónde. Preguntóme si sabía dónde estaba el tesoro; díjele que nó. Ella como astuta me trabó de la mano para que lo buscásemos; llevóme por todos los rincones y escondrijos de la ermita, sin dejar la peana del altar; y como vió que estaba recien acomodada, concibió mala sospecha. Abrazóme y besóme, diciendo:

—Mi vida, díme dónde están los dineros, para que con ellos hagamos una boda alegre.

Yo lo negué siempre, diciendo que nó sabía de dineros; sacóme de la mano, é hizo diésemos una vuelta á la ermita mirándome siempre á la cara, y cuando

llegamos donde yo los habia escondido, se me fuéron los ojos hácia allá. Llamó á su madre diciendo cavase debajo de una piedra que yo habia puesto; topó con ellos y yo con mi muerte; disimuló diciendo:

—Veis aquí con que nos darémos buena vida.

Hízome mil caricias, y al punto, porque se hacia tarde, se fuéron á la ciudad, quedando convenidos que á la mañana yo iria á su casa, donde haríamos la más alegre boda que jamás se vió. ¡ Plegue á Dios que orégano sea! decia yo entre mí.

Estuve toda aquella noche puesto entre la esperanza y el temor de que aquellas mujeres no me engañasen, aunque me parecia era imposible hubiese engaño en una tan buena cara. Esperaba gozar de aquella polluela, y así la noche me pareció un año. No era aun bien amanecido, cuando cerrando mi ermita me fuí á casarme, como quien no decia nada; no me acordaba que lo era; llegué á hora que se levantaban; recibiéronme con tan grande alegría, que me tuve por dichoso, y pospuesto todo temor, comencé á hacer y deshacer en casa, como en propia; comimos tan bien y con tanto gusto, que me parecia estaba en un paraíso. Habian convidado á comer á seis ó siete de sus amigas; despues de comer danzamos, y á mí, aunque no lo sabía hacer, me forzaron á ello. ¡ Era verme bailar, con mis hábitos de ermitaño, cosa de risa! Venida la tarde, despues de bien cenar y mejor beber, me entraron en un aposento no mal aderezado, donde habia una buena cama. Mandáronme acostar en ella; entre tanto que mi esposa se desnudaba, descalzóme una criada, y dijo me quitase la camisa, porque para las ceremonias que se habian de hacer era menester estar en cueros. Obedecí luego, entraron por el aposento todas las mujeres y mi esposa detrás vestida de ceremonia, trayéndole una la cola. Así que llegaron me asieron cuatro de los piés y de los brazos y con grande diligencia me echaron cuatro lazos corredizos, y atando las cuerdas á los cuatro pilares de la cama, quedé aspado como un san Andres. Comenzaron todas á reir al verme en aquella forma, y trayendo una un caldero de agua del pozo, y otra una olla de agua hirviendo, empezaron á echarme por todo el cuerpo jarros, ya de fria, ya de caliente. Yo ponia con esto los gritos en el cielo; ellas me mandaron callar, amenazándome que de otro modo sería más serio el chasco, y que pensase para qué habia nacido. Luego tomaron una gran bacía con agua muy caliente y me metieron en ella la cabeza; abrasábame, y lo peor era que si queria gritar me daban tantos repizcos y azotes con los chapines, que tomé por mejor partido sufrir y dejarlas hacer cuanto quisieran: peláronme las barbas, cejas, cabellos y pestañas. Paciencia, decian ellas, que las ceremonias se acabarán presto, y gozará de lo que tanto desea. Roguélas que me dejasen, pues el amor se me habia pasado; pero sin hacer caso de mis lamentos, con el tizne de las sartenes me pusieron la cara y todo el cuerpo de modo que parecia el mismo demonio. Entónces una, la más vivaracha y desahogada, dijo á las demás:

—No sería malo llamar á Pierres el capador para que lo hiciese músico.

Riyeron todas la ocurrencia, y en particular mi mujer.

Se preparaban á ponerlo por obra, diciéndome:

—¿Creia el dómine ermitaño que no hay más que casarse, y que todo lo que le decíamos era el Evangelio? Pues no era ni aun la Epístola. ¿De mujeres se fiaba? Ahora verá el pago que lleva.

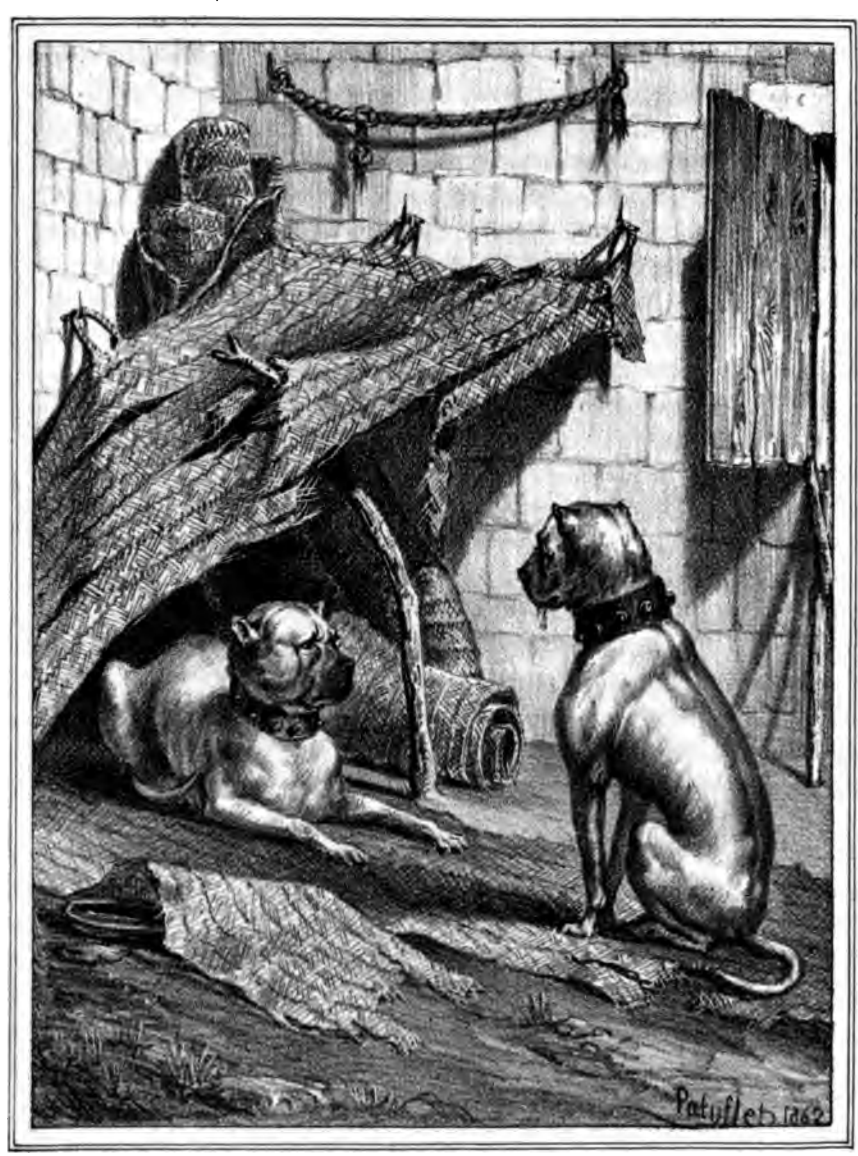
Yo, como me ví en un peligro tan inesperado, hice tales esfuerzos que rompí una cuerda con un pilar de la cama, y ellas temiendo acabase de romperla me desataron, y cogiendo las puntas de la manta sobre que estaba tendido, empezaron á mantearme con mucha alegría, diciéndome:

—Estas son las ceremonias con que comienza el casamiento; mañana, si quiere volver, acabarémos lo demás.

Yo estaba tan rendido y quebrantado, que ni aun aliento tenia para hablar. Entónces, envuelto en la misma manta, me llevaron entre cuatro, léjos de la casa, dejándome en medio de la calle, en donde me amaneció; y los muchachos me comenzaron á correr y hacerme tanto mal, que por huir de su furia me entré en una iglesia, y puse junto al altar mayor, donde cantaban una misa. Como los clérigos vieron aquella figura, que sin duda parecia al diablo que pintan á los piés de san Miguel, dieron á huir, y yo tras ellos por libertarme de los muchachos. La gente de la iglesia gritaba; unos decian: guarda el diablo; otros: guarda el loco; yo tambien gritaba, que ni era diablo, ni loco, sino un pobre hombre á quien sus pecados habian puesto así. Con esto se sosegaron todos: los clérigos tornaron á acabar su misa, y el sacristan me dió un bancal de una sepultura con qué cubrirme. Púseme en un rincon considerando los reveses de la fortuna, y que por donde quiera hay tres leguas de mal camino: y así determiné quedarme en aquella iglesia para acabar allí mi vida, que segun los males pasados no podia ser muy larga, y para excusar el trabajo á los clérigos de que me fuesen á buscar á otra parte despues de mi muerte.

Esta es, amigo lector, en suma la segunda parte de la vida de Lazarillo, sin añadir ni quitar, de lo que della oí contar á mi bisabuela. Si te diere gusto me huelgo, y adios.

FIN DE LA VIDA DE LÁZARILLO DE TORMES.



Cipion y Berganza

OBRAS EN PROSA

FESTIVAS Y SATÍRICAS

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, núm. 20.

LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, núm. 15.

MADRID.

DON A. DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, 9.

DON EMILIO FONT,
calle de Relatores, 12.

COLOQUIO

QUE PASÓ

ENTRE CIPION Y BERGANZA,

PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,

que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la Puerta del Campo, á quien comunmente llaman los perros de Mahudes.

Cipion. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podrémos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipion hermano, óyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cip. Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berg. Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo, me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas

de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berg. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura: otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luego el caballo, y el último la jimia.

Cip. Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamás que haya hablado ningun elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

Berg. Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henáres.

Cip. ¿Qué le oiste decir?

Berg. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oian medicina.

Cip. Pues ¿qué vienes á inferir deso?

Berg. Infiero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

Cip. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó nó, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: y así no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos: mejor será que este buen dia ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impide este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Berg. Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí de antiguas y muchas, ó se enmohecian, ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

Cip. Sea esta la manera, Berganza amigo, que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mia, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

Berg. Siempre, Cipion, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los mios, y

como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestallos; pero advierte primero, si nos oye alguno.

Cip. Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazon más estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

Berg. Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

Cip. Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte, sino cuando viere ser necesario.

Berg. Paréceme que la primera vez que ví el sol, fué en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que despues diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion, á quien llaman jiferos: el primero que conocí por amo, fué uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería: este tal Nicolás me enseñaba á mí y á otros cachorros, á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros, y les hiciésemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un águila en esto.

Cip. No me maravillo, Berganza, que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

Berg. ¿Qué te diria, Cipion hermano, de lo que ví en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer, que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni á su justicia: los más amancebados: son aves de rapiña carniceras: mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan: todas las mañanas que son dias de carne, ántes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros: no hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata ó es la mejor, ó la de más baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia: los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan, como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecia peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quítame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro: por maravilla se pasa dia sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes: todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes: no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca: finalmente, oí decir á un

hombre discreto, que tres cosas tenia el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

Cip. Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia: y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos: quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

Berg. Yo lo haré así, si pudiere, y si me da lugar la grande tentacion que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

Cip. Vete á la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Berg. Digo pues, que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese; enseñóme tambien la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él habia hurtado las noches; y un dia, que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porcion, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos, y ví una moza hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar; lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me queria, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo: entónces dije entre mí: la carne se ha ido á la carne. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: Andad, Gavilan, ó como os llamais, y decid á Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

Cip. Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.

Berg. Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porcion, y con el chapin: parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse piés en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los piés por detrás de San Bernardo, me fu por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro dia me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros: así como le ví, creí que habia hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es

obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apénas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo, to to, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola: trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores, que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la jineta, con lanza y adarga, que más parecia atajador de la costa, que señor de ganado: preguntó al pastor: ¿Qué perro es este, que tiene señales de ser bueno? Bien lo puede vuesamerced creer, respondió el pastor, que yo le he cotejado bien, y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro; agora se llegó aquí, y no sé cúyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues así es, respondió el señor, pónle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y dénle la racion que á los demás, y acaríciale todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato, y se quede de hoy en adelante en él. En diciendo esto se fué, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Víme harto y contento con el segundo amo, y con el nuevo oficio: mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algun árbol, ó de algun ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la márgen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que habia tenido en el matadero, y en la que tenia mi amo, y todos los que como él están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas: ¡ oh qué de cosas te pudiera decir ahora, de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

Cip. Por haber oido decir que dijo un gran poeta de los antiguos, que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras ni dés mate á ninguno en cosa señalada: que no es buena la murmuracion, aunque haga reir mucho, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

Berg. Yo tomaré tu consejo y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los mios, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo, que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas consideraba que no debia de ser verdad lo que habia oido contar de la vida de los pastores, á lo ménos de aquellos que la dama de mi amo leia en unos libros cuando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios:

deteníame á oirla leer, y leia cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar desde que salia el sol en los brazos del Aurora, hasta que se ponia en los de Tétis ; y aun despues de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y escuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas: no se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, más enamorado que atrevido, de quien decia que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados ajenos: decia tambien que el gran pastor de Fílida, único pintor de un retrato, habia sido más confiado que dichoso: de los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decia que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos, y aclaró aquel laberinto de dificultades : acordábame de otros muchos libros que de este jaez le habia oido leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

Cip. Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica, y pasa, y sea tu intencion limpia, aunque la lengua no lo parezca.

Berg. En estas materias nunca tropieza la lengua, si no cae primero la intencion ; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprendiere, lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir *Deum de Deo*, y respondió que : dé donde diere.

Cip. Esta fué respuesta de un simple ; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa: dí adelante.

Berg. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenian, de aquellos que habia oido leer que tenian los pastores de los libros; porque si los mios cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo, do va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al són de churumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacia el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que solas ó juntas parecia, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian: lo más del dia se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abarcas: ni entre ellos se nombraban Amarílis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna: que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

Cip. Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina.

Berg. Agradézcotelo, Cipion amigo, porque si no me avisaras, de manera

se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destos que me tenian engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

Cip. Mírate á los piés, y desharás la rueda, Berganza: quiero decir que mires que eres un animal que carece de razon, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista.

Berg. Eso fuera así, si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te habia de haber dicho al principio de nuestra plática, no solo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

Cip. Pues ahora ¿no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

Berg. Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.

Cip. Digo que me la cuentes ántes que pases más adelante en el cuento de tu vida.

Berg. Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su órden mis sucesos, que así te darán más gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios ántes de los principios.

Cip. Sé breve, y cuenta lo qué quisieres y cómo quisieres.

Berg. Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raíz y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, á causa que si los dias holgaba, las noches no dormia, dándonos asaltos á menudo, y tocándonos al arma los lobos; y apénas me habian dicho los pastores, al lobo, Barcino, cuando acudia primero que los otros perros á la parte que me señalaban que estaba el lobo: corria los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvia al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los piés abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medio comido del lobo: desesperábame de ver de cuán poco servia mi mucho cuidado y diligencia; venía el señor del ganado, salian los pastores á recebirle con las pieles de la res muerta: culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos: llovian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y así viéndome un dia castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenia de costumbre, léjos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo allí venía, allí sería más cierta la presa: cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detrás de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y ví que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera que verdaderamente pareció á la mañana que habia sido su verdugo el lobo: pasméme, quedé suspenso cuando ví que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habian de guardar. Al

punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne, y comíanse ellos lo más y lo mejor: volvia á reñirles el señor, y volvia tambien el castigo de los perros: no habia lobos, menguaba el rebaño: quisiera yo descubrillo, hallábame mudo: todo lo cual me traia lleno de admiracion y de congoja: ¡Válame Dios! decia entre mí, ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata?

Cip. Y decias muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni más sutil ladron que el doméstico, y así mueren muchos más de los confiados que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo, si no se fía y se confía; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores: pasa adelante.

Berg. Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado: volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico.

Cip. ¿Qué modo tenias para entrar con amo? porque segun lo que se usa, con gran dificultad el dia de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir; muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo: aquellos para recebir un criado primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el más pobre es más rico, el más humilde de mejor linaje, y con solo que se disponga con limpieza de corazon á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apénas pueden caber en su deseo.

Berg. Todo eso es predicar, Cipion amigo.

Cip. Así me lo parece á mí, y así callo.

Berg. A lo que me preguntaste del órden que tenia para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea: ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templa la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios; es madre de la modestia y hermana de la templanza: en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados: desta pues me aprovechaba yo, cuando queria entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande: luego arrimábame á la puerta, y cuando á mi parecer entraba algun forastero, le ladraba, y cuando venía el señor, bajaba la cabeza, y moviendo la cola me iba á él, y con la lengua le limpiaba los zapatos: si me echaban á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvia á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término: desta manera á dos porfías me quedaba en casa: servia bien, queríanme luego bien, y nadie me despidió, sino era que yo me

despidiese, ó por mejor decir, me fuese; y tal vez hallé amo, que este fuera el dia que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

Cip. De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leimos los pensamientos.

Berg. Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré á su tiempo, como tengo prometido, y ahora escucha lo que me sucedió despues que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvíme á Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes; arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella; recebiéronme para tenerme atado detrás de la puerta de dia, y suelto de noche; servia con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros y gruñia á los que no eran muy conocidos; no dormia de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mia y de las casas ajenas: agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen racion de pan y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veia á mi amo, especialmente cuando venía de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de dia y de noche: como me ví suelto, corrí á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Esopo, cuando aquel asno tan asno, que quiso hacer á su señor las mismas caricias que le hacia una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido á palos: parecióme que en esta fábula se nos dió á entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros: apode el truhan, juegue de manos y voltee el istrion, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros, y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

Cip. Basta; adelante, Berganza, que ya estás entendido.

Berg. ¡Ojalá que como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona: un caballero conozco yo que se alababa que á ruegos de un sacristan habia cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos, que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader, pues, tenia dos hijos, el uno de doce, y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesus: iban con autoridad, con ayo y con pajes que les llevaban los libros, y aquel que llaman *vade mecum:* el verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacia sol, en coche si llovia, me hizo considerar y repa-

rar en la mucha llaneza con que su padre iba á la lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo aun no bien aderezado.

Cip. Has de saber, Berganza, que es costumbre y condicion de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos, y como ellos por maravilla atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, trátanse modestamente; y como la ambicion y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algun príncipe; y algunos hay que los procuran títulos, y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

Berg. Ambicion es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

Cip. Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambicion, que no sea con daño de tercero.

Berg. Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

Cip. Sí, que yo no murmuro de nadie.

Berg. Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linajes, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dijera : á la fe, Cipion, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes; por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche : vese claro en que apénas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende; y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama ó á su madre.

Cip. Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos : echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos), y no murmuremos de aquí adelante, y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de Jesus.

Berg. A él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el cual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa; pero con todo esto juraba : así yo cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure, y contra la in-

tencion que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa para no volver á ella.

Cip. Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y así quedarás imposibilitado de murmurar.

Berg. A lo ménos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y así digo que los hijos de mi amo se dejaron un dia un cartapacio en el patio, donde yo á la sazon estaba; y como estaba enseñado á llevar la esportilla del jifero mi amo, así del *vade mecum* y fuíme tras ellos con intencion de no soltalle hasta el estudio : sucedióme todo como lo deseaba, que mis amos que me vieron venir con el *vade mecum* en la boca, asído sotilmente de las cintas, mandaron á un paje me le quitase; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula, cosa que causó risa á todos los estudiantes : lleguéme al mayor de mis amos, y á mi parecer con mucha crianza se le puse en las manos, y quedéme sentado en cuclillas á la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leia. No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada della, luego recebí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban; consideraba cómo los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas consiguiesen el fin para que fuéron criados.

Cip. Muy bien dices, Berganza, porque yo he oido decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan : son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

Berg. Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vade mecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo cual tenia una vida de rey, y aun mejor, porque era descansada, á causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domestiquéme con ellos de tal manera, que me metian la mano en la boca, y los más chiquillos subian sobre mí : arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvia á la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo : dieron en darme de comer cuanto ellos podian, y gustaban de ver que cuando me daban nueces ó avellanas, las partia como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno : tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que más de dos Antonios se empeñaron ó vendieron para que yo al-

morzase. Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habria otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose : desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí razon de estado, que cuando con ella se cumple se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de licion á licion, la ocupaban los estudiantes nó en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y así ordenaron á mis amos que no me llevasen más al estudio : obedecieron, volviéronme á casa, y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse el señor viejo de la merced que me habia hecho, de que de dia y de noche anduviese suelto, volví á entregar el cuello á la cadena y el cuerpo á una esterilla, que detrás de la puerta me pusieron. ¡ Ay, amigo Cipion, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado ! Mira : cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuacion dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera, y á los primeros trabajos y desdichas , es un dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es por atormentarla más viviendo. Digo en fin, que volví á mi racion perruna, y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun estos me diezmaban dos gatos romanos, que como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme lo que no caia debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipion hermano, así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dejes ahora filosofar un poco, porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria de aquellas que entónces me ocurrieron, me parece que no sería mi historia cabal ni de fruto alguno.

Cip. Advierte, Berganza, no sea tentacion del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuracion mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador, que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprension, y el descubrir los defectos ajenos buen celo, y no hay vida de ningun murmurante, que si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias; y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

Berg. Seguro puedes estar, Cipion, de que más murmure, porque así lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el dia ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, dí en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oi cuando fuí con mis amos al estudio, con que á mi parecer me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algu-

nos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algun latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apénas saben declinar un nombre, ni conjugar un verbo.

Cip. Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua.

Berg. Deso podrémos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

Cip. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos, de ser asnos.

Berg. Pues ¿quién lo duda? La razon está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latin, como lengua materna suya, algun majadero habria entre ellos, á quien no excusaria el hablar latin dejar de ser necio.

Cip. Para saber callar en romance y hablar en latin, discrecion es menester, hermano Berganza.

Berg. Así es, porque tambien se puede decir una necedad en latin como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, nó una, sino muchas veces.

Cip. Dejemos esto, y comienza á decir tus filosofías.

Berg. Ya las he dicho : estas son que acabo de decir.

Cip. ¿Cuáles?

Berg. Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

Cip. ¿Al murmurar llamas filosofar? así va ello : canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres, que ella dará á nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia.

Berg. ¿Cómo la tengo de seguir si callo?

Cip. Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, segun la vas añadiendo colas.

Berg. Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

Cip. Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres : las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

Berg. Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenia : mira, Cipion, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra : dígolo porque la

negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormia en el zaguan que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detrás de la cual yo estaba, y no se podian juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contrahecho las llaves; y así las más de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abria al negro con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba : algunos dias me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las ijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gajes y comia su pan, como lo deben hacer nó solo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

Cip. Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y nó hagas soga, por nó decir cola, de tu historia.

Berg. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro, no sé lo que es; solo me doy á entender que es cosa buena.

Cip. Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son : *filos* y *sofia* : *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia : así que *filosofía* significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

Berg. Mucho sabes, Cipion, ¿quién diablos te enseñó á tí nombres griegos?

Cip. Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien hay quien presuma saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

Berg. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque nó anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

Berg. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir que hizo un llamado Corondas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida: descuidóse desto, y otro dia entró en el cabildo ceñida la espada: advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley, sino prometer que me morderia la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea: ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores: una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella; y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho; muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer

finezas detrás de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion.

Cip. Segun eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo por que te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

Berg. No sé lo que entónces hiciera; esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y más estando temeroso que al salir del sol nos hemos de quedar á escuras, faltándonos la habla.

Cip. Mejor lo hará el cielo, sigue tu historia, y no te desvies del camino carretero con impertinentes digresiones; y así por larga que sea, la acabarás presto.

Berg. Digo pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba: mucho pueden las dádivas, Cipion.

Cip. Mucho: no te diviertas, pasa adelante.

Berg. Acuérdome que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia: *habet bovem in lingua.*

Cip. ¡Oh! que en hora mala hayais encajado vuestro latin. ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco ha dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romances?

Berg. Este latin viene aquí de molde: que has de saber que los atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algun juez dejaba de decir ó hacer lo que era razon y justicia por estar cohechado, decian: este tiene el buey en la lengua.

Cip. La aplicacion falta.

Berg. ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

Cip. Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

Berg. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente, mi buena intencion rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual bajando una noche muy escura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo: burla que fué bastante á tenerla de véras más de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta: nuestras batallas eran á la sorda,

de las cuales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud: alzóseme con la racion y los huesos, y los mios poco á poco iban señalando los ñudos del espinazo: con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca: conocí la maldad, ví que era peor que comer zarazas; porque á quien là come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida; y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos: halléme un dia suelto, y sin decir adios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á ménos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil, que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo, el cual apénas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre: tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias: asióme del cuello, y dijo á los corchetes suyos: Este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos sería de provecho: quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme que yo me iria, porque le conocia. Háseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de laton morisco. Considera, Cipion, ahora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer me ví estudiante, y hoy me ves corchete.

Cip. Así va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete: no puedo sufrir ni llevar en paciencia oir las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron, fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos: ¡con qué maldiciones la maldicen! ¡con cuántos improperios la deshonran! y no por más de que porque piense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

Berg. Tienes razon; y has de saber que este alguacil tenia amistad con un escribano con quien se acompañaba: estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más ó ménos, sino de ménos en todo: verdad es que tenian algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca: estas les servian de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma: vestíanse de suerte que por la pinta descubrian la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre: andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando breton con quien no embistiesen; y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y á qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto y los prendian por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimian la vejacion con dineros. Sucedió pues que la Colindres, que así se llamaba la

amiga del alguacil, pescó un breton, unto y bisunto; concertó con él cena y noche en su posada; dió el cañuto á su amigo, y apénas se habian desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, afligióse el breton, terció movido de caridad el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á solo cien reales. Pidió el breton unos follados de camuza, que habia puesto en una silla á los piés de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podian parecer; porque así como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubríle con el olfato, y halléle en una faldriquera de los follados: digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el jamon á toda mi voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que el breton daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendia, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenia cincuenta *escuti* de oro *in oro:* imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habian robado: el alguacil pensó lo mismo: llamóles aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde habia dejado los follados para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero: no los hallé, porque ya algun venturoso que pasó se los habia llevado. Como el alguacil vió que el breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el breton no tenia: llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho: mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentia en su casa hombres y mujeres de mal vivir. Aquí fué ello: aquí sí que fué cuando se aumentaron las voces y creció la confusion, porque dijo la huéspeda: Señor alguacil y señor escribano, nó conmigo tretas, que entreveo toda costura: nó conmigo dijes ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada que arroje el bodegon por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la señora Colindres, y sé que há muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare más, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada, y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *á perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras: el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y nó conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme: bonita soy yo, para que por mi órden entren mujeres con los huéspedes: ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos de haber oido la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leia la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenian de quién sacar dinero, si della nó, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazon y injusticia que la hacian, estando su marido ausente y siendo tan

principal hidalgo. El breton bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese tal. El escribano por lo callado insistia al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta *escuti*, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el breton estaba borracho, y que debia de mentir en lo del dinero. En efeto, todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el teniente de asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita: preguntó la causa de aquellas voces: la huéspeda se la dió muy por menudo: dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida: publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamás habia entrado en su casa mujer de mala sospecha: canonizóse por santa y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor teniente, diciéndole que por ella echaria de ver, que mujer de tan honrado marido no podia hacer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era á no poder más, que Dios sabía lo que le pesaba, y sí quisiera ella más tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El teniente enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondió la huéspeda, y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime y diréte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubrais, que habeis de venir á la cárcel: la cual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso, el teniente demasiadamente severo, los llevó á todos á la cárcel: conviene á saber, al breton, á la Colindres y á la huéspeda. Despues supe que el breton perdió sus cincuenta *escuti*, y más dicen, que le condenaron en las costas; la huéspeda pagó otro tanto, y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo dia que la soltaron, pescó á un marinero que pagó por el breton con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipion, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

Cip. Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

Berg. Pues escucha, que aun más adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

Cip. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos: sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero: sí, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan á las partes, ni todos llevan más de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para hazme la barba, y hacerte he el copete, ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes: muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza,

y de hidalgas condiciones: muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extranjeros, y hallándolas un pelo más de la marca, destruyen á sus dueños: sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

Berg. Más alto picaba mi amo, otro camino era el suyo: presumia de valiente y de hacer prisiones famosas; sustentaba la valentía sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa: un dia acometió en la puerta de Jerez él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que así me traia de dia, y de noche me le quitaba): quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brio y su denuedo: así se entraba y salia por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre: era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometia, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó, en mi opinion y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, que hay más de cien pasos: dejólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fuéron tres vainas, y luego se las fué á mostrar al asistente, que si mal no me acuerdo, lo era entónces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruicion de la Sauceda. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijeran: aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía. En dar vueltas á la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del dia; y la noche nos halló en Triana en una calle junto al molino de la pólvora, y habiendo mi amo avizorado (como en la jácara se dice) si álguien le veia, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas ni espadas, y todos desabrochados; y uno que debia de ser el huésped, tenia un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la cual colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía: apénas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fuéron á él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razon á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo con las manos los vocablos tan exquisitos de que usaban, y finalmente el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente, vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo habia sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, la

cuales pagó mi amo allí luego de contado, con todo cuanto Monipodio dijo que habia costado la cena, que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos; y fué su postre dar soplo á mi amo de un rufian forastero que nuevo y flamante habia llegado á la ciudad: debia de ser más valiente que ellos, y de envidia le soplaron: prendiòle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo ví en su talle que no se dejara prender tan á mansalva. Con esta prision, que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo más que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentía. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno: trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto: fuéronse á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una peticion que Pedro de Losada le debia cuatrocientos reales prestados, como parecia por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacia presentacion. Mandó el teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel: tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo: llevóles el ladron á la posada del otro, y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por prenda de la ejecucion el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladron por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga, para que se le comprase: valia el caballo tanto y medio más de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, á la primer postura remató su mercaduría. Cobró el un ladron la deuda que no le debian, y el otro la carta de pago que no habia menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fué peor que el Seyano lo fué para sus dueños. Mondaron luego la haza los ladrones, y de allí á dos dias, despues de haber trastejado mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, más hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta: diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valia ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo: ¡Vive Dios, que este es Piedehierro, mi caballo, que há pocos dias que me le hurtaron en Antequera! Todos los que venian con él, que eran cuatro criados, dijeron que así era la verdad, que aquel era Piedehierro, el caballo que le habian hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fuéron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fué desposeido del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos é intervencion de la misma justicia vendieron lo que habian hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco: y no paró

en esto su desgracia, que aquella noche saliendo á rondar el mismo asistente, por haberle dado noticia que hácia los barrios de San Julian andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo á este punto el asistente, asiéndome por el collar y zuzándome: Al ladron, Gavilan, ea, Gavilan hijo, al ladron. Yo, á quien ya tenian cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor asistente me mandaba sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, dí con él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á más de cuatro vengados; quitáronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme, y aun matarme á palos, y lo hicieran si el asistente no les dijera: Nó le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé. Entendióse la malicia, y yo sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y ántes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte, que hallé allí una compañía de soldados, que segun oí decir se iban á embarcar á Cartagena: estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que habia sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los más atambores: conociéronme todos, y todos me hablaron, y así me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder; pero el que más aficion me mostró fué el atambor, y así determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flándes; porque me parece á mí, y aun á tí te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refran: *Quien necio es en su villa*, *necio es en Castilla*, el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace á los hombres discretos.

Cip. Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oido decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego, llamado Ulíses, le dieron renombre de prudente, por solo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes y varias naciones; y así alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen.

Berg. Es pues el caso, que el atambor, por tener con qué mostrar más sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á bailar al són del atambor, y hacer otras monerías tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga: por acabarse el distrito de la comision se marchaba poco á poco: no habia comisario que nos limitase: el capitan era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano: el alférez no habia muchos meses que habia dejado la córte y el tinelo: el sargento era mohatrero y sagaz, y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero: iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacian algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecia: ¡infelicidad del buen príncipe! ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia. En fin, en ménos de quince dias, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que habia escogido por patron, supe saltar por el rey de

Francia, y no saltar por la mala tabernera: enseñóme á hacer corvetas como caballo napolitano, y andar á la redonda como mula de tahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algun demonio en figura de perro el que las hacia: púsome nombre el perro sabio, y no habíamos llegado al alojamiento, cuando tocando su atambor, andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ó en tal hospital las mostraban á ocho ó á cuatro maravedís, segun era el pueblo grande ó chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar, que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasion para ello; que esto del ganar de comer holgando, tiene muchos aficionados y golosos: por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un dia; y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año, por do me doy á entender que de otra parte, que de la de sus oficios, sale la corriente de sus borracheras: toda esta gente vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos del pan.

Cip. No más, Berganza, no volvamos á lo pasado; sigue, que se va la noche, y no querria que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio.

Berg. Tenle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabía imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamacil, y una silla pequeña que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponia; y el dia que habia de correrla pregonaba que aquel dia corria sortija el perro sabio, y hacia otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacia, por no sacar mentiroso á mi amo. Llegamos pues por nuestras jornadas contadas á Montilla, villa del famoso y gran cristiano marques de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital: echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se habia adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en ménos de una hora se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel dia chocarrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta, era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo que parecia de cuba: conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de mimbre que en la mano tenia, era señal del salto, y cuando la tenia alta, de que me estuviese quedo. El primero conjuro deste dia (memorable entre todos los de mi vida) fué decirme: Ea, Gavilan amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas, y si no quieres, salta por la pompa y aparato de D.ª Pimpinela de Plafagonia, que fué compañera de la moza gallega que servia en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo

Gavilan? pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tene grado alguno. ¡Oh! perezoso estás; ¿porqué no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad-Real, San Martin y Ribadavia. Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dijo: No piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaria un gavilan; quiero decir, que por ver la menor se puede caminar treinta leguas: sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bébese una azumbre de vino sin dejar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristan; todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuesas mercedes en los dias que estuviere aquí la compañía, y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entrarémos en lo grueso. Con esto suspendió al auditorior que habia llamado senado, y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabía. Volvióse á mí mi amo, y dijo: Volved, hijo Gavilan, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habeis hecho; pero ha de ser á devocion de la famosa hechicera, que dicen que hubo en este lugar. Apénas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, de más de sesenta años, diciendo: Bellaco, charlatan, embaidor y hijo de puta, aquí no hay hechicera alguna: si lo decís por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe: si lo decís por mí, chocarrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos y á la ley del encaje, y al juez arrojadizo y mal informado: ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, nó de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, ó otros que como pecadora he cometido: así que, socarron tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi santiguada que os haga, salir más que de paso: y con esto comenzó á dar tantos gritos, y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en confusion y sobresalto: finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningun modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro dia y en otro hospital lo que en aquel habia faltado. Fuése la gente maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: ¿Eres tú, hijo Montiel? ¿eres tú, por ventura, hijo? Alcé la cabeza, y miréla muy despacio: lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí.

Cip. Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento el besar ni dejar besarse de una vieja.

Berg. Esto que ahora te quiero contar, te lo habia de haber dicho al principio de mi cuento, y así excusáramos la admiracion que nos causó el vernos con habla; porque has de saber que la vieja me dijo: Hijo Montiel, vente tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida

y para tu provecho. Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, segun despues me lo dijo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado la vieja; y como habia oido llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era escuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro, que en él estaba: atizóle la vieja, y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dijo, fué: Bien esperaba yo en el cielo que ántes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño te habia de ver, hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte, y lléveme desta cansada vida: has de saber, hijo, que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla: fué tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oido decir que están las historias llenas, no la igualaron: ella congelaba las nubes cuando queria, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba, volvia sereno el más turbado cielo: traia los hombres en un instante de léjas tierras: remediaba maravillosamente las doncellas que habian tenido algun descuido en guardar su entereza: cubria á las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas: descasaba las casadas, y casaba las que ella queria: por diciembre tenia rosas frescas en su jardin, y por enero segaba trigo; esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo ménos que ella hacia, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura, los vivos ó los muertos que le pedian que mostrase: tuvo fama que convertia los hombres en animales, y que se habia servido de un sacristan seis años en forma de asno real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertian los hombres en bestias, dicen los que más saben, que no era otra cosa sino que ellas con su mucha hermosura y con sus halagos atraian los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte sirviéndose dellos en todo cuanto querian, que parecian bestias; pero en tí, hijo mio, la experiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelía, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que ántes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que despues de la Camacha, fué famosa: yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, á lo ménos de tan buenos deseos como cualquiera dellas: verdad es, que al ánimo que tu madre tenia de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legion de demonios, no le hacia ventaja la misma Camacha: yo fuí siempre algo medrosilla; con conjurar media legion me contentaba; pero con paz sea dicho de entrambas, en esto

de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré á cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas: que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechicería en que estaba engolfada muchos años habia, y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar: tu madre hizo lo mismo: de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de celos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la cual recebió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que habia parido dos perritos; y así como los vió, dijo: Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiela, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio: no te dé pena alguna este suceso, que ya sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodriguez el ganapan, tu amigo, dias há que no tratas con otro; así que este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio contiene. Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros: yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la cual no podia creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida, llamó á tu madre, y le dijo cómo ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverian á su sér cuando ménos lo pensasen; mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

Volverán en su forma verdadera,
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacello.

Esto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho: tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mia para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno de vosotros; y para poder conoceros, á todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, nó por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondian á ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros; y esta tarde, como te ví hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y tambien como alzaste la cabeza á mirarme cuando te llamé en el corral, he creido que tú eres hijo de la Montiela, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en *el Asno de oro*, que consistia en solo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones ajenas, y no en tu diligencia.

Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazon, y espera á que estas, que no quiero llamarlas profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente: que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseais: de lo que á mí me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo: muchas veces he querido preguntar á mi cabron qué fin tendrá vuestro suceso; pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos: así que, á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas: con todo esto, nos trae tan engañadas á las que somos brujas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dejar: vamos á verle muy léjos de aquí á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios y en mi ánima, que no me atrevo á contarlas segun son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas: hay opinion que no vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que despues contamos que nos han sucedido: otros dicen que nó, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente: algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo: quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: héme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos; rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto; vame mejor con ser hipócrita, que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño á ningun tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy, que seas bueno en todo cuanto pudieres, y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres: bruja soy, no te lo niego, bruja y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podian acreditarnos en todo el mundo: tres dias ántes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran jira; y con todo eso, cuando murió fué con tal sosiego y reposo, que si no fuéron algunos visajes que hizo un cuarto de hora ántes que rindiese el alma, no parecia sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores: llevaba atravesados en el corazon sus dos hijos, y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas: yo le cerré los ojos, y fuí con ella hasta la sepultura: allí la dejé para no verla

más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla ántes que muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimenterios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia. Cada cosa destas que la vieja me decia en alabanza de la que decia ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazon, y quisiera arremeter á ella y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dejé de hacer fué porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decia, y parece que me leyó el deseo, pues respondió á mi intencion como si se lo hubiera preguntado, pues dijo : Este ungüento con que las brujas nos untamos, es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo frios, y no es como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras tambien preguntarme qué gusto ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa : á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refran ; que tal hay que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno, y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar; y lo que más le importa es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado : y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permision yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar á una hoja della no podia, porque Dios no queria; por lo cual podrás venir á entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reinos, á las ciudades y á los pueblos, las muertes repentinas, los naufragios, las caidas; en fin, todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente : y los daños y males que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intencion, en la palabra y en la obra : todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que ¿quién me hizo á mí teóloga ? y aun quizá entre tí : ¡ cuerpo de tal con la puta vieja ! ¿ porqué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios, pues sabe que está más pronto á perdonar pecados, que á permitirlos ? A esto te respondo como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frio que pone el alma tal, que la resfría y entorpece aun en la fe, de donde nace un olvido de sí misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida ; y en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos

los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y así quedando el alma inútil, floja y desmazalada, no puede levantar la consideracion siquiera á tener algun buen pensamiento; y así dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios, que se la está dando por sola su misericordia, para que se levante: yo tengo una destas almas que te he pintado, todo lo veo y todo lo entiendo; y como el deleite me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala. Pero dejemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo, que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entónces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites, que te dejo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas: verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen no dos dedos del oído el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados: hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco; y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero; así que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece: ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son ménos: el buen dia meterle en casa, pues miéntras se rie, no se llora: quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado, que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario. Levantóse en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo más estrecho: seguíla, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que habia oido y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincon una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los piés á la cabeza, que tenia sin toca: ántes que se acabase de untar me dijo, que ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí

hasta la mañana, porque sabria las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele bajando la cabeza, que sí haria, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta : llegué mi boca á la suya, y ví que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipion amigo, que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de más de siete piés; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubria las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos : las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos : finalmente, toda era flaca y endemoniada. Púseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala vision de su cuerpo y la peor ocupacion de su alma : quise morderla por ver si volvia en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase; pero con todo eso, la así de un carcaño, y la saqué arrastrando al patio, mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí con mirar el cielo y verme en parte ancha se me quitó el temor, á lo ménos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo : ¿quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? ¿Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche, y se vino el dia, que nos halló á los dos en mitad del patio : á ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas, atento mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian : Ya la bendita Cañizares es muerta, mirad cuán disfigurada y flaca la tenia la penitencia : otros más considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenia, y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en éxtasis y arrobada de puro buena : otros hubo que dijeron : Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada, que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora, entre los que la conocemos, más fama tiene de bruja que de santa : curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza; ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del dia, y como se sintió acribada de los alfileres y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo habia sido el autor de su deshonra; y así arremetió á mí y echándome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo: Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso, y ¿es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á tí? Yo que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudíme, y asiéndola de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el

patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja, creyeron los más que yo debia de ser algun demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen, la vieja gruñia, yo apretaba los dientes, crecia la confusion, y mi amo, que ya habia llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio : otros, que no sabian de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzaron á santiguarme los lomos : escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle; y en pocos más salí de la villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo : Apártense, que rabia el perro sabio. Otros decian : Nó rabia, sino que es demonio en figura de perro. Con este molimiento á campana herida salí del pueblo, siguiéndome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habian visto hacer, como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño : dime tanta priesa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me habia desparecido como demonio : en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de gitanos, que estaba en un campo junto á Granada : allí me reparé un poco, porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intencion, á lo que despues entendí, de ganar conmigo, como lo hacia el atambor mi amo. Veinte dias estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente.

Cip. Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja, y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das crédito. Mira, Berganza : grandísimo disparate sería creer que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristan en forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió : todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras ó apariencias del demonio ; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algun entendimiento y razon, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso y jamás visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver más claro? Considera en qué vanas cosas y en cuán tontos puntos dijo la Camacha que consistia nuestra restauracion, y aquellas que á tí te deben parecer profecías no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza, y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno, porque á ser otra cosa ya estaban cumplidas; si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oido decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa, que aunque diferente, le haga semejanza, y así, decir :

Volverán en su forma verdadera,
Cuando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacello:

Tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobrarémos nuestra forma, cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los piés de la desgracia y tenidos en poco de aquellos que más los estimaban: y asimismo cuando viéremos que otros que no há dos horas que no tenian deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados: y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso, por do me doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros como ves: así que, la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa y bellaca, con perdon sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo pues que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pié, y vuelven á alzar los caidos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira pues si en el discurso de nuestra vida habrémos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

Berg. Digo que tienes razon, Cipion hermano, y que eres más discreto de lo que pensaba; y de lo que has dicho vengo á pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros; pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos; y así no te canse el oirme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva.

Cip. De buena gana te escucho por obligarte á que me escuches, cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

Berg. La que tuve con los gitanos fué considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan así gitanas como gitanos desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar: ¿ves la multitud que hay dellos esparcida por España? pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en estos: dan la obediencia mejor que á su rey, á uno que llaman conde, el cual y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana muy

hermosa, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacia gitano y la tomaba por mujer: hízolo así el paje, y agradó tanto á los demás gitanos, que le alzaron por señor, y le dieron la obediencia; y como en señal de vasallaje le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpanse por dar color á su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así los verás siempre traer á vender por las calles, tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles: todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz y lavan las criaturas con agua fria en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y así verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores: cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros: ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generacion: cuando piden limosna, más la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones, y á título que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana al pié del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias: son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar: confieren sus hurtos y el modo que tuvieron en hacellos; y así un dia contó un gitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un dia habia hecho á un labrador: y fué que el gitano tenia un asno rabon, y en el pedazo de la cola que tenia sin cerdas le ingirió otra peluda, que parecia ser suya natural: sacóle al mercado, comprósele un labrador por diez ducados, y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si queria comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le venderia por más buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se le compraria, y que en tanto que volviese llevaria el comprado á su posada. Fuése el labrador, siguióle el gitano, y sea como sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le habia vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada: mudóle la albarda y jáquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase: hallóle ántes que hubiese echado ménos el asno primero; y á pocos lances compró el segundo: fuésele á pagar á la posada, donde halló ménos la bestia á la bestia; y aunque lo era mucho, sospechó que el gitano se le habia hurtado, y no queria pagarle: acudió el gitano por testigos, y trujo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el gitano habia vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendia. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del gitano con tantas veras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron, y todos ó los más de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que más se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. Al cabo de veinte dias me quisieron llevar á Murcia: pasé por Granada, donde ya estaba el capitan, cuyo atambor era mi amo: co-

mo los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del meson donde vivian: oíles decir la causa, no me pareció bien el viaje que llevaban, y así determiné soltarme como lo hice, y saliéndome de Granada, dí en una huerta de un morisco que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querria para más de para guardarle la huerta, oficio á mi cuenta de ménos trabajo que el de guardar ganado; y como no habia allí altercar sobre tanto más cuanto al salario, fué cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir. Estuve con el más de un mes, nó por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipion amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efeto habré de decir algo, y así oye en general lo que yo vi y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo le condenan á cárcel perpetua y á escuridad eterna: de modo que ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España: ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas: todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan: considérese que ellos son muchos y que cada dia ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo, y como van creciendo se van aumentanto los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra: entre ellos no hay castidad ni entran en religion ellos ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sóbriamente aumenta las causas de la generacion; no los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos á pié quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden se hacen ricos; no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos: de los doce hijos de Jacob que he oido decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moysen de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mujeres: de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que sin comparacion son en mayor número.

Cip. Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra, que bien sé que son más y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república, que considerando que España cria y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida: dí adelante.

Berg. Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo, y con algunas sobras de zahinas, comun sustento suyo; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño, como el que ahora oirás. Cada mañana juntamente con el alba amanecia sentado

al pié de un granado, de muchos que en la huerta habia, un mancebo al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida: ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente, y se mordia las uñas, estando mirando al cielo; y otras veces se ponia tan imaginativo, que no movia pié ni mano, ni aun las pestañas: tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver: oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo: Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los dias de mi vida; y escribiendo á priesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento: todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta: hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre: echéme á sus piés, y él con esta seguridad prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que habia pensado. Estando en esto entró en la huerta otro mancebo galan y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leia: llegó donde estaba el primero, y díjole: ¿Habeis acabado la primera jornada? Ahora le dí fin, respondió el poeta, lo más gallardamente que imaginarse puede. ¿De qué manera? preguntó el segundo. Desta, respondió el primero. Sale su Santidad el papa vestido de pontifical, con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado; y así en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado, y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él, y así hacen á cada paso mil impertinencias y disparates: yo no he podido errar en esto, porque he leido todo el ceremonial romano por solo acertar en estos vestidos. ¿Pues de dónde quereis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce cardenales? Pues si me quita uno tan solo, respondió el poeta, así le daré yo mi comedia, como volar: ¡cuerpo de tal! ¿esta apariencia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un sumo pontífice con doce graves cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo: ¡vive el cielo que sea uno de los mayores y más altos espectáculos, que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja!* Aquí acabé de entender que el uno era poeta, y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no queria imposibilitar al autor el hacer la comedia. A lo que dijo el poeta, que le agradeciesen que no habia puesto todo el cónclave que se halló junto al acto memorable que pretendia traer á la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Riyóse el recitante, y dejóle en su ocupacion, por irse á la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, despues de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que á mi parecer entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacían bulto ciertas migajas de pan, que

las acompañaban: sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le ví arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fué posible moverlos de su terquedad: todo lo cual redundó en mi provecho, porque me los arrojó diciendo: To to, toma, que buen provecho te hagan. Mirad, dije entre mí, que néctar ó ambrosía me dá este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo: en fin, por la mayor parte grande es la miseria de los poetas; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba. En tanto que duró la composicion de su comedia, no dejó de venir á la huerta, ni á mí me faltaron mendrugos, porque los repartia conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos á la noria, donde yo de bruces y el con un cangilon satisfacíamos la sed, como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre tanto, que determiné dejar al morisco, y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar en la ciudad ví que salia del famoso monasterio de San Jerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fuí á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado: luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan más tiernos de los que solia llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repasarlos por los suyos, merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinacion de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podia mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa que la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres; y así no estoy bien con aquel refran, que dice: Más da el duro que el desnudo, como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen deseo, cuando más no tiene. De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el Malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor sino representante, el más gracioso que entónces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fuéron saliendo todos, excepto el autor y yo que servíamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la habia compuesto el mismo Satanás para total ruina y perdicion del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le habia dejado; y no era mucho, si el alma présaga le decia allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fué volver todos los recitantes, que pasaban de doce, y sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor llena de ruegos y voces se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso como pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres, y el poeta mohino, el cual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia,

y encerrándosela en el seno, medio murmurando dijo: No es bien echar las margaritas á los puercos, y sin decir más palabra, se fué con mucho sosiego: yo de corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en ménos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas: pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querian, de modo que como los entremeses solian acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño. ¡Oh Cipion, quién te pudiera contar lo que ví en esta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve! mas por no ser posible reducirlo á narracion sucinta y breve, lo habré de dejar para otro dia, si es que ha de haber otro dia en que nos comuniquemos. ¿Ves cuán larga ha sido mi plática? ¿ves mis muchos y diversos sucesos? ¿consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido? pues todo lo que has oido es nada comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y ví desta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oído, otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio y de transformacion.

Cip. Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubria para dilatar tu plática, y soy de parecer que la dejes para cuento particular, y para sosiego no sobresaltado.

Berg. Sea así, y escúchame ahora un poco. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremés me dieron una herida, que me llevó casi al fin de la vida: no pude vengarme por estar enfrenado entónces, y despues á sangre fria no quise; que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo: cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veia en él cosas que juntamente pedian enmienda y castigo, y como á mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos, aunque más vale tarde que nunca. Digo pues que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado, y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero, y me trujo á este hospital: lo que en él me ha sucedido no es tan poco, que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí á cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo á este hospital y á estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas: perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilacion, y viene aquí de molde.

Cip. Sí perdono: concluye presto, que á lo que creo, no debe estar muy léjos el dia.

Berg. Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas.

Cip. Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

Berg. Digo pues que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna ; y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte. ¿Cómo, y no será razon que me queje, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga á luz la obra que despues de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupacion y doce de pasante: grande en el sujeto, admirable y nueva en la invencion, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la division, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heróico, deleitable y sustancioso, y que con todo esto no hallo un príncipe á quien dirigirle? ¡Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo! ¡Mísera edad y depravado siglo nuestro! ¿De qué trata el libro? preguntó el alquimista. Respondió el poeta : Trata de lo que dejó de escribir el arzobispo Turpin del rey Artus de Ingalaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Grial, y todo en verso heróico, parte en octava y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente, digo, en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno. A mí, respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesamerced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba á la mia, que es que por faltarme instrumento ó un príncipe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con más riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos. ¿Ha hecho vuesamerced, dijo á esta sazon el matemático, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el alquimista, no la he sacado hasta ahora ; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras. Bien han exagerado vuesas mercedes sus desgracias, dijo á esta sazon el matemático; pero al fin, el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal, con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo; mas ¿qué diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene dónde arrimarse? Veinte y dos años há que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato me hallo tan léjos dél, que me admiro: lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faldriquera; y así es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre; y propincuo al agua, y perece de sed : por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan léjos della, que vuelvo á subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sísifo. Habia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió diciendo: Cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo

de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauracion de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que este tambien ha de parar en el carnero: mas, porque vuesas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es este. Háse de pedir en Córtes que todos los vasallos de su Majestad, desde la edad de catorce á sesenta años, sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres, se han de gastar aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su Majestad sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento; y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España más de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, más viejos ó más muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que sea no más de un real, que no puede ser ménos, aunque coma alholvas. Pues ¿paréceles á vuesas mercedes que sería barro tener cada mes tres millones de reales como aechados? Y esto ántes sería provecho que daño á los ayunantes, porque con el ayuno agradarian al cielo y servirian á su rey, y tal podria ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio limpio de polvo y de paja, y podríase coger por parroquias sin costa de comisarios, que destruyen la república. Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él tambien se riyó de sus disparates, y yo quedé admirado de haberlos oido, y de ver que por la mayor parte los de semejantes humores venian á morir en los hospitales.

Cip. Tienes razon, Berganza: mira si te queda más que decir.

Berg. Dos cosas no más, con que daré fin á mi plática, que ya me parece que viene el dia. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hallámosle solo, y parecióme á mí tomar ocasion de aquella soledad para decille ciertos advertimientos que habia oido decir á un viejo enfermo deste hospital acerca de cómo se podia remediar la perdicion tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales; de los perdidos que las siguen, plaga intolerable y que pedia presto y eficaz remedio: digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el corregidor, dió voces á sus criados que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor que por entónces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

Cip. ¿Y quéjaste deso, Berganza?

Berg. Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecia tal castigo mi buena intencion?

Cip. Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningun caso le toca: y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presuncion de aconsejar á los grandes y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad, y la tratan con menosprecio.

Berg. Tienes razon, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal, la cual tenia en los brazos una perrita destas que llaman de falda, tan pequeña que se pudiera esconder en el seno, la cual cuando me vió, saltó de los brazos de su señora, y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí: si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes. Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen más que ellos.

Cip. Una muestra y señal desa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte ó otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor, porque en efecto no son de más quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores: la virtud y el buen entendimiento siempre es una, y siempre es uno; desnudo ó vestido, solo ó acompañado no ha menester apoyos ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades le desanimen; bien es verdad que puede padecer acerca de la estimacion de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mia para contarte mi vida.

Berg. Sea así, y mira que acudas á este mismo puesto, que yo fío en el cielo que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo.

EL LICENCIADO VIDRIERA.

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tórmes, hallaron en ellas debajo de un árbol durmiendo á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador: mandaron á un criado que le despertase: despertó, y preguntáronle de dónde era y qué hacia durmiendo en aquella soledad; á lo cual el muchacho respondió, que el nombre de su tierra se le habia olvidado, y que iba á la ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir, por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir tambien.

—Desa manera, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria.

—Sea por lo que fuere, respondió el muchacho, que ni el della, ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella.

—Pues, ¿de qué suerte los piensas honrar? preguntó el caballero.

—Con mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oido decir que de los hombres se hacen los obispos. Esta respuesta movió á los dos caballeros á que le recebiesen y llevasen consigo, como lo hicieron; dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad á los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre y por el vestido, que debia de ser hijo de algun labrador pobre. A pocos dias le vistieron de negro, y á pocas semanas dió Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que con no faltar un punto á sus estudios, parecia que solo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor á tratarle bien, ya Tomás no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fué de leyes; pero en lo que más se mostraba era en letras humanas: y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era ménos famoso por él que por ella. Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fuéron á su lugar, que era una de las mejores ciudades de Andalucía: lleváronse consigo á Tomás, y estuvo con ellos algunos

dias; pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió á sus amos licencia para volverse. Ellos corteses y liberales se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga (que esta era la patria de sus señores), y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentil hombre, á caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados tambien á caballo. Juntóse con él, y supo como llevaba su mismo viaje : hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y á pocos lances dió Tomás muestras de su raro ingenio, y el caballero las dió de su bizarría y cortesano trato; y dijo que era capitan de infantería por su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca : alabó la vida de la soldadesca, pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías : dibujóle dulce y puntualmente el aconcha patron, pasa acá manigoldo, venga la macarela, li polastri, é li macarroni : puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frio de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolucion tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discrecion de nuestro Tomás Rodaja comenzó á titubear, y la voluntad á aficionarse á aquella vida que tan cerca tiene la muerte. El capitan, que D. Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él á Italia, siquiera por curiosidad de verla, que él le ofrecia su mesa, y aun si fuese necesario su bandera, porque su alférez la habia de dejar presto. Poco fué menester para que Tomás aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso, de que sería bueno ver á Italia y Flándes, y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos, y que en esto á lo más largo podia gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos que impidiesen volver á sus estudios : y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitan que era contento de irse con él á Italia; pero habia de ser con condicion que no se habia de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse á seguir su bandera. Y aunque el capitan le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansí gozaria de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese.

—Eso sería, dijo Tomás, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitan, y así más quiero ir suelto que obligado.

—Conciencia tan escrupulosa, dijo D. Diego, más es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas. Llegaron aquella noche á Antequera, y en pocos dias y grandes jornadas se pusieron donde estaba la

compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que les venian á mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecia. Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose á lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenia los redujo á unas Horas de Nuestra Señora, y un Garcilaso sin comento, que en las dos faldriqueras llevaba. Llegaron más presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada dia se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó tambien Tomás Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de Leon, que tuvieron dos : que la una los echó en Córcega, y la otra los volvió á Tolon, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, despues de haber visitado una iglesia, dió el capitan con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente gaudeamus. Allí conocieron la suavidad del treviano, el valor del monte frascon, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vínos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa : ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia y de Descargamaria. Finalmente, más vínos nombró el huésped, y más les dió que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiráronle tambien al buen Tomás los rubios cabellos de las genovesas, y la gentileza y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las compañías que habian de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra á Roma y á Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia, y por Loreto á Milan y al piamonte, donde dijo D. Diego de Valdivia que le hallaria, si ya no los hubiesen llevado á Flándes, segun se decia. Despidióse Tomás del capitan de allí á dos dias, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles. Contentóle

Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco rio y apacibles calles : estuvo en ella cuatro dias, y luego se partió á Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del leon se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo rio, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura : por sus puentes, que parece que se están mirando unas á otras, y por sus calles que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo : la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba ménos la division de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó tambien la autoridad del colegio de los cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la estacion de las siete iglesias, y confesádose con un penitenciero y besado el pié á su Santidad, lleno de *agnusdei* y cuentas determinó irse á Nápoles, y por ser tiempo de mutacion, malo y dañoso para todos los que en él entran ó salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fué por mar á Nápoles, donde á la admiracion que traia de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Nápoles, ciudad á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde allí se fué á Sicilia, y vió á Palermo, y despues á Mesina : de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse á Nápoles y á Roma, y de allí fué á Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas y retratos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habian recebido de la mano de Dios por intercesion de su divina Madre, que aquella sacrosanta imágen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia, que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas. Desde allí, embarcándose en Ancona, fué á Venecia, ciudad, que á no haber nacido Colon en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua : la de Europa admiracion del mundo antiguo, la de América espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugna-

ble, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso viajero en Venecia, pues casi le hacian olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió á Milan, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad en fin de quien se dice, que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias. Desde allí se fué á Aste, y llegó á tiempo que otro dia marchaba el tercio á Flándes. Fué muy bien recebido de su amigo el capitan, y en su compañía y camarada pasó á Flándes, y llegó á Ambéres, ciudad no ménos para maravillar que las que habia visto en Italia. Vió á Gante y á Brusélas, y vió que todo el país se disponia á tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente; y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que habia visto, determinó volverse á España y á Salamanca á acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó al tiempo del despedirse le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo ansí como lo pedia, y por Francia volvió á España sin haber visto á Paris, por estar puesta en armas. En fin llegó á Salamanca, donde fué bien recebido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego á la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademecum* que no la visitase. Dijéronle á Tomás que aquella dama decia que habia estado en Italia y en Flándes, y por ver si la conocia fué á visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás; y él sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros no queria entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como él atendia más á sus libros que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondia al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada y á su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos á su parecer más eficaces, y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos; y así aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomás unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla, como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas ó comidas amatorias se llaman veneficas, porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones. Comió en tan mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó á herir de pié y de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamu-

da, que un membrillo que habia comido le habia muerto, y declaró quién se lo habia dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fué á buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se habia puesto en cobro, y no pareció jamás. Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos; y aunque le hicieron los remedios posibles, solo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero nó la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entónces se habia visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginacion, cuando alguno se llegaba á él, daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen porque le quebrarian, que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de piés á cabeza. Para sacarle desta extraña imaginacion, muchos, sin atender á sus voces y rogativas, arremetieron á él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvia en sí en cuatro horas, y cuando volvia era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decia que le hablasen desde léjos y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les responderia con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y nó de carne; que el vidrio por ser de materia sutil y delicada, obra por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decia, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiracion á los más letrados de la universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sugeto donde se contenia tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza. Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodon: no quiso zapatos en ninguna manera, y el órden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen, fué poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponian alguna cosa de fruta de las que la sazon del tiempo les ofrecia: carne ni pescado no lo queria; no bebia sino en fuente ó en rio, y esto con las manos: cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase: los veranos dormia en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podian tener los hombres de vidrio: cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salia al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad; tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo, pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedia, que era le dejasen andar

libre, y así le dejaron, y él salió por la ciudad causando admiracion y lástima á todos los que le conocian. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenia y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase, que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la más traviesa generacion del mundo, á despecho de sus ruegos y voces le comenzaron á tirar trapos y aun piedras, por ver si era de vidrio como él decia; pero él daba tantas voces y hacia tales extremos, que movia á los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos porque no le tirasen. Mas un dia, que le fatigaron mucho, se volvió á ellos diciendo:

—¿Qué me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo por ventura el monte Testacho de Roma para que me tireis tantos tiestos y tejas? Por oirle reñir y responder á todos, le seguian siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido ántes oille que tiralle. Pasando pues una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:

—En mi ánima, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré que no puedo llorar? Él se volvió á ella, y muy mesurado le dijo:

—*Filiæ Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros.* Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole:

—Hermano licenciado Vidriera (que así decia él que se llamaba), más teneis de bellaco que de loco.

—No se me da un ardite, respondió él, como no tenga nada de necio. Pasando un dia por la casa llana y venta comun, vió que estaban á la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el meson del infierno. Preguntóle uno, que qué consejo ó consuelo daria á un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le habia ido con otro. A lo cual respondió:

—Díle que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo.

—Luego ¿nó irá á buscarla? dijo el otro.

—Ni por pienso, replicó Vidriera, porque sería el hallarla hallar un perpétuo y verdadero testigo de su deshonra.

—Ya que eso sea así, dijo el mismo, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer? Respondióle:

—Dale lo que hubiere menester; déjala que mande á todos los de tu casa, pero no sufras que ella te mande á tí. Díjole un muchacho:

—Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces. Y respondióle:

—Advierte, niño, que los azotes que los padres dan á los hijos honran, y los del verdugo afrentan. Estando á la puerta de una iglesia, vió que entraba un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás venía uno que no estaba en tan buena opinion como el primero, y el Licenciado dió grandes voces al labrador, diciendo: Esperad, Domingo, á que pase el sábado. De los maestros de escuela decia que eran dichosos, pues trataban siempre con án-

geles dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó, que qué le parecia de las alcahuetas. Respondió que nó lo eran las apartadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos, se extendieron por toda Castilla, y llegando á noticia de un príncipe ó señor que estaba en la córte, quiso enviar por él, y encargóselo á un caballero amigo suyo que estaba en Salamanca, que se lo enviase, y topándole el caballero un dia, le dijo:

—Sepa el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la córte le quiere ver y envía por él. A lo cual respondió:

—Vuesa mercé me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear. Con todo esto, el caballero le envió á la córte, y para traerle usaron con él desta invencion: pusiéronle en unas argueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó á Valladolid, donde en aquel tiempo estaba la córte; entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que habia enviado por él, de quien fué muy bien recebido, diciéndole:

—Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera: ¿cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud? A lo cual respondió:

—Ningun camino hay malo como se acabe, sino es el que va á la horca: de salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi celebro. Otro dia, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores; pero que advirtiesen, que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados. El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la córte fué conocido en seis dias, y á cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondia á todas las preguntas que le hacian, entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecia que tenia ingenio para todo. A lo cual respondió:

—Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.

—Nó entiendo eso de necio y venturoso, dijo el estudiante; y respondió Vidriera:

—Nó he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno. Preguntóle otro estudiante que en qué estimacion tenia á los poetas. Respondió que á la ciencia en mucha, pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decia aquello. Respondió que del infinito número de poetas que habia, eran tan pocos los buenos, que casi no hacian número; y así como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla. Añadió

más: Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio, que dicen:

Cura ducum fuerunt olim Regumque poetæ:
Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largæ sæpe dabantur opes.

Y ménos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platon intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y tambien dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la ignorancia del mundo? y añadió más: ¿Qué es ver á un poeta destos de la primera impresion, cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: vuesas mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasion hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito? Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melífluo y alfeñicado: si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vuesas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no le he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuesas mercedes le presten más atencion, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues ¿qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante, que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? ¿y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitiales? Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querian, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabian aprovechar de la ocasion que por momentos traian entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenian los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de

marfil, los labios de coral, y la garganta de cristal trasparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas, y más que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producia jazmines y rosas, que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decia de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna. Vió un dia en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban. Arrimóse un dia, con grandísimo tiento porque no se quebrase, á la tienda de un librero, y díjole:

—Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene. Preguntóle el librero se la dijese. Respondióle: Los melindres que hacen, cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos. Acaeció este mismo dia que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregon: Al primero por ladron; dió grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndoles: Apartáos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros: y cuando el pregonero llegó á decir: al trasero, dijo: Aquel por ventura debe de ser el fiador de los muchachos. Un muchacho le dijo:

—Hermano Vidriera, mañana sacan á azotar á una alcahueta. Respondióle:

—Si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaban á azotar un coche. Hallóse allí uno destos que llevan sillas de manos, y díjole:

—De nosotros, Licenciado, ¿nó teneis que decir?

—Nó, respondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor; mas es con esta diferencia, que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas. Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y díjole:

—De nosotros, señor Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república. A lo cual respondió Vidriera:

—La honra del amo descubre la del criado; segun esto: mira á quien sirves, y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la tierra: una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler, tal que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano: todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de cacos, y su es nó es de truhanes: si sus amos (que así llaman ellos á los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen más suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados: sin son extranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan: estos, y los marineros, y carreteros, y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario, y solo para ellos: el carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega; y en decir, háganse á zaga, se les pasa otra muy gran par-

te; y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, más se ayudan de dos pésetes que de tres mulas. Los marineros son gente gentil é inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos: en la bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho, y su pasatiempo ver mareados á los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos, que á trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su música es la del mortero; su salsa la hambre; sus maitines levantarse á dar sus piensos, y sus misas no oir ninguna. Cuando esto decia estaba á la puerta de un boticario, y volviéndose al dueño, le dijo:

—Vuesamerced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

—¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? preguntó el boticario: y respondió Vidriera:

—Esto digo, porque en faltando cualquiera aceite, lo suple el del candil que está más á mano; y aun tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el crédito al más acertado médico del mundo. Preguntándole por qué, respondió que habia boticario que por no atreverse ni osar decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponia otras, que á su parecer tenian la misma virtud y calidad, no siendo así; y con esto la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que habia de obrar la bien ordenada. Preguntóle entónces que qué sentia de los médicos, y respondió esto: *Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus: à Deo enim est omnis medela, et à Rege accipiet donationem: disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudavitur: Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non abhorrevit illam.* Esto dice, dijo, el Eclesiástico, de la medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podria decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa á la república que ellos. El juez nos puede torcer ó dilatar la justicia; el letrado sustentar por su interés nuestra injusta demanda; el mercader chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer algun daño; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno: solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y á pié quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe; y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra: acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne, y nó de vidrio como agora soy, que á un médico destos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de allí á cuatro dias acertó á pasar por la botica donde recetaba el segundo, y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él habia dejado, y que si le habia recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenia una receta de purga que el dia siguiente habia de tomar el enfermo; dijo que se la mostrase, y vió que al fin della estaba escrito: *sumat diluculo*, y dijo: Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque es húmido demasiadamente. Por estas y otras cosas que decia de todos los oficios se

andaban tras él sin hacerle mal y sin dejarle sosegar; pero con todo esto no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Preguntóle uno qué haria para no tener envidia á nadie. Respondióle:

—Duerme; que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias. Otro le preguntó qué remedio tendria para salir con una comision que habia dos años que la pretendia. Y díjole:

—Parte á caballo y á la mira de quien la lleva, y acompáñele hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella. Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comision, que iba de camino á una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo:

—Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la tinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comision. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que en una comision criminal que tuvo dió una sentencia tan exorbitante, que excedia en muchos quilates á la culpa de los delincuentes: preguntéle que por qué habia dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelacion, y que con esto dejaba campo abierto á los señores del consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporcion. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran á él por juez recto y acertado. En la rueda de la mucha gente, que como se ha dicho siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor licenciado, y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron licenciado no tenia ni aun título de bachiller, le dijo:

—Guardáos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redencion de cautivos, que os le llevarán por mostrenco. A lo cual dijo el amigo:

—Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabeis vos que soy hombre de altas y de profundas letras. Respondióle Vidriera:

—Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzais de profundas. Estando una vez arrimado á la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole:

—Sin duda, señor maese, que estais en camino de salvacion.

—¿En qué lo veis? preguntó el sastre.

—¿En qué lo veo? respondió Vidriera: véolo en que pues no teneis que hacer, no tendréis ocasion de mentir; y añadió: desdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas: cosa maravillosa es, que casi en todos los deste oficio apénas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores. De los zapateros decia que jamás hacian conforme á su parecer zapato malo; porque si al que se le calzaba venía estrecho y apretado, le decian que así habia de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas, vendrian más anchos que alpargates; y si le venian anchos, decian que así habian de venir por amor de la gota. Un muchacho agudo, que escribia en un oficio de provincia, le

apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traia nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba, y á todo respondia. Este le dijo una vez:

—Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado á horcar. A lo cual respondió:

—Él hizo bien á darse priesa á morir ántes que el verdugo se sentara sobre él. En la acera de San Francisco estaba un corro de genoveses, y pasando por allí, uno dellos le llamó, diciéndole:

—Lléguese acá el señor Vidriera, y cuéntenos un cuento. Él respondió:

—Nó quiero, porque no me le paseis á Génova. Topó una vez á una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole á la madre:

—Muy bien habeis hecho en empedralla, porque se pueda pasear. De los pasteleros dijo que habia muchos años que jugaban á la dobladilla, sin que les llevasen la pena porque habian hecho el pastel de á dos (*maravedises*) de á cuatro, el de á cuatro de á ocho, y el de á ocho de á medio real, por solo su albedrío y benaplácito. De los titereros decia mil males: decia que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos, volvian la devocion en risa, y que les acontecia envasar en un costal todas ó las más figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas: en resolucion, decia que se maravillaba de cómo quien podia no les ponia perpétuo silencio en sus retablos, ó los desterraba del reino. Acertó á pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe; y en viéndole dijo:

—Yo me acuerdo haber visto á este salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del revés, y con todo esto á cada paso fuera del tablado jura á fe de hijodalgo.

—Débelo de ser, respondió uno, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo.

—Así será verdad, replicó Vidriera; pero lo que ménos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas: tambien sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpétuos gitanos de lugar en lugar, y de meson en venta, desvelándose en contentar á otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio: tienen más, que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercaduría á pública plaza, al juicio y á la vista de todos: el trabajo de los autores es increible, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo esto son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean: decia que habia sido opinion de un amigo suyo, que el que servia á una comedianta, en solo una servia á muchas damas juntas, como era á una reina, á una ninfa, á una diosa, á una fregona, á una pastora, y muchas veces caia la suerte en que sirviese en ella á

un paje y á un lacayo, que todas estas y más figuras suele hacer una farsanta. Preguntóle uno que cuál habia sido el más dichoso del mundo.

—Respondió que *nemo;* porque *nemo novit patrem: nemo sine crimine vivit: nemo sua sorte contentus: nemo ascendit in cœlum.* De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia ó arte, que cuando la habian menester no la sabian, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querian reducir á demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñian las barbas tenia particular enemistad; y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, este dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenia muy teñidas:

—Por istas barbas que teño no rostro: á lo cual acudió Vidriera, y dijo: Olhay, homen, naon digais teño, sino tiño. Otro traia las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta, á quien dijo Vidriera, que tenia las barbas de muladar overo. A otro que traia las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado á que le dijesen que mentia por la mitad de la barba. Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir á la voluntad de sus padres, dió el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche ántes del dia del desposorio se fué, nó al rio Jordan como dicen las viejas, sino á la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba qne la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo á sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habian mostrado, que no queria otro. Ellos le dijeron que aquel que tenia delante era el mismo que le habian mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenia, no era él, y se llamaba á engaño: atúvose á esto, corrióse el teñido, y deshízose el casamiento. Con las dueñas tenia la misma ojeriza que con los escabechados: decia maravillas de su permafoy, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria: amohinábanle sus flaquezas de estómago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con más repulgos que sus tocas, y finalmente su inutilidad y sus vainillas. Uno le dijo:

—¿Qué es esto, señor Licenciado, que os he oido decir mal de muchos oficios, y jamás lo habeis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir? A lo cual respondió:

—Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las más veces engañado. Paréceme á mí que la gramática de los murmuradores, y el la, la, la, de los que cantan, son los escribanos; porque así como no se puede pasar á otras ciencias, si no es por la puerta de la gramática, y como el músico, primero murmura que canta, así los maldicientes por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas, es por decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano, sin el cual andaria la verdad por el

mundo á sombra de tejados, corrida y maltratada; y así dice el Eclesiástico: *In manum Dei potestas hominis est, et super faciem scribæ imponet honorem.* Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y nó esclavos, ni hijos de esclavos; legítimos, nó bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria: que ni amistad ni enemistad, provecho ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿porqué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? Nó lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque finalmente digo que es la gente más necesaria que habia en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, tambien hacian demasiados tuertos, y que destos dos extremos podia resultar un medio que les hiciese mirar por él..... De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda de casa, ó tenerte en la suya en guarda, y comer á tu costa. Tachaba la negligencia é ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos á los médicos, los cuales, que sane ó nó sane el enfermo, ellos llevan su propina: y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan ó nó salgan con el pleito que ayudan. Preguntóle uno cuál era la mejor tierra: Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro:

—Nó pregunto eso, sino que ¿cuál es mejor lugar, Valladolid ó Madrid? Y respondió:

—De Madrid los extremos, de Valladolid los medios.

—Nó lo entiendo, repitió el que se lo preguntaba; y dijo:

—De Madrid cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos. Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro, que así como habia entrado en Valladolid habia caido su mujer muy enferma, porque no la habia probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera:

—Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa. De los músicos y de los correos de á pié, decia que tenian las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del rey. De las damas que llaman cortesanas, decia que todas ó las más tenian más de corteses que de sanas. Estando un dia en una iglesia vió que traían á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño, y á velar á una mujer, todo á un mismo tiempo, y dijo, que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mujeres triunfan. Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por nó quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentia aquella avispa si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debia de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, nó que de vidrio. Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes:

—De ético no se puede mover el padre. Enojóse Vidriera, y dijo:

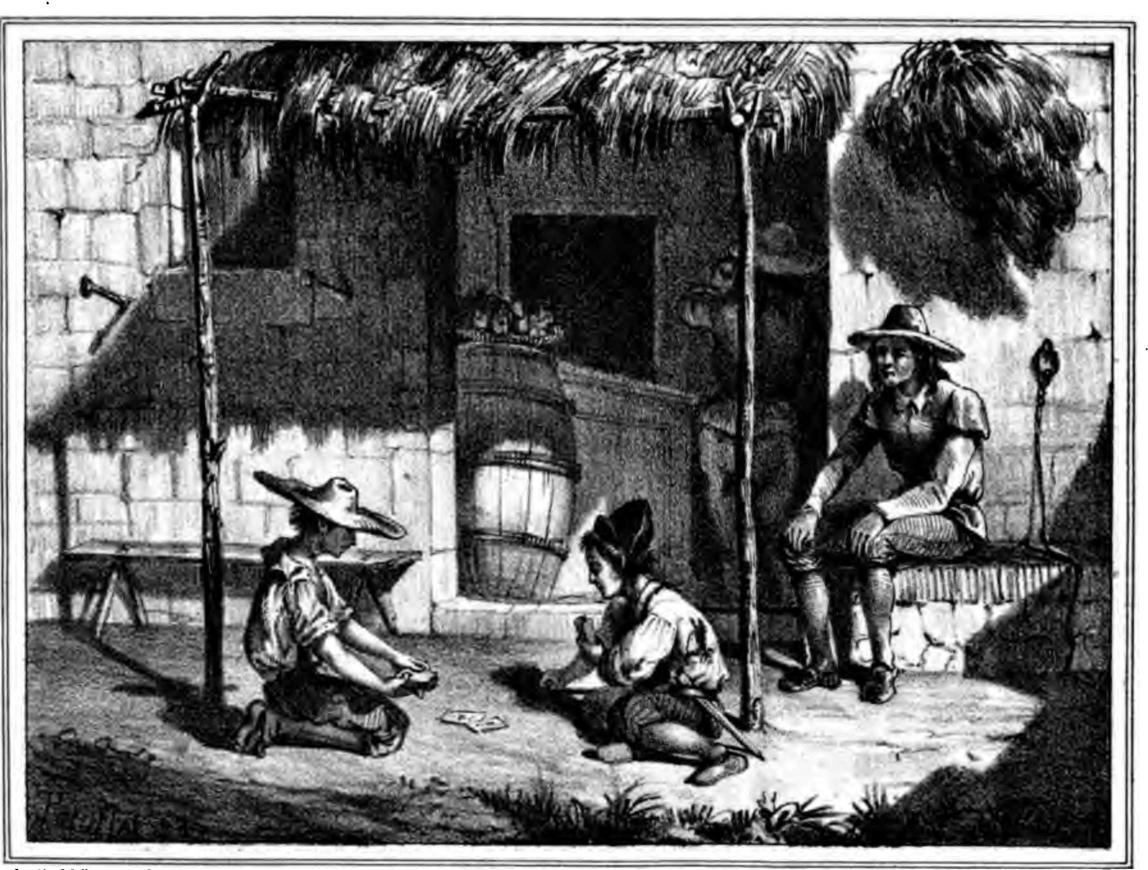
—Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos*

meos ; y subiéndose más en cólera, dijo: que mirasen en ello, y verian que de muchos santos, que de pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitan don fulano, ni el secretario don tal de don tales, ni el conde, marques ó duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan. De los gariteros y tahures decia milagros: decia que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese, y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condicion colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, nó descosia la boca, y sufria lo que un mártir de Barrabás. Alababa tambien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugase otros juegos, que polla y cientos; y con esto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes más barato que los que consentian los juegos de estocada, del reparólo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucion, él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el hábito que traia, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo. Dos años ó poco más duró en esta enfermedad, porque un religioso de la órden de San Jerónimo, que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento y discurso; y así como le vió sano, le vistió como á letrado, y le hizo volver á la córte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo, como las habia dado de loco, podia usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hízolo así, y llamándose el licenciado Rueda, no Rodaja, volvió á la córte, donde apénas hubo entrado, cuando fué conocido de los muchachos; mas cuando le vieron en tan diferente hábito del que solia, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decian unos á otros:

—¿Este no es el loco Vidriera? á fe que es él: ya viene cuerdo, pero tambien puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntémosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto oia el Licenciado, y callaba, y iba más confuso y más corrido que cuando estaba sin juicio. Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y ántes que el Licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí más de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que el de un catedrático, llegó al patio donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. El viéndose con tanta turba á la redonda, alzó la voz, y dijo:

—Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero nó el que solia: soy ahora el licenciado Rueda: sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permision del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dije cuando loco, podeis considerar las que diré cuando cuerdo: yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dió el grado que tengo: aquí he venido á este gran mar de la córte para bogar y ganar la vida, pero si no me dejais, habré venido á bogar y granjear la muerte: por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondia bien de improviso, os responderá mejor de pensado. Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco ménos acompañamiento que habia llevado. Salió otro dia, y fué lo mismo: hizo otro sermon, y no sirvió de nada. Perdia mucho, y nó ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la córte y volverse á Flándes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la córte:

—¡Oh córte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundamente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos! Esto dijo, y se fué á Flándes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas en compañía de su buen amigo el capitan Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.


Lit Abadal Tapineria 32

A pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincon su maestro.



RINCONETE Y CORTADILLO.

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un dia de los calorosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados; capa no la tenian, los calzones eran de lienzo y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traidos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servian de cormas, que de zapatos: traia el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda: á la espalda, y ceñida por los pechos traia uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que á lo que despues pareció, era un cuello de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas: venian en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habian gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle: estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias: el uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros: saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecia de más edad dijo al más pequeño.

—¿De qué tierra es vuesamerced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco.

—Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesamerced del cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella más de un padre que no me

tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesamerced algun oficio? preguntó el grande; y el menor respondió:

—Nó sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristan que le dé á vuesamerced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

—No es mi corte desa manera, respondió el menor, sino que mi padre por la misericordia del cielo es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas. que como vuesamerced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, si no que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las más perdidas, pero aun edad tiene vuesamerced para enmendar su ventura: mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesamerced secretas, y no las quiere manifestar.

—Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesamerced ha muy bien apuntado. A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesamerced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último dia de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de contino pasan: mi nombre es Pedro del Rincon, mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo: algunos dias le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daria ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado más al dinero de las bulas, que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado: vino el que tenia á cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimasen al aldabilla, y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la córte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas

saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traia), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuesamerced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo, y si vuesamerced es versado en este juego, verá cuanta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa: fuera desto aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien tambien llaman el andaboba; que así como vuesamerced se puede examinar en la corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun pájaro destos arrieros que aquí hay, quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, el será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesamerced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciéndola más breve, es esta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra: dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos: y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto; bien es verdad que habrá ocho dias que un espía doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el cual aficionado á mis buenas partes quisiera verme; mas yo que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo ménos de un carro.

—Eso se borre, dijo Rincon, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos.

—Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vuesamerced, señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias; y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia: y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincon su maestro. Salió en esto un arriero á refrescarse al

portal, y pidió que queria hacer tercio: acogiéronle de buena gana, y en ménos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal. A esta sazon pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua más adelante, los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban á Sevilla que se viniesen con ellos.

—Allá vamos, dijo Rincon, y servirémos á vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren: y sin más detenerse saltaron delante de las mulas, y se fuéron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les habia estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les habia oido decir que los naipes que traian eran falsos, se pelaba las barbas, y queria ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decia que era grandísima afrenta y caso de ménos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto Cortado y Rincon se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo más del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasion tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenian grande deseo de verse: con todo esto á la entrada de la ciudad, que fué á la oracion y por la puerta de la Aduana á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traia un frances de la camarada, y así con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol, y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el frances llevaba á las ancas aquella maleta, no la habia de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenian aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrian echado ménos, y puesto en recaudo lo que quedaba. Habíanse despedido ántes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habian sustentado; y otro dia vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto se fuéron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del rio, porque era en tiempo de cargazon de flota, y habia en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aun temer el dia que sus culpas les habian de traer á morar en ellas de por vida: echaron de ver los muchos muchachos en la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquel, y si era de mucho

trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y de que algunos dias salia con cinco y con seis reales de ganancia, de que comia y bebia, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallába en el más mínimo bodegon de toda la ciudad, en la cual habia tantos y tan buenos. No les pareció mal á los dos amigos la relacion del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podian usar sin exámen: y preguntándole al asturiano qué habian de comprár, les respondió que sendos costales pequeños, limpios, ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartia la carne, pescado y fruta, en el costal el pan, y él les guió donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del frances lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio segun les ensayaban las esportillas, y asentaban los costales; avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir; por las mañanas á la carnicería y á la plaza de San Salvador, los dias de pescado á la Pescadería y á la Costanilla, todas las tardes al rio, los jueves á la feria.

Toda esta leccion tomaron bien de memoria, y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apénas hubieron llegado, cuando les rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondian con discrecion y mesura: en esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecia estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincon.

—En nombre sea de Dios, dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio, dijo Rincon, que vuesamerced me estrena, señor mio. A lo cual respondió el soldado:

—La estrena no será mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesamerced á su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad. Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si queria servir, que él le sacaria de aquel abatido oficio: á lo cual respondió Rincon que por ser aquel el dia primero que le usaba, no le queria dejar tan presto hasta ver á lo ménos lo que tenia de malo ó bueno; y cuando nó le contentase, él daba su palabra de servirle á él, y ántes que á un canónigo: rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincon prometió fidelidad y buen trato: dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque tambien desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo,

conviene á saber, albures, ó sardinas, ó acedías, bien podian tomar algunas, y hacerlas la salva, siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que cómo le habia ido. Rincon abrió la mano y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

—Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más; tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder: y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado le dijo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese si la habia tomado en el entretanto que con él habia andado comprando. A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa, es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesamerced la puso á mal recaudo.

—Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron.

—Lo mismo digo yo, dijo Cortado: pero para todo hay remedio, sino es para la muerte, y el que vuesamerced podrá tomar es lo primero y principal tener paciencia, que de ménos nos hizo Dios, y un dia viene tras otro dia, y donde las dan las toman, y podria ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuesamerced sahumada.

—El sahumerio le perdonaríamos, respondió el estudiante, y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más que cartas de descomunion hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesamerced tiene alguna órden sacra, parecermeia á mí que habia cometido algun grande incesto ó sacrilegio.

—Y ¿cómo que ha cometido sacrilegio? dijo á esto adolorido el estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote sino sacristan de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma, dijo Rincon á este punto, no le arriendo la ganancia, dia de juicio hay donde todo saldrá, como dicen, en la colada, y entónces se verá quien fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía: y ¿cuánto renta cada año, dígame señor sacristan, por su vida?

—Renta la puta que me parió; y ¡estoy yo agora para decir lo que renta! respondió el sacristan con algun tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabeis algo, sino quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar.

—Nó me parece mal remedio ese, dijo Cortado, pero advierta vuesamerced

no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en dias del mundo, y esto le doy por hado.

—Nó hay que temer deso, respondió el sacristan, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo; sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que llovia de su rostro como de alquitara; y apénas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo: y habiéndose ido el sacristan, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razon que comenzase, que el pobre sacristan estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decia, hacía que le repitiese la razon dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos: el sacristan le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras: este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traia entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le habia tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos dias. Con esto se consoló algo el sacristan, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincon, que todo lo habia visto un poco apartado dél, y más abajo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que habia pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincon; y llegándose á ellos les dijo:

—Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada, ó nó?

—Nó entendemos esa razon, señor galan, respondió Rincon.

—¿Qué, no entrevan, señores murcios? respondió el otro:

—Nó somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

—¿Nó lo entienden? dijo el mozo, pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores, ¿si son vuesas mercedes ladrones? mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galan? dijo Rincon.

—Si no se paga, respondió el mozo, á lo ménos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo, á darle la obediencia, ó si no nó se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y aquí si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así puede vuesamerced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya

yo tengo barruntos segun lo que he oido decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

—Y ¿cómo que es calificado, hábil y suficiente? respondió el mozo : eslo tanto, que en cuatro años que há que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

—En verdad, señor, dijo Rincon, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que así les conviene saberlos como el pan de la boca : y así les fué diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincon á su guia :

—¿Es vuesamerced por ventura ladron?

—Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque nó de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado :

—Cosa nueva es para mí, que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo cual respondió el mozo :

—Señor, yo no me meto en teología ; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la órden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados.

—Sin duda, dijo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios.

—Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imágen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados dieron tres ansias á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuimos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo : y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo ántes que me lo pregunten : sepan voacedes que cuatrero es ladron de bestias : ansia es el tormento : roznos los asnos, hablando con perdon : primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo : tenemos más, que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia del viérnes, ni tenemos conversacion con mujer que se llame María, el dia del sábado.

—De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesamerced, ¿hácese otra restitucion, ó otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede

restituir nada; cuanto más, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunion, jamás llegan á nuestra noticia, porque jamás vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con solo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo: ¿nó es peor ser hereje, ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico?

—Sodomita querrá decir vuesamerced, respondió Rincon.

—Eso digo, dijo el mozo.

—Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesamerced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa: vuesasmercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea, dijo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia; y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guia les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecia que vertia carmin de lo más fino: al un lado estaba un banco de tres piés, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima no ménos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada á la pared una imágen de nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendia una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad. Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio: no tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta con antojos que los hacian graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos: tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita con grandísima devocion, se puso de rodillas ante la imágen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolucion en

poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios : llegaron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina : los cuales así como entraron, pusieron los ojos al través en Rincon y Cortado á modo de que los extrañaban y no conocian, y llegándose á ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincon respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazon y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía; parecia de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos : venía en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque, tanto era el vello que tenia en el pecho : traia cubierta una capa de bayeta casi hasta los piés, en los cuales traia unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos, el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecian, pero los piés eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guia de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole :

—Estos son los dos buenos mancebos que á vuesamerced dije, mi señor Monipodio; vuesamerced los desamine y verá como son dignos de entrar en nuestra congregacion.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio. Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban, le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincon respondió :

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesamerced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recibir algun hábito honroso. A lo cual respondió Monipodio :

—Vos, hijo mio, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas : fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ó le azotaron, ú otra cosa semejante, que por lo ménos suena mal á los buenos oidos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encu-

bierto, y solo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincon dijo el suyo, y Cortado tambien. Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llameis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por via de naufragio : y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detrás le van dando voces : al ladron, al ladron, deténganle, deténganle, uno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo : déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado; son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren así en la trena como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vuesamerced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aun gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, darémos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesamerced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace con popa y soledad, como tambien apuntó vuesamerced en sus razones.

—Así se hará, ó nó quedará de mí pedazo, replicó Monipodio; y llamando á la guia, le dijo: Ven acá, Ganchuelo, ¿están puestas las postas?

—Sí, dijo la guia, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo pues á nuestro propósito, dijo Monipodio, querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad.

—Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villano; entiéndeseme el reten: tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por piés el raspadillo, berrugeta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al más pintado, mejor que dos reales prestados.

—Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y solo sirven para

alguno que sea tan blanco que se deje matar de media noche abajo ; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones , yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso , y aun quizá maestro.

—Todo se hará para servir á vuesamerced y á los señores cofrades, respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabeis? preguntó Monipodio.

—Yo , respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿ Sabeis más ? dijo Monipodio.

—Nó , por mis grandes pecados, respondió Cortadillo.

—No os aflijais, hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegaréis, ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere ; y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir , respondió Rinconete, sino muy bien? ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio.

—Está bien, replicó Monipodio; pero querria yo que tambien le tuviésedes para sufrir si fuese menester media docena de ansias, sin desplegar los labios, y sin decir esta boca es mia.

—Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimos, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese más letras un nó que un sí.

—Alto, no es menester más, dijo á esta sazon Monipodio: digo que solo esta razon me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

—Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecia todo: él respondió que por dallos contento á todos desde aquel punto se las concedia, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene á saber, no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás con palabras muy comedidas las agradecieron mucho. Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nues-

tro daño: sosiéguense, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí, dijo el de la guia.

—Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es, dijo la guia, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—Nó hay levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año: tornó á jurar el mozo que no sabía della; comenzóse á encolerizar Monipodio de manera, que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo: Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra órden, que le costará la vida: manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil: tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa, ni vístola de sus ojos; todo lo cual fué poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas. Viendo Rinconete pues tanta disension y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristan, y dijo:

—Cese toda cuestion, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura: luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfaccion deste servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristan pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refran que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entera, tu dés una pierna della; más disimula este buen alguacil en un dia, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y de desvergüenza: señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa

llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fuéron con los brazos abiertos la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traia una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia: ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traian algo con que mojar la canal maestra.

—Pues ¿habia de faltar, diestro mio? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa: no tardará mucho á venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido; y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana. Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio; y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera se trataria de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que habia rezado á la imágen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos dias há que me trae loca, y más, que ántes que sea medio dia tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á nuestra Señora de las Aguas, y al santo Crucifijo de santo Agustin, que no lo dejaria de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos angelicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si teneis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino.

—Y ¿qué tal lo beberéis, madre mia? dijo á esta sazon la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa: y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

—Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al

estómago, y acabó diciendo: De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado:

—Nó hará, madre, respondió Monipodio, porque es trasañejo.

—Así lo espero yo en la Vírgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenia de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

—Yo sí tengo, señora Pipota, que este era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa, tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor S. Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor S. Blas, que son mis abogados: quisiera que pusiera otra á la señora Sta. Lucía (que por lo de los ojos tambien la tengo devocion), pero no tengo trocado, mas otro dia habrá donde se cumpla con todo.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí ántes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas.

—Bien dice la madre Pipota, dijo la Escalanta, y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles:

—Holgáos, hijos, ahora que teneis tiempo; que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdísteis en la mocedad como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia; y con esto se fué. Ida la vieja, se sentaron todos al rededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de Flándes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul: serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fué Rinconete, que sacó su media espada: á los dos viejos de bayeta y á la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apénas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta: mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama? Respondieron de fuera:

—Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio: Tagarote soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote

que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con ménos estruendo y ruido: él dijo que así lo haria. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio: venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Ganančiosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronla agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces:

—La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso é incorregible.

—Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazon Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; díme si has habido algo con tu respeto; que si así es, y quieres venganza, no has menester más que boquear.

—¿Qué respeto? respondió Juliana: respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres; ¿con aquel habia yo de comer más pan á manteles, ni yacer en uno? primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis; y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales: desta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que á la madre que le parió: y ¿porqué pensais que lo ha hecho? montas que le dí yo ocasion para ello: nó por cierto, no lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinte y cuatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podria tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta: de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais: aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban. La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; porque quiero, dijo, que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entónces nos adoran; si nó, confiésame una verdad por tu vida: despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una? respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos despues de haberme molido.

—Nó hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de pena de ver cuál te habia puesto, que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, si no viene á buscarte ántes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: ¿las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer?

—¡Ay! dijo á esta sazon la Juliana, no diga vuesamerced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero más que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle.

—Eso nó harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en tí como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que ántes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue.

—Eso sí, dijo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle.

—Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que despues todo se andará. Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor, y así todos volvieron á su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero: los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quiries: los viejos pidieron licencia para irse, diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenian bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que ¿de qué servian en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados? á lo cual respondió Monipodio que aquellos en su germanía y manera de hablar se llamaban avispones, y que servian de andar de dia por toda la ciudad, avispando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la contratacion ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponian; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y deseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada: en resolucion dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada dia oian misa con extraña devocion:

y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho ménos de lo que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son palanquines, los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles nó.

—Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo:

—Nó le abra vuesamerced, señor Monipodio, nó le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña. No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: Quítenmelo de delante á ese gesto de por demás, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas. Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que en todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decia desde afuera:

—Nó haya más, enojada mia; por tu vida que te sosiegues, ansí te veas casada.

—¿Casada yo, malino? respondió la Cariharta; mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y ántes lo sería yo con una notomía de muerte, que contigo.

—Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaida que la caida; humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

—Y aun de cenar le daria yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo? dijo Repolido; por Dios, que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda. A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá, nó por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces: ¡ah Juliana, ah niña, ah Cariharta mia! sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas.

—Como él eso haga, dijo la Escalanta, todos serémos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por via de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguízarros; mas si es por via de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero

un clavo me hincaré por la frente en su servicio. Riéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacian burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera: Cualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho. Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal, si no lo remediaba; y así poniéndose luego en medio dellos, dijo:

—Nó pasen más adelante, caballeros, cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer.

—Tambien tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien si fuere menester sabrémos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada ménos hará el hombre que sea lo dicho dicho; y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera. Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojado, y es un Júdas Macarelo en esto de la valentía? vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos; y cerrando con él le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse, ó si nó, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haria; el cual viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—Nó hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos. A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se dén las manos de amigos. Diéronselas luego; y la Escalanta quitándose un chapin comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un són, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapin. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas que puestas entre dos dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapin y á la escoba. Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entónces nunca la habian visto. Conociólo Maniferro, y díjoles:

—¿Admíranse de la escoba? pues bien hacen: pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata, no se ha inventado en el mundo: en verdad que oí decir el otro dia á un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni Marion, que subió sobre el delfin, y salió del mar como

si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse, y aun voto á tal, que dice que la inventó un galan desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

—Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete, pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar: y así era la verdad, porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valon,
Tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á los demás diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

—Cántese á lo llano, dijo á esta sazon Repolido, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta. Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo como al cabo de la calle habia asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle. Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en al-

boroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabian qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en mas de volver la centinela á decir que el alcalde se habia pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase alguno: como se habian quedado en el patio Rinconete y Cortadillo pudieron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recien venido, el cual dijo á Monipodio, que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado. Monipodio respondió que aun no sabía lo que se habia hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daria muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce.

—¿Cuál, respondió Chiquiznaque: es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Esa es, dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino ántes de la oracion: lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y ví que le tenia tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruicion.

—Instruccion querrá vuesamerced decir, dijo el caballero, que nó destruicion.

—Eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, dí la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor marca.

—Más quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce: en efeto conmigo no se ha cumplido, como era razon, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que me dejé en señal: beso á vuesas mercedes las manos; y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traia puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y nó ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan.

—Pues ¿á esto llama vuesamerced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor! dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice: Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can.

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito este refran? replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: quien mal quiera á Beltran, mal quiere á su can? y así Beltran es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se dá á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecucion: por eso no hay más sino pagar luego sin apercebimiento de remate.

—Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho: y así voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando.

—Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—Nó dude en esto, dijo Monipodio, más que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que se parezca que de allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho: quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recebió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la ejecucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que solo tomó término de aquella noche. Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y diósele á Rinconete que leyese, porque él nó sabía leer. Abriólo Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA.

La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos: están recebidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

—Nó creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio: pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos.* Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos.* Y más abajo decia:

Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el término seis dias. Secutor, Maniferro.

—Bien podia borrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo? dijo Monipodio.

—Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

—Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no habia cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—Nó, señor, respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes*. Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes, conviene á saber: redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicacion de nibelos, etc.

—¿Qué dice más abajo? dijo Monipodio.

—Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa...*

—Nó se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuatem y esecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun más abajo dice: *clavazon de cuernos.*

—Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos más querria yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo solo una vez, aunque fuese á la madre que me parió.

—El esecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay más, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pié de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más, que ca-

da uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesamerced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntarémos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo, desde la torre del Oro por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos salir cada dia con más de veinte reales en menudos, amen de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes ménos; este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacia, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato. Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreo, Cortadillo bajon, y el dia, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto entró uno de los viejos avispones, y dijo:

—Vengo á decir á vuesas mercedes como agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende.

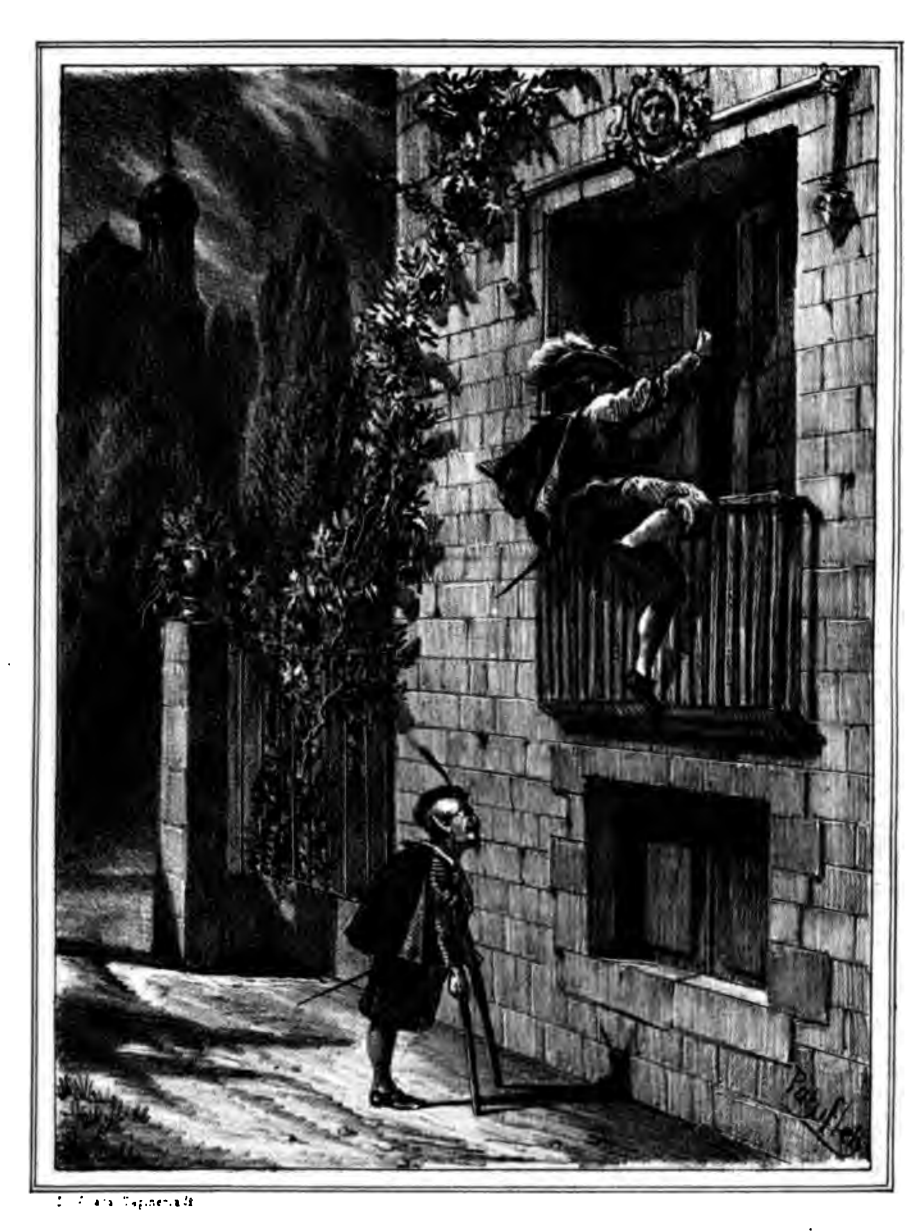
—Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podria venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese judío tambien, dijo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento; dias há que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene más órdenes el ladron, que las que tiene el turco, ni sabe más latin que mi madre: ¿hay más de nuevo?

—Nó, dijo el viejo, á lo ménos que yo sepa.

—Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esa miseria, y

repartió entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que nó faltará nada de lo corrido. Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de Pipota, donde tambien dijo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendicion los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque así convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creia y pensaba, Monipodio habia de leer una licion de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto. Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenia un buen natural, y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio y á los demás de su compañía y bendita comunidad; y más cuando por decir *per modum sufragii*, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya y un tigre de Ocaña, por decir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recebiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios y ofensas de Dios: y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no ménos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que habia leido en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente, exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más larga escritura, y así se deja para otra ocasion contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.



Y se entraron por un balconcillo que á mano derecha tenia la enemiga habitacion.



EL DIABLO COJUELO.

VERDADES SOÑADAS Y NOVELAS DE LA OTRA VIDA,

TRADUCIDAS A ESTA

POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, núm. 20.

LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, núm. 15.

MADRID.

DON A. DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, 9.

DON EMILIO FONT,
calle de Relatores, 12.

EL DIABLO COJUELO.

TRANCO PRIMERO.

Daban en Madrid, por los fines de julio, las once en punto, hora menguada para las calles por falta de la luna, jurisdiccion y término redondo de todo requiebro lechuzo, y patarata de la muerte. El prado de San Jerónimo boqueaba coches en la última jornada de su paseo, y en los baños de Manzanares, los Adanes y las Evas de la córte, fregados más de la arena que limpios del agua, decian el *Ite rio est;* cuando don Cleofas Leandro Perez Zambullo, hidalgo á cuatro vientos, caballero huracan, y encrucijada de apellidos, galan de noviciado, y estudiante de profesion, embarazado con un broquel y una cortadora espada, aprendia á gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venía á los alcances por un estrupo que no lo habia comido ni bebido, que en el pleito de acreedores de una noble doncella al uso estaba graduado en el lugar veintidoseno, pretendiendo que el pobre licenciado escotase solo lo que tantos habian merendado. Y como solicitaba escaparse de él (para uno son sentencia definitiva del cura de la parroquia, y auto que no lo revoca sino el vicario, responso juez de la otra vida), no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho eminente tejado, como si las tuviera, á la burada de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz que por ella escasamente se brujuleaba, estrella de la tormenta que corria, en cuyo desvan puso los piés y la boca á un mismo tiempo, saludándolo como á puerto seguro de tales naufragios y dejando burlados á los ministros del agarro y los honrados pensamientos de doña Tomasa de Bitigudiño, doncella chanflona, que se pasaba de noche como cuarto falso, que para que surtiese efecto su bellaquería habia cometido otro estelionato más con el capitan de los jinetes á gatas que corrian las costas de aquellos tejados en su demanda, y volvian corridos de que se les hubiese escapado aquel saltador bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora mohatrera de doncellazgos, que juraba entre sí tomar satisfaccion de este desaire en otro ino-

cente chapeton de embustes doncelliles, fiada en una venerable madre á quien ella llamaba tia: liga donde habia caido tanto pájaro forastero.

A estas horas el estudiante, no creyendo su buen suceso y deshollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la region donde habia arribado, por las extranjeras extravagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candil de garabato, que se descubria sobre una mesa antigua de cadena, y papeles infinitos, así compuestos y desordenados, escritos de caractéres matemáticos, unas efeméridas abiertas, dos esferas y algunos compases y cuadrantes; ciertas señales de que vivia en el cuarto de más abajo algun astrólogo, dueño de aquella confusa oficina y embustera ciencia; y llegándose don Cleofas curiosamente, como quien profesaba letras y era algo inclinado á aquella profesion, á revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos, que pareciéndole imaginacion ó ilusion de la noche, pasó adelante con atencion papeleando los memoriales de Euclídes y embelecos de Copérnico; escuchando segunda vez repetir el suspiro, entónces, pareciéndole que no era engaño de la fantasía, sino verdad que se habia venido á los oídos, dijo con desgarro y ademan de estudiante valiente:

—¿Quién diablo suspira aquí? Respondióle al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera:

—Yo soy, señor licenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso este astrólogo que vive ahí abajo, porque tambien tiene su punta de la mágica negra y es mi alcaide dos años habrá.

—Luego familiar eres, dijo el estudiante.

—Harto me holgara yo, respondieron de la redoma, que entrara uno de la santa Inquisicion para que, metiéndole á él en otra de cal y canto, me sacara á mí de esta jaula de papagayos de piedra azufre. Pero tú has llegado á tiempo que me puedes rescatar, porque este, á cuyos conjuros estoy asistiendo, me tiene ocioso, sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu más travieso del infierno. Don Cleofas, espumando valor, prerogativa de estudiantes de Alcalá, le dijo:

—¿Eres demonio plebeyo, ó de los de nombre?

—Y de gran nombre, le repitió el vidrio endemoniado, y el más celebrado en entrambos mundos.

—¿Eres Lucifer? le repitió don Cleofas.

—Ese es demonio de dueñas y escuderos, le respondió la voz.

—¿Eres Satanás? prosiguió el estudiante.

—Ese es demonio de sastres y carniceros, volvió la voz á repetir.

—¿Eres Bercebú? volvió á preguntarle don Cleofas, y la voz á responderle:

—Ese es demonio de tahures, amancebados y carreteros.

—¿Eres Barrabás, Belial, Astarot? finalmente le dijo el estudiante.

—Esos son demonios de mayores ocupaciones, respondió la voz; demonio más por menudo soy, aunque me meto en todo; yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la mohatra; yo traje al mundo la zarabanda, el deligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el guiriguirigay, el zampapalo, la mariona, el avilipinta, el pollo, la carretería, el hermano

Bartolo, el carcañal, el guineo y el clorin colorado; yo inventé las pandorgas, las jácaras, las palapatas, los comos, las mortecinas, los títeres, los volatines, los saltambancos, los maesecorrales, y al fin yo me llamo el Diablo Cojuelo.

—Con decir eso, dijo el estudiante, hubiéramos ahorrado lo demás; usted me conozca por su servidor, que há muchos dias que le deseaba conocer. Pero no me dirá, señor Diablo Cojuelo, ¿por qué le pusieron este nombre, á diferencia de los demás, habiendo todos caido desde tan alto, que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido?

—Yo, señor don Cleofas Leandro Perez Zambullo, que ya le sé el suyo, ó los suyos, dijo el Cojuelo, porque hemos sido vecinos, por esa dama que galanteaba y por quien le ha corrido la justicia esta noche y de quien despues le contaré maravillas, me llamo de esta manera porque fuí el primero de los que se levantaron en la rebelion celestial y de los que cayeron y todo; y como los demás dieron sobre mí, me estropearon; y así quedé más que todos señalado de la mano de Dios y de los piés de todos los diablos, y con este sobrenombre; mas no por eso ménos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los países bajos, en cuyas empresas nunca me he quedado atrás, ántes me he adelantado á todos, que camino del infierno tanto anda el cojo como el viento, aunque nunca me he estado más sin reputacion que ahora en poder de este vinagre, á quien por trato me entregaron mis propios compañeros, porque los traia al retortero á todos, como dice el refran de Castilla, y cada momento á los más agudos los daba gato por demonio. Sácame de este Argel de vidrio, que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, á fe de demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas ó malas.

—¿Cómo quieres, dijo don Cleofas mudando la cortesía con la familiaridad de la conversacion, que yo haga lo que tú no puedes, siendo demonio tan mañoso?

—A mí no me es concedido, dijo el espíritu, y á tí sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de esos y haz pedazos esa redoma, que luego en derramándome me verás visible y palpable.

No fué escrupuloso ni perezoso don Cleofas, y ejecutando lo que el espíritu le dijo, hizo con el instrumento astronómico jigote el vaso, inundando la mesa sobredicha en un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal diablillo; y volviendo los ojos al suelo, vió en él un hombrecillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa, y badea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en los colmillos solos, que no tenia más muela ni diente; los desiertos de las encías erizados, los bigotes como si hubiera barbado en Hircania; los pelos de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí, á fuer de los espárragos, legumbre tan enemiga de la compañía, que si no es para venderlos en manojos no se juntan. Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la córte: perdone la malicia de la comparacion.

Asco le dió á don Cleofas la figura, aunque necesitaba de su favor para salir del desvan, ratonera del astrólogo en que habia caido huyendo de los gatos que

le siguieron, salvo el guante á la metáfora, y asiéndole por la mano el Cojuelo y diciéndole:

—Vamos, don Cleofas, que quiero comenzar á pagarte en algo lo que te debo; salieron los dos por la buharda como si los dispararan de un tiro de artillería, no parando de volar hasta hacer pié en el chapitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid, tiempo á que su reloj daba la una; hora que tocaba á recoger el mundo poco á poco al descanso del sueño, treguas que dan los cuidados á la vida, siendo comun el silencio á las fieras y á los hombres; medidas que á todos hace iguales, habiendo una notable priesa á quitarse zapatos y medias, calzones y jubones, basquiñas y berdugados, guardainfantes, polleras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres y mujeres, quedando las humanidades ménos mesuradas, y volviéndose á los primeros originales que comenzaron en el mundo, horros de todas estas ventajas; y engestándose al camarada, el Cojuelo le dijo:

—Don Cleofas, desde esta picota de las nubes, que es el lugar más eminente de Madrid, mal año para Menipo, en los diálogos de Luciano te he de enseñar todo lo más notable que á estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusion fué esotra con ella, segunda de este nombre.

Y levantando á los edificios los techos por arte diabólica lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelon de Madrid, como entónces estaba patentemente, que por el mucho calor estivo estaba con ménos celosías y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fué de capas y gorras.

TRANCO II.

Quedó don Cleofas absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, piés y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo:

—¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Dejadme que me asombre, que entre las grandezas de la Prôvidencia divina no es esta la menor. Entónces el Cojuelo, previniéndole, le dijo:

—Advierte que quiero empezar á enseñarte distintamente en este teatro, donde tantas figuras representan, las más notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primeramente cómo están sentados muchos caballeros y señores á una mesa opulentísima, acabando una media noche, que eso les han quitado á los relojes no más. Don Cleofas le dijo:

—Todas estas caras conozco, pero sus bolsas nó, sino es para servirlas.

—Hanse pasado á los extranjeros, porque las trataban muy mal estos príncipes cristianos, dijo el Cojuelo, y se han quedado con las caponas sin ejercicio.

—Dejémoslos, dijo don Cleofas, que yo aseguro que no se levanten de la

mesa sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido; y pasemos adelante, que á estos magnates los más de los dias les beso yo las manos, y estas caravanas las ando yo las más de las noches, porque he sido dos meses culto vergonzante de la proa de uno de ellos y estoy encurtido de excelencias y señorías, solamente buenas para veneradas.

—Mira allí, prosiguió el Cojuelo, cómo se está quejando de la orina un letrado, tan ancho de barba y tan espeso, que parece que saca un delfin la cola por las almohadas. Allí está pariendo doña Fábula, y don Toribio, su indigno consorte, como si fuera suyo lo que pare, muy oficioso y lastimado, y está el dueño de la obra á pierna suelta en esotro barrio, roncando y descuidado del suceso. Mira aquel preciado de lindo, ó aquel lindo de los más preciados, cómo duerme, con bigoteras torcidas de papel en las guedejas y el copete, sebillo en las manos y guantes descabezados y tanta pasa en el rostro, que pueden hacer colacion en él toda la Cuaresma que viene. Allí más adelante está una vieja, grandísima hechicera, haciendo en un almirez una medicina de drogas restringentes para remendar una doncella sobre su palabra, que se ha de desposar mañana. Y allí en aquel aposentillo estrecho están dos enfermos en dos camas y se han purgado juntos, y sobre quién ha hecho más cursos, como si le hubieran de graduar en la facultad, se han levantado á matar á almohadazos. Vuelve allí, y mira con atencion cómo se está untando un hipócrita á lo moderno para hallarse en una gran junta de brujas que hay entre San Sebastian y Fuenterrabía, y á fe que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio que hace el cabron, porque le dí una bofetada á mano abierta en la antecámara de Lucifer sobre unas palabras mayores que tuvimos, que tambien entre los diablos hay libro del duelo, porque el autor que le compuso es hijo de vecino del infierno. Pero mucho más nos podemos entretener por acá, y más si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcon en casa de aquel extranjero rico con una llave maestra, porque las ganzúas son á lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y media, estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan, que por ser tan grande y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido, determinan abrirle é hinchir las faltriqueras y los calzones y volver otra noche por lo demás; y comenzando á desatarle, saca el tal extranjero, que estaba dentro de él guardando su dinero por no fiarse de nadie, la cabeza, diciendo: Señores ladrones, acá estamos todos, cayéndose espantados, uno á un lado y otro á otro, como resurreccion de aldea, y se vuelven gateando á salir por donde entraron.

—Mejor fuera, dijo don Cleofas, que le hubieran llevado sin desatar en el capullo de su dinero, porque no le sucediera ese desaire, pues que cada extranjero es un talego bautizado, que no sirve de otra cosa en nuestra república y en la suya por nuestra mala maña. Pero ¿quién es aquella abada con camisa de mujer, que no solamente la cama le viene estrecha, sino la casa y Madrid, que hace roncando más ruido que la Bermuda, y al parecer cámaras de tinajas y como jigotes de bóvedas?

—Aquella ha sido cuba de Sahagun, y no profesó, dijo el Cojuelo, sino es

el mundo de ahora, que está para dar un estallido, y todo junto puede ser siendo quien es, que es una bodegonera tan rica, que tiene, á dar rocin por carnero y gato por conejo á los estómagos del vuelo, seis casas en Madrid, y en la puerta de Guadalajara más de veinte mil ducados; y con una capilla que ha hecho para su entierro y dos capellanías que ha fundado, se piensa ir al cielo derecha, que aunque pongan una garrucha en la estrella de Vénus y una alzaprima en las siete Cabrillas, me parece que será imposible que suba allá aquel tonel, y como ha cobrado buena fama, se ha echado á dormir de aquella suerte.

—Aténgome, dijo don Cleofas, á aquel caballero tasajo que tiene el alma en cecina, que he echado de ver que es caballero de un hábito, que le he visto en una ropilla á la cabecera y no es el mayor remiendo que tiene, y duerme enroscado como lamprea empanada, porque la cama es media sotanilla, que le llega á las rodillas no más.

—Aquel, dijo el Cojuelo, es pretendiente y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita. Bien haya aquel tabernero de córte que se quita de esos cuidados y es cura de su vino, que le está bautizando en sus pellejos y las tinajas, y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano, y ántes de mil años espero verle jugar cañas por el nacimiento de algun príncipe.

—¿Qué mucho, dijo don Cleofas, si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna?

—Nó hayas miedo, dijo el Cojuelo, que se vea en eso aquel alquimista que está en aquel sótano con unos fuelles, respirando una hornilla llena de lumbre, sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal y hacer el oro; que há diez años que anda en esta pretension, por haber leido el arte de Reimundo Lulio y los autores químicos que hablan en este mismo imposible.

—La verdad es, dijo don Cleofas, que nadie ha acertado á hacer el oro sino es Dios, y el sol con comision particular suya.

—Eso es cierto, dijo el Cojuelo, pues nosotros no hemos salido con ello. Vuelve allí y acompáñame á reir de aquel marido y mujer, tan amigos de coche, que todo lo que habian de gastar en vestir, calzar y componer su casa lo han empleado en aquel que está sin caballos ahora, y comen, cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido de su reclusion ni aun para las necesidades corporales en cuatro años que há que le compraron, que están encochados como emparedados, siendo tanta la costumbre de no salir de él, que les sirve el coche de conchas como á la tortuga y al galápago, que en sacando cualquiera de ellos la cabeza fuera de él, la vuelven á meter luego, como quien la tiene fuera de su natural, y se resfrian y acatarran en sacando pié, pierna ó mano de esta estrecha region, y pienso que quieren ahora labrar un desvan en él para ensancharse y alquilarle á otros dos vecinos, tan inclinados á coche, que se contentarán con vivir en el caballete de él.

—Esos, dijo don Cleofas, se han de ir al infierno en coche y en alma.

—No es penitencia para ménos, respondió el Cojuelo; diferentemente le su-

cede á esotro pobre y casado, que vive en esotra casa más adelante, que despues de no haber podido dormir desde que se acostó, con un órgano al oído de niños, tiples, contraltos, terceruelas y otros mil guisados de voces que han inventado para llorar, aunque se iba á trasponer un poco, le ha tocado á rebato un mal de madre de su mujer, tan terrible, que no ha dejado ruda en la vecindad, lana ni papel quemado, escudilla untada con ajo, ligaduras, bebidas, humazos y trecientas cosas más, y á él le ha dado de andar en camisa un dolor de ijada con que imagino que se ha de desquitar del dolor de madre de su mujer.

—Nó están tan despiertos en aquella casa, dijo don Cleofas, donde está echando una escala aquel caballero, que al parecer da asalto al cuarto y la honra del que vive en él, que no es buena señal habiendo escaleras dentro querer entrar por las de afuera.

—Allí, dijo el Cojuelo, vive un caballero viejo y rico que tiene una hija muy hermosa y doncella, y rabia por dejarlo de ser con un marques, que es el que da la escalada, que dice que se ha de casar con ella, que es papel que ha hecho con otras diez ó doce y lo ha representado mal; pero esta noche no conseguirá lo que desea, porque viene un alcalde de ronda, y es muy antigua costumbre de nosotros ser muy regatones en los gustos; y como dice vuestro refran, si la podemos dar roma, no la damos aguileña.

—¿Qué voces, dijo don Cleofas, son las que dan en esotra casa más adelante, que parece que pregonan algun demonio que se ha perdido?

—Nó seré yo, que me he rescatado, dijo el Cojuelo, sino es que me llamen á pregones del infierno por el quebrantamiento de la redoma; pero aquel es un garitero que ha dado esta noche ciento y cincuenta barajas y se ha endiablado de cólera porque no le han pagado ninguna y se van los actores y los reos con las costas en el cuerpo tras una pendencia de barato sobre uno que juzgó mal una suerte, y lo mete en paz aquella música que dan á cuatro voces en esotra calle unos criados de un señor á una mujer de un sastre que ha jurado que los ha de coser á puñaladas.

—Si yo fuera el marido, dijo don Cleofas, más los tuviera por gatos que por músicos.

—Ahora te parecerán galgos, dijo el Cojuelo, porque otro competidor de la sastra, con una gavilla de seis ó siete, vienen sacando las espadas, y los orfeos de la música, reparando la primera invasion con las guitarras, hacen una fuga de cuatro ó cinco calles. Pero vuelve allí los ojos, verás como se vá desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la noche, tan caballero de milagro en las tripas como en todas las demás facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo, y las narices de carátula, chato, y unos bigotes postizos, lampiño, y un brazo de para, estropeado, que pudiera irse más camino de la sepultura que de la cama. En esotra casa más arriba está durmiendo un mentiroso con una notable pesadilla, porque sueña que dice verdad. Allí un vizconde, entre sueños, está muy vano, porque ha regateado la excelencia á un grande. Allí está muriendo un fullero y ayudándole á bien morir un testigo falso, y por darle la bula de la Cruzada le da una baraja de naipes, porque muera como vivió; y él,

boqueando, por decir Jesus, ha dicho flux. Allí más arriba un boticario está mezclando la piedra bezar con los polvos de sen. Allí sacan un médico de su casa para una apoplejía que le ha dado á un obispo. Allí llevan aquella comadre para partear á una preñada de medio ojo, que ha tenido dicha en darle los dolores á estas horas. Allí doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta á otro, que á estas horas le oye de amor.

—Déjame, dijo don Cleofas, bajaré sobre ella á matarla á coces.

—Para estas ocasiones se hizo el tate, tate, dijo el Cojuelo, que no es salto para de burlas, y te espantas de pocas cosas, que sin este enamorado morciélago hay otros ochenta, para quien tiene repartidas las horas del dia y de la noche.

—Por vida del mundo, dijo don Cleofas, que la tenia por una santa.

—Nunca te creas de ligero, le replicó el diablillo, y vuelve los ojos á mi astrólogo y verás con las pulgas é inquietud que duerme; debe de haber sentido pasos en su desvan, y recela algun detrimento en su redoma. Consuélese con su vecino, que miéntras está roncando á más y mejor, le están sacando su mujer, como muela sin sentirlo, aquellos dos soldados.

—Del mal lo ménos, dijo don Cleofas, que yo sé del marido hecho durmiente que dirá cuando despierto lo mismo.

—Mira allí, prosiguió el Cojuelo, aquel barbero, que soñando se ha levantado y echado unas ventosas á su mujer y la ha quemado con las estopas las tablas de los muslos, y ella dá gritos, y él, despertando, la consuela, diciendo que aquella diligencia es bueno que esté hecha para cuando fuere menester. Vuelve allí los ojos á aquella cuadrilla de sastres que están acabando unas vistas para un tonto que se casa á ciegas, que es lo mismo que por relacion, con una doncella tarasca, fea, pobre y necia, y le han hecho creer al contrario con un retrato que le trajo un casamentero, que á estas horas se está levantando con un pleiteante que vive pared en medio de él, el uno á casar ministros, y el otro á casar todo el género humano, que solamente tú, por estar tan alto, estás seguro de este demonio, que en algun modo lo es más que yo. Vuelve los ojos y mira á aquel cazador mentecato de gallo, que está ensillando su rocin ahora á estas horas y está poniendo la escopeta debajo del caparazon, y deja de dormir de aquí á las nueve de la mañana por ir á matar un conejo, que le costaria ménos aunque le comprara en la despensa de Júdas. Y al mismo tiempo advierte cómo á la puerta de aquel rico avariento echan un niño, que por partes de su padre puede pretender la beca del Antecristo, y él, en grado de apelacion, da con él en casa de un señor que vive junto á la suya, que tiene talle de comérselo ántes que criarlo, porque há dias que su despensa espera el domingo de casi racion. Pero ya el dia no nos deja pasar adelante, que el aguardiente y el letuario son sus primeros crepúsculos, y viene el sol haciendo cosquillas á las estrellas que están jugando á salga la parida y dorando la píldora del mundo, tocando al arma á tantas bolsas y talegos y dando rebato á tantas ollas, sartenes y cazuelas, y no quiero que se valga de mi industria para ver los secretos que le negó la noche; cuéstele brujulearlo por resquicios, claraboyas y chimeneas, y volviendo á poner la tapa al pastelon, se bajaron á las calles.

TRANCO III.

Ya comenzaban en el puchero humano de la córte á hervir hombres y mujeres, unos hácia arriba y otros hácia abajo y otros de través, haciendo un cruzado al són de su misma confusion, y el piélago racional de Madrid á sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del dia, cada uno con designio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos á los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubria una brizna de verdad por un ojo de la cara; y don Cleofas iba siguiendo á su camarada, que le habia metido por una calle algo angosta, llena de espejos por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos, mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, brazos y manos, haciéndose cocos á ellos mismos. Preguntóle don Cleofas qué calle era aquella, que le parecia que no la habia visto en Madrid.

—Es, respondió el Cojuelo, que esta se llama la calle de los Gestos, que solamente saben á ella estas figuras de la baraja de la córte, que vienen aquí á tomar el gesto con que han de andar aquel dia, y salen con perlesía de lindeza, unos con boquita de raton, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dos dedos de las manos, índice y meñique, levantados, y esotros de *Gloria Patri*. Pero salgamos muy de priesa de aquí, que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas, que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy.

Con esto se salieron de esta calle á una plazuela, donde habia gran concurso de viejas, que habian sido damas cortesanas, y mozas, que entraban á ser lo que ellas habian sido, en grande contratacion unas con otras. Preguntó el estudiante á su camarada qué sitio era aquel, que tampoco le habia visto. Y él le respondió:

—Este es el baratillo de los apellidos, que aquellas damas pasas truecan con estas mozas albillas por medias traidas, por zapatos viejos, valonas, tocas y ligas, como ya no las han menester, que el Guzman, el Mendoza, el Enriquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Giron, el Toledo, el Pacheco, el Córdoba, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragon, el Guevara y otros generosos apellidos los ceden á quien los ha menester ahora para el oficio que comienza y se quedan con sus patronímicos primeros de Hernandez, Martinez, Lopez, Rodriguez, Perez, Gonzalez, etc.; porque al fin de los años mil vuelven los nombres por donde solian ir.

—Cada dia, dijo el estudiante, hay cosas nuevas en la córte. Y á mano izquierda entraron á otra plazuela al modo de la de los Herradores, donde se alquilaban tias, hermanos, primos y maridos, como lacayos y escuderos para damas de achaque que quieren pasar en la córte con buen nombre y encarecer su merca-

dería. A la mano derecha de este seminario andante estaba un grande edificio, á manera de templo sin altar, y en medio de él una pila grande de piedra, llena de libros de caballerías y novelas, y al rededor muchos muchachos desde diez á diez y siete años y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada uno y cada una con su padrino al lado, y don Cleofas le preguntó á su compañero que le dijese qué era aquello, que todo le parecia que lo habia soñado. El Cojuelo le dijo:

—Algo tiene de eso este fantástico aparato; pero esta es, don Cleofas, en efecto la pila de los dones, y aquí se bautizan los que vienen á la córte sin él. Todos aquellos muchachos son pajes para señores, y aquellas muchachas, doncellas para señoras de media talla, que han menester el don para la autoridad de la casa que entran á servir, y ahora les acaban de bautizar el don. Por allí entra ahora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama á sacar de don, como de pila, para darla el tuson de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el criarla, y aun ella parece que se quiere volver al paño, segun viene bruñida de esmeril.

—Un moño, unos dientes postizos y un guardainfante pueden hacer esos milagros, dijo don Cleofas; pero ¿qué acompañamiento, prosiguió, es este que entra ahora de tanta gente lucida por la puerta de este templo, consagrado al uso del siglo?

—Traen á bautizar, dijo el Cojuelo, un regidor muy rico, de un lugar aquí cercano, de edad de setenta años, que se viene al don por su pié, porque sin él le han aconsejado sus parientes que no cae tan bien el regimiento. Llámase Pascual, y vienen altercando si sobre Pascual le vendrá bien el don, que parece don extravagante de la iglesia de los dones.

—Ya tienen ejemplar, dijo don Cleofas, en don Pascual, ese que llamaron todos loco, y yo Diógenes de la ropa vieja, que andaba cubierta la cabeza con la ropa, sin sombrero, en traje de profeta, por esas calles.

—Mudaránle el nombre, á mi parecer, prosiguió el Cojuelo, por no tener en su lugar regidor pascual, como cirio de los regidores.

—Dios le inspire, dijo don Cleofas, lo que más convenga á su regimiento, como la cristiandad de los regidores ha menester.

—En acabando de tomar el señor regidor, dijo el Cojuelo, el agua del don, espera allí un italiano hacer lo mismo con un elefante que ha traido á enseñar á la Puerta del Sol.

—Los más suelen llamarse, dijo el estudiante, don Pedros, don Juanes y don Alonsos. No sé cómo ha tenido tanto descuido su ayo ó naire, como dicen los de la India Oriental; plebeyo debia de ser este animal, pues ha llegado tan tarde al don. ¡Vive Dios! que me le he de quitar yo, porque me desbautizan y desdoran los que veo.

—Sígueme, dijo el Cojuelo, y no te amohines, que bien sabe el don dónde está, que se te ha caido en el Cleofas como la sopa en la miel.

Con esto salieron del soñado, al parecer, edificio, y en frente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamora-

nas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida, y preguntó don Cleofas á su amigo:

—Qué casa es aquella que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la córte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento.

—Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que há poco que se instituyó en la córte, entre unas obras pias que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habian parecido.

—Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguillo que está abierto y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguan, donde estaban algunos de los convalecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos; llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. A la puerta de una de ellas estaba un hombre, muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla y sentado en una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo:

—Aquel es un loco arbitrista que ha dado en decir que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso más hojas de papel que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna.

—Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos más perjudiciales de la república.

—Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito como si pudiera ver lo uno ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oídos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramaticon que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel, que está á la puerta de esotro aposentillo con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traido porque siendo cochero que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pié. Esotro que está en esotro de más arriba con un halcon en la mano, es un caballero que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería y no le ha quedado más que aquel halcon en la mano, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor, que teniendo qué comer se puso á servir. Allí esta un bailarin que se ha quedado sin són bailando en seco. Más adelante está un historiador que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres décadas de Tito Livio. Más adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dió en decir que habia de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado que se desvaneció en pretender plaza de ropa, y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero y no comiendo más que un pastel de á cuatro, ni cenando más que una ensalada de pepinos, y le

sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula es un músico sinzonte, que remeda los demás pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo que está en el patio se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres, que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas, y está atada allí en una cadena porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo en frente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado, que se volvió loco con la condicion de su mujer. Entónces don Cleofas le dijo al compañero que le enseñaba todo este retablo de duelos:

—Vámonos de aquí no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros. El Cojuelo dijo:

—Quiero, quiero tomar tu consejo, porque pues los demonios enloquecen, nó hay que fiar de sí nadie.

—Desde vuestra primera soberbia, dijo don Cleofas, todos lo estais, que el infierno es casa de todos los locos más furiosos del mundo.

—Aprovechado estás, dijo el Cojuelo, pues hablas en lenguaje ajustado.

Con esta conversacion salieron de la casa susodicha, y á mano derecha dieron en una calle algo dilatada, que por una parte y por otra estaba colgada de ataudes, y unos sacristanes con sus sobrepellices paseándose junto á ellos, y muchos sepultureros abriendo varios sepulcros, y don Cleofas le dijo á su camarada.

—¿Qué calle es esta, que me ha admirado más que cuantas he visto y me pudiera obligar á hablar más espiritualmente que con lo primero de que tú te admiraste?

—Esta es más temporal y de siglo que ninguna, le respondió el Cojuelo, y la más necesaria, porque es la ropería de los abuelos, donde cualquiera, para todos los actos positivos que se le ofrece y se quiere vestir de un abuelo, porque el suyo no le viene bien ó está traido, se viene aquí, y por su dinero escoge el que le está más á propósito. Mira allí aquel caballero torzuelo cómo se está probando una abuela que ha menester, y esotro, hijo de quien él quisiere, se está vistiendo otro abuelo y le viene largo de talle. Esotro más abajo da por otro abuelo el suyo y dineros encima, y no se acaba de concertar porque le tiene más de costa al sacristan, que es el ropero. Otro á esotra parte llega á volver un abuelo suyo de dentro afuera y de atrás adelante y á remendarlo con la abuela de otro. Otro viene allí con la justicia á hacer que le vuelvan un abuelo que le habian hurtado y le ha hallado colgado en la ropería. Si hubieres menester algun abuelo ó abuela para algun crédito de tu calidad, á tiempo estamos, don Cleofas Leandro, que yo tengo aquí un ropero mi amigo, que desnuda los difun-

tos la primera noche que los entierran y nos le dará por el tiempo que quisieres.

—Dineros he menester yo, que abuelos nó, respondió el estudiante; con los mios me haga Dios bien, que me han dicho mis padres que desciendo de Leandro el Animoso, el que pasaba el mar de Abido en amoroso fuego todo ardiendo, y tengo mi ejecutoria en las obras sueltas de Boscan y Garcilaso.

—Contra hidalguía en verso, dijo el Cojuelo, no hay olvido ni chancillería que baste, ni hay más que desear en el mundo que ser hidalgo en consonantes.

—Si á mí me hicieran merced, prosiguió don Cleofas, entre Salicio y Nemoroso se habian de hacer mis diligencias, que no me habian de costar cien reales, que allí tengo mi Montaña, mi Galicia, mi Vizcaya y mis Asturias.

—Dejemos vanidades ahora, dijo el Cojuelo, que ya he sabido que eres muy bien nacido en verso y en prosa, y vamos en busca de un figon á almorzar y á descansar, que bien lo habrás menester por lo madrugado y trasnochado, que despues proseguirémos nuestras aventuras.

TRANCO IV.

Dejemos á estos caballeros en su figon almorzando y descansando, que sin dineros pedian las pajaritas que andaban volando por el aire y al fénix empanado, y volvamos á nuestro astrólogo regoldano y nigromante ingerto, que se habia vestido con algun cuidado de haber sentido pasos en el desvan la noche ántes, y subiendo á él halló las ruinas que habia dejado su familiar en los pedazos de la redoma y mojados sus papeles y el tal espíritu ausente; y viendo el estrago y la falta de su demoñuelo, comenzó á mesarse las barbas y los cabellos y á romper sus vestiduras como rey á lo antiguo. Y estando haciendo semejantes extremos y lamentaciones, entró un diablejo zurdo, mozo de retrete de Satanás, diciendo que Satanás, su señor, le besaba las manos, que habia sentido el atrevimiento que habia tenido el Cojuelo, que él trataria de que se castigase, y que entre tanto se quedase él sirviéndole en su lugar. Agradeció mucho el cuidado el astrólogo y encerró el tal espíritu en una sortija de un topacio grande que traia en un dedo, que ántes habia sido de un médico, con que á todos cuantos habia tomado el pulso habia muerto. Y en el infierno se juntaron entre tanto en su sala plena todos los más graves jueces de aquel distrito, y haciendo notorio á todos el delito del tal Cojuelo, mandaron despachar requisitoria para que le prendiesen en cualquier parte que le topasen, y se le dió esta comision á Cienllamas, demonio comisionario, que habia dado muy buena cuenta de otras que le habian encargado, y llevándose consigo por corchetes á Chispa y á Redina, demonios á las veinte, y subiéndose en la mula de Liñan, salió del infierno con vara alta de justicia en busca del dicho delincuente.

En este tiempo, sobre la paga de lo que habian almorzado habian tenido una pesadumbre el revoltoso diablillo y don Cleofas con el figonero, en que intervinieron asadores y torteras, porque lo que es del diablo, el diablo se lo ha de llevar, y acudiendo la justicia al alboroto, se salieron por una ventana; y cuando el alguacil de córte con la gente que llevaba entendia cogerlos, estaban ya de esotra parte de Getafe, en demanda de Toledo, y dentro de un minuto en las ventillas de Torrejon, y en un cerrar de ojos á vista de la puerta de Visagra, dejando la real fábrica del Hospital de Afuera á la mano derecha, y volviéndose el estudiante al camarada, le dijo:

—Lindos atajos sabes, mal haya quien no caminara contigo todo el mundo mejor que con el infante don Pedro de Portugal, el que anduvo las siete partidas de él.

—Somos gente de buena maña, respondió el Cojuelo. Y cuando estaban hablando en esto, llegando al barrio que llaman de la Sangre Cristo y al meson de la Sevillana, que es el mejor de aquella ciudad, el Diablo Cojuelo le dijo al estudiante:

—Esta es muy buena posada para pasar esta noche y para descansar de la jornada; éntrate dentro y pide un aposento y que te aderecen de cenar, que á mí me importa ir esta noche á Constantinopla á alborotar el serrallo del gran Turco y hacer degollar doce ó trece hermanos que tiene por miedo de que no conspiren á la corona, y volverme de camino por los cantones de los Esgüizaros y por Ginebra á otras diligencias de este modo, por sobornar con algunos servicios á mi amo, que debe de estar muy indignado contra mí por la travesura pasada, y que yo estaré contigo ántes que dén las siete de la mañana. Y diciendo y haciendo, se metió por esos aires como por viña vendimiada, meneando la pajuela á todo pajarote y ciudadano de la region etérea, á fuer de los de la jerigonza crítica, y don Cleofas se entró á tomar posada, por haber muchos pasajeros que habian venido con galeones y pasaban á Madrid; con todo eso al huésped nuevo hicieron cortejo, porque la persona de don Cleofas traia consigo cartas de recomendacion, como dicen los cortesanos antiguos.

Convidáronle á cenar unos caballeros soldados muy corteses, preguntándole nuevas de Madrid, y despues de haber cumplido con la celebridad de los bríndis por el Rey, que Dios guarde, por sus damas y sus amigos y haber dado las aceitunas y postres, carta de pago y fin de cena, se fué cada uno á recoger á su aposento, porque habian de tomar la madrugada para llegar con tiempo á Madrid, y don Cleofas hizo lo mismo en el que le señaló el huésped, sintiendo la soledad del compañero en algun modo, porque le traia muy entretenido, y haciendo varios discursos sobre la almohada, se quedó como un pajarito, jurando el silencio de las sombras como los demás del mundo, el meson de la Sevillana, el natural vasallaje con el sueño, que solas grullas, morciélagos y lechuzas estaban de posta á su cuerpo de guardia, cuando á las dos de la noche oyó unas temerosas voces que repetian: ¡Fuego, fuego! Despertaron á los dormidos pasajeros con el sobresalto y asombro que suele causar cualquier alboroto á los que están durmiendo, y más oyendo nombrar fuego, voz que con más terror atemo-

riza los ánimos más constantes, rodando unos las escaleras por bajar más apriesa, otros saltando por las ventanas que caian al patio de la posada, otros que por las pulgas ó temor de las chinches dormian en cueros como vinagre, hechos Adanes del baratillo, poniendo las manos donde habian de estar las hojas de higuera, siguiendo á los demás y acompañándolos don Cleofas con los calzones revueltos al brazo y una alfajía, que por no encontrar la espada topó acaso en su aposento, como si en los incendios y fantasmas importase andar á palos ni cuchilladas: natural socorro del miedo en las repentinas invasiones. Salió en esto el huésped en camisa, los piés en unas empanadas de frenegal, cinchado con una faja de grana de polvo el estómago, y un candil de garabato en la mano, diciendo que se sosegasen, que aquel ruido no era de cuidado, que se volviesen á sus camas, que él pondria remedio en ello. Apretóle don Cleofas, como más amigo de saber que le dijese la causa de aquel alboroto, que no se habia de volver á acostar sin descifrar aquel misterio.

El huésped le dijo muy severo que era un estudiante de Madrid, que habia dos ó tres meses que entró á posar en su casa y que era poeta de los que hacen comedias, y que habia escrito dos que se le habian chillado en Toledo y apedreado como viñas, y que estaba acabando de escribir la comedia de Troya abrasada, y que sin duda debia de haber llegado al paso del incendio; y se convertia tanto en lo que escribia, que habria dado aquellas voces, que por otras experiencias pasadas sacaba él que aquello era verdad infalible, como él decia, que para confirmarlo subiesen con él á su aposento, y hallarian ser verdadero este discurso.

Siguieron al huésped todos de la suerte que cada uno estaba, y entrando en el aposento del tal poeta, le hallaron tendido en el suelo, despedazada la media sotana, revolcado en papeles y echando espumajos por la boca, y pronunciando con mucho desmayo fuego, fuego, que casi no podia echar la habla, porque se le habia metido monja. Llegaron á él muertos de risa y llenos de piedad todos, diciéndole:

—Señor licenciado, vuelva en sí y mire si quiere beber y comer algo por este desmayo. Entónces el poeta, levantando como pudo la cabeza y algo alborotado, dijo:

—Si es Enéas y Anquíses con los Penates y el amado Ascanio, ¿qué aguardais aquí? Que está ya el Ilion hecho cenizas, y Príamo, Páris y Policena, Hecuba y Andrómaca han dado el fatal tributo á la muerte, y á Elena, causa de tanto daño, llevan presa Menelao y Agamenon, y lo peor es que los Mirmidones se han apoderado del tesoro troyano.

Vuelto en su juicio, dijo el huésped: Que aquí no hay almidones ni toda esa tropelía de disparates que ha referido, y mucho mejor fuera llevarle á casa de Nuncio, donde pudiera ser con bien justa causa mayoral de los locos, y meterle en cura, que se le han subido los consonantes á la cabeza como tabardillo.

—¡Qué bien entiende de afectos el señor huésped! respondió el poeta incorporándose un poco más.

—De afectos ni de afeites, dijo el huésped, nó quiero entender, sino de mi negocio; lo que importa es que mañana hagamos cuenta de lo que me debe de posada y se vaya con Dios, que no quiero tener en ella quien me la alborote cada dia con estas locuras ; basten las pasadas, pues comenzando á escribir, recien venido aquí, la comedia del Marques de Mantua, que zozobró y fué una de las silbadas, fuéron tantas las prevenciones de la caza y las voces que dió llamando á los perros Meleampo, Oliveros, Saltamontes, Tragavientos, etc., y el ataja, ataja y el guarda el oso cerdoso, y el jabalí colmilludo, que malparió una señora preñada, que pasaba del Andalucía á Madrid, del sobresalto; y en esotra del Saco de Roma, que entrambos parecieron, cual tenga la salud , fué el estruendo de las cajas y trompetas, haciendo pedazos las puertas y ventanas de este aposento á tan desusadas horas como estas, y el cierra España, Santiago y á ellos y el jugar la artillería con la boca, como si hubiera ido á la escuela con un petardo ó criádose como el basilisco de Malta, que engañó el rebato á una compañía de infantería que alojaron aquella noche en mi casa; de suerte que tocando al arma se hubieron de hacer á oscuras unos soldados pedazos con los otros, acudiendo al ruido medio Toledo con la justicia, echándome las puertas abajo, y amenazó á hacer una de todos los diablos, que es poeta grulla que siempre está en vela y halla consonantes á cualquier hora de la noche y de la madrugada.

El poeta dijo entónces :

—Mucho mayor alboroto fuera si yo acabara aquella comedia de que tiene usted en prendas dos jornadas por lo que le debo, que la llamo *las Tinieblas de Palestina*, donde es fuerza que se rompa el velo del templo en la tercera jornada y se oscurezca el sol y la luna y se dén unas piedras con otras y se venga abajo toda la fábrica celestial, con truenos y relámpagos, cometas y exhalaciones, en sentimiento de su Hacedor, que por faltarme dos nombres que he de poner á los sayones no la he acabado. Ahí me dirá usted, señor huésped, ¿qué fuera ello?

—Váyase, dijo el mesonerazo, á acabarla al Calvario, aunque no faltará en cualquiera parte que la escriba ó la representen quien le crucifique á silbos, legumbre y edificio.

—Antes resucitan con mis comedias los autores, dijo el poeta ; y para que conozcan todos ustedes esta verdad y admiren el estilo que llevan todas las que yo escribo, ya que se han levantado á tan buen tiempo, quiero leerles esta. Y diciendo y haciendo, tomó en la mano una rima de vueltas de cartas viejas, cuyo bulto se encaminaba más á pleito de tenuta que á comedia, y arqueando las cejas y deshollinándose los bigotes, dijo leyendo el título de esta suerte : ***Tragedia troyana*, *Astucias de Sinon*, *caballo griego*, *Amantes adúlteros y reyes endemoniados*.** Sale lo primero por el patio, sin haber cantado, el Paladion con cuatro mil griegos por lo ménos, armados de punta en blanco dentro de él.

—¿Cómo, le replicó un caballero soldado de aquellos que estaban en cueros, que parece que le habian de echar á andar en la comedia, puede toda esa máquina entrar por ningun patio ni coliseo de cuantos hay en España, ni por el del Buen Retiro, afrenta de los romanos anfiteatros, ni por una plaza de toros?

—Muy buen remedio, respondió el poeta, derribaráse el corral y dos calles junto á él para que quepa esta tramoya, que es la más portentosa y nueva que los teatros han visto, que no siempre sucede hacerse una comedia como esta, y será tanta la ganancia, que podrá muy bien á sus ancas sufrir todo este gasto. Pero escuchen, que ya comienza la obra, y atencion por mi amor. Salen por el tablado con mucho ruido de chirimías y atabalillos Príamo, rey de Troya, y el príncipe Páris y Elena, muy bizarra en un palafren, en medio, y el Rey á la mano derecha, que siempre de esta manera guardo el decoro á las personas reales, y luego tras ellos, en palafrenes negros, de la misma suerte, once mil dueñas á caballo.

—Más dificultosa apariencia es esa que esotra, dijo uno de los oyentes, porque es imposible que tantas dueñas juntas se hallen.

—Algunas se harán de pasta, dijo el poeta, y las demás se juntarán de aquí para allí, fuera de que si se hace en la córte, ¿qué señora habrá que no envie sus dueñas prestadas para una cosa tan grande, por estar los dias que se representare la comedia, que será por lo ménos siete ú ocho meses, libres de tan cansadas sabandijas?

Hubiéronse de caer de risa los oyentes, y de una carcajada se llevaron media hora de reloj, al són de los disparates del tal poeta, y él prosiguió diciendo :

—Nó hay que reirse, que si Dios me tiene de sus consonantes, he de rellenar el mundo de comedias mias, y ha de ser Lope de Vega, prodigioso mónstruo español y nuevo Tostado en verso, niño de teta conmigo, y despues me he de retirar á escribir un poema heróico para mi posteridad, que mis hijos ó mis sucesores hereden, en que tengan toda su vida que roer sílabas. Y ahora oigan vuesas mercedes, amagando á comenzar, el brazo derecho levantando, los versos de la comedia, cuando todos á una voz le dijeron que lo dejase para más espacio, y el huésped indignado, que sabía poco de filis, le volvió á advertir que no habia de estar un dia más en la posada.

La encamisada pues de los caballeros y soldados se puso á mediar con el huésped el caso, y don Cleofas, sobre un arte poético de Rengifo, que estaba tambien corriendo borrasca entre esotros legajos por el suelo, tomó pleito homenaje al tal poeta, puestas las manos sobre los consonantes, jurando que no escribiria más comedias de ruido, sino de capa y espada, con que quedó el huésped satisfecho, y con esto se volvieron á sus camas, y el poeta, calzado y vestido, con su comedia en la mano, se quedó tan aturdido sobre la suya, que apostó á roncar con los *siete durmientes,* á peligro de no valer la moneda cuando despertase.

TRANCO V.

Dentro de muy pocas horas lo fué de volverse á levantar los huéspedes al quitar, haciendo la cuenta con ellos de la noche pasada el huésped de por vida, esperezándose y bostezando de lo trasnochado con el poeta, y trataron de caminar, ensillando los mozos de mulas y poniendo los frenos al són de seguidillas y jácaras; y brindándose con vino y pullas los unos á los otros, ribeteándolas con tabaco en polvo y en humo; cuando nuestro don Cleofas tambien despertó, tratando de vestirse, con algunas saudes de su dama, que las malas correspondencias de las mujeres á veces despiertan más la voluntad, y ántes que diesen las ocho, como habia dicho, entró por el aposento el camarada en traje turquesco, con almalafa y turbantes, señales ciertas de venir de aquel país, diciendo :

—¿Heme tardado en el viaje, señor licenciado? Él le respondió sonriéndose:

—Ménos se tardó usted desde el cielo al infierno con haber más leguas cuando rodó con todos esos príncipes, que no han podido gatear otra vez á la maroma de donde cayeron.

—Al amigo, señor don Cleofas, respondió el Cojuelo, *chinche en el ojo*, como dice el refran de Castilla.

—Bueno, bueno, pocos hay, respondió el estudiante, que en ofreciéndose el chiste miren esos respetos; pero esto no lo digo yo en galantería y por la amistad que hay entre nosotros. Mas dejando esto aparte, ¿cómo te ha ido por esos mundos?

—Hice todo á lo que fuí y mucho más, respondió el genízaro recien venido, y si quisiera me jurara por gran turco aquella buena gente, que á fe que alguna guarda mejor su palabra, y saben decir verdad y hacer amistades, más que vosotros los cristianos.

—¡Qué presto te pagaste! dijo don Cleofas; algun cuarto debes de tener de demonio villano.

—Es imposible, respondió el Cojuelo, porque descendemos todos de la más noble y más alta montaña de la tierra y del cielo; y aunque seamos zapateros de viejo, en siendo montañeses todos somos hidalgos, que muchos de ellos nacen como los escarabajos y ratones de la putrefaccion.

—Bien sé que sabes filosofía, le dijo don Cleofas, mejor que si la hubieras estudiado en Alcalá, y que eres maestro en primeras licencias. Dejemos estas digresiones, y acaba de darme cuenta de tu jornada.

—Con el traje del país, como ves, respondió el Cojuelo, por ensuciarlos todos como cierto amigo, que por desaseado en extremo, ensució el de soldado, el de peregrino y estudiante, volví por los Cantones, por la Bartolina y Ginebra, y no tuve que hacer nada en estos países, porque sus paisanos son demonios de sí mismos, y ese es el juro de heredad que más seguro tenemos en el infierno.

Despues de las Indias fuí á Venecia por ver una poblacion tan prodigiosa, que está fundada en el mar, y de su natural condicion tan bajel de argamasa y sillería, que como la tiene en peso el piélago Mediterráneo, le vuelve á cualquier viento que sopla. Estuve en la plaza de San Márcos platicando con unos criados de unos clarísimos esta mañana, y hablando en las gacetas de la guerra, les dije que en Constantinopla se habia sabido por espías que estaban en España, que hay grandes prevenciones de ella, y tan prodigiosas, que hasta los difuntos se levantaban de los sepulcros al són de las cajas para este efecto, y hay quien diga que entre ellos habia resucitado el gran duque de Osuna. Apénas lo acabé de pronunciar cuando escurrí por no perder tiempo en mis diligencias, y dejando el seno Adriático me sorbí la Marca de Ancona y por la Romanía. A la mano izquierda dejé á Roma, porque aun los demonios, por cabeza de la Iglesia militante, veneramos su poblacion. Pasé por Florencia á Milan, que no se le da con su castillo dos blancas de la Europa. Ví á Génova la bella, talego del mundo, llena de novedades y golfo lanzado. Toqué en Vinaroz y los Alfaques, pasando el de Leon y Narbona. Llegué á Valencia, que juega cañas dulces con la primavera. Metíme en la Mancha, que no hay greda que la pueda sacar. Entré en Madrid, y supe que unos parientes de tu dama te andaban á buscar para matarte, porque dicen que la has dejado sin reputacion, y lo peor es lo que me chismeó Zancadilla, demonio espía del infierno y sobrestante de tentaciones, que me andaba á buscar Cienllamas con una requisitoria, y soy de parecer, por obviar estos dos riesgos, que pongamos tierra en medio; vámonos al Andalucía, que es la más ancha del mundo; y pues yo te hago la costa, no tienes que temer nada, que con el romance que dice *Tendré el invierno en Sevilla y el veranito en Granada*, no hemos de dejar lugar en ella que no trajinemos. Y volviéndose á la ventana que salia á la calle, le dijo :

—Hágote puerta de meson, vamos y sígueme por ella, don Cleofas, que hemos de ir á comer en la venta de Durazutan, que es en Sierra Morena, veinte y dos ó veinte y tres leguas de aquí.

—Nó importa, dijo don Cleofas, si eres demonio deportante, aunque cojo; y diciendo esto, salieron los dos por la ventana, flechados de sí mismos, y el huésped desde la puerta, dándole voces al estudiante cuando le vió por el aire, diciendo que le pagase la cama y la posada ; y don Cleofas respondió que en volviendo del Andalucía cumpliria con sus obligaciones ; y el huésped, que parecia que lo soñaba, se volvió santiguando y diciendo :

—Pluguiera á Dios como se me va este se me fuera el poeta, aunque me llevara la cama y todo asida á la cola.

Ya en esto el Cojuelo y don Cleofas descubrian la dicha venta, y apeándose del aire entraron en ella, pidiendo al ventero de comer, y él les dijo que no habia quedado en la venta más que un conejo y un perdigon, que estaban en aquel asador entreteniéndose á la lumbre.

—Pues trasládenlos á un plato, dijo don Cleofas, señor ventero, y venga el salmorejo, poniéndonos la mesa, pan, vino y salero. El ventero respondió que fuese en buen hora, pero que esperasen que acabasen de comer unos extranjeros

que estaban en eso, porque en la venta no habia otra mesa más que la que ellos ocupaban. Don Cleofas dijo :

—Por no esperar, si estos señores nos dan licencia, podremos comer juntos, y ya que ellos van en la silla, nosotros irémos en las ancas. Y sentándose los dos al paso que lo decian, fué todo uno, trayéndoles el ventero la porcion susodicha con todas sus adherencias é incidencias, y comenzaron á comer en compañía de los extranjeros, que el uno era frances, el otro inglés, el otro italiano y el otro tudesco, que habia ya pespuntado la comida más apriesa á bríndis de vino blanco y clarete, y tenia á orza la testa, con señales de vómito y tiempo borrascoso, tan zorra de cuatro costados, que pudiera temerle el corral de gallinas del ventero. El italiano preguntó á don Cleofas que de adónde venia, y él le respondió que de Madrid. Repitió el italiano :

—¿Qué nuevas hay de guerra, señor español? Don Cleofas le dijo :

—Ahora todo es guerra.

—¿Y contra quién dicen? replicó el frances.

—Contra todo el mundo, respondió don Cleofas, para ponerlo todo á los piés del rey de España.

—Pues á fe, replicó el frances, que primero que el rey de España..... Antes que acabase la razon el gabacho, dijo don Cleofas:

—El rey de España..... El Cojuelo le fué á la mano, diciendo :

—Déjame, don Cleofas, responder á mí, que soy español por la vida, y con quien vengo, vengo, que les quiero con alabanzas del rey de España dar un tapaboca á estos borrachos, que si leen las historias de ella, hallarán que por rey de Castilla tiene virtud de sacar demonios, que es más generosa cirujía que curar lamparones.

Los extranjeros, habiendo visto callar al español, estaban muy falsos, cuando el Cojuelo, sentándose mejor y tomando la mano, y en traje castellano, que ya habia dejado á la guardaropa del viento tudesco, les dijo:

—Señores mios, mi camarada iba á responder, y á mí, por tener más edad, me toca el hacerlo; escúchenme atentamente por caridad: el rey de España es un generosísimo lebrel, que pasa acaso solo por una calle, y no hay gozque en ella que á ladrarle no salga, sin hacer caso de ninguno, hasta que se juntan tantos, que se atreve uno al desembocar de ella á otra, pensando que es sufrimiento y no desprecio, á besarle con la boca la cola; entónces vuelve, y dando una manotada á unos, y otra á otros, huyendo todos de manera que no saben adónde meterse, queda la calle toda tan barrida de gozques y con tanto silencio, que aun á ladrar no se atreven, sino á morder las piedras de rabia. Esto mismo le sucede siempre con los reyes contrarios, con las señorías y potentados, que son todos gozques con su majestad católica; pero guárdese el que se atreviere á besarle la cola, que ha de llevar manotada que escarmiente de suerte á los demás, que no hallen dónde meterse huyendo de él.

Los extranjeros se comenzaron á escarapelar, y el frances le dijo: ¡ah, *bugre coquin* español! Y el italiano, ¡*farfante* marrano español! Y el inglés, ¡*nitesgut* español! Y el tudesco estaba de suerte, que lo dió por recibido, dando permi-

sion que hablasen los demás por él en aquellas córtes. Don Cleofas, que los vió palotear y echar espadañadas de víno y herejías contra lo que habia dicho su camarada, acostumbrado á sufrir poco y al refran de *quien da luego da dos veces,* levantando el banco en que estaban sentados los dos, dió tras ellos, adelantándose el compañero con las muletas en la mano, manejándolas tan bien, que dió con el frances en el tejado de otra venta que estaba tres leguas de allí, y en una necesaria de Ciudad-Real con el italiano, porque muriese hácia donde pecan, y con el inglés de cabeza en una caldera de agua hirviendo que tenian para pelar un puerco en casa de un labrador de Adamuz, y al tudesco, que se habia anticipado á caer de bruces á los piés de don Cleofas, le volvió al Puerto de Santa María, de donde habia salido quince dias ántes, á dormir la zorra. El ventero se quiso poner en medio y dió con él en Peralvillo, entre aquellas cenizas de Gestas, como en su centro.

Volviéronse con esto á sentar á comer de los despojos que habia dejado el enemigo muy despacio, y estando en los postreros lances de la comida, entraron algunos mozos de mulas en la venta, llamando al huésped y pidiendo víno, y tras ellos en el mismo carruaje una compañía de representantes que pasaban de Córdoba á la córte, con gana de tomar un refresco en la venta; venian las damas en jamugas, con bohemios, sombreros con plumas y mascarillas en los rostros, los chapines con plata, colgados de los respaldares de los sillones, y ellos, unos con portamanteos sin cojines, y otros sin cojines ni portamanteos, las capas dobladas debajo, las valonas en los sombreros, con alforjas detrás, y los músicos con las guitarras en cajas delante en los arzones, y algunos de ellos ciclanes de estribos, y otros eunucos, con los mozos que les sirven á las ancas; unos con espuelas sobre los zapatos y las medias, y otros con botas de rodillera sin ninguna, otros con varas para hacer andar sus cabalgaduras y las demás mujeres; los apellidos de los más eran valencianos, y los nombres de las representantas se resolvian en Marianas y Anas Marías, hablando todos recalcado con el tono de la representacion. La conversacion con que entraron en la venta era decir que habian robado á Lisboa, asombrado á Córdoba y escandalizado á Sevilla, y que habian de despoblar á Madrid, porque con sola la loa que llevaban para la entrada de un tundidor de Ecija habian de derribar á cuantos autores entrasen en la córte. Con esto se fuéron arrojando de las cabalgaduras, y los maridos muy severos apeando en los brazos á sus mujeres, llamando todos al huésped, y de nada se dolia.

La autora se asentó en una alfombrilla que la echaron en el suelo, las demás princesas al rededor, y el autor andaba solicitando el regalo de todos como pastor de aquel ganado, y dijo el Cojuelo:

—Con el señor autor estoy en pecado mortal de parte de mis camaradas.

—¿Porqué? dijo don Cleofas. Respondió el diablillo:

—Porque es el peor representante del mundo, y hace siempre los demonios en los autos del Córpus, y está perdigado para demonio de veras, y para que haga en el infierno los autos si se representaren comedias, que algunas hacen estas farándulas, que aun para el infierno son malas.

—Uno he visto aquí, dijo don Cleofas, entre los demás compañeros, que le he deseado cruzar la cara porque me galanteó en Alcalá una doncella, moza mia, que se enamoró de él viéndole hacer un rey de Dinamarca.

—Doncella, dijo el Cojuelo, debia de ser de ella; pero si quieres, prosiguió, que tomemos los dos venganza del autor y del representante, espera y verás cómo lo trazo, porque ahora quieren repartir una comedia con que han de segundar en Madrid, y sobre los papeles has de ver lo que pasa.

Al mismo tiempo que decia eso el Cojuelo, el apuntador de la compañía sacó de una alforja los de una comedia de Claramonte, que habia acabado de copiar en Adamuz el tiempo que estuvieron allí, diciendo al autor:

—Aquí será razon que se repartan estos papeles entre tanto que se adereza la comida y parece el huésped. El autor vino en ello, porque se dejaba gobernar del tal apuntador, como de hombre que tenia grandísima curia en la comedia; habia sido estudiante en Salamanca, y le llamaban el *Filósofo* por mal nombre; y llegado con el papel de la segunda dama á Ana María, mujer del que cantaba los bajetes y bailaba los dias del Córpus, habiéndole dado la primera dama á Mariana, la mujer del que cobraba y que hacía su parte tambien en las comedias de tramoya, arrojándole, dijo que ella habia entrado para partir entre las dos los primeros papeles, y que siempre le daban los segundos, y que ella podia enseñar á representar á cuantas andaban en la comedia, porque habia representado al lado de los mayores representantes del mundo, y en la legua la llamaban *Amarilis*, segunda de este nombre. Esotra le dijo que no sabria mirar lo que ella con su zapato representaba. Respondióle esotra que de cuándo acá tenia tanta soberbia, sabiendo que en Sevilla le prestó hasta las enaguas para hacer el papel de Dido en la gran comedia de don Guillen de Castro, echando á perder la comedia y haciendo que silbasen la compañía. Tú eres la silbada, dijo esotra, y tu ánima; llegando á las manos y diciéndose palabras mayores, y tan grandes, que alcanzaron á los maridos, y sacando unos con otros las espadas, comenzó una batalla de comedia, metiéndolos en paz los mozos de mulas con los frenos que acababan de quitar; y dejándolos empelotados, se salieron don Cleofas y el Cojuelo de la venta al camino de Andalucía, quedándose abrasando á cuchilladas la compañía, que fuera un Roncesvalles del molino del papel, si el ventero no llegara con la hermandad en busca de los dos que se fuéron para prenderlos, con escopetas, chuzos y ballestas, y viendo esta nueva matanza en su venta, jarros, tinajas y platos, hechos tantos en la refriega, los apaciguaron y prendieron á los dichos representantes para llevarlos á Ciudad-Real, habiendo de tener otra pelеona más pesada con el alguacil que los traia á Madrid por órden de los arrendadores con comision del consejo.

TRANCO VI.

En este tiempo nuestros caminantes, tragando leguas de aire, como si fueran camaleones de alquiler, habian pasado á Adamuz del gran marques del Carpio Haro y nobilísimo descendiente de los señores antiguos de Vizcaya, y padre ilustrísimo del mayor Mecénas que los antiguos ingenios y modernos han tenido, y caballero que igualó con sus generosas partes su modestia. Y habiéndose sorbido los siete vados y las ventas de Alcolea, se pusieron á vista de Córdoba por su fertilísima campiña, y por sus celebradas dehesas gramenosas, donde nacen y pacen tantos brutos, hijos del Zecro, más que los que fingió la antigüedad en el Tajo portugués; y entrando por el campo de la Verdad, pocas veces pisado de gente de esta calaña, á la colonia y populosa patria de dos Sénecas y un Lucano, y del padre de la poesía española el celebrado Góngora, á tiempo que se celebraban fiestas de toros aquel dia y juego de cañas, acto positivo que más excelentemente ejecutan los caballeros de aquella famosa ciudad, y tomando posada en el meson de *las Rejas*, que estaba lleno de forasteros que habian concurrido á esta celebridad, se apercibieron para ir á verlas limpiándose el polvo de las nubes; y llegando á la Corredera, que es la plaza donde se hacen estas festividades, se pusieron á ver un juego de esgrima que estaba en medio del concurso de la gente, que en estas ocasiones suele siempre en aquesta provincia preceder á las fiestas, á cuya esfera no habia llegado la línea recta ni el ángulo obtuso ni oblícuo, que todavía se practicaba el uñas arriba y el uñas abajo de la destreza primitiva que nuestros primeros padres usaron; y acordándose don Cleofas de lo que dice el ingeniosísimo Quevedo en su *Buscon*, pensó perecer de risa, bien que se debe al insigne don Luis Pacheco de Narvaez haber sacado de la oscura tiniebla de la vulgaridad á luz la verdad de este arte, y del cáos de tantas opiniones las demostraciones matemáticas de esta ciencia.

Habia dejado en esta ocasion la espada negra un mozo de Montilla, bravo aporreador, quedando en el puesto otro de los Pedroches, no ménos bizarro campeon; y arrojándose entre otros que la fuéron á tomar muy apriesa don Cleofas, la levantó primero que todos, admirando la resolucion del forastero que en el ademan les pareció castellano; y dando á su camarada la capa y la espada, como es costumbre, puso bizarramente las plantas en la palestra. En esto el maestro con el montante barriendo los piés á los mirones, abrió la rueda, dando aplauso á la pendencia vellorí, pues se hacia con espadas mulatas; y partiendo el andaluz y el estudiante castellano uno para otro airosamente, corrieron una ida y venida sin tocarse al pelo de la ropa, y á la segunda, don Cleofas, que tenia algunas revelaciones de Carranza, por el cuarto círculo le dió al andaluz con la zapatilla un golpe de pechos, y él metiendo el brazal un tajo á don Cleofas en la cabeza sobre la guarnicion de la espada, y convirtiendo don Cleofas el reparo en revés con un

movimiento accidental, dió tan grande tamborilada á su contrario, que sonó como si hubiera dado en la tumba de los Castillas. Alborotáronse algunos amigos y conocidos que habia en el corro, y sobre el montante del señor maestro le entraron tirando algunas estocadillas veniales al tal don Cleofas, que en la zapatilla, como con agua bendita se las quitó; y apelando á su espada y capa, y el Cojuelo á sus muletas, hicieron tanta riza en el monton agavillado, que fué necesario echarles un toro para ponerlos en paz: tan valiente montante de Sierra Morena, que á dos ó tres mandobles puso la plaza más despejada que pudieran la guarda tudesca y española, á costa de algunas bregas que hicieron por detrás cíclopes á sus dueños.

Encaramándose á un tablado don Cleofas y su camarada muy falsos á ver la fiesta, haciéndose aire con los sombreros como si tal no hubiera pasado por ellos, y asechándolos unos alguaciles, porque en estas ocasiones siempre quiebra la soga por lo más forastero, habiendo dejarretado el toro, llegaron desde la plaza á caballo, diciéndoles:

—Señor licenciado y señor Cojo, bajen acá, que los llama el señor corregidor. Y haciendo don Cleofas y su compañero orejas de mercader, comenzaron los ministros ó vaqueros de la justicia á quererlo intentar con las varas, y agarrándose cada uno de la suya á vara por barba, dijeron á los tales ministros, quitándoselas de las manos de cuajo:

—Sígannos vuesas mercedes si se atreven á alcanzarnos; y levantándose por el aire, parecieron cohetes voladores, y los dichos alguaciles capados de varas pedian á los gorriones favor á la justicia, quedándose suspensos y atribuyendo la agilidad de los nuevos volatines á sueño, haciendo tan alta punta los dos halcones, salvando á Gualdalcázar, del ilustre marques de este título, del claro apellido de los Córdobas, que dieron sobre el Rollo de Ecija, diciéndole el Cojuelo á don Cleofas:

—Mira qué gentil árbol berroqueño que suele llevar hombres como otros fruta.

—¿Qué coluna tan grande es esta? le preguntó don Cleofas.

—El celebrado *Rollo* del mundo, le respondió el Cojuelo.

—¿Luego esta ciudad es Ecija? repitió don Cleofas.

—Esta es Ecija, la más fértil poblacion de Andalucía, dijo el diablillo, que tiene aquel sol por armas á la entrada de esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran Genil, caudaloso rio que tiene su solar en Sierra Nevada, y despues haciendo con el Darro maridaje de cristal, viene á calzar de plata estos hermosos edificios y tanto pueblo de abril y mayo.

De aquí fué Garci Sanchez de Badajoz, aquel insigne poeta castellano; y en esta ciudad solamente se coge el galardon, semilla que en toda España no nace, además de otros veinte y cuatro frutos sin sembrarlos de que se vale para vender la gente necesitada; su comarca tambien es fertilísima. Montilla cae aquí á mano izquierda, habitacion de los heróicos marqueses de Priego, Córdobas y Aguilares, de cuya gran casa salió para honra de España el que mereció llamarse Gran Capitan por antonomasia, y hoy á su marques ilustrísimo se le ha acre-

centado la casa de Feria, por morir sin hijos aquel gran portento de Italia, que malogró la fortuna de envidia, cuyo gran sucesor, siendo mudo, ocupa á grandezas en silencio elocuentes las lenguas de la fama. Más abajo está Lucena del alcaide de los Donceles, duque de Cardona, en cuyo océano de blasones se anegó la gran casa de Lerma. Luego Cabra, celebrada por su sima tan profunda como la antigüedad de sus dueños pregona con las lenguas de sus almenas que es del ínclito duque de Sesa y Soma, y que la vive hoy su entendido y bizarro heredero. Luego Osuna se ofrece á la demarcacion de estos ilustres edificios, blasonando con tantos maestres Girones la altivez de sus duques. Veinte y dos leguas de aquí cae la hermosísima Granada, paraíso de Mahoma, que no en vano la defendieron tanto sus valientes africanos españoles, de cuya Alhambra y Alcazaba es alcaide el nobilísimo marques de Mondejar, padre del generoso conde de Tendilla, Mendozas del Ave María y credo de los caballeros. No nos olvidemos de Guadix, ciudad antigua y celebrada por sus melones, y mucho más por el divino ingenio del doctor Mira de Mescua, hijo suyo y arcediano. Cuando iba el Cojuelo refiriendo esto, llegaron á la plaza mayor de Ecija, que es la más insigne de la Andalucía, y junto á una fuente que tiene en medio de jaspe, con cuatro ninfas gigantas de alabastro derramando lanzas de cristal, estaban unos ciegos sobre un banco de piés, y mucha gente de capa parda de auditorio, cantando la relacion muy verdadera que trataba de cómo una maldita dueña se habia hecho preñada del diablo, y por permision de Dios habia parido una manada de lechones, con un romance de don Alvaro de Luna, y una letrilla contra los demonios, que decia:

Lucifer tiene muermo,
Satanás sarna,
Y el Diablillo Cojuelo
Tiene almorranas.
Almorranas y muermo,
Sarna y ladillas,
Su mujer se las quita
Con tenacillas.

El Cojuelo le dijo á don Cleofas:

—¿Qué te parece los testimonios que nos levantan estos ciegos y las sátiras que nos hacen? Ninguna raza de gente se nos atreve á nosotros sino son estos que tienen más animo que los mayores ingenios; pero esta vez me lo han de pagar castigándose ellos mismos por sus propias manos, y daré de camino venganza á las dueñas, porque no hay en el mundo quien no las quiera mal, y nosotros las tenemos grandes obligaciones, porque nos ayudan á nuestros embustes, que son demonias hembras. Y sobre la entonacion de las coplas metió el Cojuelo cizaña entre los ciegos, que rempujándose primero, y cayendo de ellos en el pilon de la fuente, y esotros en el suelo, volviéndose á juntar se mataron á palos, dando barato de camino á los oyentes, que les respondieron con algunos puñetes y coces. Y como llegaron á Ecija con las varas de

los alguaciles de Córdoba, pensando que traian alguna gran comision de la córte, llegó la justicia de la ciudad á hacerles fiesta y á lisonjearlos con ofrecerles sus posadas; y ellos, valiéndose de la ocasion, admitieron las ofertas con que fuéron regalados como cuerpos de rey; y preguntándoles qué negocio era el que traian para Ecija, el Cojuelo les respondió que era contra los médicos y boticarios y visita general de beatas; y que á los médicos se les venía á vedar que despues de matar á un enfermo no les valiese la mula por sagrado; y que cuando no se saliese con esto, por lo ménos á los boticarios que errasen las purgas, que no pudiesen ser castigados si se retrajesen en los cementerios de las mulas de los médicos, que son las ancas, y que á las beatas se les venía á quitar el tomar tabaco, beber chocolate y comer jigote. Parecióle al alguacil mayor, que no era lerdo, y tenia su punta de hacer jácaras y entremeses, que hacian burla de ellos, y quiso agarrarlos para dar con ellos en la trena, y despues sacudirles el polvo y batanarles el cordoban por embelecadores, embusteros y alguaciles chanflones; y levantando el Cojuelo una polvareda de piedra azufre y asiendo á don Cleofas por la mano, se desaparecieron entre la cólera y resolucion de los ministros ecijanos, dejándolos tosiendo y estornudando, dándose de cabezadas unos á otros sin entenderse, haciendo los neblíes de la más oscura Noruega puntas á diferentes partes; y dejando á la derecha á Palma, donde se junta Genil con Guadalquivir por el Vicario de las Aguas, villa antigua de los Bocanegras y Portocarreros, de quien fué dueño aquel gran cortesano y valiente caballero don Luis Portocarrero, cuyo corazon excedió muchas varas á su estatura, y luego á la Moncloba, bosque deliciosísimo, y monte de Clovio, valeroso capitan romano, y posesion hoy de otro Portocarrero y Enriquez no ménos gran caballero que el pasado, y á la hermosa villa de Fuentes, de quien fué marques el bizarro y no vencido don Juan Claros de Guzman el Bueno, que despues de muchos servicios á su rey murió en Flándes con lástima de todos y envidia de más, hijo de la gran casa de Medina Sidonia, donde todos sus Guzmanes son Buenos por apellido, por sangre y por sus personas esclarecidas, sin tocar el pelo de la ropa á Marchena, habitacion noble de los duques de Arcos, marqueses que fueron de Cádiz, de quien hoy es meritísimo señor el excelentísimo duque don Rodrigo Ponce de Leon, en quien se cifran todas las proezas y grandezas heróicas de sus antepasados, columbrando desde más léjos á Villanueva del Rio, de los marqueses de Villanueva, Enriquez y Riberas, y hoy de Antonio Alvarez de Toledo y Beamonte, marques suyo y duque de Huesca, heredero ilustre del gran duque de Alba, condestable de Navarra.

Llegaron de un vuelo los dos pajarotes de camarada, no siendo esta la mayor pareja que habian corrido, al pié de la cuesta de Carmona, en su dilatada, fértil y celebrada vega, donde les anocheció, diciéndole don Cleofas al amigo:

—Camarada, descansemos un poco, que ya es mucho pajarear este, y nos metemos á lechuzas silvestres, que la serenidad de la noche y el verano brindan á pasarla en el campo.

—Soy de ese parecer, dijo el Cojuelo, tendamos la raspa en este pradillo junto á este arroyo, espejo donde se están tocando las estrellas porque aguardan

á la madrugada visita del sol, gran turco de todas esas señoras. Y don Cleofas, poniendo el ferreruelo por cabecera y la espada sobre el estómago, acomodó el individuo, y estando boca arriba paseando con los ojos la bóveda celestial, cuya fábrica portentosa al más ciego gentil obliga á rastrear que la mano de su artífice es de Dios, y de gran Dios, le dijo al camarada:

—¿Nó me dirás, pues has vivido en aquellos barrios, si esas estrellas son tan grandes como esos astrólogos dicen cuando hablan de su magnitud, y en qué cielo están y cuántos cielos hay, para que no nos dén papilla cada dia con tantas y tan diversas opiniones, haciéndonos bobos á los demás con líneas y coluros imaginados; y si es verdad que los planetas tienen epiciclos, y el movimiento de cada cielo, desde el primer movil al remiso y al trepidante, y dónde están los signos de estos luceros escribanos, porque yo desengañe al mundo y no nos vendan imaginaciones por verdades? El Cojuelo le respondió:

—Don Cleofas, nuestra caida fué tan apriesa, que no nos dejó reparar en nada; y á fe que si Lucifer no se hubiera traido tras de sí la tercera parte de las estrellas, como repiten tantas veces en los autos del Córpus, aun hubiera más en que haceros más garatusas la astrología. Esto todo sea con perdon del antojo del Galileo y del gran don Juan de Espina, cuya célebre casa y peregrina silla son ideas del raro ingenio, que yo hablo de antojos abajo como de tejas, y salvo la obrica de estos señores antojadizos que han descubierto al sol un lunar en el lado izquierdo, y en la luna han linceado montes y valles, y han visto á Vénus Cornuta. Lo que yo sé decir que el poco tiempo que estuve por allá arriba nunca oí nombrar la Bocina, el Carro, la Espica vírginis, la Ursa mayor ni la Ursa menor, las Pleyádas ni las Eliádes, nombres que los de la astrología les han dado; y esa que llamaron Via Lactea, y ahora los vulgares Camino de Santiago, por dónde anda tanto el cojo como el sano, que si esto fuera así, yo tambien por lo cojo habia de andar por aquel camino, siendo hijo de vecino de aquella provincia. Ya en estas razones últimas se habia agradecido al sueño el tal don Cleofas, dejando al compañero de posta como grulla de la otra vida, cuando un estruendo de clarines y cabalgaduras le despertó sobresaltado, recelando que se le llevaba á otra parte más desacomodada el que le habia agasajado hasta allí; pero el Cojuelo le sosegó diciendo:

—Nó te alborotes, don Cleofas, que estando conmigo no tienes que temer.

—Pues ¿qué ruido tan grande es este? le replicó el estudiante.

—Yo te lo diré, dijo el Cojuelo, si acabas de despertar y me escuchas con atencion.

TRANCO VII.

El estudiante se incorporó entónces, supliendo con bostezos y esperezos lo que le faltaba por dormir, y prosiguió el Diablillo diciendo:

—Todo este estruendo trae consigo la casa de la Fortuna, que pasa al Asia Mayor á asistir á una batalla campal entre el Mogor y el Sofi, para dar la victoria á quien ménos la mereciera. Escucha y mira que esta que pasa en su recámara, y en lugar de acémilas van mercaderes y hombres de negocios que dicen, cargados de cajas de moneda de oro y plata, con reposteros bordados encima, con las armas de la Fortuna, que son los cuatro vientos, y un arpon en una torre moviéndose á todos cuatro; sogas y garrotes del mismo metal que llevan; con ir tanto peso van descansados á su parecer. Esta tropa innumerable que pasa ahora mal concertada es de oficiales de boca, cocineros, mozos de cocina, botilleros, reposteros, despenseros, panaderos, veedores y la demás canalla que toca á la bucólica. Estos que vienen ahora á pié con fieltros blancos, terciados por los hombros, son lacayos de la Fortuna, que son los mayores ingenios que ha tenido el mundo, entre los cuales va Homero, Píndaro, Anacreonte, Virgilio, Ovidio, Horacio, Silio Itálico, Lucano, Claudiano, Estacio, Papirio, Juvenal, Marcial, Cátulo, Propercio, Petrarca, Sanázaro, el Tasso, el Bembo, el Dante, el Guarino, el Ariosto, el caballero Marino, Juan de Mena, Castillejo, Gregorio Hernandez, García Sanchez, Camoes y otros muchos que han sido en diferentes provincias príncipes de la poesía.

—Por cierto que han medrado poco, dijo el estudiante, pues no han pasado de lacayos de la Fortuna.

—Nó hay en su casa, dijo el Cojuelo, quien tenga lo que merece.

—¿Qué escuadron es este tan lucido con joyas de diamantes y cadenas y vestidos lloviendo oro y perlas, prosiguió el estudiante, que llevan tantos pajes en cuerpo, que los alumbran con tantas hachas blancas, y van sobre filósofos antiguos que los sirven de caballos, de tan malos talles, que los más son corcovados, cojos, mancos, calvos, narigones, tuertos, zurdos y balbucientes?

—Estos son, dijo el Cojuelo, potentados, príncipes y grandes señores del mundo que van acompañando á la Fortuna, de quien han recibido los estados y las riquezas que tienen, y con ser tan poderosos y ricos, son los más necios y miserables de la tierra.

—Buen gusto ha tenido la Fortuna por cierto, dijo don Cleofas; bien se le parece que tiene nombre de mujer, que escoge lo peor.

—Primero lo debieron á la naturaleza, respondió el Cojuelo, y prosiguió diciendo: Aquel gigante que viene sobre un dromedario con un ojo, y ese ciego solamente en la mitad de la frente, con un árbol en las manos de suma magnitud, lleno de bastones, mitras, laureles, hábitos, capelos, coronas y tiaras, es Polifemo, que despues que le cegó Ulíses, le ha dado la fortuna á cargo aque-

lla escarpía de dignidades, para que las reparta á ciegos, y va siempre junto al carro triunfal de la Fortuna, que es aquel que le tiran cincuenta emperadores griegos y romanos, y ella viene cercada de faroles de cristal, con cirios pascuales encendidos dentro de ellos, sobre una rueda llena de arcaduces de plata, que siempre está llenándolos y vaciándolos de viento; esotro pié en el elemento mismo, que está lleno de camaleones que le van dando memoriales y ella rompiéndolos. Ahora vienen siguiéndola sus damas en elefantes, con sillones de oro sembrados de balajes, rubíes y crisólitos. La primera es la Necedad, camarera mayor suya, y aunque sea muy favorecida. La Mudanza es esotra, que va dando cédulas de casamiento, y no cumpliendo ninguna. Esotra es la Lisonja, vestida á la francesa de tornasoles de aguas', y lleva en la cabeza un íris de colores por tocado, y en cada mano cien lenguas. Aquella que la sucede vestida de negro, sin oro ni joya, de linda cara y talle, que viene llorosa, es la Hermosura, una dama muy noble y muy olvidada de los favores de su ama. La Envidia la sigue y la persigue, con un vestido pajizo bordado de basiliscos y corazones.

—Siempre esa dama, dijo don Cleofas, come grosura, que es halcon de las alcándaras de palacio.

—Esotra que viene, prosiguió el Cojuelo, que parece que va preñada, es la Ambicion, que está hidrópica de deseos y de imaginaciones. Esotra es la Avaricia, que está opilada de oro, y no quiere tomar el acero porque es más bajo metal. Aquellas que vienen con tocas largas y anteojos sobre minotauros son la Usura, la Simonía, la Mohatra, la Chisme, la Baraja, la Soberbia, la Invencion, la Hazañería, dueñas de la Fortuna. Los que vienen galanteando á estas señoras todas y alumbrándolas con antorchas de colores diferentes son ladrones, fulleros, astrólogos, espías, hipócritas, monederos falsos, casamenteros, noveleros, corredores, glotones y borrachos. Aquel que viene sobre el *Asno de Oro* de Lucio Apuleyo es Creso, mayordomo mayor de la Fortuna, y á su mano izquierda Astolfo, su caballerizo mayor. Aquellos que van sobre cubas con ruedas y belicómenes en las manos, dando carcajadas de risa, son sus gentiles hombres de la copa, que han sido taberneros de córte primero. Aquella escuadra de salvajes que vienen en jumentos de albarda son contadores, tesoreros, escribanos de raciones, administradores, historiadores, letrados, correspondientes, agentes de la Fortuna, y llevan manos de almireces por plumas, y por papel pieles avahadas.

Tras de estos viene una silla de manos bordada de trofeos para las visitas de la Fortuna: los silleros son Pitágoras, Diógenes, Aristóteles, Platon y otros filósofos, con camisolas y calzones de tela de nácar, herrados los rostros con eses y clavos. Aquellos que vienen ahora de tres en tres, sobre tumbas enlutadas á la jineta y la brida, son médicos de la cámara y de la familia, boticarios y barberos de la Fortuna. Ahora cierra todo este escuadron y acompañamiento aquella prodigiosísima torre andante, que es la de Babilonia, llena de gigantes, de enanos, de bailarines y representantes, de instrumentos músicos y marciales, de voces, de algazaras, que se ven y oyen por infinitas ventanas que tiene el

edificio coronadas de luminarias, y flechando girándulas y cohetes voladores; y en un balcon muy grande de la fachada va la Esperanza, una jayana vestida de verde muy larga de estatura, y muchos pretendientes por abajo á pié, soldados, capitanes, abogados, artífices y profesores de diferentes ciencias, mal vestidos, hambrientos y desesperados, dándola voces; y con la confusion no se entienden los unos á los otros, ni los otros á los unos. Y por otro balcon del lado derecho va la Prosperidad coronada de espigas de oro y vestida de brocado de tres altos, bordado de las cuatro estaciones del año, sembrando talegos sobre muchos mentecatos ricos, que van en literas roncando, que no los han menester y piensan que los sueñan. Ahora sigue á todo este aparato una infinita tropa de carros largos llenos de comida y vestidos de mujeres y de hombres, que es la guardaropa de la Fortuna; y con ir tantos como la siguen desnudos y hambrientos, no les dan un bocado que coman ni un trapo con que se cubran; y aunque los repartiera con ellos no les viniera bien, que están hechos solamente á medida de los dichosos. Seguia este carruaje un escuadron volante de locos á pié y á caballo, y en coches, con diferentes formas, que habian perdido el juicio de varios sucesos de la Fortuna por mar y por tierra, unos riéndose, otros llorando, otros cantando, otros callando y todos renegando de ella; y no tomaba de otros parecer, diligencia para no acertar nada, desapareciendo toda esta máquina confusa entre una polvareda espantosa, en cuyo temeroso piélago se anegó toda esta confusion, llegando el dia, que fué mucho no se perdiera el sol con la grande polvareda, como don Beltran de los planetas.

Subiéronse los dos camaradas la cuesta arriba á la recien bautizada ciudad de Carmona, atalaya del Andalucía, de cielo tan sereno, que nunca le tuvo, y adonde no han conocido el catarro sino es para servirle; y tomando refresco de unos conejos y unos pollos en un meson que se dice de *los Caballeros*, pasaron á Sevilla, cuya Giralda y torre tan celebrada se descubre desde la venta de *Peromingo el Alto*, tan hijo de vecino de los aires, que parece que se descalabra en las estrellas. Admiró mucho á don Cleofas el sitio de su dilatada poblacion, y de la que hacen tantos diversos bajeles en el Guadalquivir, valla de cristal de Sevilla y de Triana, distinguiéndose de más cerca la hermosura de sus edificios, que parece que han muerto vírgenes y mártires, porque todos están con palmas en las manos, que son las que se descuellan de sus peregrinos pensiles entre tantos cidros, naranjos, limones, laureles y cipreses; llegando en breve espacio á Torreblanca, una legua larga de esta insigne ciudad, desde donde comienza su calzada y los caños de Carmona, hermosísima puente de arcos, por donde entra el rio Guadaira de Sevilla, cuya hidrópica sed le bebe todo, sin dejar apénas una gota para tributar al mar, que es solamente el rio en todo el mundo que está privilegiado de este pecho; haciendo mayor la belleza de esta entrada infinitas granjas por una parte y por otra, que en cada una se cifra un jardin terrenal, granizando azahares, mosquetas y jazmines reales. Y al mismo tiempo que ellos iban llegando á la puerta de Carmona atisbó el Cojuelo entrar por ella á caballo con vara alta, y los dos corchetes que sacó del infierno, á Cienllamas; y volviéndose á don Cleofas, le dijo:

—Aquel que entra por la puerta de Carmona es comisario de mis amos, que viene contra mí á Sevilla, menester es guardarnos.

—No se me da dos blancas, dijo don Cleofas, que yo estoy matriculado en Alcalá, y no tiene ningun tribunal jurisdiccion en mi persona; y fuera de eso, dicen que es Sevilla lugar tan confuso, que no nos hallarán, si queremos, todos cuantos hurones tienen Lucifer y Bercebú.

Entrándose en la ciudad los dos á buen paso, y guiando el Cojuelo, la barba sobre el hombro, fueron hilvanando calles, y llegando á una plazuela reparó don Cleofas en un edificio suntuoso de unas casas que tienen una portada ostentosa de alabastro y unos corredores dilatados de la misma piedra. Preguntóle don Cleofas al Cojuelo qué templo era aquel; y él le respondió que no era templo, aun cuando tenia tantas cruces de Jerusalen del mismo relieve de mármol, sino las casas de los duques de Alcalá, marqueses de Tarifa, condes de los Morales y adelantados mayores de Andalucía, cuya grandeza ha heredado hoy el gran duque de Medinaceli por falta de hijos herederos, que aunque fuera mayor no le hiciera más, que por Fox y Cerda es lo más que puede ser.

—Ya conozco ese príncipe, dijo don Cleofas, y le he visto en la córte, y es tan generoso y entendido como gran señor. Con esta plática llegaron á la cabeza del rey don Pedro, cuya calle se llama del *Candilejo*, y atravesando por Cal de Abades, la Borciguenería y plazuela del Atambor, llegaron á las calles del Agua, donde tomaron posada, que son las más recatadas de Sevilla.

En este tiempo á nuestro astrólogo ó mágico se lo habia llevado de una apoplejía el demoñuelo Zurdo, que sustituia el Cojuelo, y bajó á pedir justicia á Lucifer en el hueso del alma, con las mondaduras del cuerpo, del quebrantamiento de su redoma; y doña Tomasa, no olvidando los desaires de don Cleofas, trataba con otra requisitoria de venir á Sevilla, con un galan nuevo que tenia, soldado de los galeones, para tomar venganza, casándose con el licenciado Vireno de Madrid la Olimpa de mala mano, sabiendo que se habia escapado allá. Don Cleofas y su camarada no salian de su posada por desmentir las espías de Cienllamas y de Chispa y Redina; y subiéndose á un terrado una tarde, de los que tienen todas las casas de Sevilla, á tomar el fresco, y á ver desde lo alto más particularmente los edificios de aquella populosa ciudad, estómago de España y del mundo, que reparte á todas las provincias de ella la sustancia de lo que traga á las Indias en plata y oro, que es avestruz de la Europa, pues digiere más generosos metales, espantándose don Cleofas de aquel numeroso ejército de edificios, tan epilogado que si se derramara no cupiera en todo la Andalucía, le dijo á su compañero:

—Enséñame desde aquí algunas particulares, si se descubre á la vista. El Cojuelo le dijo:

—Ya por aquella torre que descubrimos desde tan léjos discurrirás que esa bellísima fábrica que está arrimada á ella es la iglesia mayor, y mayor templo de cuantos fabricó la antigüedad ni el siglo de ahora reconoce. No quiero decirte por menudo sus grandezas; basta afirmarte que su cirio pascual pesa ochenta y cuatro arrobas de cera, y el candelero de tinieblas, de grandeza notable, es de bron-

ce, y de tanta ostentacion y artificio, que si fuera de oro no hubiera costado tanto. Su custodia es otra torre de plata, de la misma fábrica y modelo; su trascoro no perdonó piedra exquisita y preciosa á lôs minerales; su monumento es un templo portátil de Salomon. Pero salgámonos de ella, que aun con las relaciones ni los pensamientos no podemos los demonios pasearla, y vuelve los ojos á aquel edificio que se llama la Lonja, cortada del pernil de San Lorenzo el Real, diseño de don Felipe II, y á mano derecha de ella está el Alcázar, posada real y antigua de los reyes de Castilla, fértil albergue de la primavera, de quien es ilustrísimo alcaide el conde duque de Sanlúcar la Mayor, gran atlante del Hércules de España, cuya prudentísima cabeza es el reloj del gobierno de su monarquía, que á no estar labrado el Buen Retiro, fábrica de inimitable ejemplar, por el edificio, los jardines y estanques, tuviera este palacio sevillano la primacía de todas las casas reales del mundo, poniendo en primer lugar el real salon que la majestad del rey don Felipe IV el Grande ha copiado su divina idea, donde todas las admiraciones vienen cortas, y las mayores grandezas enjauladas.

Más adelante está la casa de la Contratacion, que tantas veces se ve enladrillada de barras de oro y de plata. Luego está la casa del bizarro conde de Cantanilla, gran cortesano, galan y palaciego, airoso caballero de la plaza, crédito de sus aplausos y alegría de sus reyes, que esto confiesan los toros de Tarifa y de Jarama cuando cumplen con sus rejones como con la parroquia. Luego está junto á la puerta de Jerez la gran casa de Moneda, donde siempre hay montones de oro y de plata como de trigo, y junto á ella el aduana, tarasca de todas las mercaderías y del mundo, con dos bocas, una á la ciudad y otra al rio, donde está la torre del Oro y el muelle, chupadera de cuanto traen amontonado los galeones en los tuétanos de sus camarotes. A mano derecha está la puente de Triana, de madera, sobre trece barcos.

Más abajo pues en el márgen del celebrado rio, las Cuevas, monasterio insigne de la cartuja de San Bruno, que con profesar el silencio mudo vive á la lengua del agua. A esta otra parte sobre la orilla de Guadalquivir está Gelves, donde todos los romances antiguos de moros iban á jugar cañas, y hoy es de sus ilustres condes y del gran duque de Veragua, hijo y retrato de tan gran padre, que es para no tener á mundos miedo, Portugal y Colon, Castro y Toledo.

—Soltáronsete, dijo don Cleofas, los consonantes, camarada.

—Cuidado fué y no descuido, respondió el Cojuelo, porque me daba más que prosa el dueño de estas alabanzas. Y prosiguió diciendo : Allí es el Alamillo, donde se pescan los sábalos, albures y zollos ; y más abajo cae el Algaba de los esclarecidos marqueses de este título, de Ardales, y condes de Teba, Guzmanes en todo. De esotra parte cae el Castellar de los Ramirez y Saavedras, y á la vuelta Villamanrique de los Zúñigas, de la gran casa de Béjar, cuyo último malogrado marques fué Guzman dos veces Bueno, sobrino del gran patriarca de las Indias, capellan y limosnero mayor del rey, cuya generosa piedad se taracea con su oficio y con su sangre, y hermano del gran duque de Sidonia, cuyo solio es Sanlúcar de Barrameda, córte suya, que está ese rio abajo, siendo Narciso del Océano y generalísimo del Andalucía y de las costas del mar de España ; á

cuyo baston, y siempre planta vencedora, obedece el agua y la tierra, asegurando á su rey toda su monarquía en aquel promontorio donde asiste para blason del mundo. Y pues ya llega la noche, y de estas alabanzas no puedo salir ménos que callando para encarecerlas, dejemos para mañana lo demás : bajándose del terrado á tratar que se aderezase la cena, y á salir un poco por la ciudad á su insigne alameda, que hizo y adornó con las dos columnas de Hércules el conde de Barajas, asistente de Sevilla, y despues de Castilla dignísimo presidente.

TRANCO VIII.

Ya para ejecutar su designio habia tomado doña Tomasa, que siempre tomaba, por cumplir con su nombre y su condicion, una litera para Sevilla, y una acémila en que llevar algunos baules para su ropa blanca, y algunas galas con las del dicho galan soldado, que metiéndose los dos en la litera, partieron de Madrid como unos hermanos, con la requisitoria que hemos referido. A nuestro astrólogo no le habian dado sepultura sobre las barajas de un testamento que habia hecho unos dias ántes, y descubrieron en un escritorio unos deudos suyos, y estaba la justicia poniendo en razon esta litispendencia. Y el Cojuelo y don Cleofas, que habian dormido hasta las dos de la tarde, por haber andado rodando la noche ántes la mayor parte de ella por Sevilla, despues de haber comido algunos pescados regalados de aquella ciudad y del pan que dicen de Gallego, que es el mejor del mundo, y habiendo dormido la siesta, bien que el compañero siempre velaba, haciendo diligencias para lisonjear á su dueño en razon de su delito, se subieron al dicho terrado, como la tarde ántes, y enseñándole algunos particulares edificios á su compañero de los que habian quedado sin referir la tarde ántes en aquel golfo de pueblos, suspiró dos veces don Cleofas, y preguntóle el Cojuelo :

—¿De qué te has acordado, amigo? ¿Qué memorias te han dividido esas dos exhalaciones de fuego del corazon á la boca?

—Camarada, le respondió el estudiante, acordéme de la calle Mayor de Madrid y de su insigne paseo á estas horas, hasta dar en el Prado.

—Fácil cosa será verle, dijo el Cojuelo, tan al vivo como está pasando ahora ; pide un espejo á la huéspeda, y tendrás el mejor rato que has tenido en tu vida, que aunque yo por la posta en un abrir y cerrar de ojos te pudiera poner en él, porque las que yo conozco comen alas de viento por cebada, no quiero que dejemos á Sevilla hasta ver en qué paran las diligencias de Cienllamas y las de tu dama, que viene caminando acá, y me hallo en este lugar muy bien, porque alcanzan á él las conciencias de las Indias.

A este mismo tiempo subia á su terrado Rufina María, que así se llamaba la huéspeda, dama entre nogal y granadillo, por no llamarla mulata, gran piloto de los rumbos más secretos de Sevilla y alfaneque de volar una bolsa de breton

desde su faltriquera á las garras de tanta doncellita poniente como venian á valerse de ella. Iba en jubon de holanda blanca acuchillado, con unas enaguas blancas de cotonía, zapato de ponleví, con escarpin sin media, como es usanza en esta tierra entre la gente tapetada, que á estas horas se subia á su azotea á tocar de la tarántula, con un peine y un espejo que podia ser de armar; y el Cojuelo, viendo la ocasion, se le pidió con mucha cortesía para el dicho efecto, diciendo :

—Bien puede estar aquí la señora huéspeda, que yo sé que tiene inclinacion á estas cosas.

—¡Ay, señor! respondió la Rufina María, si son de nigromancia, me pierdo por eso, que nací en Triana, y sé echar las habas y andar el cedazo mejor que cuantas hay de mi tamaño; y tengo otros primores mejores, que fiaré de vuesas mercedes, si me la hacen, aunque todos los que son entendidos me dicen que son disparates.

—Nó dicen mal, dijo el Cojuelo, pero con todo eso, señora Rufina María, de tan gran talento se pueden fiar los que yo quiero enseñar á mi camarada; esté atenta.

Y tomando el espejo en la mano, dijo :

—Aquí quiero enseñarles á los dos lo que á estas horas pasa en la calle Mayor de Madrid, que esto solo un demonio lo puede hacer y yo. Y adviértase que en las alabanzas de los señores que pasaren, que es mesa redonda, que cada uno de por sí hace cabecera, y que no es pleito de acreedores, que tienen unos antelaciones á otros.

—¡Ay, señor! dijo la tal Rufina, comience usted, que será mucho de ver, que yo cuando niña estuve en la córte con una dama, que se fué tras de un caballero del hábito de Calatrava, que vino á hacer aquí unas pruebas, y despues me volvieron mis padres á Sevilla, y quedé con grande inclinacion á esa calle, y me holgaria de volverla á ver, aunque sea en este espejo. Apénas acabó de decir esto la huéspeda, cuando comenzaron á pasar coches, carrozas, literas, sillas y muchos caballeros á caballo, y tanta diversidad de hermosuras y de galas, que parecia que se habian soltado abril y mayo y desatado las estrellas. Y don Cleofas con tanto ojo por ver si pasaba doña Tomasa, que todavía la tenia en el corazon, sin haberse templado con tantos desengaños. ¡Oh proclive humanidad nuestra, que con los malos términos se abrasa, y con los agasajos se destempla! Pero la tal doña Tomasa á aquellas horas ya habia pasado de Illescas en su litera de dos yemas.

La Rufina María estaba sin juicio mirando tantas figuras como en aquel retrato del mundo iban representando papeles diferentes, y dijo al Cojuelo :

—Señor huésped, enséñeme al rey y á la reina, que los deseo ver, y no quiero perder esta ocasion.

—Hija, le respondió el Cojuelo, en estos paseos ordinarios no salen sus majestades, si quiere ver sus retratos al vivo, presto llegarémos adonde cumpla su deseo.

—Sea en buena hora, dijo la Rufina, y prosiguió diciendo : ¿Quién es este

caballero y gran señor que pasa ahora con tanto lucimiento de lacayos y pajes en ese coche que puede ser carroza del sol? El Cojuelo le respondió :

—Este es el almirante de Castilla don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco y conde de Medica, terror de Francia en Fuenterrabía.

—¡Ay, señor! dijo la Rufina, aquel nos echó los franceses de España. Dios le guarde muchos años.

—Él y el gran marques de los Vélez, respondió el Cojuelo, fuéron los Pelayos segundos sin segundo de su patria Castilla.

—¿Quién viene en aquella carroza que parece de la Primavera? preguntó la Rufina.

—Allí viene, dijo el Cojuelo, el conde de Oropesa y Alcaudete, sangre de Toledo, Pimentel y de la real de Portugal, príncipe de grandes partes ; y el que va á su mano derecha es el conde de Luna, su primo, Quiñones y Pimentel, señor de la casa de Benavides en Leon, hijo primogénito del conde de Benavente, que es Luna, que tambien resplandece de dia. El conde de Lemos y Andrade, marques de Sarria, pertiguero mayor de Santiago, Castro y Enriquez, del gran duque de Arjona, viene en aquel coche, tan entendido y generoso como gran señor, y en esotro el conde de Monterey y Fuentes, presidente de Italia, que ha venido de ser virey de Nápoles, dejando de su gobierno tanto aplauso á las dos Sicilias; y sucediéndole en esta dignidad el duque de las Torres, marques de Heliche y de Toral, señor del Castillo de Aviados, sumiller de corps de su majestad, príncipe de Astillano y duque de Sabioneta, que este título es el más compatible con su grandeza, á quien acompaña con no ménos sangre y divino ingenio de Italia el marques de Alcañizas, Almansa, Enriquez y Borja. Allí viene el condestable, prudentísimo Velasco, gentilhombre de la cámara de su majestad, con su hermano el marques del Fresno. El duque de Híjar le sigue, Silva y Mendoza y Sarmiento , marques de Alenquer y Ribadeo, gran cortesano y hombre de á caballo, grande en entrambas sillas, que por el último título que hemos dicho tiene privilegio de comer con los reyes la pascua de este nombre. Va con él el marques de los Balbases Epínola, cuyo apellido puso su gran padre sobre las estrellas. Allí va el conde de Altamira, Moscoso, Sandoval, gran señor y caballero en todo, caballerizo mayor de su majestad de la reina. Allí pasa el marques de Pobar Aragon con don Antonio Aragon, su hermano, del consejo de Órdenes, y del supremo de la Inquisicion. Los que atraviesan en aquel coche ahora son el marques de Jodar y el conde de Peñaranda, del Consejo Real de Castilla, ambos Simancas de la jurispericia, como de la nobleza.

—¿Quién son aquellos dos mozos que van juntos, preguntó Rufina, de una misma edad, y al parecer que llevan llaves doradas?

—El marques de la Hinojosa, respondió el Cojuelo, conde de Aguilar y señor de los Camareros, Ramirez de Arellano es el uno, y el otro es el marques de Aitona, favorecedor de música y de la poesía, que heredó hasta la posteridad de su padre, entrambos camaristas.

—¿Qué coche es aquel tan lleno que va espumando sangre generosísima en tantos bizarros mozos? preguntó la tal huéspeda.

—Es el duque del Infantado, dijo el Cojuelo, cabeza de los Mendozas y Sandoval de Varon, marques de Santillana y del Cenete, conde de Saldaña y del Real de Manzanares, hijo y retrato de tan gran padre. Los que van con él son el marques de Almenara, el más bizarro, galan y bien visto de la córte, hijo del gran marques de Orani; el almirante de Aragon, perfecto caballero; el marques de San Roman, caballero de veras, heredero del gran marques de Velada, rayo de Oran, de Holanda y Zelanda, y su hermano el marques de Salinas, que iguala el alma con el cuerpo, copias vivas de tan gran padre; y don Iñigo Hurtado de Mendoza, primo del duque del Infantado, grandes caballeros todos y señores que bien pueden alabarse á sí mismos con decir quién son, que todas las lenguas de la fama no bastan. Va con ellos don Francisco de Mendoza, gentilhombre cortesano, favorecido de todos y diestro en entrambas sillas, de la espada blanca y negra.

—¿Qué tropa es esta que viene ahora á caballo? preguntó la Rufina.

—Si pasan á espacio, te lo diré, dijo el Cojuelo; estos dos primeros son el conde de Melgar y el marques de Peñafiel, que llevan en sus títulos sus aplausos; don Baltasar de Zúñiga, el conde de Brandevilla, su hermano, hijos del marques de Mirabel, y que lo parecen en todo; el conde de Medellin, Portocarrero de Varon, y el príncipe de Arembergue, primogénito del duque de Ariscot; el marques de la Guardia, que tiene título de ángel; el marques de la Liseda, Silva y Manrique de Lara, y Diego Gomez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, marques de Villazores, Añover y Humanes; don Baltasar de Guzman y Mendoza, heredero de la gran casa de Orgaz; Árias Gonzalo, primogénito del conde de Puñonrostro, imitando las bizarrías de su padre y afianzando las imitaciones de su muy invencible abuelo. Allí viene el conde de Molina y don Antonio de Mesía de Tobar, su hermano, siendo crédito recíprocamente el uno del otro, y entre ellos don Francisco Luzon, blason de este apellido en Madrid, cuyo magnánimo corazon hallará estrecha posada en un gigante. Va con él don José de Castrejon, deudo suyo, gran caballero, y ambos sobrinos del ilustrísimo presidente de Castilla. En este coche que les sigue viene el duque de Pastrana, cabeza de los Silvas, estudioso príncipe y gran señor, con el marques de Palacios, mayordomo del rey, y descendiente único de Men Rodriguez de Sanabria, señor de la Puebla de Sanabria, mayordomo mayor del rey don Pedro; el conde de Garayal, gran señor, y el conde de Galve, su hermano del duque, molde de buenos caballeros, y en quien se hallará, si se perdiera, la cortesía. Los demás que van acompañándole son hombres insignes de diferentes posesiones, que este es siempre su séquito. Viene hablando en otro coche con el príncipe de Esquilache su tio, y con el duque de Villahermosa don Cárlos, su hermano, este del Consejo de Estado de su majestad, y esotro príncipe de los ingenios. Va con ellos el duque mozo de Villahermosa don Fernando, en quien lo entendido y lo bizarro corren parejas, y don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa, de la cámara de su majestad, con veinte y dos

cursos de virey, que se puede graduar de Caton Uticense y Censorino. Allí viene el marques de Santa Cruz, Neptuno español y mayordomo mayor de la reina, nuestra señora. Aquel es el conde de Alba de Aliste, con el marques de Tabara y el conde de Puñonrostro; tras ellos el duque de Nochera, Héctor napolitano y gobernador hoy de Aragon. En ese coche que se sigue viene el conde de Coruña, Mendoza y Hurtado, de las nueve Musas, honra de los consonantes castellanos, en compañía del conde de la Puebla de Montalvan, Pacheco y Giron. Allí el marques de Malagon, Ulloa, Saavedra y el marques de Malpica, Barroso y Ribera, y el de Fromista, padre del marques de Caracena, celebrado por Marte castellano en Italia, y el conde de Orgaz, Guzman y Mendoza de Santo Domingo, y San Ildefonso, todos mayordomos del rey. Aquel que va en aquel coche es el marques de Floresdávila, Zúñiga y Cueva, tio del gran duque de Alburquerque, que hoy está sirviendo con una pica en Flándes, capitan general de Oran, donde fué asombro del África, levantando las banderas de su rey veinte y cinco leguas dentro de la Barbaría. Allí va el conde de Castrollano, napolitano Adónis. Allí va el conde de Garcies Quesada y andaluz bizarro, el marques de Belmar, el marqués de Tarazona, conde de Ayala, Toledo y Fonseca; el conde de Santistéban y Cocentaina, y el conde de Cifuentes, divinos ingenios; el conde de la Calzada, y tras él el duque de Peñaranda, Sandoval y Zúñiga; y en esotro coche don Antonio Luna y don Claudio Pimentel, del consejo de Órdenes, Cástor y Polux de la amistad y de la generosidad.

—¡Ay, señor! aquel que pasa en aquel coche, dijo la Rufina, si no me engaño, es de Sevilla, y se llama Luis Ponce de Sandoval, marques de Val de Encinas, y como que me crié en su casa. El Cojuelo le respondió:

—Es muy gran caballero y el más bienquisto que hay en esta tierra, ni en la córte, que no es pequeño encarecimiento. Y aquel con quien va es el marques de Ayamonte, estirado título de Castilla, y Zúñiga de Varon, y no ménos que él es ese que viene en ese coche, el conde de la Puebla del Maestre, que tiene más maestres en su sangre que condes, mozo de grandes esperanzas, y lo fuera de mayores posesiones si tuviera de su parte la atencion de la fortuna. Allí pasa el conde de Castrillo Haro, hermano del gran marques del Carpio, presidente de Indias, y tras él el marques de Ladrada y el conde de Baños, padre é hijo, Cerdas, de la gran casa de Medinaceli. Esotro es el marques de los Trujillos, bizarro caballero, y tras ellos el conde de Fuensalida con don Jaime Manuel, de la cámara de su majestad, y hermano del duque de Maqueda y Nájera, que hoy gobierna el tridente de ambos mares.

—Dígame usted, señor licenciado, dijo la Rufina, ¿qué casas suntuosas son estas que están en frente de estas joyerías?

—Son del conde de Oñate, dijo el Cojuelo, timbre esclarecidísimo de los Ladrones de Quevara, Mercurio mayor de España y conde de Villamediana, hijo de un padre que hace emperadores, y es hoy presidente de Órdenes.

—Y aquellas gradas que están en frente, prosiguió Rufina, tan llenas de gente, ¿de qué templo son ó qué hacen allí tanta variedad de hombres vestidos de diferentes colores?

—Aquellas son las gradas de San Felipe, respondió el Cojuelo, convento de San Agustin, que es el mentidero de los soldados, de donde salen las nuevas primero que los sucesos.

—¿Qué entierro es este tan suntuoso, preguntó don Cleofas, que pasa por la calle Mayor? que estaba tan aturdido como la mulata.

—Este es el de nuestro astrólogo, respondió el Cojuelo, que ayunó toda su vida, para que se le coman todos estos en su muerte; y siendo su retiro tan grande cuando vivió, ordenó que le paseasen por la calle Mayor despues de muerto en el testamento que hallaron sus parientes.

—Bellaco coche, dijo don Cleofas, es un ataud para ese paseo.

—Los más ordinarios son esos, dijo el Cojuelo, y los que ruedan más en el mundo. Y ahora me parece, prosiguió diciendo, que estarán mis amos ménos indignados conmigo, pues la prenda que solicitaban por mí la tienen allá hasta que vaya esotra mitad, que es el cuerpo, á regalarse en aquellos baños de piedra azufre.

—Con sus tizones se lo coma, dijo don Cleofas, y la Rufina estaba absorta mirando su calle Mayor, que no les entendió la plática; y volviéndose á ella el Cojuelo, le dijo:

—Ya vamos llegando, señora huéspeda, donde cumpla lo que desea, que es la Puerta del Sol y la Plaza de Armas de la mejor fruta que hay en Madrid. Aquella bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en pleito de acreedores, están los aguadores gallegos y coritos gozando de sus antelaciones para hinchir de agua sus cántaros. Aquella es la Victoria, de frailes mínimos de San Francisco de Paula, retrato de aquel humilde y seráfico portento que en el palacio de Dios ocupa el asiento de nuestro soberbio príncipe Lucifer; y mira en frente los retratos que yo la prometí enseñar (sin estar la dicha mulata en la plática que hácia don Cleofas habia dirigido el tal Cojuelo), y diciendo:

—¡Qué linda hilera de señores, que parece que están vivos!

—El rey nuestro señor es el primero, dijo el Cojuelo.

—¡Qué hombre está! dijo la mulata. ¡Qué bizarros bigotes tiene! ¡Y cómo parece rey en la cara y en el arte! ¡Qué hermosa que está junto á él la reina nuestra señora, y qué bien vestida y tocada! Dios nos la guarde. Aquel niño de oro que se sigue luego ¿quién es?

—El príncipe nuestro señor, dijo don Cleofas, que pienso que lo crió Dios en la turquesa de los ángeles.

—Dios le bendiga, replicó Rufina, y mi ojo no le haga mal; y viviendo más que el mundo nunca herede á su padre, y viva su padre más siglos que tiene almenas en su monarquía. ¡Ay, señor! replico Rufina, ¿quién es aquel caballero, que al parecer está vestido á lo turquesco, con aquella señora tan linda al lado vestida á la española?

—Nó es, dijo el Cojuelo, traje turquesco, que es la usanza húngara, como ha sido rey de Hungría, que es Ferdinando de Austria, cesáreo emperador de Alemania y rey de romanos, y la emperatriz su esposa María, serenísima infan-

ta de Castilla, que hasta los demonios, volviéndose á don Cleofas, celebramos sus grandezas.

—¿Quién es aquel de tan hermosa cara y tan alentadas guedejas, preguntó la mulata, que está tambien en la cuadrilla vestido de soldado, tan galan, tan bizarro y tan airoso, que se lleva los ojos de todos y tiene tanto auditorio mirándole?

—Aquel es el serenísimo infante don Fernando, respondió el Cojuelo, que está por su hermano gobernando los estados de Flándes, y es arzobispo de Toledo y cardenal de España, y ha dado al infierno las mayores entradas de franceses y holandeses que ha tenido jamás, despues que se representa en él la eternidad de Dios, aunque entren las de Jérjes y Darío, y pienso que ha de hacer dar grada á mujeres de las luteranas, calvinistas y protestantes que siguen la secta de sus maridos, tanto, que los más de los dias vuelve el dinero el purgatorio.

—Gana me da, si pudiera, dijo la mulata, de darle mil besos.

—En país está, dijo don Cleofas, que tendrá el original bastante mercadería de eso, que esta ceremonia dejó Júdas sembrada en aquellos países.

—¡Oh cómo me pesa, dijo la Rufina, que va anocheciendo y encubriéndose el concurso de la calle Mayor!

—Ya todo ha bajado al Prado, dijo el Cojuelo, y no hay nada que ver en ella; tome usted su espejo, que otro dia le enseñarémos el rio de Manzanares, que se llama rio porque se rie de los que van á bañarse en él, no teniendo agua, que solamente tiene regalada arena, y pasa el verano de noche como rio navarrisco, siendo el más merendado y cenado de cuantos rios hay en el mundo.

—El de más caudal es él, dijo don Cleofas, pues lleva más hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares.

—Ya me espantaba yo, dijo el Cojuelo, que no volvais por tu rio; respóndele eso al vizcaíno que dijo: O vende puente, ó compra rio.

—Nó ha menester mayor rio Madrid, dijo don Cleofas, pues hay muchos en él que se ahogan en poca agua, y en ménos se ahogara aquel regidor que entró en el ayuntamiento de las ranas del molino quemado.

—¡Qué galante eres, dijo el Cojuelo, don Cleofas, hasta con tus regidores!

Bajándose con esto de la azotea, y la Rufina protestando al Cojuelo que le habia de cumplir la palabra el dia siguiente. Todo lo cual y lo demás que sucediere se deja para estotro tranco.

TRANCO IX.

Y saliéndose al ejercicio de la noche pasada, aunque las calles de Sevilla en la mayor parte son hijas del laberinto de Creta, como el Cojuelo era el Teseo de todas, sin el ovillo de Ariadna, llegaron al barrio del Duque, que es una

plaza más ancha que las demás, ilustrada de las ostentosas casas de los duques de Sidonia, como lo muestra sobre sus armas, y coronel un niño con una daga en la mano, segundo Isaac en el hecho, como esotro en la obediencia, en el dicho, que murió sacrificado á la lealtad de su padre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, alcaide de Tarifa; aposento siempre de los asistentes de Sevilla, y hoy del que con tanta aprobacion lo es el conde de Salvatierra, gentilhombre de la cámara del señor infante don Fernando y segundo Licurgo de gobierno. Y al entrar por la calle de las Armas, que se sigue, luego á siniestra mano, en un gran cuarto bajo, cuyas rejas rasgadas descubrian algunas luces, vieron mucha gente de buena capa, sentados con grande órden, y uno en una silla con un bufete delante, una campanilla, recado de escribir y papeles y dos acólitos á los lados y algunas mujeres con mantos, de medio ojo, sentadas en el suelo, que era un espacio que hacian los asientos; y el Cojuelo le dijo á don Cleofas:

—Esta es una academia de los mayores ingenios de Sevilla, que se juntan en esta casa á conferir cosas de la profesion y hacer versos á diferentes asuntos; si quieres, pues eres hombre inclinado á esta habilidad, éntrate á entretener dentro, que por huéspedes y forasteros no podemos dejar de ser muy bien recibidos. Don Cleofas le respondió:

—En ninguna parte nos podemos entretener tanto, entremos norabuena. Y trayendo en el aire, para entrar más de rebozo, el Cojuelo dos pares de anteojos, con sus cuerdas de guitarra para las orejas, que se los quitó á dos descorteses, que con este achaque palian su descortesía, que estaban durmiendo, por ejercerla de noche y de dia, entraron muy severos en la dicha academia, que patrocinaba, con el agasajo que suele, el conde de Torre Ribera y Saavedra y Guzman, cabeza y varon de los Riberas. El presidente era Antonio Ortiz Melgarejo, de la insignia de San Juan, ingenio eminente en la música y en la poesía, cuya casa fué siempre el museo de la poesía y de la música. Era secretario Alvaro Cubillo, ingenio granadino, que habia venido á Sevilla á algunos negocios de su importancia, excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen, y Blas de las Casas era fiscal, espíritu divino en lo divino y humano. Eran entre los demás académicos conocidos don Cristóbal de Rosas y don Diego de Rosas, ingenios peregrinos que han honrado el poema dramático, y don García Coronel y Salcedo, Fénix de las letras humanas y primer Píndaro andaluz.

Levantáronse todos cuando entraron los forasteros, haciéndolos acomodar en los mejores lugares que se hallaron. Y sosegada la academia al repique de la campanilla del presidente, habiendo referido algunos versos de los sugetos que habian dado en la pasada y que daban fin en los que entónces habia leido, con una silva al Fénix, que leyó doña Ana Caro, décima musa sevillana, les pidió el presidente á los dos forasteros que por honrar aquella academia repitiesen algunos versos suyos, que era imposible dejar de hacerlos muy buenos los que habian entrado á oir los pasados; y don Cleofas, sin hacerse más de rogar, por parecer castellano entendido y cortesano de nacimiento, dijo:

—Yo obedezco con este soneto que escribí á la gran máscara del rey nuestro

señor, que se celebró en el Prado alto, junto al Buen Retiro, tan grande anfiteatro, que borró la memoria de los antiguos griegos y romanos. Callaron todos, y dijo en alta voz, con accion bizarra y airoso ademan, de esta suerte :

SONETO.

Aquel que más allá de hombre vestido,
De sus propios augustos esplendores, -
Al sol por virey tiene, y en mayores
Climas su nombre estrecha esclarecido;
Aquel que sobre un céfiro nacido,
Entre los ciudadanos, moradores
Del Bétis, á quien más que pació flores
Plumas para ser pájaro ha bebido;
Aquel que á luz y á tornos desafía,
En la mayor palestra que vió el suelo,
Cuanta le ve estrellada monarquía,
Es, á pesar del bárbaro desvelo,
Felipe el Grande, que árbitro del dia,
Está partiendo imperios con el cielo.

Aplaudiéndolo toda la academia con vítores y un dilatado estruendo festivo, y apercibiéndose el Cojuelo para otro, destosiéndose , como es costumbre, dijo de este modo á un sastre , tan caballero que no queria cortar los vestidos de sus amigos, remitiéndolos á su maese barrilete :

SONETO.

Pánfilo, ya que los eternos dioses,
Por el secreto fin de su juicio,
No te han hecho tribuno ni patricio,
Con que á la dignidad del César oses;
Razon será que el ánimo reposes,
Haciendo en tí oblacion y sacrificio,
Que dicen que no acudes á tu oficio,
Estos que cortan lo que tú no coses.
Los ojos vuelve á tu primer estado,
Las togas cose, y de vestir las deja,
Que un plebeyo no aspira al consulado.
Esto, Pánfilo, Roma te aconseja,
No digan que de plumas que has hurtado
Te has querido vestir como corneja.

El soneto fué aplaudido de toda la academia, diciendo los más noticiosos de ella que parecia epígrama de Marcial, ó en su tiempo compuesto de algun poeta que le quiso imitar ; y otros dijeron que adolecia del doctor de Villahermosa, divino Juvenal aragonés; pidiendo el conde de la Torre á don Cleofas y al Cojuelo que honrasen aquella junta lo que estuviesen en Sevilla y que dijesen los

nombres supuestos con que habian de asistirla, como se usó en la Corusca y en las academias de Capua, de Nápoles, de Roma y de Florencia en Italia y como se acostumbraba en aquella. Don Cleofas dijo que se llamaba el Engañado y el Cojuelo el Engañador, sin entenderse el fundamento que tenian los dos nombres, y repartiendo los asuntos para la academia venidera, nombraron por presidente de ella al Engañado, y por fiscal al Engañador, porque el oficio de secretario no se mudaba, haciéndoles esta lisonja por forasteros y porque les pareció á todos que eran ingenios singulares. Y sacando una guitarra una dama de las tapadas, templada sin sentirlo, con otras dos, cantaron á tres voces un romance excelentísimo de don Antonio de Mendoza, soberano ingenio montañés y dueño eminentísimo del estilo lírico, á cuya divina música vendrán estrechos todos los agasajos de su fortuna. Con que se acabó la academia de aquella noche, dividiéndose los unos de los otros para sus posadas, aunque todavía era temprano, porque no habian dado las nueve, y don Cleofas y el Cojuelo se bajaron hácia la alameda, con pretexto de tomar el fresco en el Almenilla, baluarte bellísimo que resiste á Guadalquivir, para que no anegue aquel gran pueblo en las contínuas y soberbias avenidas suyas. Y llegando á vista de San Clemente el Real, que estaba en el camino á mano izquierda, convento ilustrísimo de monjas, que son señoras de todo aquel barrio y de vasallos fuera de él, patronazgo magnífico de los reyes, fundado por el santo rey Fernando, porque el dia de su advocacion ganó aquella ciudad de los moros, le dijo el Cojuelo á don Cleofas:

—Este real edificio es jaula sagrada de un serafin ó Serafina, que fué primero dulcísimo ruiseñor del Tajo, cuya divina y extranjera voz no cabe en los oídos humanos, y sube en simétrica armonía á solicitar la capilla empírea, prodigio nunca visto en el diapason ni en la naturaleza; pero no por eso privilegiada de la envidia.

A estos hipérboles iba dando carrete, verdades pocas veces ejecutadas de su lengua, cuando al revolver otra calle, pocas veces paseada á tales horas de nadie, oyeron grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo en una casa baja, edificio humilde, que se indiciaba de jardin, por unas pequeñas verjas de una reja algo alta del suelo, que malparia algunos relámpagos de luces, escasamente conocidos de los que pasaban. Y preguntóle al Cojuelo don Cleofas qué casa era aquella donde habia tanto regocijo á aquellas horas. El Diablillo le respondió:

—Este se llama el garito de los pobres, que aquí se juntan ellos y ellas, despues de haber perdido todo el dia, á entretenerse y á jugar y á nombrar los puestos donde han de mendigar esotro dia, porque no se encuentren unas limosnas con otras; entrémonos dentro y nos entretendrémos un rato, que sin ser vistos ni oidos, haciéndonos invisibles con mi buena maña, hemos de registrar este conclave de San Lázaro. Y con estas palabras, tomando á don Cleofas por la mano, se entraron por un balconcillo que á la mano derecha tenia la enemiga habitacion; porque en la puerta tenian puesto portero, porque no entrasen más de los que ellos quisiesen y los que fuesen señalados de la mano de Dios; y bajando por un caracolillo á una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salian

á un jardinillo de ortigas y malvas, como de gente que habia nacido en ellas, lo hallaron ocupado, con mucha órden, de los pobres que habian venido, comenzando á jugar al rento y limetas de vino de Alánis y Cazalla, que en aquel lugar nunca lo hay razonable; y algunos mirones sentados tambien y en pié. La mesa sobre que se jugaba era de pino, con tres piés y otro supuesto, que podia pedir limosna con ellos, un candelero de barro, con una antorcha de brea, y los naipes con dos dedos de moho hacian ceniza de puro manejados de aquellos príncipes; y el barato que se sacaba se iba poniendo sobre el candelero. Á estotra parte estaba el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto, de retorno del invierno pasado, tan remendados todos y todas, que parece que les habian cortado de vestir de jaspes de los muladares. Y entrando don Cleofas y su compañero y diciendo una pobra, fué todo uno:

—Ya viene el Diablo Cojuelo. Alteróse pues don Cleofas, y dijo á su camarada:

—Juro á Dios que nos han conocido.

—Nó te sobresaltes, respondió el Diablillo, que no nos han conocido ni nos pueden ver, como te previne, que el que ha dicho la pobra que viene es aquel que entra ahora, que trae una pierna de palo y una muleta en la mano, y se viene quitando la montera, y entre ellas le llaman el Diablo Cojuelo por mal nombre, que es un trapaza, embustero y ladron, y estoy harto cansado con él y con esotros porque le nombran así; que es una sátira que me han hecho con esto, y que yo he sentido mucho; pero esta noche pienso que me lo ha de pagar, aunque sea con la mano del gato, como dicen.

—Muy grande atrevimiento, dijo don Cleofas, ha sido quererlas apostar contigo, siendo tú el demonio más travieso del infierno, y no te la hará nadie que no te la pague.

—Estos pobres, dijo el Cojuelo, como son de Sevilla, campan tambien de valientes, y reñirán con los diablos; pero no se alabará, si yo puedo, este de haber salido horro de esta chanza, que en el mundo se me han atrevido solamente tres linajes de gentes: representantes, ciegos y pobres, que los demás embusteros y gente de este género pasan por demonios como yo.

En esto se habia acomodado ó sentádose en el suelo el Pié de palo, Diablo Cojuelo, segundo de este nombre, diciendo muchas galanterías á las damas. Y entró el Morciélago, llamado así porque pedia de noche á gritos por las calles, con Sopa en vino, que le habia encontrado agazapado en una taberna, y sacado por el rastro de los mosquitos que de él salian, como de la cuba de Sahagun. Convidóles con su asiento el Chicharron y el Gallo: el uno que cantaba pidiendo por las fiestas en verano y despertando los lirones; el otro mendigaba por las madrugadas, y tomando el suelo por mejor asiento, porque cualquiera cosa más alta los desvanecia. Y estando en esto, entró un pobre en un carreton á quien llamaban el Duque, y todos se levantaron, ellos y ellas, á hacerle cortesía; y él, quitándose un sombrerillo que habia sido de un carril de un pozo, dijo:

—Por mi amor que se estén quedos y quedas, ó me volveré á ir. Temieron

el desfavor; y acercándose el muchacho que le traia el carreton á la mesa donde se jugaba, pidió cartas. Faraon, que era uno de los del juego, llamado de esta suerte porque pedia con plagas á las puertas de las iglesias, y el Sargento, nombrado así porque tenia un brazo ménos, le dijeron que los dejase jugar su excelencia, que estaban picados, que despues harian lo que les mandaba; viniéndose el Duque con el marques de los Chapines, que era un pobre que andaba arrastrando, y de la cintura arriba muy galan, y estaba entreteniendo las damas, diciendo:

—Con vusía me vengo, que está más bien parado; y á ninguno de los dos les habian las damas menester para nada. La Postillona, llamada así porque pedia á las veinte limosna, no dejando calle ni barrio que no anduviese cada dia, tuvo palabras con la Berlinga, tan larga como el nombre, que habia sido senda de Esgueva á Zapardiel, sobre celos del Duque; y la Paulina, que apellidaban así porque maldecia á quien no le daba limosna, se picó con la Galeona, que llamaban de esta suerte porque andaba artillada de niños que alquilaba para pedir, sobre haber dicho unas malas palabras al Marques, sin dar causa su señoría á ello, metiéndose la Lagartija y la Mendruga á revolverlas más, y el Pié de palo á las vueltas con las Fuerzas de Hércules, que eran dos pobres uno sobre otro, que á no meterse Zampalimosnas, que era el garitero, de por medio, y Pericon el de la Barqueta, y Embudo el Temerario, Tragadardos, Zancayo, Peruétano y Ahorcasopas, hubiera un paloteado, entre los pobres y pobras, de los diablos. El Duque y el Marques interpusieron sus autoridades, y para quitarlo de todo punto enviaron por un particular, que trajo luego Pié de palo, para pagarlo de bonete, que fuéron unos ciegos y una gaita zamorana, que muy cerca de allí se recogian, que fué menester pagárselo adelantado porque se levantasen, y se concertó en treinta cuartos, y dijo el Duque que no se habia pagado tan caro particular jamás, por vida de la Duquesa. Y al mismo tiempo que entró Pié de palo con el particular, se entró tras ellos Cienllamas, con la vara en la pretina, y Chispa y Redina con él, preguntando:

—¿Quién es aquí el Diablo Cojuelo? Que he tenido soplo que está aquí en este garito de los pobres, y no me ha de salir ninguno de este aposento hasta reconocerlos á todos, porque me importa hacer esta prision. Los pobres y las pobras se escarapelaron viendo la justicia en su garito; y el verdadero Diablo Cojuelo, como quien deja la capa al toro, dejó á Cienllamas cebado con el pobrismo, y por el caracolillo se volvieron á salir del garito él y don Cleofas.

—Este es, dijo el Duque, señalando á Pié de palo, que nosotros ni hombres como nosotros, no hemos dé defender de la justicia á hombres tan delincuentes, tomando venganza de algunos embustes que les habia hecho en las limosnas de la sopa de los conventos; y agarrando con él Chispa y Redina, comenzó á pedir iglesia á grandes voces Pié de palo, que en un bodegon hiciera lo mismo, queriendo darles á entender que era ermita, y no garito, donde estaban, y que todos y todas habian venido á hacer oracion á ella. El tal Cienllamas y Chispa y Redina comenzaron á sacarle arrastrando, diciéndole, entre algunos puñetes y mojicones:

—Nó penseis, ladron, que os habeis de escapar con esos embustes de nuestras manos, que ya os conocemos. Entónces el Conde, metiendo las manos en los chapines, dijo:

—¿Porqué hemos de consentir que no contradiga el Duque que lleve preso un alguacil á un pobrete como el Cojuélo? Por vida de la Condesa que no le ha de llevar, y haciéndose los demás pobres y pobras de su parte y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes á oscuras, tocándoles los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, á cuyo són no se oian los unos á los otros, acabando la culebra con el dia y con desaparecerse los apaleados.

TRANCO X.

En este tiempo llegaban á Gradas don Cleofas y su camarada, tratando de mudarse de aquella posada, porque ya tenia rastro de ellos Cienllamas, cuando vieron entrar por la posta, tras un postillon, dos caballeros soldados vestidos á la moda, y díjole el Cojuelo á don Cleofas:

—Estos van á tomar posada y apearse á Caldevayona ó á la Pagería, y es tu dama y el soldado que viene en su compañía, que por acabar más presto la jornada, dejaron la litera y tomaron postas.

—Juro á Dios, dijo don Cleofas, que lo he de ir á matar ántes que se apee y á cortarle las piernas á doña Tomasa.

—Sin riesgo tuyo se hará todo eso, dijo el Cojuelo, ni sin tanta demostracion pública; gobiérnate por mí ahora, que yo te dejaré satisfecho.

—Con eso me has templado, dijo don Cleofas, que estaba loco de celos.

—Ya sé qué enfermedad es esa, pues se compara á todo el infierno junto, dijo el Diablillo, vámonos á casa de nuestra mulata, almorzarás y conmutarás en sueños la pendencia; y acuérdate que has de ser presidente de la academia, y yo fiscal.

—Pardiez, dijo don Cleofas, todo se me habia olvidado con la pesadumbre; pero es razon que cumplamos nuestras palabras como quien somos. Y habiéndose mudado de la posada de Rufina otro dia á otra de la Morería, más recatada, pasaron los que faltaron para la academia en estudiar y escribir los sujetos que les habian dado y en hacer don Cleofas una oracion para preludio de ella, como es costumbre y obligacion de las presidéncias de tales actos; y llegado el dia, se aderezaron lo mejor que pudieron, y al anochecer partieron á la palestra donde les esperaban todos los ingenios con admiraciones de los suyos, y con los mismos antojos de la preñez pasada se fuéron sentando en los lugares que les tocaban; y haciendo señal con la campanilla para obligar al silencio, don Cleofas, llamado el Engañado en la academia, hizo una oracion excelentísima en verso de silva, cuyos números ataron los oídos al aplauso, y desataron los asombros á

sus alabanzas. Y en pronunciando la última palabra, que es el *Dixi*, volviendo á resonar el pájaro de plata, dijo:

—Yo quiero parecer presidente en publicar ahora, despues de mi oracion, unas pragmáticas que guarden los divinos ingenios que me han constituido en esta dignidad, leyendo de esta manera un papel que traia doblado en el pecho: *Pragmáticas y ordenanzas que se han de guardar en la ingeniosa academia sevillana desde hoy en adelante.*

Y porque se celebren y publiquen con la solemnidad que es necesaria, sirviendo de atabales los cuatro vientos, y de trompetas el músico de Tracia, tan marido que por su mujer *descendit ad inferos;* y Arion, que, siendo de los piratas con quien navega arrojado al mar por robarle, le dió un delfin en su escamosa espalda, al són de su instrumento, jamugas para que no naufragase, *et cetus, et Amphion Thebanae conditor urbis;* y pregonera la Fama, que penetra provincias y elementos, y secretario que se las dicte Virgilio Maron, príncipe de los poetas, digan de esta suerte:

«Don Apolo, por la gracia de la poesía, rey de las musas, príncipe de la Aurora, conde y señor de los oráculos de Délfos y Delo, duque del Pindo, archiduque de las dos Frentes del Parnaso, y marques de la fuente Cavalina, etc. A todos los poetas heróicos, épicos, trágicos, cómicos, ditirámbicos, dramáticos, autistas, entremeseros, bailinistas y villancieres, y los demás del nuestro dominio, así seglares como eclesiásticos, salud y consonantes. Sepades, como advirtiendo los grandes desórdenes y desperdicios con que han vivido hasta aquí los que manejan nuestros ritmos, y que son tantos los que sin temor de Dios y de sus conciencias componen, escriben y hacen versos, salteando y capeando de noche, y decir los estilos, conceptos y modos de decir de los mayores, no imitándolos con la templanza y perífrasis que aconseja Aristóteles, Horacio y César Escalígero y los demás censores que nuestra poética advierten, sino remendándose con centones de los otros y haciendo mohatras de versos, fullerías y trapazas. Y para poner remedio en esto, como es justo, ordenamos y mandamos lo siguiente:

«Primeramente, se manda que todos escriban con lenguas castellanas, sin introducirlas de otras lenguas; y que el que dijere fulgor, livar, númen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula, amago y dilio, ni otras de esta manera, ni introdujere proposiciones desatinadas, quede privado de poeta por dos academias, y á la segunda vez confiscadas sus sílabas y sembrados de sal sus consonantes, como traidores á su lengua materna.

«Item, que nadie lea sus versos en idioma de járabe ni con gárgaras de algarabía en el gutur, sino en nuestra castellana pronunciacion, pena de no ser oidos de nadie.

«Item, por cuanto celebraron el Fénix en la academia pasada en tantos géneros de versos, y en otras muchas ocasiones lo han hecho otros, levantándole testimonios á este ave, y llamándola hija y heredera de sí propia, pájaro del sol, sin haberle tomado una mano ni haberla conocido sino es para servirla, ni haber ningun testigo de vista de su nido, y ser alarbe de los pájaros, pues en ninguna

region ha encontrado nadie su aduar. Mandamos que se ponga perpétuo silencio en su memoria, atento que es la alabanza supersticiosa y pájaro de ningun provecho para nadie; pues ni sus plumas sirven en las galas cortesanas ni militares, ni nadie ha escrito con ellas, ni su voz ha dado música á ningun melancólico, ni sus pechugas alimento á ningun enfermo, que es pájaro duende, pues dicen que le hay y no le encuentra nadie, y ave solamente para sí; finalmente, sospechosa de su sangre, pues no tiene abuelo que no haya sido quemado. Estando en el mundo el pájaro celeste, el cisne, el águila, que no era bobo Júpiter, pues la eligió por su embajatriz; la garza, el neblí, la paloma de Vénus, el pelícano, afrenta de los miserables, y finalmente, el capon de leche, con quien los demás son unos pícaros; este sí que debe alabarse, y mátenle un fénix á quien sea su devoto cuando tenga más necesidad de comer. Dios se lo perdone á Claudiano, que celebró esta necedad imaginada para que todos los poetas pecasen en ella.

«Item, porque á nuestra noticia ha venido que hay un linaje de poetas y poetisas hácia palaciegos, que hacen más estrecha vida que los monjes del Paular, porque con ocho ó diez vocablos solamente, que son crédito, descrédito, recato, desperdicio, ferrion, desman, atento, valido, desvalido, baja fortuna, estar falso, explayarse, quieren expresar todos sus conceptos y dejar á Dios solamente que los entienda. Mandamos que se les dén otros cincuenta vocablos más de ayuda de costa del tesoro de la academia para valerse de ellos, con tal que, si no lo hicieren, caigan en pena de menguados y de no ser entendidos, como si hablaran en vascuence.

«Item, que en las comedias se quite el desmensurarse los embajadores con los reyes, y que de aquí adelante no le valga la ley del mensajero. Que ningun príncipe en ellas se finja hortelano por ninguna infanta, y que á las de Leon se les vuelva su honra con chirimías, por los testimonios que las han levantado. Que los lacayos graciosos no se entremetan con las personas reales, sino es en el campo ó en las calles de noche, que para querer dormirse, sin qué ni para qué, no se diga: Sueño me toma, ni otros versos por el consonante, como decir: Ha rey porque es justísima ley, ni ha padre porque á mi honra más cuadre, ni las demás; á furia me provoco aquí, para entre los dos, y otras vilidades, ni que se disculpen sin disculparse, diciendo: Porque un consonante obliga á lo que el hombre no piensa. Y al poeta que en ellas incurriere de aquí adelante, la primera vez le silben, y la segunda sirva á su majestad con dos comedias en Oran.

«Item, que los poetas más antiguos se repartan por sus turnos á dar limosna de sonetos, canciones, madrigales, silvas, décimas, romances y todos los demás géneros de versos á poetas vergonzosos que piden de noche, y á recoger los que hallaren enfermos, comentando, ó perdidos en las soledades de don Luis de Góngora. Que haya una portería en la academia por donde se dé la sopa de versos á los poetas mendigos.

«Item, que se instituya una hermandad y peralvillo contra los poetas monteses y jabalíes.

«Item, mandamos que las comedias de moros se bauticen dentro de cuarenta dias, ó salgan del reino.

«Item, que ningun poeta por necesidad ni amor pueda ser pastor de cabras ni de ovejas ni otra res semejante, salvo si fuere tan hijo pródigo que, disipando sus consonantes en cosas ilícitas, quedare sin ninguno sobre qué caer poeta; mandamos que en tal caso, en pena de su pecado, guarde cochinos.

«Item, que ningun poeta sea osado á hablar mal de los otros sino es dos veces en la semana.

«Item, que al poeta que hiciera poema heróico no se le dé de plazo más que año y medio, y lo que más tardare se entienda ser falta de la musa. Que á los poetas satíricos no se les dé lugar en las academias, y se tengan por poetas bandidos y fuera del gremio de la poesía noble, y que se pregonen las tallas de sus consonantes como de hombres facinerosos á la república. Que ningun hijo de poeta que no hiciere versos no pueda jurar por vida de su padre, porque parece que no es su hijo.

«Item, que el poeta que sirviere á señor alguno muera de hambre por ello. Y al fin, estas pragmáticas y ordenanzas se obedezcan y ejecuten como si fueran leyes establecidas de nuestros príncipes, reyes y emperadores de la poesía.

«Mándase pregonar porque venga á noticia de todos.»

Celebradísimo fué el papel del Engañado por peregrino y caprichoso, sacando al mismo tiempo que le acababa otros del pecho del Engañador, llamado así en la academia y en los tres hemisferios, y fiscal de la presente, que decia desta manera:

«Pronóstico y lunario del año que viene al meridiano de Sevilla y Madrid, contra los poetas, músicos y pintores. Compuesto por el Engañador, académico de la insigne academia del Bétis, y dirigido á Perico de los Palotes, protodemonio y poeta de Dios te la depare buena.»

Interrumpiendo estas últimas razones un alguacil de los veinte, guarnecido de corchetes, y tantos que si fueran de plata pudiera competir con la capitana y almiranta de los galeones, cuando vuelven de retorno con las entrañas del Potosí, y los corazones de los que los esperan y los traen. Doña Tomasa y su soldado, como entraron por la posta para entrar á la vista de la ejecucion de su requisitoria, la academia se alteró con la intempestiva visita, y el atrevido alguacil dijo:

—Vuesas mercedes no se alboroten, que yo vengo á hacer mi oficio y á prender no ménos que al señor presidente, porque es órden de Madrid y la he de hacer de Evangelio. Palotearon los académicos, y don Cleofas se espeluzó tanto cuanto; y el fiscal, que era el Cojuelo, le dijo:

—Nó te sobresaltes, don Cleofas, y déjate prender, no nos perdamos en esta ocasion, que yo te sacaré á paz y salvo de todo. Y volviendo á los demás, les dijo lo mismo y que no convenia en aquel lance resistencia ninguna, que si fuera menester, el Engañado y él meterian á todos los alguaciles de Sevilla las cabras en el corral.

—Hombre hay aquí, dijo un estudianton del Córpus, graduado por la feria y el pendon verde, que si es menester no dejará oreja de ministro á manteazos, siendo yo el menor de todos estos señores. El alguacil trató de su negocio sin meterse en más dimes ni diretes, deseando más que hubiese dares y tomares. Y

doña Tomasa estuvo, empuñada la espada y terciada la capa á punto de pelear, al lado de su soldado, que era sobre alentada muy diestra como habia tanto que jugaba las armas, hasta que vió sacar preso al que le negaba la deuda, libre de polvo y paja. El Cojuelo se fué tras ellos, y la academia se malogró aquella noche y murió de viruelas locas.

El Cojuelo, arrimándose al alguacil, le dijo aparte, metiéndole un bolsillo en la mano de trecientos escudos:

—Señor mio, usted ablande su cólera con este diaquilon mayor, que son ciento y cincuenta doblones de á dos, respondiéndole el alguacil al mismo tiempo que los recibió:

—Ustedes perdonen el haberme equivocado, y el señor licenciado se vaya libre y sin costas más de las que le hemos hecho, que yo me he puesto á un riesgo muy grande, habiendo errado el golpe. El soldado y la señora doña Tomasa, que tambien habian regalado al alguacil, por más protestas que le hicieron entónces, no le pudieron poner en razon, y ya á estas horas estaban los dos camaradas tan léjos de ellos que habian llegado al rio, y al pasaje, que llaman, por donde pasan de Sevilla á Triana, y vuelven de Triana á Sevilla; y tomando un barco, durmieron aquella noche en la calle del Altozano, calle mayor de aquel ilustre arrabal; y la Vitigudiño y su galan se fuéron muy desairados á lo mismo á su posada, y el alguacil á la suya, haciendo mil discursos con sus trecientos escudos, y el Cojuelo madrugó sin dormir, dejando al compañero en Triana, para espiar en Sevilla lo que pasaba acerca de las causas de los dos, revolviendo de paso dos ó tres pendencias en el arenal.

El alguacil despertó más temprano con el alborozo de sus doblones, que habia puesto debajo de las almohadas; y metiendo la mano no los halló, y levantándose á buscarlos, se vió emparedado de carbon, y todos los aposentos de la casa de la misma suerte, porque no faltase lo que suele ser siempre el dinero que da el diablo, y tan sitiado de esta mercadería, que fué necesario salir por una ventana que estaba junto al techo; y en saliendo, se le volvió todo el carbon ceniza; que si no fuera así, tomara despues por partido dejar lo alguacil por carbonero, si fuera el carbon de la encina del infierno, que nunca se acaba. El Cojuelo iba dando notables risadas entre sí, sabiendo lo que le habia sucedido al alguacil con el soborno. Saliendo en este tiempo por Cal de Tintores á la plaza de San Francisco y habiendo andado muy pocos pasos, volvió la cabeza, y vió que le venian siguiendo Cienllamas, Chispa y Redina, y dejando las muletas, comenzó á correr, y ellos tras él á grandes voces, diciendo:

—Tengan ese cojo ladron; y cuando casi le echaban las garras Chispa y Redina, venía un escribano del número bostezando, y metiósele el Cojuelo por la boca calzado y vestido, tomando iglesia la que más á su propósito pudo hallar. Quisieron entrarse tras él á sacarle de este sagrado Chispa, Redina y Cienllamas, y salió á defender su jurisdiccion una cuadrilla de sastres, que les hicieron resistencia á agujazos y á dedalazos, obligando á Cienllamas á enviar á Redina al infierno por órden de lo que se habia de hacer; y lo que trajo en los aires fué que con el escribano y los sastres diesen con el Cojuelo en los infiernos. Ejecutó-

se como se dijo, y fué tanto lo que los revolvió el escribano, despues de haberl hecho gormar al Cojuelo, que tuvieron por bien los jueces de aquel partid echarlo fuera y que se volviese á su escritorio, dejándolo á los sastres en rehenes, para unas libreas que habian de hacer á Lucifer á la festividad del nacimiento del Antecristo. Tratando doña Tomasa, desengañada, de pasarse á l Indias con el soldado, y don Cleofas volverse á Alcalá á acabar sus estudio habiendo sabido el mal suceso de la prision del Cojuelo, desengañado de qu hasta los diablos tienen sus alguaciles, y que los alguaciles tienen á los diablo Con que da fin esta novela, y su dueño gracias á Dios, porque le sacó de ell con bien, suplicando á quien la leyere que se entretenga y no se pudra en su leyenda, y verá qué bien se halla.



Caballero, mirad por vos, que os viene á prender un juez de su majestad.

VIDA

DE

DON GREGORIO GUADAÑA,

POR

ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, núm. 20.

LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, núm. 15.

MADRID.

DON A. DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, 9.

DON EMILIO FONT,
calle de Relatores, 12.

VIDA DE DON GREGORIO GUADAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuenta don Gregorio su patria y genealogía.

Si está de Dios que yo he de ser coronista de mi vida, vaya de historia.

Yo, señores mios, nací en Triana, un tiro de vista de Sevilla, por no tropezar en piedra. Mi padre fué doctor de medicina, y mi madre comadre; ella servia de sacar gente al mundo, y él de sacarlos del mundo; uno les daba cuna, y otro sepultura. Llamábase mi padre el doctor Guadaña, y mi madre la comadre de la Luz; él curaba lo mejor del lugar, y ella parteaba lo mejor de la ciudad; quiero decir, que él curaba al vuelo, y ella al tiento. Andaba mi padre en mula, y mi madre en mulo, por andar al revés, y todas las noches, despues de vaciar las faldriqueras, se contaba el uno al otro lo nacido y lo muerto. No comian juntos, porque mi padre tenia asco de las manos de mi madre, y ella de sus ojos, por haberlos paseado por las cámaras ó aposentos de los enfermos. Cuando habia algun parto secreto, el sobreparto curaba él, y el parto ella, y todo se quedaba en casa. Mi padre daba remedios para fingir opilaciones, y mi madre á los nueve meses desopilaba á todas.

Un tio mio, hermano de mi padre, era boticario, pero tan redomado, que haciendo un dia su testamento, ordenaba que le diesen sepultura en una redoma por venderse por droga. Era su botica una piscina de ellas, y el ángel que la movia era mi padre; pero los pobres que caian en ella, en vez de llevar la cama à cuestas, los llevaban á ellos. No se daba manos mi tio á llenar su botica, ni mi padre á vaciarla; y entre los dos habia cuenta de medio partir cada mes, por lo bebido y purgado. Si un enfermo habia menester un jarabe, mi padre le recetaba diez, y si una medicina, veinte; y con este arbitrio estaba de bote en bote la casa llena de dinero á pura receta baldía, igualando mi padre las enfer-

medades, pues todas gozaban igualmente de su providencia. Cuando un enfermo decia que no podia tomar purga, mi padre le hacia tomar píldoras, y si no gustaba de ellas, las comutaba á pócimas, y de nó á jarabes; y cuando el enfermo estaba en su opinion, él se despedia; y de esta manera obligaba á todos á beber, ó á reventar, que todo es uno, cuanto recetaba. Nunca fué único en los remedios, porque hubo dia de veinte y cuatro, á hora por remedio, ó á remedio por hora, y sin remedio los iba despachando á todos. Cuando él conocia una enfermedad corta, le largaba la rienda, y cuando caminaba mucho, se la tiraba, y entre andadura y trote, nunca la dejaba llegar á la posada de la salud, ántes la rodeaba por el camino de la muerte, sesteando todos en casa de mi tio el boticario. Tasaba mi padre sus recetas como para sí; y solia muchas veces reñir con su hermano, con lo cual aseguraba los enfermos. Llamábase mi tio Ambrosio Jeringa, si bien á Jeringa le comutaron muchos á purgatorio, por los muchos que purgaban en su tienda los pecados de atrás.

Tenia mi madre un hermano cirujano; era la llave de mi padre, y con ella abria todo el lugar. Llamábase Quiterio Ventosilla. Era el hombre más dado á perros que ví en mi vida, porque hacia anatomía de cuantos topaba en la calle; perseguia aun despues de muertos á los pobres del hospital, y no paraba hasta verles los hígados y sacarles las entrañas; solia decir que abriendo los muertos, sanaba los vivos; pero yo nunca le vi abrir ninguno que no le abriesen primero la sepultura. Era hombre tan carnicero, que el dia que no cortaba carne partia huesos; hacia una sangría por excelencia ó por señoría, pero habia de ser en ayunas, que despues de haber bebido, porque él no comia jamás, de cinco picadas apénas acertaba una; y como mi padre le conocia la enfermedad, aplicábale la mañana por remedio. Era tan noble, que jamás sacó sangre baja, siempre picaba alto. Cuando sangraba del tobillo á alguna dama, asistia mi padre con una luz, y mi tio traia la sangre más peligrosa, á pesar de los humores más ocultos. Tenia á fuentes apestado el lugar, y así daba botones de fuego á los nacionales, como si no lo fueran; estaban reputadas sus tientas por tentaciones del diablo, y jamás abrió postema que no la hiciese. Alegrábase su alma cuando oia espadas en la calle, pero si no habia heridos, decia que todos eran unos cobardes. Sus ungüentos eran bufones de las heridas, entretenian un año y dos las llagas; era grande alegrador de un casco, pero más del suyo.

Mi abuelo por parte de padre era sacamuelas; llamábase Toribio Quijada, y desempedraba una y aun dos á las mil maravillas. Solia ponerse en la plaza con un rosario de huesos al cuello, y hacia una oracion tan piadosa, que la mayor parte de la gente estaba la boca abierta escuchándole. Limpiaba dientes y muelas con tal gracia, que nunca más se hallaban en la boca. Ninguno llegó á sus manos con dolor de muelas que no saliese con otro mayor. Disciplinaba una boca con agua tan fuerte, que duraba la llaga en cuanto habia boca. Era destilador de cuantas aguas introdujo la malicia humana; sus redomas eran reliquias del Jordan, y llovian damas, y en su bolsa dinero, porque las mudase caras todas las noches; y él las mudaba de forma que no las conocian sus amantes sino cuando él queria. Quitaba canas, teñia mudas, y mudaba rostro á

otro barrio cuando se lo pagaban. En esto de poner dientes era único, tan bien los ponia como los quitaba; pero en lo que ninguno le llevó ventaja fué en hacer ojos; podia uno quitarse los suyos por ponerse los que hacia, y era tan letrado en esta materia, que con haber hecho dos mil tuertos derechos, ninguno veia la claridad de su justicia.

Mi abuela, por parte de madre, se llamaba Aldonza Cristel, y tenia por oficio ayudar con ellos á las damas. Tenia la mano tan hecha á deshacer agravios retenidos, que no habia dama por delicada que fuese que no fiase de ella en ausencia y en presencia su peligro. En su mocedad fué un lince, y conservaba los ojos tan claros, que no se le escapaba el más oscuro. Tenia en su casa dos baños, nó los de la reina mora, por ser cristianos los que se bañaban en ellos; pero en el aseo, limpieza y libertad no debian nada á los del gran turco. Poseia el secreto de un agua tan excelente, que la más estéril se hacia fecunda á los primeros tres vasos; gustaban mucho las cortesanas de esta agua, porque era destilada por unos arcaduces de tal artificio, que mal año para el de Juanelo.

Una prima hermana mia, hija de mi tio el cirujano Ambrosio Jeringa, era maestra de niñas; llamábase Belona Lagartija, y era tan extremada en todo género de costura, que labraba un enredo de noche sobre la almohada, tan bien como de dia le zurcia. Tenia á cargo algunas niñas, no tan niñas que no tuviesen niños que las llevasen y trajesen de la escuela. Era la señora mi prima tan prima en la bucólica doctrina, que despues de haber juntado sus discípulas las meriendas, se las comia. Tenia arte y natural de robar los corazones á todos sin ser gavilana. Era dama tan gentil, que idolatraba una estafa mejor que al sol; y presumia tanto de serlo, que traia pendientes de sus rayos los mejores planetas del lugar, y yo entre ellos, hacía junta de sus discípulas, y cantábales la cartilla en dos palabras. Ninguna salió de sus manos que no supiese bordar un embuste tan bien como Celestina; prendíase de forma, que soltaba cuando queria. Azotaba sus niñas cuando venian tarde, y hasta que derramaban mil lágrimas no cesaba el castigo; jurábasela con el dedo si no ganaban la palmatoria; y como á ella no le tocaba la palma por no ser mártir, queria hacer notoria su virginidad. Muchas mocitas iban á su escuela por aprender labor, y principalmente por saber hacer puntas y encajes; y llevaban hecha la costura, el encaje y la punta, tan perfectos, que sus dueños lo juzgaban por hecho en casa. Era la suya de grande recogimiento; nunca consentia que sus discípulas holgasen; siempre trabajaban con la aguja en la mano de noche y de dia. Gustaba mucho que sus niñas se tocasen bien, y en razon de posturas, reverencias y gestos era única, y temíanla tanto, que cuando las enseñaba, ninguna se meneaba sin su licencia. Cuando venía á su escuela algun galan á hablar con su parienta, los mandaba hablar juntos en otra pieza, porque las otras muchachas no perdiesen su labor escuchando la plática, que siempre fué amiga de dar buenos ejemplos.

Un primo mio, hijo de mi tio el boticario Ambrosio Jeringa, era alquimista; llamábase Crisóstomo Candil, y solo le faltaba quemarse á sí para hallar la piedra filosofal, porque él lo era. Habia traido gran cantidad de orates engañados sobre convertir las piedras en oro, y como no se convertian, las habian dado por

heréticas, y á él tambien. Era su casa el último cuartel del infierno, donde penaban los metales los pecados de mi primo. Era el diablo filosofal cuando se ponia á martirizar los mixtos y los simples, siendo el mayor que alimentó la ignorancia. Un dia riñó con un criado suyo sobre que no podia meter en los cascos la piedra que tantos buscaban; rióse el mozo, y él le tiró unas tenazas que tenia en la mano; el criado, sentido del golpe, oyéndole decir que no hallaba la piedra, le tiró una que tenia, y metióle en los cascos la piedra mortal, en lugar de la filosofal, y púsole en peligro de ir á buscarla al infierno. Habia gastado la botica de su padre en estas locuras, pero la botica daba para todo, y aunque no lo diera, él esperaba restaurarla á puro acrisolar disparates. Bullia como un azogue á fuerza de tratar con él, y tenia trasladadas á su casa las minas de Almaden con calidad de dar su alma á la piedra filosofal, á quien adoraba por fe, aunque mala. Tenia hecho pacto con la fragua de morir en ella, tanto la queria, por haberle robado con el mucho amor ó calor el poco juicio que tenia.

Mi bisabuelo, por parte de padre, era saludador; llamábase Estefanio Ensalmo, y su mujer Casilda Pomada. Nació con tal gracia mi bisabuelo, que desde la barriga de su madre venía soplando; aprendió este oficio con un alguacil de los vagamundos en Sevilla, y de un soplo suyo resucitaba un proceso. Ninguno le llevó ventaja en soplar hácia dentro; era la destruccion del víno, pero pareciéndole mal soplar en secreto, determinó de soplar en público; armóse de la hechura de un crucifijo de laton, y púsose en el arenal de Sevilla á saludar bolsas. Tenia un muchacho hecho á la mano; este en achaque de rabiar se le ponia delante, pidiéndole soplase; él besaba la cruz tres veces, que nunca se vió con tan mala paz, y con grande admiracion, dando voces á la gente, diciendo que se apartasen de aquel muchacho que rabiaba, le disparaba tan cruel tabagada, que daba con él en tierra; acudia luego con un calvario de cruces, levantábase el muchacho, y con este arbitrio llovian ignorantes á comprarle el aliento á peso de plata. Solia, cuando saludaba de mal de rabia, arrimarse al paciente que no la tenia, y sacábale la bolsa por ensalmo; y cuando el pobre la hallaba ménos, rabiaba de veras. Cuando saludaba ganado era de noche, y era meter dos zorras á saludar ovejas; nunca se limpiaba de víno, como otros de calentura. Solia untarse los piés con un betun fuerte, y entraba por una barra ardiendo como por flores; pero descuidándose un dia de no untarse, por estar hecho una uva, le saludó el fuego de forma que ninguno le viera hacer el canario que no dijera que rabiaba; y por más soplos que daba, el fuego no se queria dar por saludado. No se levantó de la cama en seis meses, y no por eso dejaba de saludar á Cazalla seis veces cada dia; y si San Martin estuviera cerca, hiciera lo mismo. Dió un tiempo en ser hipócrita, por no correrle bien el oficio de saludador. Armóse de una lamparilla, y andaba de noche pidiendo para las ánimas, y la primera que metia era la suya. Tenia una voz como un clarin; solia ponerse en la plaza de San Francisco, entre once y doce de la noche, y hacia llorar á los escribanos los pecados de aquel dia, que no era poco. Tenia un amigo tabernero, que le tomaba cuenta de la demanda, y él del víno; habíase vestido un saço, con que llevaba á saco todas las bolsas; llamábanle por la ciudad el hermano Estefanio, y no

tuvo tantos la santa Hermandad. Tenia ojeriza todas las noches con la Cabeza del rey don Pedro, que está en el Candilejo, hecha de mármol; poníase frontero de ella, y atemorizaba el barrio pidiendo para él; y como un poeta que vivia en lo alto de la casa buscase soledad y silencio para hacer sus versos, enfadado de oir tan insolente demanda, le llamó, diciendo:

—Hermano, apare limosna. Él, que oyó la voz del primer cuarto de las estrellas, tomando su gaban ó capa larga con ambas manos, dijo con voz dolorosa:

—Eche, hermano, que Dios se lo pagará. El poeta con no pequeña devocion le dejó caer de lo alto la alhaja más servicial que tenia en casa, y puso á mi abuelo como una basura; él, que se vió dentro de Mérida en tan poco tiempo, empezó á privarse de razon, diciendo que bajase á deshacer el agravio que le habia hecho; á cuyas quejas el poeta, sacando un candil que daba luz á sus versos, le dijo:

—¿Hermano, halló la limosna? ¿Quiere luz? Y cerrando la ventana, lo dejó á oscuras. Quedó tan escarmentado de esta burla, que ni aun de dia pasaba por la Cabeza del rey don Pedro.

Mi bisabuela tiraba por otro rumbo; era barbera de las damas, quiero decir, que les quitaba el vello, y á veces el pellejo; pintaba cejas, hacia mudas, aderezaba pasas, forjaba arreboles, bañaba soles, ponia lunares, y preparaba soliman; el inocente rostro que se ponia en sus manos, si no salia mártir, salia confesor; anochecian en su casa las viejas palomas, y salian cuervos; en esto de sacar manchas era única, quitaba las de la cara, pero no las del cuerpo. Últimamente, no pretendo cansar á vuesas mercedes con brujulear más la baraja de mi honrada genealogía, pues era proceder infinito y dar con la que tuvo Adan en el campo damasceno. Estos fuéron los más honrados de mi linaje, de cuyos oficios saqué mis armas; bien podia mi vanidad pintar en su escudo zorras, zorrillas, perros, gavilanes, castillos y otras sabandijas, pero sería igualarme, y aun condenarme, por la via ordinaria; la guadaña y el orinal saqué de mi padre, las muelas de mi tio, las redomas de mi boticario, y á este paso los demás con que adorno el escudo de mis armas; si soy bien nacido, dirá el capítulo que se sigue, y si tengo nobleza, lo dirán mis obras en el discurso de mi vida, pues á mi flaco juicio, el más bien nacido fué siempre el que vive mejor.

CAPÍTULO II.

Cuenta don Gregorio su nacimiento prodigioso.

Mis padres no tuvieron hijos en más de doce años de matrimonio, y un dia dijo mi padre á mi buena madre:

—¿Cómo es posible, Brígida de la Luz, este era su nombre, que habiendo vos hecho parir á tantas, no os apliqueis á parir?

—Mirad, doctor, respondió ella : de la misma suerte que vos matais y os quedais vivo, hago yo con mis comadres; hágolas parir, pero quédome sin parir.

—Segun eso, dijo él, cuando yo me muera, pariréis vos.

—Puede ser, respondió ella. Enojóse mi padre, y cada dia andaban al morro sobre mi concepcion; ella decia que no habia de parir, y él que sí, y yo los enfadaba ántes de nacido.

—Mirad, Brígida, decia mi padre, no hay gusto como tener hijos; esta hacienda que gozamos ¿á quién la podemos dejar sino á nosotros mismos?

—Doctor, respondió ella, ¿si vos no empreñais, cómo puedo yo parir?

—¡Luego en mí está la falta! replicaba él.

—Bueno es eso, respondió ella, ¡pues qué, en mí! No probaréis vos eso, aunque revolvais todos los libros de la medicina.

—Si vos os echárades una bizma, decia mi padre, no anduviéramos cada dia en estas disputas.

—¿Yo bizma? respondió ella, echáosla vos que necesitais de ella, que mi madre, buen siglo haya su alma, no contentándose de haberme parido, se echó una, y reventó ántes del parto; y no me está á cuento tener herederos tan á mi costa.

—Pues algun remedio se ha de dar, decia mi padre, para que os metais en cinta.

—Meteos vos en la razon, respondia ella, que yo no gusto de partos con artificio, que no soy Juanelo, y no penseis que fundo mal mi razon; porque los hijos han de venir naturalmente, y no con tramoyas como parto de comedia.

—Si yo supiera, decia mi padre, que la falta estaba en mí, yo buscara remedio suficiente para tener hijos.

—Doctor, replicaba mi madre, no andemos engañando la naturaleza; haced vuestra diligencia como manda Dios, y no como ordena el diablo, y pues teneis potencia para matar, tenedla para engendrar, y no me deis materia para que busque otra forma.

Estas y otras pláticas solian tener mis padres sobre faltarles heredero, segun me contaron despues, hasta que un dia estando mi madre bien descuidada, yo llamé á la puerta de su estómago con un vómito. Bien temia ella mi venida, habiéndola faltado el correo ordinario tres meses sin carta mia; entró mi padre por la sala cuando ella estaba con el ansia, y díjola :

—¿Qué teneis, Brígida?

—Doctor, respondió ella, tengo ansias de heredero.

—Buenas nuevas os dé Dios, replicó él. Tomóla el pulso, y confirmóle el preñado con tanta alegría como si yo estuviera fuera llamándole taita. Dió mi madre en ser antojadiza, y un dia dijo que la trajesen el ave fénix. Mi padre, por no deshacerme ántes de tiempo, buscó una ave exquisita de la India, y no contenta de habérsela guisado á su modo, se le antojó ántes de probarla morder á mi padre en el pescuezo. Otorgó el pobre con harto dolor de su alma, y aun de su cuerpo. Hincó el diente mi madre diciendo :

—Doctor, pues quisísteis heredero, y no le trajísteis el ave fénix, servidle

de avecena. En fin, el antojo le hizo otro en el testuz, saliendo mi padre con la marca de su heredero, si bien por no conocerme me compraba tan á su costa.

Dí en ser tan entremetido desde el vientre de mi madre, que no la dejaba dormir de noche á puras coces; era un diablo encarnado. Solia meterme entre las dos caderas, y ella daba unas voces tan fuertes, que las ponia en la vecindad, por no enfadar al cielo. Cuando ella estaba descuidada, solia yo darle una vuelta al aposento de su vientre y revolverla hasta las entrañas.

—Doctor, decia rabiando, ¿qué Roberto el Diablo me habeis metido en el cuerpo?

—Jesus mil veces, decia él, estais endemoniada.

—Estoy endoctorada, que es peor, respondia ella; en mi juicio estaba yo de no tomar bizma.

—Bizma, decia mi padre, pues ¿cuándo la tomásteis?

—Pecadora de mí, decia ella, ¿tan flaco sois de memoria que no os acordais? Heredada tengais el alma de Galeno, que así dísteis heredero á mi vida tan sin pensar; aconsejaos con toda la medicina, y mirad si con otra bizma se puede remediar esta, que así la podré yo llevar como volar. ¿Quién me hizo de comadre madre, y de estéril fecunda? Sin duda que el fruto de mi vientre es de casta de encinas, pues si ellas lo dan á palos, yo á coces; nó, no ha de pasar así por el siglo de mi abuela, que pues vos fuísteis el autor de mi daño, que lo habeis de remediar, ó sobre eso morena, blanca ó negra.

—Brígida, decia mi padre, á los nueve meses, como vos sabeis, se quita ese dolor; la mejor bizma que podeis tomar ahora es el tiempo; sosegaos, que despues de pasada la tormenta amanecerá en el puerto de vuestros brazos un infante, y entónces no os hallaréis de gozo.

—Ya yo sé, replicó ella, que no me hallaré entónces, porque me habré ido para la otra vida. Pero en lo que toca á ser infante, malos años para vos; infante ha de ser, y como tal se está ensayando para revolver el mundo. Qué, ¿quereis un doctorico? Nó, no os vereis en esto; ahito está el mundo de doctores, y no de comadres. No le faltaba más á Brígida de la Luz sino parir un hijo hermafrodita, medio doctor y medio comadre. Nó, amigo, mejor cuadra á la mujer ser doctora y comadre, que al varon ser comadre y doctor.

—Pecadora de vos, respondia él, ¿nó veis que la hija no levanta la generacion, y el hijo sí?

—Ya yo sé, respondió ella, que una hija no levanta lo que levanta un varon; pero tal vez una sola mujer ha levantado á muchos hombres del polvo de la tierra y puéstolos en el cuerno de la luna.

—Mirad, decia mi padre, para parir hija, mejor fuera que no hubiérades tomado bizma.

—Ese es el pago que vos me dareis, respondió ella, pues hija ha de ser, aunque os pese.

Ultimamente, en estas disputas llegó la hora de enfadarme yo de la posada; comencé á sacudir las túnicas de la vida para vestirme las de la muerte. Mi madre, como maestra de tales actos, empezó á quejarse de mi atrevimiento; lle-

nóse la casa de vecinas, las cuales por hacer compañía á mi madre cuando ella pujaba por echarme de sí, pujaban todas, y algunas parian ántes que mi madre. Dí en que habia de nacer de piés, por no venir rodando de cabeza, como hacen todos. Avisó la comadre, discípula de mi madre, á mi padre de este trabajo, profetizando un parto peligroso, como si no lo fueran todos, pues salen á morir. Rogábanme que yo diese una vuelta, como si fuera podenco, y yo quedo que quedo, plantándome piés firmes en el vientre de mi madre.

—Ea, amiga, decia la sota comadre, maestra sois, valeos de vuestra ciencia.

—¿Qué ciencia, pecadora de mí, respondió mi madre, si ese ladron de doctor me la quitó con una bizma? Entónces las vecinas, unas llorando, otras rabiando, decian :

—Puje, señora comadre, que le va la vida; salga de piés ó de cabeza, échelo fuera.

—Nó puedo, decia mi madre.

—Pues ha de poder, replicaba su discípula rascándome los piés. Y yo erre que erre.

Llamaron á mi tio el cirujano y algunos médicos amigos de mi padre; hicieron junta sobre mí aun ántes de nacido : tales son los médicos, que aun allí tienen jurisdiccion sobre nuestras vidas. Dieron á mi madre muerta si no me sacaban hecho cuartos, como si yo hubiera cometido algun crímen de lesa majestad. Mi padre decia á voces que abriesen á mi madre por medio si querian que yo saliese vivo; oyólo ella, que no estaba tan muerta, y dijo :

—Abierto tengais el corazon; dejadme viva, que si esta bizma salió mala, otra saldrá buena. Resolviéronse á que me pescasen con anzuelo, como si fuera barbo; empezó mi tio á sacar garfios para sacar del pozo de mi madre el caldero de su hijo. Olí el fruto de Vizcaya, púseme de piés juntillos, deseando salir de aquel peligro, pidió pujos la comadre, y á dos rempujones me arrojó mi madre de la ventana de la muerte á la calle de la vida. Empezaron todos á reir, y yo á llorar.

—Aquiétense, dijo mi madre, que no ha salido todo. Era así la verdad, porque yo venía preso de ciertas damas, á quien todos rinden parias, y hacíanse tanto de rogar estas señoras, que estuve por meterme otra vez en el vientre de mi madre para sacarlas fuera. En fin, salieron, y en pago de su rebeldía las quemaron. Pidió albricias la comadre habiéndome tentado; mi tio el boticario le prometió una jeringa, mi padre una receta, y mi cirujano una sangría para mayo ; ella lo estimó, porque sabía que le daban de lo mejor que vendian en sus tiendas.

Empezaron todos á alabar mi hermosura ; unos decian que parecia á mi madre, otros que á mi padre, otros que á mi abuela, otros que á mi abuelo, otros que á ninguno, y todos decian verdad ; empezaron juntamente á paladearme con miel por engañar el acíbar que me tenia aparejado el señor mundo. Vistiéronme la primera mortaja, y empecé á jurar de cadáver y á recibir por cuenta la respiracion del aire. ¡ Quién dijera que despues de nueve meses de cárcel me diesen libertad en otra más oscura !

Ordenaron de darme ama; hubo en esto diversos pareceres sobre la leche; llovia Galicia gallegas, y todas sobre un espejo daban rayos de vino disfrazado en cuajo; últimamente, entregaron mi inocencia á una que pudiera apostar á beber en secreto con el mayor hipócrita. Empecé á aplicar mis labios á sus dos pechos, tan grandes, que parecian alcabalas de Baco; la cara de mi ama no diferenciaba de la de una loba, como lo era; metiéronme en la cuna, primera sepultura del hombre, y con toda la música de Galicia no me harian dormir si yo daba en llorar.

Ordenaron que durmiese con aquel pellejo que me alimentaba, y una noche que mi gallega tenia cuatro dedos de vino sobre los sesos me quiso arropar con todo su cuerpo, pero yo que habia bebido gran cantidad de mosto, empecé á levantar el chillido de tal suerte, que levanté la casa, cuanto y más los que dormian en ella. Acudió mi madre y sus criadas, y llegándose á la cama, me hallaron debajo de aquella cuba casi para espirar; quitáronme la pesadilla que tenia encima, riñeron al ama, y pusiéronme en la cuna para que buscase la rebusca que le habia quedado á mi gallega. No la despidieron, porque dijeron los médicos que no mudasen de amas si no querian que yo mudase de vida. En fin, no quiero enfadar á vuesas mercedes con mis niñeces por hallarme tan hombre; solo diré que mis padres me dieron por nombre don Gregorio Guadaña; cuando niño me llamaban Gregorico, cuando muchacho Gregorillo, y cuando hombre Gregorio; subíme de hora en hora sobre veinte y dos años; en ellos fuí al estudio; aprendí lo que no sé, y estudié lo que sé, con que lo digo todo.

CAPÍTULO III.

Viaje de don Gregorio, de Sevilla á Madrid, y lo que le sucedió en Carmona.

Mis padres querian que yo estudiase para letrado; yo partí como piadoso á los estudios: la mitad de ellos dí á la memoria, y la otra mitad á los libros. Parecióme la vida de los letrados peligrosa, respecto de los muchos pareceres; sin embargo, estilo suyo, dije á mis padres que queria ir á acabar mis estudios á Salamanca y graduarme de doctor en su universidad; parecióles bien mis buenos deseos; buscáronme letras para Madrid; púseme á la ley de la partida, y salí de Sevilla el último dia de Pascua de flores; iba yo muy á lo noble con mi explorador de á caballo delante en una mula llamada la andadora. Al llegar á los caños de Carmona encontramos con un juez persiguidor, digo pesquisidor, con sus ángeles de guarda, escribano y alguacil. Preguntóme muy á lo saludador adónde caminaba. Yo le respondí que á la córte.

—Irémos sirviendo á usted, me respondió, que allá vamos todos; díle las gracias por la merced que me hacia de llevarme en su compañía. Alentóse la plática, y preguntéle qué negocio le habia obligado á salir de Sevilla. Él me respondió:

—Señor mio, yo soy juez por su majestad y natural de Madrid; habrá dos años que vine á Sevilla á castigar ciertos agresores que habian muerto un caballero alevosamente.

—¿Qué, usted es, le repliqué, el señor don... don..., yo no le conocia.

—Don Juan de Liarte soy para servir á usted, me respondió de nuevo. Le dije:

—Ofrezco mi persona al servicio de usted, que deseaba conocerle por la gran fama de juez y caballero que deja en Sevilla.

—Por lo ménos, replicó él, aunque mis émulos quieran oscurecer el sol de mi justicia, no podrán por los muchos rayos que han salido de ella.

—Esos he visto yo, le repliqué, en los muchos que usted deja azotados, colgados y echados á galeras.

—Huélgome que sea testigo de vista, me respondió, que no me será de daño en el consejo su testimonio. Ha costado esta muerte más de cuarenta.

—Pues ¿cómo? dije yo: ¿todos mataron á ese caballero?

—Nó le mataron, replicó, pero eran amigos de los matadores, á quien no pude coger por haberse pasado á Indias.

—Lo que yo oí decir en Sevilla, le respondí, es que usted los tenia presos en la cárcel Real, y que se le escaparon al alcaide, y él con ellos.

—Así es, dijo él, y no faltaron malas lenguas que publicaron haber sido yo el primer movedor de esa danza; pero costóles salir á vergüenza pública, y algunos fueron á galeras, para escarmiento de muchos que hablan de la justicia como si dominaran sobre ella.

—Usted hizo como quien es, le dije, en sacar á limpio su honra; pero tal vez el juez se fia del escribano, y sin tener culpa en el cohecho, le culpan en el hecho. No bien habia soltado la palabra de la boca, cuando me la cogió al vuelo el escribano, diciendo:

—Esos escribanos, señor hidalgo, más son escribas que ministros de fe; yo soy el secretario Arenillas, y no es el sol más limpio cuando da testimonio al dia de su luz que yo.

—Nó, por vida de..... Suplico á usted no se altere, le respondí, que lo que dije fué hablando en general, y no en particular; no obstante que cuando el juez esté libre y el escribano, hay alguacil...

—¿Cómo alguacil? replicó el mismo alguacil, ¿conóceme usted? Yo le dije:

—Nó conozco á usted sino es para servirle.

—Pues yo soy (esto dijo hecho un diablo) el alguacil Torote, y tengo tan hecha la mano á prender ladrones como á castigar deslenguados. Yo reparé que tenia mi lengua en la boca; y así no me dí por entendido, pues hablaba con deslenguados. Metióse el juez de por medio, y dijo:

—Este caballero habla muy cortesmente; discurre sobre la materia sin nombrar partes, y así ninguno se debe agraviar de aquello que no le toca. Aseguro á vuesas mercedes, señorías, excelencias y demás dignidades que leyeren mi historia, que si yo tuviera poder sobre los tres, que los mandara colgar sin otra

informacion, porque se sintieron de manera, que les conocí el delito tan bien como ellos lo habian ejecutado.

Mudamos plática por haber conocido la teórica, cuando llegó á nosotros á toda prisa un hombre algo poblado de barba en una mula, parienta de andadura; saludónos y saludámosle, que como á mí me venía de casta, lo hacia soberanamente; preguntéle adónde caminaba, y respondió que á Madrid. Como le ví tan barbon, le marqué por letrado, como lo era; mi juez cuando lo supo quedó contentísimo por llevar la audiencia cabal; preguntéle qué negocio le sacaba de Sevilla á la córte; y respondióme que iba á reformar todas las leyes de los jurisconsultos sin quedar ninguna. Rióse el juez, y reímonos todos; y sin dejar el tema, nos quiso hablar en latin, y metióse en Babilonia de hoz y de coz; hablaba setenta y dos lenguas juntas y no hablaba ninguna, y de cuando en cuando decia:

—Si á mí me dejaran purgar las leyes, yo baldara á Baldo y á cuantos le siguen. No me pareció mal la postrera razon, y quisiera que la pusieran luego por obra para que le desterraran á él el primero. El escribano era uno de los lindos y feos bellacos que levantaron testimonio á su signo, y conociendo el humor, le dijo:

—Señor licenciado, quisiera informar á usted de un pleito en que vamos dudosos todos los de la compañía.

—Informe, le respondió, que el parecer que yo le diere será sentencia definitiva.

—Pues suplícole esté atento, dijo el escribano, que me va no ménos que la vida, la honra y la hacienda. Yo, señor, soy natural de Valparaíso; mi padre se casó dos veces, una por órden de Dios, y otra por gusto del diablo; del legítimo matrimonio salí yo, y del bastardo otro tan bastardo, que era zurdo; mi abuela, por parte de madre, zurda tambien, por cierta enemistad que tuvo con mi padre, dejó todos sus bienes á la bastardía. Yo, que me llamaba del propio nombre, dí en ser zurdo; pero un hermano de mi abuela, letrado y zurdo, se opuso á los bienes, diciendo que su hermana no podia dejarlos á sus nietos, por cuanto él era hombre de leyes y las hacia; apénas metió la primera peticion, cuando una hija de mi abuela, pero no de mi abuelo, zurda tambien, sale y dice que ella es legítima heredera de los tales bienes, y que en cuanto á la cláusula del testamento de su madre, que manda no herede hombre ni mujer derecho, alega ser ella zurda en grado superlativo aun ántes de nacer, porque su padre la engendró á zurdas.

—Téngase usted, dijo el letrado, ¿cuántos zurdos se oponen á estos bienes?

—Cuatro hasta ahora, respondió el escribano.

—Pues ¿hay más? replicó el letrado.

—Suplícole esté atento, dijo Arenillas, que yo haré el caso derecho. Digo que estando el pleito en este estado un hipócrita zurdo, de estos que piden para sus ánimas, se opone, y dice que mi abuela, en el último vale de su vida, principio de su muerte, hizo un codicilo, por el cual manda revocar el testamento, y deja á una ermita que gobierna todos sus bienes. Nosotros, que vimos desgo-

bernado el pleito, dimos el codicilo por falso; pero el juez, que era hombre de capricho, proveyó un auto diciendo que atento que mi abuela en uno y otro testamento se funda en dar los bienes al más zurdo, que aquel que probare serlo mejor, ese se lleve los bienes. El bastardo alega y dice que él es engendrado en pecado, y que no puede haber mayor zurdo que el pecado. El letrado dice que él tuerce el derecho, y que no puede haber mayor zurdo que el que hace el derecho tuerto. Yo, que soy escribano, digo que vuelvo un pleito lo de dentro á fuera, y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve la verdad en mentira. El hipócrita dice que es un diablo, y le tienen por santo; y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve lo humano divino. La mujer alega y dice que ella es mujer y zurda, y que diga todo hombre si puede una mujer hacer cosa á derechas.

—Esa zurda, dijo el letrado, funda mejor su opinion á pagar de mis leyes.

—¿En qué lo funda? respondió el escribano.

—Fúndolo, dijo el letrado, en que Eva fué sacada del lado izquierdo de Adan; y fúndolo en que la manzana que le dió fué con la mano zurda, porque si fuera con la derecha Adan no la comiera.

—Víctor, dijimos todos, que ha dado la sentencia como jurisconsulto teologal. Nosotros quedamos contentos, y él pagado de su parecer, que no fué poco.

Llegamos con este y otros pleitos á Carmona, saliónos á recibir una cuba andando, era la huéspeda, y tenia aposentadas sobre sí cosa de treinta quintales de carne sin hueso, propia para despensa. Si yo fuera á Roma por algun breve, brevemente habia llegado á sus narices; los ojos estaban penando en dos sumideros; sus pechos eran tan pesados, que no podia la monarquía de su cuerpo con ellos; su boca tenia un chirlo de cuarenta puntos, y cuando se reia se le podian ver los hígados y aun comérselos tambien. Era tan calurosa, que siempre se estaba bañando en el sudor de sí misma, pero el agua salia de una fuente tan sucia, que solo la podia oler el mesonero; á su lado venía la criada, no tan criada que no tuviese criados, si bien con el mucho trabajo estaba tan flaca, que parecia bujía en la mano de su ama; no ví moza más descarada en mi vida, porque no la tenia. El escribano dijo ser espíritu visible, el letrado respondió visible, ni aun invisible. El juez no la vió con traer anteojos de larga vista, yo si la ví, ya no me acuerdo, en fin, yo la he pintado algo, y me pesa porque no era nada.

Apeámonos, y salió de un aposento el mesonero: yo cuando le ví me admiré de haber llegado á Sierra Morena tan presto. Traia un sombrero grande, y él lo era, porque nunca se lo quitaba; con un pellejo de ante traia vestido el suyo, y sobre él una daga tan ancha como su conciencia, y más larga que su vida; habia sido Malco en cierto prendimiento, y traia cortada la oreja derecha por milagro; el un bigote llegaba á la huérfana oreja izquierda, y el otro buscaba la derecha por el cogote, y no la hallaba; las narices largas y anchas; solamente le faltaba tener los ojos rasgados para que no luciesen tanto unas negras y oscuras niñas que tenia en ellos; miraba atravesado, y si lo estuviera pareciera mejor.

—Sean bien venidos voacedes, nos dijo, caballeros. Como yo estaba apeado de mi andadura, no me dí por entendido, pero el letrado, que era acaballerado y siempre andaba en sí mismo, le dijo:

—Huésped, el señor don Juan de Liarte es juez pesquisidor por su majestad, y así vea dónde se ha de aposentar. Dióle cuartana al mesonero, porque para su vida lo mismo era ser pesquisidor que inquisidor; los demás del meson andaban barajándose las palabras; yo conocí el juego, y dije á la huéspeda aderezase de comer, que habíamos de ir luego nuestra jornada. Resucitaron todos, porque entendieron que mi juez les iba á juzgar las almas ó las bolsas á los del lugar. Estando á la mesa, dicen que se llegó á mí la criada, que yo no la ví, y me dijo al oído:

—Señor, ¿este licenciado, que ya le conocia, es chino ó indio?

—Amiga, le respondí yo con el mismo secreto, es griego. La moza lo publicó por el lugar, y con la novedad de ver un letrado griego, que no lo era, se llenó el meson de gente. Entre los que vinieron á verle fué otro letrado del lugar, tan derecho como él. Apénas le dijo el mesonero quién era nuestro abogado, cuando le saludó en latin; él le respondió tan bien, ó tan mal, que el otro volvió la cara á un amigo suyo, y le dijo:

—Verdad nos han dicho, porque me respondió en griego. Yo solté la risa, y si la dejo correr, se me fuera á Grecia.

—Señor, dijo el abogado del lugar, aunque sea atrevimiento, quisiera preguntar á usted si ha mucho que salió de Grecia.

—Señor mio, le respondió nuestro abogado, nunca estuve en ese reino, y así no sabré dar á usted razon de lo que me pregunta. Yo aparté á un lado al de Carmona, y díjele:

—Señor, este jurisconsulto griego es persona de calidad, y viene encubierto á ver y hablar á su majestad y á enmendar todas las leyes y ponerlas más griegas de lo que están; y así suplico á usted le dé por excusado, si no le respondiere á propósito.

—Pésame, dijo, porque tengo un hermano en Grecia, y quisiera preguntarle si le conocia; ¿trae algun criado?

—No trae criado, le dije yo, sino una mula, griega tambien, y nos ha certificado que habla tan buen griego como él, por ser costumbre de Grecia enseñar á hablar á los animales como si fueran papagayos.

—¿Es posible, me respondió, que habla griego la mula?

—Sí, dije, y dan la razon diciendo que la burra de Balan aportó al país de Grecia, y dejó esta especie de animales. Si usted, señor licenciado, sabe algo de griego, entre en la caballeriza y llámela, que á buen seguro le responda.

—Si ella supiera latin, yo entrara, me respondió, pero de griego sé poco, y temo que mis frásis no los entienda la mula; pero con licencia de usted quiero entrar á verla.

—No tiene que tomar ese trabajo, dije yo, que ya la saca el mozo del meson á darla de beber. No bien habian salido todas, cuando me preguntó cuál era; yo le dije:

—Aquella rucia postrera. El quiso hablarla en italiano, y respondióle en ga-

llego; pero si como sonó la voz de la herradura en la pared, sonara en la cabeza, brevemente le metiera el griego en los cascos, y le sacara el latin. Fuésele al pobre toda la sangre al corazon, y yo le dije:

—Señor licenciado, no se admire de la respuesta de la mula, que como no le habló en griego, se picó de la mano como otras del pié.

No me respondió palabra, ántes saliéndose de la posada haciendo cruces, iba diciendo:

—Jesus mil veces, hoy es el dia de mi nacimiento; no más burlas con mulas griegas, que hablan por detrás.

Apénas hubo salido, pues llevaba hartas, cuando se apeó en el meson por la posta un correo de Madrid; salió á reconocerlo nuestro alguacil, y los dos se abrazaron estrechamente. Preguntó el llegado por el juez; salió al punto del aposento, y el correo le presentó un pliego del Consejo, abrióle y vió que le ordenaba se viniese á Carmona á prender dos caballeros, de los cuales harémos mencion adelante, que importaba al servicio del rey; diónos parte á mí y al letrado de su detencion, y que le pesaba mucho no poder ir en nuestra compañía sirviéndonos hasta Madrid. Yo le respondí que de ninguna manera le habia de dejar, aunque la comision durase un año; el licenciado dijo lo propio, y él nos aseguró despues de muchos cumplimientos que no tardaria seis dias en Carmona.

Poco le faltó al mesonero para ahorcarse ántes de tiempo, cuando oyó que el juez se le quedaba en casa; la huéspeda se desmayó de mal de justicia, la moza solamente se alegraba de ver gente de pelo en casa, á quien ella imaginaba quitar algunas motas; tomamos posesion en lo mejor de aquel palacio, y no tardó mucho que no llegasen á él dos coches de camino, con gente pasajera para Madrid; el uno de ellos venía vacío con pacto hecho de parar en Carmona seis dias para llenarse.

El primero que salió del coche fué un fraile de San Jerónimo, tan parecido á la huéspeda en lo grueso, que no dijeran sino que los dos se habian amasado en una artesa; el segundo fué un mal soldado, tan hermanísimo del huésped, que dudé si era lo mismo; el tercero era un estadista, hombre de capricho y de consejo; el cuarto un filósofo, el mayor orate que oró á la naturaleza en esta vida y en la otra; la quinta era una vieja, y la sexta (número peligroso para tales sugetos) una niña al uso con más hermosura que años, y más experiencia que dias. Dióle la mano al bajar del coche el estadista, y ella le dijo:

—Señor don Crisóstomo, mejor materia de estado es subir que bajar.

—Mi señora doña Beatriz, le respondió, esa regla no toca á las damas, pues más son las que suben que bajan. El filósofo dijo:

—Ese argumento defenderé yo, siendo las mujeres de naturaleza del fuego, que siempre buscan lo más alto. El soldado iba á dar su razon, pero estorbósela el fraile, diciendo:

—No se trate de caidas, que vamos en coche, y tenemos que pasar á Sierra Morena.

La vieja era tia de la niña, y nunca ví sol con tan mala aurora; díjola cuando se apeó del coche:

—Beatricica, mira cómo andas por estas piedras, no caigas.

—Calle, tia, dijo ella, ¿cómo puede la república de mi cuerpo caer con tan buen estadista como llevo al lado?

—No te fies en eso, respondió la vieja, niña, que hay estadista que en aprovechándose de la república, la deja luego. Yo estaba notando los sugetos que salian del coche, y ví que se venian dando la mano la naturaleza, el mundo, el cielo, Marte y Vénus. Salió nuestro tribunal á recibirlos, hubo ceremonias, preguntas y besamanos, servicios y cumplimientos cortesanos; pero la niña llevó la gala á todos en ser cortesana. Era una perla pendiente de la oreja de su tia, ojos negros, cejas grandes, dientes de marfil, boca pequeña, gentil cuerpo, mejor donaire, y sobre todo linda voz, por entónces, pues no pedia; jugaba con armas dobles, y podia vender destreza á cuantas se armaron en la calle Mayor de corsarias. Cenamos todos juntos aquella noche, y ántes de poner la mesa se llegó á mí la tia rezando en una camándula, y díjome:

—¿De dónde es usted, que lo quiero conocer?

Yo le respondí que de Sevilla.

—Luego lo dije, me respondió ella: ¿irá usted á Madrid?

—Sí, señora, le repliqué, voy á la córte á pretender un hábito de Santiago, ó por mejor decir, á ponérmelo en los pechos.

—Honrarse puede el hábito de estar en ellos, dijo la vieja: ¡qué buen talle! Bendígate Dios el mozo, y ¡qué galan eres! toma una higa. Esto decia despeñando una cuenta en señal de haber rezado á mi devocion.

—¿Qué le parece de mi sobrinica? respondió.

Yo la dije que era un prodigio de hermosura; ella me fué á la mano ó á la boca, que es más propio, y dijo:

—Está flaquita la pobre de dos meses á esta parte, pero sus carnes son el ampo de la nieve. Mas á todo esto, ¿cómo es su nombre?

—Don Gregorio Guadaña, respondí, para servirla.

—Para servir á mi sobrinica le guarde Dios, me dijo, que á mí no me está bien criado de tan poca edad. Volvióse para ella, y díjola:

—Niña Beatricica, habla al señor don Gregorio, que le debe tu hermosura mil alabanzas.

—Quiéreme creer, señora tia, le respondió la niña; desde la hora que me apeé del coche puse los ojos en este caballero por simpatía: ¡oh si yo fuera tan dichosa que le llevase á usted en mi compañía, daria por feliz mi viaje! asegurándose que en mí hallaria la correspondencia que se debe á tan noble persona en irle sirviendo.

—Señora mia, le respondí, yo nací solamente para ir sirviendo á usted, y dejaré, no solo la compañía que traigo, pero lo más importante, que es la vida, perderé por entregarle el alma; disponga de una y otra á su voluntad, que las hallará prontas para seguir su gusto.

Pasara más adelante la plática, si no lo estorbara el estado, quiero decir el estadista, el cual llegó diciendo:

—Señora doña Beatriz, cuando una provincia se rebela á otro dueño, necesita de castigo.

—Señor don Crisóstomo, respondió la vieja, no hay reino sin posesion. El soldado dijo:

—Muchos he conquistado yo á coces y á bofetadas, juro á Dios. El filósofo salió con la suya, diciendo:

—No hay monarquía sin influencia de los astros. El fraile respondió:

—Es gran príncipe el diablo, y no me admiro que tenga tantos vasallos y que los aliente con semejantes monarquías. Yo que ví el mundo, la naturaleza, el cielo y Marte contra mí, diciendo con temor aquí de la justicia, llamé á mis amigos, escribano, alguacil y letrado, los cuales salieron á darme favor, con achaque de tragar. La niña se sentó junto á mí, y la vieja á su lado; si yo pudiera hacer un seguro sobre mi vida, lo hiciera, porque me parecia que cada uno de mis émulos me comia al primer bocado; dió en regalarme la sobrina, y entendí enfermar de la tia. Mi juez no quitaba los ojos de su hermosura, ni ella se los dejaria quitar; cuando se descuidaba, proveia en auto de revista, y paseábala de arriba abajo. El escribano la trazaba con los ojos una causa, el letrado la defendia, y el alguacil la estafaba; solo yo la queria sin interés. Acabóse la cena, quitaron las mesas, y rodeamos todos, como abejas, aquella colmena de miel; lo de vírgen se quede para los mártires, que solo el fraile era confesor; tan propiamente era colmena la niña, que lo conoceria un ciego, por el zángano de la tia, y como habia tantos tábanos, tenia la vieja algunas picadas sin fruto.

CAPÍTULO IV.

Lo que le sucedió á don Gregorio, saliendo á rondar con el juez en Carmona.

Recogiéronse todos, excepto nuestra compañía; llegóse el juez á mí y al letrado, y díjonos si gustábamos de ir á rondar. Yo bien excusara la ronda por tener otra en diferente parte, pero no pude. Salimos con todo secreto á prender los dos caballeros que ordenaba el Consejo. Sería la una de la noche cuando á guisa de ronda llegamos á la casa de los agresores. Llevaba el juez tres cañutos del lugar que conocian los dos caballeros, que habian dado muerte alevosamente, si hay muerte que no lo sea, al hidalgo de que hicimos mencion en el antecedente capítulo. Llamaron los malsines; y como los conocian por amigos, siendo traidores, abrieron luego. Entramos todos con aquella espantosa palabra: Deténganse á la justicia. Los corchetes agarraron de la moza, y cerraron la puerta. El escribano y alguacil, siguiendo al juez, subieron la escalera con tanto ánimo como si fueran á ganar la casa santa. Llevaba el alguacil una linterna, dió luz á una sala, no halló persona; dió luz á una alcoba, hija de la sala, no halló alma;

hizo oriente á otra, no halló cuerpo; y con la priesa que llevaban todos, se dejaron por mirar un aposento cuya ventana daba en otra calle. Ellos iban coléricos, yo no llevaba sino admiracion, cuando siento abrir el aposento, y salir un hombre con una espada en la mano y una vela en la otra. Conocíle sin haberle visto en mi vida por el agresor, y díjele:

—Caballero, mirad por vos, que os viene á prender un juez de su majestad, y le teneis en vuestra casa. En breves palabras me respondió:

—Conozco que sois noble, hacedme gusto de guardar este anillo, que será lazo de eterna amistad entre los dos. Tomé el anillo, cerró el aposento á tiempo que colaba un soplo de mal aire por la escalera. Veníale siguiendo el juez y demás tropa. Llegó el malsin al aposento, y dijo:

—Pecador de mí, decia verdad, ¿adónde van vuesas mercedes?

—¿Aquí duerme en este aposento el señor don Juan? Comenzaron á llamar de parte del rey, y como no respondian, dieron con la puerta en el suelo, á tiempo que mi don Juan habia dado con su cuerpo en la calle: poco le faltó al juez para hacer lo mismo; pero contentóse con poner en la cárcel los criados y embargar los bienes, que aunque pocos, por no ser casado el caballero, eran buenos. Hubo tres depositarios: el escribano, el alguacil y un vecino, que se llamó en lo último del depósito, para las alhajas de más peso; que los ministros de justicia no se entregaron de cosa que no pudiese ir en la faltriquera. A mi letrado le daban un libro de Bartulo y otro de Baldo, y respondió que no queria llevar consigo sus mortales enemigos. Dió fe el escribano de haber visto saltar por la ventana á don Juan, y el alguacil juró haberle tirado una estocada al juez. Alborotóse la vecindad y prendimos diez y seis inocentes visitando tres casas; en la última vivia una dama entre córte y ciudad, con cierto galan que la hacia compañía de noche.

Llegóse al juez un hombre rebozado, pues no hay celos que no traigan su rebozo, y díjole:

—Si usted quiere prender un cómplice en la muerte de ese caballero, en esta casa vive una dama, visítela usted, que dentro de una alacena hallará lo que desea; advirtiendo que está cubierta con un retablo en la segunda sala.

Mi juez se azoró con la mina, y subiendo todos á la primera sala, dimos en la China, quiero decir, en sus damascos, propias colgaduras de damas; entramos en la segunda, adonde tenia la vista que admirar, y el buen gusto que sentir. Rasos de nácar con cenefa de oro adornaban sala y alcoba; sillas de lo mismo, escritorios de ébano y marfil, sacados á las mil maravillas de poder de sus dueños. Los escritorios hacian correspondencia con sus pirámides, tan célebres por su camino como las de Egipto. El estrado turco, el suelo arábigo, y la cama de damasco sobre un catre de la India. Olia toda la casa á vísperas solemnes, pero tales santos se guardaban en ella. Salió á recibir al juez una vieja, de estas que mudan caras todas las noches, y nunca aciertan con la que solian tener. Como no lo conocia, le dijo:

—¿Eres tú don Alonso? El juez respondió:

—Sosiéguese usted, que es la justicia.

—¡ La justicia en mi casa y á estas horas ! dijo la vieja. El juez inadvertidamente se salió de la sala primera, y mandó cerrar las puertas de la calle. No bien se puso por obra, cuando la vieja cerró la sala y nos dejó á oscuras ; enojóse el juez , comenzó á varear la puerta , y respondió la vieja :

—Espere si es servido, que estamos en camisa. En fin , ellas acomodaron su galan, en tanto que nosotros nos acomodábamos á reir la sutileza del juez. Abrió la vieja , y entramos hasta la alcoba , admirados de ver un brazo que corria la cortina haciendo plaza á su dueño ; era una dama tan hija de Vénus, que parecia haber salido de la espuma en aquel instante. Abrió los dormidos ojos con tal gracia , que nos llenó de luz á modo de relámpago que pasa presto. Sentóse en la cama, arqueó las cejas, tendió los brazos, aderezó la holanda, alentó la vista, armó los ojos, y púsose á matar vidas, diciendo :

—¡ La justicia en mi casa ! Téngolo por imposible, siendo ella el tribunal de los justos , y no de los gustos ; y cuando lo sea, retírese la justicia en tanto que me armo de vestidos, y no será fuerza que la acuchille con las armas del tercer planeta.

—No tiene usted que levantarse , dijo el jüez, sino decir en qué parte acomodó su galan el cuerpo, que importa al servicio del rey.

—¡ Jesus , señor ! respondió ella , mi esposo ha quince años que acomodó su cuerpo en el Perú , dejando el alma por estas partes ; si su espíritu importa al servicio de su majestad , abra mi corazon , y sáquele, que á buen seguro le hallará en él.

—¿Casada es usted ? le replicó el juez.

—Sí , señor, respondió la dama ; casada y mal casada , pues me dejó mi esposo por las minas del Perú , concubinas de los ambiciosos.

—En verdad , dijo el juez, que no son malas minas sus niñas de usted.

—Otras habrá peores, respondió ella ; pero los hombres aborrecen las nuestras, porque en vez de dar oro se le sacamos, y están engañados, porque nosotras no tenemos otras mejores minas que las de los hombres.

—Pues suplícola , dijo el juez , nos enseñe la que está escondida , que la tratarémos con el decoro que se debe á su belleza.

—Señor mio, dijo ella , la mina que naturaleza me dió no es para todos.

—No me entiende, respondió el juez algo sentido ; lo que yo vengo á buscar es su amante, su galan ó su diablo.

—¿Su qué? dijo la dama ; ¿su diablo ? Pues ¿ tiéneme por endemoniada ó por hechicera ? ¡ Jesus mil veces ! Madre , madre , la pila del agua bendita ; presto, presto, que hay diablos en casa.

—Arredro vayas, Satanás, dijo la vieja , llenándonos de agua ; diablos aquí, *abrenuntio*, *libera nos, Domine.*

Poco le faltó á mi juez para desesperarse, y sin más dilacion comenzó á pasear la vista por los cuadros en achaque de alacenas. La dama le dijo :

—Si usted es inclinado á la pintura , mire esa cabeza de san Juan Bautista, que fué del Ticiano. El respondió :

—Retratos vivos busco yo, señora mia ; sosiéguese , que la justicia tiene los

pinceles en casa del verdugo para retocarlos cuando se le antoja. Súpole mal á la dama esta respuesta, y levantándose en unas enaguas de cristal que se podian beber en ayunas, le dijo:

—¿Qué busca el señor juez en mis cuadros, mirándolos por detrás?

—Busco, le respondió, una cierta alacena que ha de tener esta sala; la cual, si no me engaño, tiene por defensa aquel san Miguel con su diablo á los piés. Alzó el cuadro mi juez, y dimos con ella. Estaba cerrada, y pidió el escribano la llave para dar fe de lo que tenia dentro.

—Llamen un cerrajero, dijo la vieja, que ha seis dias que se perdió la llave.

—¡Ah, madre, dijo el juez, cómo me parece que habeis de pasear las calles ántes de tiempo! Mirad dónde está la llave, ó caerá la alacena en el suelo.

—No hará, respondió la dama, que tiene búcaros de Lisboa y vidrios de Venecia; yo tengo la segunda, abra usted, y si viere alguna sabandija nocturna, no se espante.

Entretanto que el juez procuraba abrir la alacena, apartó la dama al escribano y alguacil, y puso en sus manos un bolsillo con veinte doblones; el escribano dijo:

—Está bien, no se hable más en esto. No bien habia mi juez abierto la alacena cuando el galan, que estaba como galápago dentro, dió un soplo á la luz, y dejándonos á oscuras se abalanzó al suelo, dando encima de mi juez. Acudieron el alguacil y escribano, diciendo:

—Resistencia, aquí de la justicia; y como la sala habia quedado en tinieblas, andábamos todos barajados unos con otros dando voces, como si tuviéramos un ejército de enemigos encima. El escribano, con más ligereza que su pluma, abriendo la puerta de la calle, puso al galan en ella. El juez pedia luz, la dama misericordia, la vieja agua bendita, el escribano doblones, el alguacil resistencia, mi letrado calle, y yo de risa pedia silla para sentarme, porque no la podia tener en pié.

—Hola, decia el juez, prended esa vieja hechicera. Ella respondió:

—Hable como ha de hablar, señor juez de la langosta, que ahora todos somos de un color.

—Venga luz, decia el escribano.

—¿Luz? replicó la vieja; la que salió por boca del ángel puede buscar, que aquí no se vive sino en tinieblas.

—Por vida del rey, que las he de meter en un calabozo, decia el juez. La dama, entonando su voz jacarandina, dijo:

Zampuzado en un banasto
Me tiene su majestad,
En un callejon Noruega
Aprendiendo á gavilan.

Aseguro á ustedes que cantó los cuatro versos con tal gracia, que si yo fuera el juez, le perdonara el delito por toda la jácara.

—¿No hay quien pida luz en casa de algun vecino? dijo el juez. El escribano respondió:

—Yo no acertaré con la escalera (decia verdad; con los doblones, sí). El juez no habia soltado la vela de la mano; llegóse á la cocina, y empezó á soplar un tizon con lumbre; la vieja, que estaba sobre una silla, le dejó caer un caldero de agua sobre la cabeza, y puso á mi juez como un palomino. Dió voces el ministro abadejo, llamando al escribano para que diese fe del diluvio. El respondió:

—¿Cómo quiere que dé fe del diluvio, si ha más de cuatro mil años que pasó, y no ante mí?

—Que no le digo eso, replicó el juez, sino que dé fe del agua que estas putas me han echado encima.

—Si le doy, respondió el escribano, testimonio será verdadero, pues no lo ví.

—Por vida del rey, seor Arenillas, replicó el juez, que tan untadas tiene usted las manos de unto de Méjico como yo el cuerpo de agua; pero á todo esto, el galan de estas ninfas ¿está asido?

—¿Qué galan? dijo el alguacil, ¿el de la Membrilla? Por Dios, que si no lo vamos á prender á Manzanares, que aquí le veo mala órden.

—Ah, señor licenciado, dijo el juez, ¿no dará un parecer sobre el derecho de la escalera?

—Pecador de mí, respondió el letrado, yo traigo en mi faltriquera eslabon, yesca y pajuela.

—Hablara yo para el dia de la Candelaria, lléguese á mí, y nos verémos las caras, dijo el juez. Apénas mi letrado empezó á caminar por el tacto adonde estaba mi juez, cuando la dama le puso delante un taburete; fué tal la caida que dió abrazándose con él, que en vez de hacerse las narices se las deshizo, y dijo con voz dolorosa:

—En toda mi vida he dado peor parecer que esta noche, y si dijera caida, acertara. Con todo se levantó, y encendió luz, que no fué poco haber aclarado el derecho de su justicia. Ya la dama tenia en sus blancas manos una camisa de holanda para mi juez, y llegándose á él, le dijo:

—Desnude usted el pellejo de la culebra, y vístase de mi mano este lienzo hereje, labrado con estas manos cristianas, aunque pecadoras. El juez quedó admirado de la hermosura y gracia de la dama, y como estaba tan propiamente rio, quiso dar corriente á las aguas, que dádivas quebrantan peñas, cuanto más varas, pero no olvidó al galan ni la vieja, dando su palabra de no hacer agravio á ninguno. Descubrió entónces la dama otra alacena, diciendo:

—Salga usted, señor don Pedro. Salió otro galan; y el escribano entendió que á la dama se le deslizasen otros veinte doblones, pero en fe de la palabra, no se trató sino de solemnizar su cordura. Yo pregunté á la dama si habia más alacenas, y respondióme que volviese otra noche, y me pondria en la tercera: pasóse en silencio la vieja, porque mi juez estaba ya derretido á la luz de la ninfa; dimos fin á la visita, y salimos del palacio encantado, dando con nuestros cuerpos en la posada, tan cansados de la ronda como del sueño.

CAPÍTULO V.

Lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de Carmona.

Serian las cinco de la mañana cuando nos recogimos, y á las seis me vino á dar los buenos dias la tia de doña Beatriz, en achaque de la mala noche. Venía rezando en una camándula, y díjome corriendo la cortina:

—Buenas y frescas rondas dé Dios á usted, señor don Gregorio. En verdad que mi sobrinica nó ha podido dormir en toda la noche, con el cuidado que ha tenido de su persona. Dígame, pecador, qué gusto saca de rondar al lado de la justicia; merecia un gran castigo quien deja los favores de Vénus por los de Júpiter. Yo le conté el suceso de la dama con sus alacenas, y ella me respondió:

—En verdad, señor don Gregorio, que todos esos almarios ó alacenas son necesarias para guardar ó encerrar las almas de los inocentes; piensan los amantes de poquito que su dama está obligada á ser Lucrecia á pié quedo; andan los favores á millares, y el señor dinero se está donde mi Dios es servido. Nó, amigo, todas las mujeres son de tomar, y en no siendo los hombres de Daroca, nó alcanzarán un gusto perfecto, aunque se vuelvan Adónis, y se trasformen en Narcisos. Los amantes de Durango son buenos para vivir en Valdeinfierno; pero los que asisten en Ciudad-Real, continuamente gozarán de Valparaíso. Mucha gala y poco dinero, nó es galan al uso: ¿ piensa por su vida que una dama tiene más gracia que dame, ni más donaire que da más? Déla por perdida si no funda sobre estos dos ejes el cielo de su hermosura. Los necios piden belleza, gala, discrecion, casa, colgaduras, sillas, escritorios, bufetes, camas, joyas y otras galas, y nó miran que todo esto cuesta lo que ellos nó dan. En mi tiempo las mujeres nó pedian, porque los hombres daban; pero ahora es necesario ser campanas, para despertarlos. Mi sobrinica, Dios la guarde, es una boba; nó pedirá un cuarto si la quemaren; y yo la digo: Niña, no está el tiempo para usar de esas galanterías, pide, aunque te despidan. Díme, tonta, ¿puede el mundo conservarse sin pedir? La tierra pide agua y sol, el cielo pide almas, el limbo inocentes, y todos nos pedimos los unos á los otros. La justicia se pide, la gloria se pide, y la muerte piden muchos; ya que tú nó pidas la muerte, pide hasta la muerte, pues te piden á tí. Si la fortuna te deparare un hombre como el señor don Gregorio, y se enamorare de tí, en tal caso no le pidas, que él te dará el tesoro de su mayorazgo; que si lo tiene, es más seguro que el de Venecia; pero á los demás despídelos á letra vista, y pídeles de contado. Ella me suele responder:

—Calle, tia, reniegue de mujer que pide y de hombre que aguarda que le pidan. Señor don Gregorio, es una perdida, nó tiene cosa suya.

—Yo lo creo, la dije, pero usted debe moderar esas liberalidades.

—Imagina, me respondió, que nó hay hombre que la contente; cincuenta me la han pedido, y cincuenta mil veces ha dicho que nó; en esta parte la debe usted lo que es justo la pague, pues toda esta noche se le fué en alabar su talle, cordura, ingenio, discrecion y prudencia, diciendo:

—¡Ay, tia, si le habrá sucedido alguna desgracia á aquel caballero! Cuando usted vino, que serian las cinco de la mañana, me queria hacer levantar de la cama para que supiese de su salud.

—Estas finezas, la dije, más nacen de su mucha discrecion que de mis cortos merecimientos.

En esto estábamos, cuando entró la niña echando rayos al aposento. Veníala siguiendo el estadista, á quien ella habia dejado por su materia de estado: llegaron los dos á darme los buenos dias, y como hay dias para todos, les repartí los que pude. El estadista me dijo:

—Señor don Gregorio, nó es buena razon de estado rondar por amistad, siendo curiosidad del gobierno, y nó razon moral. Yo soy estadista, pero nunca condeno el dia por salvar la noche; nó siendo gala del juicio vestirle de tinieblas á costa del sueño, pues nuestra vida consiste en la conservacion del individuo, y más cuando usted deja sus servidores pendientes de su fortuna. Si está mal con el dia, nó tiene razon, siendo mi señora doña Beatriz tan propiamente sol. La niña respondió:

—Señor don Crisóstomo, crea que el sol nó se levanta por costumbre, sino por naturaleza. La vieja dijo:

—El señor don Crisóstomo vive por razon de estado, pero las mujeres por órden natural; más precia su merced gobernar la república de su bolsa que la de su cuerpo. Los estadistas, amigo y señor, son como los relojes, que en dejando de dar, mueren; pero usted quiere gobernar, y nó dar. Pues sepa que nó hay estado que dé, que nó guste de recibir primero.

—Yo, señora mia, replicó el estadista, me atrevo con mi poco juicio á gobernar una monarquía, pero nó una mujer.

—Tiene razon, dijo la vieja, porque nosotras lo desgobernamos todo, y así nó se fie de ninguna.

—¿Quiere un ejemplo? dijo don Crisóstomo: Adan fué el primer estadista, y le derribó una mujer.

—Engáñase, respondió la vieja.

—Pues ¿quién fué? replicó don Crisóstomo.

—El diablo, dijo ella, pues nó contento con el gobierno de su jerarquía, se opuso al gobierno de Dios, y luego al del hombre, engañando primero una simple mujer, y desde entónces nó fiarémos las mujeres de ningun estadista una república de alacranes. Linda gente, almas de leones, y cuerpos de corderos; todo lo saben, todo lo ignoran, todo lo gobiernan, y todo lo destruyen. Perdóneme, señor don Crisóstomo, solamente los reyes son estadistas, pues les dió Dios dos ángeles de guarda para que acierten, pero usted solo es de guarda para sí solo.

Aquí llegaba el discurso de Celestina cuando entró el soldado: yo como le

ví empecé á levantarme á toda priesa, pidiendo de vestir á mi criado; la niña quiso serlo; pero yo la dije que conservase la compañía si no queria perderme. Llegó el soldado arqueando cejas y engomando bigotes, y dijo:

—Esta niña, señor don Crisóstomo, ha rondado con el señor don Gregorio.

Yo respondí que si habia puesto él alguna en lugar de ronda por irse á dormir; nó se dió por entendido, que nó lo era. Llegóse á la vieja y díjola:

—¡ Ah, madre, qué preparada estais para salir á fiestas populares!

—Como vos, respondió la vieja, salgais á ellas, sea luego. El soldado replicó:

—Si la bajada del gran Turco fuera tan cierta como la de vuestra sobrina á esta sala, trabajo tenia Italia.

—En verdad, respondió la vieja, que más trabajo tendria el castillo de Milan si á escala vista le hubiérades vos de asaltar. Llegó á la plática el filósofo, diciendo:

—Mi señora doña Beatriz, la cosa más necesaria para la conservacion del mundo es la privacion, y la que más se siente es ella misma; si usted nos priva de su vista, forzosamente mudarémos forma, y nó dudo que la del señor don Gregorio sirva de materia á la de usted; pero conviene nó mudar muchas por nó hacer verdadera la opinion de Pitágoras, que dice se pasean las almas de cuerpo en cuerpo como de flor en flor. La niña respondió:

—Nó reprueban las damas esa opinion, pues cada dia mudan galanes; pero yo, señor mio, nó la he seguido hasta ahora, porque mi forma está intacta, y aborrece las materias corpóreas como apostemas.

—Ya yo sé, dijo el filósofo, que usted es hecha de la materia prima, y que su composicion es celeste y angélica. Oyólo el fraile, que entró en este punto, y dijo:

—Bien digo yo, que nó hay filósofo que no toque en hereje. Angélica será el alma cuando esté en compañía de los ángeles, que en cuanto está en el cuerpo de esta señora, aunque lo es, nó lo es; y en lo que toca á ser de la materia prima, nó es sino de materia corruptible, y mire lo que habla, que soy calificador del santo Oficio; yo nó sufriré una herejía á mi padre que venga del otro mundo.

—De tal modo puede venir, respondió el filósofo, que nó diga una, sino mil y una; lo que yo digo sustentaré con Aristóteles, que dice ser hechos los cielos de la materia prima ó quinta esencia; esta señora es todo cielo, luego es compuesta de lo mismo. Que su alma es angélica, nadie lo duda, siendo de naturaleza intelectiva; y habiéndola criado Dios inteligencia separada de materia, y aunque ahora tiene por enemigos el mundo y la carne, líbrela Dios del demonio, que de los demás pocos se han librado.

Pasara más adelante el argumento si no entrara mi juez haciendo gala de la camisa, quiero decir, abotonándose las mangas holandesas con sus puntas de Flándes, á quien servia de encaje él mismo. Veníale siguiendo mi letrado, y detrás de ellos el alguacil y escribano; los que hallaron asientos se sentaron, los demás de sentidos se quedaron en pié, diciendo que así se hallaban mejor.

Mi letrado levantó la plática, pero dejóla luego caer: preguntóle á la niña qué edad tenia. Ella le respondió:

—¿Qué edad me juzga el señor licenciado?

—En verdad, replicó él, que cuando ande la señora doña Beatriz sobre sus cuarenta y ocho, es todo lo del mundo. La vieja respondió:

—Mi sobrina anda en dos, pero son piés; nó puedo sufrir letradurías anales, que son peores que asnales. ¿Han visto al señor letrado de Matusalen y qué buena vista tiene? Pues por el siglo de mi abuela, que nó tengo yo cincuenta cumplidos. Justicia de Dios venga sobre todos los que levantan falsos testimonios; digo que si no es un letrado, otro en el mundo nos podia hacer tan grande tuerto. ¡Cuarenta y ocho! ¡Una muchacha que anda en tutela y nó puede por falta de edad usar de los bienes que heredó de naturaleza! Vuélvala á mirar, señor licenciado, y retráctese de lo que ha dicho, que es herejía cometida contra la diosa Vénus; desdígase, que nó le absolverá de este pecado un impotente. Púsose colorado el jurisconsulto, y dijo:

—En tanto que la señora Matorralba, que así se llamaba la vieja, nó me mostrare el libro del bautismo, nó me apearé de mi opinion.

—¿Cómo se puede apear, replicó la vieja, quien anda en sí mismo? Por vida del señor licenciado, me diga qué edad tiene.

—Póngame número, respondió el abogado.

—Juzgo yo, dijo la vieja, que habrá enfadado al tiempo sus noventa y seis años, y á las gentes sus noventa y seis mil.

—Ese sí que es testimonio verdadero, respondió el letrado; noventa y seis cardenales tenga en la cara quien tal dice. El filósofo metió el montante, diciendo:

—Nó se trate de años, que ninguno los tiene, pues se pasan y deshacen como la niebla á los rayos del sol. Nuestra vida nó consta de años, sino de sombra, que en faltando la luz de la respiracion, falta ella. La edad del hombre es flor de almendro, que á la primer luz visita el sepulcro. Los años se hicieron para los cursos celestes, que acabados, vuelven; pero nó para el hombre, que se va y nó vuelve á tener parte en el siglo. Nó es bien contar los años cuando se pueden contar los alientos; los primeros nó faltan, los segundos sí. Nó se tiene lo que nó se posee; nó en vivir mucho consiste la felicidad del hombre, sino en saber cómo se vive. Nuestra vida es un dia de veinte y cuatro horas; en una salimos al mundo, y en otra le habemos de dejar. Nó por tener ménos años se aumenta la vida, los dolores sí; pues siendo los dias mares de nuestra vanidad y corriendo tormenta en ellos, el que estuviere más cerca de la muerte, estará más pronto de llegar al puerto. Nó caducan los ancianos, los mancebos sí; pues los unos saben que han de morir, y los otros aspiran á vivir, y más juicio tiene el que se pone con experiencia que el que sale sin ella. Nó por quitarse los años se vive más, ántes ménos, pues pensando engañar al tiempo, nos engañamos á nosotros mismos. El principio del nacer es jeroglífico del morir, todos nos vamos, y la tierra permanece; salimos como flor, y luego somos cortados del campo de la vida. Los que se quitan los años se quitan las armas de la sabidu-

ría. Más vale contar más que ménos, pues nó hurta quien gasta de sí mismo los dias de su vanidad. Los filósofos antiguos trabajaron por llegar á la edad perfecta, pero nosotros trabajamos por llegar á la edad de la ignorancia. Los cuatro humores llevan la carroza de nuestra vida sobre las alas del tiempo; pretender cejar atrás las ruedas de este triunfal edificio, es querer retroceder el curso y velocidad de los planetas. Nó es bien que los años vivan con cuenta y la virtud sin ella. El caballo más diestro cae en el principio de su carrera. Tan presto se atreve la muerte á derribar un mancebo de veinte y cuatro como un viejo de ciento. Ninguno se agravie de serlo, pues nó hay mayor afrenta que infamar el tiempo y la naturaleza. Tiempo hay para todo; pero nó goza el hombre sino su parte, y nó podemos, siendo mundo pequeño, abrazar con la vida el mundo mayor, y así nos dieron la parte conforme la capacidad de nuestro sugeto. La sustancia de la forma y fuerza de la materia nunca se atrevieron á nuestra privacion. El gusano que deshace nuestra vida nó se cria de los años; críase de nuestro apetito, que los años nó tocan lo que nó criaron, sino dan lugar á que se crie. El daño nó viene de la luz de afuera, viene de las tinieblas de adentro; en rebelándose la república de nuestro cuerpo, somos todos perdidos, unos hoy, y otros mañana. Nó somos señores de nosotros mismos, pues á físicas medicinas nos gastamos, y cuando esperamos vida, entónces nos rodea la muerte. ¡Qué aguardamos de fábrica amasada con agua y polvo y alentada con fuego y aire! Cuatro simples hicieron un simple, tan sujeto á los accidentes de la ignorancia, que cada hora sabe más de esta ciencia: vivimos entre muertos, comemos muertos, vestimos muertos, visitamos muertos, lisonjeamos muertos, y con tener á nuestra vista tanto cadáver, queremos vivir para siempre. En verdad que venimos al mundo para merecer, pero nó para valer, y nó puedo creer sino que ántes de nacer cometimos algun delito, pues nos condenaron á semejante destierro. Yo nó alcanzo el secreto, pero sospéchola; y de nó, ¿qué razon hay para que el hombre llore cuando nace? ¿Nó fuera más puesto en razon que guardara los lloros para la muerte? Antes de cometer el delito le llora: ¡notable error, ay de mí! Sin duda le habia cometido ántes, y pues le viene á pagar, justo es que guarde la risa para la muerte y las lágrimas para la vida.

El fraile, que le habia escuchado atentamente, le dijo:

—Usted es filósofo moral, pero quisiera que fuera más espiritual; los años nó se pueden despreciar, siendo escalas por donde el alma por su merecimiento sube al trono angélico. Los virtuosos, aunque se quiten los años, nó se quitan las virtudes, ni es justo atropellar la vida con la continua memoria de la muerte, sino emplearla en saber morir. Si la forma asiste en la materia y nó la gobierna como debe, justo es que de la culpa salga la pena. Las constelaciones de los planetas inclinan, pero nó fuerzan; porque el libre albedrío del espíritu es más firme que los mismos cielos, y nó lo fuerzan las impresiones celestes, por ser compuesto de más dignidad cuanto va del ángel á la esfera. La privacion toca á la materia, pero nó á la forma; y si la forma nó puede eternizar la materia, nó es defecto suyo, sino órden del Altísimo y primer entendimiento, que es Dios.

Los años nó acaban al hombre, ántes le hacen más perfecto, subiendo el temperamento desde la humedad al calor, y del calor á la sequedad, y con ella el anciano obra bien conociéndose á sí mismo, si no en todo, en parte, y con este arbitrio de los años pasa el hombre á mejor vida, y nó mereciera tanta posesion si los años nó le dieran á conocer lo infinito de una inmortalidad; de modo que este plazo finito nó quita el infinito. En vano despreciaron la vida los filósofos, siendo ella una escala por donde se sube á la inmortalidad. Si piensa que los justos hacen penitencia por despreciar la materia, se engaña, que los actos de virtud son los alientos de la misma vida; saber vivir es saber obrar; retirarse del mundo por buscar la quietud será prudencia, pero nó sabiduría, porque la contemplacion del espíritu sin obras más viene á ser vicio de la potencia que virtud del acto. Nó cometimos delito ántes de haber nacido, pero la culpa del primer hombre causó este delito, amagado en el individuo; mi alma libre estaba por creacion, pero nó por generacion, pues vino al cuerpo, de modo que el secreto nó es grande si se cree por fe. La verdad es que cuatro simples hicieron un simple, pero el Señor del mundo sopló en él espíritu de vida intelectual, sustancia incorpórea, llena de sabiduría angélica; y bien puede la fábrica amasada con tierra y agua ser ruina de sí propia, pero el dueño que la habita, aunque caigan las columnas del templo, nó morirá como Sanson. Si comemos muertos y vestimos muertos, nó lo somos, que Salomon, príncipe de la sabiduría, igualó la materia corporal con la del bruto en cuanto á volver á la tierra, donde fué formada; pero en la resurreccion de los muertos volverá á ser juzgada, pues todos hemos de resucitar en el valle de Josafat. De modo, señor mio, que su doctrina de usted sin la mia será sembrar en tierra donde nó cayó rocío del cielo y labrar un palacio sobre la region del aire.

El estadista tomó la política en la boca, y dijo:

—Cuando la monarquía del orbe se hizo tuvo principio para tener fin, y este fin y principio consiste en el gobierno y conservacion de los años, que hacen con sus muchas partes el todo, siendo ellos y cuanto se ve visible y invisible, gobernados por la suma sabiduría de aquella causa primera, luz y ser de todas las demás causas. Pero la fábrica humana, torcida en parte por el pecado, nó pudo ser hecha en mejor forma; esta es de años, y si muchos nó son nada, ménos fueran si el gobierno nó los alentara con el estado. Necesario es que para castigar á muchos malos peligren algunos buenos; pues muchas veces paga el inocente brazo el delito que cometió la cabeza. La república del hombre tiene para su conservacion la materia, compuesta de cuatro cualidades; trepan por ella los años; si se acaban en medio de la agitacion ó el accidente mal gobernado, la medicina los arruinó, ó la poca fuerza del húmedo los acabó. Los años deben ser gobernados con una mediocridad de estado; y si por sustentar el todo de la virtud peligrare alguna parte, nó se escandalice el necio, que, como nuestra vida es una continua guerra, no se puede hacer sin escándalo de la salud y falta de muchas fuerzas. Por ensanchar la monarquía del cuerpo se pone á riesgo la del alma, que es tan horrible el estado del linaje humano, que atropella el divino. ¿Qué importa que sea la potencia señora si el acto predomina sobre ella cuanto va del pensamiento

á la obra? Muchos reinos se conquistaron con la imaginacion sin riesgo de un soldado, pero nó con las armas sin riesgo de muchos. ¿Quién duda que el retirarse del bullicio del mundo nó sea materia de estado de la prudencia? Pero ¿quién podrá dudar que nó es cobardía del ánimo huir de su semejante? Nó dudo que la suma felicidad consista en la moralidad de la vida y gloria intelectual; pero ¿quién podrá alcanzar el triunfo soberano sin muchos peligros? Y cuando lo alcance, ¿quién duda haberle dado el perdon mayor parte que el arrepentimiento? Los necios nó consideran que el estado consta de años, y los años de experiencia y tiempo; nó reparan en las obras buenas, sino en las malas, como si para vencer un ejército de enemigos se pudiera conseguir sin robos, muertes y escándalos. ¡Oh si la guerra se pudiera hacer sin tributos! ¿Qué culpa tenian los inocentes niños que se hallaron en tiempo del diluvio, los que acabaron en la derrota de Madian, y otros infinitos? Por cierto, estado divino es atropellar con justicia los unos y los otros. Cuando las monarquías se declaran guerra cada una tira á su conservacion, aunque se arruine la parte inocente; nó hay regla sin excepcion, como lo es querer guardar un general sin riesgo de un particular. Nó se gana el cielo sin buenas obras; pero ¿quién nó habrá maltratado infinitas virtudes primero que lo consiga? Pues para ganar una fortaleza se pelea con los buenos y malos sucesos, y entre ellos peligra el justo y el injusto. Concluyo con decir que los años nó se pueden conservar sin peligro de vida, y á veces los mejores son de contraria fortuna para el hombre, y cuando se quita los años, se los aumenta de ignorancia, y al contrario, cuando sube de punto la edad, los llena de sabiduría y gobierno.

El soldado se levantó, diciendo:

—¡Oh pesia mí con tanto argumento! ¡Oh bien haya la guerra donde la verdadera ciencia es estudiar en el libro de la muerte, si nos dan lugar para ello! Los orates filósofos, que despreciaban la vida, fuéranse á la guerra, que allí hallaran la verdadera privacion. Si querian abandonar la materia, fuéranse á sufrir el cerco de un año, y para librarse de las tentaciones de la carne, tentaran una ó dos picas de nieve en medio de los Alpes, como yo he tentado, vive Dios; y si los años son escalas para subir al cielo, fuéranse á escala vista paseando de tiro en tiro; andaos á justificar albedríos, á salvar inocentes y castigar culpados, cuando la guerra nó repara en muertes, robos, latrocinios y otros delitos de esta clase. Entrad saqueando un lugar, preguntando por los buenos para salvarlos, y por los malos para castigarlos; juro á Dios que si los santos se pusieran delante, los desnudáramos, cuanto y más los hombres. Los argumentos de los filósofos y teólogos se escriben con tinta, pero los nuestros con sangre; y pocos se libraron de la guerra dos veces sin dejar los ojos, las orejas, los brazos y la vida, que es lo más seguro. Aténgome á la ciencia del señor licenciado, que á pura peticion pide para sí el dinero, y da la justicia á quien la desea. ¿Hay mayor felicidad que dar parecer á la parte que saque el dinero de su faltriquera y lo ponga en la mia? Esta sí que es materia para reir, forma para llorar, y privacion para sentir. Dice el señor filósofo: Saber vivir es saber obrar; pues ¿hay obra más cierta que la del derecho? Los letrados juegan al hombre, dejan á las partes que lo sean; bál-

danles los reales, que son los reyes de la baraja de Baldo, y nó hay pleito que nó se lleven de codillo. ¡ Ah, señor licenciado ! cómo gustara yo de que usted diera un parecer sobre un tiro de artillería, para que caminase por derecho al enemigo.

Mi letrado nó respondió palabra, por ser hombre pacífico, y nunca hablaba solo, acompañado de los suyos sí. Yo celebré la academia, haciendo juicio conmigo de los muchos que habian hecho ellos encontrados. Empecé á abrir los ojos del entendimiento, noté la moral doctrina del filósofo, la intelectual del teólogo, y sobre las dos la del estado, á quien acuchillaba el soldado con la suya; y siendo cada una de por sí buena, nunca se pudieron acordar. Eché de ver entónces que la sabiduría era un instrumento acordado, cuyas cuerdas sutiles los músicos humanos tocan á tiento, y de aquí me pareció nacia la desigualdad de voces en los maestros, porque cada uno tocaba como le sonaba mejor al entendimiento; sola la música de mi letrado me pareció que totalmente desacordaba todas, y aun las tenia sujetas, pues ninguna dejaba de entrar en su jurisdiccion. Dióse fin á la academia, y cada uno se fué á prevenir su viaje para la córte.

CAPÍTULO VI.

Sale de Carmona don Gregorio, y cuenta lo que le sucedió en una venta de Sierra Morena.

Seis dias estuvimos en Carmona, y en ellos mi juez averiguó causas á puro sacar efectos, soltando presos sobre fianza, y haciendo otras diligencias, que omito por nó embarazar mi historia. Parecióle á mi juez y letrado que ocupásemos el coche que venía vacío, y que los criados fuesen en nuestras mulas; pagamos la posada, y salimos todos juntos con harto gusto de los del lugar, que rogaban á Dios los sacase de tanta justicia. La niña pretendió pasarse á nuestra carroza, pero yo la dije nó era tiempo, respecto de la compañía. Llegamos por nuestras jornadas reales, pues ellos nos llevaban á una venta que saltea en Sierra Morena; saliónos á recibir ó á robar, que todo es uno, el ventero, descendiente por línea recta del mal ladron, pero él era el mayor y mejor de su linaje. Traia por barba un bosque etíope, y cazaba con los ojos vidas, sirviéndole el sobrecejo de arcabuz, con que tiraba á matar al vuelo. Servíale de montera un paso de cuenca, y por capote traia una docena de palmillas; era tan alto como seco, y tan moreno como la sierra; con un ojo miraba al sur, y con otro al norte, y atravesaba con ellos del este al oeste. Era príncipe de los salteadores, pues venía de caza con su arcabuz en la mano, y en la pretina una docena de perdices ganadas para él. Al primero que saludó fué al escribano, y nó sé si se conocian, ellos lo saben, y yo tambien. Doña Beatriz se desmayó de verle; el juez dijo:

—De buena gana mandara yo colgar este ladron. El arbitrista respondió:

—El mundo se ha de perder por un ventero, si el estado nó los quita del mundo. El filósofo replicó:

—Si nació debajo del signo de Mercurio, déjenlo. El soldado dijo:

—Por vida del diablo, que estoy por hacer una buena obra al alma de este ventero, sacándola de su mal cuerpo. El fraile respondió:

—Nadie condene lo que nó crió; este se puede salvar en su oficio si obra bien; cristiano es, y su libre albedrío se tiene como el más pintado.

—Hecho salvados, dijo el soldado, bien puede ser, padre mio, pero nó de otra manera.

Ellos estaban en esta plática, cuando se apeó de un caballo un mancebo de buen talle, si bien su vestido, aunque mostraba reirse por una parte, por otras lloraba; era, como pareció despues, poeta de los que hacen versos á costa del sexo. Apartóme á un lado, y pidióme relacion de toda la compañía; yo se la dí brevemente, y él quedó tan capaz de todo, que hablaba con mis amigos de la misma forma que si hubiera venido en su compañía mucho tiempo. Llegóse al escribano, y díjole:

—Señor secretario, déle con la pluma á las perdices, volarán al asador. Dicho y hecho, ya la huéspeda las ponia á perdigar; calificaron todos á nuestro poeta por hombre de buen humor, como lo son todos, y prosiguió diciendo:

—Pluma de escribano es pluma de ave imperial, que en tocando á las demás, se consumen todas, y ella queda libre.

El ventero puso una mesa triangular, y en ella unos manteles de Etiopía. El poeta no pudo creer sino que habian desollado algun negro, y nos le vendian por tela. En medio de la mesa puso por salero un pedazo de medellin, salado á las mil maravillas. Un jifero, que podia desjarretar un toro, ocupaba la mejor parte de la mesa, y á su lado tres platos, tan faltos como quebrados, y con gran devocion en el suelo estaba un jarro ahogado en mosto. El vaso era primo hermano del salero, pero tan hondo, que el bajel que nadaba en él iba seguro de bajío, pero nó de tormenta. Alumbraba la mesa un candil, tan cansado de vivir, que daba parasismos á cada instante. Gruñia de cuando en cuando un animal de bellota, y debajo de la mesa andaban dos hijuelos suyos por derribarla. Tres galgos y un mastin estaban de rodillas por los piés aguardando con gran devocion las reliquias de la cena. Gato nó ví, porque el amo lo era. Distaba la mesa de la caballeriza cosa de una cuarta, y en ella estaban dos músicos apuleyos, entonando un rebuzno tan bien como dos necios la risa cuando las carcajadas vienen de golpe y con rocío. Estaba colgada la cuadra de una colgadura de humo, labrada en los países del infierno. Tocaron á cenar con el cabo del jifero, de la librea del vaso, y entónces salió á vistas la ventera. Era la madre de los pigmeos, engerta en Galicia; yo entendí que venía de rodillas por servirnos con más devocion; pero como ví que pedia favor para subir el plato á la mesa, la tuve lástima, pero nó cuando nos miró de trino con una cara de pellejo ahumado y una alquitara por nariz; los ojos parecian espirituales, porque miraban hácia dentro. Por dedos traia unos palos de escorzonera por mondar, y por cabello un vellon de lana churra. Doña Beatriz sacó un pañuelo de holanda, y dijo:

—Tia, lléguese al norte y deje la Noruega.

—Crítica es usted, mi señora doña Beatriz, dijo el poeta ; bien hace de hablar culto, que la posada nó es muy clara.

—Nó sacaremos esta mesa á campaña, dijo el soldado.

—Nó será malo, le respondí, que nos ahogamos de calor.

—Padre mio, dijo la vieja, sáquenos de este purgatorio.

—Nó puedo, señoras, que es el infierno, respondió el fraile. El soldado alzó la mesa en alto como bandera, y dió con ella en el portal de la venta, cubierto con el manto azul. Empezamos á trinchar con los dientes las perdices ; el poeta se puso á mi lado, y como si hubiera salido de un pesado cerco, así despachaba las inocentes aves ; el ventero nos echaba de beber, y con una pierna de perdiz hizo la razon seis veces, nó habiéndola tenido en su vida sino cuando bebia.

—Por cierto, dijo el filósofo, que están sazonadas las perdices, y que merecia el ventero ser cazador de un príncipe.

—Si yo supiera, dijo él, que habia de tener tan honrados huéspedes, yo trasladara la sierra á la venta.

—Bien áspera y espesa es ella, dijo el poeta, la voluntad le agradecemos.

La niña no hacia sino regalarme á vista de mis competidores, y el soldado la dijo :

—Nó regale usted al señor don Gregorio en público pudiendo en secreto.

Yo le respondí que un favorecido podia favorecer ó convidar muchos, que recibiese de mi mano la parte que le concedia mi cortesía.

Él me respondió que nó gustaba de favores por segunda mano.

Yo le dije que pues nó los recibia, que callase cuando los viese en poder de su dueño.

—Eso será si yo quisiere, replicó él echando mano á la daga. Yo levanté el plato, y sin ser platina, quise ser coronista de su vida, escribiendo con sangre su misma descortesía. Alborotáronse todos, y cada uno fué á tomar su espada, unos por via de paz, otros por via de guerra. Pero como el escribano se levantase á buscar sus armas, tinta y papel digo, y diese en el candil y nos dejase á oscuras, cada uno daba tajos y reveses sobre la mesa, llevándose el jifero, salero y demás sabandijas.

—Ténganse al rey, decia el juez, y la vieja :

—¡Ay, que se matan sobre mi sobrinica! Acudan ántes que rancen y pidan suelo. El fraile con voz majestuosa, orgánica y grave, dijo que nó se pudo hacer el mundo sin mujeres, notable sexo. El soldado daba voces, diciendo :

—Huésped, encienda luz, buscaré á moco de candil á mi enemigo. La niña se abrazó conmigo, diciendo :

—¿Qué es esto, señor don Gregorio, adónde está su prudencia de usted? Si quiere quitarme la vida, máteme á pesadumbre. Y diciendo y haciendo, se quedó desmayada en mis brazos, á tiempo que el mesonero y su mujer se pusieron á mi lado, uno con el candil, y otro con una tea ardiendo. Yo estuve por desmayarme de verlos, porque me parecieron dos demonios que venian á tentar á doña Beatriz ó á llevársela ántes de tiempo. Acudió la vieja con un jarro de agua, roció la dama, y volvió en sí, á tiempo que el poeta acababa de pintar su

desmayo en un soneto, y dijo que le pesaba hubiese vuelto tan presto, porque habia empezado una cancion. Ya mi juez, letrado, fraile, filósofo y estadista habian sacado fuera de la venta al soldado y reducídole á que fuera mi amigo. Yo lo rehusé, pero hube de casar mi amistad por fuerza, con intencion de pedir divorcio cuando me pareciese. Salimos fuera de la venta, y cada uno tomó asiento sobre su capa. Pidieron al poeta dijese el soneto, que fué el que se sigue:

Desmayábase el sol porque su tia
Le puso en venta los divinos ojos,
Y si fueran fingidos sus enojos,
Desmayarse pudiera cada dia.
Lo colorido entre la nieve ardia,
Y dando amor en su coral de ojos,
Bebió ciego los líquidos despojos,
Que Dafne se perdió por bobería.
Marte celoso esgrime su cuchilla,
Nó carta de la muerte, pero rayo
De las nubes morenas de Sevilla.
Adónis pide con la silla el Bayo;
Y se duda, picando á cordobilla,
Cuál será jabalí de este desmayo.

Celebramos los versos, acomodóse cada uno sobre su ropa para dormir en el portal de la venta, bien que en ella habia dos camas, la caballeriza y el pajar, pero las dejamos para la chusma. El poeta dijo:

—Nó son estos colchones á propósito para las musas.

—Parécense á los de mi celda, respondió el fraile.

—De poco se espantan, dijo el soldado; bien se ve que nó han dormido en campaña.

—¿Qué mayor campaña ó guerra, replicó el poeta, que dormir en una venta en medio de Sierra Morena?

—Dormamos, dijo el juez, que son las noches cortas. La vieja y la niña se acomodaron junto á mí por huir del soldado. Empezaron algunos á roncar, digo, á tocar el clarin de bellota, y el que lo hacia infernalmente era el alguacil; podia ser chirimía de Lucifer. El poeta dijo:

—Mal año para el órgano de Apuleyo; ¿quién ha de dormir oyendo esta música?

—¿De esta se admira? respondió el escribano; si el juez entonare la suya oirá maravillas. Empezó el ministro á llevar el contrabajo al alguacil, y por más que nos tapábamos las orejas, nó podíamos divertir el ruido; y sin duda nos sirvió de agüero, pues dentro de una hora dieron sobre nosotros treinta bandoleros, hermanos del ventero; los dormidos recordaron, y aun los dispiertos, á tiempo que tenian atadas las manos, y aun los piés, y no tuvimos lugar de tomar armas ni de ponernos en defensa. Apartáronnos fuera de la venta un cuarto de legua del camino; doña Beatriz lloraba, la vieja gruñia, el poeta glosaba, el soldado juraba, y todos íbamos como ovejas al matadero.

Empezaron los ladrones á limpiarnos la ropa, y por hacerlo con más comodidad nos la quitaron del cuerpo, y nos fuéron atando uno á uno á su árbol, haciendo una alameda de penitentes en camisa. Doña Beatriz quedó en enaguas, y la vieja en manteo; hubo pareceres de llevarse la niña, pero por nó llevar la tia, la dejaron. Apartáronse un poco de nosotros para hacer junta sobre nuestras vidas; entre tanto estaba la justicia pidiendo misericordia, mejor allí que en la jácara; fuéron poco á poco desviándose más, cosa de cuatro tiros de mosquete, y aun de allí temíamos los suyos. Doña Beatriz y la vieja se deshacian á lágrimas; yo las consolaba, como amante que aguardaba, sin coronarme de favores, las flechas de la hermandad. El escribano decia que un astrólogo alzó figura sobre él, y le dijo que habia de morir en un palo, y que sin duda se llegaba la hora.

—Mire lo que habla, Arenillas, dijo el juez, que si saben los bandoleros que hay en la compañía alguacil, escribano y juez, acabarán con todos. El fraile dijo:

—Nó nos podia suceder ménos con tantos votos, tantos reniegos, tantas ninfas, tantos versos, tanta justicia, tanto estadista, y sobre todo tanto baldo, escribano y alguacil. En fin, cada uno se encomiende á Dios, y si los bandoleros volvieren, nó serán tan crueles que nó me concedan confesarlos. Los cocheros y nuestros criados estaban atados criminalmente, y renegaban á pesar de la doctrina del fraile. Quien más se quejaba era nuestro abogado por haberle dado garrote en una pierna: entendí que diera su alma al derecho, segun alegaba de su justicia. Como la noche estaba algo oscura, pareciamos encamisada de difuntos; y si como era verano fuera invierno, lo fuéramos de veras. No obstante, se le antojó al señor cielo relampaguear, y poco á poco empezó la artillería celeste á hacer su oficio, dándonos una carga de granizo y agua tan fuerte, que nos puso como ánades sobre estanque, pero nó tan libres.

—¡Válgame nuestra Señora de las Aguas, decia el fraile, y qué nublado tan cruel ha caido sobre nosotros! El soldado respondió:

—Calle, padre, nó se enoje, llévelo con paciencia, ganará el cielo. La vieja empezó á quejarse de su madre, que la traia consigo desde que nació.

—¿Vienen esos bandoleros? dijo el juez.

—Nó parecen, respondió el escribano.

—¿Nó hay alguno que se pueda desatar á sí mismo? replicó el fraile.

—Desata por ahí, respondió el cochero; nó trate de eso, padre mio, que los bandoleros nos ataron á prueba, y estése.

—Hermano, ¿quién os mete en puntos legales? dijo el letrado; tratad de vuestro oficio, y nó os metais en términos de justicia. Amaneció el Señor con su luz, y cuando nos vimos los rostros, reíamos y rabiábamos á una; estábamos perdidos, con unas caras deslavadas, dando diente con diente como si fuera en diciembre. El alguacil tendió la vista por un ribazo, y entre unos jarales divisó un bulto; empezó á darle voces, y respondió el eco lo que bastó para consolar la compañía. Ibase llegando á nosotros un zagalejo, que guardaba unas yeguas

en lo alto de la sierra, y admirado de ver tanto bulto blanco, se detuvo, pero asegurándose de nuestra desgracia, nos desató á todos y guió á la venta, donde llegamos sin aliento.

Hallamos al ventero y su mujer llorando nuestra fortuna; reparámonos lo mejor que podimos con la poca ropa que dejaron en la venta los bandoleros en el coche olvidada, en tanto que llegábamos á parte donde pudiéramos vestirnos. Dióle á la vieja su mal tan fuertemente, que se ahogaba; acudí á su remedio, y la maldita madre queria dar cuenta de la hija. Ella me dijo :

—Hijo mio, yo me muero, pregunte si hay una ventosa, que en el ombligo es todo mi remedio; de nó, mi hora es llegada. Yo pregunté á la ventera si la tenia; díjome que nó, pero que podia servirme de un orinal; yo con la priesa nó reparé si le sería á propósito; pedí estopas, metíle cantidad, y dí con mi orinal en la barriga de la vieja. Dios nos libre, tiró tan fuertemente, que se llevó tras sí las entrañas de la pobre Matorralba; yo que ví el vidrio lleno de tripas, eché á correr dando voces, llamando al fraile que la confesase. Acudió él, y como vió el espectáculo, llamó á la ventera, diciéndole que le quitase la ventosa.

—¡Hay, señor! dijo, esa le ha dado la vida; déjela su merced sosegar con ella una hora. Entró doña Beatriz, y con diligencia arrancó el orinal rellenado, y dijo la vieja :

—Nó hagan burla, por vida de Beatricica, que si el señor don Gregorio nó me socorre con la ventosilla, me muero. Salimos de la venta tan vestidos como desnudos. Llegamos á Juan Abad, y el cochero tomó sobre su crédito el dinero que fué menester para reparar nuestra desgracia. Lo que nos sucedió hasta llegar á Toledo, y de allí á la córte, pretendo pasar en silencio por ser coronista de mayor, que nó todo se puede escribir, ni ménos oir.

CAPÍTULO VII.

Llega don Gregorio á Madrid y da cuenta de lo que le sucedió con un pariente suyo y con un alguacil de córte, y otros sucesos.

Llegamos á Madrid, en cuyo océano tomó cada bajel diferente rumbo; doña Beatriz y la vieja dijeron que traian cartas de Sevilla para cierta amiga suya que vivia en el Avapiés, que fuese con ellas para saber su posada; hícelo así, y despues tomé la mia en la calle del Príncipe por gozar del nombre. Diéronme un cuarto bajo, tan pariente de la calle, que más compañía tenia con ella que conmigo; no salí de casa en dos dias, procurando acomodarme á uso de córte. Al tercero, estando el sastre vistiéndome, entró en mi cuarto un hombre de buen talle, vestido de terciopelo liso, un candil por sombrero, y con los brazos abiertos se vino á mí diciendo :

—Señor don Gregorio, don Gregorio y señor, primo de mi alma, don Gre-

gorio de mi vida, don Gregorio de mis entrañas, ¡es posible que os veo, don Gregorio! Nó lo puedo creer. Yo quedé espantado de tanto Gregorio y de tan prima amistad; preguntóme si le conocia; yo le respondí que nó me acordaba haberle visto en mi vida, y era verdad.

—Yo lo creo, me dijo; pero yo conozco muy bien á vuestro padre el doctor Guadaña, á la comadre de la Luz, á Ambrosio Jeringa y á Quiterio Ventosilla. Yo, que oí desensartar mi honrada genealogía, le dije:

—¿Quién es usted, que le quiero conocer? Y él respondió santiguándose:

—Yo soy... válgate Dios y ¡lo que has crecido, don Cosme Longobardo, hijo de Longobardo Paulin, primo hermano de don Carlino Montiel, pariente en cuarto grado de su padre el doctor Guadaña: ¿nó me conoce? Yo le dije:

—Señor mio, los parientes están disculpados cuando por flaqueza de memoria nó se acuerdan ó nó conocen á sus deudos; si yo lo soy de usted, me tengo por venturoso en haberle conocido.

—Vístase, me dijo, que como nuevo en la córte tiene necesidad de padrino. Hícelo así, y entre tanto todo se le iba en admiraciones, diciendo que era un vivo retrato de mi padre. Entró la huéspeda en esta pintura descubriendo la suya, tal, que solo le faltaba estar revuelta al árbol del paraíso engañando á Eva, por ser la carita engerta en serpiente. Díjole á mi nuevo primo:

—Señor don Cosme, ¿conoce usted á este caballero?

—Señora Mari Alfonso, respondió él, conozco al señor mi primo don Gregorio Guadaña, y por cartas que tengo de Sevilla, sé que venía su merced á esta córte.

—¿Que su primo es? dijo la huéspeda, séalo por muchos años. Dió una vuelta al aposento y fuese.

Salimos á dar el primer chasco á la córte; díjome mi nuevo pariente:

—Oye, primo, los galanes nó deben vivir sin amor; si quiere galantear una de las más hermosas damas de Madrid, véngase conmigo. Dicho y hecho; llevóme á una casa donde vivian tres doncellas, una más firme que otra; dos madres, tres tias y cuatro criadas; llamábase la más hermosa doña Angela Serafina de Bracamonte, y celebraba los dos nombres soberanamente por lo ángel y serafin. Nó ví en mi vida tan aseada ninfa de Manzanares, emulacion del Tajo, con licencia de las señoras toledanas. Mi primo sirvió de relator en el consejo de Vénus, informándola de mi calidad y persona en el pleito de pretendiente. Inclinóse el tercer planeta á dar oídos á mi justicia, y preguntóme si tenia más probanza que dar. Díjele que nó; pedí libertad, pues me hallaba preso, y respondióme:

—Por ahora, señor mio, á prueba, y estése. Entró una criada al dar la sentencia con otra peor, y dijo:

—Señora, el platero trae aquella sortija de diamantes: ¿entrará, ó nó?

—Nó entre, respondió la madre; bastan las que tienes, niña, sin empeñarme ahora en cincuenta ducados. Parecióme que sería descortesía nó pagarlos, y dije:

—Si mi señora doña Angela quiere favorecerme con ponerse en mi nombre la sortija, me tendré por venturoso haber llegado en esta ocasion. Mi primo dijo:

—Entre el platero, que yo la suplicaré ciña una de sus diez azucenas con los tres diamantes. Saqué de un bolsillo los cincuenta ducados, pagué al platero, y fuese, dándome mi dueño un liston verde en pago de la sortija. Nó tardó mucho de entrar otra criada, diciendo que el lencero traia la pieza de holanda que le habian pedido; la tia dijo que de ninguna suerte la habia de comprar á diez y seis reales la vara, que era muy cara.

Yo la dije que tenia necesidad de unas camisas, y gustaria se labrasen en casa. Mi serafin dijo:

—Si el señor don Gregorio gusta de ello, suba el lencero norabuena. Entró con cuatro piezas, pero salió sin ninguna, pagándole por ellas más de cien ducados.

—Ya yo me tomara en la calle, dije á mi primo, que temo entre otra moza con toda la puerta de Guadalajara.

—Bien decís, me dijo; basta por ahora.

—Y sobra, dije yo, acordándome de mi doña Beatriz, que en todo el camino de Sevilla á Madrid nó me pidió un jarro de agua, con tener al lado la Matorralba, que quitara los dientes á diez ahorcados.

Salí tan sin dinero como enamorado, y acordándome del refran que dice *tanto te quiero cuanto me cuestas*, le dije á mi primo si era pretension aquella de muchos dias, y respondióme que nó se alcanzaban tan brevemente aquellas conquistas, pero que la fuerte batería del tiempo todo lo rendia con el oro, sin embargo que aquellas damas aspiraban á matrimonio. Yo le dije:

—Si el señor mi primo me hubiera dicho ántes de hacer la visita la palabra del esposo y la esposa, yo me hubiera desposado con mi cordura, y nó desposeido de mi dinero.

—Nó lo digo por eso, dijo él, dígolo porque estime el señor Guadaña, cuando gozare tanta hermosura, mi cuidado y diligencia. Llegamos á mi posada, comimos juntos, y sin apartarse de mí, sino cuando dormia, me siguió quince dias, mucho más que mi sombra. En ellos asenté plaza de verdadero amante, galanteando mi nuevo serafin de dia y de noche. Pidióme música, encargándome el secreto, que debia de importar nó lo supiese don Cosme, y díjome que fuese única; parecióme que la pedia de una voz. Púseme de ronda aquella misma noche, compré una buena guitarra en casa del Capon, y sin llevar conmigo amigo ni criado, dí con mi cuerpo gentil en la idolatría de mi dama, quiero decir en la calle de los Jardines, donde ella vivia. Hacia la noche oscura, y convidándome el silencio, empecé á rascar la guitarra y entonar la voz. Yo estaba enamorado, nó podia cantar mal: nó hube bien ó mal empezado á decir *Malograda fuentecilla*, cuando un alguacil de córte, que venía de ronda con su escriba al lado, se llegó á mí, diciendo con voz espantosa:

—¿Quién va á la justicia? ¿Quién va á la justicia?

—Señor mio, le respondí, la justicia se viene á mí, que yo nó voy á ella.

—¿Quién es, me dijo, qué hace aquí, dónde vive, qué oficio tiene, y de dónde viene? Esto dijo, quitándome la guitarra. Yo le respondí:

—De Sevilla soy, canto aquí, vivo aquí, y estoy aquí. Púsome la mano en los pechos, diciendo:

—¿Sabe que está hablando con un alguacil de córte? ¿Qué armas trae? Yo le dije que nó traia sino mi espada; parecióle que la llevaria como la guitarra, y quiso quitármela; yo me retiré dos pasos atrás, diciendo:

—Señor, téngase á la justicia, téngase á la razon, y pida con cortesía la capa, pero nó la espada; y suplícole me vuelva la guitarra, que yo la rescataré á peso de plata.

—Esa nó llevará, me respondió, recójase á su posada, y agradezca que nó le meto en un calabozo. Ellos se fuéron la calle abajo, que esta gente nó va calle arriba, y yo quedé hecho músico de la legua, sin cantar en el teatro de mi dama.

Fuíme á mi posada, dormí lo poco que habia de la noche, y á la siguiente, habiendo comprado nuevo instrumento, determiné, á pesar de la justicia, dar mi música. Aguardé á la una de la noche, y sentí que mi Angela se ponia al balcon; empecé á andar en punto con mi guitarra, cuando al primer verso dieron conmigo alguacil y escribano, diciendo:

—¿Quién va á la justicia? Téngase á la justicia, y aquí de la justicia. La de Dios venga sobre tí, dije entre mí, y levantando la voz le respondí:

—Señor, téngase á la justicia, ¿quién ha de ir sino un hombre á quien quitó anoche una guitarra?

—Con esta serán dos, me dijo. Yo quise sacar la espada, pero nó pude, porque sin sentir me rodearon tres corchetes, y el escribano cuatro, y me quitaron guitarra, espada y broquel, diciendo el alguacil:

—Por vida del rey, que si le hallo otra noche alborotando la calle, que ha de dormir en un cepo. Fuéronse, y quedé tan corrido y afrentado, que nó tuve aliento para disculparme con mi dama, que estaba viviendo, como otras muriendo de risa; y al cerrar el balcon dijo:

—Superior música, y entróse, dejándome, nó á la luna, que nó habia salido, pero sin ella, que era peor.

Fuí á hablar con mi pariente y otros amigos suyos, que vivian seis casas más arriba de la de mi dama; contéles mi desgracia, y díjeles que deseara vengarme del alguacil aunque me costase una vara. En el mismo instante que miré la casa, tracé mi venganza: ténia un medio patio con tres altos; compré una garrucha y una maroma fuerte, y de lo alto de la casa, que caia al patio y á la calle, le pusimos yo y mis camaradas cosa de cien quintales de peso; en el remate de la cuerda, que habia de caer á la calle, pusimos un fuerte hierro volteado; este entraba en una argolla, que yo habia de llevar asida en la pretina por las espaldas, de modo que estando asido uno de otro y soltando el peso de lo alto como tramoya de comedia, volaria una casa. Compré una guitarrilla ó un tiple pequeño, y púsele una cinta con un alfiler de á blanca, de modo que asida á las espaldas y dejándola de la mano quedaba colgada en la cintura. Con esta célebre invencion llegó la hora de ponerme asido de la argolla y cordel, y mis amigos en lo alto de la casa para soltar el peso.

Empecé á la una de la noche á tocar el tiple, abrí mi boca para beber en mi

fuentecilla, y al primer cristal, sentí venir mi alguacil y escribano; Dios nos libre, arremetió á mí el ministro envarado, diciendo:

—Por vida del rey, que ha de dormir con los galeotes el pícaro bribon. Yo solté la guitarrilla, y como mi alguacil me visitase las manos y no la hallase, empezó con las suyas á abrazarme, por ver si traia armas dobles.

—¿Adónde tiene la guitarra? me dijo.

—¿Qué guitarra? le respondí, ¿viene loco usted? Yo, que sentí el estrecho abrazo que me daba, apretándole fuertemente, dije:

—Tira. Soltaron mis amigos el peso, y fuimos volando yo y mi alguacil por la region del aire. El pobre, que se vió levantar del suelo, empezó á decir:

—¡Jesus mil veces, que me llevan los diablos! El escribano entendió que se lo llevaban, y fué corriendo como un galgo á la calle de Alcalá á dar testimonio que al alguacil N. se lo habian llevado los demonios. Yo, que habia subido á lo alto con mi alguacil, le dije:

—Hermano, téngase á la justicia si puede, y por ahora apéese de aquí abajo. Soltéle; y dió con su cuerpo y aun con su alma en el jardin de la calle, ó por mejor decir, en la calle de los Jardines, y quedóse sin decir, Dios, valme. Yo entendí que le habia despachado de esta vida para la otra, pero no fué así. Quitamos luego la tramoya, dejando raneando á Téngase á la justicia.

Fuimos en casa de doña Beatriz, á quien no habia visitado por los nuevos amores de mi Angel, y ella, en pago de la rebeldía, estaba con mi juez tomándole residencia; llamamos á la puerta cuatro ó cinco veces, y nó respondieron. Yo adiviné la causa, y dije á mi primo y á sus amigos:

—Esta ninfa está ocupada, si nó me engaño; démosle un chasco, y sea luego. Fuimos en casa de dos albañiles amigos, y pagándoselo muy bien, les hicimos tapiar la puerta de la calle con yeso y ladrillo, y quedó de piedra y cal, cuanto más de ladrillo y yeso. Fuéronse los oficiales, y pusímonos frontero de la puerta rebozados para ver por dónde salia el galan de mi doña Beatriz. Amaneció su excelencia la señora Aurora, cuando vimos llegar al escribano y alguacil en busca del juez, y dijo el alguacil Arenillas:

—Nó es esta la puerta.

—¿Cómo nó? respondió el escribano, esta ha de ser.

—Vive Dios, dijo él, que estamos dormidos ó que hemos errado la calle. Dieron la vuelta seis ó siete veces, y por más que el alguacil afirmaba ser aquella la misma calle, nó queria el escribano dar fe y verdadero testimonio que era ella. Abrió la ventana la vieja Matorralba, saludó á los dos, y díjoles:

—Entre el señor Arenillas y el señor Torote, que la moza fué á abrir la puerta; fué así, abrió la criada, y dijo de adentro:

—¿Quién nos ha calafateado el ojo de nuestra casa? ¿Quién nos ha cubierto y tapiado la delantera de nuestro albergue? Al ruido se asomó mi juez en camisa, y á su lado doña Beatriz.

—Que me maten, dijo la Matorralba en alta voz, si el soldado no nos ha hecho esta burla. Salimos donde estábamos escondidos, y dando vuelta á la calle llegamos al cerrado albergue; la Matorralba, que me conoció de la ventana, dió

aviso al juez. La niña se desmayó, y el escribano y el alguacil nos dieron parte de la bellaquería que habian hecho á la ninfa. Yo les pregunté quién estaba dentro, y respondió el escribano que nó podia dar fe de lo interior de aquel cerrado alcázar. Alborotóse la vecindad, y algunos vecinos mal intencionados llamaron la justicia para prender la justicia. Vino un alguacil de córte con su escribano; echó la tapia abajo, y por favor me dejaron entrar dentro por pariente de la niña, hallaron al juez perdido de vergüenza, á la ninfa ganada, y á la vieja sin ella; dieran por nó haberme visto lo que yo diera por verlos como los ví. El juez habló con el alguacil de córte, y como se entiende esta gente por señas, todo se hizo á gusto de la niña.

CAPÍTULO VIII.

Cuenta don Gregorio la desgracia que le sucedió con el alguacil Torote; por cuya causa le prendieron.

Parecióme que habia tomado satisfaccion bastante de doña Beatriz y el alguacil de córte, de quien supimos aquel dia que estaba para dar su alma al Criador. Nó me dejó de dar cuidado por los muchos testigos que habia sobre el caso: pero en fe de ser cómplices todos, se sosegó mi espíritu. Sucedióme un dia en la calle Mayor que ví en una de sus tiendas una dama de tan buen talle, que me llevó los ojos. Estaba comprando niñerías de cabeza, que nó son pocas, y alzando el manto, vino de repente un relámpago de luz tan fuerte, que me turbó la vista. Yo habia menester poco para olvidar una y querer otra, gala de que se visten los buenos cortesanos, cuando empecé á ofrecerla toda la calle Mayor, cuanto más la tienda menor. Hízose de rogar; pero como nó hay mujer que nó guste de recibir, y todas son de tomar, bastó el ofrecimiento para empeñarme en treinta escudos, que se iban á las mil maravillas, y las letras cobradas mejor. Supliquéla me dijese su casa, y díjome que era casada y nó convenia: eché de ver entónces que era desgraciado en nó preguntar primero; sin embargo, nó quise perder ocasion de verla; pedíle me señalase sitio, y concedióme el Prado; bien le merecia por ser tan liberal; nó dí parte á don Cosme de mi nuevo empleo, y nó pasaba dia que nó tuviese dos querellas, una de doña Beatriz, y otra de mi Angel, á quien iba á visitar por cumplimiento, por parecerme larga la pretension, y lo peor por haberme pedido por esposo, cosa que yo aborrecia tanto.

Llamábase mi tercera dama doña Lucrecia Luzan, y su criada me aseguraba, á pesar del marido, todo buen pasaje; porque su señora, decia ella, se habia enamorado de mi talle, liberalidad y cortesía. Preguntéle qué oficio tenia su amo, y respondióme:

—¿Usted pretende el oficio, ó la señora del oficio? Calle por su vida, pretenda para alcanzar, y pregunte para ignorar, que le conviene; ponga esta fortaleza en mis manos, que yo daré con ella en suelo. Paguéla la buena esperanza, que así se llamaba, y nó reparé en mi locura, pues á lo que pareció des-

pues, el marido de la señora Lucrecia era, nó Tarquino, sino el alguacil Torote, ministro de mi juez.

Continué quince dias en mi pretension, sin ir á su casa por nó encontrar con Tácito; hablábala en la calle, rondábala de noche, sin música, acordándome de Téngase á la justicia, si bien estaba cada dia mejor. Llegó la hora de rendirse este fuerte, y díjome que nó podia verla en su casa á causa de su marido, á quien, como dicho tengo, nó conocia, ni queria conocer, por lo bien ó mal que me dijo la criada. Díjela que en mi posada la podia hablar seguramente; parecióle bien, y una tarde con todo secreto la coloqué en mi cuarto. Nó bien habia entrado, cuando mi criado me dijo que mi primo me venía á ver; cerré la dama por defuera con intencion de volver luego, cuando veo á mi Angela y sus hermanas tirarme de la capa, diciendo:

—Oye, galan, véngase por aquí arriba, que tenemos que hablarle. Llegó mi primo, y dijo:

—Estas damas os acusaban la rebeldía, adios. Fuése, y dejóme entre ellas, que fué lo mismo que entre dueñas. Una me decia:

—Es un ingrato; otra:

—Es un vil caballero; otra:

—Es un fementido galan; y entre aquella, esta y la otra me llevaban poco ménos que á galeras, pues iba forzado.

Parecióme que sería imposible volver á mi posada, y dábame mucho cuidado la ausencia que hacia doña Lucrecia de su casa, que me certificaba ser el marido el celoso extremeño, y le temia como el diablo, y aun mucho más. Con este pensamiento busqué mi criado para darle la llave, y nó le hallé; pedí licencia para irlas siguiendo á la deshilada, y nó fué posible; deparóme la fortuna, al llegar al corral del Príncipe, al alguacil Torote, marido de mi encerrada dama; como nó le conocia por tal, apartéle á un lado, y contéle mi desgracia, suplicándole fuese á mi posada para sacar de ella á mi dama, por lo que importaba á su honor y el mio, disculpándome de nó volver á ella, por ocasion de cierto embargo que la justicia habia hecho en mi persona. Él me dijo:

—Ya entiendo, descuide el señor don Gregorio, que todo se hará como dice. Fuése en mala hora á poner por obra su desgracia y la mia, pues abriendo mi cuarto y viendo dentro su propia mujer, la dió cuatro puñaladas celosas, y dejándola por muerta, se salió de la posada, y me fué á buscar para hacer lo mismo.

Alborotóse la casa, y juntamente la vecindad, y hallando el horrible espectáculo, se dió parte á la justicia; escapóse mi criado de ella, y vino á buscarme á casa de doña Angela; yo cuando lo supe quedé sin juicio, nó pudiendo adivinar lo cierto del caso; salí sin dar parte al orígen de mi daño, y fuí á buscar á mi primo: nó lo hallé, y como todo el mundo está lleno de soplones, y los malsines son cañutos de mayor esfera, nó faltó quien me llevó la justicia á casa de don Cosme. Pusiéronme en la cárcel á mí y á mi criado, adonde pagamos, yo lo que nó habia comido, y él lo que nó habia solicitado.

CAPÍTULO IX.

De lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de la cárcel.

Vínome á visitar á la cárcel el juez y dióme cuenta de toda mi desgracia, que aun yo no la sabía: díjome cómo su alguacil Torote era marido de mi dama, pero que estaba con esperanzas de vida, y cómo mi amigo venía á solicitar mi libertad. Echóse de ver, porque á otro dia de mi prision, el primero que ví en ella fué mi juez. Agradecíle con grande afecto el celo que tenia de noble, como lo era, y dándole parte de mi inocencia, empezó á tomar la mano en el negocio, y como persona que entendia tan bien las criminales causas, hizo la mia tan civil, que á nó meterse de por medio vacaciones, me dieran en fiado los señores de las garnachas. Doña Lucrecia, aunque del todo nó estaba fuera de peligro, estaba fuera de alguacil, que nó era poco. Nó pareció Torote en dos meses por más diligencias que hizo mi juez en buscarlo para acomodar el negocio y hacer las amistades. Vínome á visitar doña Beatriz, la Matorralba, el escribano y toda la compañía que vino conmigo de Sevilla. Mi buen primo mostró serlo, porque me comia un lado aun en la misma cárcel. Quien nó hizo caso de mí fué doña Angela Serafina de Bracamonte, y estando un dia paseándome con mi juez, vino su criada, y dióme un papel, escrito de la mano de su señora; abríle y ví que venía armado de los versos siguientes:

Mi don Gregorio Guadaña,
Falso Tarquino andaluz,
Que por gozar á Lucrecia
Fuiste romano gazul;
Dícenme que la señora
En tu cuarto, á poca luz,
De cuatro puñaladitas
Nó pudo decir Jesus.
Si el señor Tácito andaba
Caminando con su cruz,
Dejárasle descansar
A sombra de su salud.
Si la señora Lucrecia,
Tendida como un atun,
Por dar Torote á Jarama,
La dió Torote capuz,
Sepa que todo instrumento,
Matrimoñado laud,
Nó canta todas las veces,
El tono del ave cú.
Cerrar ninfas y dar llave,
Solo un guadaño avestruz,

Hijo de la misma Parca,
Puede ejercerlo en Tolú.
Fuiste malsin declarado
De un serafin Boquirú,
Violando con la justicia
Todas las perlas del sur.
Lindo alcaide nos ha dado
La comadre de la Luz,
Pues dió la llave del fuerte
Al brazo de Bercebú.
Por tu vida, dueño mio,
Que te vuelvas á Adamuz
Á ser médico, pues eres
Examinado en Corfú.
Nó son celos por tus ojos,
Uno pardo y otro azul,
Sino amor, porque me fino
Por galanes como tú.
Avísame si á Lucrecia
Se le ha restañado el fluz,
Y si se pasa Torote
Por el vado del Perú.
Camisa tienes, mi alma,
Si has de aforrar el baul,
El jinete de gaznates
Te la vista con salud.
Dios te libre de las cuerdas
De ese músico tahur,
Y si las tocares, canta
Milagros de tu virtud.

Díjele á la criada:

—Amiga, díle á tus señoras que estimo el favor de las musas; si quieres llevar la respuesta, aguarda, que brevemente te despacharé. Hízolo así, y despidiéndome del juez, la dije la respuesta en estos versos, que leyó su ama en presencia de mi primo:

Mi doña Angela del Monte,
Nó braca, mas serafin;
Primera estafa de Vénus,
Segundo logro de abril.
Hechizo de Manzanares,
Y nó de Guadalquivir;
Dulce emulacion del Tajo,
Ninfa en sus aguas gentil,
Si Tarquino de la legua
Por ver á Lucrecia fuí,
Más vale perder un reino,
Que serlo de Medellin.
Tu celestial hermosura
Para matrimonio vi;

Mucho signo en poco dote
Nó ha de pasar ante mí.
Soy mucho para marido,
Y nó he de poder sufrir
Una visita del Pardo
En fiesta de Balsain.
Por tu vida, mi señora,
Que marides por ahí
Un boquirubio de sienes,
Pues hay en la córte mil.
Dale la holanda, mis ojos,
En mi nombre á Juan Paulin,
Y matízala primero
De algun palomo turquin.
Nó me quieras por esposo,
Que descubro zahorí
A cuarenta y nueve estados
Un perro de un florentin.
Soy Guadaña, y soy Torote
El extremeño alguacil,
Y te dejaré sin alma,
Mi doña Angela, en un tris.
Todo lo que nó es marido
Me puedes, mi bien, pedir;
Porque tu mina merece
La plata del Potosí.
Aconséjate con mama
Y mira si podré ir
Por galan de Meliona
A la córte de Madrid.
Si me coges entre puertas,
He de ser, si digo si,
Un conde de Carrion,
Infausto yerno del Cid.
Holguémonos como manda
El arancel de Merlin,
Tú pidiendo á todas horas,
Y yo dando sin pedir.

Díjome mi primo que apénas acabó de leer doña Angela los versos, cuando dijo la madre:

—¿Qué queria el bribon de don Gregorio? ¿Gozarte y dejarte? ¡Malos años para él! En verdad que si pretende llevar la flor de tu hermosura, que ha de ser con título de esposa y esposo al uso. ¡Oh qué lindo descanso! ¿Queria llevarse lo más precioso de una doncella por cuatro varas de holanda y tres diamantes? Nó se verá en eso; amanse la cólera, ó váyase á galantear las señoras sevillanas, que las de Madrid más ganan con un marido que con una docena de galanes; por vida de don Cosme, que diga á ese pícaro de don Guadaña que nó me entre por estas puertas, porque si entra, por vida de Angelica, que lo mande cargar de leña sin ir al monte. Qué ¿pensaba holgarse sin ma-

trimonio? Está engañado; nó merece descalzar á doña Angela, cuanto y más calzarla.

Yo le dije que tratásemos de mi libertad, y luego hablaríamos sobre aquella materia, tan postema para mí. Estando en esta plática, entró el alguacil Téngase á la justicia, arrimado á un báculo, tan flaco y amarillo, que parecia la muerte. Todos empezaron á decir:

—Hola, aquí viene el alguacil á quien llevaban los diablos la otra noche, y le soltaron por haber dicho Jesus en la media region del aire. Otro decia que nó es eso, sino que por tiempos está endemoniado este alguacil, y juegan con él á la pelota los diablos. Otro decia:

—Callad por vida vuestra, que nada de eso pasó, sino que unos enemigos suyos lo volaron por tramoya y lo soltaron sin ella. Yo entendí que me venía á embargar, pero engañéme; habló con el alcaide, y fuése. Perdonéle el susto por la brevedad con que se volvió á su casa en una silla de manos, y ganéme un millon de bendiciones, porque al entrar en ella decian los presos:

—Bien haya el alma que te mancó, verdugo de los pobres y estafador de los ricos. Otros decian:

—Si fuéron diablos, tuvieron buen gusto, y si hombres, lindo entretenimiento. Entró en este estado mi juez con el mandamiento de soltura, por estar doña Lucrecia fuera de todo peligro; echéme á sus piés, en señal del ordinario agradecimiento; pagué mi prision, que hasta el tormento se paga, y salí de la cárcel con nó poco recelo del alguacil Torote, que nó parecia en toda la córte, por más diligencias que se habian hecho. Dieron por libres á mi huéspeda y otros criados de su casa, que andaban á monte, constándoles á los señores de la sala estar inocentes, y habiéndose presentado el mismo dia. Costóme la burla más de doscientos escudos, y si no estuviera el juez de por medio, me costara dos mil.

Mudé posada por parecerme conveniente, y llevóme mi primo á la suya, entre tanto que se buscaba otra con más comodidad. Hallé en ella á la Matorralba y doña Beatriz, y entró luego mi Serafina de Bracamonte. Miráronse las dos á orza, y dijo doña Angela:

—Reina mia, ¿es vuesa merced hermana del señor don Gregorio, porque se parecen?

—Nó, señora, respondió doña Beatriz, soy su cercana deuda por parte de Vénus, y vengo á saber de su salud.

—Pues excúselo por ahora, dijo mi Angel, que está el señor don Gregorio tomado para palacio.

—¿Cierto? repl[illegible] doña Beatriz riéndose.

—Ciertísimo, respondió doña Angela. Y mi sevillana dijo:

—Pues crea la señora cortesana tendrá el palacio tan lleno de gente, que nó quepa don Gregorio en él. Parecióme que aquellas señoras me armaban otra para dar conmigo otra vez en la trena; metí paz, y cada una se fué á su casa, favorecida de mi cordura, que aunque nó la tenia, me preciaba de tenerla, y el daño estaba en la confianza que yo tenia de mi persona, tanto de galan como de discreto, virtudes que nó conocí en mi vida.

CAPITULO X.

De lo que le sucedió á don Gregorio con los amigos de don Cosme y el juez.

Parecióme andar acompañado por asegurarme de Torote. Visité á doña Lucrecia, y díle bastantemente con que reparase su desgracia, que siempre me precié de agradecido. Busqué los amigos de don Cosme, y el uno de ellos, llamado Pablillos, por mal nombre, habia reñido con otro de la misma cuadrilla, á quien llamaban Sebastianillo el Malo, medio rufian, y caco por naturaleza; si bien, por nó tener que hurtar, andaba con la boca abierta robando el aire. Díjome Pablillos que lo habia de matar, aunque supiese pernear en la de palo; víle tan rematado, que me obligó á decirle que yo le daria de palos una noche por despicarle; otorgó el partido, y otro dia por la mañana saqué mano á mano á Sebastianillo por la calle de Atocha, y díjele como su enemigo estaba resuelto á matarle por cierto agravio que habia recibido por su mano; pero que por excusar una desgracia, le habia reducido á que fuese su amigo, con calidad que yo le habia de dar de palos en su nombre; que se sirviese de aguardarme aquella noche á la puerta de su casa, que yo haria la plataforma de Palermo, con lo cual él quedaria sin palos, Pablillos vengado, y yo gustoso de haberlos hecho amigos. Estuvo un poco suspenso ántes de soltar el sí, pero en fe de nuestra amistad, dijo que recibiria los palos de veras, cuanto más de burlas. Despedíme de él, y dí cuenta á Pablillos de cómo aquella noche sacaria á limpio su honra.

Busqué un garrote acomodado, púseme de ronda, y fuí á las nueve de la noche con Pablillos á dar fin al duelo. Habia mi Sebastian mudado de parecer, y en lugar del beneficio que le queria hacer, me tenia á la justicia en su casa, para salir al primer golpe y prenderme. Fué así, llegué á levantar el palo, y dió conmigo un primo hermano de Téngase á la justicia, con su escribano, diciendo á voces que venia á matar á Sebastianillo á su casa. Agarróme un corchete, y el alguacil dos, y como si fuera el mayor ladron del mundo, así me llevaban por la calle, quitándome la espada, y llevándose el garrote por testigo. Al llegar á la de Toledo, procuré ser Sanson contra aquellos filisteos, dí dos golpes al escribano en la boca del estómago, y vino á tierra; al alguacil le solté la capa, y al corchete la pretina, y con más ligereza que ellos diligencia, me puse en mi posada. Salió mi criado á recibirme, y admirado de verme gentil hombre de á pié, me preguntó si me habian capeado algunos ladrones; yo le dije que sí, y era verdad. Púseme nueva librea, y llevéme debajo de la capa un garrote de tres palmos y medio, algo más seguro que el primero, con intencion de suplicar á mi Sebastianillo que pues nó habia querido recibir los palos de burlas, los recibiese de veras. Tomé la espada y daga de mi criado, y con más cólera que atrevimiento, me fuí á su casa. Hacia la noche calurosa, y estaba el pícaro sentado en

una silla á la puerta, tomando el fresco; pero como le faltaba abanico, llegué con el de encina que traia en la mano, y díle una docena de palos, salvo error de cuenta, tales, que bastaron á tenderle en el suelo, y sacando la daga le dí un chirlo de cosa de diez puntos cirujanos tan malos, que ninguno se los quitara por el tanto. El quedó como merecia, y yo me fuí como deseaba, quedándome tan liviana la mano, que podia volar con ella. Encontré con mi Pablillos, que habia puesto piés en polvorosa cuando vió la justicia, y dándole parte de su desagravio y el mio, empezó á danzar de alegría, y canonizóme por uno de los más valientes hombres del mundo, y yo me lo creí por la vanidad que traia en los cascos de haber salido tan bien del suceso referido. Fué conmigo hasta dejarme en casa de mi primo, y fuése.

Dentro de una hora vino á buscarme el juez con un hermano suyo, algo turbados y aun demudados de color, y dijo el juez que le importaba mi persona aquella noche para un caso de honra, que le hiciese gusto de ir en su compañía. Hícelo así, y díjome saliendo á la calle, cómo por aquella parte solia venir la comadre de la reina, á quien venian á buscar para un lance forzoso. Yo entendí que estaba doña Beatriz reventando por parir, y díjome:

—Nó es eso, amigo, es negocio de honra. ¿Honra dijiste? Enmudecí, y él prosiguió diciendo:

—Es necesario que los tres nos pongamos estas máscaras, para nó ser conocidos; por vida del señor don Gregorio, que calle á todo lo que viere, que nó estoy para darle cuenta de mi desgracia. Pusímonos las tres carátulas, y quedamos matachines de honra. Serian las dos de la noche, cuando por la Red de San Luis vimos venir hácia la Puerta del Sol la comadre de la reina en un machuelo con su criado detrás. Acordóseme de mi madre, por las muchas veces que solia venir á tales horas de la misma manera. Llegamos á ella, y díjola el juez:

—Apéese usted y véngase con nosotros, que le importa la vida. La pobre quedó muerta cuando la bajamos del machúelo y lo entregamos al criado, diciéndole que se fuese á su casa, lo que él hizo de buena gana.

—Señores, dijo la comadre, ¿dónde me llevan? El juez respondió:

—Nó tema, que nó ha de recibir agravio de ninguno, sino mucho beneficio y provecho. Vendámosla los ojos, y quedó la pobre verdadera comadre del tacto. Yo la dije:

—Madre mia, aquí lleva el amparo de todas las comadres del orbe; sosiegue su espíritu, y crea que la fuerza de la honra nos obliga á ser descorteses.

—Ya estoy en el caso, dijo ella, entendí diferente; guien donde llevaren gusto, que las mujeres de mi oficio están sujetas á semejantes fortunas. Anduvimos con ella rodeando catorce calles, y llegamos á una casa principal, cuya escalera subimos, y dimos en una sala, aderezada á lo grave, y tanto, que levanté dos puntos al instrumento de la honra.

Quitamos el velo á la comadre, y llevónos el juez á una alcoba, donde estaba recostada sobre un riquísimo catre de la India una dama cubierta con un cendal blanco, dando unos dolorosos suspiros, tan bajos como altos los pensamien-

tos de donde salian. Las blancas manos parecian grupos de blanca cera, y de los rayos que salian por el velo se podia bien colegir el sol que se ocultaba en lo diáfano de aquella nube. El juez dijo á la comadre:

—Amiga, haced vuestro oficio, mirad si esta mujer está pronta al parto que se espera. Salímonos los dos á la sala, y quedó el hermano de mi juez con la comadre, la cual salió luego, y dijo á nuestras máscaras, que nunca nos las quitamos hasta que se fué, que aquella señora estaba despacio, y que á su parecer nó podia parir en dos horas; que trujesen ciertos medicinales ungüentos que habia menester, y sin salir de casa ya los tenia en la sala. Volvió á tentar el puerto de la humana generacion, y dentro de una hora llegó á salvamento un bajel, nó galera, tan hermoso, que parecia nó haber tenido tormenta en el mar de la vida. Fajó la comadre la dolorosa hermosura, y oíle decir:

—Amiga, encomiéndeme á Dios, que estoy en grandísimo peligro; lastimóme el corazon, y determiné poner remedio en la desórden que sospechaba. Serian las cuatro de la mañana, cuando por los mismos pasos que habíamos traido la comadre la volvimos á llevar, despues de haber puesto el infante como manda la ley de naturaleza. El juez la dió en un bolsillo veinte doblones, encargándole el secreto, que aunque nó sabía la ocasion, conocia la parte; quiso ser diligente en la inteligencia; ella se fué á su casa, y nosotros nos volvimos á la de la parida, donde me sucedió lo que se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á don Gregorio con el juez sobre el suceso del antecedente capítulo.

Llevóme el juez á una sala con grande secreto y díjome:

—Amigo y señor, las leyes de la honra son difíciles de guardar, aunque los honrados se desvelen por su verdadero cumplimiento, pues mal puede un noble gobernar las acciones que nó penden de su albedrío; pero el mundo, que puso el meromisto imperio del honor en una mujer, nos obliga á que pasemos por este errado camino, en cuyo áspero monte tantos se perdieron ó despeñaron. Esta señora, que habeis visto ser horrible esperanza de la muerte, es una infeliz hermana mia, á quien por su flaqueza salteó la amorosa llama de la tercera estrella, abrasando con ella todo el lustre de su honrado nacimiento. En ella puso el cielo el gusano y polilla de nuestro linaje, pues con nó vista libertad, enamorándose de un criado suyo, le entregó las llaves de su honor, sin reparar en la deshonra que podia venir á sus deudos. La desigualdad es tanta, que me corro de decirla; y así basta entre los diestros señalar la herida, si bien yo la he descubierto tanto, que solo nuestra amistad puede ser fiadora de su secreto. Considero que os parecerá rigor ajar en su verdor esta rosa; pero ¿quién podrá perdonar por una vida tantas como han de morir, viviendo la que fué causa de su muerte?

¿Quién duda que saliendo á la plaza del mundo mi infamia, me murmuren de poco cuerdo y me noten de ménos avisado? ¿Quién duda que sea esta mujer una ruina de mi honrado pundonor? Pues cuando nó case con el agresor del delito, que es el menor daño que me puede venir, quedo sujeto á otro mayor, que cuando una noble mujer se pierde á sí el decoro, nó hay riesgo que nó atropelle, ni infamia que nó ejecute. Si lo callo, me pierdo; si lo digo, me afrento; si la caso, me deshonro; si la olvido, me acobardo; si la guardo, me engaño; si la ausento, me arruino; si la perdono, me ofendo; y nó ménos que con su muerte sepulto su flaqueza y remedio mi honra. Por otra parte, considero que nó me concedió poder el derecho divino sobre una fragilidad tan comun como tiene el sexo femenil, y que nó puedo ni debo, por una vanidad de la honra, quitar la vida á quien puede repararla con el matrimonio. Mas esta bien fundada razon la derriba el honor del siglo, pues se ha tomado tanta licencia, que predomina sobre las leyes justas de la naturaleza. Concluyo, amigo, con decir que si el amor me detiene, el honor me irrita; si el cielo me amenaza, el mundo me defiende; si la sangre me ata, el agravio me suelta; si el rigor me persigue, la honra me atormenta; y finalmente, que su pecado y el mio luchan el uno con el otro por subir á lo eminente del delito, ó para bajar al abismo de la culpa á recibir el debido castigo que merecen.

Díjele ántes que alegase más razones en favor de la venganza:

—Señor don Fernando de Salcedo (este era su nombre), pésame que para una trágica accion os hayais valido de mí, porque os quisiera lisonjear la pena con el olvido, anteponiendo á vuestro honor todo secreto; pero considerando que me trujistes como parte interesada en vuestra reputacion, aunque nó me pidais consejo, os advierto que los más discretos se pierden en estas materias, por la violencia con que la ira enciende la imaginativa, oscurece la memoria y daña el entendimiento. Confieso que el yerro de vuestra hermana ha sido costoso para vuestra sangre; mas ¿quién se puede librar de la mancha comun del pecado, ora sea por flaqueza de fe, ora por anticipacion de la Vénus ó por codicia de los humanos bienes? La tela frágil de naturaleza se salpica aun de los más castos pensamientos, y nó tiene tantas partes de armiño cuanto su ámbito ocupa de lunares feos. Nó apruebo, amigo y señor, á sangre fria la muerte, en quien os ha de llevar la mejor parte del corazon. Si este delito estuviera en los vulgares aplausos, en las maldicientes lenguas de los enemigos, aun tenia el duelo de la honra más fuertes razones con que atropellar el derecho divino; pero cuando nó ha salido la culpa de los umbrales de vuestra casa, es razon que le valga el arrepentimiento, es justo que le ampare el secreto, notando que si con la vida nó se guarda, ménos se guardará con la muerte; pues es cierto que la sangre de esta inocente, que sí lo es quien se dejó llevar de los engaños de amor, clama contra su misma sangre; y si con la vida la honra habia de blasonar de la duda, con la muerte nó podrá alentar de la venganza. En vano la desigualdad que decís impone tributos á la prudencia, si el agresor del delito natural es digno de la nobleza de vuestra casa; advertid que nó será ese el primer golpe que ha recibido el cuerpo de la nobleza, y en los que le pue-

de dar la fortuna, ninguno puede ser más leve que el vuestro. Nó ajeis con los pálidos movimientos de la muerte esta rosa; nó arranqueis al primer fruto este árbol; nó derribeis á la primera vista este edificio; nó mateis al primer vuelo del nido esta paloma; nó sepulteis en el abismo de la crueldad esta hermosura. Nó seais homicida de vos mismo; nó alcanceis nombre de cruel en vuestra misma sangre, que más vale errar por piadoso que acertar por riguroso. Cuerdo sois; las leyes del mundo nó han de poder más que las divinas. Vuestra hermana nó es vuestra esposa, para que os obligue la verdadera honra á lavar con sangre el agravio cometido. Conventos hay donde toman puerto divino estas borrascas, olvidos donde se aseguran estos objetos, casamientos donde se cubren estas faltas, y tierras donde se mudan estos delitos. Nó podeis negar que el infante recien nacido nó sea vuestra sangre; aborrecerle por la culpa de su madre nó es de nobles, es de fieras; pues ¿cómo quedará vuestro corazon cuando vea el retrato del original que rasgastes? Nó hay duda que os consuma los vitales espíritus aquella fuerza de imaginacion agitada de la ira y alentada de la venganza. Algo se templó mi juez con las piadosas razones que le dije, encaminadas á la defensa de su hermana, y resolvióse á poner por obra mi consejo, anteponiéndole á las rigurosas leyes de la honra, materia que pedia mayor retórica y más tiempo. Agradecíle con un estrecho lazo de amistad el honor que me hacia, y dando á criar el infante recien nacido, se puso el debido secreto á su desgracia.

Diez ó doce dias anduve en compañía de mi juez, y llevóme á una academia, cuyos ingenios admiraban el mundo con sus locuras. Yo me preciaba de poeta culto, lírico, cómico y heróico, los cuatro vientos de las musas. Habia todas las noches nuevos asuntos, y entre los ingenios habia uno tan preciado de ridículo como de loco. Servia de entremés á las burlas, y de farsa á las veras. Dióse un asunto celebrado por nuevo, si bien todos lo son cuando se aciertan á escribir. Este fué que una dama sentada en su cama, queriendo dar á sus blancos piés el velo de nácar, ó hablando culto, calzarse los coturnos, se desmayó de ver su amante, que impensadamente la cogió con el hurto en los piés, como otros en las manos, á cuya desmayada hermosura se dijeron los sonetos siguientes:

En un catre de nieve colocada
Con sus diez azucenas Amariles,
Nevando mayos, floreciendo abriles,
Flora viviente fué sobre la almohada.
La nieve en los coturnos abrasada,
Adorada por términos gentiles,
Ardia en sacrificios juveniles,
Sobre el ara de Vénus consagrada.
Pisaba Apolo la luciente esfera
Por gozar los descuidos de su dama,
Haciendo de sus rayos vidriera;
Viólo el honor, y por guardar su fama,
Trasformando la diosa en blanca cera,
Fué el desmayo laurel, Dafne la llama.

Nuestro ridículo poeta dijo el que sigue:

Calzábase Amariles los coturnos,
Y amor que los miró por alambique,
Más tierno y derretido que alfeñique,
Los ojazos abrió casi diurnos.
Iba el ladron contando por sus turnos
Desde el dedo mayor hasta el meñique,
Y si otro fuera, me la diera á pique;
Que amor sabe jugar cientos nocturnos.
Vióle la ninfa, y disparando un rayo,
Délfico sol, tercero de un canuto,
La dió sin más ni más cierto desmayo;
Pero el cobarde amante hijo de un puto,
Saliéndose, mirándola al soslayo,
Nó quiso hacerla Porcia, siendo Bruto.

Yo, que me preciaba de poeta medio culto, dije:

La diurna Amariles, por el rumbo
Fatal del venatorio bamboleo,
Donde el fogoso campo de Himeneo
Sirve palestra al palpitante tumbo,
El coturno de nieve, nó de chumbo,
Derrite en el Vulcano giganteo,
Y si amor se preciara de pigmeo,
Títere pareciera en el columbo.
Vénus, que en tales actos nó se zumba,
En lengua erasma, articulando á Erasmo,
Habló la gatomaquia gatatumba.
Dióle al hijo de Chipre el asma ó asmo;
Y ella, revuelta en holandesa tumba,
Tuvo gota coral de pasmo á pasmo.

Como no faltan poetas ridículos, otro académico dijo el que se sigue:

En Tirias tersas de purpúrea pompa
Amariles deidad colura campa,
Y unos talares de cristal se zampa,
De Vénus alma, de Mercurio trompa.
Sin temer que un mosquito la interrompa,
En fuegos sulfureantes ampos ampa;
Cuando su ninfo su coturno estampa,
En el que Adónis, jabalí se rompa.
Colúmbralo la diosa medio zamba,
Y queriendo imitar á la hecatomba,
Extiende helante la cerúlea gamba;
Suspiros gira por luciente bomba,
Y el hijo propio del nocturno Bamba,
Cuadrupedantes rayos le rimbomba.

Otro poeta dijo al mismo asunto este romance:

Calzábase los coturnos
Con mucho descuido el sol,
Que tambien se calza el dia
Sus dos medias de color.
Cuando la bella Amariles
De su oriente despertó,
Y con la luz de sus ojos
Sus nevados piés calzó.
Colocada en una almohada,
Con diez azucenas dió
Sepultura á diez jazmines,
Rayos sí, del niño Dios.
Su descuido dió cuidado
A un nuevo Adónis poltron,
Que viendo abrasarse el dia,
Con mucha flema se heló.
Divisó por las columnas
Donde Hércules nó llegó,
Todo el imperio de Vénus,
De quien pudo ser arpon.
Miró en dos ejes partido
Todo Chipre, donde amor
Jugó cañas tantas veces
En torcido caracol.
Parecióle al pobre amante
Que aquel jardin se cerró,
Y ni aun con llave maestra
A abrirlo nó se atrevió.
Como un amante de plomo
Paso á paso se llegó,
A ver trozos de cristal
Arder en fuego menor.
Alzó Amariles aquellos,
Soles sí, luceros nó,
Y con un eclipse templado
Todo el orbe sepultó.

Volvióse la academia capítulo de jácaras, adonde los senadores de las musas jacarandinas se ponian á jugar los pleitos de la vida rufiana. Entre ellos habia dos hijos de esta ciencia; el uno se llamaba Añasquillo de Toledo, y el otro Ectongo el de Talavera, y contábase el uno al otro su vida y milagros en estos versos:

Contando está sus araños,
Como si fuera moneda,
Añasquillo el de Toledo
A Ectongo el de Talavera.
Escúchame, amigo mio,
Confesaréte mis rentas;
Y si nó absolvieres dudas,
Oyeme de penitencia.

Seis años ha que me puse
A garduño en esta tierra,
Examinado de caco
En la Vera de Plasencia.
Yo y Colmenar competimos
En ajustar una reja,
Multiplicando guarismos
Sobre el libro de una puerta.
En ménos de cuatro mayos,
Como si fueran ovejas,
Trasquilamos en camino
Muchas personas de cuenta.
Saqueamos en la Palma
Poco ménos de doscientas,
Que para reses perdidas
Se hicieron nuestras tijeras.
Partimos esta ganancia
En la vega de Antequera,
Y si no fuera por mí
La partimos en galeras.
Con todo nos dieron caza,
Y fuimos sobre conciencia
Presentados en la cárcel
Sin bendicion de la Iglesia.
Allí conocí tus mañas
Apretándote las cuerdas,
Siendo confesor de azote,
Por ser mártir de la penca.
Dícenme que tu gaznate
Ha probado á la jineta
Muchos hombres de dos caras,
Testigos de tu destreza.
En la selva Caledonia
Y laberinto de Creta
Fuiste robador de Europa
Y otro Páris de tu Elena.
Acogístete á sagrado,
Al pié de Sierra Morena,
Con la Julia á la italiana
Y la Octavia á la francesa.
Ya te conocen en Flándes,
En Corfú é Inglaterra
Por soldado del araño,
Pues como gato peleas.
Pareciéramos los dos
Colgados en una entena
Fruta de pagar delitos,
Que madura estando seca.

Dieron fin á la jácara, por gozar de la comodidad de cierta carroza, que nos aguardaba á mí y al juez, con dos amigos que en ella venian para ir á cierta casa, de que haré mencion adelante. Yo dije entrando en ella que no habia descanso y comodidad mayor para la vida humana como la de un coche, y respondió mi juez:

—Por cierto, señor don Gregorio, que tuvo poca razon Demócrito en poner la felicidad del hombre en reir, Heráclito en llorar, Platon en la virtud, Aristóteles en el honor, Filon en el amor, y otros muchos en diferentes acciones y virtudes. Si ellos dijeran que nó la hay mayor que la comodidad de cada uno, anduvieran acertados; y nó niego haber en el mundo verdad, justicia, razon, virtud, misericordia, amistad, limosna, honra, caridad, templanza, fortaleza, prudencia y sabiduría; pero ántes que se ejecuten todas estas morales y políticas virtudes, entra primero la comodidad de cada uno. Porque el hipócrita adquiere santidad por malos medios, siendo mártir del demonio; pero toda esta santidad fingida nó es ejecutada sin que primero la comodidad tenga su imperio en la misma hipocresía. En el vientre de la madre la busca el hombre, pues despues de haberse hallado nueve meses en el albergue natural, rompiendo las túnicas que le cubrian, sale á buscar la comodidad del aire. La madre hace lo mismo, pues para eximirse del dolor que la oprime, arroja al hijo por su comodidad á los umbrales de este siglo, y apénas respira, cuando la busca con los labios, y obrando con la razon, nó hay deleite que nó anteponga á toda virtud. Si está enfermo, nó hay doctor que nó busque, remedio que nó tome, pesar que nó advierta, dolor que nó reprima, tirando al remedio hasta alcanzarlo, y cuando nó lo puede conseguir, busca la muerte, la cual sirve de comodidad al hombre, cuando los dolores nó admiten humano remedio. Los jueces, primero que lo seamos, buscamos nó ser juzgados de otros, y primero adquirimos comodidad propia que busquemos á la justicia la suya. Los señores de título primero la buscan para la conservacion de su estado y personas, despues entra la liberalidad y la nobleza. Hasta el culto divino la tiene para ejercer sus oficios espirituales en sus primicias y rentas eclesiásticas; despues entran el amor, la caridad, la doctrina, el celo y fervor espiritual. El hombre más amigo de la honra mira primero el provecho que ha de sacar de ella, y á veces nó es todo virtud el conseguirla, porque la honra sin comodidad propia nunca fué buena, aunque lo sea. Todos los oficios de la república procuran la perfeccion de la obra, pero primero su comodidad; despues entran el trabajo, la manufactura y la perfeccion del arte. El que se halla incapaz del siglo, busca su comodidad primero, y aunque sea para servir á Dios, pone la mira en su comodidad; despues entran la abstinencia, la disciplina y la obediencia. El que nació de ánimo humilde, hallándose incapaz para la guerra, procura su comodidad, buscando los oficios que tienen ménos riesgo de la vida; despues entra el agradar á los superiores. El que salió al mundo con muchos espíritus vitales busca la comodidad de la guerra para su descanso, y ántes de pelear mira si puede hacer presa en el amigo ó enemigo, si le pagan ó nó le pagan, si le honran ó nó le honran; despues entran el valor, la valentía, el ánimo y el esfuerzo militar. El amor del padre para con el hijo la busca en engendrarle, y el amor del hijo para con el padre en heredarle. La mujer que más ama y quiere á su marido mira primero su comodidad en la dote, por ser los bienes de fortuna en la mujer de más amparo que en el hombre. El sabio la busca en la adulacion, el mercader en la usura, el escribano en la pluma, el labrador en la nube, el tahur en la flor, el



Empezó á cantar con tan suave voz, que admiró los galanes y damas de la carrera.



cortesano en la lisonja, el malsin en la traicion, el ladron en la noche, el homicida en la sangre, la doncella en la esperanza, la viuda en el monjil; y todos, ántes de ejercer lo útil de su estado, le tienen librado en la comodidad y conservacion del individuo.

Aquí llegaba el juez con su discurso cuando se apearon los tres, y me dijeron nó saliese del coche porque iban á ver si yo podia gozar de la conversacion de ciertas ninfas. Hícelo así, y apénas entraron en la casa donde paró el coche, cuando cercaron la carroza tres hombres, diciéndome el uno que saliese de ella si nó queria morir; yo lo hice por la parte más flaca del estribo con tanta ligereza, que tuve lugar de sacar la espada y ponerme en defensa. El cochero dió voces á mis amigos, y saliendo todos se pusieron á mi lado. Reñimos valerosamente más de un cuarto de hora sin conocerse ventaja, hasta que el juez conoció á su alguacil Torote por la pinta; yo me sentí herido en el brazo izquierdo, y acordándome de mi tio el cirujano, dí conmigo en casa de Tamayo, adonde recibí en cuatro dias absolucion de mi culpa. Nó paró aquí la indignacion y cólera de Torote, porque me buscó varias veces en la academia, hasta que una noche me sucedió la fortuna que se sigue.

CAPÍTULO XII.

De lo que sucedió á don Gregorio con el alguacil Torote y sus amigos.

Serian las diez de la noche cuando salimos segunda vez de la academia; despedí á mi primo, que estuvo en ella, por ir más ligero, y á mi juez, por ir más seguro de honra, que cada dia queria volver atrás la palabra que me habia dado. Fuíme por la calle de las Carretas, y dí en la Puerta del Sol, y al querer subir por la Red de San Luis oí que me llamaba una mujer tapada, diciéndome:

—Ah, señor don Guadaña, váyase despacio, que allá vamos todos. Detúveme, y conocí á mi doña Angela de Bracamonte por la pinta de la voz, que pintaba serafines de oro. Luego me ofrecí, como amante, á irla acompañando, y díjome que nó vivia donde solia, por cuanto se habia mudado á cierto barrio; quise saberlo, y nó hubo órden. Parecióme que venía á tentarme de matrimonio; pero engañéme, que nó habló en él. Dimos en el Prado, adonde me despidió, diciendo que de ninguna manera la habia de acompañar ni saber su casa. Extrañé el modo con que me despedia, y con intento de irla siguiendo la dejé algo sentido de su descortesía. Tomó el camino, y á la deshilada la fuí siguiendo hasta que se detuvo y sentó junto á una fuente del Prado, y sacando una vihuela pequeña, que yo nó ví con haber hecho las ceremonias de amante que acompaña de noche á su dama, empezó á cantar con tan suave voz, que admiró los galanes y damas de la carrera. ¡Válgate el mismo Orfeo por sabandija! ¿Quién te armó de vihuela, nó habiéndola traido ni habiéndotela dado?

Con esta admiracion estuve hasta que dió fin á su música, diferente de la que yo la dí con Téngase á la justicia. Serian las doce de la noche cuando por el Prado arriba iba mi doña Serafina sola, y yo siguiéndola; empezó á menudear el paso, y como la luna daba bastante luz para nó perderla de vista, determiné saber su casa y ver en qué parte podia aquella mujer llevar la vihuela.

Al llegar á lo último del Prado, junto á un álamo estaba durmiendo un hombre; llegóse á él mi Angel, tiróle de los piés, y sacólo á campaña; él recordó á tiempo que la ninfa habia pasado de largo; nó sospechó el dormido que podia ser otro que yo el que le habia hecho aquella burla, y sacando la espada que traia al lado, embistió como un leon á matarme. Ella que vió la impensada batalla, dijo en alta voz:

—¡Ah, señor don Gregorio Guadaña, apriete los puños que le va la vida! ¡Dios nos libre! Apénas oyó mi nombre el que reñia conmigo, cuando como un desesperado se arrojó con tres estocadas sobre mí, y de la menor me hubiera muerto, á nó hallar su espada resistencia en una cota de malla que llevaba. Conocíle luego por el alguacil Torote, porque me dijo:

—Traidor, con tu sangre se sacará la mancha de mi afrenta. Esto es hecho, dije entre mí; sin duda que mi sangre es sacamanchas de honras, y me la quieren quitar; y lo hicieran á nó venir de ronda el mismo alguacil Téngase á la justicia, que se puso á mi lado en agradecimiento de haberle hecho volatin. Torote dejó el Prado por nó visitar la cárcel, y yo sin duda fuera á dormir á ella si nó llevara cuatro reales de á ocho que lo estorbaron, asegurándole al ministro que solo habia querido defenderme de aquel hombre que me habia salido al camino á quitar la capa. Creyéronlo así, y dejáronme, llevando mi dinero á la cárcel de su bolsa. Yo quedé dando al diablo á mi Angela, y tomando mi camino por la calle de Alcalá, con intento de irme á mi posada.

Hallé á la puerta á mi primo y sus camaradas, que me estaban aguardando para ir á rondar; contéles el suceso y lo bien que habia salido de las aguas de Torote, y calificáronme por el Cid Rui Diaz. Solo sintieron que nó hubiese sido el conde de Carrion con doña Angela. Serian las dos de la noche, y la señora Diana las habia afufado á los antípodas; nó se hallara un rayo de su luz por un ojo de la cara. Vivia un boticario recien casado en la Carrera de San Jerónimo; ordenamos de darle un chasco. Llegué yo, como más atrevido, y empecé con el pomo de la espada á llamar á la puerta; él dormia en un cuarto bajo, y respondió lo acostumbrado:

—¿Quién está ahí?

—Abra usted, le respondí, que cierta necesidad precisa nos obliga á llamar á estas horas.

—Nó abro yo mi botica, dijo, á las dos de la noche á ninguna persona; venga mañana. Sosegámonos un poco, y con un canto razonable llamé otra vez, á cuyo alboroto, algo alterado, dijo:

—¿Quién es, quién es?

—Suplico á usted, le respondí, abra, que es lance preciso y obra de caridad.

—Hermano, replicó, ya os he dicho que vengais mañana, porque mi botica nó se abre de media noche arriba. Estuvímonos quedos otro cuarto de hora, y con otro pelado mayor que el primero á manteniente llamé tercera vez, á cuyo golpe temblaron las redomas, y el boticario dijo:

—Por vida de doña Lucrecia Bampulla, que si me levanto que ha de costar triunfo el llamamiento. Yo le respondí:

—Abra usted y sabrá lo que quiero, y despues me disculpará. Nó lo hizo, y yo á dos manos entendí romper la puerta á golpes.

—Aguarden con los diablos, respondió, que ya me levanto. Hízolo así, y abriendo su botica, dijo: Hombre del demonio, ¿qué me quieres? Yo le respondí:

—Suplico á usted sea servido decirme si este cuarto es falso. Él quedó con él en la mano, y nosotros nos fuimos por la calle abajo solemnizando la burla.

Llevaba mi primo un dominguillo de paja, vestido de colorado, espantosa figura, en un palo alto, bastante para el intento que diré. Vivia junto al Caballero de Gracia un doctor de medicina, el cual tenia una mujer algo medrosilla; llegamos á su puerta y llamamos; él respondió del primer cuarto que caia á la calle, diciendo:

—¿Quién llama?

—Suplico al señor doctor, respondí, se asome á la ventana, que le quiero hablar dos palabras de parte del conde, mi señor.

—¿Qué conde ni qué acá? replicó él; id con Dios, hermano, vuelva mañana.

—¿Cómo vuelva mañana? dije yo llamando otra vez; asómese á esa ventana el señor físico, que importa la vida de un príncipe.

—Vete á echar, hermano, respondió, que yo nó me levanto á estas horas.

—Serále fuerza, dije, apedreando la puerta, á cuyos golpes se levantó, y como tenia luz, y su mujer le rogase que se asomase á la ventana, la abrió á tiempo que mi primo metió por ella el dominguillo, y dándole con él en las barbas, oimos que dijo la doctora:

—¡Ay, hermano, que se nos entra el diablo por la ventana! Él conoció la burla, y tomando su espada y broquel, salió á la calle. Mi primo tenia ya un pellejo de agua para reparar el golpe, y como el doctor le tirase una estocada, á un mismo punto empezó mi primo á pedir confesion. El físico, entendiendo que le habia muerto, se entró en su casa, y por librarse de la justicia, que presumia habia llegado á socorrer el herido, empezó á saltear tejados y alborotar la vecindad. Como iba en camisa, ningun vecino le queria recibir, entendiendo ser algun espíritu ó fantasma venida del otro mundo.

Levantamos el difunto pellejo, y dimos con nuestro cuerpo en la calle de Toledo, y por ella venía una ronda. Iba en nuestra compañía un sastre, llamado Juan Grande; nosotros nos detuvimos, y él se adelantó y paró en una esquina rebozado con su capa. Llegaron los porteros, y dijeron:

—El señor cabo de ronda pregunta quién es usted. Nuestro camarada respondió muy á lo grave:

—Decid que un grande de España. Los porteros volvieron atrás, y dijeron al cabo:

—Señor, es un grande de España. Alborotóse el cabo, y díjoles:

—Apartaos á un lado, apartaos presto; y llegándose con mucha cortesía, el sombrero en la mano, y la ceremonia política en los piés, le dijo: ¿Quién es vuecelencia, quién es vueseñoría? para que le vamos sirviendo. Él respondió:

—Señor, soy Juan Grande, el sastre. Esto dijo valiéndose de los piés, y nosotros hicimos lo mismo por escapar nuestros cuerpos de tanto corchete como le acompañaba.

Venía mi señora la alba llorando auroras cuando nos apartamos de la noche, y cada uno fué á su posada á dar su tributo al sueño, como dicen los asentistas de Morfeo. Yo dormí dos horas, y á las siete de la mañana estaba en casa de mi doña Angela, preguntándole por la vihuela con que cantó en el Prado. La niña me respondió si venía loco. Señaléle la hora, y respondióme:

—Por vida de mi madre, señor Guadaña, que anoche á la hora que usted dice estaba yo en mi cama tan señora de mí, cuanto ajena de usted.

—¿Es chasco? la dije yo, porque los dimos anoche mi primo y yo tales, que nó tendrá lugar el que usted me quiere dar ahora, negándome que la señora doña Angela no fué conmigo anoche al Prado; conmigo estuvo, diciéndome se habia mudado de esta casa, cosa que yo nó creí, por cuya causa la fuí siguiendo, y nó tan sin cuidado que nó me le diese mayor verla sacar una vihuela y cantar con extremada gracia:

En los ojos de Amariles
Madrugaba un claro sol.

—En verdad, señor don Gregorio, dijo la vieja, que nó madrugaban los de usted, que debian de dormir; pues ¿nó se acuerda, diga, pecador, que anoche á las diez estuvo en esta casa dando muchas satisfacciones, y nó pagando ninguna, de que nó habia venido á ella por haber tenido un pleito sobre su mayorazgo?

—¿Yo pleito? dije; ¿yo mayorazgo, yo satisfaccion? Buena está la burla.

—¿Qué burla? dijo doña Angela. ¿Viene loco? ¿Nó se acuerda que despues de mil promesas que anoche me hizo, la postrera fué darme palabra de casamiento?

—De todo me acuerdo, la dije, sino de la palabra de esposo, y niego haber estado anoche en el Prado, y que la señora doña Angela fuese conmigo, y niego lo de la vihuela, lo de la ronda, y sobre todo lo del casamiento.

—Eso será si pudiere, dijo la vieja; pero nó podrá, que hay Dios en el cielo y justicia en la tierra. Yo quise salir de aquella maldita casa, cuando agarraron de mí las hermanas de la moza de golpe, y dando voces en favor de su honra, la vino á socorrer un notario, un alguacil, un escribano, tres malsines y mi primo Longobardo, los cuales me cercaron, aconsejándome que cumpliese la palabra dada á la señora doña Angela, pagándole su virginidad, si no queria dor-

mir muchos dias en la cárcel, y al cabo casarme por fuerza y con mala reputacion.

—¡Ay! dijo la vieja llorando, nó crean ustedes á ese Páris traidor con esta inocente Elena, que los engañará como engañó esta casa, deshonrando el antiguo blason y ilustre sangre de los Bracamonteses, solar bien conocido en las montañas de Jaca. Antes que viniese á este albergue estaban estas niñas doncellas en conserva, tan recogidas, que ni aun el sol las miraba; era un monasterio, y ahora por mis pecados lo es de arrepentidas. Nó le dejen ustedes de la mano hasta que la honra de mi Angel esté satisfecha, pues con la guadaña de ese mal hombre está derramando sangre, pidiendo venganza contra el homicida que la degolló. Testigos tengo; aun vive el himeneo que profanó; nó dirá que fué fingido estando tan reciente; ténganle, señores, y consideren que los corales de la honra que esta niña guardó veinte y dos años, este ladron se los robó en un abrir y cerrar de ojos: si nó hay justicia en la tierra, la pediré al cielo. Mucha honra le hace esta niña en casarse con él, y si nó se la hubiera quitado, primero cegara que tal viera; pero este negro amor, este negro querer bien ciega á las mujeres y da vista á los hombres; ellas quedan cargadas en el duelo del honor, y ellos descargados en el del amor; últimamente, ó se case con mi Angel, ó vaya condenado al infierno de un calabozo. Yo estaba tan fuera de mí, cuanto ella dentro de su casa y su bellaquería. Mi buen primo decia que la vieja tenia razon; los ministros de justicia que era justo que yo casase sin pleito; los malsines aseguraban y juraban que me habian oido lo de palabra de esposo, y algunos que habia hecho vida matrimonial ó añal. En fin, yo dije que fuésemos á la cárcel norabuena, que más queria acabar con honra en ella que vivir con deshonra toda mi vida en aquella casa.....



FIN.

VIRTUD AL USO,

Y MÍSTICA A LA MODA,

DESTIERRO DE LA HIPOCRESÍA, EN FRASE DE EXHORTACION Á ELLA;

embolismo moral,
en el que se epactan las afirmativas proposiciones en negativas,
y las negaciones en afirmaciones,

POR D. FULGENCIO AFAN DE RIBERA.

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA, calle de Aviñó, núm. 20.
LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA, Rambla del Centro, núm. 15.

MADRID.

DON A. DE SAN MARTIN, calle de la Victoria, 9.
DON EMILIO FONT, calle de Relatores, 12.

Á LA S.ra D.a ANTONIA MANRIQUE DE LARA,

PRIORA DEL ILUSTRÍSIMO CONVENTO DE LA ENCARNACION DE LA CIUDAD DE ÁVILA.

Señora :

Desde que vuestra señoría me elevó á la honra de nombrarme por mayordomo de las más preciosas alhajas de su convento, ha vivido avergonzado mi agradecimiento por haber carecido de ocasiones en que darse á conocer. Con el motivo de mi ministerio he merecido disfrutar el apreciable frecuente trato con vuestra señoría, y aunque su elevado juicio es insondable por mi tan limitado talento, he llegado á comprender que reside en vuestra señoría cierto sidérico númen de distinguir espíritus, como tambien facilidad en la comprension de genios, con no sé qué especie de ceño á todo lo que huele á superficiales inanimadas exterioridades. Pero ¡ cómo no ha de saber distinguir de espíritus quien desde edad de tres años le tuvo, como si al tres se le añadiera un cero, para dejar un suntuoso palacio por la estrechez de una celda, trocando los ricos brocados por una humilde estameña, renunciando dilatados dominios por una ciega obediencia, sujetándose á ser mandada la que dejaba estados donde sería obedecida, admitiendo preceptos en lugar de vasallos ! Bien conocidos son en la Europa los altos heróicos timbres de los señores condes de las Amayuelas, de quien vuestra señoría es hija legítima, cuya delineacion, si yo la emprendiera, pudiera tener visos de agravio, pues era como intentar poner coto á lo noble, y

agotar un océano que forma sus crecientes de arroyos de sangre real, con que se ceban sus venas.

Luego que vuestra señoría llegó á la requerida edad para ser priora, fué electa por tal con universal aceptacion de todo el cuerpo del capítulo; y de tal modo desempeñó las obligaciones de su oficio, batiendo las dos alas de religiosidad y prudencia, que siendo estatuto y ordenacion pontificia de ese convento que ninguna priora pueda ser reelecta, acudió esa ilustrísima comunidad con reverentes súplicas á la Silla apostólica, pidiendo dispensacion para poder reelegir en priora á vuestra señoría, la cual obtenida, en su virtud ha sido vuestra señoría reelecta muchas veces hasta hoy, sin que sus súplicas á los prelados hayan sido bastantes para exonerarse del yugo de la prelacía, teniendo presente los señores prelados que en la persona de vuestra señoría tiene ese ilustrísimo convento una digna sucesora de santa Teresa de Jesus, manteniendo en su punto la regular observancia que dejó planteada aquel abrasado serafin, antecesora de vuestra señoría, en el tiempo que la última vez fué priora de ese convento.

Contemplo ser motivo de justicia que una obra dirigida á desterrar la peste de la hipocresía con frases que en la realidad es lo mismo que practican, para que descubriendo las tramoyas se huya el cuerpo al engaño, se le ofrezca y dedique á quien, por ser sucesora de la doctora mística de la Iglesia, estará muy diestra en rechazar las invasiones de los que profesan estas desnudas místicas exterioridades. Me pondré en la matrícula de los felices si esta obrilla, parto de mis divertidas ociosidades, mereciese el grado y proteccion de vuestra señoría, á cuyos piés quedo con el debido rendimiento. Dios prospere á vuestra señoría por siglos, y corone de felicidades.

Madrid y mayo 30 de 1729.

Besa los piés de vuestra señoría su más favorecido criado y servidor,

DON FULGENCIO AFAN DE RIBERA.

PRÓLOGO AL LECTOR.

———

Con el motivo de haber venido á esta córte á la prosecucion de un pleito matrimonial que tengo pendiente en la Nunciatura, porque estoy resuelto á morir degollado ántes que casarme, en uno de los cuartos del meson del Peine, que es mi pobre morada, uno de los despojos que habia dejado mi antecesor habitante (á más de un poco de sarna que me dejó en las sábanas, por lo que me acuerdo de él muchas veces al dia) fué un pliego de papel, cuyo título era: ***La Virtud al uso, y Mística á la moda.*** Leílo, y su contenido me picó en la fantasía, aun mucho más que la sarna que tengo en el cuerpo, y como, gracias á Dios, la bendita leyenda caia en varon constante, preocupado con la misma melancolía (por haber vivido muchos años entre un grandísimo atajo de bribones y bribonas que hacen trato de la virtud, unos para *comer*, otros para *gobernar*, y otros para *suponer*), saqué mi navaja y corté la pluma. Las especies me bullian, y como bandadas de pájaros me levantaban el casco de mi poco seso. Entre si escribo ó no escribo se me acordó una noticia que oí á mi abuela; y fué que en sus tiempos estaban tan validos los libros de las caballerías, que eran el único y total embeleso de las gentes; y para su destierro los señores obispos tomaron diferentes providencias, ya enviando misiones, ya expidiendo cartas

pastorales ; pero nada aprovechó, hasta que Cervántes tomó la pluma y escribió los libros de *don Quijote* ; ¡ cosa rara , que lo que no pudo conseguir la desnuda verdad, voceada de los prelados y ministros eclesiásticos, fué reservado triunfo á la débil armadura y esfuerzo de una ingeniosa ficcion ! Si yo, ó cualquiera otro, quisiera solicitar el destierro de estos bergantes, con serias sentenciosas cláusulas, los engañados se quedarian en su engaño, y los engañantes en su engañadura y garatusa ; pues ropa afuera, dije, y veamos si lo que no puede vencer una desnuda verdad, puede ser trofeo de una bien vestida ficcion ; si lo que no pueden las veras, pueden alcanzar unas bien afectadas burlas. En este pensamiento estaba, cuando entró en mi cuarto un notario apostólico, con su golilla, acreedora á todos los piojos del Hospital General ; y me notificó un auto de traslado de mi perseguidora novia ; yo, que estoy á dar largas al pleito, por ver si este demonio, cansada de esperar, se desespera, en todo traslado me mamo los nueve dias de las tres rebeldías que se me acusan. En este término escribí lo restante al pliego que hallé ; allá va, léelo si quieres : y si no, déjalo estar, que al cabo, con lo que me pone á la mesa mi mesonera del Peine y con la otra mitad que me hurta, lo pasaré honradamente, hasta que en mi pleito se dé sentencia definitiva ; la que, si fuese favorable, me ahorrará de pesadumbres ; y si fuese adversa, en Roma me hallarás, siguiendo en la Rota mi defensa ; y finalmente, todo lo peor que podrás ver en mí será verme en las galeras del papa ó ahorcado ; pero casado, cristiano lector, no me verás, porque tengo á más infelicidad lo segundo que no lo primero. Adios, amigo, y encomiéndame á Dios, que si alcanzases de su majestad que yo me vea libre de esta mujer, yo conseguiré de la santísima Trinidad que tú te veas libre de caer en manos de la justicia ; y siendo esto así, no sé yo cuál de los dos quedará mejor. Adios.

VIRTUD AL USO, Y MÍSTICA Á LA MODA.

CARTA PRIMERA.

Don Alejandro Giron á su hijo el hermano Cárlos del Niño Jesus.

Hijo mio, escribir direcciones para instruir una juventud y labrar un grande hombre, empleo ha sido de hombres grandes. Don Gabriel Vocangel escribió un romance que empieza:

A la córte vas, Fernando,
Noble, heredado y mancebo,

dirigido á un hijo suyo, y está bien escrito, por vida de Euterpe. Un don Fulano Losada, colegial mayor de cierto colegio, escribió otros documentos para un hermano suyo, que se las apuesta á Vocangel, á fe de poeta honrado. Otros papelillos y librotes andan por ahí, para niñas y mozas, con mil cositas; todo esto en romance, que en latin, si yo lo entendiera, es una bendicion de Dios lo que hay; pero he reparado que todos conspiran en formar un caballero andante, deshacedor de tuertos; y allende de esto, ninguno le señala renta para comer. Considerando yo esto, viéndote ya en edad, bien nacido, pues nada se quedó sin hacer, y sin medios, me afligia, por no poderte acomodar, hasta que se me ofreció un gran pensamiento. Has de saber que yo leí uno como tratado de la *Virtud al uso;* y habiéndome gustado, la puse en práctica, y con tan buen pié, el Señor sea bendito, que con ella y lo que yo adelanté he tenido desde entónces una vida mejor que canónigo. He sido estimado de los necios, aplaudido de los camándulos, no mal recibido de los discretos, regalado de los simples, admirado de las beatas, y celebrado de las embusteras; con que viendo lo útil de este estado y lo poltron de esta vida, he resuelto acomodarte en ello; porque tú

eres tonto tan sustancialmente, que con dos pistos tuyos se pueden corroborar cien necios; y esta es una partida muy esencial para el empleo, porque en un místico á la moda se cuenta lo necio por santidad, lo tonto por virtud, y lo simple por candidez. Digiere bien estos diez y ocho documentos, y te hallarás hecho persona en cuatro dias, sin verte necesitado á desearme la muerte, para ser hombre acomodado con mis póstumas riquezas.

DOCUMENTO PRIMERO.

Lo primero que has de hacer es reformar el traje, zapato ramplon, rosario grande, medallas que metan ruido y libritos de devocion. Lo exterior del vestido, ni compuesto con afectacion, ni puerco con cuidado; pero no descuidarse en que el interior sea bueno. Ropa delgada en verano, y telas que abriguen bien el invierno; el paso grave; la cabeza algo inclinada hácia los piés; los ojos entreabiertos y cerrados; la frente algo arrugada, en postura de pensativo, y cátate hecha la figura mística, y nos hallamos de la noche á la mañana con un hombre virtuoso en casa, sin saber cómo ni cuándo ni por dónde nos ha venido tanto bien. En las iglesias has de estar siempre de rodillas; trabájenlo ellas, pese á su alma, que obligacion tienen á ello, segun dice una filosofía, pues afirma que por el bien del todo debe trabajar cualquiera parte. De cuando en cuando un suspiro y sonar las medallas es muy del caso; date muchos golpes de pechos á puño cerrado y recio, que suenen, con el consuelo de que, si lo siente el pecho, luego se alegra el estómago; besa la tierra muchas veces; pon los ojos muy abiertos y fijos en una imágen, mirándola sin pestañear, y si pudieres echar cuatro lágrimas, ejecútalo, porque eso ménos tendrás que mear.

DOCUMENTO II.

Debes tener mucho cuidado de recoger en cualquiera contingencia de cosas lo que pudieres para tí; cuida bien del individuo, y si pudieres ejecutarlo con mucho secreto y sin que te cueste blanca, hazlo, y no olvides la especie; todo lo que fuere conveniencia propia, dí que no lo deseas, pero solicítalo con toda eficacia. Cuando pretendas algo para tí ó para tus parientes, en viendo que no se compone bien la cosa, clava los ojos en una pintura de las que hubiese en la pieza, y haz una exclamacion; *verbi gratia:* ¡Oh buen Francisco, y qué ajeno vivistes de estos devaneos y vanidades que el mundo aprecia! En asuntos de pillaje, tener muy presente aquello de, la caridad bien ordenada, etc. Tambien en materia de dar, procura que sea poco, á menudo y en público, ponderando tus buenos deseos de dar y tu falta de medios. Dos exclamaciones, mirando al cielo, valen un millon en estas ocasiones; *verbi gratia:* ¡Oh válgame Dios,

quién tuviera mucho que dar! ¡Oh ricos, y lo que perdeis! En atravesándose un interés tuyo, buscar un pretexto místico, y apretar con ello, que en estos casos es teson cristiano la porfía para agarrar. Si acaso por esto, ó por otro motivo alguno, te censuraren de hipócrita ó embustero, trata de echar cuatro reniegos en secreto natural, y llevarlo con paciencia, diciendo: Más padeció Dios por nosotros, y que siempre la virtud es perseguida; que como tú logres el alma del negocio, importa poco el negocio del alma.

DOCUMENTO III.

Debes, hijo mio, ser muy desvergonzado, con los ojos bajos, que en siendo con capa de virtud, se llama libertad cristiana. Si miéntras das el pildorazo dijeses ó usases tres ó cuatro veces de esta voz *verdaderamente*, en solfa y tono de ponderacion, harás creer que rebosas más celo de la honra de Dios que el mismo Elías. Murmurarás de todos, pero cuidado con los *peros*. Quiero decirte que entres alabando, mas luego echar el *pero*, que esta es la quinta esencia de la murmuracion. Ejemplito: Tiene Fulano bellas prendas, lindo genio, *pero* me quiebra el corazon el ver que, etc.; apretarle bien la mano con el *pero*, hasta no dejarle hueso sano, y concluir diciendo: Ya lo encomiendo á Dios, que lo traiga á verdadero conocimiento. ¡Ay, Dios mio, su majestad le dé su salvacion para el alma! Has de murmurar de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; nota bien esta máxima. Murmurando de lo pasado, te acreditas de noticioso, y echando la contera de aquello de ¡oh, y lo que habrá visto! ¡Oh si volviera al mundo! pasa plaza de virtud, con farfalaes de revelacion. Murmurando de lo presente, te declaras corrector general del mundo, con gajes de desengañador. Murmurando de lo porvenir, te acreditas de místico en infusion de profeta. No creas que nadie es bueno, sino tú y los que te imitaren; á todos los que no fueren por donde tú, desprécialos como pecadores; pero siempre con palabras místicas, que con eso te tendrán muchos por santo, y Dios por fariseo. El dictámen tuyo no lo depongas, aunque te lo predique san Pablo, porque en lo malo ó en lo bueno el ser inflexible es cosa de ángel. Si las razones, por milagro de Dios, te hiciesen fuerza, resístelas como tentacion del demonio, y responde con medias palabras, que suenen á revelaciones y misterios; *verbi gratia:* Eso es verdad, pero yo tengo otros motivos; en lo natural hace fuerza, pero no hay fuerza contra Dios; tiene eso otros principios más altos. Con esto al hombre más advertido volverás en tres semanas loco.

DOCUMENTO IV.

La conversacion es el contraste para calificar personas, pero para todo hay reglas. Nota estas: Si hablares con hombres eruditos, críticos y discretos, habla

poco, y eso del juicio final, de la muerte y del infierno, con cuatro suspiros entripados, un ejemplo que eche chispas, y los dejarás á todos hechos unos monos; porque estas verdades mazorrales, sin venir al caso, no tienen respuesta ni contraresto. Has de decir mal de todas las ciencias naturales y artes liberales; pero nunca te metas en dar razon de eso, sino decir que saber salvarse es la verdadera ciencia, que en el infierno hay muchos doctos, pero ninguno santo. Si pudieres tener de memoria algunas autoridades de algun santo, que mal entendidas hay algunas, contra astrólogos, poetas y humanistas, darles luego con ellas; y si las quisieren explicar, decir que son cavilaciones del demonio, y mudar luego de asunto. Con hombres doctos y serios te encargo mucho que, en no siendo herejía, apoyes todo cuanto digan; y de cuando en cuando decir: Lo mismo dice santa Teresa; lo propio afirma el venerable Puente; y luego dos cositas de las agonías de la muerte y del juicio universal, que con eso, aunque no logres opinion de docto, queda en duda el crédito de místico. Con los tontos habla mucho de Dios, y pondérales la Sagrada Escritura. Con los habladores no porfíes, porque ellos por hablar porfiarán contra la santísima Trinidad. Déjales decir, y luego embócales la muerte y el infierno, y queda la plaza por tuya. Con las mujeres has de contar muchos ejemplos de Belarminio, devociones y oracioncitas, para el tiempo de acostarse; y algunas indulgencias para la hora de la muerte, suspirar un poco, y que recen mucho; con eso las acabas de hacer locas, formando de tí un gran juicio.

DOCUMENTO V.

Los señores tienen el primer papel para representar tu honra y provecho, porque para la opinion los sigue el vulgo, y para dar son ricos. Con estos has de introducirte por una cosa que regularmente les falta, y por otra que comunmente les sobra. Fáltales sucesion á los más, y es raro al que no le sobran pleitos. Promételes de parte de Dios sucesion para su casa, y favorables sentencias en sus pleitos; que si no sale como tú dices, con un no conviene, metido en la vaina de dos suspiros, se subsana todo. A las señoras, imponerlas en unas devociones breves, ponderándolas mucho su eficacia, decirles que no ayunen mucho ni se maten, porque sus personas son muy necesarias en la república. Contarles algunos ejemplos de reinas y señoras que entre galas, carrozas y sainetes se han ido al cielo. Échales algunas profecías en bruto, *verbi gratia:* ¡Ah señora, lo que Dios le tiene guardado, ó lo que hemos de ver! No ha de ser solo Abrahan en el mundo. Todo esto á ojos cerrados, sin olvidarte de aquello de: Yo soy gran pecador, pero eso no obstante, gasto mis ratos en encomendarla á Dios. Si encuentras con alguna persona beata, con presuncion crítica (Dios te saque bien, hijo mio), leida en *Belarminio*, en el *Espejo de cristal fino*, *Vida de san Patricio*, los catorce romances, y sus *Retazos de la Madre de Agreda*, alábale mucho su entendimiento, dile mucho mal de las comedias y de los Quijo-

tes pisaverdes, pondérale su aplicacion, y concluye diciendo: Si todas las personas principales se aplicaran así, ¡qué distinto estuviera el mundo!

DOCUMENTO VI.

Una de las principales columnas en que estriba el edificio de esta mística bribónica es el que hagas creer ser un hombre de una sinceridad columbina y de una candidez inculpable. Esta bola se emboca en las conversaciones con los señores, pero más bien con las señoras. El modo ó pala con que dispara es no formalizarte nunca en el tratamiento de las personas, haciendo la puntería muy alta para las medianas, y muy baja para las muy altas. Ejemplito: A las que no tienen más que señoría ó solo la tienen en crepúsculos, como las mujeres de los oidores, á quien se les da de limosna, y los litigantes por necesidad, á estas á la primera palabra llamarlas su alteza; hasta otro rato decirlas su excelencia; y si la conversacion fuere muy larga, espetarles majestad. A las señoras de primera magnitud, que tienen excelencia á cielo raso y á cuerpo descubierto, las tratarás de su merced; míralas á la cara, y una ligera risa que notarás es evidente señal de que ya prendió la yesca de tu fingida simplicidad; entónces acude de recio con un su reverendísima, que te la dejes temblando y suelte la risa hasta mearse. Síguese ahora el exámen de tu simplicidad, al crisol de la experiencia. Esta suelen fabricarla las doncellas de labor y los pajes de antesala, llevados de las ponderaciones de tu sinceridad, que han oido celebrar á sus amos al palillo de la mesa. El modo de fabricarla es, ó será, proponerte unas bien pensadas mentiras, que excedan todos los límites de la humana credulidad; en este caso has de hacerte cruces del prodigio ó de lo extraordinario del suceso, dando á entender que lo has creido poco ménos que artículo de fe; y en caso necesario y si la mentira lo permite, te has de empeñar en que quieres ir á verlo. Luego estos criados cuentan el caso á sus amos, festejan tu credulidad, auméntase su buena fe, y crece como espuma tu buena opinion. Sentada esta baza, tienes letra abierta para agarrar todo cuanto te se antojase, y una mina de chocolate, tabaco, oro y plata, sin tener el trabajo de cavar con un azadon; y te aseguro que en pocos años podrás disputarle las riquezas á Creso.

DOCUMENTO VII.

Tendrás dos confesores, uno para el gusto, y otro para el gasto. Más claro, uno para tu buena opinion, y otro para que lleve los talegazos de tus fechorías. Eres tan tonto, que no me fio de tu necedad para la inteligencia de esta importantísima máxima; quiero decir, que has de tener dos confesores, para fregar con el uno, y enjuagar con el otro. Vayan dos cuartos á que no me has en-

tendido. Mira, hijo, has de buscar un hombre docto, de mucha fama y opinion en la córte, de estos que tienen planteadas tres ó cuatro pretensiones en la cámara, y acuden mucho á la Covachuela, y que sea hombre de rompe y rasga. Asimismo has de buscar un clerizonton, capellan de un hospital, ó confesor del Buen Suceso; con este has de confesar tus picardegüelas; esto es fregar. Para enjuagar irás al sabiondazo, gimiendo y llorando, quejándote de las sequedades que padeces en la oracion, ponderando que son tales, que no te da Dios impulsos para formar ni un acto de atricion. Le pedirás licencia para delatarte á la santa Inquisicion por hereje, pues te hallas en tales tinieblas de lo sobrenatural, que casi casi te atreverás á jurar que no tienes fe; porque imaginas que el misterio de la Encarnacion, cuando en la oracion te pones á considerarlo, es una quimera; y como si fuera quimera tal, así sacas los afectos, sin que tu espíritu halle motivo alguno de amor ni agradecimiento á tan imponderable beneficio. Dirásle tambien que la muerte y pasion de nuestro redentor Jesucristo te se representa como una fábula, sin que la continuada meditacion de sus misterios sea bastante á mover tu voluntad al más mínimo afecto de compasion; y luego poner por materia de la vida pasada la última mentira que echaste, pues aunque fué en materia leve, haces memoria que la dijiste con plena advertencia y deliberacion. Válgame Dios, qué angélica conciencia, dirá entónces tu confesor. Entónces tu sabiondo confesor procurará sacarte de esos escrúpulos, y te alentará á la perseverancia. Otras tres ó cuatro veces volverás con estas boberías y fingidos escrúpulos. Declarado ya por quieto en ellos, volverás con otro mayor. Irás á pedirle licencia para cortarte la lengua con unas tijeras, porque haces memoria de que, siendo muchacho, cuidado con esto de muchacho, no se entienda que tu virtud es de ayer acá, enredado con unas mozuelas, las dijiste unas palabras poco decentes, y que no discurres otro medio para dar satisfaccion al Señor sino es este, y que parece que Dios te da luz para que así lo ejecutes, respecto de que en la oracion, ni fuera de ella, no te se borra de la memoría esta especie. El hombron sabiondon procurará disuadirte diciendo que es tentacion conocida; otras tres ó cuatro veces volverás instando sobre esto mismo, y cada dia irá tu confesor formando mejor juicio de tí. Sosegado ya de esto, irás á pedirle licencias que excedan los términos de la prudencia, como son el que te permita estar tres dias enteros sin comer ni beber, que te consienta el tomar todos los dias dos disciplinas de sangre, etc. Supongo que el doctorado te irá á la mano en estos fervores; pero si acaso, por juzgar tu espíritu de clase especial, te diese las licencias que le pides, en este caso su merced se quedará en su casa, y tú te irás á la tuya, y te comerás buenas ollas y buenos jigotes; y en órden á las disciplinas, que el señor doctor te dé nalgas, ó si no que se zurre él, que para eso se ordenó de sacerdote de misa. El fruto que se saca de la práctica de este documento es que el señor confesor, en los estrados, cuando oiga ponderar tu sinceridad, candidez y alegría en el Señor, dirá: Ven useñorías esa paz interior que manifiesta, pues solo el que está aquí sabe lo que ese pobrecito padece. Con esto queda confirmada tu buena opinion, te tienen por santo, y ruede la bola, que miéntras rueda no es cinca.

DOCUMENTO VIII.

El cuarto ó aposento de tu habitacion será recibimiento de las visitas, porque al olor de tu buena opinion irán unos á darte cuenta de sus trabajos, otros á encomendar en tus oraciones la salud de sus enfermos, y otros para que encomiendes á Dios á sus recientemente difuntos. El adorno de tu cuarto será un fiel testigo de tus buenos ejercicios ; y así, las paredes estarán llenas de estampitas, y á proporcionados trechos algunos cilicios de diferente hechura, y no les endures el hierro, pues bajo del supuesto de que han de quedar vírgenes, cuando tú salgas de esta vida, no les dejes quejosos, por libra de hierro más ó ménos ; unas disciplinas colgadas, ya de hierro, ya de cordel, hacen mucho al caso. Tendrás dos camas: la una será una desnuda tarima, y por cabecera una piedra, como medio umbral de puerta, y encima una calavera ; pondrás sobre la cama un cruzon de quince piés de largo, con su corona de espinas. La otra cama constará de tres ó cuatro colchones, sábanas de delgado lino, y cabeceras de ruan ó cambray. La penitente cama llamará á la atencion del más descuidado entendimiento, y concebirán que es sitio de tu penitencia ; pero les moverá la curiosidad á preguntarte : ¿Quién duerme en la otra? A lo que responderás con taimado, fingido disimulo : En esa penitente cama duerme cierto amigo mio, que suele acompañarme en mis espirituales ejercicios, y en otra duermo yo, por ser de espíritu más tibio. Yo te aseguro que, aunque haya estudiado súmulas el que te hizo la pregunta, ha de sudar sangre primero que sacuda esta garrocha ; llegará á creer como artículo de fe que tú eres el que duerme todas las noches en la desnuda tarima, y que la otra cama es cama solo de perspectiva, para disimular tu silenciosa verdadera penitencia, y tu virtud va fundada sobre los sólidos fundamentos de una verdadera humildad, y que esta es la que te obliga á hablar anfibológicamente, diciendo que en la cartujana cama duerme un amigo tuyo ; porque los místicos de nuestra profesion no reconocemos más amigos, ni tenemos más dama, ni adoramos otro ídolo que á madama Conveniencia propia y á monseñor Amor propio, con su hermano el milor Interés nuestro, regoldando á todo esto en todas nuestras obras, palabras y pensamientos.

DOCUMENTO IX.

En el referido aposento tendrás un altarito, aseadamente alhajado, no con ricas preseas, pero con cositas muy curiosas y artificiosamente colocadas. En este tendrás puesta una imágen de ingeniosa escultura, de bulto, para que me entiendas, de un niño Jesus, este ha de ser tu apellido, y has de dejar lo Giron á un lado, y si puede ser, haz que sea napolitano. Aquí es menester que re-

flexiones el documento VI. Mira, hijo, los místicos, para distinguirnos de los pecadores, cuando necesitamos nombrar á Dios ó á Cristo, señor nuestro, usamos de esta distintiva voz : el Amo ; tú, para ir consiguiente en las expresiones y voces de nuestro gremio, has de apellidar á tu niño Jesus con las voces de el Amo mozo. La práctica de este documento te la iré enseñando con ejemplitos, porque tu rudeza me pone en estos estrechos. Mira, cuando te se encomiende á tus oraciones la salud de algun señor enfermo, has de responder con tu acostumbrada fingida sinceridad, diciendo: Estos dias estamos algo enojados el Amo mozo y yo, y no nos hablamos ; pero yo me veré con el Amo mayor, y verémos si se pueden componer reyertas. Esta respuesta con tan poco cuerpo tiene mucha alma. Virtualmente das á entender tus frecuentes coloquios con Cristo y el niño Jesus : de camino, y sin decirlo, publicas cierto retiro y sequedad con que Dios está ejercitando tu virtud, pues aunque sean pecadores, por lo que con motivo de curiosidad han leido en las obras de santa Teresa, especulativamente saben las entradas y salidas que hay en la Via Mística; con esto, sin que ellos lo sientan, les espetas y desarrancas una lanza que les atraviesa el corazon de su credulidad. Solicitarás saber todos los dias el estado de su salud, y si sanase, dirás : Hartas quimeras he tenido con los dos amos porque lo querian para sí ; pero ya se dieron á buenas, y nos lo han dejado acá á su alteza. Esto dirás si es algun oidor ; y si fuese algun grande de España, dirás á su merced ; y cuidado con esto, porque es el crisma de confirmar candideces. Pero si se muriese, te harán cargo los de la casa con aquello de: Bravamente lo ha hecho el hermano Cárlos ; bien se conoce que no le pagaba á su excelencia el amor que le tenia. Entónces has de responder : Bastantes quimeras he tenido con los amos sobre el punto ; pero mejor está su eminencia donde se halla, que no en esta vida miserable ; es el Amo mozo muy amiguito de comer fruta en sazon. Dos bolas tan grandes como la del chapitel de Santa Isabel embocadas de una vez, en solas cuatro palabras. La primera es que das á entender, sin peligro de quebrantar el silencio que guardas y debes guardar de los favores que Dios te hace, que hablas y tienes coloquios con Cristo y el niño Jesus, como los tenia Moisés con Dios. La segunda bola es que, sin decirlo, quedan entendidos en que has tenido revelacion de que el tal señor está ya gozando de Dios, aunque haya muerto con la manceba en la cabecera. Tendrás cuidado de visitar los enfermos que tienen que dar de sí, y encargarles mucho que se encomienden en tu Amo mozo, y tengan fe con él, que cuando está de buen humor, sabe dar un gusto. Luego añadirás que el autor *Biblia*, de quien tienes hecho juicio que es verdad todo lo que dice, afirma que toda buena curacion viene de Dios, que se ponga con total resignacion en sus manos ; y finalmente, que á Dios rogando, y con el mazo dando. Este es un conceptazo de primera clase. Explicaráselo así : Que se ponga en manos de Dios, como si no hubiera médico; que de tal modo se sujete al médico como si hubiera Dios. Si sanase, te hallas con un milagrito á la márgen y manos libres para el *agarrantibus*, *per Christum Dominum nostrum*.

DOCUMENTO X.

Para coger el provecho, que ya te supongo con honra y crédito de santo, es menester su poquito de filis. Ten especial cuidado de echar unas vareticas en las conversaciones contra los que tienen apegado el corazon á los bienes temporales; otras, ponderando ciertas necesidades de que tienes noticia; otras, alabando la liberalidad y limosna. Procura persuadir con toda eficacia que todo es vanidad y tierra, que todo lo hemos de dejar acá, y solo hallarémos lo que hubiéremos repartido. Con esto y con exclamar: ¡Ah, si yo tuviera! ó: ¡Las necesidades que hay! enternecerás un peñasco; te constituirán por alcahuete de limosnas, echarás el ramo por de dentro, y algo te se ha de pegar á las manos de la masa. Si acaso vieres á alguno inclinado á hacerte bien, dí que necesitas de poco, y esto junto con el documento de las propiedades del alma, manarás en chocolate y regalos; que para alimentar este miserable cuerpo para que sirva al espíritu, cualquiera cosa basta. En agarrando, dirás que socorrerás tu necesidad, y lo restante para pobres que tú sabes. Solicita con maña conocer los genios; al vano, alábale su bizarría; al místico, pondérale los bienes de la limosna; al compasivo, represéntale con viveza, ó tu falta de lo más preciso, ó las ajenas, extremas ó graves; y á rio revuelto, ganancia de pescadores; al liberal, empeñarlo á que empiece; al miserable, decirle que todos le tienen por mezquino, pero que tú has sacado la cara por él cuantas veces lo has oido, y que en su defensa has dicho que no tienen razon, y que acusan neciamente su loable economía, y que no ser pródigo es virtud, como tambien el dar en las ocasiones es liberalidad; y será milagro si con esto tú no sacases leche de las tetas de un carnero. A los mayorazgos, que regularmente suelen ser grandísimos majaderos de rabo á oreja, por esencia, presencia y potencia, cuando les oigas decir una borricada, alábales su prontitud; pero no gastes mucha saliva en esto, porque estos tales, cuanto más borricos son, suelen ser más desdichados, sin saber leer en otro libro más que en Salgado, *De retentione Bullarum*, traducido en romance por el doctor *Primum mihi, secundum mihi, et tercium mihi;* y así, con estas bautizadas bestias gastarás solo las generales de la ley, y aplicarte á los segundones y tercerones de las casas, que estos, aunque más pobres, son discretos; y llevados de tu persuasion, ya por mí instruida, convencidos del peso de su entendimiento, has de sacar más de ellos, siendo pobres, que no de los otros pollinos, aunque sean más ricos. Pero en todo caso más vale morir de atrevido que de cobarde; y así, ojo á espetar la eternidad de cuando en cuando; con esto verás que nada te falta; porque unos por liberales, otros por vanos, otros por compasivos, otros por necios, á trueque de no hacer cosa bien hecha en esta vida, y otros por ser acreedores á tus oraciones, irán socorriendo la plaza con lo necesario, y aun algo más. Procura regalarte y decir que nada te gusta, pero que es forzoso obedecer á quien te lo manda. Quejaráste de di-

versas dolencias, pero no les has de dar el nombre de enfermedades, sino de ejercicio que Dios te da. Esto mira á tres cositas, muy importantes á nuestro intento: la primera es que con eso no echarán ménos si tienes ó no muchas horas de pública oracion mental en la iglesia. La segunda en que, aunque te vean gastar rico chocolate, vino generoso, regalado carnero, chorizos de Extremadura, perniles de Galicia, perdigones de la tierra, y pollas de leche al tiempo, nadie lo echará á mal, porque lo considerarán como precito remedio y ordenado régimen medicinal. La tercera, porque aun los mismos, construidos argos de tus operaciones, aunque tengan sus puntadas de místicos, te han de considerar en el estado de una purgacion pasiva, que en la via mística no es el peor estado. Dirás tambien que es precepto natural el mirar por la salud, y que por eso te regalas, aunque con bastante repugnancia, pero que la obediencia es ciega. Con esto y con los documentos que yo te suministraré, como la ocasion lo pidiere, haz cuenta que tienes un mayorazgo en esta vida; que si en la otra te llevase el diablo, allá lo verás. Adios, hijo, que me voy á descansar.

CARTA II.

El hermano Cárlos del niño Jesus á su padre don Alejandro Giron.

Venerable padre mio, mi señor y maestro: Recibí, seis meses habrá, la carta mónita, místico-bribónica de usted, y con ella una India, un Potosí, un Perú, un manantial de oro, plata y chocolate, un ramo del árbol de la vida, la verdadera piedra filosofal, que tantos han buscado, y ninguno la ha hallado; finalmente, es una funcion.

Su merced me trata en ella, con la libertad de padre, de muy tonto, pues no soy tanto como á su merced le parece; en verdad que cierto amigo mio y bien sabiondo me asegura que como yo diera con él leccion de gramática seis ó siete años, que habia de llegar á saber tanto latin como un músico; y que si me metiera en estudios mayores, al cabo de diez ó doce años habia de saber tanta teología y predicadería como el superior más estirado; pero ¿quién me mete á mí en estudiar ni uno ni otro, cuando solo con la observancia de los documentos de su merced me rio yo del arcediano de Toledo? Yo tengo un arcazon, que parece á la arca de Noé, lleno de chocolate generoso, un bolsillo de oro y plata de todas monedas; pues con esto, ¿quién me mete á mí en ponerme á declinar nombres ni papelillos? Háganlo eso los pecadores y los que no saben la ciencia que su merced me ha enseñado.

Considero muy de mi obligacion darle á su merced cuenta de todos mis progresos. Habiendo puesto en práctica los documentos de mi padre, confieso que con el que he sentido muchísimo alivio para mi panza y bolsillo ha sido la práctica del documento VI, en el que se me encomienda la ficcion de sinceridad

y candidez ; y en prueba de ello, referiré á su merced lo que habrá ocho dias que me sucedió. Como ya tengo bien sentada mi opinion de virtud, tengo letra abierta para encajarme en los estrados, aunque haya visitas : en esta suposicion, habrá de saber mi padre que el dia de San Isidro, con el motivo de ver la procesion que por la tarde con tanta solemnidad se celebra en esta córte, cierta casa de la Plazuela de la Cebada, por la coordinacion de sus muchos y muy dilatados balcones, es golosina de la curiosidad de las señoras, para el mejor registro de ella: así que ví tanta gente de estofa, me metí allá como piojo en costura ; pero mi virtud hizo rancho, y me metí en medio, como Pedro entre ellas, danzando la pavana ; á porfía andaban sobre á cuyo lado se habia de sentar el hermano Cárlos del niño Jesus. Yo, por no descontentar á ninguna y contentar á todas, con cada una me arrimé un poquito, les contaba un ejemplito del libro *Gritos de las ánimas*, y luego me mudaba con otra, y la encajaba aquello de « caminando un ermitaño por una espesa montaña, etc. » Pasábame á otra, y la embanastaba un retazo de historia de la cueva de san Patricio, y así dí vuelta á todo el ganado. Reconocí el campo, y habia señoras de todas suertes; unas eran mujeres de alcaldes de córte; otras de oidores del Consejo de Órdenes ; otras eran señoras de títulos, recientemente impresos, que aun mantienen el nombre y apellido que tenian en el siglo; otras señoras habia cuya grandeza y antigüedad se puede disputar con el mismo Adan. En esta confusion de cosas, tuve presente el citado documento VI, y así á las primeras las dí el tratamiento de su eminencia; á las segundas, de su alteza; á las terceras, de su majestad; y á las cuartas, de su merced. Entre tiple y bajo celebraban las buenas señoras mi simplicidad, y yo, en secreto natural, echaba el contrapunto con reirme de la suya.

Pasó la procesion, y la gente de la casa, dándose por agradecidos de haber tenido tan buenos huéspedes, aunque era un pobre guarnicionero, sacó el vulgar refresco de hospital, de agua de limon, azúcar esponjado y chocolate; yo me negué al favor, con el pretexto de mis dolores de estómago, flatos, destilacion y vaguíos, de lo que dí tan extensa relacion, que quedaron todas lastimadas de mi trabajo ; con esto emboqué mi bola, y renuncié gustoso una jícara para adquirir doscientas pastillas de chocolate ; pero lo más cierto es porque entre mi beata y yo teníamos dispuestas ciertas empanadas de tocino de Algarroba, con un buen frasco de lo que se pisa en Esquivias, para eso de las siete de la tarde, á puerta cerrada.

Concluido el refresco, se siguió un rato de diversion ; y para que esta fuese más cumplida, se empeñaron las señoras en que el hermano Cárlos del niño Jesus habia de cantar unas seguidillas. Yo me resistí todo lo posible, y alegaba que desde niño siempre habia estado dedicado á la virtud, por lo que nunca me habia inclinado á tocar instrumento alguno ; y que aunque la virtud no se oponia á la música, ántes bien habia oido decir á mi padre que no sé si san Agustin ó Quinto Curcio, aquí dispararon á reirse más de mi simpleza, decia que el ser aficionados á la música era señal de predestinados, por lo que yo era aficionado á oirla, pero inhábil para practicarla, por el no uso ni ejercicio ; que lo más que yo hacia era, para alegrarme en el Señor, tal vez á mis solas, canta-

be, sin instrumento alguno, algunas seguidillas á lo divino, ó un villancito del nacimiento de mi niño Jesus. Asiéronse de esto, y me instaron á que cantase: me pusieron en las manos un guitarron; y yo, sin pisar trastes, empecé á rascar la guitarra en seco, y canté las cuatro seguidillas siguientes, con sus estribillos:

Por la calle abajito
Va el niño Jesus
Con la bola en la mano,
Y arriba la cruz.
¡Válgame el cielo
Y esas calzas azules
Que traes al cuello!
A la virgen de Atocha
Ya no la quiero,
Ni la ven las patas
Con el sombrero.
Vivan las damas,
Que yo las querré mucho
Si fuesen santas.
Rio de Manzanares,
Déjame pasar,
Que me voy á una cueva,
Y me quiero azotar.
Mi niño Jesus,
Yo besaré tus llagas,
Tu corona y cruz.
Cuando me desataco
Para azotarme
Tengo fuerte el espíritu
Y flaca la carne.
Oigan un primor,
Que al subirme las bragas
Siento el descozor.

Con estas cuatro seguidillas, compendio de veinte y ocho desatinos, ponderaron mi sinceridad, y yo interiormente, como un inocente Caín, homicida de sus docilidades, me fisgaba de la suya. Pero dió lumbre mi candidez, porque al dia siguiente, á eso de las diez de la mañana, fué á mi casa un lacayo con un azafate, y en él ocho libras de chocolate, con un doblon de á ocho, de parte de mi señora la duquesa de N., y la respondí un papel del tenor siguiente:

«Mi señora duquesa de N.: El Amo mozo sea con su merced. Al tiempo que salia esta mañana de la oracion recibí la caridad que su reverendísima me hace, para el socorro de mis necesidades y quebrantada salud. Yo pondré á su reverencia en la presencia del Amo mayor, porque el Amo mozo no está estos dias de muy buena guisa conmigo, y le hablaré despacio; y si ántes de un año no tuviese su majestad un duquesito, tengo de reñir con los amos hasta eno-

jarme. Ellos guarden mil años á su eminencia, en compañía del tio duque. Amen. De mi oratorio, hoy domingo 22 de mayo de 1729.

«Besa la mano de su merced su menor criado,
y mayor pecador del mundo,

«EL HERMANO CÁRLOS DEL NIÑO JESUS.»

Al lacayo no le dí el real de plata que acostumbra dar la gente relajada; le dí un buen consejo, amonestándole que tuviese recogimiento de sentidos, que eran las puertas por donde entraba la muerte al alma.

Tengo por criada y gobierno de mi casa á una beata de saco y cordon de esparto, con sus cinco nudos y toda repulgada; es de estado doncella, pero tiene las tres comunes propiedades de las viudas, que son el ser gorda, comedora y andadora; y finalmente, es tan gentil bribona como yo.

En las consultas que se me hacen guardo lo mandado por su merced; pero estos dias pasados se me hizo una, en la que no valiéndome ni pudiendo aprovecharme de la leccion que su merced me ha dado para las consultas, dí de propio Marte salida al caso; yo lo referiré cómo sucedió.

Llegó á mí una viuda, entre gimiendo y llorando, y me preguntó que si cuando una mujer casada, por socorrer sus necesidades ó por humana fragilidad, incurria ó delinquia en faltas de lealtad al matrimonio, el marido, despues de muerto, si acaso lo sabía allí en la otra vida. Yo reconocí que la pobrecita, tras venir acusada de su conciencia, venía llena de miedo, sospechosa de que su marido vendria desde el otro mundo á tentarla el bulto. Yo, por consolarla, la dije: Hija, lo que yo he llegado á entender en mis ejercicios espirituales es que, al tiempo de apartarse el alma del cuerpo, viene el ángel de la guarda, y con una navajita de cortar plumas, con mucha curiosidad y delicadeza tira dos tajos, y no queda cuerno á vida. A esto me replicó que si á los que morian en el hospital sucedia tambien eso. A que la respondí: Hija, lo mismo sucede al que muere en el hospital que al que fallece entre brocados y colgaduras de damasco, porque es pension y carga concejil del ángel de la guarda volver el alma á su Criador mocha, como se la entregaron.

Me parece que, aunque hubiera estudiado los nominativos y el libro cuarto, no pudiera haber respondido mejor.

No quiero tomar resolucion grave sobre la profesion mística sin consulta de su merced. Dos pensamientos se me han ocurrido, á mi parecer buenos. El primero es el quitarme el pelo á rapa terron; para el verano es conveniencia, y para el invierno mejor, pues mirando á mi amor propio, que es el ídolo de nuestro instituto, abriga más un solideito de bayeta negra que no el propio pelo, y de camino doy un superior realce á mi opinion de virtud. Es el segundo, que me parece será muy del caso el vestirme de sayal franciscano, en traje de abate, en esta forma: la collarina negra y mi cuellecito almidonado con sus polvitos de color azul celeste, capa, casaca, chabarreta y calzon del dicho sayal, y mi

sombrero á tres vientos, tambien de contextura franciscana. Lo especial de la figura mística ha de arrastrar las atenciones de los más divertidos, y con eso el hermano Cárlos será más conocido en la córte, y con eso tendré olor á clérigo y á fraile; con esto no seré aborrecido de los unos, ni mal visto de los otros. Vea su merced cuál cosa es más conveniente, y lo que me dijese ejecutaré.

El escribir algun librito de devocion me parece adelantaria mucho mi opinion, así por lo devoto del asunto como tambien porque mi nombre ande de molde entre los corros de beatas; y así, padre mio, si á su merced le parece, escribiré un librito, cuyo título será: *Novena y devocion al niño Jesus, escrita por su devoto y el más indigno pecador el hermano Cárlos del niño Jesus.*

Tengo un huesecito, cosa de tres dedos de largo, pedazo de una canilla, del Campo Santo del Hospital General, y digo que es de la pierna de san Nicolás; pero lo tengo más blanco que la nieve y engastado en plata; mas ya pudiera engastarlo en diamantes con lo que me ha valido. Voy á los enfermos, y por este hueso, que hace oficio de embudo, les cuelo á los calenturientos media azumbre de agua; ellos, con la mucha fe que tienen conmigo y con la mayor sed que ellos tienen consigo, beben que es un milagro. Encargo el secreto, para que no se lo digan al médico; porque esta gentecilla es enemiga de estos embustes de devocion, y si voy á decir la verdad, las más veces les sobra la razon, porque ¿adónde hay paciencia en el mundo para tolerar el que ellos se estén desvelando para el acierto, y que si el enfermo sana, le digan los asistentes que el agua que le dió el hermano Cárlos lo ha curado, y si se muere, á facha y bigote le dicen que él lo ha muerto, porque, ó lo sangró ántes de purgarlo, ó porque lo purgó ántes de la sangría? Vamos claros, padre mio, para entre los dos; yo he tocado palpablemente que con mi agua, como yo no sé si el enfermo está en creciente ó en menguante de calentura, muchos enfermos se han puesto de peor calidad que estaban; pero agarre yo, y tiren los médicos; y si no tienen paciencia para sufrir los sofiones que por mí llevan, que dejen el oficio, y se metan á obispos ó á cardadores, y se verán libres de eso, que yo estoy á hacer mi negocio, y no el suyo. Con esto, muera ó viva, siempre llevo presa á mi casa, como tumba que sale de parroquia, que nunca vuelve sin ella; cuando hace mucho calor ó mucho frio, como estos extremos son los que debemos evitar los profesores de esta mística, no salgo de mi casa, envio á mi beata, y á fe de bribon, que lo hace la niña casi casi tan bien como yo.

CARTA III.

Respuesta de don Alejandro Giron á su hijo el hermano Cárlos del niño Jesus.

Hijo, recibí tu paulina, enmascarada en carta; veo que vas aprovechando, y conozco que, gastando contigo mucha paja y cebada, llegarás á ser un hom-

bre tan célebre, que podrás llegar á ser borrico guion de una cabaña; por fin, eres fruto de mi vientre, y me es preciso proseguir lo comenzado; y así, recibe los siguientes documentos.

DOCUMENTO XI.

Ahora anda muy valida la Academia Española; si acaso se ofreciese hablar de ella, dí que es la mayor obra del mundo, que mentira más ó ménos será; agua bendita, golpe de pechos y bendicion episcopal te sacarán de ese trabajo; frente tiesa y ese cuerpo derecho, y vamos á lo que importa; y quéjate de mí, si tú perdieres la baza. El motivo de prevenirte esto es porque hay entre los académicos algunas personas de caudal, y alabándoles sus obras, los heredarás en vida; ellos se quedarán tan tontos como son, y tú te hallarás más rico de lo que eres, segun dice una coplilla, que yo sabía, que dice así:

Su renta tiene segura
El que lisonjea á necios,
Que á quien los hace eruditos
Instituyen heredero.

Si te consultaren algunas dudas, que siendo tú lo que eres, no lo dudo, responde preguntándoles á ellos mismos su parecer; y luego decir, mirando al cielo: Eso mismo me parece á mí. Con eso quedas bien, y ellos van gustosos. Ten muy de memoria esto, para todas cuantas preguntas te hicieren, porque son pocos los que buscan la verdad, y muchos los que buscan solo apoyo. Con esto pasan muchas necedades bien vestidas el título de religiosas y arregladas decisiones, porque si alguno las contradice, responde que las aprobó un santo. Supongo que, siendo tú tan necio y tonto como tú mismo, has de contradecir todo lo que no entendieres, segun lo que dijo un poeta hembra:

Que siempre el que censura y contradice
Es quien ménos entiende lo que dice.

Y sobre este punto de contradecir podia yo darte carta de recomendacion para un quidam, clerizonte conjurador, que en dos dias te haria maestro en contradecir el Credo y las obras de misericordia; mas no quiero meterlo en ese trabajo, porque me han dicho de secreto que está ahora muy ocupado en aprender á construir las palabras de la consagracion.

Pero te advierto que nunca disputes; porfiar, esto sí, que para eso no es menester saber; y los que no lo entienden suelen dar más crédito al que más porfía, y mucho más siendo *baqueton*. En concluyendo la porfía, dirás: Dejemos eso, y vamos á lo que importa; se quedarán todos mirándote, con atencion de pescador de caña.

El conocer los sujetos es muy dificultoso, pero muy útil para pasar esta vida miserable. Mira, hijo, hay unos tontos por fuera, otros por dentro, y otros por dentro y por fuera. Los tontos por fuera son los que no han estudiado sino una facultad, *verbi gratia:* un gran teólogo, si á este no le hablan de teología, no sabe hablar tres palabras. Á estos pregúntales cosas hondas, tocantes á tu conciencia, proponiéndoles varios escrúpulos que te se ofrecen, ponderándoles tus buenos deseos. Los tontos por dentro son los que solo han leido algunas comedias, tal cual libro en romance, y algunos arrapiezos de latin; regularmente hablan mucho, porque presumen de elocuentes, sin saber que no es lo mismo hablar mucho que hablar bien, porque lo primero dice cantidad, y lo segundo calidad. Toma para que te acuerdes, esa coplilla:

Es en hablar infinito
El amigo don Pascual,
Y aunque en esto habló poquito,
Yo te digo que habla mal.

A estos alábales su erudicion y tírales algunas jaculatorias hácia la bolsa, porque suelen tener tan divertidas las potencias en centones de Quevedo, de Calderon y Moreto, que aunque los capes no lo sentirán. Los tontos por dentro y por fuera son los que solo saben una mala gramática y tres quebradillos para una visita. Los hidalgos de aldea son todos así; tambien hay de esto entre los señores; á estos alábales sus ascendientes y su buen genio con algunas cositas devotas, como estas coplas:

El Señor, divina luz,
Con una porra ó un mazo
Le dió al demonio un porrazo
En el árbol de la cruz.
Dios nos libre y nos defienda
De la muerte y su guadaña,
Porque no hay arte ni maña
Que con la muerte se entienda.
Cuatro pilâres tiene esta cama,
Cuatro ángeles la acompañan
Y la Vírgen que está en medio;
Dios me recoja á buen sueño.

Y para el porte y comercio político les has de enseñar esa coplilla, que sobre oler á mística, es el centro de nuestra profesion.

En este mundo enemigo
No hay nadie de quien fiar;
Cada cual cuide de sigo,
Yo de migo, y tú de tigo,
Y procurarse salvar;
Mas si alguno me la hiciese,
Un cantazo por detrás.

Suelen ser muy compasivos; y así, pondérales tus trabajos, entre suspiros y medias palabras, y agarrarás algo, que es á lo que estamos. Si te convidan á comer, no seas corto.

DOCUMENTO XII.

El tratar con monjas es contrabando, porque como ellas no dan más que conversacion, se prohibe á todo beato gastar la pólvora en salvas.

El que no fuere botero
Con las monjas no me trate,
Que solo trata con monjas
El que trata en cosas de aire.

No obstante, tienen su voto para tu opinion, porque creen de ligero cualquiera virtud; y así, visítalas el dia de su patriarca no más. Los frailes son escollo en que te quebrarás la cabeza si los tratas mucho, porque por lo regular son doctos y picarones, con que á dos por tres descubrirás la caca. Busca entre ellos algunos legos que dicen misa, porque estos suelen ser bellísimos para tu intento. Cuéntales tus mentidas virtudes, y los pondrás blandos como un guante, y si tienen algun manejo, lo harás comun de dos. Para quien no te doy permiso ni licencia para que los veas ni oigas, aun desde cien leguas, ni me atravieses las puertas de su iglesia, aunque sea dia de santa Teresa de Jesus, es á los carmelitas descalzos. Estos son unos demoniones blancos para nuestro intento, porque son tan versados y diestros en la verdadera, genuina y fundamental teología mística, que á dos veces que te echen la vista sobre el hombro, te han de conocer la musa, y no habrá más remedio que el irte á vivir cien mil leguas de Madrid, ó llevarte en cuerpo y alma á la calle de Leganitos, donde te darán doscientos chochos por las calles acostumbradas, por embustero. Y así, guárdate de estos animalicos, si quieres guardar el almario.

Con los clérigos (de estos los hay fatales) no tienes que cansarte mucho, porque lo que únicamente saben es saber negar. No obstante, si fueren de aquellos que compran el ser canónigos como si fuera oficio (con los canónigos de oficio no te metas) bien puedes tratar, porque suele haber algunos muy tontos y muy buenos, de quien se puede decir:

Y tuvimos, de verdad,
Lástima á su entendimiento,
Y envidia á su voluntad.

A estos meterlos á beatos, y ser tú su director, y con eso tienes sobre su prebenda un beneficio simple. Con los clérigos rasos has menester observar esta regla: mira, muchos de estos, á título de bien acomodados y de fuerte bolsillo,

se constituyen por cabeza y jefe de todo su linaje, hasta el quinto grado de consanguinidad y afinidad inclusive; en los congresos y consultas que tienen con sus parientes, en las que presiden con plenitud de potestad, y los parientes están como unas liebres, no se contentan con ostentar su dominio á lo poderoso, sino tambien á lo docto, regoldando á grandes moralistas, diciendo: Ya es opinion muy sentada en la teología moral que la simple fornicacion es pecado mortal, y aun muchos autores graves afirman que tambien la sodomía. A estos les has de acudir alabando mucho las obras de Villalobos y Ledesma, que por estar en romance no tiene inconveniente el que el clerizonton diga que las ha leido, y tú haz lo que crees. Prosigue diciendo que es lástima que entierren el talento que Dios le ha dado, y pues es tan grande moralista, que saque licencia para ser confesor, y se meta á ser obrero en la viña del Amo, que lo deseas mucho para tu espiritual consuelo, y que te alegrarás mucho de que lo haga, porque parece que Dios te da luz para suplicárselo, etc. A esto te responderá que há muchos dias que el señor obispo en las visitas se lo ha dicho, pero que él tomara á bien en dar buena cuenta de su alma, y que no quiere tomar á su cargo conciencias ajenas; apretar en réplicas, y la tempestad vendrá á parar, como si la viera, en *agarrabundus exultet fidelis chorus*, *alleluya*. Aunque no he estudiado gramática, sé algunos latines volanderos, como, *verbi gratia*, cuando tocan á la Ave María, ya sé que al principio se dice: *Angelus Domini;* y en acabando de rezar, se dice: *Benedicanza Cœli;* y cuando alguno estornuda, se dice: *Dominus teco*. Finalmente, tengo noticia de los latines más necesarios para un hombre de plaza; ten tú cuidado tambien en aprenderlos.

DOCUMENTO XIII.

En cosas de monarquía no has de hablar palabra; si oyeres algo de esto, decir que nos hemos de morir, y que solo nos toca el obedecer; que en las manos de Dios están los corazones de los reyes, y que lo que estos ejecutasen esa es la voluntad de Dios. Alaba mucho á los ministros, y dí que los encomiendas á Dios muy de veras. En oyendo alguna cosa que no suene bien, por poco decente, haz mil aspavientos, y luego échales á cuestas el infierno entero y verdadero, y decir que en esas cosas no gastas chanzas. A cuantos llegasen á tí á hablarte, ríete, y cógeles ambas manos, y sea trabajo ó felicidad lo que te contasen, dí á todo cuatro ó cinco veces: Gracias á Dios, gracias á Dios; es brava máxima esta, porque de su práctica se arguye una constancia é igualdad de ánimo, así para lo adverso como para lo favorable; y cuidado con esto, porque es el exámen de los espíritus. Ahora para lo que yo te doy licencia es para que, si alguno te diese algun vejigazo, luego que vayas á tu casa arrojes al suelo la montera ó sombrero, y lo pises, con media docenas de votos; y cuidado guardarte de la beata, porque si mañana sale de tu casa, sacará tus faltas á la calle.

DOCUMENTO XIV.

No te se olvide ser muy malicioso y hacer mal juicio de todo, con el consuelo de que acertarás las más veces, y queda en duda si lo supiste por revelacion; y si no aciertas, en suma es un pecado mortal, y te queda la disculpa para contigo de que es genio tuyo, travesura y viveza de natural que Dios te ha dado, y para con los demás, si acaso lo publicaste: ¡Oh, que nos engañamos! ¡Así fuera yo como él! Todas son astucias del demonio. Le echas un lindo remiendo para este mundo, que para el otro luego lo verás; pero no tienes que buscarme despues de muerto, ni impedirme el santo sosiego de mi cama con aquello de quítenme este hábito, porque no entiendo esa jerigonza, y no te conoceré por hijo, enviándote á espulgar un perro, aunque vengas con grillos y cadenas. En las conversaciones de las casas de los señores, en donde ya te discurro introducido, es frecuente conversacion el hablar de la impensada exaltacion de algunos ministros, como tambien de la repentina é inopinada caida de otros; no te metas en investigar los motivos de lo uno ni de lo otro, porque el mismo que delante de tí habla en tono de conmiseracion, para disimulo, suele haber sido el cómplice ó conspirante en uno ó en ambos extremos del verbo que se ha tocado; en este caso, lo que has de hacer es levantar los ojos al cielo y hacer esta exclamacion: ¡Ah, Señor! No apetezco bienes que se acaban, ni temo males que tienen fin. Te los dejarás sin habla, porque este es un despropósito como los del doctor Zafrilla, que no tenian ni respuesta ni argumento; y queda lo místico en su punto, con la contera de *Arreñafa me fecit*, padre Benito.

DOCUMENTO XV.

Ya no se tiene por hombre de bien ni de virtud quien no se queja de destilacion, flatos y vaguíos de cabeza. De todo esto te quejarás y añadirás ciertos dolores de estómago. Estas son unas enfermedades que el médico más diestro no te puede averiguar que mientes, porque son incognoscibles por el pulso, segun oí muchas veces á maese Barrientes, barbero de nuestro lugar. Con esta turba de enfermedades tienes letra abierta para comer cosas de regalo cuando te conviden, ó en tu casa, si te las presentan. Dirás donde tú te entiendas que te fatiga mucho una acre mordaz destilacion, originada de ponerte á leer libros espirituales inconsideradamente, sin reparar en si estabas recien comido ó recien cenado; que sientes mucho la molestia de los flatos, porque te impiden mucho la quietud de la oracion, y que cuando estos te dejan, cuando más engolfado estás en la meditacion, recibiendo gustos espirituales, te acometen unos vaguíos de cabeza, que contra tu voluntad te es preciso dejar el santo ejercicio de la

oracion ; pero que lo que más sientes es el no poder dar rienda suelta á la santa virtud del ayuno; con esto no te censurarán el que por la mañana tomes por desayuno media libra de solomo en adobo, y medio cuartillo de chocolate, con dos bizcochos tan largos y cuadrados como dos tirantes, por unos acerbos dolores de estómago que padeces, originados de ciertos imprudentes ayunos que seguiste en los primeros fervores de la empresa de la virtud, y que los médicos y tu confesor te estrechan á que tomes una jícara de chocolate, mas tus pocos medios te estrechan á sacrificar tus dolorcitos á Dios, acompañando á Cristo en la cruz, porque si no es tal cual dia que alguna buena alma te socorra, es curativa que no puedes seguir. Añadirás que para asimilarte á san Gregorio, ya tienes la partida del dolor de estómago, pero quisieras imitarle en sus virtudes; pero ¡ oh Señor, que soy gran pecador ! Hemos de suponer que toda esta planta no la has de hacer en el barrio de Lavapiés, porque allí no sirve, sino es en casas de estofa; y si no es que tengan corazones de bronce, milagro será si no lloviesen sobre tí libras de chocolate. Concluirás diciendo: Este es ejercicio que Dios me ha dado.

DOCUMENTO XVI.

La eleccion de estado es uno de los principales instrumentos con que has de labrar la rueda de tu buena fortuna: eso de caserío, ni por pienso ni imaginacion. ¡ Jesus mil veces ! La casamienta es un veneno para el instituto de nuestra profesion. Guardaráste muy bien de las doncellas viejas, porque estas, en cumpliendo treinta años, sin que se haya hecho postura á la mercaduría, se arremeten aunque sea á un beato pelon con su solideo. Estas tienen sus argumentos de repostería; para persuadir al santo matrimonio, te introducirán primero en una conversacion de tono humano, y luego te embestirán con aquello de, más vale casarse que abrasarse; en el mismo tono responderás que eres un pobre hombre para mantener mujer ni hijos, y que dos árboles secos tarde florecen; sin dejarte respirar, te replicarán diciendo que cuando nace un hijo nace un pan. A esto has de responder que cuando nace un hijo nace quien se coma dos panes, y el pan suele estar en Berbería; y sin darles lugar á segunda ó tercera réplica, plántate de patas y á pié firme en mitad del infierno, y demonios por aquí, y condenados por allí, Júdas á un lado, porque vendió á Cristo, y Pilatos á otro, porque dió la injusta sentencia, con las revelaciones que ha habido sobre el caso; que ya me las has oido á mí. Saldrás en paz; y luego envíales la ropa blanca que tienes que coser, porque estas doncellas viejas regularmente son buenas costureras, y te hallas en tu casa, libre de cuidados, tripa horra, la costura hecha, sin costarte blanca, y ándese la gaita por el lugar. Clérigo no puedes ser, ni te conviene. Es la razon de lo primero, porque para ser clérigo es menester saber gramática, y tú, aunque la estés estudiando quince años, siempre estarás remoto en las declinaciones de los nombres. Es la de lo segundo, porque

aunque en ese feliz estado Dios te librara de la penosa dulce fatiga de tener hijos, el demonio te carreará sobrinos, y estos te han de quitar la hacienda, y aun tambien la honra. Tendrás en ellos una contínua é incesable gotera de pesares, que en tu vida podrás comer un bocado de pan con gusto ni sosiego ; y como no estamos á eso, gracias á Dios, darle de mano ; y hácia fuera, que hace calor, entre tí y tu beata podeis gastar honradamente vuestros perniles, y no te metas á mantener haraganes, porque luego quieren hacer caso ejecutivo de justicia lo que empezó por motivo de piadosa gracia. Y así, cuando te propongan el ser clérigo, tienes la respuesta en la mano de que no sabes latin, y eres ya grande para estudiarlo ; y para quedar mejor y más bien opinado en la virtud, agárrate de la redoma que mostró el ángel á san Francisco, y dando cuatro ó cinco zampuzones en el abismo de tu indignidad, te acreditas de humilde y contemplativo, y quedarás como un cuarto.

Otro recurso les queda á los amantes de tu virtud ; y es que, como en las religiones hay legos, te propondrán, como estado el más perfecto, el que te metas fraile. Hijo, no te pase por el juicio, pues aunque te persuadan que con eso tienes la comida segura para toda la vida, sin el afan de buscarla, ten por cierto que en las religiones se halla lo penoso sin peso ni medida, y los alivios con mucha medida y peso. Mas yo te quiero dar de barato que eligieras la religion más mitigada que haya en la Iglesia de Dios: dime, aunque fueras sobrino ó nepote del mismo sumo pontífice, ¿ quién te podrá librar de que Dios te depare un prelado tonto y maniático ? Para esto no hay remedio. Mira, yo soy viudo, y primero me sujetara á remar en galeras que exponerme á esta contingencia. Si sobre esto te instasen y mazeasen con aquello de lo más perfecto es lo mejor, responde que en la casa de tu Dios hay muchas mansiones, y que á unos los quiere para postas, y á otros para postillones ; y que, finalmente, lo pondrás en manos de Dios, y ejecutarás lo que te inspirase ; que no te han de acusar rebeldías para que respondas dentro del tercero dia ; y así, hijo, quedemos en esto, tú has de ser un perpetuo celibato, como yo viudo eterno ; á mí me ha ido bien, y cada dia me va mejor en esta vida que he tomado, y creo que con mi caudal y el tuyo, producto de nuestra mística bribónica, hemos de fundar un mayorazgo para Martinico, el hijo mayor de tu hermana Margarita.

DOCUMENTO XVII.

El gobierno de tu casa confiarás á una criada, que solemos llamar ama ; pero esta es preciso que la busques beata, con su saco y cordon y fruncida toca ; y si puede ser, que sea de estas que se suelen estilar ahora de torrezno y trago ; y con eso los entrantes y salientes de tu casa dirán, como es evangelio corto, aquel adagio : En casa del tamborilero todos son danzantes. Porque esto de cotilla, aguja de plata, basquiña con cola, y delantal con farfalaes es cosa muy extraña de una casa donde se profesa tanta virtud como en la tuya. A esta no te

descubrirás en ninguno de los capítulos contenidos en esta mónita secreta. Haz lo que ahora te diga, porque importa. Luego que hayas cenado opíparamente, que para eso y para mucho más da de sí la práctica de estos documentos, dirás á tu ama beata que te encienda dos velas en tu altarito, para tus ejercicios espirituales de oracion y disciplina. Te cerrarás por dentro con llave ó aldaba; no te quito ni te aconsejo que dejes de rezar el rosario de nuestra Señora; y no sabiendo la beata si tu oracion es vocal ó mental, ella lo atribuirá á lo más perfecto. Coge luego tus disciplinas, y da con ellas donde te se antojase, con tal que no sea en tus nalgas, de modo que la beata lo oiga. Luego te acostarás en tu cama de colchones, y miéntras el sueño no te rondase las orejas, ten cuidado de hacer algunas ruidosas exclamaciones á Dios, ya amorosas, ya penitentes; habla recio, fingiendo que hablas con otra persona, ofreciendo ayudar con tus oraciones y espirituales ejercicios, y creerá la beata que estás hablando con el ánima más sola, que viene del otro mundo á mendigar tus oraciones; pero luego que te venga la gana de dormir, duerme á pierna suelta, hasta que harto ya de sueño, despiertes, aunque no haya salido el sol, á las nueve de la mañana.

Luego que te levantes harás tu cama, de modo que la beata crea que has dormido en la cama de la penitencia, porque la de los colchones la has de dejar de modo, que parezca que nadie ha llegado á ella. Luego abrirás la puerta, y irá tu beata con un jicaron de chocolate y dos bizcochazos como el puño. Y preguntado de ella cómo has pasado la noche, responderás que de todo ha habido; algunos ratos de sequedad y desamparo en la oracion; y otros, apiadado Dios de tu conformidad, te ha favorecido con algunas espirituales delicias, etc. Cuando tu beata te lleve á la mesa algun plato delicado de regalitos que te enviarán, darás un suspiro, diciendo: ¡Oh válgame Dios, de cuán buena gana alargara yo este plato á un pobrecito! Paciencia, primero es obedecer. Entónces apretar con ello de modo, que dejes poco que hacer á la fregatriz. El fruto de la práctica de este documento es más de lo que tú piensas, porque su norte no es para cabezas redondas como la tuya.

Enviarás á tu ama beata á casa de los señores, con ligero motivo de cuidado, á saber cómo están; por rigurosa ley de cortesía le han de preguntar por la salud del hermano Cárlos del niño Jesus. Aquí entra el conjuro: sin que la dén tormento dirá que está pasmada de la vida que traes; que lo poco que comes es á fuerza de ruegos que ella te hace y por la obediencia de tu confesor; que todas las noches duermes sobre unas desnudas tablas, y por cabecera una piedra, sin conciliar más sueño que suspiros, y hacerte el cuerpo una salchicha á disciplinas; y para descanso toda la noche es entrar y salir ánimas, que del otro mundo vienen á pedir tus oraciones; y esto que lo ha oido ella, y si la aprietan un poco, lo jurará por el hábito que trae. La encargarás que no dé puerta franca á todas las visitas que te vayan, sino es que sepa distinguir de colores; esto es, á los que en el vestido se conoce que no pueden dar de sí, que les responda: Está su merced en la oracion, y no se le puede entrar ahora recado. A la gente de estofa, que pase adelante; y ojo á que te encuentren siempre con el rosarion en la mano, ó con el librito *Manojito de Flores*, ó las obras de Kempis. Está

advertido en que cuando más engolfado estés en el tragar y cuando mejor te sepa lo que comes, te has de enderezar, sentado como estás en tu silla, darás á la cabeza cuatro ó cinco veces á un lado y á otro, y has de decir: No puedo, no puedo; no tiene remedio; ¡sobre no poder entrar! Entónces tu beata, sobrestante de tu mesa, te acudirá diciendo: Vaya, señor, por la hiel y vinagre que dieron al Señor, otros cuatro bocaditos, que está el guisado que lo pueden comer los ángeles. Entónces apechugar con ello, hasta roer los huesos. Todo esto lo dirá ella, y aun algo más sin que tú se lo encargues.

DOCUMENTO XVIII.

No has de dar paso en que no lleves por delante el aumento de tu buena opinion. En las procesiones públicas que suele fomentar la devocion cristiana, para el socorro de las públicas necesidades, como de sequedad, epidemia, langosta, etc., seas tú el primero que asistas á ellas, y cuidado con agarrar la cruz, ó á lo ménos ménos la campanilla, un cordel de esparto, con sus nudos, al pescuezo, y tu coronita de espinas; esto es cosa que no duele ni quita las ganas de comer, y encantarás con esto al más distraido pecador. No será malo que así que cojas la campanilla, ántes que el sacristan entone la antífona ó *Kyrie eleison*, dés dos campanillazos, llamando la atencion del pueblo, y en tono de publicar mision cantes una jaculatoria. Esta es linda:

En la casa del que jura
No faltará desventura.

Las mujeres mal casadas, que entre tempestades de votos y juramentos suelen llevar algunos puntapiés en lo delgado de la rabadilla, te lo agradecerán, diciendo: Bien haya tu pico; y finalmente, sabrán todos que estás allí.

No incurras en la vulgar costumbre de ser penitente de azote los juéves ni viérnes Santos en las procesiones solemnes de esos dias, porque esa es una penitencia que el más bergante la suele hacer; no adelantas nada con eso, y puede ser que te haga daño, y á lo ménos, aunque no es mucho, suele doler algo la pelotilla de cera y vidrio. Fuera de que no es razon que un espíritu como el tuyo, en la opinion digo, que en lo demás yo te discurro dos dedos ménos que ateista, se univoque en tales acciones de virtud que hacen ó suelen hacer los rufiancillos, por especie de galanteo, á sus chuscas. Ahora bien, lo más que puedes hacer, para que se sepa que en todo lo bueno te hallas, es ponerte un alba con tu cíngulo y el dicho cordel de esparto, con tu corona de espinas, unos grillitos con su cordelito, para ir aliviando su peso, el pelo encenizado, dividido en dos peluchones, que caigan por encima del hombro al pecho, que te tapen parte de la cara, y esto á cara descubierta y sin capuz, la cabeza torcida, y los ojos bajos, parecerás una verdadera efigie de un *Ecce homo;* y dirán las muje-

res compasivas, en voz de lamentacion: Dios te lo reciba, Dios te lo reciba. ¿Y es todo esto? Pues todo esto no duele nada, cuesta poco, y vale mucho.

DOCUMENTO XIX.

Ya es rara la ciudad en España que no tiene erigida escuela de Cristo, religiosa y loable fundacion del señor san Felipe Neri; luego te declararás por pretendiente de tan santa congregacion; y no dudo que segun tu buena opinion, serás provisto en la primera vacante que haya. Ya que estés en posesion, está advertido en cuanto te llamen á ser ejercitado; siempre has de decir que por la misericordia de Dios no has faltado en ejercicio alguno de los establecidos por la santa escuela; y que en órden á los afectos, las pocas veces que los has sentido ó llegado á conocer (aquí tácitamente publicas tus sequedades, desamparos y tinieblas interiores, moneda muy corriente entre los grandes espíritus) han sido de perseverar en el camino que has comenzado (y dile que falte por el repulgo), y deseos de ser de todos abatido, aunque en la realidad tus deseos sean de que te la pague quien te la hiciese, y si no fuese el partido igual por la magnitud del ofensor, á lo ménos ménos un cantazo por detrás, pues por grande que sea el contrincante, de eso no lo podrá librar la madre que lo parió. Te introducirás con los ancianos de la santa escuela, porque en cosas de virtud tienen especial voto para acreditarte; á pocos meses te harán diputado mayor ó menor, y serás uno de los de la junta, y te hallas de manos en la masa; harás ostentacion de que no eres aceptador de personas; y así, en las juntas donde se trate de la correccion ó castigo de algun hermano de la congregacion, justicia seca en él, echarle la ley á cuestas y salga fuera; pero si fuere pariente tuyo, ó bien quiriente, entónces no ha de haber para tí más ley que el extremo á que tu pasion te inclina, á pesar de todas las constituciones y acuerdos contenidos en el libro de decretos; y sobre esto no te dés á partido ni cedas á nadie, aunque el mismo san Felipe Neri se empeñe en convencerte. Mas esto con tanta maña, que sin descubrir que procedes apasionado, logres tu gusto y empeño, á pesar de todos y de la razon. Sobre esto ya te daré dilatada instruccion cuando llegue el caso.

Ten cuidado de traer entre manos siempre una máxima espiritual, y parlarla en alto estilo. Ahí tienes las *Moradas de santa Teresa*, y hay bravos bocaditos. Ten habilidad para contraerlos, de tal forma, que juzguen tus oyentes que son inteligencias que has adquirido en la oracion. La más frecuente de la que has de usar, por ser de más difícil práctica, es ó será esta: Quien quisiere negocios conmigo hágame agravios. ¡Ah, buen imitador de Cristo! dirá el más zafio. Diráslo así; pero en todo caso ten cuidado de que cuando te lleguen á dar el Viático, no tengas que perdonar á nadie agravio alguno, sino es chico ó grande, que lo tengan ya purgado en esta vida; y como tú seas hombre de habilidad, puedes vengarte de quien quisieres, con capa de virtud, y este es el mayor primor de la tramoya, diciendo: Porque no se pierda esta alma, más vale que viva

corregida en esta vida que no el que la muerte la coja obstinada; y dar un cañutazo contra él, que lo levantes cien varas en alto, como si le arrimaras un barril de pólvora. El superior te lo agradecerá, por el motivo y la ocasion en que lo pones de asentarle la mano en el bolsillo ó en la persona; quedas acreditado de celoso de la honra de Dios, y al mismo tiempo te ves vengado de quien te hizo la fechoría disonante.

DOCUMENTO XX.

Síguese ahorá dar respuesta á tus consultados pensamientos. Al primero de quitarte el pelo, digo que respecto de ser cosa que redunda en conveniencia de invierno y verano, cebo del amor propio, y en aumento de la opinion de virtud, soy de parecer que luego lo hagas, pero sin afectacion de guedejitas, sino es, como tú dices, á rapa terron, y aunque te dejen algunos trasquiloncillos no importa; con eso publicas cierto dejamiento ó renuncia de tí mismo. El segundo pensamiento es como parto de tu necedad. Ven acá, hombre, ¿no ves que eso de echarte el sayal es la ejecutoria de embustero, y cualquiera que te vea te hará una higa, diciendo: Cata aquí la cruz ántes que á mí llegues? Siendo así que nuestro instituto es el ocultar lo artificioso del embuste y publicar la virtud. ¡Jesus, y qué delirio! Yo aseguro que si salieras con ese disfraz, no hubiera alma que te creyera, aunque con una navaja te llenaras la frente de cruces; no, hijo mio, eso ménos. Vístete de paño bueno, tu valoncita sin encajes, á lo viudo y estilo antiguo, tu sombrero negro sin forro, con un cordoncito, como sombrero de fraile, y tendrémos una efigie de un místico que se podrá regalar con ella por Navidad al mismo Heródes. El tercer pensamiento es bueno, pero ahora no es ocasion; lo uno porque aun eres muy mozo para escribir libritos; lo otro porque ahora anda una tempestad de escribir los médicos unos contra otros, los astrólogos contra los médicos, y estos contra los astrólogos, que no encontrarás prensa desocupada; deja pues que se acabe esta tempestad, que luego entrarémos nosotros con la nuestra. Ya te avisaré yo.

Si te llamasen á ser medianero y compositor de alguna discordia, no te niegues á eso, porque es relumbron de un místico ser el íris de su pueblo y el *Pax vobis* de las quimeras. Lo que puedes hacer es estar con ambas partes, y á cada una decirle que le sobra la razon; con eso los dejas peor que estaban, y no te malquistarás con nadie.

Aunque sepas que tu beata hace sus ciertas frituras de torreznos para merendar, haz la vista gorda, y no te dés por entendido, aunque luego al cenar diga que ella con un huevecito tiene que le sobra; disimula el engaño, porque si todo lo quisieres llevar por sus derechas veredas, llegará el caso de que anden los cojos á muletazos; y así, lo que conviene es callar, y callemos, que sendas tenemos.

Una solucion tengo que suministrarte á una dificultad, en que todos los dias te verás de piés en ella; y es que esa vida regalona con tu porte de bribon te saldrá á la cara; estarás gordo como un cebon bien cebado, y colorado como un tomate bien maduro. Tus amigos, cuando te saluden, te dirán: ¡Válgame Dios qué gordo y colorado está el hermano Cárlos! A este no has de responder: Sí; gracias á Dios; porque en fuerza de esta respuesta quedarás convicto de poco mortificado, y se cae todo el andamio de todas tus tramoyas, y quedas descubierto en vista y revista, en la esencia y existencia de hipócrita bribon. Tampoco responderás: Esto lo hace la gracia de Dios; quita allá, esta es respuesta de beata fullera, que al primer folio está todo el inventario de sus zorrerías. Yo te daré otra respuesta que puede engañar ó hacer suspender el juicio al médico más diestro; y así, luego que te ponderen tu gordura y buenos colores, responderás diciendo: ¡Cuerpo de Cristo! estos colores, que á ustedes les parecen buenos, son mi mayor enfermedad; estos colores son el verdugo de mi salud, porque son originados de un intensísimo incendio de hígado que me carrea unos grandes dolores de estómago, que me impiden el tener las dilatadas horas de oracion que mi alma desea, con más el trabajo de una suma destemplanza fria de estómago, que si no bebiera un traguito de lo de Peralta, en veinte y cuatro horas no pudiera cocer ni digerir el poco alimento que tomo. Aunque parece que estoy gordo, la cara me engaña el cuerpo; si este me lo vieran ustedes, me verian las costillas pegadas al espinazo. Cata aquí que dirás en esto un disparate, y creerán que tu cuerpo es una verdadera efigie del esqueleto del Hospital General, á continuadas disciplinas y cilicios. Finalmente, hijo mio, estos documentos se reducen á que consigas la felicidad que contienen esos dísticos de Ciceron, que me los tradujo de latin en castellano cierto amigo músico, y dicen así:

Tenga yo salú,
Con paz y quietú,
Dinerillos que gastar,
Vestir y calzar,
Y ándese la gaita
Por el lugar.

Luego que tengas trescientos doblones de hucha, avísame, para que, juntos con los que yo tengo, se compren unas heredades y un cortijo, para fundar el mayorazgo á Martinico. Si tú salieras tan diestro como lo ha salido una discípula que tengo aquí, moriria consolado; pero eres un zote, y no tengo mucha confianza en tu práctica. Adios, hijo, que te guarde muchos años. Granada y junio 10 de 1729.

Tu padre, que te estima mucho,

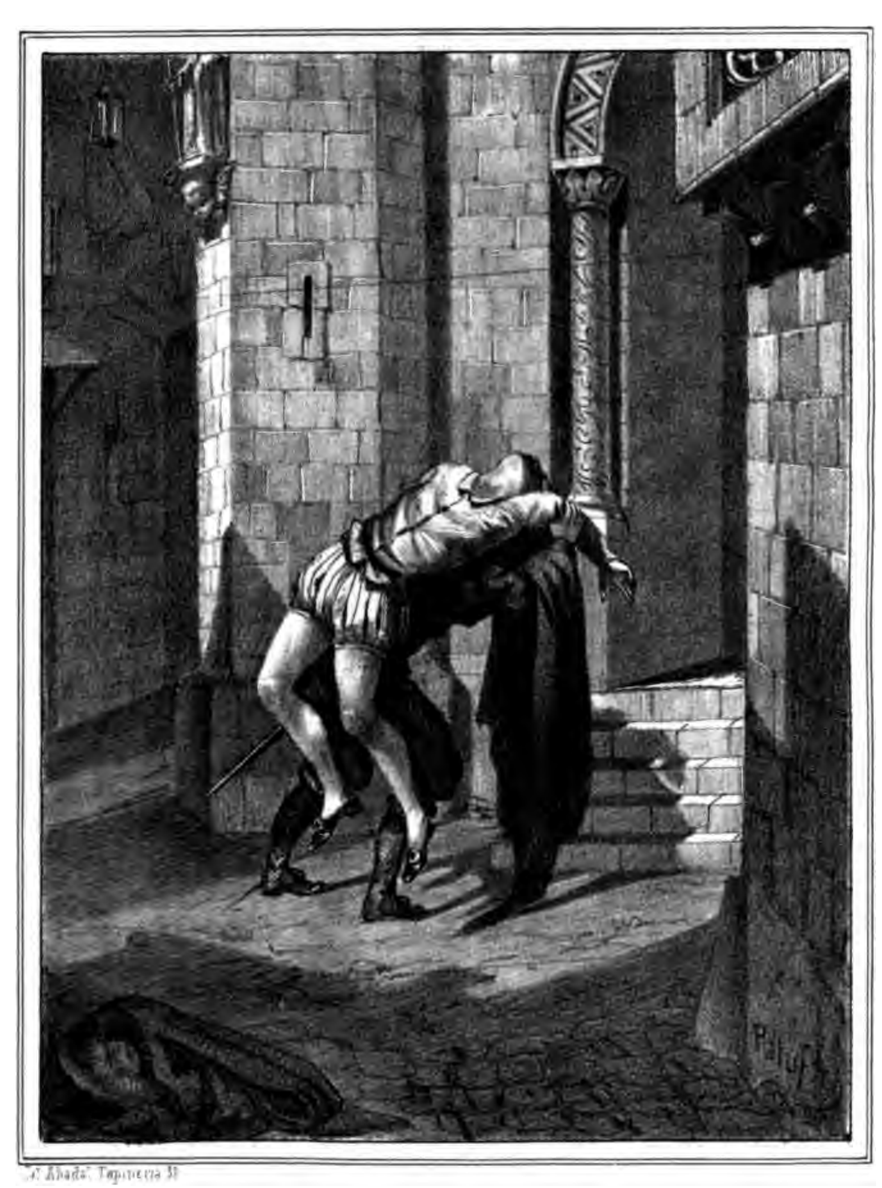
DON ALEJANDRO GIRON.

PROTESTA DEL AUTOR.

Aunque el título de esta obra podía servir de protesta, no obstante, protesto nuevamente que toda proposicion negativa que en el sentido literal se oponga á los dogmas cristianos, buenas costumbres y máximas de perfeccion cristiana, es mi ánimo que tenga la inteligencia de proposicion afirmativa; y la afirmativa que mostrase tener la misma disonancia, quiero que se entienda por negativa; y esa oposicion protesto que es solo en fuerza de la frase que sigo. Así lo siento y afirmo como cristiano católico. Madrid y junio 11 de 1729.

DON FULGENCIO AFAN DE RIBERA.

FIN.



Abadal, Tapineria 31

Anduvo advertido Feliciano en cargar con él y llevársele en hombros hasta una portería de un monasterio



LA GARDUÑA DE SEVILLA,

Y ANZUELO DE LAS BOLSAS,

POR

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA, calle de Aviñó, núm. 20.

LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA, Rambla del Centro, núm. 15.

MADRID.

DON A. DE SAN MARTIN, calle de la Victoria, 9.

DON EMILIO FONT, calle de Relatores, 12.

LA GARDUÑA DE SEVILLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuéntase quiénes fuéron los padres de la Garduña, cuyo nombre propio era Rufina, y su educacion.

Es la garduña, llamada así vulgarmente, un animal que, segun escriben los naturales, es su inclinacion hacer daño hurtando, y esto es siempre de noche; es poco mayor que huron, ligero y astuto; sus hurtos son de gallinas; donde anda no hay gallinero seguro, tapia alta ni puerta cerrada, porque por cualquier resquicio halla por donde entrar.

El asunto de este libro es llamar á una mujer Garduña, por haber nacido con la inclinacion de este animal, de quien hemos tratado; fué moza libre y liviana, hija de padres que, cuando le faltaron á su crianza, eran de tales costumbres que no enmendaran las depravadas que su hija tenia; salió muy conforme á sus progenitores, con inclinacion traviesa, con libertad demasiada y con despejo atrevido. Corrió en su juventud con desenfrenada osadía, dada á tan proterva inclinacion, que no habia bolsa reclusa, ni caudal guardado contra las ganzúas de sus cautelas y llaves maestras de sus astucias. Sirva pues de advertimiento á los lectores esta pintura al vivo de lo que con algunas de este jaez sucede, que de todas hago un compuesto, para que los fáciles se abstengan, los arrojados escarmienten, y los descuidados estén advertidos, pues cosas como las que escribo no son fingidas de la idea, sino muy contingentes en estos tiempos; y con esto daré principio al asunto.

Dejamos en las aventuras del bachiller Trapaza á este personaje en galeras; la causa fué haberse puesto un hábito de Christus, sin preceder las bastantes

pruebas con que le da su majestad por su consejo supremo de Portugal; no fué con más intento de pasar en la córte con estimacion de caballero, y ser esto capa para mayores insultos, que hiciera, si unos averiguados celos de Estefanía, su dama, no le pusieran á servir sin sueldo al gran monarca de las Españas, siendo bogavante en sus galeras, donde estuvo todo el tiempo á que fué condenado y aun algo más.

A este paraje fué en la cadena que sale de los galeotes de la imperial ciudad de Toledo cada año, provision que da el recto juzgado de cristianos ministros de su majestad á diferentes escuadras que tiene para defensa y guarda de sus costas, con que atemorizan á los enemigos corsarios que andan robando por los piélagos de Neptuno. Tocóle á Hernando Trapaza, padre de la heroína de nuestro asunto, ir en la escuadra de España, y así acompañó á la forzada caterva, conducido al puerto de Santa María. Lastimado iba de no haberse logrado un intento piadoso para sí, que fué el haber solicitado su soltura con limas sordas, y á conseguirle con los de su faccion no librara bien la señora Estefanía, autora de su desdicha. Bien diferente intento tenia esta celosa dama, pues apénas supo su partida á tan penoso ejercicio, cuando se arrepintió muy de veras de haber sido causa de su trabajo, y aunque no era muy ajustada, todavía el gusanillo de la conciencia le comenzó á labrar las entrañas, de modo que la pareció no satisfacia este daño con ménos que casarse con Trapaza, pues tenia una hija de él, acabado el tiempo de ser galeote. Con esto determinó á dejar la córte, yéndose á Sevilla, porque desde aquella gran ciudad determinaba saber nuevas del que deseaba ver ya libre de aquella vida insufrible, que pintara yo lo más sucinto que pudiera, á no haber otros ingenios ocupado la pluma en esto con mucha gala y erudicion.

Estaba Estefanía bien puesta de hacienda, que la habia dejado rica su genovés marido, y como tal se portaba en Madrid, donde ya habia caido su opinion, viniendo á saberse que por celos de un embustero le habia enviado á galeras, y entre sus amigas se murmuraba que hubiese tenido tan bajos pensamientos, que los pusiese en querer á un embaucador. Esto la obligó á dejar á Madrid é irse á Sevilla; púsolo por obra, haciendo almoneda de sus alhajas, digo de las que son de más embarazo para camino tan largo, como eran bufetes, escritorios y cuadros grandes de pintura, que los tenia muy buenos y en abundancia, de que hizo muy buen dinero, con lo cual y dos criadas que le acompañaron, tomó un coche por su cuenta, y en él llegó á aquella ciudad, célebre depósito de la riqueza del Occidente: allí tomó casa á su gusto, y aguardó todo el tiempo que faltaba á Trapaza para acabar sus galeras, con quien tuvo buena cuenta la piadosa Estefanía. Acabado, supo que las galeras de España estaban en el puerto de Santa María, y dispúsose á ir allá, nó en el porte con que andaba en Sevilla, sino en otro más humilde, porque no se dijese en ningun tiempo que con autoridad de persona habia sido mujer de galeote, ó por lo ménos quien le fué á sacar de galeras.

Supo luego que su penante estaba entre la chusma de la capitana, muy bueno, ocupado en el oficio de espalder, que es el preeminente de los forzados,

con que lo excusan del ejercicio penoso del bogar; esto habia alcanzado por su buen humor del general, y á no ocupar este puesto, estaba tan connaturalizado ya con aquella marítima estancia, que fuera, acabado el tiempo, buena boya; mas todo se remedió con la venida de la señora Estefanía, que trató luego de que se le diese libertad, hablando con las personas que les toca el darla y granjeándoles con dineros; esto sin saberlo Trapaza, porque aun no le habia visto ni él salido de la galera; y así, tuvo á gran novedad cuando lo llegaron á decir que habia quien solicitaba su libertad con aficion y dineros, no dando en que su Estefanía habria mudado lo severo en afable; concluso todo lo importante para salir Trapaza de bogavante, desherrado y puesto en libertad, sin saber por quién, fué llevado de la galera por el cómitre á la presencia de quien le libraba con más brevedad que lo fuera si no lo diligenciara, porque es cierto que aunque los forzados acaben su tiempo, siempre hay causas para dilatarse más, y quien va por cuatro años suele servir cinco y aun seis.

Vióse Hernando Trapaza en la presencia de su Estefanía, quedándose absorto de ver que ella fuese quien solicitó su salida de las galeras con el cuidado y diligencia que le habian significado; ella le recibió en sus brazos, y él pagó aquel cariño con lo mismo, pues fuera villana accion si á quien reconocia su yerro y le enmendaba con sacarlo de aquel trabajo, no le admitiera en su gracia con gusto, olvidando el enojo que de ella tenia; con todo, sentia verla en humildes paños, habiéndola dejado en Madrid en tan lucido adorno; y era que no penetró la cautela con que Estefanía venía allí disfrazada, que no se la pudo revelar por los testigos, que eran el cómitre y escribano de las galeras, los cuales, como no eran nada escrupulosos, más atribuyeron á amistad aquella que á matrimonio. Ellos fuéron convidados á comer de Estefanía, regalándoles bastantemente. Acabada la comida, cada cual se fué á su rancho, y Trapaza y su dama se quedaron en el suyo, que era una buena posada; allí viéndose solos, de nuevo se hicieron mil fiestas, agradeciendo con muchas finezas el galan forzado la piedad á su Estefanía. Ella le dijo que su intento era, despues de sacarle de aquella trabajosa vida, satisfacer el daño que le habia hecho con hacerle su esposo, si de ello gustaba, pues se hallaba con una hija suya y bastante hacienda para vivir con descanso, que era la misma con que la dejó en Madrid: aquí Trapaza abrió tanto ojo y vió los cielos abiertos en su amparo, pues cuando fuera ménos el que hallara en la piedad de Estefanía, él salia tal de su penitencia, que cualquier pasaje le juzgara tierra de promision para él. De nuevo pagó en abrazos nuevas tan alegres como oia, y aceptó la oferta y partido de casamiento, deseoso de ver ya á su hija, con lo cual Estefanía le hizo sacar un vestido de camino que le traia prevenido, honesto y no fanfarron, porque no diese motivo á murmuraciones á los de las galeras, juzgando por de más porte á la hembra y á su galan. Aquella tarde se partieron á Sevilla, donde Trapaza, holgándose con su hija, que era de cinco años, cumplió como cristiano, lo que como gentil no habia hasta aquel tiempo, que fué casarse con Estefanía *in facie Ecclesiæ.* Mudaron de casa en otros barrios, tratando Estefanía de que su esposo buscase en Sevilla algun entretenimiento honesto para pasarlo mejor en aquella ciudad, que

ya las canas con que escapó de las galeras no le permitian andar en garzonerías como ántes ni en peligrosas empresas ; pero un mal natural difícilmente se enmienda, y más como el de Trapaza, que era incorregible, y si habia vivido hasta allí con quietud habia sido por las amonestaciones de su esposa y por verse ya padre de una hija, la cual se criaba con mucho regalo de su madre hasta los ocho años de edad, en que Trapaza no tuvo ocupacion en Sevilla por su negligencia, que no era amigo de más que asistir en gradas hasta el mediodía, y á la tarde ver la comedia. Sentíalo esto su esposa, que ajustada á vivir quieta, olvidó sus travesuras, loca de contento con la hija que tenia, que era hermosísima en extremo.

La ociosidad, fundamento para todo vicio, brindó á Trapaza para que volviese á ejercitar el juego, piélago donde tantas haciendas y honras se van á pique ; comenzó por un entretenimiento, desmandándose de allí á pocos dias á mayores excesos, de suerte que, por desquitar pérdidas que no eran considerables, hizo otras de mayor consideracion : faltábanle algunas joyas á Estefanía, con que conoció ser el autor de su pérdida su marido ; lloró y riñó todo á un tiempo ; propuso Trapaza la enmienda, pero no la hizo ; pues en cuatro años que continuó el jugar, ya no habia estaca en pared, como dicen : faltando el dinero y llegada la necesidad, era forzoso haber muchos disgustos, que estos vienen á ser los efectos del juego ; habíase puesto en astillero de honrado ciudadano Trapaza, desconocido de los tiempos que Sevilla le conoció más mozo, con las muchas canas que tenia ; y en lo que se enmendó fué en no tratar más de embelecos, como ántes, con ofrecerse mil necesidades : bien quisiera que Estefanía tratara de algun verdor, á costa de su opinion, mas veíala tan mujer de bien, que no se lo atrevió á decir, porque ella solo trataba de asistir á su labor y criar su hija, que ya era de doce años, y la ayudaba, aunque poco inclinada á recogimiento, por ser muy amiga de la ventana. Su madre andaba con tanto disgusto con los desórdenes de Trapaza, que no cuidaba con el amor que á la hija tenia de reprenderla : culpa de muchas madres, que por tener omision en esto, ven por sus casas muchas desdichas.

La pena de verse pobre y con disgusto puso á Estefanía en una cama, donde al cabo de un año la llevó Dios, haciendo lo que debia como cristiana, que donde hay entendimiento se reconocen los yerros pasados y se tiene arrepentimiento de ellos ; ella tuvo muy buena muerte, habiéndola Trapaza dado muy mala vida ; su entierro fué pobre, no teniendo Trapaza con qué la enterrar como quisiera ; sintió mucho su muerte, y entónces conoció bien cuán errado habia andado en sus distraimientos, pues con lo que su mujer le trajo de dote podia pasar con descanso ; consolábase con su hija, viéndola con tan buena cara, y con el sentimiento de su mujer, no pensaba más de que por su hermosura hallaria un casamiento, que sería el remedio de los dos ; fundamento vano en los que se fian en él, pues en estos tiempos ni la hermosura ni la virtud hallan los empleos cuantiosos ; el dinero busca el dinero, y en donde le hay no reparan en que sea una mujer la más fea del orbe.

Con sus necesidades acudia Trapaza á los garitos, no á jugar, que se halla-

ba pobre, sino á que le pagasen los baratos que habia dado, correspondencia que falta en los tahures, porque nunca atienden á más que al tiempo que corre; á quien ven con dineros agasajan, y á quien los tuvo y carece de ellos desprecian. Con las ausencias que hacia de su casa Trapaza, comenzó su hija á tener libertad para dejarse ver á la ventana y ser vista; de suerte que á la fama de su hermosura ya frecuentaban la calle muchos pretendientes; bien lo conocia su padre; mas aunque pudiera atajarlo con sus reprensiones, viéndose necesitado y á su hija hermosa, halló que para reparo de su necesidad no habia más próximo remedio que hallar un novio rico; esto era lo más honesto que pensaba, dejándole á su hija el libre albedrío para buscársele ella, que entrándose á mayores fondos el pensamiento, quisiera que Rufinica, que este era su nombre, fuera una red barredera de las bolsas de la juventud que la festejaba. Templó mejor que lo imaginaba Trapaza, pues entre los penantes halló quien se pagó de la belleza de Rufina con caudal. Tenia la moza su poco de don, heredado de su difunta madre; y cuando no fuera así, ella era tan vana, que se le pusiera por lo poco que cuesta el hacerlo.

CAPÍTULO II.

Cásase Rufina: burla que la hizo un jóven que la galanteaba, y la muerte de su padre Trapaza.

Paseaba la calle un agente de los negocios de un perulero, hombre de más crédito que de caudal, acreditado por hombre de verdad en la casa de la contratacion y con alguna hacienda; era de edad de cincuenta años; este, habiendo sabido cuán poco dote tenia la dama y cuán pobre estaba su padre, la quiso desnuda; que cuando una aficion se apodera de un hombre mayor, es muy difícil de despedirla; tanto se aficionó Lorenzo de Sarabia, este era su nombre, de Rufina, que en ocho dias que trató de su consorcio se vió dueño y esposo de toda aquella hermosura. Era buena persona, muy amigo de la honra; y así, cargó con mujer y suegro, y llevósela á su casa con este contrapeso, que no era pequeño, sabiendo cuán grande tahur era Trapaza, que en Sevilla se llamaba Hernando de Quiñones. Los primeros dias de la boda todos son festivos. Dió Sarabia á su mujer galas, aunque honestas, que como él era de edad, no gustaba de excesos; cosa que sintió Rufina mucho, porque era muy amiga de andar bizarra, y quisiera traer todo cuanto veia en otras mujeres, y esto la hizo no tener mucho amor á su esposo, el que tenia sus puntas de indiano en lo guardoso, y cuidó más de este particular, por ver que su suegro era tan gran tahur y hombre perdido; y así, no fiaba el dinero que habia en casa, ni aun el gasto de ella, de su mujer, con que á Hernando Trapaza se le marchitaron todas sus esperanzas de pensar que con el casamiento de su hija tendria que jugar de lo que ella poseyese: ¡ tanto era lo que el juego le tenia hechizado ! Lo que á él asistia

y asimismo las ocupaciones de su yerno Sarabia en su ganancia dieron permision á Rufina para salir todas las mañanas fuera de casa, con achaques de ser esto á unas novenas que hacia para que Dios la diese un hijo: esta era la disculpa para con su marido, y lo cierto de sus salidas era á dejarse ver en la calle de Francos ó en la iglesia mayor. Entre muchos que acudian á estas dos partes frecuentadas de gente á verla era un hijo de vecino de Sevilla, de los más traviesos mozos de aquella ciudad, poco ménos desbaratado que Trapaza, aunque hijo de buenos padres, que muchos, olvidados de su buena sangre, dan en distraidos para aborrecimiento suyo; así era este, el cual se llamaba Roberto. Pues como galantease á nuestra Rufina, y el mozo era de buen talle, ella puso su aficion en él correspondiéndole, engañada de la primera informacion que le hizo, diciéndola que era muy rico. Era Rufina codiciosa y creyóle, porque deseaba tener dinero, ya que por la miseria de su esposo ó reclusion de bolsa careciese de él. La primera peticion que le hizo fué un vestido al modo de uno que habia visto á una vecina suya, y con esta dádiva le prometió no serle Rufina desagradecida, viendo en él ejecutada esta fineza. Concedióle la peticion Roberto, y fundó un perro muerto en el más extraño capricho que se puede imaginar; tenia conocimiento con la señora que tenia el vestido á quien habia de imitar el prometido á Rufina, y fuése Roberto á su casa y pidiósele prestado, como que era para una comedia que se hacia en un monasterio de monjas; no se lo pudo negar; y dentro de tres dias, que fingió tardarse en hacerle, se le ofreció á Rufina envuelto en una toalla de Nápoles, verde, con las cenefas de gasa y seda, de matices labrada; llevósele un criado una mañana al tiempo que su marido estaba fuera de casa á sus negocios ó agencias. Contentóle mucho á la dama la fineza del nuevo galan, hecha con tanta brevedad, y no quiso serle ingrata; de modo que ántes que saliese Roberto de su casa ya habia tenido el premio de sus deseos. Despidióse Roberto, dejando á Rufina pensando cómo daria á entender al marido que aquel vestido se le habia enviado un pariente suyo de Madrid, para que Sarabia no tuviese sospecha de ella. No partió con ménos cuidado Roberto en trazar cómo volver aquel vestido á su dueño; no le conocia Sarabia, y en esto fundó su enredo, que fué así. Dejó pasar tres ó cuatro dias, en que pudiese dar á entender que la fiesta se hacia, y vistiéndose en humilde traje como criado, y á la hora que acababan de comer llamó en casa de Sarabia, diciendo ser criado de la señora propietaria del vestido; mandóle subir Sarabia, y viéndose en su presencia, le dijo que su señora le enviaba por el vestido que habia enviado á la señora doña Rufina para verle. Volvió Sarabia á su esposa y díjola:

—Hermana, ¿qué vestido pide este hidalgo? Ella dijo, algo turbada, conociendo á Roberto:

—Señor galan, vuélvase por acá mañana y se le dará.

—¿A qué? replicó Roberto; mi señora me ha mandado que no me vaya sin él, porque esta tarde es madrina de un bautismo y es fuerza llevarle. Acudió Rufina diciendo:

—Pues ¿cómo sabré yo que es criado de su merced para hacerle entrega

del vestido? El bellacon que vió haberle rechazado la taimada con ánimo de que no se le llevase, la dijo:

—El vestido es de estos y estos colores, tiene esta guarnicion, dándole bastantes señas de todo, y se le dió envuelto en una toalla de Italia, verde y labrada la cenefa de ella con matices de seda en gasa leonada. Como oyó esto Sarabia, dijo á su esposa:

—Con tan bastantes señas no hay qué replicar; señora, dadle luego el vestido, que pues él le pide con tanto afecto, importará llevársele para la ocasion que dice; y si no os quereis levantar de ahí, dadme la llave del cofre que le guarda é iré por él. No tuvo réplica que hacer á esto Rufina; y así, reventando de enojos se levantó de la mesa y sacó el vestido del cofre que le encerraba, y diósele á Roberto, diciéndole:

—A la señora doña Leonor beso las manos, y me perdone no se le haber podido enviar ántes por no haber visto la amiga que deseaba hacer otro por él. Con esto se le entregó al galan disfrazado, echando por los ojos centellas de fuego: tanto era el enojo con que la dejó la cautela de Roberto. Salióse el fingido criado de su casa; Sarabia preguntó que para quién se habia pedido aquel vestido. Y ella le dijo que para una amiga suya que deseaba hacer otro por él; con que no tuvo de qué tener sospecha su esposo, quedando Rufina ofendida de la cautela con que se le habia sacado el vestido de su poder cuando se juzgaba señora de él; desde aquel dia trató de vengarse de esta ofensa de Roberto. Comunicó la venganza con una criada suya contándola el caso, y fué á tiempo que Trapaza pudo oirlo todo. Tomó muy por su cuenta la venganza, que aun tenia reliquias de lo travieso que habia sido; y así, como conociese al autor de la burla de asistir en los garitos donde él iba, hallándole un dia en uno le sacó al campo de Tablada, donde habiéndole referido la causa de traerle allí, sacaron los dos las espadas; pero fué muy en contra de Trapaza, porque aquel fué su último dia, pues de una estocada le dejó Roberto sin aliento ni poder hacer un acto de contricion; fin que tienen los que viven como este habia vivido. Púsose Roberto en cobro. Trapaza fué llevado á casa de su yerno, donde fué recibido de él agridulcemente; agria en haberle de poner en costa de enterrarlo, y dulce por quitarse aquel embarazo de su casa, que con la condicion de Trapaza era malo de sufrir, y hacia mucho Sarabia en tenerle consigo, siendo hombre tan desbaratado y perdido.

CAPÍTULO III.

Galantean á Rufina dos jóvenes; desafío que tuvieron, en el que murió el que la burló al principio; enviuda Rufina.

La señora Rufina lloró á su padre con entrambos ojos. Diráme algun crítico que cuándo se ha visto llorar con uno; á que respondo, que cuando es el senti-

miento tan de veras como este se llora á todo llorar, sin que el consuelo enjugue parte del llanto, y Rufina lloraba lo que faltaba á su esposo, que á fuer de yerno al uso, suspiraba adrede y sentia burlando. Quedaba Rufina casada, y eso en otra mujer de mejores inclinaciones le fuera de consuelo en esta pérdida; mas vivia con esposo de no gusto, y esto la doblaba el sentimiento; culpa de los padres que casan á sus hijos con edades desiguales. Sarabia vivia contento en verse marido de esposa moza y hermosa; mas Rufina era al contrario, porque su edad pedia otra igual á ella, aunque no fuera con tantas comodidades. Esta la hizo á esta dama profanar el recato, usar mal del matrimonio y tratar de divertirse, con advertimiento que sus empleos fuesen de gusto y provecho, y de esto último tanto, que lo que granjease fuese venganza del perro que la dió Roberto, de quien estaba tan picada, que diera cualquiera cosa por hallar quién le castigara su desprecio. Ofreciósele modo para ello con la ocasion de dejarse ver el tiempo que podia hurtar á su marido, que él ocupaba en sus agencias, y así su empleo se entabló de esta suerte.

En un festivo dia de los que Sevilla solemnizaba con mayores fiestas y más concurso de gente, que es entre las dos pascuas todos los viérnes, desde Resurreccion hasta Pentecostes, cerca de Triana, por donde pasa el claro Guadalquivir, célebre rio de la Andalucía y espejo de los muros de Sevilla, en uno de los muchos barcos enramados que para el pasaje tienen los barqueros, que aumentan su caudal á costa de holgones, iba Rufina, con expresa licencia de su marido, á esta fiesta, por llevarla una vecina suya, de quien Sarabia hacia la bastante confianza para fiársela, ignorando lo oculto de la persona á quien se la entregaba: cosa en que deben reparar los maridos, pues por no conocer bien las personas con quien tratan sus mujeres, resultan en estas amistades cosas en ofensa suya. Era la vecina mujer de su poco de barreno, amiga de ser vista y de conversacion. Fletaron un barco para ella, para Rufina y otras dos amigas; y la codicia del barquero quiso que le ocupasen más personas, sobornado de un hidalgo que asistia con otros tres camaradas á la orilla del rio aguardando ocasiones como estas, de quien son en Sevilla lindos ventores; descubrióse el rostro Rufina al tiempo de entrar en el barco. Vióla este galan, que nombrarémos con el nombre de Feliciano, y parecióle bien la moza, con lo cual persuadió fácilmente á sus amigos que se embarcasen con ellas, y granjeó para esto la voluntad del barquero con dineros, que todo lo allanan. Entraron todos en el barco, y Feliciano acomodóse en un asiento de él, cerca de Rufina, para comenzar á entablar su pretension. Era Feliciano hijo de un hidalgo rico, que habiendo tenido contratacion en las Indias y sucediéndole bien, habia aumentado mucha hacienda; no tenia más que á este hijo, el cual en sus distraimientos iba disponiendo de la hacienda de su padre; de modo que se esperaba, á proseguir con sus gastos, que la disminuiria al paso que se habia aumentado, porque él jugaba, galanteaba y tenia camaradas de estos que continúan las casas de gula, ó de figones, y era tan pródigo, que él solo hacia el gasto á cuantos se hallaban con él en estos parajes; demás desto era un poco dado á la valentía, cosa en que pecan todos los más hijos de Sevilla, que se crian libres como este que de-

cimos. Puesto cerca de la señora Rufina, y sus camaradas acomodados con las amigas, partió el barco de la orilla, dando bordos por el rio, sin tomar en más de media hora tierra, que esto hizo el barquero por lo bien pagado que estaba; en este tiempo no perdió ocasion Feliciano, pues supo significar á la señora Rufina tan bien su amor, que ella, creyéndose de sus palabras, en hábito de ternezas, comenzó muy humana á admitirle en su gracia. Era hombre entendido Feliciano y de grandes donaires, y en ocasiones como estas desliaba el fardo de esta mercadería siempre, con que pocas veces dejaba de hacer risa entre damas, satisfechas de su buen decir; así lo estaba la oyente, quedando de la plática muy pagada del galan. Díjole su estado, nombre y casa, sin descubrirle cosa, y fué correspondida de Feliciano en esto, pues no le encubrió tampoco nada de su persona, dándole cuenta de quién era, de la hacienda que tenia y de lo mucho que la deseaba servir. Toda aquella tarde se gastó en entablar esta amistad muy á satisfaccion del galan y con mucho gusto de Rufina, llevando la mira á dos cosas: la una, á que Feliciano la vengaria de Roberto, y la otra, á quitarle cuanto pudiese. Logró los dos intentos como deseaba y como dirémos más adelante. Desde aquel dia Feliciano comenzó á frecuentar la calle de Rufina con mucha asistencia: esto en los tiempos que Sarabia estaba en la casa de la contratacion ó en sus agencias. No quiso la dama que hallase en ella la facilidad que pensaba con el escarmiento de Roberto; y así, primero que tuviese entrada en su casa, llovieron regalos en ella, así de cosas de comer como de galas y joyas; de manera que pagó por sí y por Roberto; con esto pudo Feliciano llegar á los brazos de Rufina. Suele comunmente desenamorar lo gozado, y aquí fué al revés, porque Feliciano se vió tan enamorado de Rufina como si no la hubiera tocado una mano. En este tiempo sucedió estar Roberto de ganancia en el juego de más de seiscientos escudos, y prevaricando de la condicion de los tahures, que no tratan de su aliño, sino de tener qué jugar, este mancebo se vistió lustrosamente y andaba muy lucido. Pues viendo la frecuencia con que Feliciano asistia en la calle de Rufina, se picó desto, y trató de volver á enamorarla y deshacer la queja que de él tenia; con esto dió en pasear la calle y poner en nuevo cuidado á Feliciano por quién serian aquellos paseos. Sentia Rufina ver á Roberto volver á enamorarla; y cada vez que le veia se irritaba de la burla que le habia hecho, provocándola á vengarla, y para esto le pareció que nadie lo haria en su nombre mejor que Feliciano, su galan; que en esto emplean las mujeres á los que las galantean, resultando de aquí desgraciadas muertes, de que tenemos mil ejemplos cada dia. No quiso Rufina decir á su Feliciano lo que le habia pasado con Roberto, sino para más obligarle llevólo por otro camino, y fué decirle que la galanteaba y ofrecia dádivas, mas que todo lo habia despreciado por él; con esto fué echar leña al fuego de Feliciano y hacerle abrasar en celos, confirmando por verdad lo que Rufina le decia con verle tan asistente en su calle, que le estorbaba el poder gozar de muchas ocasiones, que Rufina le evitaba para que se irritase más contra Roberto. Llegó la cosa á términos que Feliciano, perdido de celos, siendo de los alentados mozos de Sevilla, halló una noche en la calle de su dama á Roberto; esto fué al tiempo que Rufina

estaba acostada á aquella hora, aunque su marido pasando algunas cuentas de sus agencias; pues como Feliciano viese á Roberto, llamóle por su nombre, vióse con él, y para no dar nota en la calle le llevó á una callejuela sin salida que salia á ella, adonde caia el aposento en que Sarabia tenia sus papeles y él estaba ocupado. Habiéndose pues entrado los dos competidores allí, quien primero habló fué Feliciano, que le dijo estas razones:

—Señor Roberto, de unos dias á esta parte he notado en vos que continuais el pasear esta calle con demasiada frecuencia, y estaba con dudas de quién sería la causa que os traia en esta inquietud, porque hay en ella damas de muy buen porte por quien pudiérades tenerla; pero mi cuidado ha descubierto que os le pone la señora doña Rufina; esto tengo averiguado, así por vista como por informacion de sus criadas, á quien vos hablais, buscándolas para terceras de esta solicitud. Yo há muchos dias que curso estos pasos, habiendo merecido por mis finezas llegar á su gracia y todo lo que con ella se alcanza; pocas veces hago alarde de estas cosas; mas por atajaros el empeño á que os poneis, es fuerza publicar lo que sé que tendréis secreto como hombre bien nacido. Esta solicitud de mi amor os es ya notoria y cuanto me ha pasado, y así estimaré que desistais de la vuestra, con que excusarémos pesares que no pueden dejar de tenerse, á proseguir con vuestra pretension. Atento escuchó Roberto la propuesta de su competidor Feliciano, y con la misma atencion, y aun más, la habia oido el esposo de Rufina, puesto á la ventana de su aposento, con harto dolor de su corazon, oyendo cosas que le tocaban tanto en su honra; y aunque era oir más en su afrenta, quiso atender á la respuesta de Roberto, que fué esta:

—Señor Feliciano, no me admiro que vuestro cuidado haya descubierto en mí el que tengo de galantear á la señora Rufina, pues os toca lo que me habeis significado, ni tampoco que os admireis como amante que yo haya emprendido esta pretension, de que no sabeis los fundamentos que tiene; yo tampoco quisiera hacer alarde de mis dichas, mas es fuerza que las oigais para que no culpeis mis pasos. Yo soy muy antiguo favorecido de esta dama, y he llegado á lo que vos; por cierto accidente he estado fuera de su gracia hasta ahora, que pretendo volver á ella; y si me admite, como lo espero, habréis de prestar paciencia, que no solo no desistiré de esta pretension, pero haré todo mi poder para que no se os acuerde de la que teneis en proseguir en vuestro martelo.

De esto resultó sacar las espadas los dos, porfiando Feliciano que habia de ser el que quedase con la prenda, y Roberto que no; con que la espada del que poseia al presente fué más dichosa en quitar la vida á Roberto de una cruel punta por la tetilla izquierda, con que no pudo aun decir Jesus. Desdichado fin de los que andan en estos pasos, solicitando mujeres ajenas, pues no llegan á parar en ménos que este desdichado. El rumor de las espadas fué poco, porque la de Feliciano atajó con la brevedad del efecto que se hiciese pública la pendencia; y así no lo sintió nadie en el barrio, si no fué Sarabia, que era tan á su costa como se ve. Para que no se hallase allí el cuerpo de Roberto, anduvo advertido Feliciano en cargar con él y llevársele en hombros hasta una portería de un monasterio, donde le dejó, y él se retiró á otro hasta ver en qué paraba aquello.

Sarabia, confuso con lo visto y irritado contra su adúltera esposa, fulminaba en su aposento venganzas de su honor, admirado de cuán poca lealtad le habia guardado Rufina, la cual, descuidada de lo que entónces pasaba, dormia á sueño suelto. Lo primero que Sarabia pensó en su venganza fué subir á la cama donde dormia su aleve esposa y matarla á puñaladas, mas consideró haber visto llevar aquel difunto de allí á su homicida, y que si le quitaba la vida, se le habia de imputar á él el delito de haber sido sin causa, y para esto tendria dos testigos contra sí en sus dos criadas; resolvíase á darla veneno con secreto, que fuese obrando algun tiempo, y parecíale que no cumplia con su justo enojo en dilatar lo que pedia breve ejecucion; por otra parte, determinaba irse de Sevilla y dejarla, y esto no estaba fijo, porque dejaba muchas cosas pendientes al juicio de las gentes, que podrian decir lo que quisiesen en oprobio de un hombre de su edad; con esto volvió al primer intento, que fué acabar con la vida de Rufina, y ántes de ejecutar este rigor, que no lo era, sino justo castigo de su pecado, le pareció dejar escrito en un papel la causa de haber hecho aquel homicidio, para disculpa suya. Con esto tomando recado de escribir, comenzaba á dar cuenta en un pliego de su agravio y venganza, y pareciéndole que no le daba las razones ponderativas que su agravio pedia, le rompia y comenzaba á escribir otro; de esta suerte rompió tres, con harta afliccion de su espíritu, porque como Sarabia era de edad, cualquiera accidente de pena era mucho para afligirle, cuanto más un agravio tan conocido contra su honor, que á otro de más ánimo hiciera dudar mucho en sus resoluciones. Al fin, despues de haber roto los tres papeles, comenzó á escribir el cuarto más á satisfaccion suya, si bien paró en él, porque habiendo de nombrar á los ofensores de su honra, no sabía el nombre de ninguno, por no los haber conocido. Bien sabía Sarabia que lo que le tocaba era buscar á los adúlteros y quitarles primero la vida, y luego á su mujer; mas no los conociendo, bastante venganza era quitarla á ella la vida; en estas perplejidades pasó gran parte de la noche, escribiendo, borrando y rompiendo papeles, con grandísima afliccion suya. Resuelto pues de acabar de una vez, habiendo pensado ántes lo que habia de escribir sin borrar ni romper, margenó otro pliego, y habiendo escrito lo más de la sustancia de su ofensa, le sobrevino tal accidente de pena escribiéndolo, que fué bastante para ahogarle los espíritus vitales y acabar con su vida, cayendo en el suelo el cuerpo falto del alma, que habiendo fulminado venganza, llevaba el pasaje nó muy á parte segura.

Todo esto pasaba en su casa, y Rufina estaba, descuidada de todo, durmiendo; despertó, y hallando vacío el lugar que habia de ocupar su esposo, le comenzó á llamar; y como no le respondiese, tomó un manteo, y bajó á su escritorio, donde á la luz que habia en él vió á Sarabia tendido en tierra, falto de vida; alborotóse Rufina, y comenzó á llamar á sus criadas; levantáronse, y fuéron testigos de aquel espectáculo, de que no poco quedaron admiradas de tan extraño accidente; solemnizaron con llanto sordo, por no alborotar la vecindad, la malograda muerte de su dueño, y Rufina de su esposo; y queriendo subir el cuerpo al cuarto principal donde asistia, reparó en el papel que tenia medio escrito, y en él leyó estas razones.

«Para que la justificacion mia sea notoria á los que leyeren este, habiendo visto mi rigor, digo, que ha sido procedido del poco recato de mi aleve mujer, pues profanando el santo Sacramento del matrimonio, lazo con que á los dos nos unió la Iglesia, sin atendencia al demasiado amor que la tenia, admitió dos empleos á un tiempo; siendo esto causa de que, por preferirse el uno al otro, el más desgraciado muriese; siendo yo testigo de vista de esta desdicha, y el oyente de mi deshonra, haciéndome el cielo su ministro para castigar este.....»

Hasta aquí llegó con la pluma, donde se le afligió el corazon de manera que ahogándole los espíritus vitales espiró.

Admirada quedó Rufina de lo que veia y leia; de modo que por media hora no fué señora de sus acciones, considerando que pocos son los secretos ocultos, pues permite el cielo que se revelen, ó para enmienda nuestra, ó para castigo. En ella puso gran temor y afliccion la muerte del buen Sarabia; temor de ver cuán arrebatada habia sido, pues cumplió en morirse con el sentimiento que de su agravio tuvo; afliccion de verse con su esposo muerto, sin saber qué traza dar para disimular su muerte; lo que estaba de su parte era el haberle mostrado siempre amor. Siendo causa esto de acelerar su muerte, pues no pensara tal de la voluntad que le mostraba; y así, viendo lo contrario Sarabia y desengañándose, acabó en breve con su vida; el haberle mostrado aficion y vivir en tanta conformidad la alentó á seguir el consejo de una de las dos criadas que tenia, que era de quien fió sus travesuras, que la dijo que pusiese á su esposo en su misma cama, y que al amanecer hiciese el mayor sentimiento que pudiese, viéndole muerto á su lado; que ella y la otra compañera la ayudarian al disimulo, publicando haberle muerto el haber cenado tarde y mucho aquella noche; así se hizo. Llegado pues el dia, Rufina comenzó á dar tantos gritos, que alborotó la vecindad; ayudaban al duelo las dos criadas, con que los vecinos más cercanos pasaron á su casa, hallando á Rufina tendida en el duro suelo, medio vestida y fingiendo un desmayo. Ya ella habia quemado el papel de su esposo, porque no fuese hallado para su daño. Procuraron algunas amigas hacer que volviese en su acuerdo con remedios, que fuéron en balde, y vuelta tornó á su llanto y siendo un lienzo el encubridor de las pocas ó ningunas lágrimas que vertia. Contaron la causa á que atribuyeron la muerte de Sarabia sus criadas, diciendo haberle advertido no cenase tanto, que en un hombre de su madura edad era grande exceso, con que los que lo preguntaron se satisficieron. Acudió la justicia, que nunca falta en estas ocasiones; y con el abono de la vecindad, en lo bien que se hubieron estos dos casados, se les quitó toda la sospecha que podian concebir de esta repentina muerte. Enterróse el buen Sarabia, y con la turbacion con que Rufina estaba no cuidó de lo que otras viudas, que era ocultar bienes; y así, un sobrino del difunto, acabado de enterrar á su tio, cargó con todo cuanto habia en casa, y fué menester pleito para sacarle de su poder en lo que Rufina habia sido dotada.

Volvamos adonde dejamos el cuerpo de Roberto, que siendo á la mañana hallado de los religiosos, no le conociendo, quisieron enterrarle; mas un ciudadano les advirtió que primero le hiciesen poner en parte pública para que fuese

conocido; que si era hombre que tuviese padres ó deudos en aquella ciudad, era bien que supiesen su desgracia, y ellos no perderian nada, pues si tenía hacienda participarian del bien que harian por su alma y del gasto de su entierro; parecióle bien al prelado; y así, se llamó á la justicia, dándole cuenta de cómo aquel jóven habia sido hallado en su portería muerto; púsose el cuerpo en una placeta fuera del convento con dos cirios ardiendo, donde á poco rato que allí estuvo hubo quien le conociese y diese razon de quiénes eran sus padres, llevándoles la lastimosa nueva, que en su vejez fué bien sentida su muerte, habiéndole su anciano padre pronosticado lo que le sucedió, porque sus travesuras no podian parar en ménos. Hízose luego su entierro en aquel convento, y la justicia trató de averiguar su muerte; mas como Sevilla es tan gran poblacion, quedóse para siempre por saber quién fué el homicida; solo Rufina lo supo, viendo ausente á su galan y ser el muerto Roberto, de cuya muerte se alegró no poco, porque le tenia mortal odio por lo que con ella habia hecho; fué dicha no haber reparado en la sangre que el difunto dejó en la callejuela sin salida, que á ser vista de la justicia, no lo librara bien la señora Rufina, con los indicios de ver allí los vecinos cada instante los dos pretendientes.

CAPÍTULO IV.

Queda Rufina viuda y pobre; se reune con un antiguo amigo de su padre llamado Garay; entre los dos tratan de robar á un indiano llamado Marquina, y medios de que se valen para conseguirlo.

Ya tenemos á Rufina viuda, y lo peor de todo pobre; pues viéndose así, con su condicion traviesa, era fuerza valerse de su buena cara para sustentarse. Esto se entiende en las poco consideradas, que en las prudentes buscan modos honestos para pasar la vida; y como esto lo hacen con el fin de no ofender á Dios, así les abre camino para que se remedien.

Acabadas las honras funerales de Sarabia y apoderado su sobrino de la hacienda, se le entregó á Rufina la que le tocaba de arras en que fué dotada cuando se casó. Con esto le fué fuerza mudar de habitacion en diferentes barrios y en casa más barata, pues su caudal no era para pagar la que tenia, que Sarabia se portaba muy lucidamente.

No logró tampoco el sobrino la herencia, como se pensó, que como su tio tenia tantas correspondencias con sus agencias, acudieron los acreedores á hacer cuentas con él; y despues de hechas, fué muy poco lo que le quedó; de manera que su codicia se hubo de acomodar á lo que le vino.

Rufina, moza, briosa y lozana, en nuevos barrios, no trató de dejarse ver de la juventud tan presto como otras, que en enterrando á sus maridos, luego salen á desenfadarse y á ser vistas, para con esto tratar de otro matrimonio. Habia llegado en la flota del Perú un hidalgo de la Montaña, que comenzando

por criado de un mercader de Sevilla, aumentó su caudal á costa de su amo; y el poco trato que tuvo en Indias le acrecentó de manera que vino á ser mayor cada dia, y en pocos años se halló poderosísimo; este habia pasado al Perú con un buen empleo; y allá, doblando su caudal, volvió á Sevilla en la flota de aquel año con otro de mayor cantidad, donde en Sevilla se deshizo de él, vendiendo sus mercaderías como quiso; de suerte que ganó al doble con mucha felicidad. Era Marquina, que así se llamaba el perulero, hombre de cincuenta años, ya cano, el hombre más miserable que crió naturaleza, porque aun el sustento de su cuerpo se le daba con tanta limitacion, que ayunaba por ahorrar; su familia era corta, porque no tenia en su casa sino lo forzoso para su servicio, un agente, un muchacho, un esclavo negro que tenia cuenta con un macho, y un ama que le guisaba lo poco que comia; y á toda esta familia traia tan muerta de hambre, que se juzgaba á milagro en Sevilla que hallase quien le sirviese; de las miserias del perulero Marquina se hablaba mucho en Sevilla, contándose graciosos cuentos, que á otro que no á él afrentaran; mas al tal perulero se le daba muy poco, tratando de ahorrar, con que tenia mucha cantidad de dinero.

Oyó Rufina las cosas de este hombre, y parecióle ser bueno hacerle una estafa que le escociese, y ella saliese con ella muy medrada. Habia Marquina tomado por una deuda á un correspondiente suyo, que habia quebrado, una heredad fuera de la ciudad, la cual él no poseyera para su recreo, por no atender á más que á vincular hacienda, si no fuera por acomodar su deuda, y así hubo esta posesion en muy poco dinero. Estaba cerca del monasterio de San Bernardo, en un campo muy ameno que allí hay; en esta heredad vivia por ahorrar de casa; teníala bien guardada de ladrones, con fuertes puertas, gruesas paredes y muchas rejas en las ventanas; dentro se proveyó de lindas escopetas, que tenia siempre cargadas, y asimismo de chuzos y partesanas, que tenia junto á la puerta. Hubo de recibir, para beneficiar la huerta y sacar provecho de ella, un hortelano casado, que salia á vender la hortaliza y fruta que la huerta producia: ¡tanta era la codicia de Marquina! Su tesoro le tenia detrás de donde dormia, muy guardado en fuertes arcas de hierro, y en el aposento algunas escopetas cargadas para defenderlo; todas las noches continuamente reconocia la casa, viniéndose á ella á recoger ántes que llegase la noche, y con este cuidado vivia el pobre azacan de su hacienda, sin tener hijos á quien la dejar, porque nunca se habia casado, ni tenia ánimo para ello, aunque le salian muchos casamientos con cantidad de hacienda.

Pues como Rufina se dispusiese á burlar á este avariento, el modo con que trazó esta burla fué valiéndose de un personaje muy á su propósito; era el tal un antiguo amigo de su padre Trapaza, hombre que habia en Madrid hecho algunos delitos cuando mozo, y ahora hacia poco que se habia retirado á Cádiz, y de allí á Sevilla; este andaba encubierto en aquella ciudad, valiéndose de un dinerillo que en buena guerra habia ganado, y tratábase con Trapaza; era único en esto del arte de rapiña, aunque temeroso de que le acumulasen, si cayese en manos de la justicia, hazañas pasadas, que habia hecho bastante cantidad, andaba recatado; conocióse con Trapaza de pocos dias que habia estado en gale-

ras, saliendo él de esta penitencia bogavante cuando Trapaza entró, y alcanzóle allí pocos dias, con que se comenzó la amistad, y se continuó en Sevilla.

Este, que Garay se llamaba, fué el que eligió Rufina para apoyo de su burla ó estafa; era hombre anciano, y habiéndole ensayado en lo que debia hacer, un dia en que Marquina estaba en la lonja en sus negocios, por parte de tarde, poco ántes que viniese á recogerse, que era casi á puestas del sol, pasaron por la quinta, Rufina en un sardesco, y Garay en un rocin; iba la tal hembra sin los hábitos de viuda, muy bizarra, con un vestido de camino y su capotillo, y sombrero con plumas, en su jumento con jamugas; pues así como llegaron á la quinta fué á tiempo que el hortelano abria la puerta de ella; llegóse á él Garay, y díjole:

—Buen señor, á mí me importa que esta dama no entre esta noche en Sevilla, y desearé que se quede en esta quinta por esta noche, si gustais de ello; y adviértoos que de lo hacer se seguirá mucho bien, pues excusaréis un gran daño que podria suceder si no se queda aquí, y será quizá costarle no ménos que la vida.

Dudó el hortelano el hacerle aquel gusto, temiendo el rigor de la condicion de su amo, que sabía de ella no gustar que á nadie le diese entrada en la quinta, y así se lo dijo; mas Garay, sacando unos reales de á ocho de la faltriquera, le dijo:

—Esto os ofrezco por paga, y mucho más, si más quereis.

Ofrecia esto en ocasion que la mujer del hortelano salia á ver con quién estaba su marido hablando, y oyó la plática, y aun vió la oferta, codiciándose á la alegre moneda que le daban, con lo cual animó á su marido á que recibiese en su casa aquella mujer, diciéndole que pues su señor tenia su cuarto tan apartado de su habitacion, podia bien admitirla, que no habian de ser tan desgraciados que aquella noche reconociese la casa y su aposento; tanto le supo persuadir la hortelana á su marido, que alcanzó con él que la huéspeda se recibiese en su casa secretamente; y así se hizo, dándoles Garay seis reales de á ocho, por principio de paga, ofreciéndoles mucho más. Con esto se apeó Rufina en sus brazos, y la entraron en la quinta, despidiéndose allí de Garay y llevando él ya el órden que dirémos, que guardó en su lugar. Quitóse en la casa del hortelano el rebozo que traia, y dejóles á marido y mujer muy pagados de ver su buena cara, aunque Rufina mostraba una gran tristeza en ella, como que le hubiese acontecido un gran fracaso, que es lo que ella traia ya pensado de referir, si surtia efecto su pretension con el avaro Marquina. Apénas el sol fué puesto, cuando él llegó á su quinta en su macho, y delante el negro; llamó, y fuéle abierta la puerta, y luego él mismo, como acostumbraba, la cerró con llave, y esta se la guardó. Venía algo cansado, con que por aquella noche no hizo más que tomar una poca de fruta de su huerta, que aun en conserva no la tenia, y con un poco de pan y una vez de agua irse á acostar, reconociendo primero su cuarto, sin bajar al del hortelano, que tambien le reconocia; cenó la familia bien moderadamente, por ser aquel dia viérnes, que los hacia ayunar sin devocion, y así pasaron hasta la mañana, que á su hora cierta madrugaba; y dando

al esclavo recaudo para su despensa, miéntras él estaba en la lonja, volvia con lo que habia de comer á la quinta, y se aderezaba para cuando Marquina volviese. Rufina se halló algo dudosa de conseguir su intento, por parecerla que se disponia mal para él; mas esperando mejor ocasion, dió á entender á los hortelanos que sentia la tardanza de su tio, que así llamaba á Garay, y con esto se mostraba muy melancólica, procurando divertirla de esto la hortelana, que muy despejada era.

Vino á medio dia Marquina á comer á la quinta, y miéntras se le acababa de aderezar la comida, quiso ver la noria de la huerta y reconocer en ella cómo estaba, por si tenia necesidad de algun aderezo, y halló faltarle alguna madera para que anduviese mejor en el riego de las legumbres; con esto quiso tambien ver en la casa del hortelano si habia alguna leña de la que se traia para estos aderezos que pudiese aprovechar para ellos; y así entró por su morada en ocasion que la hortelana le vió venir, la cual algo turbada hizo que Rufina se escondiese en un aposentillo que detrás de aquel donde dormia estaba; esto no se pudo hacer con tanta presteza que Marquina llegando allí no oyese rugir seda y aun viese la sombra de Rufina, y algo alterado se entró por el cuarto del hortelano, que era en lo bajo de la casa de la quinta, y no paró hasta llegar al aposento que encerraba Rufina, donde la halló; ofendido por entónces de que sin su licencia se hubiese dado entrada en su quinta á gente de fuera de casa, sacó por la mano á Rufina á lo claro, y viéndola de tan buena cara, quedó admirado de verla; y en vez de esperar la hortelana reprensiones de su señor por haberla traido allí, solo lo que le oyó fué preguntarla que qué dama era aquella. A esto le dijo la hortelana que el dia ántes habia llegado allí con un hombre anciano, viniendo los dos muy congojados, y que les rogaron muy encarecidamente que á aquella dama le diese albergue aquella noche, por excusar una desdicha que esperaban si pasaban adelante, y que esta habia sido la causa de usar contra sus órdenes aquella piedad. Miéntras la hortelana le decia á Marquina esto, él estaba muy atento al semblante de la forastera dama, la cual le tenia muy triste, con que acrecentaba más su hermosura; de modo que tuvo allí tanto poder, que con ella pudo traspasar los inviolables preceptos de Marquina y aun hacer baterías en su avaro pecho; y así, ajeno de su condicion, con afable rostro, llevado más de la terneza que de la severidad, dijo á la hortelana:

—Habeis andado muy bien en haber admitido á esta señora, no obstante mis órdenes, porque con tales sugetos no se han de observar, y más en casos donde la piedad obliga á dar favor á los que necesitan de él; esta señora merece más agasajo que el que ha recibido en tan mal hospedaje como el de mis hortelanos, y si es servida, se le ofrezco en mi casa, como se debe á quien es. Agradecióle Rufina el ofrecimiento, y suplicóle que no tratase de mudarla de aposento, porque aquella tarde esperaba á su tio que habia de volver por ella; que para tan poco tiempo no era razon dar enfado á quien deseaba servir; sintió Marquina, ya medio amartelado, que la parada de Rufina en su quinta fuese por tan breve tiempo, que quisiera fuera por mucho; y con todo la dijo que

aunque allí no estuviese más de una hora, era bien que recibiese el servicio que le ofrecia con tanta voluntad. Deseaba Rufina llegar á esto, y así le dijo que por no parecer grosera ni ingrata á su hidalga oferta, aceptaba la merced que le hacia; con que subió arriba, llevándola del brazo la hortelana, contentísima de ver tal mudanza en la condicion de su amo, que era aquello muy fuera de su apretada condicion. En lo alto de la casa vió Rufina muy buenas colgaduras de verano, frescas sillas de vaqueta de Moscovia, curiosos bufetes y escritorios de ébano y marfil, que aunque miserable, no lo era para el adorno de sus piezas Marquina, el cual mandó luego á su esclavo, dándole dinero, que le comprase para una espléndida comida; él lo hizo diligentemente por saber que habia de disfrutar de aquella largueza poco usada en su señor. Comió Rufina en compañía de Marquina, regalándola él con mucho cuidado, partiéndole los mejores bocados con mucho gusto, y no ménos amor, que ya estaba rematado por ella. Despues de la comida la entró en una cuadra adornada de curiosas pinturas, adonde estaba una cama con un pabellon de la India, y en ella la suplicó que reposase la siesta y despidiese cuidados, que estando en su casa, donde la deseaba tanto servir, todo se habia de hacer bien, teniendo en ella mucha seguridad de no ser ofendida, caso que se temiese de aquel daño. De nuevo agradeció Rufina estas finezas, y obedeciéndole, se quedó sola en el aposento, que era ántes el en que Marquina dormia; él se bajó á unos entresuelos, adonde pasó la siesta con no poca inquietud y cuidado, penado por la huéspeda que tenia en su casa, no sabiendo cómo la obligaria para que le favoreciese, pareciéndole que si en este estado se viese, sería el más feliz del mundo. Primero de entablar su amorosa pretension determinó saber de ella su pena y la causa de haber venido á su quinta, para ver si habia impedimento que estorbase el no la servir; para saber esto aguardó á que dispertase; ya lo estaba Rufina, pensando en todo el tiempo que estuvo echada en la cama lo que le habia de decir cuando la preguntase su venida allí. Pues como viese el avaro Marquina ser hora de recordar á su huéspeda, entró en su aposento diciéndola que hacía la tarde pesada para dormir, y que le perdonase el avisárselo, que lo hacia con celo de que no le hiciese daño alguno. Agradecióle el buen deseo que del aumento de su salud mostraba tener, y aseguróle que desde que se habia echado en la cama no habia dormido más que entónces, porque sus cuidados no la daban lugar para quietudes y alivios. Suplicóla Marquina con mucha ternura que se sirviese darle parte de su pena, si la causa lo pedia; que la ofrecia, si él era parte para remediarla, servirla en cuanto se la ofreciese. Agradeció de nuevo Rufina su hidalga oferta; y porque ya vió ser tiempo para comenzar á urdir su tela, habiendo tomado asiento cerca del enamorado avariento, le dijo así:

—Granada, ilustrísima ciudad de nuestra España, es mi patria; mis padres, cuyos nombres callo por no ser á propósito decirlos, son de los dos más antiguos y nobles solares que hay en las montañas de Búrgos; de su matrimonio no tuvieron más hijos que á un hermano mio y á mí; mi hermano dió la parte que á la juventud le tocaba, ya enamorando mujeres, y ya tratando con amigos

de su misma edad, que con el ocio y regalo solo tratan de hacer travesuras, con que algunos excesos que hizo en este particular le tenian ausente de Granada, temeroso de la justicia, que le seguia los pasos para castigarle algunas travesuras; yo trataba solo del regalo de mis ancianos padres y de acudir á mi labor, bien ajena de otros entretenimientos que veia tener á mis amigas, ántes aborreciendo sumamente los que significaban que tenian, porque no sabía qué cosa era amor ni aun ponerme á una ventana para ser vista, y así hacia donaire de cuanto me decian en órden á sus empleos amorosos; parece que tomó el amor por su cuenta la venganza de estas amigas de quien hacia burla, y así la ejecutó bien á mi costa; porque estando un dia mis padres fuera de casa, en la de un deudo suyo que se le habia muerto su esposa, sentí en la calle rumor de espadas, como que habia alguna trabada cuestion en ella, y púseme á ver lo que era á la ventana, que nunca tal pensamiento me viniera, pues de ponerlo en ejecucion vengo á llorar ahora tantas desdichas; ví por mi mal acuchillar tres hombres á uno solo, el cual se defendia con tanto esfuerzo y valor, que por un rato estuvo á pié firme defendiéndose con mucho aliento y ofendiendo á sus contrarios, de modo que tenia heridos á los dos en la cabeza, y él tambien lo estaba; con verse maltratados los tres, procuraron concluir con la vida del que solo se les oponia, y así, con la rabia de verse heridos, le comenzaron á apretar de manera, que le fué fuerza irse retirando hasta la puerta de mi casa, adonde le dieron dos heridas en el pecho, de que cayó dentro en el zaguan de ella casi sin aliento. Movióme á compasion ver tratar tan ásperamente y con tanta ventaja á aquel bien dispuesto jóven, y bajé de lo alto al zaguan, llamando á mis criadas para hacer lo que pudiésemos por favorecerle, que la calle estaba en un barrio solo de gente; y así, la que acudió fué poca y sin armas para ponerlos en paz; cerramos las puertas de casa y recogimos dentro al herido, haciendo luego llamar á un cirujano que tratase de su cura. Vino al punto, y haciéndole que se acostase, le dí por cama la que mi hermano tenia en unos aposentos bajos. Agradecido el jóven al agasajo que halló en mí, que comenzó por piedad y acabó en amor, vióle el cirujano las heridas, y por entónces no supo qué juzgar de ellas, aunque por mayor me dijo eran peligrosas: cosas que comenzaron á darme cuidado, porque de haberle visto con el valor que procedia en la pendencia, le estaba inclinada; él se me mostró muy agradecido á mi piadoso agasajo, manifestándolo con las razones que el poco aliento con que estaba le concedia. Vinieron mis padres de cumplir con su obligacion, y ántes de entrar en casa supieron de un vecino suyo, hombre de prendas y anciano, lo que pasaba y cómo yo habia atajado la pendencia con haber dado entrada al herido en su casa, movida del celo de que no le matasen; holgáronse de que hubiese usado de aquella piedad en tiempo de tanta necesidad con aquel hidalgo, que era á la condicion de ellos muy conforme, é inclinados á estas cosas. Vieron al herido, y teniendo compasion de su desgracia, le animaron á que se esforzase, y ofrecieron servirle en su casa, y á mí me agradecieron el haber sido causa para que no le matasen entrándole en ella, con que yo me animé á usar más piedades con el herido, que hoy me cuestan caro. A la segunda cura dijo el cirujano

no ser mortales las heridas, con que nos dejó á todos contentos, y á mí mucho más, que cada dia crecia mi aficion. Todas las veces que yo estaba desocupada, á hurto de mis padres, acudia á verle, y él mostraba de esto particular gusto. Era este hidalgo natural de Pamplona, y de lo mejor de aquella ciudad; asistia en Granada á un pleito que tenia con un poderoso contrario, y viendo este su poca justicia y el rigor con que los jueces le habian de condenar, quiso con otro mayor echar por el atajo y librarse de su contrario, haciéndole matar á los tres, que criados suyos eran, por tener el pleito más llano. Bien pasó un mes primero que Leonardo, que así se llamaba el herido, se levantase de la cama, siendo en todo este tiempo servido y regalado en casa con mucho cuidado. El segundo dia que se levantó tuvo lugar de verse conmigo, por tener mi madre una visita á que yo no asistí, deseando hallar lugar para verme á solas con mi huésped. Él me significó su amor, y yo le correspondí con no desestimarle sus deseos, con que desde aquel dia quedó entre los dos asentado un firme amor. Poco habia que mis padres me trataban un casamiento con un hidalgo de Granada, que habia mostrado gusto de este empleo; y cuando yo habia tomado el del mio se prosiguió en esto con más fervor. Supo Leonardo lo que pasaba y sintiólo notablemente; pero no pudo disponer de su persona hasta ver fenecido su pleito, tratando esto con mis padres; su sentencia la esperaba cada dia, y así luego que saliese tenia pensamiento de pedirme por su mujer. Con esto iba yo entreteniendo á mi padre para que no se apresurase en casarme con el de Granada. Acabó de convalecer Leonardo, y quedando muy agradecido al agasajo que se le habia hecho, que reconoció y pagó con muchos presentes, así de cosas de comer como de cosas de valor, se fué á su posada, tratando luego de que se feneciese con su pleito; pero en tanto yo le tenia muy malo, pues sin darme parte mi padre de lo que hacia en mi casamiento, lo efectuó é hizo las capitulaciones de él. Dióme luego cuenta de lo que habia hecho, que me atravesó el alma con aquellas nuevas tan penosas para mí. Vino el novio á verme, y halló en mí poco agasajo y ménos gusto, con que salió bien disgustado cuando esperaba salir de mi presencia muy gustoso. Finalmente, como no era necio, echó de ver que el no estar yo gustosa nacia de mayor causa que del recato de doncella; y como habia sabido el hospedaje del herido, presumióse que él habia causado este disgusto, habiéndosele anticipado en ganarme la voluntad; y con el celoso furor que le procedió de esta sospecha, que era tan verdadera, procuró averiguarlo más de raíz, por no hacer cosa de que despues se arrepintiese; que si esto hiciesen muchos, no saldrian los casamientos tan torcidos, prevenidos ántes de otros empeños; yo me ví en este confusa; dí parte de esto á Leonardo, y él lo sintió mucho. Vióme aquella noche, que en otras acudia á verse conmigo, y en ella concerté salirme la siguiente de casa de mis padres, llevándome él á la de unas deudas suyas, para sacarme por el vicario al otro dia. Llegóse la hora esperada, bien desdichada para mí por lo que me sucedió; y saliendo de casa en compañía de mi amante, al doblar la esquina de la calle en que vivia, nos estaba esperando mi novio, que todas aquellas noches era un Argos en la calle para certificarse de sus sospechas, y saliéronle aquí más verdaderas de lo que

quisiera; y así, luego que nos conoció, acompañado de dos criados suyos, acometió á Leonardo, que le cogieron descuidado; y fué de manera su acometimiento, que ántes que tuviese lugar de sacar su espada, ya con las tres sus contrarias se halló herido de tres estocadas mortales, con que cayó allí muerto sin hablar palabra. Al ruido de la pendencia sacaron luces los vecinos, con que los agresores huyeron temiendo ser conocidos. Ya en casa de mi padre habia alboroto, siendo en ella echada de ménos; lo cual conocido de mí, viéndome en esta confusion, afligida con la muerte de mi amante, solo tomé por remedio dejar los chapines, y con las basquiñas en la mano, á todo correr irme á casa de un conocido de mi padre, muy pobre y anciano, á quien dí cuenta de lo que me habia sucedido y de cuánto importaba no parar en Granada; y así, tomando un rocin, me puse en él, y caminamos hasta el primer lugar, donde en otra cabalgadura me ha traido hasta aquí huyendo de alguaciles y de mi padre, que en busca mia han partido; que esto hemos sabido en el camino. Parecióme no entrar en Sevilla luego que llegué á ella, temerosa de que á sus puertas no me hallase quien me venía buscando; y así, tomé por mejor acuerdo quedarme en esta quinta, donde á puras importunaciones mias el hortelano me albergó por aquella noche. Esta es la historia de esta desgraciada mujer, no teniendo otro consuelo en ella sino haber hallado en vuestra quinta el agasajo que me habeis hecho. El cielo os pague obra tan pia, pues lo es muy grande socorrer á necesitados de favor y que pasan por lances desdichados.

CAPÍTULO V.

Verificase el hurto; engaña tambien Rufina á Garay, y ambos unidos toman el camino de Madrid.

Con lo fingido de la historia, la cual traia Rufina bien pensada, comenzó á verter lágrimas, de manera que el buen Marquina se lo creyó todo, y la acompañó en el llanto: afectos todos del amor que en su pecho iba obrando la socarrona Rufina. Entre los dobleces del lienzo que enjugaba sus fingidas lágrimas daba lugar para que sus ojos pudiesen ver las acciones de Marquina; y viendo cuánto se compadecia de su pena y lo bien que habia creido su mentida relacion, se dió por vencedora en la empresa que intentaba. Un buen rato estuvieron los dos, Rufina llorando, y Marquina consolándola, y aunque este consuelo no era á todo ofrecerle remedio, porque aun no habia soltado las riendas á su avara condicion para que la liberalidad la echase de su corazon; considerando su buena cara, su afliccion y habérsele allí venido tan sin pensar, juzgó que el cielo se la trajo para gozo suyo. Era este el primer ámor que Marquina habia tenido, y en cualquiera persona esta pasion primera siempre viene con tantos accidentes, que excede á cuantas en este género hay en el discurso de una vida. ¿Ama Marquina? Sí, pues será liberal. ¿Admitió huéspeda? Pues saldrá mal de su agasa-

jo. ¡Oh amor, pasion dulce, hechizo del mundo, embeleso de los hombres, cuántas trasformaciones haces de ellos, qué de condiciones mudas, qué de propósitos desbaratas, qué de quietudes desasosiegas, qué de pechos descompones! El de este avaro hombre, conocido en esto por inhumano con sus prójimos, le trocó amor de manera, que hizo un liberal de un mísero y un Alejandro de un Mídas; parecióle bien Rufina, amóla, y ya será señora de su voluntad y hacienda. Muchas cosas dijo Rufina en su relacion, que pudieran dejar sospechoso á Marquina de ser falsa, si la aficion con que la estaba oyendo no le cegara los ojos y cerrara los oídos para que del discurso no pudiera conocer que le iba engañando; porque si Leonardo se anticipara á hablar á su padre en el empleo, claro estaba que no le negara á Rufina, teniéndole ventajas al otro pretendiente en la voluntad que de parte de la dama tenia en su favor; con esto hubo otras cosas que la bachillera de Rufina no previno, y la pudieran dañar para no salir con su intento; conténtese con haber hallado un amante, que por serlo creyera otras cosas ménos verosímiles.

Lo que resultó de la bien llorada relacion de Rufina fué que á toda rienda Marquina la ofreció su favor, su hacienda, su vida y su alma, haciéndola señora de todo y suplicándola fuese perdiendo la pena que tenia, que en casa estaba donde solo tratarian los que en ella asistian de servirla y darla gusto. Agradeció Rufina tan hidalgos ofrecimientos con nuevas lágrimas, que en ella era fácil el derramarlas, como en las más mujeres cuando les importa, y con esto quedó señora absoluta de la voluntad de Marquina y de su hacienda, con horca y cuchillo para cuanto hacer quisiese de ella. El pensamiento de Marquina, enamorado de esta moza, era llegar á los brazos con ella, y caso que se resistiese despues de haber batallado con las dádivas y persuasiones, pertrechos fuertes de un verdadero amante, cuando á todo esto le estuviese rebelde, llevárselo por la via de matrimonio, palabra que con la capa de honor que trae se rebozan muchas mujeres, aunque para algunas es tan corta, que les descubre sus defectos. El pensamiento de Rufina ya está dicho que tiraba con espada estafante á hacer una herida á este avariento, que le dejase palpitando, sin meterse en otros laberintos, si bien promesas de futuro y conciertos de consorcio para adelante no lo rehusaria ella, que era fácil en prometer; mas desde la burla de Roberto, difícil en el cumplir sin ver mucha luz delante.

Todo aquel dia se estuvo Marquina en la quinta sin acudir á sus negocios; pero estotro dia de mañana, dejando á su huéspeda durmiendo, se puso en su macho, y acompañado del negro se fué á la lonja, advirtiendo primero al ama que diese de almorzar á su huéspeda en despertando, y que tuviese cuidado con la casa; el aposento donde tenia su moneda dejó cerrado, y bajando abajo, dió órden al hortelano que no dejase entrar á nadie en la quinta si no era al hombre de quien vino acompañada Teodora, que así dijo llamarse la disimulada Rufina; con esto se fué á la ciudad, adonde dió al negro bastante dinero para comprar regaladamente de comer. Levantóse Rufina, y la ama cumplió con su obligacion, regalándola con mucho gusto, porque vió que estas magnificencias redundaban en provecho de todos; bajó á la huerta y paseóse por ella, alabando

la compostura de sus calles y la correspondencia de sus cuadros, que era el hortelano muy curioso y la tenia muy bien compuesta, adornada de muchos frutales, de muchas flores y yerbas extraordinarias. Viendo Rufina que entraba el sol algo recio, se recogió á la casa, donde acaso vió una guitarra, que era del agente de Marquina por ser aficionado á la música, y como en ella era Rufina consumada, así de voz como de destreza, tomóla en sus manos, y habiéndola templado, se entretuvo por un rato, haciendo sonoras falsas en el instrumento. En esta ocupacion estaba cuando llegó Marquina de la ciudad, y pudo saber aquella gracia más de su huéspeda, la cual habiéndole sentido venir y que tambien la estaba escuchando, para amartelarle más, cantó este romance:

A competir con la aurora
Salió Clarinda en el valle,
A dar más vida á las flores,
Y á dar más gozo á las aves.
Viendo la luz de sus soles,
El sol sus rayos no espárce,
Que alumbrar donde le exceden
Fuera atrevimiento grande.
Deidad celeste la juzga
El Bétis, y en sus raudales
Forma espejos cristalinos
Donde se mire y retrate.
Oponerse á sus primores
Pretendieron las beldades,
Cuando en igualdad compiten
Su belleza y su donaire.
Llegaron á la evidencia,
Y como les aventaje,
A hermosura tan valiente
Todas se rinden cobardes.
Su gala y su entendimiento
Hallan para acreditarse,
Si en las serranas envidia,
Aplausos en los zagales.
Feniso que atento adora
Sus luceros celestiales,
En su templado instrumento
Canta rompiendo los aires.
Aprisiona Clarinda las libertades,
Y ninguna que prende quiere rescate.

Acabó la letra con tan dulces pasos de garganta y tan sonoras falsas, que á Marquina le pareció no ser aquella voz humana, sino venida á la tierra de los celestes coros angélicos; aguardando estuvo á ver si asegundaba con otra letra; mas viendo que dejaba el instrumento, entró donde estaba, diciendo:

—Dichoso el dia, la hora y el punto en que mis ojos, reconociendo mi casa, se emplearon en tu vista, hermosa Teodora, pues de tan buen empleo ha resultado el conocimiento de tantas perfecciones y tan consumadas gracias. Presun-

ciones puede tener mi dichosa morada de cielo, cuando tal ángel la honra, tal deidad la vive y tanto bien la ilustra; poco hago en exagerar esto segun la pasion tengo, que si conforme á ella y á la aficion que en mi pecho hay hubiera de alabar tu sugeto, Ciceron y Demóstenes quedaran cortos con su grande elocuencia.

—Paso, señor, dijo Teodora, mostrando tener empacho, que ya me conozco, y sé que le vienen muy grandes estas alabanzas á sugeto tan pequeño y humilde; y si entendiera que me oíades, dejara mi divertimiento, porque quien habrá oido las voces célebres que hay en esta gran ciudad, habrále parecido la mia muy mal, sino que es de pechos nobles favorecer humildades y darles mayor honor que tienen méritos.

—Dejemos cumplimientos, dijo Marquina, encendido de amores, que vuelvo á reiterar lo que he dicho, asegurándoos, señora Teodora, que aunque he oido divinas voces en Sevilla, porque las tiene excelentes, esta vuestra puede competir con todas, con seguridad que las ha de exceder.

—Bésoos las manos, dijo Rufina, por el encarecimiento; yo me doy por favorecida, y quisiera que mis cuidados me permitieran continuar el daros gusto con este instrumento; mas son tan graves, que este rato que le he tomado lo hice por probar si con él podia divertir la memoria de mis pesares.

—En mi casa, dijo Marquina, los he de ver acabar; y así, porque yo os sirvo en ella con gusto y amor, servíos de mostrar aliento en vuestra pena.

—Yo estimo, dijo Rufina, esa noble voluntad adornada con tantas obras, y me esforzaré, pues lo mandais, cuanto pueda; mas no sé cómo será, viendo que aun quien me dejó aquí, há tres dias que se olvida de mí.

—Eso no os dé cuidado, dijo el enamorado viejo, que causa forzosa le debe de obligar á no volver á veros.

—Yo presumo, dijo ella, que se debe de haber vuelto á Granada porque no le tengan por cómplice en mi fuga, y si esto es así, buena me ha dejado, llevándoseme lo poco que traia conmigo.

—No lo creais, dijo Marquina, que la lástima de veros en esta tierra sola y afligida no le dará osadía á dejaros y ausentarse; y cuando todo falte, yo no os puedo faltar, que os amo ya con tantas veras, que no sé si soy el mismo que solia. Aquí encajó su pensamiento el enamorado Marquina, con que se declaró con su huéspeda. Ella, no dándose por entendida de la aficion, respondió solo á la oferta, agradeciéndole mucho su buen ánimo, esperando con efecto recibir de él siempre favor. Era hora de comer y estaba la mesa puesta, con que los dos se sentaron á ella, regalando Marquina á su dama con nuevos y exquisitos regalos, que donde asiste amor no hay pecho avariento, y así no lo era ya Marquina.

Habia concertado Rufina con Garay que viniese á verse con ella en las ocasiones que su amante estuviese fuera de casa, y que viniese en forma de pobre, de modo que no diese sospecha su hábito. Ella habia probado cuantos medios pudo para ver cómo se le podria hacer un buen hurto al miserable Marquina; mas era tan inexpugnable el aposento que su dinero encerraba, que mil veces se vió desesperada de buen suceso. Otros tres dias se pasaron sin que se

viese con Garay, y en todos mostraba un descontento, que á Marquina traia no poco cuidadoso, porque esto le atajaba la osadía para significarle más lentamente su amor; en este tiempo pudo Rufina ver dónde el viejo tenia las llaves de sus cofres y considerar atenta la disposicion de su casa para lo que iba trazando.

Antes de anochecer, que aun no habia venido Marquina, estando Rufina puesta á una ventana que caia á la ciudad, vió llegarse á la quinta á Garay, en forma de pobre, con dos muletas; pidióle limosna, porque vió estar á Rufina acompañada de la hortelana; ella se la arrojó de la ventana, preguntándole de dónde era. Garay la dijo ser de Granada, con lo cual se alegró tanto, que dijo á la hortelana:

—¡Ay, amiga! vamos abajo, si gustais, que quiero hablar con este pobre por si há poco que vino de mi patria. Mostró complacerla la hortelana, y así bajaron las dos á la puerta de la quinta, mandando entrar en ella al fingido pobre, á quien preguntó Rufina que cuánto tiempo habia que saliera de Granada. Él la dijo que habia como diez dias. Con esto le hizo algunas preguntas generales tan largas, que la hortelana teniendo que hacer, acudió á las haciendas de su casa y los dejó, cosa que los dos deseaban, y por eso dilataba Rufina las preguntas. Viendo pues á la hortelana ausente, entre los dos trazaron para la siguiente noche lo que despues oiréis, conjurándose contra el buen Marquina, blanco á que tiraron ambos desde que habian salido á destruirle.

Con esto se despidió Garay, y Rufina se subió arriba diciendo á la hortelana cómo habia sabido de aquel pobre muchas cosas de su patria, que la importaban para tratar de volver presto á ella; no le dió mucho gusto á la que se lo oia, ni despues al ama de Marquina cuando se lo dijeron; porque con su ausencia temian ver á su señor volverse á su mezquina condicion, faltando la causa que le hacia liberal; y así, todos sus criados vivian contentos con la huéspeda. Vino Marquina, y aquella noche halló á su dama con más alegre semblante que otras, con que tuvo atrevimiento para significarle más dilatadamente sus penas y amorosos deseos; no los despreció Rufina, ántes cariñosa más que nunca, le dió algunas esperanzas de favorecerle, con que el buen viejo tuvo por cierto que aquella fortaleza se le comenzaba á rendir; y así, para abreviar más esta amorosa conquista, aquella noche le dió una sortija, que con este fin habia comprado para ella; era un diamante que valdria cincuenta escudos, cercado de unos pequeños rubíes. Mostróse agradecida la dama, y por fiesta de la dádiva quiso aquella noche entretenerle cantándole algunas letras, si bien mostró poco gusto cantárselas en tan mal instrumento como tenia, ofreciéndole Marquina pedirla esotro dia una arpa, por verla inclinada á cantar con ella. Recogiéronse cada uno con varios pensamientos, Marquina deseando ser favorecido de Rufina, llevando intento de obligarla con dádivas para que lo hiciese, por saber que estas atajan las dilaciones, y Rufina trazando el modo con que abreviar con el hurto que pensaba hacerle.

El siguiente dia Garay, como cursado en semejantes lances de latrocinios, se previno de amigos, profesores de este ejercicio; y habiendo espiado á Marquina, aguardaron que estuviese ya para recogerse, que fué algo tarde, por

haberle entretenido Rufina con ese ánimo. Bien serian las doce de la misma noche, cuando Garay y sus camaradas se llevaron consigo un hombre formado de paja, á quien pusieron con una capa rebozado. Este pusieron en frente de la principal ventana de la quinta, que era el cuarto de Marquina. Allí pues le fijaron con un palo en el suelo, de modo que parecia estar en pié. Era la noche algo oscura, de suerte que les fué en esto muy favorable. Puesta aquella figura en aquel sitio, llamaron á la puerta de la quinta con grandes golpes, resonando el ruido de la aldaba por toda ella; de manera que á Marquina le halló este rumor comenzando á dormir el primer sueño; despertó algo alborotado por parecerle novedad que á aquella hora llamase nadie en su quinta, cosa que nunca habia sucedido despues que vivia en ella, por saber su recogida condicion, con que nadie le buscaba á aquellas horas; llamó á un criado suyo, é hízole mirase quién llamaba á su puerta; el criado medio dormido salió á verlo, y como viniese de aquella manera, preguntó que quién llamaba, mas no le respondieron; y no reparando en la figura fingida que estaba delante de la quinta á pié fijo, volvió á su señor diciéndole que no veia á nadie.

Sosegóse un rato Marquina, mas duróle poco este sosiego, porque con mayores golpes volvió á llamar Garay, que era el autor de esta tramoya. Con mayor sobresalto mandó Marquina á su sirviente que volviese á examinar quién llamaba; mas como le sucediese lo mismo, que no le respondiesen, dió esta nueva á su señor, con que le obligó á cubrirse con una capa; y así desnudo como estaba, púsose á la ventana, diciendo:

—¿Quién llama á estas horas en mi casa? Tampoco tuvo respuesta, y mirando por el campo con más cuidado que su doméstico, descubrió la figura de paja, que sin movimiento era el norte de este embeleco, y el principal personaje de él Marquina. Con notable pavor se halló Marquina entónces, viendo la persona que llamaba y que no le respondia; y así, sacando fuerzas de flaqueza, le dijo con voz alta:

—Señor galan, si es como que quiere darme, efecto de la ociosidad y travesura de la juventud, yo no lo sufro, y así le ruego de bueno á bueno que se vaya y no altere nuestro sosiego, si no gusta que yo le ponga en el camino de Sevilla con más celeridad que quiera, disparándole un par de balas si más vuelve á inquietarme. Con esto se quitó de la ventana, y cerrándola, se recogió á dormir; mas apénas queria entrarse en la cama, cuando con mayores y más desatinados golpes volvieron á llamar. Obligóle esto á tomar luego una escopeta cargada, de que estaba siempre prevenido para guarda y defensa de su dinero, y con ella salió otra vez á la ventana; y viendo en el mismo puesto al que sin movimiento se estuviera en él si no le llevaban, dijo:

—Demasiado atrevimiento es porfiar en lo que no tiene más provecho que inquietarme; ya la descortesía pasa del límite, y merece que con otra mayor se le pague; quíteseme, quién quiera que sea, de delante de mi casa, si no quiere le haga ir mal que le pese. Esto dijo, habiendo alzado el perrillo á la escopeta y apuntándole. Pues como viese el poco caso que de su amenaza hacia aquel inmoble personaje, de materia tan leve, pensó que sin temor de que tuviese esco-

peta con que hacerle ir de allí se burlaba con él; y así, requiriéndole por tercera vez que no le provocase á hacer una demasía, hallándole rebelde á tantas amonestaciones, se resolvió á disparar la escopeta, no para espantarle, como pudiera, sino para ofenderle; y así, apuntándole muy de propósito, no le erró, metiéndole dos balas en el cuerpo de paja, dando con él en tierra.

Esto aguardaba Garay con mucho cuidado y no menor atencion; y viendo ejecutado lo que deseaba, al instante que cayó la figura del escopetazo, acudió con decir en lastimosa voz:

—¡Ay, que me han muerto! Y luego tras de esto hicieron rumor Garay y sus camaradas, como que se admirasen del fracaso. Sumamente se alborotó con lo que hizo nuestro Marquina, porque los miserables siempre son de corto ánimo, y todo aquello que va en órden á menoscabo de su caudal lo sienten mucho. Cerró su ventana, y despertando á Rufina con no poco alboroto (y tuvo poco que hacer en esto, pues no dormia con el cuidado de ver bien entablada su pretension), la dió cuenta de esto que habia hecho; ella mostró pesarle mucho, reprendiéndole haber tomado aquella cruel resolucion, diciéndole que pues habia conocido ser como, y que en su casa estaba seguro, podia haber dejádolos llamar cuanto quisiesen á su puerta, que más llevadero era pasar con inquietud que no ahora con sobresalto poniéndose en trabajo por una muerte. Con esto le dijo otras cosas, con que el pobre Marquina se halló confuso y lleno de temor, sin saber qué hacerse. Aconsejóle Rufina que si queria su quietud se fuese luego á San Bernardo á retraerse; porque era cierto, si aquel hombre se hallaba á la mañana muerto allí, el prenderle á él, por estar más cercano á su quinta que á otra parte. Ya Marquina no quisiera haber nacido, y afligíase de modo, diciendo tantos desatinos, que si á Rufina no le importara valerse de la disimulacion, se riera mucho de verle. Despertó á toda su familia, dióles cuenta del caso, y todos le afeaban el haberse precipitado á lo que hizo; con que el pobre viejo estaba para perder el juicio; considerábase en manos de la justicia, su dinero en poder de sus ministros, expuesto á su disposicion, y su vida á riesgo de perderla si confesaba su delito en algun rigoroso tormento, no discurriendo en que la defensa es natural á cualquiera.

Lo que se resolvió en estas confusiones fué en ausentarse Marquina, yéndose á San Bernardo; mas no sabía en qué poder dejase el dinero. Fiarle de sus criados, no le estaba á cuento; llevarle en casa de algun amigo, que tenia pocos por su exquisita condicion, tampoco habia lugar para hacerlo. En esta perplejidad se hallaba, sobre que pidió consejo á Rufina. Ella, mostrándose afligida y no ménos temerosa que él, no se resolvia en aconsejarle, si bien el final acuerdo ya le tenia en su mente maquinado, que es el que al fin se vino á ejecutar; y así, lo que dijo fué: si se hallaba con algun dinero. Marquina le confesó de plano tener en su casa cuatro mil doblones, sin otros dos mil ducados en plata doble.

—Pues lo que yo haria, dijo la taimada moza, puesto que por ser cosa pesada no se puede llevar á esta hora sin verse á casa de un amigo, que lo enterreis en esta quinta, en parte que sea despues hallado, poniendo alguna señal por donde sea conocido el lugar que lo atesora; y esto debe ser hecho por vuestra mano, sin que ninguno de vuestros criados lo vea, por el peligro que corre de que os

le roben, supuesto que yo no puedo tampoco asistir aquí, que os fuera fiel guarda de todo; porque es cierto que si la justicia viene y me halla, he de ser la primera que prenda, y no deseo verme en tal peligro, despues de haber salido de los que os he dado cuenta. En medio de su afliccion, Marquina, oyendo esto á su huéspeda, se enterneció sumamente de verla con tal desasosiego por su causa, con que era cierto el perderla, y así se deshacia en llanto. Animóle Rufina porque llegase á efecto lo que deseaba tanto; y así, habiendo mandado á los criados que se recogiesen á sus aposentos, y que de ellos no saliesen, él y Rufina, de quien solo hizo confianza, por el mucho amor que la tenia, fuéron adonde estaba el dinero. Teníale en un cofre barreado de hierro, con una llave tan extraordinaria, que fuera imposible falseársela ni sacar aquella moneda de allí si no era por aquel camino que Rufina habia tomado, saliéndole bien su traza. Sacaron la moneda, y depositándola en un pequeño cofrecillo la que era en oro, le llevaron á la huerta, donde con un azadon le hicieron una honda sepultura y le dejaron sepultado, dejando á un lado lugar para seis talegos, en que estaban los dos mil ducados en plata, que los fuéron llevando con harto trabajo, por ser Marquina viejo, y ella mujer no usada á tales ejercicios de cargarse peso á sus hombros.

Pues como fuese depositado todo el dinero en aquella sepultura, dejaron encima de ella una señal bastante para ser conocido el lugar, y la tierra movediza la disimularon con cubrirla de yerbas que de la huerta arrancaron; con esto Marquina reservó para sí doscientos escudos en oro, que tenia en un escritorio, y cincuenta que dió á Rufina para que lo pasase en alguna parte hasta ver sosegado aquel alboroto. Con esto se subieron á lo alto de la quinta, y vieron desde allí andar gente en el campo con luz, que eran Garay y sus camaradas fingiéndose justicia; así estaba concertado entre Rufina y él, y ella le dió aviso de esto á Marquina, aconsejándole no parase más en la quinta, sino que se fuese á San Bernardo, llevándola á ella tambien. Para conseguir esto hubieron de salirse por las tapias de la quinta, por no poder abrir la puerta, que á ella llamaban ya los interlocutores en esta farsa, con el imperio de si verdaderamente fueran ministros de justicia. Toda la familia de Marquina le siguió por las tapias, que no quiso verse por su causa en poder de justicia, pagando su inocencia lo que él habia pecado con malicia; y así, dejaron desamparada la quinta al tiempo que ya queria amanecer. Marquina y su dama aguardaron entre unas huertas á que fuese bien de dia para que abriesen en San Bernardo, adonde se entraron luego que vieron abierta la puerta de la iglesia. Con atento cuidado habia estado Garay hasta que vió lograda la fuga de Marquina y su gente. Y así, luego que fuéron dos horas de dia ya pasadas, acudió á este monasterio vestido de estudiante, por disimularse mejor; allí habló con Rufina sin que lo viese su amante, porque su miedo era tal, que se habia ya retirado á lo más secreto del convento; y despedido de ella, quedando concertado entre los dos que le viniese allí á ver y á dar aviso de lo que pasase, dió cuenta Rufina á Garay cómo dejaban enterrado el dinero; pero mintióle en la cantidad, no confesándole haber más que lo que se ha referido haber en plata; y esto lo hizo con el fin de ocultar de él la

mayor partida, que estaba en oro, por lo que despues sucediese, por si podia ella aprovecharse de él, porque no tuviese parte en todo.

La siguiente noche, á más de las doce, vino Garay y otro amigo acompañando á Rufina, que venía en hábito de hombre por disimularse mejor, y con su ayuda saltó las tapias de la quinta, y quedando ellos atendiéndola fuera de ella, hasta ser avisados que habia seguridad. Lo primero que hizo la astuta moza fué irse adonde habia dejado escondido el azadon, y con él desenterrar el cofrecillo de oro y volver á cubrir la plata con tierra y luego depositar en otro escondido lugar su cofre para que no se hiciesen los cómplices partícipes de toda la cantidad. Luego llamó á Garay y su compañero, y los dos desenterrando la plata, cargaron con ella, y fuéronse todos tres á una posada que tenian fuera de Sevilla, y apénas los dejó durmiendo Rufina, cuando en el mismo traje volvió con un ánimo más que de mujer, por su reservado tesoro; y aunque hubo harta dificultad en poderle sacar por el peso, al fin salió de ella bien, volviéndose á su posada sin haber sido echada ménos de sus compañeros. El siguiente dia y otros dos, habiendo contentado á los interesados con poca moneda, y habiéndose estofado Rufina dos almillas de aquellos doblones de Marquina, dejaron á Sevilla ella y Garay, que no quiso desampararla conociendo de su sugeto cuántas medras se le habian de seguir en su compañía. Tomaron los dos el camino de Madrid, donde los dejarémos por volver á nuestro retraido Marquina.

CAPÍTULO VI.

Descubre Marquina el robo; cuéntase el viaje de Rufina y Garay; personas con quienes se reunieron en Carmona; da principio un pasajero á la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde.*

Estaba pues el mísero Marquina afligido de ver que en cuatro dias no hubiese vuelto á verle Rufina, que él tenia por Teodora, y así se valió de un monje de aquel monasterio, persona inteligente en Sevilla, para que le supiese qué diligencias hacia la justicia contra él, y qué se decia de la muerte. El monje lo tomó muy por su cuenta, y habiendo corrido por las partes donde de esto se podia tener noticia, no hubo nadie que le pudiese dar razon de lo que deseaba saber, con que volvió á decírselo á Marquina, muy contento de que pudiese libremente salir, dejando aquel retiro; con todo, él no se fió de lo que el religioso le aseguraba; y así, una noche se fué á casa de un confidente amigo suyo, á quien dió cuenta de su desasosiego, y él tomó á su cargo saber lo que habia. Hizo la misma diligencia que el monje, y no halló rastro de nada. Acudió á la quinta, y con la llave maestra de la puerta de ella, que le dió Marquina, la abrió, y la halló sola de gente, y el macho de su amigo muerto; porque como nadie pudo cuidar de su sustento, acabó con la vida. De todo dió cuenta á Marquina, aconsejándole que podia salir y pasearse como de ántes, con que él se holgó de haber perdido el macho, á

trueque de verse vuelto á su quietud y sosiego, si bien no dejaba de sentir el no le haber buscado Rufina, que la habia cobrado grande aficion; mas atribuíalo á que como era mujer, estaria retirada por temor de la justicia. Volvió á su quinta, y á ella volvieron el hortelano y su mujer con los demás criados, que todos andaban á sombra de tejado, como dicen, hasta ver sosegado aquel alboroto que en tanto miedo les puso.

La noche misma que Marquina fué á dormir á su quinta no quiso hacerlo sin haber vuelto su dinero al cofre que le guardaba; y así, acompañado del hortelano, con una luz bajaron á la huerta, acudiendo á la parte donde habian dejado la moneda en el cofrecillo y en los talegos, y guiándose por la señal que él y Rufina habian dejado para acertar con ello, no la hallaron, con que Marquina se alborotó no poco. Buscáronla por todo aquel contorno, mas fué en balde, que Rufina la habia quitado de su lugar para que anduviese hecho loco en busca de su dinero; una y muchas veces paseó aquel sitio con tanto cuidado como sobresalto; mas por aquella noche no dió con la señal, norte por quien se habia de guiar; con que el mísero Marquina perdia el juicio, haciendo cosas de loco. El hortelano no sabía qué era lo que buscaba ni para qué fin le habia traido allí; y así, con lo que le veia hacer le tenia admirado. Resolvióse el afligido Marquina á no tratar de nada por aquella noche; y así, con esta pena se fué á acostar, mejor diré, á estar penando toda aquella noche, que así la pasó; mas apénas la luz del dia entró por los resquicios de sus ventanas, cuando se levantó, y llamando al hortelano, volvieron al lugar mismo en que la noche ántes habia estado; buscó la señal, y fué cansarse; con que se resolvió en hacer cavar todo aquel lugar; hízolo el hortelano, y lo que de esto resultó fué hallar los dos hoyos que fuéron sepulcro de la moneda y cofrecillo; con que el miserable Marquina acabó de rematar con su juicio, arrojándose en el suelo y dándose de bofetadas en el rostro, diciendo y haciendo cosas que causaba lástima á los que presentes se hallaron, que eran sus criados, los cuales vinieron á entender haber perdido su dinero, ó lo más cierto, habérsele robado por órden de Rufina; confirmóse esto, con que la hizo buscar por toda Sevilla; mas ya la tal moza se habia puesto en cobro, mudando tierra y llevándose el dinero del miserable viejo, que con tanto afan le habia adquirido. El estuvo del pesar algunos dias enfermo, y en Sevilla fué celebrado el hurto, holgándose muchos de que fuese así castigado quien tan pocas amistades sabía hacer con lo que le sobraba.

Luego que Rufina dió el salto en la moneda al miserable Marquina, le pareció no aguardar á que con diligencias fuese buscada de la justicia, como lo hizo el agraviado; y así, la noche siguiente, en dos mulas que buscaron ella y Garay, se fuéron á Carmona, ciudad que dista media jornada de Sevilla, quedando concertado que un coche que iba á Madrid al pasar por aquella ciudad los llevase, para lo cual dejaron pagados los dos principales lugares de él. En Carmona se apearon en un buen meson, donde encubierta Rufina determinó aguardar el coche, disponiendo en tanto lo que habia de hacer de su persona, señora ya de ocho mil escudos, en doblones de á cuatro y de á dos, caudal de aquel miserable, que con afan, vigilias y ayunos los habia granjeado, pasando mares y

conociendo nuevos y remotos climas ; que esto tiene granjeado el que es esclavo de su dinero, de quien la avaricia se apodera , que hubo muy pocos en Sevilla que no se holgasen de su hurto, por verle tan codicioso y tan poco amigo de hacer bien á nadie , que aun con ser interés suyo y en bien de su alma , pocas veces le vieron hacer alguna limosna. Escarmienten en este los avaros, considerando que si Dios les da bienes es para que con ellos aprovechen al prójimo, y no sea su ídolo su dinero. Volvamos á nuestra Rufina , que estaba en Carmona esperando el coche en que habia concertado irse á Madrid , por parecerle que aquella córte era un *mare magnum* , donde todos campan y viven , y que ella pasaria mejor que otra con su moneda , si bien adquirida en mala guerra , que son bienes que pocas veces lucen granjeados por mal modo.

Llegó pues el esperado coche á Carmona , ocupado de seis personas, porque ocho es la tasa de los coches de camino, si ya no excede de ella la codicia de los cocheros , embaulando en ellos otras dos. Venian en el coche un hidalgo anciano con su mujer , un clérigo y dos estudiantes con un criado del clérigo, que era mozo de quince años. Ya sabian los caminantes que en Carmona estaban Rufina y su pedagogo Garay para ocupar los dos asientos principales del coche ; y así, se los desembarazaron esotro dia á la partida de allí ; mas Garay , que era hombre comedido, no quiso que le tuviesen por grosero ; y así , cedió su lugar á la mujer de aquel hidalgo, que ocupó el lado izquierdo de Rufina , y él se acomodó con su esposo á la proa del coche. Pues asentado esto para todo el camino, partieron de Carmona un lúnes por la mañana. Era esto en el mes de setiembre, al principio de él , cuando las frutas están en la mejor sazon. Iban todos los caminantes muy contentos con llevar tan buena compañía , y Rufina y Garay mucho más con la gentil mosca que habian pillado al buen Marquina ; el hidalgo era hombre entretenido, el clérigo de excelente humor, los estudiantes no ménos agradables ; y así , no se sentia el camino, hablando en varias cosas, deseando cada uno mostrar sus gracias, en particular el clérigo, que dijo ir á la córte á imprimir dos libros que habia compuesto , donde habia de sacar licencia para darlos á la estampa. Era el hidalgo, que se llamaba Ordoñez , curioso, y quiso saber de qué materia trataban ; respondió el licenciado Monsalve, que este nombre tenia el clérigo, que eran de entretenimiento, por ser cosa que más se gustaba en estos tiempos, y que el uno se intitulaba *Camino divertido,* y el otro *Flores de Helicona.* El primero constaba de doce novelas morales, mezcladas de varios versos á propósito, y el de Helicona , de rimas que él habia escrito estando estudiando leyes en Salamanca , y añadió á esto que si no fuera molesto, les entretuviera con el primero los ratos que hiciera pausa la conversacion.

Rufina , que era amiga de tales libros, y cuantos de este género salian los habia de leer, dióle deseo de ver el estilo con que escribia el licenciado Monsalve ; y así, le rogó mucho que si no le era de enfado sacar el libro, estimaria oir de él una novela ; porque se prometia que de su buen ingenio sería muy bien pensada y mejor escrita.

—Señora mia , dijo Monsalve , todo cuanto yo he podido ajustarme á lo que se escribe en estos tiempos lo he hecho ; mi prosa no es afectada de modo que

cause enfado á los que la leyeren, ni tampoco tan baja de voces que haga el mismo efecto; procuro cuanto puedo no cansar con lo prolijo, ni desagradar con lo vulgar; esta prosa que hablo es la que escribo, porque veo que más se admite lo natural que lo afectado y cuidadoso; y es atrevimiento grande escribir en estos tiempos, cuando veo que tan lucidos ingenios sacan á luz partos tan admirables cuanto ingeniosos, y no solo hombres que profesan saber y humanidad, sino tambien damas ilustres, pues en estos tiempos luce y campea con felices aplausos el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de Sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia; habiendo sacado de la estampa un libro de diez novelas, que son diez asombros para los que escriben este género; pues la meditada prosa, el artificio de ellas y los versos que interpola es todo tan admirable, que acobarda las más valientes plumas de nuestra España. Acompáñala en Madrid doña Ana Caro de Mallen, dama de nuestra Sevilla, á quien se deben no menores alabanzas, pues con sus dulces y bien pensados versos suspende y deleita á quien los oye y lee: esto dirán bien los que ha escrito á toda la fiesta que estas Carnestolendas se hizo en el Buen Retiro, palacio nuevo de su majestad y décima maravilla del orbe, pues trata de ella con tanta gala y decoro como mereció tan gran fiesta, prevenida muchos dias ántes para divertimiento de las majestades católicas. Esto decia el licenciado Monsalve, buscando al mismo tiempo en su maleta el libro de las novelas, y habiéndole hallado, con atencion y gusto de todos los del coche los entretuvo con esta novela, que leyó en alta y clara voz para divertir el camino.

NOVELA PRIMERA.

QUIEN TODO LO QUIERE, TODO LO PIERDE.

Valencia, ciudad insigne de las que tiene nuestra España, madre de nobilísimas familias, centro de claros ingenios y sagrario de cuerpos de gloriosos santos, fué patria de don Alejandro, caballero noble, mozo y de grandes partes, que saliendo de doce años en compañía de un hermano de su padre, que iba por capitan á Flándes, aprobó en aquellos países tan bien, que mereció sustituir la jineta de su tio, por muerte suya, asistiendo en servicio del católico Felipe III contra aquellas rebeldes provincias doce años continuamente, mereciendo por sus servicios un hábito de Santiago con grandes ayudas de costa. En Amberes asistia en el tiempo que por lo rigoroso de los frios hace pausa la milicia, cuando le vino nueva cómo su padre habia pagado de la postrer deuda, por cuya muerte heredaba don Alejandro su mayorazgo, que siendo su primogénito y pudiendo estar en vida regalada y viciosa, como otros muchos caballeros, quiso, huyendo del ocio blando, ántes asistir más en los peligros de la guerra, sirvien-

do á su rey, que no entre las delicias de la patria, dando motivo á que murmurasen de él: consideracion que debieran tener muchos que no aspiran á más que gozar de sus comodidades en vida libre, si lo son aquellas que desdoran su noble sangre. Viendo pues don Alejandro que por muerte de su padre le importaba ir á dar una vista á su patria Valencia á poner su hacienda en razon, pidió licencia al serenísimo archiduque Alberto, que visto el pedírsela con legítima causa, se la dió honrándole mucho por haberle prometido volver muy presto á servir debajo de su mano, cuando otros pensaban que se iba á retirar.

Llegó á Valencia, donde fué alegremente recibido de sus deudos y amigos. Comenzó á poner en razon las cosas de su hacienda, sin atender á los entretenimientos en que se ocupa la juventud; porque aunque era soldado, fué dado muy poco al juego, virtud que la ejercen pocos hombres mozos, y que se debe estimar en estos tiempos; porque el distraimiento del juego es tal, que de él nacen mil daños, como se experimentan en lastimosos sucesos que de él han procedido; teatro ha sido Valencia de algunos. Tampoco don Alejandro trataba de amores, no obstante que tenia tan buena ocasion de emplearse con tan hermosas damas como ilustran aquella célebre ciudad. En lo más que se ejercitaba este caballero era en hacer mal á caballos, teniendo cuatro, que compró en Andalucía, hermosísimos y de grandes obras; en estos salia en las fiestas de toros que aquella ciudad celebraba á romper algunos rejones, con que se llevaba la fama del mayor toreador de España.

Suelen en Valencia cuando comienza la primavera salir las más familias de aquella ciudad á hacer la seda fuera de ella, en amenas alquerías que hay cerca, y esta ocupacion dura desde principio de abril hasta mediado de mayo. Pues como un dia saliese don Alejandro al campo á caballo, paseando por la amena y deleitosa huerta de Valencia, á la parte que llaman del monasterio de Nuestra Señora de la Esperanza, habiendo gastado toda la tarde en pasear por aquellos amenos jardines gozando del suavísimo olor del azahar que producen tantos naranjos como aquel fértil terreno tiene, al tiempo que el sol dejaba el valenciano horizonte, pasó por una alquería que alindaba con los claros cristales del Turia, y oyó dentro tocar una arpa con superior destreza. Detuvo el paso á su caballo, pareciéndole que querian cantar, y estuvo largo rato esperando á esto; mas quien la tocaba, ocupada en hacer diferencias en el sonoro instrumento, no ejecutó lo que muchas veces habia emprendido, que era dar la voz al viento. En esto cerró la noche, y don Alejandro pagado del ameno sitio, dió su caballo al lacayo, y haciéndole apartar de allí, él atendió solo debajo de un verde balcon á ver quién tocaba el arpa; mas á poco rato vió hacer pausa á sus varias diferencias y que, mudando de lugar, ocupaba en una silla el lado izquierdo del balcon, á quien servia de espejo el cristalino rio; aquí vió á una dama que con la misma arpa, en más fresco sitio, gozando del viento manso que entónces corria, volvia á su gustoso ejercicio. Y despues de haber un rato hecho otras nuevas diferencias, cantó estos versos con dulce y sonora voz:

Parabienes dan las flores
A los cristales del Turia,

De que la rosada aurora
Entre zagales madruga.
Las avecillas alegres,
Hechas cítaras de pluma,
En sonorosas capillas
Con motetes la saludan.
Las fuentecillas risueñas,
Que entre amenidades cruzan
Haciendo sierpes de plata,
Más aplauden que murmuran.
Cuando Belisa penando,
Por dar pausa á sus angustias,
En su templado instrumento
Esto canta á quien la escucha:
Vientecillos suaves,
Que correis ligeros,
Decidle mis ansias
A mi ausente dueño.
Que despues que en su ausencia sin él me veo,
Con firmeza esperando, vivo muriendo.

La suavidad de la voz y la destreza con que la acompañaba con el arpa suspendieron á don Alejandro, de modo que no quisiera que cesara, ni él apartarse de aquel lugar. Dejó la dama su instrumento, y poniéndose de pechos en el balcon, pudo, aunque era de noche, ver al atento caballero, que viendo tan cerca la ocasion, no la quiso dejar pasar; y así, llegándose cuanto cerca pudo, la dijo:

—Dichosísimo el ausente que merece que tan regalada voz celebre su ausencia; mucho quisiera saber quién es para darle por alegres nuevas la dicha que tiene. Algun sobresalto mostró la dama, cogiéndola descuidada aquellas razones; mas cobrándose, aunque no conoció por entónces á quien se las decia, le respondió:

—No cae sobre suceso de ausencia ni algun cuidado el haber cantado esta letra, y así os excusaré la diligencia de dar á ningun ausente nuevas de que es favorecido.

—¿Qué certeza puedo yo tener de esto, dijo don Alejandro, cuando en lo penoso del dejo conozco pasion en vuestro pecho?

—¿Qué os puede importar tenerla? dijo ella.

—Ya mucho, dijo él, que no es tan flojo hechizo el de vuestra voz que no haya hecho sus efectos en este oyente, y así solicita el cuidado seguridades para vivir en su empleo gustoso. Causóle risa á la dama oir esto á don Alejandro, y díjole:

—¡Qué bien hacen las mujeres que son lisonjeadas en no creer á los hombres, pues nunca les tratan verdad!

—¿En qué juzgais que no son verdaderos? dijo él.

—En que si como vos encarecen sus finezas, replicó ella, habiendo tan poco tiempo que aquí estais, ¿cómo les deben dar entero crédito? Pues por solemni-

zarme lo mal que he cantado ponderais que es hechizo mi voz, haciendo quien la oye mucho con su cortesía en esperarla tres coplas de un tono.

—No os arrojeis por el suelo ni desprecieis mi verdad, dijo él, dándola otro nombre; vuestra voz es singular, los accidentes con que habeis cantado lo serán tambien, pues es cierto se dirigen á la causa de la letra; solo le faltó por colmo otra de celos, sino es que vivais tan segura que no os los podrá dar.

Mejoróse del lugar la dama para hablar más de propósito con don Alejandro, aunque no le conocia, por pensar que con algun fundamento lo hablaba tan misterioso, y así le dijo:

—Si lo que me ponderais el hechizo es tan verdadero como vuestra sospecha, bien puedo afirmarme en que sois de profesion lisonjero; y así, os suplico, por mi abono lo digo, que la afliccion de una necia melancólica no la atribuyais á pena de ausencia, que nunca he sabido qué es tenerla por nadie, ni tampoco la pienso tener.

—Diera yo porque eso fuera cierto, dijo él, cuanto poseo.

—¿Y es mucho? dijo ella.

—Poco es, replicó él, respecto del sugeto por quien lo ofrezco; mas lo mismo fuera ser señor del mundo, que todo lo diera por bien empleado.

—Sin duda que hoy me levanté con buen pié, dijo la dama, pues oigo en mi favor tantos, que me dejaran envanecida si pensara que tenia partes para sin ser vista enamorar; y á fe que á verme de dia, no confirmárades lo dicho con tanto afecto.

—Con lo oido, dijo él, no me puedo engañar, y así por fe presumo que quien en esa gracia es tan consumada, lo será tambien en las demás de que carezco, por serme poco favorable la noche; y pues no os digo esto de rayos y esplendores de que se valen los que halagan con las palabras y lisonjean con los mentidos afectos, creeréis de mí que comienzo á amaros con verdades.

—Ahora bien, yo os quiero comenzar á creer, si me decis quién sois, dijo ella.

—Mereceré primero con mis finezas, replicó él, para que su valor supla el que me falta en la calidad.

—Ahora os tengo por hombre de partes, dijo ella, pues esa desconfianza teneis de vos, y habréisme de perdonar que me llaman para una visita, y es fuerza irme por no dar nota con que me hallen aquí.

—Pues ¿sereis servida, dijo don Alejandro, de dejaros ver mañana en este puesto á estas horas?

—No sé si podré, dijo ella; mas venid, que eso es merecer, aunque yo no salga.

—Yo estaré aquí, replicó el ya aficionado galan, más fijo que los sillares que sustentan este cielo que os atesora.

—Mucho llevo que pensar en eso de encarecer, dijo ella; para otra vez venid enmendado de hipérboles, que no soy amiga de oirlos, por tener por fabulosos á todos los que en ellos tratan, y más con el conocimiento que tengo de lo poco que valgo. Con esto hizo una gran cortesía y se quitó del balcon, pesán-

dole á don Alejandro que tan presto se ausentase de él, que quedó muy picado, así de su voz como de su entendimiento, y deseaba saber quién fuese con grandes veras. No se apartó la dama ménos cuidadosa que el galan, porque luego mandó á un criado suyo que supiese quién era y le siguiese hasta saberlo; hízolo así, no costándole mucho la diligencia, porque á pocos pasos le vió poner á caballo y le conoció, volviendo con el aviso á su ama, que no se holgó poco de saber que fuese don Alejandro, de quien hal a oido tantas alabanzas y visto hacer tan bizarras suertes en la plaza con los toros.

CAPÍTULO VII.

Prosigue el pasajero la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde.*

En llegando don Alejandro á su posada, quiso informarse de un vecino suyo quién era la dama con quien habia hablado, y dándole las señas del puesto de la alquería, supo de él llamarse doña Isabel, el apellido se calla, dama de grande calidad y partes en aquella ciudad, igualando su hermosura con su grande entendimiento. Fué esta dama hija de don Berenguel Antonio, un bizarro caballero que sirvió en la guerra muchos años, y ya dejadas las armas, se habia casado en anciana edad, de quien procedió esta hermosa dama, que entónces se hallaba sin sus padres, heredera de una corta hacienda, porque la de don Berenguel era de una encomienda que la majestad de Felipe II le habia dado por premio de sus servicios. Esta dama estaba en compañía de una anciana, tia suya, que lo más del tiempo estaba enferma, y habíanse retirado á hacer la seda en aquella alquería. De todo se informó don Alejandro largamente, aunque de lo esencial de las partes de doña Isabel tenia ya bastantes noticias, porque en toda Valencia no se celebraba otra cosa que su claro ingenio y agudo entendimiento, extendiéndose hasta hacer muy lindos versos, gracia que se debe estimar en una dama de las partes referidas. No habia visto don Alejandro á esta dama, y deseaba, aun ántes de haberla hablado, verla, y desde que supo ser el dueño de aquella alquería, acrecentósele más este deseo, con el cual procuró algunas veces salir al campo con ganas de toparse otra ocasion como la pasada; pero no tuvo tal dicha, por estar la tia de doña Isabel aquellos dias enferma y no se apartar de su lado.

Bien se pasaron más de quince dias, en los cuales doña Isabel pudo, con la mejoría de su tia, hallarse en un velo que se daba á una monja en el monasterio real de la Zaidia, que estaba vecino á esta alquería. Hallóse en esta fiesta lo más lucido de Valencia, así de caballeros como de damas, y nuestra doña Isabel fué de embozo con una criada suya á ella. Acertó á sentarse en una capilla de la iglesia algo oscura, y viendo don Alejandro no hallarse allí con las demás señoras, lo que ya le daba cuidado, tuvo sospecha que quizá sería algu-

na de las que estaban de embozo en la capilla, y así se fué á ella con otros dos amigos, y llegándose á la dama, les dijo á los amigos:

—Agravio hacen estas damas á la señora monja en retirarse de lo que todos gozan; pero atribúyolo á que deben ser poco inclinadas á aquel estado, pues aun no quieren ver cómo se profesa en él. Holgóse doña Isabel con la presencia de don Alejandro, á quien ya habia visto en la iglesia, y quisiérale ménos acompañado que venía; mas disimulando la voz, le dijo:

—Como no somos de las convidadas á esta fiesta, no cumplimos con todos los requisitos que hacen las que lo son; y en cuanto á retirarnos de carecer de ese acto, como se ha visto otras veces, no le vemos esta, porque en una basta para saber lo que es la que hubiere de elegir el estado de monja.

—Segun eso, dijo un amigo de don Alejandro, vos no seréis de las que le apetecen.

—No digo nada hasta ahora, porque eso ha de venir por vocacion, y yo no la he tenido.

—Ya en eso, replicó don Alejandro, nos dais á entender que por lo ménos no sois casada, pero que desearais serlo.

—Yo no tengo que dar cuenta, dijo ella, del estado á que me inclino, y más á quien está léjos de deudo mio, para que apruebe mi buen propósito.

—Pues ¿no daréis lugar con declararos, dijo él, para que sepamos cuál camino elegís?

—¿Cuál me aconsejárades vos? dijo ella.

—El de casaros, volvió don Alejandro, habiéndola ya conocido.

—Y si no tengo partes para serlo, dijo ella, ni en la posibilidad ni en la persona, ¿qué he de hacer?

—A faltar todo, dijo él, olvidaros de vos misma, que quien no es para monja ni casada, debe quedarse neutral por incapaz.

—Podré seguir ese consejo, dijo ella.

—Si vos sois servida, dijo don Alejandro, de descubrir lo que oculta vuestro manto, yo os daré consejo más á propósito: esto dijo acercándose más á ella, á tiempo que doña Isabel pudo cuidadosamente descubrir uno de sus hermosos ojos, que vieron los dos amigos.

—Si eso me ha de costar, dijo ella, bien me estoy cubierta, aunque por el consejo pudiera atreverme contra mi opinion,

—Ese atrevimiento, dijo don Alejandro, no la agraviara, que ya hemos visto señales que nos aseguran que podeis elegir el estado del matrimonio, premiando con gran dicha á quien mereciera vuestra mano; y sin ver más me ofrezco á ser el que se dispusiera á tan gustoso empleo; á lo mismo se ofrecieron sus dos amigos, pagados de su donaire y de la muestra que dió de su perfeccion.

—¡Hay dicha como la mia, dijo la dama, que por un descuido que he tenido hallé tres pretendientes para mi remedio! Ahora bien, yo quiero tratar de él, pues carezco de quien me le busque; sepa yo las partes de los que se me ofrecen á elegirme, que conforme á ellas haré eleccion del que más tuviere. Cada uno

en donairosas burlas comenzó á exagerar sus partes con ridículos disparates y á deshacer las de sus amigos, con que se rieron un rato, entreteniendo el tiempo, aunque no era á propósito el lugar en que tenian esta conversacion; porque los templos no son lonjas de ellas, sino casas de oracion, que así las llamó Cristo.

Despues de haberles oido el informe de su abono, la dama dijo:

—Yo quedo informada y advertida de lo mucho que merecen caballeros de tantas partes y calidad; consultaré con la almohada quién ha de ser el preferido de los tres; aunque, si va á decir verdad, yo tengo del uno algo más informe, y aun experiencia, de que es bien entendido, y este creo que me ha de inclinar á que le admita, si no teme que yo tenga otro empleo, que le juzgo receloso. Con esto entendió don Alejandro que por él se decia aquello, por lo que entre los dos habia pasado la primera vez que habia hablado con doña Isabel. Era hora de irse el acompañamiento de la fiesta; y así, con otros donaires y chistes se despidieron de la dama, quedándose de los tres el último don Alejandro, el cual le dijo:

—Buen pago dais á un fino amante, desvelado por vos; no pase el rigor tanto tiempo si no quereis que muera. A que respondió ella:

—La disculpa sea una enferma á quien asisto; y esto es más verdad que vuestro encarecimiento; mas yo procuraré deshacer la queja cuando más descuidado estéis. No hubo lugar de hablarse más; y así se despidó don Alejandro, quedando la dama muy pagada de él y con deseo de hablarse muy despacio. Dentro de pocos dias lo procuró en el mismo balcon donde primero se hablaron; porque acudiendo allí don Alejandro, ella salió y se vieron, de cuya conversacion don Alejandro quedó muy amartelado, y la dama no ménos, si bien pudiera no aventurarse á favorecerle, por estarle mal, como adelante se dirá. Viendo don Alejandro en doña Isabel tan claro entendimiento y agudeza tan profunda en decir, por quien adquiria fama de muy entendida, el segundo papel que la envió, despues de haberla significado su aficion por el primero, fué este con estas décimas:

Tanto en vos la discrecion,
Belisa, está acreditada,
Que pienso fué anticipada
Al uso de la razon;
Prodigio de admiracion
Obró el poder celestial
En vos, mas vuestro caudal,
Que esta dicha ha poseido,
Ya ostenta que lo adquirido
Frisa con su natural.

Anhelantes discreciones
Tienen los amagos vagos;
Pero en vos son los amagos
Discretas ejecuciones;
Almas son vuestras razones
Guiadas de la prudencia;
Cada razon es sentencia

Que pronuncia vuestro labio,
Pues de lo discreto y sabio
Es la fina quinta esencia.
El talento más perfecto
Que presume de saber
Puede de vos aprender
Rudimentos de discreto;
Que lo ceñido y selecto
De ese ingenio soberano,
Gloria del imperio hispano,
Cuando en su córte faltara
Documento le enseñara
De elocuente y cortesano.
Si vuestro ingenio sutil
La antigüedad conociera,
Veneraciones le diera
En estátuas de gentil;
Goce de un eterno abril
Esa verde adolescencia,
Que su divina prudencia
En nuestra moderna edad
Es sol que á su claridad
No halla humana competencia.

No sabía doña Isabel que don Alejandro tuviese aquella gracia á más de las que tenia, que era hacer versos, y gustó mucho de las décimas, á que respondió con este papel.

«Alabanza que sobra al sugeto por quien se dice es agravio suyo, y descrédito de quien lo escribe, pues el sugeto ponderado, juzgándose ajeno de tanto honor, atribuye el elogio á vituperio, y la alabanza á sátira dicha por ironía; ni me desvanezco tanto que no conozca lisonjas, ni me tengo en tan poco que no se me deba algo de lo escrito; con lo ajustado me obligárades, si con lo excesivo me ofendeis, con las pocas experiencias que tengo de vuestra condicion y trato; no me persuado á creer de los versos, si bien celo ó demasiado cumplimiento os los han dictado; el tiempo me ha de asegurar de la verdad; con él espero, ó darme por agradecida, ó sentirme por injuriada.»

Tuvo modo la hermosa doña Isabel para que este papel viniese á las manos de su nuevo apasionado don Alejandro, el cual quiso satisfacer á la propuesta queja de su dama con hacer esperar al portador y escribirle este:

«La corta alabanza vuestra fuera el mayor descrédito mio, si lo que me sobra de amor no supliera las faltas de lo poeta; mas por no incurrir en otro delito como ese, quiero que la prosa explique lo que la ruda vena no puede, suplicándoos que no con capa de desconfiada discreta acuseis mis necios afectos, que si no igualaron á sugeto tan del cielo, ha sido por lo que tienen tan de la tierra, que no se remontaron donde su dueño coloca sus bien dirigidos pensamientos. Bien merezco crédito en lo que digo, si conoceis lo que siento; y cuando lo querais ignorar por vuestro recato, no podeis consultándoos al espejo, conociendo que entre muchas victorias que ganeis de vuestros rendidos,

soy yo un corto trofeo de esta beldad y un humilde cautivo de vuestra pasion. Remito á que el exámen de la experiencia acredite estas verdades, y que de ellas conozcais que os aclamarán dueño mio todo el tiempo que viviere, para que agradecida pagueis buenos deseos, asegurada de no conocer jamás agravios.»

Con este papel comenzó la hermosa doña Isabel á tener un poco de más satisfaccion de don Alejandro, facilitándolo el ser escogido entre dos amigos suyos. Fuéronse continuando las vistas y menudeando los papeles, con que este amor iba subiendo de punto entre los dos amantes, encargándole mucho la dama el secreto en el galanteo, cosa que obedecia don Alejandro con mucha puntualidad. Era algo extremada en esto doña Isabel; de suerte que si en algun templo veia ser mirada de su galan, y entónces estaba acompañado de algun amigo, lo que los dos hablaban juzgaba ser en ofensa suya, revelándole su empleo; y así se lo decia ó escribia con tanta certeza como si lo hubiera oido. Llevaba don Alejandro esto con mucha cordura, satisfaciendo sus quejas con la verdad y aplacando su ira, que donde hay amor mayores imposibles se vencen. La mira que llevaba don Alejandro era casarse con esta dama, si bien no tenia hacienda; mas dilataba el hacerlo, deseando salir con una pretension de una encomienda que pedia por sus servicios y los de su tio en Flándes, y esta dilacion que hizo en esto le estuvo despues bien, como se dirá adelante.

Sucedió pues que todos los recatos que la dama tenia, de que no frecuentase pasear su calle, mirar á sus ventanas ni acudir de noche á hablarla, sino á deshora, dándole ya entrada en su casa, sin exceder de lo que lícitamente se permite, ella misma los profanó de esta suerte. El tiempo de Carnestolendas se celebra en Valencia mucho con máscaras, disfraces, torneos y saraos; habíanse hecho algunos, donde con disimulo don Alejandro y su dama se hablaron, ofreciéndose danzar juntos y en los acompañamientos que resultan á la salida de estas fiestas. Una se hacia de junta de damas, en casa de una amiga de doña Isabel, adonde fué convidada con otras damas, y asimismo don Alejandro con otros caballeros; no habia sarao, sino esta junta era para juegos entretenidos y bailes alegres. Fué la primera á esta fiesta doña Isabel, algo temprano, y dentro de poco espacio acudió tambien allí otra dama muy bizarra, que envió su madre, acompañada de dos escuderos de su casa, haciendo fiel confianza de enviársela á aquella señora donde se hacia la fiesta, por ser muy amiga suya y vecina del barrio. Las dos pues estaban cuando acertó don Alejandro á venir tambien temprano y solo por aviso que le dió su dama de que así lo hiciese; recibiéronle las damas muy gustosas, y él comenzó á entretenerlas miéntras venian más señoras con sazonados chistes y alegres cuentos del tiempo.

La dama que habia venido allí, vecina de aquel barrio, levantóse á ver una labor de cañamazo de un tapete que cubria un bufete, donde estaban dos bujías alumbrando, y celebrando el buen gusto de los matices y lo nuevo de la labor, hizo levantar á don Alejandro á verla; habia en el bufete recado de escribir, y esta dama, cuyo nombre era Laudomia, se comenzó á entretener con la

pluma en el blanco papel, haciendo algunos airosos rasgos, que escribia con lindo aire. Llegóse don Alejandro á ver lo que hacia, y celebró en ella aquella gracia con alguna exageracion, cosa que oyó su dama, no teniendo pocos celos, así de verle tan cerca de doña Laudomia, como de que celebrase lo bien que escribia; tenia con ella este caballero algun conocimiento por un hermano suyo. Era don Alejandro algo burlon; pues como la viese ocupada en probar la pluma, por burlarla sacósela hácia arriba de la mano, con que participó su blancura, que la tenia muy grande, de lo negro de la tinta. Ella, sintiendo la burla, con una palmada que le dió en un brazo se limpió de lo teñido de la pluma, afeándole de camino al burlon caballero su accion; á que él respondió que nunca ménos lució la tinta que en sus manos, gracia dicha por ironía, por tenerlas, como se ha dicho, muy blancas; ella, ofendida de la socarronería, le volvió á dar otra palmada en las espaldas. Doña Isabel, que más atendia á esto que á lo que hablaba con la señora de casa, encendida en rabiosos celos, se levantó del estrado donde estaba, y yéndose para don Alejandro, sin advertir lo que hacia ni la nota que daba, alzó la mano, y cogiéndole descuidado, le dió un gran bofeton en el rostro con tanta fuerza, que le hizo salir sangre de las narices, y con ella manchar el cuello. Él, viendo tan intempestivo suceso, lo que hizo fué sacar un lienzo, y limpiándose la sangre, decir á su dama:

—No soy yo quien revela secretos tan apriesa; este ha durado lo que usted ha querido; y con esto, haciendo una reverencia, se bajó por la escalera y se fué á su casa.

Apénas doña Isabel ejecutó el impulso de su celosa cólera, cuando la pesó extrañamente de lo que habia hecho, no tanto por la señora de la casa, que era íntima amiga suya, cuanto por la que fué causa de su cólera y celos. A este tiempo vinieron unas hermanas de la que hacia aquella fiesta, con cuya venida la pesarosa doña Isabel se retiró con su amiga á un aposento, donde viéndose solas, dijo muy admirada:

—¿Qué ha sido esto, señora doña Isabel? Nunca tal imaginara de vuestro recato y modestia; vuestra accion me ha dicho en breve término lo que en mucho no me podíades vos decir: yo ignoraba este empleo que me habeis celado; y así, más debo á vuestros celos que á vuestra amistad. ¿Es verdad que os sirve don Alejandro? que me holgaré con extremo. No la podia responder doña Isabel con la pena que tenia y las lágrimas que bañaban su hermoso rostro; mas despues de algun espacio, lo que la dijo fué:

—Ya que mi necia cólera y desatinados celos os han manifestado lo que yo no he hecho, solo os digo que me sirve don Alejandro con fina voluntad, y yo se la pago con otra tan grande; nunca le ví tan desmandado á burlarse; irritóme la llaneza que tuvo con doña Laudomia; los celos son desatinados, y ellos han publicado mi amor con tan celerada accion.

—Pues vamos al remedio, dijo la amiga, que no es justo que don Alejandro no vuelva á esta fiesta, para dar que notar á doña Laudomia que queda sospechosa de vos.

—¿Cómo lo harémos? dijo la celosa dama.

—Fácilmente, replicó la amiga, con que le escribais un papel. Trajeron recado, y doña Isabel le escribió estos renglones:

«Efectos de amor y celos, aunque manifiesten rigor, no son agravios en el amante, sino favores; más he hecho yo en aventurar el recato, que vos haréis en perder el enojo. Importa á mi reputacion que volvais luego á la fiesta, sin muestra de sentimiento, si no quereis que de hacer lo contrario le tenga yo tal, que por él me vengais á perder.»

Este papel llevó con diligencia un criado á casa de don Alejandro, donde le halló mudándose otro cuello para volver á la fiesta; holgóse con el papel, porque nada como los celos descubren los quilates de la voluntad; y así, luego obedeció á su dama con más presteza; entró donde estaban las damas, dejando no poco sospechosa á doña Laudomia, con lo que habia visto, de que queria bien á doña Isabel, y pesábale algo, porque le parecia bien don Alejandro, y no quisiera verle tan bien empleado. Así como el galan se vió en presencia de doña Isabel, muy risueño la dijo:

—Yo he tratado muy como á templo esta sala, y más á vuestro rostro, que por no violar al uno ni osar atreverme al otro, no tomé la venganza que ordena el duelo entre los galanes y damas; y cuando aquí no volviera, fuera corrido de haber andado tan poco alentado donde me habian dado ocasion de vengarme tan en mi favor. Á esto repuso doña Isabel:

—Como yo soy tan servidora de mi señora doña Laudomia, tomé muy por mi cuenta su desagravio haciéndoos aquel favor, bien ajena de que habia duelo que disponga venganzas tan en contra de las damas. No pudo sufrir doña Laudomia que ella fuese motivo de su disculpa cuando lo habian sido los celos de su rigor; y así, le dijo sacudidamente:

—Nunca pensé que la poca amistad que tenemos se extendia á poneros en riesgo de mi defensora, cuando no me faltara osadía para vengarme; mas como estaba ajena de celos y poco cargada de agravios, no llegó tan presto la prontitud mia como el enfado vuestro; yo me huelgo ser la enigma de vuestras interpretaciones; para con quien fuéredes servida pasen, que para mí ya yo le tengo dada otra solucion bien fácil y que nadie la ignoraba. Queríala responder doña Isabel, sentida de su sacudimiento; mas la señora de la casa donde esto pasaba, porque no se encendiese más fuego donde se iba encendiendo, lo atajó con hacer que se sentasen en el estrado, que ya iban entrando damas á la fiesta. Aquella noche estuvo muy sazonado don Alejandro, no dejando pocas damas amarteladas de él, entre las cuales era una doña Laudomia, que desde aquel suceso propuso hacer lo posible por sacarle el galan de su dominio á la celosa doña Isabel, y así lo cumplió.

CAPITULO VIII.

Donde el pasajero da fin á la novela.

Todos los favores que gozaba don Alejandro de su dama eran hechos con finísima aficion, porque esta dama le queria con grande extremo, si bien fué el ponerla en él delito para un caballero ausente, que habia llegado con ella á más apretados lances que don Alejandro, valiéndose poco esta dama del recato; de modo que el ausente habia sido favorecido con todo extremo, y habia bastantes causas para que esta dama sustentara aquella fe, sin prevaricar de ella, con descrédito suyo. Llegó este galan, llamado don Fernando Corella, de Madrid, córte del monarca de las Españas, donde tenia un pleito pendiente con el conde de Concentaina, tio suyo, sobre cierta hacienda cuantiosa, y veíase en el Consejo Supremo de Aragon. Llegó á Valencia con la última sentencia en su favor y señor de dos mil ducados de renta. Hallóse doña Isabel confusa en el modo de complacer á estos dos caballeros y con no poca duda en cómo se habia de portar con entrambos; hallábase prendada en el honor con don Fernando, y en el amor con don Alejandro, porque el primero habia perdido mucha parte con la ausencia, propio en las mujeres, no hacer caso sino de lo presente. Entre las dudas que se le ofrecian, consultadas con una criada suya, se resolvió en buscar modo cómo hablando con el uno no perder al otro; de noche daba entrada á don Fernando, dueño de su honor; y al que amaba entretenia con papeles amorosos, negando el dejarse ver como hasta allí, porque no embarazase la entrada al más dichoso, dando á esto por excusa que sus deudos andaban con cuidado y vigilancia espiando su calle; que el mayor servicio que le podia hacer era no pasar de dia ni de noche por ella hasta asegurar esta sospecha. Don Alejandro, que amaba con todas veras y estaba ignorando el doblez con que le trataba su engañosa dama, creia cuanto decia, y obedecíala en todo.

Bien quisiera don Fernando cumplir con la obligacion que tenia á doña Isabel casándose con ella; mas por tener á su madre viva y ver que no gustaba de este empleo, le hacia dilatar el casamiento, esperando que sería corta su vida, por la mucha edad que tenia; y así pasaba con su dama gozando sus brazos, y don Alejandro padeciendo con el deseo, engañado con sus papeles.

En este tiempo sucedió sobre el juego de la pelota tener don Alejandro un disgusto con un caballero muy calificado de Valencia, quedando las dos partes no muy aseguradas en la amistad, de modo que se esperaba cada dia algun mal suceso. Era muy bizarro don Alejandro, y con aquel ardimiento de Flándes le parecia que nadie le buscaria ménos que con la espada llamándole á la campaña. La parte contraria no habia salido del disgusto muy descargada; y así, por entónces no mostró la ponzoña que ocultaba del deseo de vengarse de don Ale-

jandro; y así, esperaba ocasion para hacerlo muy á su salvo, y buscábala con no poco cuidado y desvelo.

Habíase ausentado de Valencia don Fernando, y estuvo en un lugar suyo cuatro dias; en tanto doña Isabel, como queria bien á don Alejandro, avisóle que podia venir á verla á su casa de noche; pero que su venida fuese con mucho recato, de modo que no lo viese nadie, porque importaba mucho á su reputacion; hízolo así el enamorado caballero, y guardándose de no venir á hora que diese nota alguna, se vió con su engañosa dama, que astutamente sabía guardar los aires á los dos galanes y aprovecharse de las ocasiones; de modo que sin saber el uno del otro su empleo, la servian; y la verdad es que si en su mano estuviera, doña Isabel escogiera por suyo á don Alejandro; mas como tenia don Fernando la mejor joya de su honor, era fuerza, por no quedarse burlada y sin honra, pasar con su empleo, hasta que su anciana madre muriese; y temiéndose de que podria faltar á esto, no desengañaba á don Alejandro, y así sustentaba los dos galanteos: suceso que pasa en nuestros siglos con muchas, por quien suceden no pocas desdichas.

Halló don Alejandro en su dama más afabilidad que otras veces, más agasajos y ternezas, con que se prometió verse más del todo favorecido; mas engañóse su pensamiento, porque nunca le dejó pasar de lo lícito, temiéndose que con más empeño se quisiese hacer señor de toda su voluntad, que entónces la tenia repartida. Aquellos dias que don Fernando estuvo ausente no lo pasó mal; mas volviendo á Valencia, doña Isabel volvió á su recato, dando nuevas excusas, que, como amaba don Alejandro, pudo creer, si bien no lo pasaba sin recelo, y en hábito disfrazado paseaba su calle hasta muy tarde; mas nunca halló á nadie en ella que le pudiese dar cuidado. Y este disfraz, que él aplicó para su seguridad, le valió para no ser conocido del caballero que le buscaba para ofenderle. La causa de no topar con don Fernando era que, como doña Isabel vivia con aquel cuidado, habia prevenido que don Fernando entrase en su casa por la de una amiga suya, y esta tenia puerta falsa á otra calle, que no sabía don Alejandro, y de un terrado á otro se paseaba hasta ser de dia.

Sucedió pues que una noche que don Alejandro venía por la calle abajo de su dama, le comenzaron á seguir por ella su contrario con dos criados suyos, esto aun sin conocerle; quisiéronse asegurar más si era él, por no emplear las bocas de fuego que traian en otro, errando el conocimiento, y así á lo largo le seguian. Habíalos conocido don Alejandro, y viéndose entónces sin armas de fuego para defenderse, porque solo estaba con su espada y broquel, el arbitrio que tomó fué hacer una seña conocida á la puerta de doña Isabel, en ocasion que ella habia bajado abajo, dejando en su aposento á don Fernando acostado; asomóse á una ventana para ver qué queria su segundo galan; y conociéndola, la dijo que le abriese luego, porque de no lo hacer corria peligro su vida, porque le venía siguiendo don Garceran, su contrario, y le hallaba desapercibido para su defensa; presumió la dama que don Alejandro le decia aquello solo porque le abriese, y así se rió de él, dándole á entender que lo tenia por ficcion, con que don Alejandro le aseguró con grandes juramentos haber conocido á don

Garceran y venir con otros dos tras él. Aquí se halló atajada doña Isabel y no ménos confusa; y la respuesta que le dió fué que una amiga suya habia venido á verla á prima noche, y que la rogó se quedase allí, y que así no se atrevia á abrirle. Instaba en que lo hiciese don Alejandro, ponderando su peligro y acusándola de cuán poco le queria, pues en lance tan apretado le negaba entrada en su casa, que no lo hiciera el más extraño. Volvió doña Isabel á decirle que por no dar nota en descrédito de su opinion lo hacia, que en cuanto á su amor bien sabía cuánto le tenia, y hacia al cielo testigo de que estaba con grandísima pena de no poder hacerle gusto. A esto replicó don Alejandro diciéndola que, pues su amiga estaba arriba en su aposento, que fácil le era darle entrada para que estuviese en el zaguan de su casa, sin salir de él hasta que pudiese hallar ocasion de irse. Parecióle á doña Isabel que apretaba mucho la dificultad, y que esto era con alguna sospecha de haber visto allí á don Fernando; y así, por asegurarse miró bien la calle y descubrió los bultos de los tres que estaban en acecho, por conocer bien á don Alejandro; comenzóle á creer con esto, y para ver qué disposicion habia para admitirle en su casa, le dijo que esperase un instante, veria si podria entrar. Con esto se subió arriba, y vió que don Fernando, desvelado de haberla visto bajar abajo, la preguntó que cómo no subia á acostarse. A que esta le satisfizo con decirle que hasta dejar á su tia quieta y las criadas de su casa, tuviese sufrimiento; dejóle y salióse á otra pieza afuera, donde se puso á discurrir lo que haria en un lance tan apretado. Por una parte veia tener á don Fernando en su casa, y que era hombre de hecho, y quien le tenia su honor á cargo, dándola esperanza de satisfacerle; en esto abogaba por el honor. Por otra parte el amor que á don Alejandro tenia la estimulaba para que no permitiese que le quitasen enemigos suyos la vida, que podia ser á no darle entrada; batallaban con la indecisa dama honor y amor, considerando en pro y en contra de sí lo que era obligada á hacer; y al cabo de varios discursos venció el honor, obligándola á no dar entrada á don Alejandro, considerando que de hacerlo se seguian dos daños contra su reputacion: el uno ser sentido de don Fernando y perderse, si le hallaba allí, sin remedio; y el otro, que si don Alejandro era sentido de su contrario, viéndole dar entrada en su casa, perdia mucho, y era tambien estorbo para su empleo. Parece que se ajustó á lo más acertado; y así bajó á verse con don Alejandro, diciéndole:

—Señor mio, sabe amor que quisiera daros entrada, no solo en mi casa, pero en mi pecho otra vez, de quien sois dueño; siendo seguido, como decis, hallo por inconveniente el que os vean entrar á estas horas, cuando está tan asentada mi opinion por Valencia. Fuera de esto, la amiga que tengo por huéspeda está despierta, y mujeres somos curiosas, querrá examinar de mi tardanza con quién me he detenido, y aun averiguarlo con la vista, con la llaneza de mi amiga. Perdonadme que no os admita, asegurándoos que me deja lastimadísima veros ir puesto en tanto riesgo; mas excusando el que tiene mi fama, he querido no aventurarla tan conocidamente si os doy entrada. Mucho sintió don Alejandro este despego en su dama, juzgando de su amor que no lo ejecutara, y más en lance tan apretado. De haber visto el desengaño quedó tal, que cuando don Gar-

ceran le acometiera, no le pesara, por vengar en él el enojo que contra doña Isabel tenia, ó morir á sus manos; lo que la dijo al despedirse fué:

—No creyera, cruel señora, que á ocasion como esta faltara vuestro amor y piedad; en haberme despedido conozco lo poco que de uno y otro teneis en mi favor; toda la opinion que perdiérades, ó por parte de vuestra amiga, ó por asechanzas de mi contrario, se soldaba con tenerme seguro en el empleo que pretendia con vos; esto no lo habeis mirado por particulares respetos, que convendrán con vuestra razon de estado; la mia siempre ha sido tener méritos para haceros dueño y esposa mia; no lo debe permitir el cielo, pues ataja obras de piedad en vos; voyla á buscar en las armas de mi contrario, con presupuesto de no olvidarme del ingrato proceder que conmigo habeis usado. Responderle queria doña Isabel, convencida con lo que le habia dicho, para aventurar todo cuanto importaba su opinion, y cuando le llamó no fué oida, que ya bajaba por la calle seguido de don Garceran, que le habia ya conocido y le iba á acometer.

Todo esto vió doña Isabel, estando con grandísimo pesar de verle en el peligro que estaba; mas sucedió mejor que se pensó, porque al llegar don Garceran á tiro de pistola, cerca de don Alejandro, él se habia encontrado con don Jaime, amigo suyo, que venía acompañado de un criado á acostarse; por esto no fué acometido, que como don Garceran habia hecho paces en público con su enemigo, estábale mal que sobre ellas le viesen acometerle, y más con armas de fuego; y así, viendo que aquel lance se habia perdido, se volvió por no ser conocido de los dos, si bien don Alejandro dió cuenta á su amigo de haberle venido hasta allí siguiendo: cosa que le causó admiracion, que tan mal guardase su palabra don Garceran en cosa tan ligera, aunque para él le parecia pesada y juzgaba agravio. Era ya muy tarde, y así por esto como por asegurar una sospecha que don Alejandro tenia, quiso quedarse allí con don Jaime; él lo estimó mucho, y con esto entraron en su casa, y ántes de acostarse discurrieron los dos en lo pasado, habiéndole dado parte don Alejandro de sus amores con doña Isabel. Tenia don Jaime algunas noticias del empleo antiguo de esta dama con don Fernando, y sintió mucho que su amigo hubiese puesto su aficion en ella, y más para casamiento, y así lo dijo; con que don Alejandro se persuadió que la causa porque no fué admitido era por tener allá á su primer galan, discurriendo con esto el haberle vedado el hablarla de noche, y que esto era despues que él habia venido de Madrid; pues comunicado esto con don Jaime, vinieron los dos conformes en que don Fernando estaba en casa de esta dama, y para saberlo con certeza fiaron de un criado de don Jaime el que lo examinase, quedándose en la calle hasta ser de dia; y por dar en lo cierto el mismo don Jaime de lo que pasaba, pusieron de posta otro criado suyo en la otra calle, donde estaba la puerta falsa por donde don Fernando entraba; y con esta prevencion se acostaron, aunque el desvelo de don Alejandro era tanto, que no durmió sueño. Media hora sería ya de dia cuando uno de los dos criados vino á decir á los caballeros cómo habia visto salir á don Fernando de la casa de la amiga de doña Isabel en hábito de noche, y que á este tiempo, á una ventana de las de doña Isabel, que tambien caia á la otra calle, ella se habia puesto á verle salir, á quien habia cono-

cido muy bien. Con esto quedó don Alejandro asegurado de su sospecha y sin género de amor para con la engañosa dama ; de la vecina no se podia tener sospecha que nadie la galantease, por ser ya mujer de cincuenta años y indiciada en que sabía hacer algunas amistades de juntas amorosas. Tal género de mujeres debia de ser aborrecido de las gentes, pues con disimulado trato son polilla de las honras, con quien no vive marido, padre ó hermano seguro. La noche siguiente pudo el cuidado de don Alejandro ver más á su salvo desde la casa de un conocido suyo entrar á don Fernando, y para mayor satisfaccion de su sospecha se subió al terrado, de donde vió cómo en el de enfrente estuvo este favorecido galan hasta ser avisado que pasase al suyo por la misma doña Isabel.

Esa misma tarde quiso la cautelosa dama satisfacer á su quejoso galan por cumplir con todos y no dejar á nadie con queja ; y así, con una criada suya, de quien fiaba uno y otro empleo, y ella acudia á entrambos con solícito tercio, por lo que de ellos medraba, le envió un papel. Halló á don Alejandro que acababa de dormir la siesta, y estaba en un catre de la India echado ; mandóla entrar y dióle el papel, en el cual leyó estas razones:

« No os encarezco, señor don Alejandro, la pena que tengo, considerando en vos el sentimiento que juzgo tendréis por no haber usado el acto de piedad que pedian vuestro amor y la buena correspondencia de una mujer bien nacida, cuando no la moviera él mismo; mas si considerais cuán delicado es el honor y cuánto se debe mirar por él, echaréis de ver que pues no os dí acogida en mi casa, estaba á pique de perder mi reputacion con la huéspeda que acerté á tener para enfado mio; el sentimiento que me dejastes os dijera bien mi desvelo, y yo en este papel, si os juzgara tan crédulo como os juzgo enojado ; gracias al cielo que lo dispuso mejor, estorbando vuestro peligro y el mio, pues es cierto que á pasar vos por él no era más mi vida. Suplícoos que el enojo no pase adelante, si ha merecido esta satisfaccion acabar esto con vos. Echaré de ver haber perdido la queja en la respuesta de este; téngala yo buena, si estimais mi vida; la vuestra guarde el cielo como deseo. La que bien os quiere.»

Notablemente se irritó con el papel don Alejandro, y aunque lo disimuló cuanto pudo, la criada, que no partia los ojos de su semblante miéntras leia, lo conoció bien por algunas mudanzas que en él vió. Rogóla el ofendido amante que esperase en un alegre jardin, que allí cerca estaba, miéntras respondia, y tomando recado de escribir, aunque dilató el tiempo por hacer borrador del papel, contenia estas razones :

«Siempre vuestras satisfacciones fuéron para mí aumento de amor; mas esta, aunque no la juzgo por tarda, ha hecho contrario efecto, conociendo venir tan falta de verdad como lo ha sido siempre vuestra fe; nunca presumí de mí que fuera bueno para entretener ausencias, ni de vos que pasárades con ello adelante, sabiendo la pena que me tenia de costa padecer con deseos y esperar con zozobras. No culpo el no admitirme cuando amenazaban peligros á mi vida; y así, disculpo la accion, que ejercer tanta piedad con dos sugetos á un mismo tiempo es demasiada caridad; lo que culpo es que con empeño tan preciso busqueis en mí el voluntario, aventurando vuestra opi-

nion en la corta duracion de un engaño, de que he salido con las diligencias que bastan para saber que un dichoso tiene entrada en vuestra casa, por donde le hacen buen tercio para vuestra correspondencia. Gozadle mil siglos, sirviéndoos de no acordaros más de mí, porque ni soy bueno para llamado, ni dichoso para escogido.»

Este papel estuvo en breve tiempo en manos de doña Isabel, á la cual halló la criada en casa de la vecina amiga por donde entraba don Fernando; recibiólo la dama, preguntándola á su sirvienta cómo le habia hallado; ella le dijo que con poco gusto, y que así la habia recibido, careciendo de los agasajos que siempre que la veia la hacia. Alteróse doña Isabel, diciendo:

—Con lo que me dices me prometo poco gusto con el papel; abrióle, y leyendo en él las razones que se han dicho, quedóse con él en la mano, ajena de sí, no sabiendo lo que la habia sucedido. Preguntóle la amiga qué contenia el papel, y ella para mejor satisfacerla, quiso que él lo dijese dándoselo á leer, por donde conoció la amiga estar descubiertos los amores de don Fernando, con pérdida de su reputacion, pues sabía ser por su casa la entrada á la de la amiga, pesándola muchísimo de que se hubiese sabido. Doña Isabel estaba con tanta pena de haber visto el papel, que no acertaba á hablar, y maldecia el punto y hora en que á don Alejandro habia admitido á su galanteo; mas un consuelo le quedaba, y era conocer en él tan noble condicion, que aunque estaba celoso, fiaba de su buen término que no publicaria su correspondencia; cosa poco usada en estos tiempos, donde se dicen aun las cosas que no suceden: ¿qué será las que con verdad pasan? No paró la desgracia de doña Isabel en esto solo, que cuando la fortuna comienza á volver la rueda para adversidades, no se cansa en una sola. Sucedió pues que cuando salió la criada de dar el papel de su señora á don Alejandro, acertase á verla don Fernando salir de su casa y con el papel en la mano: poca advertencia de las que con poco celo sirven, que mayor la tuviera á hallar las dádivas que acostumbraba recibir del generoso don Alejandro; mas como salió con aquel disgusto de no haberle dado nada, cuidó poco de lo que la importaba encubrir, que fué lo que bastó para engendrar sospecha en don Fernando, el cual la siguió disimuladamente hasta la casa donde doña Isabel estaba; y hubo aquí otra inadvertencia, que fué dejarse la puerta abierta. Hallando con esto don Fernando franca entrada, subióse arriba sin ser sentido de nadie, y pudo oir leer el papel en alto á la amiga de doña Isabel, y despues lo que las dos platicaron sobre él, explicando la afligida dama su sentimiento. Con esto y la poca gana que este caballero tenia de cumplir su obligacion, que un amor gozado tiene ménos fuerza que el que se espera, él halló camino por donde eximirse de ella, y así salió adonde estaban, no causándoles poco alboroto su vista de improviso. Lo que dijo, mirando á la afligida doña Isabel, fué:

—Yo juzgué, con las obligaciones que de por medio habia entre los dos, ser correspondido con la fe que pedian mis buenos deseos, enderezados á honesto fin de matrimonio; mas pues veo ¡oh ingrata doña Isabel! tu poco recato, admiiendo nuevo empleo, quedo libre para disponer de mí á mi voluntad, pues no

fuera razon hacer empleo en quien tan poco mira su honor, para vivir toda la vida con escrúpulos y recelos de si me guardan el mio. Con esto volvió las espaldas, dando por bien empleada su diligencia, pues por ella pudo salir de un empeño donde sin gusto de su madre se hallaba.

No pudo el valor de doña Isabel resistir este pesar; y así, faltándole el aliento, se quedó desmayada en las faldas de su amiga, durándole largo rato el desmayo; pero vuelta de él, causó notable lástima las cosas que dijo, lamentándose de su poca dicha, sin saber qué remedio tener. Veíase despedida de don Alejandro, sabedor ya de su empleo primero; despreciada de don Fernando, á quien por su poco recato tenia ofendido, y no discurria qué modo tener para desenojarle, vista la razon que tenia. Así pasó la tarde, ocupada en varios discursos, pero ninguno eficaz para su remedio. Llegó la noche y fuése á su casa, donde la dejarémos, por decir lo que don Alejandro hizo.

Luego que la criada se fué con el papel, don Alejandro estuvo un rato discurriendo consigo en lo que haria, pues ya hallaba esta puerta cerrada para su empleo y no ser á propósito de su honra el tratar de él. Habíale parecido bien siempre la hermosa Laudomia, con quien le pasó aquel lance de celos con doña Isabel; veia cuán principal era y tener buen dote; y así, trató de pedirla por esposa á su padre y hermano, cosa que alcanzó de ellos en breve con mucho gusto suyo, por ser este caballero muy querido de todos en su patria. Hiciéronse las capitulaciones, y publicóse luego por Valencia este casamiento; llegando á oídos de doña Isabel, juzgad si lo llegaria á sentir con veras, y más siendo el empleo con quien ella tenia aborrecimiento desde aquel encuentro que habia tenido. Muchas cosas dijo lamentándose, maldiciendo su corta fortuna; pero no son estas nada para lo que le esperaba, porque don Fernando, hallando la ocasion, como la podia desear, para eximirse de su obligacion, no cumpliendo la que á esta dama le debia, trató de casarse con una señora rica y hermosa, con quien su madre le instaba que se casase; hiciéronse tambien las capitulaciones, y aunque fuéron con secreto, pasó luego la voz por toda Valencia, de modo que llegó la nueva á los oídos de doña Isabel. Tenia esta dama tanta confianza en que don Fernando no habia de faltar á su obligacion, que pensaba ella que faltaran todas las del mundo, y esta no; mas hallóse muy burlada; porque si ella, que habia de conservar aquel amor, como perdidosa de la joya la más preciosa de su honor, tenia tan poco recato, hablando á un tiempo con don Alejandro, ¿cómo queria que don Fernando se casara con ella con tan grandes escrúpulos, habiendo de vivir toda la vida con recelos? Ese dia que supo la última nueva del casamiento de este caballero no perdonó su enojo su hermoso rostro, pues le maltrató con golpes, ni á su dorado cabello, que esparció parte de él por el suelo; sus ojos eran fuentes que nunca cesaban de llorar; decia la afligida dama, cuando los penosos sollozos y afligidos suspiros la dejaban: Desdichada de tí, mujer sin ventura, castigada ingratamente por firme, por amante y por haber guardado fe á un desleal, á un fementido, á un traidor, pues habiéndole hecho dueño de lo mejor que poseia, niega la deuda, y la paga es olvido y mudanza; escarmienten en mí las inconsideradas y fáciles mujeres que engañadas de una

leve lisonja y de un fingido amor se determinan á perder lo que despues no se puede recuperar; por grande desdicha paso, pues cuando en esta afliccion apetezco lo que otros aborrecen, que es la muerte, no quiere venir á dar fin á mis penas y alivio á mis cuidados. Visitóla aquella amiga, por cuya casa don Fernando entraba á la suya; y aunque la procuraba consolar cuanto podia, era tanta su pena, tan grande la causa y tan léjos su remedio, que eran en balde los consuelos, pues estos se fundaban en esperanzas, y aquí no las habia sino muy largas y fundadas en una muerte, que era en la de la esposa que don Fernando elegia; poner impedimento en el consorcio era el mejor remedio; mas un empleo tan oculto, sin haber precedido á él cédula ni testigos más que una criada, qué fuerza habia de tener para impedir la intencion de don Fernando, que castigó muy de contado el delito de doña Isabel, para que escarmienten las que se arrojan á dejarse galantear á un tiempo de dos, no advirtiendo cuánto llegan á perder de su fama y opinion siendo burladas, como se ve en el ejemplo presente. El remedio último que doña Isabel eligió fué resolverse á entrarse monja en el real monasterio de la Zaidia, y así lo ejecutó de allí á tres dias que supo el casamiento capitulado de su riguroso galan.

Novedad pareció á Valencia ver tan presta mudanza en esta dama, cuando la juzgaban tan amiga de hallarse en todas fiestas, tan alegre en todas conversaciones, y finalmente, tan del siglo; atribuyeron todos esto, no á lo que pasó por estar oculto, sino á que Dios tiene muchos caminos por donde llama á los suyos. Esta señora escogió mejor esposo, y así con él vivió contenta lo que duró su vida. Don Fernando nunca tuvo sucesion, sino pleitos, empeños y pesares, no viviendo muy gustoso con su esposa. Solo quien tuvo felicidades con la suya fué don Alejandro, pues le dió Dios hijos y muchos aumentos de hacienda.

Aquí tuvo fin la novela, que duró hasta que llegaron al fin de la jornada de aquel dia. Alabaron todos al licenciado Monsalve su bien escrita novela, diciéndole Ordoñez:

—Si como la muestra que hemos oido es lo demás del libro, desde luego le prometo á usted que sea bien admitido en todas las manos y que tenga buen expediente. No le perdonamos á usted las novelas que faltan, para que así tengamos entretenida jornada. Agradeció Monsalve el favor que Ordoñez y todos le hacian, y ofrecióles que cuando faltase materia á la conversacion, lo supliria él con leerles otra novela hasta que se acabasen, no causándoles enfado. Todos aceptaron el ofrecimiento muy gustosos, con que habiendo llegado á la posada, eligió cada uno aposento, donde se retiraron á cenar y á dormir luego, por haber de madrugar al otro dia.

CAPÍTULO IX.

Llegan Rufina y Garay á Córdoba; los ponen presos, y Rufina cae mala, y esto les proporciona conocimiento con un rico genovés, que se los lleva á su quinta para que aquella convaleciese.

Por sus jornadas llegaron á la antigua ciudad de Córdoba, una de las principales ciudades de Andalucía y cabeza que fué de reino en tiempo que España la ocuparon moros; su llegada á esta ciudad fué al anochecer; pues un tiro de ballesta ántes de llegar á sus muros sucedió que habiendo salido dos hidalgos al campo desafiados, el más desgraciado cayó en el suelo herido de dos estocadas penetrantes, con que el contrario le dejó, y se fué á poner en salvo; pedia el herido confesion á voces, al tiempo que el coche emparejaba con él; como el licenciado Monsalve era sacerdote y confesor, obligóle á salir del coche, acompañado de Garay y de la señora Rufina, que quiso aquí, sin ser menester, salir á ver el herido; acudieron á él y á tan buen tiempo Monsalve, que le pudo dar materia para caer sobre ella la forma de la absolucion, y luego perdió el habla, quedando en brazos de Garay. Volvióse Monsalve al coche, y llamando á Rufina, no quiso dejar á su Garay solo, con lo cual descortesmente partió el coche y los dejó allí, enviándoles á decir los que iban en él adónde se habian de apear con el mozo del cochero, cosa que sintió mucho Rufina, la cual quedó acompañando á Garay, que viendo aun con sentido al herido, le ayudaba á bien morir, diciéndole se encomendase de corazon muy de veras á nuestro Señor; mas él estaba tal, que en sus brazos perdió presto la vida; confusos se hallaron en ver qué harian de aquel cuerpo, cuando á este tiempo llegó la justicia, y como viese al difunto en los brazos de Garay desde léjos y á una mujer allí con ellos, y ántes hubiese entendido que habian salido dos hombres desafiados, pensó que Garay era uno de los del desafío, con que le agarraron dos corchetes que acompañaban á un alguacil de la ciudad, y él les mandó que le llevasen luego á la cárcel, encomendando al alcaide que tuviese mucho cuidado con aquel preso, y él se llevó tambien á Rufina presa á su casa. Disculpábanse los dos con la verdad; mas el alguacil, que se presumia que por Rufina habian salido al desafío, no hacia caso de sus disculpas, diciendo que como probasen ser así lo que afirmaban, saldrian libres. Dejó á Rufina en su casa, y fué luego á dar cuenta al corregidor del caso, diciéndole cómo aquel hidalgo habia muerto en el campo, y que le habia hecho traer á la ciudad, y preso al homicida y á una mujer, sobre quien sospechaba habia sido el desafío; mandó que la mujer se la trajesen á su casa, y fué hecho al punto. Estaban con el corregidor algunos caballeros, y con ellos un genovés rico, gran mercader de por grueso, que habia venido á un negocio suyo; pues como viesen á Rufina con tan buena cara y talle, todos se pagaron de ella, en particular el genovés que era enamoradizo. Estaba Rufina afligida de ver que se le hiciese aquella extorsion caminando, con que era fuerza

si se detenian esotro dia perder aquel viaje. Hízole el corregidor con su teniente, que ya habia llegado allí, algunas preguntas acerca del desafío y la muerte, y lo que á ellas respondió fué que no sabía nada de aquello, que ella venía de Sevilla caminando para Madrid en un coche, en compañía de otras personas que estaban en la posada que señaló y la habian avisado, y que vieron pedir confesion á un herido, saliendo del coche á confesarle un clérigo que venía con ellos, un tio suyo anciano y ella. Resolvieron, por ser tarde, dejar para otro dia la informacion de todo, mandando el teniente que á los del coche se les avisase que no partiesen esotro dia de Córdoba hasta serles ordenada otra cosa. Con esto se volvió Rufina á la casa del alguacil, que se la dieron por cárcel, acompañándola el genovés aficionado, por ser su casa en la misma calle, y cuando no lo fuera hiciera lo mismo: tanto se habia pagado de la moza; al dejarla en casa del alguacil se ofreció con grandes veras, y ella le agradeció el que pensaba era cumplimiento. Con la pena de verse detenida allí le dió á Rufina una calentura, de modo que fué principio de unas penosas tercianas.

El dia siguiente examinaron á los del coche, y todos dijeron la verdad, conformando con lo que habia dicho Rufina, con que dieron á Garay libertad, con más luz de haber sabido quién fué el homicida, porque los que se hallaron al principio del desafío depusieron en esto. Fué luego Garay á verse con Rufina, sintiendo mucho su indisposicion; esforzóla á que se animase para ponerse en camino, mas el médico que fué llamado para verla la aconsejó que si no queria perder la vida no se moviese hasta estar libre de su calentura. Con esto fué fuerza partirse el coche con la demás compañía, dejando allí la ropa de Rufina, la cual hubo de pagar al cochero lo que mandó la justicia, que si no fué por entero, fué alguna parte; no se descuidó el genovés en acudir á ver á la forastera á casa del alguacil, á quien comenzó á regalar con mucho cuidado y puntualidad, y era mucho para él, porque podia muy bien ser segunda parte del sevillano Marquina; mas el amor hace de los miserables generosos, como de los pusilánimes alentados.

Bien estaria Rufina en la cama quince dias, en los cuales no dejó ninguno de tener visita del señor Octavio Filuchi, que así se llamaba el enamorado genovés, y despues de visitarla, venía el criado con un regalo, ó de dulces, ó alguna volatería, con que el alguacil y su mujer se daban por contentos, por lo que participaban de todo. Convaleció la dama, y para hacerlo mejor, nuestro genovés le ofreció un jardin y casa, que estaba en la verde márgen del claro Guadalquivir. Aconsejóla Garay, á quien llamaba tio, que aceptase el envite, porque habia conocido aficion en aquel hombre, y sabía tener mucho dinero, con que se esperaba otra presa como la de Marquina. Con este consejo Rufina estimó la oferta que le hacia; y así, dispuso el pasar allí hasta hallarse con fuerzas para caminar. No quiso el genovés que se supiese en Córdoba haberla llevado á su quinta, por no dar nota á la ciudad, y ocasion á la justicia para visitarles su casa; y así, dispuso con beneplácito de la dama que Rufina fingiese partir de la ciudad y proseguir su comenzado camino; hízose así á prima noche, que trajeron mulas, y ella y Garay con el mozo y dos acémilas con la ropa

partieron camino de Madrid, por deslumbrar los ojos de curiosos; y despues de haber andado cosa de un cuarto de hora, volvieron á Córdoba, y se fuéron á la quinta, que estaba como dos tiros de ballesta de la ciudad; en ella esperaba el señor Octavio Filuchi con una muy gran cena; cenaron alegremente, y allí comenzó el amante genovés á mostrar más descubiertamente su amor. Era hombre de más de cuarenta años, buen talle, vestia honestamente, y habia como dos años que era viudo, y del matrimonio no le quedó ningun hijo, habiendo tenido tres; su trato era grueso en todas mercaderías, y á su casa acudian por ellas todos los mercaderes, así de la ciudad de Córdoba como de las convecinas, porque tenia correspondencia en todas partes. Era un poco codicioso, y aun si mucho dijéramos, hablaríamos con más propiedad; era hombre de caudal, porque tendria más de veinte mil escudos, y más de cincuenta mil de créditos, fuera de sus tratos; era dado á los estudios, por haber estudiado en Pavía y en Bolonia con mucho cuidado, ántes de haber heredado á un hermano suyo, que por morir en España, vino á ella á heredarle, y casóse en Córdoba, enamorado de una hija de un mercader de los que compraban de su lonja, y por esta causa se quedó en aquella ciudad. Este sugeto, que ha de ser el asunto de nuestra narracion, es el que amaba á Rufina, el que la ofreció su quinta para convalecer, el que lo hizo con deseo de conquistar su amor, y finalmente, el que se dispuso á no dejar esta empresa: tanta aficion mostró á la hembra. Ella estaba bien advertida por Garay de que el genovés era ave de quien podia sacar mucha pluma; pues la fortuna le habia traido aquella buena dicha, deseaba no serle ingrata, sino aprovecharse en cuanto pudiese, no dejando pasar ocasion ninguna. Por aquella noche no se hizo más que cenar, y cada uno se fué á su rancho á dormir, por ser algo tarde. Hizo muestras el genovés de querer irse á la ciudad, mas sus criados le dijeron no lo hiciese, por no haber seguridad alguna de noche, que era tiempo de levas, y habia soldados traviesos, y á vueltas de los hijos de vecino, que se aprovechan de estas ocasiones para robar, por parecerles que á los pobres soldados se les ha de echar la culpa de sus insultos: daño que debia remediar la justicia teniendo vigilancia de rondar de noche para averiguar estas dudas, y caso que se averigüen, castigarlas con severo rigor. Quedóse al fin allí el genovés, que no se holgó poco; aquella noche se le pasó toda en vela, discurriendo cómo podria obligar á la huéspeda que tenia, con ménos gasto, á que viniese con su voluntad; varias trazas daba, pero lo más fácil que él sabía queria olvidar, pues alcanzar amores sin liberalidades es un milagro en estos tiempos.

Vino el dia, y habiendo mandado entrar á la convaleciente el almuerzo, la hallaron levantada, cosa que le admiró al genovés, entrando en su aposento á reñirla aquel exceso y á mirar de camino si aquella hermosura de Rufina debia alguna cosa al artificio; hallóla peinándose el cabello, el cual era hermosísimo y de lindo color castaño oscuro; alabó el genovés á Dios de haberle dado tan hermosos cabellos, y mucho más, cuando partiendo la madeja para responderle, vió su rostro tan igual en la hermosura como cuando se fué á acostar, cosa para enamorar á cualquiera, pues el conocer que su hermosura no tenia nada de

mentirosa, sino toda natural y verdadera, es para el hombre el mayor incentivo de amor. Preciábase Rufina poco en inquirir aguas, afeites, blanduras, mudas y otras cosas semejantes, con que abrevian las mujeres su juventud, viniendo con todo esto la vejez por la posta; agua clara era con lo que se lavaba, y sus naturales colores el perfecto arrebol que traia. Venía pues el genovés á ver si gustaria de ver su jardin, y ella estimó su cuidado; y por no mostrársele desagradecida, así como estaba, sin trenzar el cabello quiso bajar á él; acompañóla Octavio con mucho gusto, dándole el brazo en algunos pasos que habia menester su ayuda, y ella tomándole vió todo el jardin con particular contento, y por ofender ya el sol se volvió á la casa, donde almorzó, y despues de haber hablado en varias cosas, quiso ver toda la casa; mostrósela el enamorado genovés. Teníala bien aliñada de cuadros de pintura de valientes pinceles, de colgaduras de Italia muy lucidas, de escritorios de diferentes hechuras, de camas y pabellones costosos; en efecto, no le faltaba nada para estar con un perfecto y correspondiente aliño.

Despues que hubieron visto casi todos los aposentos, abrieron uno, que era un curioso camarin, correspondiente con un oratorio; aquí habia muchas láminas de Roma, curiosísimas y de precio; agnus deis de plata, de madera y de flores de diferentes maneras; el camarin estaba lleno de libros en dorados escaparates puestos. Garay, que era hombre curioso y leido, aplicóse á ver los libros, y comenzó á leer sus títulos; en un retirado escaparate habia otros encuadernados con alguna curiosidad; estaban estos sin títulos; abrió uno Garay, y vió ser su autor Arnaldo de Villanova, y junto á él estaban Paracelso, Rosino, Alquindo y Raimundo Lulio. Como el genovés le viese ocupado en mirar aquellos libros, díjole:

—¿Qué es lo que mira tan atento el señor Garay? El dijo:

—Veo aquí una escuela junta de alquimistas, y segun la curiosidad con que usted tiene estos libros, debe de profesar esta ciencia.

—Es así, dijo el genovés, que algunos ratos me ocupo en estudiar en esos libros; ¿usted sabe algo de ellos?

—Casi toda mi vida, dijo Garay, he gastado con ellos.

—Segun eso, replicó Octavio, usted será gran alquimista.

—No le digo á usted lo que soy, dijo Garay, dejándolo para más despacio, que tratarémos de esto; solo sé que, fuera de estos libros, no he dejado de leer y estudiar ningun autor químico, y conozco razonablemente al señor Avicena, Alberto Magno, Gilgilides, Jervo, Pitágoras, los *secretos* de Cálido, el libro de la *Alegoría*, de Merlin, *de secreto lapidis*, y el de las *Tres palabras*, con otros muchos manuscritos é impresos.

—Solos los manuscritos me faltan, dijo el genovés, porque los demás ahí están; mas huélgome que usted profese este arte químico, á que yo soy tan aficionado.

—Bien lo sé, dijo Garay, yendo en la malicia de lo que pensaba ejecutar adelante; mas si le digo una cosa, se ha de admirar, y llegándosele al oído, le dijo en voz baja: Mi sobrina, sin ser latina, sabe tanto como yo, porque lo que prac-

tico lo ejecuta con la mayor presteza del mundo, y de esto ha de ver usted presto las pruebas ; pero por ahora no la diga nada , que lo sentirá mucho.

No pudiera Garay haber topado camino para engañar al astuto genovés como aquel ; porque era tanta su codicia, que andaba muerto por comenzar á hacer la piedra filosofal , pensando manar en oro y plata con ella, y con tal compañía se dió luego por felicísimo : engaño con que han gastado muchos sus haciendas y perdido sus vidas. Cuando esto le dijo Garay á Octavio estaba Rufina ocupada mirando algunos libros curiosos de entretenimiento, que de todos tenia allí el genovés ; pero con su divertimiento pudo oir algo de la plática, tocante á la química , y vió cuán gustoso atendia Octavio á lo que sobre ella le dijo Garay , el cual habia estudiado en aquel arte , y aun perdido alguna hacienda en investigar la piedra filosofal, tan oculta á todos, pues hasta hoy ninguno con certeza ha sabido dar en el punto de esta incierta arte; y con el desengaño que Garay tenia y poco dinero, habia conocido su poca certeza, y queria desquitarse de lo que perdió en ella con quien no habia aun salido de este engaño, que era nuestro genovés , el cual con lo que le oyó á Garay, habiéndole creido, se juzgó monarca del mundo. Lo que le dijo á Garay fué que tenia prevenido en aquella su quinta cuanto era necesario para comenzar aquella experiencia , y así le mostró en un aposento apartado de la casa hornachas, alambiques , redomas y crisoles, con todos los instrumentos que los químicos usan y gran cantidad de carbon. Para esto halló Garay la mitad hecho para forjar al genovés una buena burla; y el mayor fundamento era verle presumido de entender aquellos libros y conocer que sabía poco de aquel arte, pues el alcanzar algo de sus principios no pudiera salir bien con su intento. Por entónces no se trató más de esto, aunque el genovés no quisiera dejarlo de la plática. Bajaron á un cuarto bajo de la casa, cuyas ventanas caian á lo más ameno del jardin , y allí les tenian prevenida la mesa; comieron gustosamente , y acabada la comida , dió lugar Garay para que el genovés y Rufina se quedasen solos, y fingiendo sueño, fuése á pasar la siesta ; en tanto el genovés se declaró del todo con la dama, ofreciéndole cuanto tenia y poseia en su servicio; ella estimó su voluntad , y por entónces no le dió más que una leve esperanza , mostrándole afable rostro. Habia visto una arpa en el camarin de arriba, y pidió que se la bajasen , que con la música comenzaba ella á hacer su negocio ; gustó mucho el genovés de oirla que sabía tocar aquel dulce instrumento, y al punto mandó bajársele, diciendo que su difunta esposa le tocaba con primor, y que habia como ocho dias que , trayendo á merendar á unos amigos á su quinta , se habia encordado. Vino la arpa , y habiéndola Rufina templado con mucha brevedad , comenzó á mostrar en ella su gran destreza, que con gran primor tocaba aquel instrumento, dejando admirado al genovés ver lo diestro que tocaba. Ella para rematarle más, fiada en su buena voz, que, como está dicho, la tenia excelente, cantó esta letra:

Con lazadas de cristal,
Dos risueñas fuentecillas
En la amenidad de un prado
Abrazos se multiplican.



El rumor de su plática dió motivo á Garay para que quietamente saliese de donde estaba.

La capilla de las aves
Tales paces solemniza,
Y el murmúreo de las selvas
Los aplaude y regocija.
Lisardo, que mira atento
Amistad tan bien unida,
Cuando vive despreciado,
Dijo cantando á su lira:
¡Ay qué dulce vida!
¡Ay qué amor suave!
¡Ay qué gusto sin celos!
¡Ay qué firmes paces!
Fuentecillas, que haceis amistades,
Si saliere al prado Belisa, poneos delante
Porque olvide rigores,
Que es quietud de las almas union conforme.

CAPÍTULO X.

Garay y Rufina se proponen robar al genovés, y entre los dos discurren los medios de llevarlo á cabo; lo logran, y huyen á Málaga.

Rematado quedó el enamorado Octavio oyendo la suave y regalada voz de Rufina; la exageró su dulzura y juntamente su gran destreza, y no era encarecimiento de amor, que en uno y en otro tenia particular gracia; ella, mostrando colores en el rostro, mintió vergüenza donde no la habia, y dijo:

—Señor Octavio, esto he hecho por divertiros; el celo se me agradezca, que osadía ha sido ponerme á hacer esto delante de quien tantas voces mejores que la mia habrá oido.

—Ninguna puede haber que iguale á la vuestra, dijo Octavio, y así, quiero que vuestra modestia no sea ofensa de vos misma; preciaos, señora, de lo que el cielo con mano tan franca os ha dado, y sed agradecida á sus favores, estimándoos mucho; y creed que mi aprobacion no es la peor de Córdoba, que en mi mocedad tambien cursé el cantar, mas la lengua no me ayuda para cantar letras españolas; las italianas canté razonablemente, y esto á una tiorba, en que soy algo diestro. Viendo pues que Rufina queria dejar la arpa, la suplicó que no lo hiciese, y así volvió á asegundar con este romance:

El Bétis y sus cristales
Parias ofrece á las flores;
Porque aumenten la belleza
Al verde espacio de un bosque.
En las copas de los mirtos,
Los pajarillos acordes,

En su armonía explicaban
Conceptos de sus amores.
A favorecer los campos
Salió de su albergue Clori,
Envidia de las zagalas,
Prodigio hermoso del orbe.
Las aguas se suspenden,
Alégranse las flores,
Los vientecillos calman,
Y así todos conformes.
Las aves repiten con dulces voces:
Huid, huid, temed, temed;
Alerta, pastores,
Que pues Clori en el campo sus plantas pone,
Matarán sus ojos de amores.

De nuevo volvió á exagerar el genovés Octavio la gracia de su querida Rufina, y ella á estimar el favor que le hacia; quiso darla lugar para que reposase un rato la siesta, y él se subió al cuarto de arriba á hacer lo mismo. Ya Garay habia pensado, en el tiempo que le juzgaban durmiendo, por qué parte se le podria hacer á Octavio la herida; y así, sintiendo que se habia subido á reposar, salió de su aposento, y se fué al de su fingida sobrina; dióle cuenta de lo que tenia trazado contra Octavio, siendo capa de esto la química ciencia, de que tanto se preciaba; ayudándole á desearla saber perfectamente la demasiada é insaciable codicia que tenia; y era así, que le parecia que sabiendo hacer la piedra filosofal, piélago en que tantos han zozobrado, sería oro cuanto en su casa habia, y Creso habia de ser un pobreton para con él, y Mídas un mendigo. Confabuló Garay con Rufina en cosas importantes para que Octavio fuese el paciente y estafado; dióle algunos avisos, y tambien por escrito; porque con lo que le habia dicho el genovés de que era persona científica en aquel arte, la hallase por lo ménos sabedora de los requisitos de él y diestra en saber sus términos: de todo quedó muy advertida Rufina, y para principio del engaño Garay la pidió algunos eslabones de una cadena de oro, que ántes de partir de Sevilla habia comprado; era grande, y hacíanle poca falta docena y media, con que hubo bastante materia para comenzar la empresa. Con esto se fué Garay á la ciudad, y en una oficina de un platero liquidó aquel oro, é hizo de él una barreta pequeña, con que se volvió á la quinta á verse con Octavio, que habia dormido como si no fuera enamorado, hasta poco despues que llegó. Comunicó con Rufina lo que traia pensado; y viéndose con el genovés, comenzaron á hablar en varias cosas diferentes de aquella materia, todo de propósito; porque Garay iba con ánimo de que él le moviera la plática, y era tanta su codicia, que no pasó un cuarto de hora sin venir á tratar de la química en ella; con más espacio comenzó á hablar Garay, como el que habia tratado de aquella engañosa facultad, y habia salido con las manos en la cabeza, como todos los que la profesan. Admiróle á Octavio ver cuán en los términos de todo estaba; porque aunque se preciaba de discípulo de aquella escuela, en lo que le oyó platicar le reconoció más capaz que él, y así se lo dijo; quiso acreditarse Garay con el genovés y dar principio

á su embuste con decirle que fácilmente sacaria, para prueba de lo que sabía, oro de otro metal; alegróse Octavio, y con grandísimo afecto le rogó que lo hiciese. Garay le preguntó si habia carbon en la quinta, y el genovés le dijo que sí, y mucha cantidad, porque él habia querido dar principio á la piedra filosofal. Subieron los dos adonde estaba la oficina que habian ántes visto, y viendo en ella Garay hornillos, crisoles, alambiques y otros instrumentos químicos, dijo:

—De lo que al presente necesitamos ya lo tenemos aquí, que es de dos crisoles pequeños; hizo subir fuego, y poniendo un poco de azófar á derretir en el uno, lo hizo liquidar, de modo que lo vió allí líquido el genovés; sacó una cajuela de la faldriquera Garay, y de ella un papel con unos polvos, que dijo ser lo importante para su intento; echólos en el crisol, y sacándole á la claridad de una ventana con la mayor presteza que pudo, sin que el genovés lo echase de ver, vació el azófar líquido por ella y en su lugar puso la barreta de oro que echó, y cubrióla, diciendo al genovés que importaba estar así media hora; en tanto hablaron de diversas cosas, todas en órden á desear el genovés saber hacer la piedra filosofal; porque era tanta su codicia, que le parecia que sabiéndola habia de ser señor del mundo. Vió Garay ser hora de manifestar su trabajo á los ojos del codicioso, y destapando el crisol, sacó su barreta de él, mostrándosela á Octavio, que viendo aquello quedó loco de contento, si bien dudoso de que aquello fuese oro verdadero, y así se lo dijo á Garay, el cual se le dió, para que haciéndole tocar á un platero, conociese que le trataba verdad. Quiso averiguarlo Octavio, y partióse de la quinta á la ciudad, donde supo ser el oro de veinte y dos quilates, con que volvió gozosísimo. En tanto Garay no estaba ocioso, porque instruyó á Rufina en todo cuanto habia menester para salir con su intento. Comunicaron todos tres la experiencia que se habia hecho, y Octavio, ya más codicioso que enamorado, queria que otro dia se tratase de comenzar á trabajar en la piedra filosofal, prometiendo á Garay grandes ganancias, ofreciéndose él á hacer toda la costa, aunque fuesen diez mil escudos. Garay era gran tacaño, y llevaba ya pensada la burla con grandes fundamentos, y á la propuesta del genovés le dijo estas razones:

—Señor Octavio, yo tengo casi sesenta años, que es deciros haber pasado lo mejor y más de mi vida; bien pudiera, con lo poco que sé de este arte, pasar lo que me queda con tanto descanso como un grande de España, sin empeño, esto á costa de muy poco trabajo, porque lo más tengo pasado en mis estudios; yo carezco de hijos; quien me ha de heredar una razonable hacienda que tengo es Rufina, sobrina mia; con ella y la que heredó de mi hermano, padre suyo, podrá casarse honradamente con tan principal marido como el que perdió, que era de lo noble de la Andalucía, sin buscar más aumentos para ella, siéndome tan fácil el dárselos con lo que habeis visto; y el no usarlo lleva cierto intento que os quiero comunicar. En España saben que, si no soy yo, no hay ahora hombre que sepa la química con más perfeccion, y han llegado las noticias que de mí tienen á oídos de su majestad, y así soy buscado con mucho cuidado por varias partes; mas ha sido tanta mi dicha, que he podido librarme de ser hallado, dando á entender que me he pasado á Inglaterra. La causa de huir de las mu-

chas honras que su majestad me ha de hacer no va fundada en santidad y menosprecio de las cosas del mundo, sino en mi razon de estado, que es no querer honras ni favores con la pension de perder mi libertad para toda mi vida y pasarla disgustadamente en un honesto cautiverio, y declárome con vos más. Su majestad esta hoy con guerras en diferentes partes, cuyo gasto es tan grande, que para socorrer su gente, no solo ha menester sus rentas reales y la flota que viene de Indias, sino valerse de la ayuda de sus vasallos; pues si yo fuese hallado de los que diligentemente y con cuidado me buscan, sabiendo que con mi arte puedo remediar todo esto con mucha facilidad, claro es que en prendiendo mi persona han de dar con ella en una fortaleza, que ha de ser cárcel para toda mi vida, pues en ella no tengo de hacer otra cosa que trabajar siempre para aumentar los tesoros de mi rey y darle poder; y este bien se le diera yo por una ó dos veces, sino que la codicia en los hombres es tal, que no se contentan con lo que tienen, aunque sea mucho, sino que anhelan siempre á tener más. Esta, señor Octavio, es la causa por qué ando fugitivo y encubierto, y debéisme el haberos revelado lo que no hiciera á mi hermano, que hoy fuera vivo; pero de vuestro valor y secreto fio el que os encargo, que no lo perderéis de mí.

Agradeció Octavio á Garay haberse declarado con él con tanta amistad, de la cual se hallaba tan feliz, que le parecia le podian envidiar todos los del mundo. Lo que le respondió fué que fundaba su razon de estado bien, y que para vivir preso, por temor de que no se pasase á servir á otro rey, la excusaba justamente con andar encubierto. Exageróle cuánto le estimaba y deseaba servir, y que no tenia que ofrecerle más que su hacienda, que de ella podia servirse desde aquel dia como cosa propia suya; pero que lo que le suplicaba era que, pues habia comenzado á dar muestra de su habilidad, no se partiese de Córdoba sin dejarle luz de ella. Esto le ofreció Garay, diciéndole que cosa tan preciosa como el oro no se hacia ménos que costando oro á los principios, y que así le avisaba que habia de ser grande el gasto para hacer la piedra filosofal; que si queria disponerse á que él la hiciese con particion de la ganancia, que no le estaria mal. El genovés, que no deseaba otra cosa, le ofreció gastar cuanto tenia en ello, y Rufina de ayudarles, porque de la enseñanza de su tio se le extendia á ella algo, y aun mucho, replicó Garay. Quedó pues de concierto que de allí á dos dias se daria principio á la obra, proponiendo que el principio de elixir divino (así llaman los químicos al todo de su trasmutacion) se forma de la congelacion del mercurio con el napelo, con la horra, con la cicuta, con la lunaria mayor, con la orina, con el excremento del muchacho bermejo, lambicado con los polvos de aloes, con la infusion del opio, con el unto del sapo, con el arsénico y con el salitre ó sal gema, y que él lo pensaba hacer con la orina del muchacho bermejo, la cual encomendó á Octavio le buscase con diligencia, que era más á propósito que ninguna cosa. Él se ofreció á buscarla, y para dar principio á la obra dió quinientos escudos á Garay, porque estos dijo haber menester para cosas precisas que se habian de comprar; y esta liberalidad hizo el genovés, así por el interés que se le seguia de lo que esperaba poseer como por haber dormido sobre el caso y pensar tratar casamiento con Rufina, pues teniéndola

á ella por esposa, era cierto tener de su parte á Garay y que no le faltaria. No quiso dilatar el publicarle su pensamiento, que aquella noche, acabando de cenar, le sacó al jardin y se lo dijo. Parecióle á Garay que iba mejor encaminado su intento por allí; y así, le estimó su deseo exagerándole cuánto ganaba su sobrina en tenerle por dueño suyo; pero que habia un inconveniente, que era esperar una dispensacion de Roma para poder casarse, porque luego que enviudó Rufina, habia prometido, con el ánsia de perder su esposo, entrarse religiosa, y para relajar este voto, que se hizo apasionadamente, habian despachado á Roma por dispensa de su Santidad; y que la jornada á Madrid era á cobrar ciertos réditos de un juro que tenia sobre la hacienda de un gran señor, que por poderoso no se le pagaban seis años habia; que le daba su palabra que venida la dispensacion se trataria luego del casamiento, que él veia á su sobrina muy inclinada siempre á lo que él la ordenase. Con esto quedó Octavio el más contento hombre del mundo, y desde aquella noche fué dueño Garay de cuanto poseia.

Comenzóse pues á forjar la burla comprando Garay algunas cosas que él encarecia valer mucho á Octavio, y todo era engaño. Previno nuevas hornachas, nuevos crisoles y alambiques, diciendo que los que allí habia no eran á propósito. Esto hizo en tanto que nuestro genovés andaba buscando los orines del muchacho bermejo, que fuéron algo dificultosos de hallar, aunque lo consiguió con dineros, que todo lo allanan, porque temiéndose de un hechizo la madre del muchacho, quiso que se lo pagasen bien. Todo cuanto Garay dilataba su química, cautela era para hallar á propósito disposicion de dar el salto á Octavio; y para cuando se ofreciese la ocasion tenia comprados dos valientes rocines á propósito para huir de Córdoba, y estos estaban en parte secreta.

Compuso las destilaciones sobre las hornachas á vista del genovés, compró alguna alquimia, bronce y azófar, diferentes sales y otras cosas de lo que los químicos usan; y dando fuego á las hornachas, destilaban lo que se les ponia, que no era nada á propósito, sino solo para engañar al que gastaba sin órden, con la espera de lo que habia de resultar de allí. En cuanto á amor, íbale mejor á Octavio, porque con lo propuesto del casamiento, la señora Rufina, por pasar con su engaño adelante, le hacia algunos lícitos favores en ausencia de Garay, con que Octavio andaba loco y maniroto.

Ofreciósele venir á Octavio una letra de cantidad que hubo de pagar á veinte dias vista; y con esto y alguna quiebra de correspondencias que tenia en partes extranjeras, con que temia faltar de todo punto á su crédito, si aquello no se componia en su favor; pero por lo que sucediese valióse del remedio que toman todos los hombres de negocios que quiebran, que es salvar los bienes para despues hacer la fuga á su salvo. Así nuestro genovés no se dió por quebrado de todo punto, pero iba disponiendo la prevencion para si sucediese, que fué lo que le estuvo mejor á nuestra Rufina y á Garay. Ocultó algunos bienes de joyas y dineros Garay en nombre del genovés, de quien él ya hacia mucha confianza, y la persona que los tenia en depósito estaba avisada que á nadie los entregase sino á uno de los dos; sin esto llevóse otro tanto á la quinta, que á vista de Ru-

fina encerró en un secreto lugar que para fracasos como estos tenia fabricado con mucho artificio, sin que nadie diese con ello, si no es que lo supiese. Íbase trabajando en la mentida destilacion, dándole Garay buenas esperanzas que dentro de veinte dias tendria fin aquel trabajo y veria mucho oro en su casa para reparar aquellas quiebras, siendo más de mil escudos los gastados en adherentes químicos, segun la cuenta de Garay, no habiendo gastado quinientos reales. Ofreciósele á Octavio en este tiempo llegar á Andújar á verse con un correspondiente suyo para tratar con él cómo se sanearian estas quiebras que se esperaban, y encargando á Garay su casa, fué dejar carne al lobo, porque viendo la ocasion como la pudo desear, sin aguardar á más, sacó el depósito de aquella casa, lo que era dinero y joyas, y dejó la plata labrada, y lo que ocultaba la quinta no se quedó en ella; y acomodándolo bien, desampararon Rufina y Garay las hornachas y alambiques, y con su dinero acrisolado hicieron la piedra filosofal á costa del genovés ausente. Pusiéronse á caballo en ocasion que la gente de Octavio dormia, y tomando el camino de Málaga, que sabía muy bien Garay, caminaron por él toda la noche, con más de seis mil ducados en joyas y dineros. Tuvieron advertencia de dejar las hornachas puestas y los crisoles y alambiques armados y todo á punto, y encima de un bufete un papel que escribió Garay en verso, que lo sabía hacer, para que con más picazon quedase Octavio. Con esto, como está dicho, se partieron á media noche en sus rocines, que ya habian traido á la quinta, desviándose del camino real, adonde los dejarémos ir su viaje, ricos y prósperos, á costa del paciente, por decir lo que sucedió.

Volvió Octavio de Andújar de allí á dos noches, no muy gustoso, por no haber negociado como quisiera, porque el agente no halló modo cómo guiar aquellas cosas para prevenir el daño que esperaban, por la quiebra de correspondencias y de caudal; pero lo que á nuestro genovés le consolaba más era tener en Garay fundadas unas firmes esperanzas de que saldria con su empresa de modo que todo aquello se remediase y él quedase riquísimo, que tan ciego le tenia su química ó quimera. Llegó á la quinta ya de noche, y halló en ella á un criado suyo, que en compañía de Garay y de Rufina habia dejado, que los demás estaban en Córdoba. Este le recibió con un semblante muy triste; y hallándose con él arriba, sin ver mudanza en él de semblante, le preguntó con alguna alteracion, temiendo que hubiese novedad, por sus huéspedes; de ellos no le pudo dar razon alguna el criado, porque no los vió partir de la quinta, que le dejaron durmiendo y cerrado en su aposento; y así se lo dijo á su amo, y que por ser fuerte la puerta de él, no la pudo abrir hasta que la hizo pedazos, estorbándose en esto hasta medio dia. Buscaron lo que por allí habia, y hallaron los cofres descerrajados y su dinero ménos; no era esto lo que más temia Octavio, sino que hubiese Garay llegado á su depósito. Al entrarse á acostar, poniendo él mismo la luz sobre el bufete donde estaba el papel, le abrió y vió en él escrito este romance:

Alquimistas mentecatos,
Más codiciosos que ricos,

Que en multiplicar hacienda
Poneis todos los sentidos,
La piedra filosofal,
Que tanto habeis pretendido,
Para convertir en oro
Todo metal ménos fino,
Enseña el doctor Garay,
En el orbe protoquímico,
Que vive ya escarmentado,
Si pecó de motolito.
Este, siguiendo la escuela
De Alejandro, Jervo y Rosino,
Paracelso, Morieno,
Raimundo, Avicena, Alquindo,
Con otros varios autores,
Que eminentes y eruditos
Se quemaron las pestañas
Por parecer entendidos,
Desentrañando los senos
De sus bien pensados libros,
En el fin de sus estudios
Supo lo que en el principio.
Y así, despues de gastar
Tiempo, que dió por perdido,
Solo el santo desengaño
Le curó de su delirio.
Lo que enseña desta ciencia,
En que tan docto ha salido,
Es á escapar deste daño
Y á huir deste peligro.
Y porque los anhelantes
Que siguen su laberinto
No se queden sin vejámen,
Les pide atentos oidos.
Hombres de cascos baldados,
Ligeros de colodrillo,
Que para mofa de todos
Traeis al sesgo el juicio,
¿En qué fundais la intencion,
En qué estriba ese capricho,
Que corrupcion de materias
Engendren oro subido?
¿Putrefaccion de excrementos
Ha de producir al hijo
Del sol, que navega á España,
De donde lo inquiere el indio?
¿De cicuta ponzoñosa,
Del opio, veneno impío,
Ha de formarse un metal,
Del mundo el más pretendido?
¿El arsénico y lo graso
Del oso han de ser principios

De generacion tan noble?
¿No mirais que es desatino?
Si á interpretar jerigonzas
De vocablos inauditos,
Andais de autor en autor,
¿No veis, no veis que ellos mismos,
Cuando se dieron al ocio
De sus estudios prolijos,
Para desvelo de necios
Escribieron en guarismo?
Porque á saber ser verdad
Lo que tanto habeis creido,
Con lo oscuro no os hicieran
Escolásticos del limbo.
Lo enigmático y dudoso,
Pretendiendo ser Edipos,
¿Quereis deslobreguecer,
Cayendo en mayor abismo?
Si creeis que por verdad
Afirmaron los antiguos
Que la química era ciencia
Importante á los nacidos,
¿No echais de ver que en el modo
De vocablos exquisitos,
Para más desatinaros
Huyeron del Calepino?
La virtud trasmutativa
Llamaron (ved qué delirio)
Polvo, piedra, cuerno, ungüento,
Elixir y otros distintos
Nombres, para que la escuela,
Que inquiere trasmutativos,
Dando en temas de locura,
Multiplica desvarios.
Lo que os manda ejecutar
En los términos precisos,
¿No veis que echa bernardinas,
Pues son sus vocablos mismos?
Denso, raro, ánima, cuerno,
Volatin, ingenio fijo,
Formas, materia, pureza,
Duro, blando, puro, mixto.
Los humos de que se vale
Son calcantes, litargirios,
Magnetos, férreos y talcos,
Calaminas, salcatinos.
A los cuerpos de las sales
Los llaman nombres de espíritus,
Hilipinguedo, baurat,
Tucar, coágulo, vitro.
Al azogue, que es el norte
En quien fundan sus principios,

Llaman Mercurio, Favonio,
Ecuato, Eufrate, unitivo.
A la plata, luna, reina,
Incineracion, lucinio,
Nigredo, calcinacion,
Hipóstasis femenino;
Y vosotros para usar
De aquestas cosas, solícitos
Andais siempre entre crisoles,
Bacías, fuelles, hornillos,
Baños, morteros, cedazos,
Parrillas, copellas, vidrios,
Alambiques, cazos, ollas,
Fuego, cazuelas, lebrillos,
Tan tiznados y ahumados,
Tan quemados y curtidos,
Que parecen en los rostros
A los sulfúreos ministros.
Que el escarmiento en los necios,
Que fingieron tal camino,
No os libre de mentecatos,
Es de lo que más me admiro.
Pues buscando incertidumbres,
Apurados de juicio,
Empeñadas las haciendas,
Y de caudales fallidos,
Andais más pobres que andan
Vagabundos peregrinos,
Gramáticos y poetas,
Entre quien pocos se han visto
Con caudal; y así vosotros,
De la razon fugitivos,
Disipais todos los vuestros,
Emprendiendo desatinos.
Tú, Octavio, con tanto amor
Como codicia, has venido
Confiado en este embuste
A ver vanos tus designios.
Si bien el que esto escribe
Bien con el suyo ha cumplido,
Pues de palabras de viento
A sacar moneda vino,
¿Qué piedra filosofal
Hay de quien se haga oro fino,
Como de un fingido engaño
Y un amoroso cariño?
El mio halló su provecho,
Y la moza hizo su oficio,
Que es fingir amor en quien
Estafado de ella ha sido.
Ahi quedan las hornachas;
Los alambiques y vidrios;

La receta de hacer oro,
Esa la llevo conmigo.
Si te pareciere bien,
Estafa á otro motolito,
Porque pague con su engaño
Lo que te hemos ofendido.
Porque cobrar tu moneda
Con las armas de Filipo,
Tus ojos no lo verán
Por los siglos de los siglos.

No tardó poco el engañado genovés en leer los versos satíricos que sus fugitivos huéspedes le dejaron; luz tuvo de ser ellos los autores del robo, mas no la halló para topar con ellos. Aquella noche la pasó cual puede considerar el discreto lector de quien se veia en víspera de quebrar, y sin remedio de soldar su quiebra, y estafado ó robado. No perdió la esperanza, así de hallar en Córdoba el depósito intacto como de alcanzar á los robadores de su moneda. Vuelcos daba por la cama, y no lo causaba el amor de la tacaña Rufina, que ya se le habia quitado con la falta de su moneda, sino el haberla perdido engañado de un embustero socarron; allí maldijo los principios de su química, aunque debiera echarlos bendiciones, pues le atajaron con la burla que prosiguiera en su intencion. Apénas vió el dia, cuando levantándose á toda prisa fué luego á la ciudad y á la casa del depositario de su hacienda, y preguntóle si habia acudido allí Garay; le respondió que sí, y se habia llevado cuanto en su poder tenia, siguiendo la órden que le habia dado de entregárselo si viniese. En poco estuvo el desesperado genovés de no quedarse allí muerto de pena: hizo demostraciones de sentimiento, tantas, que á no saber la causa el depositario, le tuviera por falto de juicio. Consolóle lo mejor que pudo, y aconsejóle cuánto le importaba que luego se hiciesen apretadas diligencias en buscar á los delincuentes; hizo cuantas pudo, á costa de su dinero, que le llevaron comisarios despachados con requisitorias por varios caminos; pero el que llevaba Garay y Rufina era tan extraordinario, que no dieron con ellos; y así, se volvieron á Córdoba á cobrar los salarios de quien les habia despachado, con que fué añadir gasto al robo. Dilatóse luego por toda la ciudad, con que á otra letra que le vino al genovés hubo de ausentarse por no aceptarla y dar consigo en Génova con lo que pudo salvar de su moneda y hacienda, dejando á sus acreedores á la luna de Valencia, sin hallar bienes de qué cobrar sus deudas y créditos que le habian dado: paradero ordinario de los que abrazan mucho con poco caudal, fiados en que con la fuga se libran de estos lances.

CAPÍTULO XI.

En el camino de Málaga encuentran Garay y Rufina á unos ladrones; los escuchan, sin que ellos lo adviertan, el plan de un robo, que debian depositar en un ermitaño; discurre Rufina el robarlo; lo pone en ejecucion, y se queda á vivir en la ermita con el ermitaño Crispin.

A largo paso caminaban Garay y Rufina por camino desusado: en cuatro noches no durmieron en poblado, temerosos de que no fuesen hallados de la justicia, presumiendo que el ofendido genovés los habia de hacer buscar con cuidado; al fin ellos desvanecieron sus diligencias con guardarse en disfrazado traje de ocupar el poblado. Garay acudia á él por lo necesario para sustentarse, y por ser buen tiempo, que era entónces la primavera, dormian en el campo. Llegaron á un bosque una tarde al ponerse el sol, temerosos de que un nublado muy denso no descargase sobre ellos cantidad de agua y piedra, que eso prometia con dilatados truenos y recios; con este temor se acogieron á lo más espeso, donde amparándose de las ramas, las tomaron por defensa de una recia agua que el cielo envió, envuelta en piedra. Con el mismo temor se valieron del bosque otros que eligieron por amparo otro puesto cercano al en que estaban los fugitivos Garay y Rufiña. El rumor de su plática dió motivo á Garay para que quietamente saliese de donde estaba, y encubierto de las ramas se puso cerca de ellos.

Eran tres hombres los que estaban allí, y cuando Garay llegó comenzaba esta plática el uno de ellos:

—Si esta noche, compañeros mios, no se serena, mal lance podemos esperar en lo que emprendemos; porque á continuar así esta agua, vendrá á ser estorbo de nuestros intentos.

—Así es, dijo otro, y el ermitaño de la ermita del cerro se habrá cansado en balde de habernos aguardado para facilitar nuestro robo.

—Único hombre es, dijo el otro, y la capa de su hábito lo es de nuestros latrocinios, y ha sido excelente el modo con que ha sabido granjear las voluntades de los que le han dado á su cargo aquella ermita.

—Él sabe tan bien fingir con su estudiada hipocresía, que engañará á cualquiera, replicó el primero, y así lo ha hecho, acreditándose de virtuoso varon por toda esta tierra, siendo el mayor bellaco facineroso que habita en ella.

—Doce años ha que le conozco, dijo el segundo, usar el trato del araño, y en todo este tiempo ha tenido tanta dicha, que nunca puso pié en cárcel, habiendo otros que al primer hurto son castigados.

—Es el amparo de los de nuestro trato, y su ermita, con aquella cueva que ha hecho debajo de ella, el depósito de nuestros hurtos, dijo otro, y el de ántes de ayer fué el más considerable que ha habido en esta tierra, pues pasaron de más de mil y quinientos escudos en oro los que le quitamos al tratante en tocino.

—No me contento con otros tantos, dijo el que primero habia hablado, si la noche se mejora. Con esto trataron del modo cómo habian de ejecutar el hurto, de que no perdió sílaba Garay: sabía toda aquella tierra bien, y teníala medida á palmos; de modo que conocia razonablemente al ermitaño, si bien le tenia por un santo, no imaginando que tal trato tuviese ni que su ermita fuese receptáculo de ladrones. Volvióse á su puesto con Rufina, á quien contó cuanto habia oido á los ladrones; estuviéronse quietos, deseando que así lo estuviesen sus dos rocines, porque de ser sentidos, esperaban que tendrian mejor medra con sus despojos que con el hurto que iban á hacer. Sucediéles bien, estando la fortuna de su parte, porque las cabalgaduras estuvieron quietas, la noche se serenó, y los ladrones acudieron á hacer su herida: Garay y Rufina, sintiendo que se ausentaban de allí, tomaron el camino de una cercana venta, donde posaron aquella noche, y estuvieron en ella esotro dia; allí confirieron Garay y Rufina lo que habian de hacer, y se dirá adelante, dándoles motivo á nueva empresa lo que á los tres ladrones habian oido la noche ántes; y así dispuesto todo, los dos se fuéron cerca de la ermita del cerro, donde estaba el hermano Crispin, que así era llamado, siendo ermitaño, y ántes Cosme de Malhagas, por mal nombre entre los de su trato.

Ensayada estaba Rufina en lo que habia de hacer; y así, á un árbol que estaba al pié de un cerro, cercano á la ermita, fué atada de Garay, y luego comenzó ella en altos gritos á decir:

—¿No hay quién favorezca á una desdichada mujer que la quieren quitar la vida? Cielos, doleos de mí, y vengad el agravio que se le hace á mi inocencia. Aquí hacia su papel Garay, diciendo:

—No tienes que dar voces á quien no te ha de remediar; encomiéndate á Dios el poco tiempo que te queda de vida, que luego que seas atada á este árbol te he de sacar el alma á puñaladas. A los primeros gritos oyó Crispin á la mujer, y hallóse solo en la ermita, cosa nueva, porque siempre vivia las noches acompañado de la gente *non sancta* de su trato. Valióse el bendito de dos escopetas, ántes que de amonestaciones, que no son tan eficaces para el miedo entre la gente obstinada; y así bajó al puesto donde estaban Rufina y Garay, disparando una escopeta. Vínole de molde á Garay esto, porque habiendo de hacer su fuga como tenia concertado con su moza, la hacia con mayor causa, pues se le atribuiria á temor de aquella tremenda arma; y así, poniéndose en su rocin y tomando la rienda al otro, á todo correr se ausentó de allí. Bajó Crispin, donde á la luz clara de la luna, que entónces comenzaba á salir, vió á Rufina mintiendo llanto y fingiendo angustia del susto en que se habia visto; y así, para hacer mejor su papel, dijo al llegar el hipócrita ermitaño:

—¿Dónde vuelves, enemigo mio, perdiste el miedo al tremendo rumor de la escopeta para acabar mi vida? Aquí me tienes, da fin á ella; mas lo que te aseguro es que por este delito que cometes, estando inocente de lo que me imputas, te ha de castigar el cielo fieramente. Llegó en esto Crispin, y díjola:

—No soy, señora, quien habeis pensado, sino quien viene á remediar vuestra pena y ponerse á defender vuestra vida. ¿Dónde está quién pretendia ofen-

derla? que depuesto el modesto estilo de mi profesion, he venido con estas escopetas á seguir al que os ofende, por parecerme era servicio de nuestro Señor. Esto decia, y la desataba del árbol, y habiéndolo hecho, Rufina se arrojó á sus piés, diciendo:

—De vos, hermano Crispin, que ya sabía su nombre, me habia de venir este milagroso socorro; revelacion habreis tenido de este delito que se intentaba hacer, pues con armas ajenas de vuestro hábito habeis acudido al remedio, prevencion que os vendria del cielo para castigar tal maldad: págueos Dios el socorro, que yo soy una flaca mujer, que no puedo más que con sumisiones agradeceros este bien que me habeis hecho, debiéndoos no ménos que la vida, que estaba expuesta al furor de un hermano mio, que mal informado queria quitármela.

Parecióle la mujer muy bien al hermano Crispin, que no despreciaba nada que tocase al género femenino; mas como su compostura y modestia habian de sustentar su introducida hipocresía, abstúvose de no decirla mil cariciosas razones, y asido á las aldabas de su mentida santidad, la dijo:

—Hermana mia, no soy tan digno de los favores del cielo como me hace, mas anhelo á procurar parecer bueno sirviendo en esta soledad al Señor; su divina Majestad ha permitido que en esta ocasion yo fuese el medio por quien vuestra vida no peligrase; gracias al cielo, que todo ha parado en bien; una celda pobre os puedo ofrecer esta noche y las demás que gustáredes hasta negociar vuestra comodidad, miéntras se pasa la ira de vuestro hermano; esta os ofrezco con una voluntad muy sencilla y un amor de prójimo, que este hábito se vistió para ejercer estas caridades. De nuevo le dió Rufina las gracias por el ofrecimiento que le hacia mintiendo lágrimas, que en la mujer es cosa fácil; aceptó el ofrecimiento que la hacia, por ser lo importante para lograr su intencion, y así caminaron hácia la ermita, yendo el hermano muy aficionado de Rufina y metido en varios pensamientos; llegaron á ella con no poco cansancio de la engañosa moza, mintiendo aun más del que tenia; Crispin la esforzaba, llegándose á darla el brazo. Abrió la puerta de su celda y entraron dentro; para lo exterior tenia una tarima en que fingia dormia, una pobre mesilla, un crucifijo á la cabecera de la cama, una calavera al pié, y la disciplina colgada cerca en un clavo. De ver esto se admiró Rufina, arrepintiéndose de haber venido allí, porque la pobreza de la celda y el encogimiento de su dueño parece que contradecian á la informacion que habian tenido de los tres ladrones en el bosque. Crispin, viéndola notar todo su menaje, la dijo:

—Hermanica, pareceràle pobre albergue este, con que se prometerá toda descomodidad esta noche; pues no desespere de tenerla, porque ha sido dichosa en no haber hallado aquí quien asista en novenas, que suelen algunas personas devotas tenerlas en esta ermita; y así, la providencia de los que cuidan de ella tienen alguna ropa para hacer camas aquí. Mentia en esto el hipocriton, porque habiendo preguntado lo primero á Rufina si era de Málaga, y díchole que no, con esto se atrevió á fingir que habia allí camas para los que tenian novenas, y no era así, sino que él, para dormir con comodidad y regalo, tenia muy blan-

dos colchones y la ropa necesaria para una regalada cama, y aun para dos, por los secretos huéspedes que tenia; estaba esta ropa con otras alhajas en un sótano que él habia hecho secretamente, que era la custodia de los bienes que, contra la voluntad de sus dueños, se traian allí por la gente de rapiña. Rogóla que allí le atendiese, y el socarron solícito bajó abajo y subió la ropa, con que se hizo una cama en un retirado aposento, algo apartado del suyo; cenaron aquella noche algo mejor que Rufina habia pensado, porque no faltaron principios de regaladas frutas del tiempo, una sazonada olla y un conejo ántes de ella, que dijo Crispin haberle dejado allí un devoto suyo, á quien debia muchas obligaciones. Rufina, forzando su natural alegre, estuvo muy mesurada en la cena, fingiendo mala gana de cenar, causada de su fingida desdicha; el hermano tambien mentia la hambre con que estaba, pues para sus buenos alientos era toda aquella cena poca; mas hubo de abstenerse, como Rufina, mas no lo estuvo de mirarla en cuanto la cena duró. Hubo gracias á la postre, como al principio bendicion, con que alzados unos pobres, aunque limpios, manteles, el hermano deseó saber de Rufina la causa de quererla su hermano matar, y así la rogó que se la dijese. Ella por mostrar agradecimiento en esto y reconocer la obligacion en que le estaba, le dijo:

—Aunque renovar sentimientos ha de ser para mí más afliccion, tiéneme, hermano, tan obligada, que sería ingrata á no condescender con lo que me manda; y así, prestándome oidos, pasa mi suceso de esta suerte.

Yo soy natural de Almería, nacida de padres nobles, pues ha muchos años que en aquella ciudad tuvieron su antiguo orígen; no tuvieron de su matrimonio mas que á mi hermano y á mí, que es un año mayor que yo; y murieron nuestros padres, dejándonos á mí de quince años, moza y con la cara que veis; tuve muchos pretendientes para casarse conmigo, mas mi hermano no se pagaba de ninguno, poniéndoles defectos, ya en la sangre, ó ya en sus personas, con que no llegó á tener efecto ninguno en su pretension; bien creo que era la causa de esto desear mi hermano que yo me entrase religiosa en un convento de monjas donde estaban dos tias mias, y de esto tuve premisas, por ver lo que yo era rogada de ellas que fuese allí religiosa; yo nunca tuve intento de serlo, y así nunca les salí á su pretension, con que mi hermano no me mostraba muy buen semblante. Acertó á venir de Flándes un hidalgo que habia salido de Almería niño, y por sus servicios mereció llegar al puesto de capitan de infantería, y de allí á capitan de caballos; quiso dar una vuelta á la patria; y así, con licencia de su general, vino á ella muy lucido de vestidos; tenia mediana hacienda y muchos réditos caidos de ella desde que habia dejado su patria; vióme un dia en una iglesia, preguntó quién era, informáronle bien, y lo más cierto es que se aficionó de mí, con que me comenzó á galantear y á escribir; al fin, por abreviar, yo, viendo sus finezas, su igualdad en sangre y buenas partes en él, procuré pagarle su aficion, de modo que le dí entrada en mi casa con pretexto de que sería mi marido; pudo hacer esto con más seguridad, por estar entónces mi hermano enfermo de una larga enfermedad, de que pensó morir. ¡Pluguiera al cielo así fuera, para que no llegara yo á ver lo que ha pasado por mí!

Uno de los que me festejaban, envidioso de que un recien venido hubiese sido admitido en mi gracia y tan adelante, dió en seguir sus pasos, y pudo su vigilancia llegar á verle entrar en mi casa y salir muy á deshora; con esto le pareció vengarse de mí, que le habia despreciado, en dar cuenta á mi hermano de lo que pasaba en su casa; y así, un dia que le visitó, hallándose á solas con él, le dijo cuánto habia visto. Estaba entónces mi hermano más esforzado, pues se comenzaba á levantar, y con mediana diligencia pudo certificarse en ver lo que el otro le habia dicho. No pudo por entónces vengarse por su gran flaqueza; mas dejólo estar para mejor ocasion, sintiendo mucho que yo hubiese puesto los ojos en el capitan; porque con cualquiera no sintiera tanto el verme prendada como con él, que con un hermano suyo mayor habia tenido muchos disgustos, y nunca se llevaron bien.

Convaleció mi hermano, y viendo al capitan ausente de Almería, que habia ido á la córte á sus pretensiones, me dijo que me queria traer á Málaga á ver otra tia monja, de la órden de San Bernardo; yo, creyéndole, como estaba ignorante que sabía estas cosas, condescendí con su voluntad, muy gustosa de tratar tal jornada, porque queria mucho á esta señora, y ella me pagaba este amor con muchos regalos que me enviaba. Con esto se dispuso la partida, y viniendo en dos andadores rocines con dos criados, al llegar á este bosque los mandó adelantar á tomar posada, y al emparejar con ese sitio donde me hallastes, que era cuando habia anochecido, valiéndose de sus fuerzas, me apeó y puso en el término que viste, donde perdiera la vida infaliblemente si vuestro socorro no llegara en la forma que llegó, porque del trueno de la escopeta temió de tal manera, que desamparó el puesto y me dejó atada á aquel árbol; Dios os guarde, que nunca me olvidaré, miéntras Dios me diere vida, de este beneficio.

Consoló mucho el hermano Crispin á su huéspeda, y ofrecióla que la ayudaria en cuanto se la ofreciese; y por ser algo tarde se recogieron á dormir, yendo Crispin lo bastantemente enamorado de Rufina para desear hallar modo cómo supiese, sin escándalo, su intencion. Rufina ocupó la cama que se habia hecho para ella, y Crispin otra que tenia escondida con muy buena ropa, que no se procuraba tratar mal. Toda aquella noche estuvo desvelado, discurriendo cómo podria manifestar su amor á su huéspeda; con esto le halló la mañana, anunciándola los pajarillos de los vecinos campos con sus arpadas lenguas; levantóse, y de allí á poco Rufina, la cual acudiendo á la iglesia de la ermita, que se podia entrar por ella desde la casa del ermitaño, le vió en ella de rodillas; apénas sintió ruido, cuando dejando su oracion, si la hacia, volvió la cabeza á verla; no pudo acabar consigo ménos, tanto la queria desde la pasada noche; tambien Rufina de su parte se acogió á la hipocresía, estando largo rato de rodillas, más que ella quisiera, porque no era muy devota. Vió acabar de orar á Crispin, y así ella tambien dejó de hacerlo, vínose para ella el hermano, diciéndola:

—Loado sea el Señor, hermanita en Cristo, y déle tan felices dias para el cuerpo y para el alma como yo deseo; dígame, criatura de Dios (¡y qué perfecta!), ¿cómo ha pasado la noche? Ella le dijo:

—Hermano, con su buen agasajo bien, aunque mi pena no ha permitido que el sueño diese sosiego.

—Es uno de los alimentos mayores que tiene el hombre, dijo Crispin, y así creo que hace tanto como la comida; encomiéndelo todo á Dios, que su pesar parará en alegría.

—Así lo permita su infinita bondad, dijo ella. Fuéronse de allí á una estancia que miraba al campo, donde sentados los dos, quien comenzó la plática fué Crispin, diciendo así:

—Cierto que cuando veo á los hombres salir de su quietud y andar con desasosiego por la hermosura de las mujeres, en parte los disculpo, porque los efectos humanos no pueden dejar de hacer su oficio, que es dejarse llevar de lo que los ojos han visto con delectacion suya, teniendo por objeto una de las muestras mayores que nos ha dado la divina Majestad, para que por ellas rastreemos cuáles serán las celestiales beldades de aquellos espíritus angélicos. Yo desde que dejé el mundo, que fué en edad que aun no conocia malicia, me procuro apartar de ver hermosuras, porque hallo que es para mí grande inconveniente el mirarlas, pues de hacerlo con atencion, como he visto por experiencia, resulta el verme inquieto: lazos que pone el demonio para que los que estamos ajenos de él seamos suyos. Todo este período ha parado en llegaros á decir que el mayor servicio que os he hecho ha sido el admitiros por huéspeda mia, cuando vuestro rostro es el mayor peligro que tienen las almas, pues tiene tantos primores, que con ellos las hechiza y enajena; no os admiren estas razones, ajenas de este hábito, que por lo hombre me distraigo de él, para deciros esto.

Quedó con colores de vergüenza el que tenia tan poca, y no ménos la mostró Rufina; mas como la ocasion la ofrecia cabellos, y aquella era la que habia de darla camino para su pretension, no quiso perder sus cabellos, y así le dijo:

—Aunque yo no me incluya en el número de las que pueden con su beldad inquietar á los hombres, le confieso, hermano Crispin, que me conformo con su opinion, que es tan poderosa la fuerza de la hermosura, que á mí, con ser mujer, me lleva y deja suspensa cuando tengo algun bello objeto delante de mis ojos; y así no me admira que los hombres hagan extremos estando enamorados, pues á más les obliga la fuerza de la belleza que aman; ni aun me espanto de que comprenda aun hasta los que están retirados del mundo, pues no se han purificado de los humanos afectos. Yo estimo en más el hospedaje que me haceis, pues es con tanta pension de vuestra quietud; quisiera que en mí misma no estuviera la causa; mas lo que podré hacer, será dejaros descansar y aliviaros del enfadoso hospedaje mio, si os tiene de costa lo que me significais pernicioso, que os pago, si no en la misma moneda, á lo ménos con lastimarme que dejásedes tan presto el trato de las cosas del mundo por vivir en esta soledad, que aunque es por mejora de vuestro espíritu, todavía hallo en vos partes para que todos las estimaran algun tiempo, teniéndole despues para poner en ejecucion lo que habeis hecho. A medida de su deseo habló Rufina al hermano Crispin, y él, contento con lo que la oia, se atrevió á decirle que su hermosura era tan poderosa con él, que desde que entró en su albergue no podia sosegar,

amándola tiernamente. Rufina no se esquivó de lo que le oia, disculpándole los afectos de hombre; no le desesperó de favor, porque la convenia; y así le dejó contentísimo. Fingióse Rufina indispuesta dos dias sin levantarse de la cama, donde fué regalada de su huésped con grandísima puntualidad, que de noche le traian conocidos suyos, de los cofrades de Caco, cuanto podian desear. A mucho se atrevia Rufina, que fué à quedarse á solas con un hombre en una soledad; mas hizo este atrevimiento conociendo en él mucha voluntad y amor; y este, cuando es perfecto, siempre peca en cobarde, pues no hay ninguno que amando perfectamente se atreva á ofender con osadías á quien ama; así lo hacia Crispin; lo que estaba en su favor fué el prometerle Rufina que sabido de su hermano que no estaba en Málaga, le oiria con más gusto, pero que la pena de no hallarse aun allí segura la tenia desazonada para no atender á los muchos méritos que en él iba conociendo cada dia. Con esto pudo tener á Crispin á raya, con esperanzas de verla más propicia en su favor; y así la prometió hacer las diligencias posibles con amigos suyos, para saber si su hermano estaba en Málaga.

CAPÍTULO XII.

Llegan los ladrones con el robo; se ponen á cenar, y despues de la cena empieza uno á contar la novela de *El conde de las Legumbres*.

Aquella noche los tres camaradas de la garra, amigos íntimos de Crispin, llegaron á su ermita con un grandioso hurto, que era el que no habia tenido efecto la noche que se acogieron al reparo del bosque, de quienes Garay oyó su plática; lo que traian eran dos bolsas con lindos doblones, en que habia más de mil y quinientos escudos. A estos habia Crispin de franquear la entrada en una casa, donde le daban limosna en la ciudad, y aquella noche no tuvo efecto su pretension por el agua, que le fué estorbo al ermitaño Crispin para ir á la ciudad; ahora se facilitó más con un muchacho que dejaron dentro para que á media noche les abriese las puertas.

Estos tres garfios humanos se hallaron en la ermita, de quienes Crispin ocultó la huéspeda que tenia, y admitióles á estos en su albergue, sin reparar en el recato de su estado, por la gran confianza que ya tenia de Rufina, de quien fiaba que le ayudaria en todo. Dióles de cenar á los tres, y sobre cena se trataron varias cosas; habia entre los tres uno que, habiendo dejado sus estudios, se dió á esta pícara y peligrosa vida, no mirando á su sangre y partes, que las tenia buenas. Este siempre era el fomento de las conversaciones y el entretenimiento de sus amigos; y así, le pidió Crispin que para divertir algo de la noche y no acostarse acabando de cenar, les contase alguna historia ó novela, pues tantas habia leido. Esto hizo por entretener á Rufina, que toda su plática estaba oyendo desde su aposento, que era otro más adentro de donde los tres estaban,

no poco alegre de acabar de haber visto que Crispin era el encubridor de aquella gente tan honrada. Rogado pues, el compañero quiso darles gusto, y así dijo de esta manera.

NOVELA SEGUNDA.

EL CONDE DE LAS LEGUMBRES.

Don Pedro Osorio y Toledo, caballero nobilísimo, nació de ilustres padres en Villafranca del Vierzo, villa antigua, que confina con los términos del reino de Galicia. Crióse con su hermano mayor don Fernando Osorio y con una hermana, llamada doña Costanza en su patria; mas por faltarle sus padres á los tres lustros de su edad, le fué fuerza valerse del camino que toman los hijos segundos que les están señalados unos cortos alimentos, y así siguió la guerra en Flándes, donde por sus heróicas hazañas, hechas en ofensa del rebelde holandés, de alferez, que fué el primer puesto que tuvo, subió al de capitan, donde con mayor fama mereció que el serenísimo archiduque Alberto le honrase con su majestad para que le diese el hábito de Alcántara, con futura sucesion de la primera encomienda que de aquel militar órden vacase. Con esto continuó su bélico ejercicio, hasta que hubo treguas con el enemigo, firmadas por un año; esto y saber que su hermano mayor era muerto le obligó á pedir licencia para dar una vuelta por su patria, que dos hijos que habia dejado, y asimismo su hermana, necesitaban de su presencia; los unos para su amparo, y ella para tratar de su remedio.

Llegó don Pedro á Villafranca á tiempo que su hermana faltaba de allí quince dias habia, porque una tia suya, hermana de su padre, viuda, se la habia llevado consigo á Valladolid, donde entónces estaba la córte, determinada esta señora de dejarla su hacienda, despues de sus dias, para que con ella se casase. Trató, luego que llegó don Pedro á su patria, de componer las cosas tocantes á la hacienda de su difunto hermano; y cuando ya las tenia puestas en razon y dejado á sus sobrinos en compañía de un deudo suyo anciano para que tratase de su crianza, determinaba irse á Valladolid á ver á su hermana. Previniendo estaba su partida, cuando un dia que se halló en la plaza de Villafranca vió que por ella cruzaban, enderezando á un meson que estaba al fin de ella, mucha gente que acompañaba á dos literas; en la de adelante iba un anciano caballero, y en la que á esta seguia una dama, cuya hermosura y gentil aliño dejó á cuantos la vieron aficionados, y mucho más á don Pedro, porque fué tanto lo que se pagó de verla, que embozado el hábito, fué siguiendo la litera con una suspension tan grande, que no miró la nota que de ello podia dar á los que con él estaban; vióla apear á la puerta del meson, y si quedó pagado de su belleza, no ménos lo fué de su bizarro talle y curioso prendido; finalmente, él quedó re-

matado por su hermosura, con que no sosegaba hasta saber muy de raíz quién era la que tan prestamente habia triunfado de su albedrío y cautivado su libertad; presto salió de este cuidado para ponerse en otros mayores, porque encontrándose con uno de los criados que la acompañaban, que acertó á salir del meson á la plaza, le preguntó, cortés y agradable, le dijese quién era aquel caballero y dónde iba; el criado, que no era ménos apacible, le dijo estas razones:

—Señor mio, el caballero por quien me preguntais, que es mi dueño, se llama el marqués Rodolfo; es un gran señor de Alemania; su venida á España fué á ser embajador ordinario en la córte de vuestro rey, por la cesárea majestad del emperador: trae á la hermosa Margarita consigo, hija suya, para casarla con Leopoldo, su sobrino, que asiste en Valladolid. Este caballero es bizarro y de grandes partes; y hallándose en lo mejor de su juventud, deseó ver tierras, y salió de Alemania con ese intento; acompañado de cuatro criados, vió á toda Italia, Francia é Inglaterra, y paró en España, donde agradado de su temple y pagado de sus hijos, ha querido vivir en la córte con mucho lucimiento de casa y de criados, siendo muy favorecido de la majestad católica, y amado de todo lo noble de su córte, porque su generosidad y agradable condicion saben muy bien granjear las voluntades de todos. Habíase tratadoe ste casamiento de Leopoldo con la señora Margarita en Alemania; y cuando salió el marqués, mi dueño, con la merced de esta embajada, hízose más esfuerzo en esto, deseando el emperador que tenga efecto: nuestra venida fué con tan mal temporal, que padecíamos en el mar una tormenta tan peligrosa, que muchas veces nos veíamos á pique de ser anegados. Entónces el marqués, como tan cristiano caballero, hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, por intercesion del glorioso patron de las Españas, de quien es muy devoto, visitar el santuario en que se venera su santísimo cuerpo. Llegamos á Valladolid, y apénas el marqués descansó quince dias, en que se capitularon Leopoldo y Margarita, cuando quiso cumplir su promesa, viniendo á Santiago. No viene con él Leopoldo, porque le pareció no convenir, y así se queda en Valladolid á cuidar del despacho de la dispensacion que se ha de traer de Roma por ser primos hermanos. Esto es lo que os puedo decir á lo que me habeis preguntado.

Agradeció don Pedro al criado la relacion que le habia hecho, y ofrecióle servirle, si en algo valiese, con que se despidió de él. Esta plática fué ya de noche, paseándose por la plaza, y hacia algo oscuro; de modo que el forastero no pudo notar en don Pedro las señas del rostro, porque él con cuidado deseó encubrirse de él. Apartóse el amartelado caballero con no poca pena de haber sabido lo del casamiento y que tan adelante estuviese; y así este cuidado como su amor no le daban un punto de sosiego. Aquella noche quiso de embozo ver cenar al marqués y á su hija, valiéndose del tercio que le hizo el mesonero, porque le puso en parte donde á su satisfaccion dió buen cebo á sus ojos, que fué echar más leña al fuego. Esotro dia partió el marqués de allí, sin que don Pedro tornase á ver á su hermosa hija, porque la noche ántes habia discurrido sobre su penosa inquietud, y convino para un nuevo capricho que le ocurrió que no

fuese en ninguna manera visto de dia del marqués, de Margarita ni de ningun criado suyo.

El camino de Santiago es áspero, porque todo el reino de Galicia es fragoso, y así el marqués caminaba cortas jornadas, con que á don Pedro le pareció que su vuelta no sería en aquellos veinte dias, haciéndose la cuenta del descansar en Compostela algunos, para tornarse á poner en camino con más aliento; dispuso con esto sus cosas, y despidiéndose de todos sus conocidos y amigos, se vino á Ponferrada, villa más hácia la córte, cuatro leguas de la que habia dejado allí; se hospedó en un meson, de donde no salia de dia; las noches tomaba el fresco, con tanto recato de no tratar con nadie, que con ninguna persona de Ponferrada comunicó, sino con el huésped, de quien se hizo grande amigo y á quien dió parte de sus intentos. Tenia don Pedro un criado que le habia servido desde que juntos salieron de Villafranca hasta entónces, en quien don Pedro habia conocido mucha fidelidad y amor; á este nunca se reservó secreto alguno ni aficion que tuviese; de suerte que para con él no habia cosa oculta, salvo esta aficion, de que no le habia dado parte. Conocia Feliciano, que así se llamaba este fiel criado, que su dueño andaba con nueva inquietud, que tenia desvelo, pues lo más de las noches se le pasaban sin dormir, dando vuelcos por la cama, suspirando, é ignoraba la causa de esto; veia por otra parte que en Ponferrada no estaba la causa de sus desvelos, porque á estar allí, ó de noche ó por el dia no dejara de acudir á su martelo; porque un corazon afligido brevemente descubre su pasion con los que le tratan de cerca, pues las acciones manifiestan su pena, y descubren la causa de ella. Todo esto faltaba en don Pedro, si bien no las ánsias de su pecho, que en el silencio de la noche no le eran ocultas á Feliciano, y como andaba con cuidado de saberlas, costóle algunos desvelos examinarlas con los oídos.

Un dia, no pudiendo sufrir tanto silencio, hallándose solos, le habló Feliciano de esta suerte:

—Nunca imaginara, señor y dueño mio, que en tí pudiera caber tanto recato, que penas que encubres en tu pecho se me recelan, habiendo siempre sido el archivo de tus secretos y el fomento de tus empleos; poco me favoreces, pues cuando conozco en tí desasosiegos, inquietud y penas de amor, me las ocultas; véote desvelado las noches, retirado los dias, y siempre con un profundo silencio y una grave melancolía, que me tiene puesto en notable cuidado; tú saliste de tu patria publicando que ibas á la córte, has hecho asiento en esta villa, con tanto retiro de que te vean, que me trae confuso ver esto é ignorar á qué fin se hace; no ignoro que á los criados solo les es dado servir á sus dueños con puntualidad y amor y obedecer sus órdenes y mandatos, y no querer saber de ellos más de lo que les digan; yo he seguido hasta ahora este estilo; mas con la licencia que me tomo por la antigüedad de criado tuyo, siempre fiel en tu servicio, me atrevo á preguntarte: ¿qué designio te ha traido aquí? ¿Por qué causa vives con desvelos? Y ¿qué intentas hacer en esta posada, retirado de las conversaciones, que es lo que muchas veces, ó las más, divierte las penas? ¿Merece más este huésped, conocido de cuatro dias, que un criado que te ha

servido muchos años? Decláreseme este enigma, que no es mi consejo tan para desechar, que en algunas ocasiones no te has valido de él. Aquí dió fin á su justa querella Feliciano, y su amo principió á su satisfaccion de esta suerte:

—Feliciano amigo, resistir uno su estrella mal puede, si del cielo está determinado que ha de dominar en él, aunque comunmente se dice que el sabio tiene dominio sobre ella: yo debí de nacer para amar una beldad que ha rendido mi pecho, ha sujetado mis potencias y puesto en prision mi albedrío; y así, resistirme á lo que los hados disponen será yerro; déjome llevar de mi aficion, con conocimiento de que sigo un imposible y que intento una temeridad, y por eso me ves imaginativo, desvelado y melancólico, sin sosiego las noches, con silencio los dias, y padeciendo entre mí muchas penas, nacidas de que amo donde tengo por dudoso el premio de mi amor, con un impedimento que me desmaya la esperanza; al fin, por no tenerte confuso, yo ví aquella beldad, aquel serafin humano, aquel portento de hermosura, que pasó por nuestra patria en compañía del marqués Rodolfo, su padre; las partes que hay en ella, pues tú la viste, bien serán disculpa de mi arrojamiento de amarlas; conózcolas, ámolas, mas hay un estorbo que me impide el pretenderlas. Esta dama, que es su nombre Margarita, está capitulada con un caballero, primo suyo, llamado Leopoldo, de tantas partes, que para competidor sobran; ya amé, ya quise, ya padezco; retroceder de esto, téngolo por imposible hasta probar los vados que en esto hay; galantearla un caballero pobre como yo, cuando la espera otro esposo galan, rico, bien entendido, conocido y con sangre suya, es disparate; porque ¿de qué suerte introduciré este amor de manera que llegue á recibir un papel mio? Mi sangre no es inferior á la suya, pues la casa de Astorga y la de Villafranca honran mi orígen noble; en esto no podian reparar, si mi suerte fuera tal que con más conocimiento me hubiera visto en la córte; á ella vuelve de su romería, y solo tengo de término para comunicarla tres meses, que será lo que tardare en venir la dispensacion; he hecho varios discursos sobre el introducirme con ella, y el que más en mi favor está es fingirme loco y procurar con donaires caerla en gracia en esta villa, para que de ella me lleve consigo á la córte. Esto se me ofrece por ahora, aunque sea en desdoro de mi opinion; mas fíome en que en la córte seré conocido de pocos, por haber mucho tiempo que estoy fuera de España; sin esto, el traje que pienso ponerme ha de ser ridículo, y esto me hará ser desconocido de todos é introducido en la casa del marqués, donde no pienso perder tiempo, porque hay tambien en mi favor saber de quien me hizo informacion de esta dama que no admite con mucho gusto el casamiento, por ver á su primo muy distraido con mujeres. El comunicar esto con el mesonero me ha estado á cuento, porque él ha de ser el todo de mi introduccion, deseando que haga un informe de mi persona muy en favor mio. Con esto sabrás, Feliciano, mi amor, mi pena y mis intentos.

Parecióle á Feliciano á propósito la traza de su dueño, pues por otra alguna no podia introducirse con su dama, y así fuéron disponiendo algunas cosas para que tuviese mejor efecto; y la primera fué vestirse don Pedro de un hábito ridículo, que era á lo antiguo, con follados de paño verde, ropilla de fal-

das grandes, capa de capilla redonda, muy corta, y una gorra de Milan verde, de terciopelo; con este hábito se mudó á otra posada, que era de un hermano del huésped, persona de quien tambien fiaron el secreto, costándole esto á nuestro don Pedro algunos doblones, de muchos que habia traido de Flándes, con algunas ricas joyas de diamantes, ganado todo al juego, en que era muy dichoso.

Volvió pues nuestro marqués con su hermosa hija de su romería, y ántes de llegar á Ponferrada, los palos de la litera en que venía se rompieron; de modo que al anciano le fué fuerza ponerse á caballo y llegar así á la villa, adonde trataron luego de hacer otros para proseguir su viaje; no habia en aquel lugar maestro tan diestro que hubiese hecho semejante hacienda; y así no se la pudo dar en dos dias; pena para los caminantes ver esa detencion.

Posó el marqués en el meson donde habia estado don Pedro, por ser el mejor de aquel lugar, y esa fué la causa por qué él le habia dejado y mudado de posada en otra cerca de aquella. Instruido el huésped en lo que le habia de decir al marqués para la introduccion de su persona, vínole la ocasion como la podia desear; porque como es propio de señores ociosos el preguntar en ajeno lugar por las cosas particulares de él, el marqués, deseoso de saber lo que en Ponferrada habia, mandó llamar al huésped. Era muy afable caballero el embajador, y habíase visto en España algunas veces; de manera que sabía la lengua de ella como si fuera nacido en su reino; pues como el huésped estuviese en su presencia, le comenzó á preguntar la antigüedad de aquella villa, las casas ilustres que habia en ella, el trato de sus vecinos, la hermosura de sus damas y otras mil menudencias, á que satisfizo el huésped, dando larga cuenta de todo; y entre las cosas memorables que contó de aquella antigua villa quiso poner la de la persona de don Pedro, hablando de él con estas razones:

—Entre muchas cosas de que á vuestra excelencia he dado cuenta, tocantes á esta antigua villa, que causan admiracion, una que le prevengo sé que le ha de dar notable gusto. A este lugar vino, habrá quince dias, un hombre vestido á lo antiguo, de paño verde, y tratado de algunas personas de este lugar, le preguntaron quién era. A que respondió que él habia salido del rio Sil, que baña los muros de aquel lugar, y que era de gran prosapia en Galicia; hácese llamar señoría porque se intitula conde de las Legumbres; los disparates que dice acerca de apoyar su título son ridículos, de modo que á todos hace reir; no sale mucho de la posada en que está, trátase bien, y no sabemos de dónde le socorren; tiene solo un criado, que le lleva su peregrino humor, y de esta manera pasa; tengo por rara maravilla no haber venido á visitar á vuestra excelencia, que es muy amigo de comunicarse con forasteros.

Dióle al marqués mucho gusto lo que su huésped le contaba, y rogóle que se le trajese á su presencia, ayudándole á esto la hermosa Margarita, que estaba presente á esta plática; obedeció el huésped solícito, porque le importaba traer á don Pedro allí; y así salió de su casa á la de su hermano para hacer que viniese, advirtiendo primero al embajador que le habia de tratar con muchos honores, si queria gozar de él gustoso; porque cuando no hallaba este agasajo, se desesperaba; prometióselo así, con que el huésped fué por don Pedro, el cual

vino vestido en la forma que le habia dicho al embajador ; extrañóle el traje, y asimismo á la hermosa Margarita; acompañaba á don Pedro Feliciano, su criado; salióle el marqués á recibir á la puerta de la pieza donde estaba, diciéndole :

—Bien sea venida la gala de España y la flor de todos los caballeros de ella.

—No gana vuestra excelencia las albricias, respondió don Pedro, en decirme esto, que muchos han alabado á la naturaleza por lo perfecto que me crió.

—Yo seré uno más de los de ese voto, replicó el marqués, que un diamante finísimo á todos parece bien ; y así, ese talle, con las perfecciones que el cielo puso en él, es agradable objeto de cuantos le miran. Ya don Pedro llegaba á la presencia de Margarita, y así, fingiendo aun más suspension de ver su grande hermosura de la verdadera que tenia, dijo:

—Cesen ya las alabanzas de mi perfeccion, señor marqués, que es tiranizárselas á esta dama; decidme si es hija vuestra, para que participeis de las alabanzas que la diere, por genitud de una beldad, que es prodigio de nuestro hemisferio, milagro de la naturaleza y asombro de los vivientes, si bien dulce y regalado objeto de los ojos, iman de las voluntades y poderosa flecha de Cupido; juro á fe de conde, que en este breve instante que he mirado su beldad, me tiene el alma tan rendida, que ya no soy mio, ni mi libertad prenda propia de mi alma.

—Tantas son vuestras ponderaciones, señor conde, dijo la dama, que me dejan sospechosa de que se pasan á lisonjas, é introduciros conmigo por ellas viene á ser descrédito vuestro, pues no aconsejaria á galan ninguno que al principio de su empeño mostrase sus defectos, pues es dar recelos de su verdad.

—La mia es, dijo el enamorado caballero, pura, cándida, limpia y sin mácula de socarronería, como veréis siempre en mí.

—Siéntese vuestra señoría, dijo el marqués, que le queremos muy despacio.

—Así pluguiese al Plasmador del orbe, dijo don Pedro sentándose, mas veo que ha de ser tan breve este contento, tan momentáneo este júbilo, que ménos que punto me ha de parecer la corta asistencia que habeis de tener en esta villa, no lugar terrestre, sino cielo hermoso, pues ha merecido que esta deidad ponga sus divinas plantas en él.

—Ahora bien, dijo el marqués, comiéncese vuestra visita con decirnos quién sois, que hablar con caballeros, de quien tenemos cortas noticias, es darnos causa á ser groseros y cortos en las cortesías que se les deben.

—No lo podeis ser, dijo el disfrazado caballero; mas para que mi amor y deseos de serviros se entablen con fundamento de saber mi orígen, dadme atencion.

CAPITULO XIII.

Prosigue el ladron la novela de *El conde de las Legumbres.*

El reino de Galicia fué gobernado antiguamente por condes, y despues por reyes. Imperaba Gundemaro, señor de este reino, el cual quedó viudo del segundo matrimonio, de quien tuvo sucesion á la infanta Teodomira, quien reinando despues, fué llamada la reina Loba; esta se enamoró de Recaredo el galan, uno de los ricos hombres de Galicia, que siempre siguió la córte: era deudo del rey, aunque poco, y muy favorecido suyo, con que pudo tener entrada en el cuarto de la infanta, y llegar á merecer sus brazos. De aquella amorosa union fuí yo engendrado, y llegado el tiempo de nacer al mundo, era en ocasion que el rey se halló en el cuarto de su hija; diéronla los dolores, y como primeriza en esto, no pudo disimularlo en la presencia de su padre, y él se pensó que otro accidente le habia sobrevenido. Lleváronla sus criadas á la cama, ignorando el verdadero mal que la fatigaba, y á pocas horas se llegó el parto, en que me arrojó al mundo para conocer en él mis desdichas. Cuando me acabó de parir mi madre, que fué en brazos de una criada, tercera de sus amores, salió conmigo á entregarme á un hermano suyo, que estaba avisado para esto, y al salir del cuarto de la infanta encontróse con el rey, que venía á verla; temió que curioso quisiese examinar lo que en la falda de la ropa llevaba, y así, se volvió por excusar este lance, y atrevióse á bajar al jardin, y por una puerta que caia al rio Sil me arrojó en él metido en una cestilla de mimbres, dando cuenta á la infanta cómo me habia entregado á su hermano, como estaba dispuesto ántes; surcando iba las cristalinas ondas del claro rio, cuando las aguas se dividieron, y yo fuí sumergido en ellas, y recibido en los brazos del mismo Sil, que cercado de sus hermosas ninfas, fuí llevado á su cristalino albergue; bien pensaréis que esto es poética ficcion de las que maquinan los poetas; pues creedme, que pasó como lo digo.

En este oculto albergue fuí criado de las ninfas y doctrinado del anciano rio, que deseó sumamente que yo saliese consumado en todo, y para esto puso toda su diligencia en mi enseñanza; supe tres ó cuatro lenguas, en especial la latina, con más cuidado que todas; bien sería de cuatro lustros cuando amor quiso que su fuego tuviese jurisdicion en el agua, porque se le diese feudo, como absoluto señor de lo terrestre y acuátil. Habia entre aquel virgíneo coro de ninfas una de quien el anciano Sil hacia más estimacion que de las demás; llamábase Anacarsia; sus gracias eran superiores, porque su hermosura era singular, aventajando con ella á sus compañeras con el exceso que el Délfico planeta aventaja en luz á los celestes astros; el tocar todos los instrumentos lo hacia con suma destreza, su entendimiento era superior; en fin, ella era un prodigio en todo. De esta bel-

dad me aficioné de modo que no tuve hora de sosiego despues que el niño Dios hirió mi corazon con las flechas de aquellos hermosos ojos; era dificultoso el declararme con ella, por haber poco lugar de dejarnos á solas las que habitaban aquel palacio cristalino; pero un dia que todas las ninfas asistian en una academia de música y versos, con que entretenian al padre Sil, fingióse enferma la divina Anacarsia, solo á fin de que yo tuviese lugar para hablarla; estaba avisado de su traza, y así me fuí á su aposento, donde la hallé en su mullido lecho, afrentando con su nieve animada al candor de las sábanas, y con su hermosura al mismo sol: turbéme cuando me hallé en su presencia, propio efecto de los que bien quieren; mas cobrándome algo, pude en balbucientes razones decirla estas: Hermosísima ninfa, gloria de este undoso albergue, si pena para las almas que advierten en tu hermosura, la mia desde que te vieron mis ojos se ha entregado á servirte, que ya no tengo dominio en ella; tuya es, por tuya se tiene, trátala como á prenda de quien te la entregó con puro amor y encendida voluntad. He tenido á gran favor que permitieses darme este lugar para hacerte sabedora de mis amorosas pasiones; y si tú las remedías, como son bien entendidas, dichoso yo que á tanta dicha he llegado.

Cobróme aficion la hermosa Anacarsia, y así, á mis amorosas razones correspondió con otras, con que me dejó favorecido y con esperanzas de mayores premios, si no las atajaran los pasos del undoso Sil, que como me echase ménos en su academia, y juntamente á su hermosa ninfa, acudió luego á su albergue á ver qué hacia; y llegándose á él con pasos quietos, pudo escuchar toda nuestra amorosa conversacion, con que enojado conmigo quiso que no pasase á más mi atrevimiento; y así, cercando el albergue de Anacarsia de claras olas, cubrió la puerta del aposento donde habitaba la ninfa, sacándome á mí de él violentamente, y de allí á la ribera del rio, de donde oí una voz que me dijo:

—Gundemaro, tú eres descendiente de reyes, aunque há tiempo que dejaron su cetro, y le posee otro fuera de su línea: naciste gentil; tú escogeras la ley que más te ha de convenir, que es la que observa ese reino que fué de tus antecesores; tu expulsion de mi morada ha sido justa, porque no era razon consentir amores ilícitos con quien me tiene ofrecida su pureza, y yo á ella mi amparo y patrocinio; vive de hoy más en tu reino, y cree que deseo tus aumentos mucho, y así yo tendré especial cuidado contigo. Dijo, y con un remolino alborotó las aguas, quedando allí un rato quietas, como si tal cosa no hubiera pasado; la parte donde me hallé fué en una huerta de hortaliza, en un cuadro sembrado de perejil; túvelo por buen agüero, porque de aquel sitio se derivó mi nombre; y así, despues que tuve el agua del bautismo, me llamo don Pedro Gil de Galicia, tomando el apellido del reino que fué de mis padres, que há cuatrocientos años que murieron, segun he sabido por fieles tradiciones. Esto soy, con que me llamo conde de las Legumbres, estado que he prohijado á mí; porque un hombre tan ilustre como yo no ha de vivir como particular caballero. Mi orígen he dicho, mi prosapia he publicado; si mis partes merecen ¡oh ilustre marqués! que con ellas me atreva á servir esta prodigiosa hermosura, esta singular belleza y este templo de todas las perfecciones, vuestra licencia espero,

vuestro beneplácito aguardo; mi nueva y encendida aficion pide que no me le negueis, pena de contravenir á ello, que dé fin á esta vida, en que se pierde el más importante caballero que tiene la Europa y el deudo más honrado que tiene el católico Filipo.

Acabó aquí su plática, con tantos encarecimientos y tan notables afectos, así de visajes como de significacion, que fué mucho no disparar la risa el marqués y su hermosa hija. Feliciano estaba admirado, considerando á cuánto obliga el amor, pues á un caballero de tan gran juicio, que en la milicia se tomaba su voto por el primero, haciendo acciones de haberle perdido, se procuraba introducir por juglar para galantear á aquella dama. Despues que el marqués hubo compuéstose, porque la risa de parte de adentro aun no la tenia sosegada, le habló de esta suerte:

—Señor don Pedro Gil, ilustre y fresco conde de las Legumbres, mucho me he holgado de conocer vuestra persona y saber vuestro prodigioso nacimiento y crianza, y á no certificármele vuestra autoridad, creyera que me contábades ficciones que inventan los autores de los libros de caballerías, pues por fuerza de encantamientos vivian los hombres y las mujeres en ellos quinientos años; debo dar crédito á un caballero tan legumbroso como vos, con la dignidad de conde á cuestas, que acrecienta decoro al trato y respeto á la persona; la mia queda desde hoy tan aficionada á vuestras partes, que no perderé vuestra amistad en cuanto la vida me durare, y quisiera ser natural de estos reinos para estar más cercano á vuestro servicio; pero lo que en ellos asistiere, que será lo que la voluntad del César dispusiere, eso me tendréis muy pronto á serviros; en cuanto á daros licencia que sirvais á Margarita, desde luego os la doy, y á ella licencia para que os admita el galanteo, pues sé cuánto gana en eso; pero ella está capitulada con un primo suyo y despachado por la dispensacion á Roma, para hacerse, luego que venga, sus bodas; esto es un atasco para no pasar adelante con vuestro deseo; no me pesa poco no haberos conocido ántes para que, granjeando en vos un yerno tan ilustre, mi casa quedara calificada con sangre de reyes de Galicia; los más galanteos llevan su fin al matrimonio, esto no puede ser, pues galantear sin este fin, ni vos lo querréis ni el esposo que aguarda Margarita.

Aquí nuestro disfrazado caballero hizo grandísimas demostraciones de sentimiento, oyendo lo que el marqués le decia, con que aumentaba la risa á los circunstantes, que ya no podian abstenerse de ella, y mucho más á la hermosa Margarita, lastimándose igualmente con su padre de ver en un buen talle y sugeto perdido el juicio con aquellas locuras, y que tuviese por tan cierto haber nacido quinientos años habia y ser aborto del rio Sil. Miéntras algunos criados de porte ponian dificultades en la relacion que les habia hecho don Pedro, y él estaba allanándoselas, comunicó el marqués con su hija un pensamiento que le habia ocurrido, que era llevarse á don Pedro á la córte; porque sus donaires y singular capricho no era posible sino que les habia de entretener mucho, no quitándole el tratarle como hombre principal, informados del criado que lo era, y que en el fin de una grave enfermedad quedó con aquel delirio. Vino la hermosa

Margarita en que le llevasen, dejando para otra visita el declararse con él. Don Pedro Gil significó al marqués á la despedida que ya que su amor no podia aspirar al fin de merecer la mano de su hermosa hija, por lo ménos no le quitase la gloria de amarla con amor casto y limpio, que ese ni aun su esposo le tendria por sospechoso. El marqués se lo permitió, diciéndole que á la noche fuese su huésped en la cena, que tenia que comunicarle algunas cosas; aceptó con mucho gusto don Pedro, y despidióse de esta visita.

Quedaron el marqués y sus criados hablando sobre la persona de don Pedro, admirados de su nuevo capricho y loco tema, y el marqués trató con ellos cómo tenia determinado pedirle que fuese con él. Acertó á hallarse allí el mesonero, y díjole:

—Dudo mucho que don Pedro Gil haga eso, si es que ha de ser tratado como á inferior, porque es puntosísimo y vano; y caso que se determine, en el modo de caminar tambien hallo dificultad; porque ir vuestra excelencia en litera y él á caballo, dudo mucho que venga en ello.

—Para eso darémos un remedio, dijo el marqués, y es que Margarita le mande que la vaya galanteando cerca de su litera, que si prosigue en lo enamorado, no lo podrá rehusar, é irá en un macho regalado que traigo conmigo para salir algunos dias á caballo, que me canso de la litera, que por ser diferente en el adorno y buen aderezo que lleva de las demás cabalgaduras, no lo despreciará. Esto concertado, cuando anocheció vino don Pedro Gil á la posada del marqués, hallándole muy afable al recibirle; tomó silla cerca de la hermosa Margarita, que fué para él sumo favor; hablaron en diversas cosas, hallando el marqués en él un entendimiento muy capaz, si no se descompusiera con algunos donaires disparatados que decia, costándole algun cuidado para deslumbrar su conocimiento. Cenaron gustosamente, porque en toda la cena no cesó don Pedro de decir donaires y apodos á los circunstantes, con lo que los tuvo muy entretenidos. En levantando los manteles, el marqués habló á don Pedro de esta suerte:

—Señor conde, lástima es que esa persona, adornada con tantas partes de cordura, se malogre en esta pequeña villa, y que no participe y se honre de ella la insigne córte del rey de España; ya he sabido que corta posibilidad estorba no estar donde digo, con la autoridad que esa persona merece; pero si se determina, por la aficion que le he cobrado, estimaré en mucho que vuestra señoría se quisiese dignar de irse conmigo á Valladolid, adonde le tendré en mi casa con el decoro que se debe á quien es, sin que le cueste nada; de estar allí se le sigue que, conocidas sus partes, halle esposa igual á ellas, de calificada sangre y con riqueza, pues tratará con algunas señoras Margarita que las pueda hacer inclinar á esto; alcance yo este favor de que vuestra señoría quiera ir conmigo, pues el amor que muestra á Margarita, que es puro y sincero, me asegura que no ha de disgustar á su esperado esposo. A esto que he dicho aguardo su respuesta, halle yo la que merece mi voluntad y bien nacidos deseos.

Notablemente se holgó don Pedro de que hubiese surtido efecto su traza, y no ménos que yendo por huésped del marqués y cerca de su adorado dueño. Lo que le respondió fué esto:

—Señor excelentísimo, sola esa voluntad y amor de vuestra excelencia podian sacarme de esta villa, donde determinaba acabar mi vida en sus soledades, pues cuando un conde como yo se halla con obligaciones á que mirar, poca renta con que acudir á ellas, desdicha de estos calamitosos tiempos, lo mejor que le puede estar es retirarse donde sea conocido por quién es, aunque ande sin el fausto de criados ni tenga más que un moderado vestido; yo no saliera de esta villa en toda mi vida, mas vuestras instancias pueden mucho, juntamente con esta beldad, que atrae á sí los corazones, como el tracio Orfeo con su dulce lira los fieros animales, plantas y piedras; vuestro soy desde este dia; no quiero advertiros el trato que se le debe á la calidad de mi persona, pues ya os consta mi régia sangre y título que poseo. Ir sirviendo en este camino á la beldad de vuestra hija es para mí uno de los mayores favores que me podeis hacer, y así acepto cuanto me ofreceis con mucho gusto. Trataron del modo que habian de continuar aquel camino, y el marqués allanó con don Pedro Gil que habia de asistir en él, cerca de la litera de su hija, yendo en un macho regalado de su persona, cosa que aceptó don Pedro con mucho contento, y lo quedó el marqués de ver que la fineza de su amor olvidase la comodidad del caminar, cuando todos pensaban que escogeria litera, como él la llevaba, ó que no fuera. Esto concertado, el dia siguiente don Pedro puso en la litera á Margarita, gozando de que con su ayuda ella se acomodase, valiéndose de sus brazos, y esto le duró desde que salió de Ponferrada hasta que entró en Valladolid. Las cosas que le iba diciendo por el camino, así de ternezas como de donaires, entretuvieron á la hermosa dama mucho, exagerándole á su padre en cada posada á que llegaban lo divertida que habia venido aquel dia con don Pedro Gil de Galicia.

La última jornada que caminaron quiso don Pedro certificarse de su dama si apetecia el casamiento en que estaba capitulada, y así, buscando conversacion á propósito, en que no fuese esto traido por los cabellos; como es ordinario en los afligidos descansar su pena con cualquiera persona que comunican á menudo, aunque conocia el sugeto de don Pedro Gil, á la pregunta que le hizo de si tomaba gustosa estado, le respondió:

—Señor don Pedro Gil, no hay duda sino que en mi primo Leopoldo hay partes para ser amado; mas hallo contra mí una condicion en él, tan inclinada á tratar con varias mujeres, sin reparar en estados, sean altos ó bajos, que me quita gran parte del gusto que tengo en este consorcio, lo que no hiciera á haber en él enmienda despues que me ha visto en España, pues esto le habia de poner freno, para que con más veras fuera amado de mí: Dios sabe con el temor que tomo estado; porque quien en los principios halla estos tropiezos ¿qué puede esperar adelante? La obediencia de mi padre y la conveniencia para su casa con este casamiento me hace no salir un punto de su gusto; ya me he determinado: lo que hago es rogar á Dios que mis agasajos le obliguen para que con el conocimiento de ellos él se reforme. No quisiera don Pedro que tan en ello estuviera Margarita, sino que tomara esto con ménos gusto, para que su introduccion hallara más esperanza que las que se prometia. Hablóla en esto muy á su propósito, abonando la parte de su primo con decirla que podia esperar en él enmien-

da, y propuso entre sí de esforzar cuanto pudiese su pretension, declarándose con la dama en la primera ocasion que se ofreciese. Con esto llegaron ese dia á Valladolid, saliéndoles Leopoldo á recibir media jornada ántes de su llegada. Fué recibido del marqués y de su prima con mucho gusto, cosa para el disfrazado don Pedro de poco; porque viendo el buen talle y persona de Leopoldo, le causó no pocos celos é hizo titubear en la empresa.

El marqués dió á conocer la persona de don Pedro á su sobrino de esta suerte:

—Conoced, señor sobrino, á este caballero que nos viene desde Galicia favoreciendo, que su persona y partes merecen todo agasajo, como yo se le he hecho, bien debido á la real sangre de donde desciende y á ser conde de las Legumbres: estado tan dilatado, que en cualquiera parte tiene vasallos que le obedecen. Reparó Leopoldo en don Pedro, y así de su traje como del nombre y título infirió que aquel personaje era hombre de humor y que como á gracejante le traian consigo; y así, por convenir en su presencia con lo que su tio le habia dicho, se volvió á don Pedro, á quien dijo:

—Mucho me he holgado, señor conde, de conocer á vuestra señoría, y mucho más de que venga haciendo este favor al marqués, mi señor, y á mi prima; con los dos me ofrezco por su servidor y amigo, que basta haber estimado su persona y partes para que yo les imite. Agradeció don Pedro el favor que Leopoldo le hacia, y así le dijo:

—Todo lo que tocare á la hermosa Margarita debo tener en mucha estimacion; esta haré de aquí adelante de vuestra señoría, deseando valer algo para que me ocupeis en vuestro servicio todo el tiempo que el señor embajador gustare que le esté asistiendo en su casa.

—Qué ¿ese bien más tenemos? replicó Leopoldo; yo quedo con esto gozosísimo, pues tan de puertas adentro nos viene.

—No sé cómo le tendréis por tal, dijo el marqués, porque el señor don Pedro Gil viene muy enamorado de vuestra prima, y este conocimiento entró por amor, si bien ya me ha asegurado que despues que supo su empleo se ha quedado convertido en amor de hermano, y con ese viene favoreciéndola.

—Así es, dijo don Pedro, para que no tengais recelo ninguno; que á no aseguraros de esto, pudiérais tener alguna inquietud, y no solo vos, mas el mismo Narciso, que con mi gala y entendimiento no hay en el orbe quien compita.

—Ese conocimiento me queda, dijo Leopoldo, en lo poco que ha que os he visto; y así, fiado en vuestra palabra, me aseguraré, lo que sin ella no hiciera. Con esto llegaron á la córte, donde al apearse el embajador en sus casas, halló muchas señoras que estaban aguardando á su hermosa hija. Apeóse Margarita en los brazos de su esposo, nueva pena para el enamorado don Pedro, que ya iba sintiendo de veras los celos. Aquella noche hubo una espléndida cena, en que cenaron cuantos se hallaron allí á su recibimiento: fué prevencion del galan Leopoldo, comenzando desde este dia á mostrar sus finezas. Posaba este caballero dentro de la casa del embajador, y tambien don Pedro, señalándole allí un cuarto muy bueno, como si no viniera en cuenta de juglar, porque de aquel

modo queria entretenerse á sí y á la córte con don Pedro: él se fué á acostar despues de cena, no poco cuidadoso de verse empeñado en empresa donde hallaba tantas dificultades, dudoso cómo podria salir con ella, cuando de por medio habia tantos empeños, y el mayor el ver la resolucion de Margarita en obedecer á su padre, aun conociendo la condicion de su primo. No le animó mucho su criado Feliciano, ántes le reprendia su determinacion, pues se habia expuesto á aparecer truhan en una córte por lo que no habia de alcanzar: en varios discursos pasaron gran parte de la noche los dos, resolviéndose don Pedro á que en declarándose con Margarita, si no era de ella bien admitido, volverse á Galicia.

Seis dias continuaron las visitas de los caballeros y damas, con quien el embajador y su hija se comunicaban, y en todos ellos sazonó sus conversaciones don Pedro con muchos donaires que dijo, cayéndoles á todos en mucha gracia, celebrando cuantas decia, con que corrió la voz por la córte de que era el más entretenido bufon que en ella habia entrado. Aconsejaban algunos al embajador que le llevase á palacio, porque le aseguraban que el rey gustaria mucho de él: vino á oídos de don Pedro, y enojóse mucho, diciendo que los señores como él, que tenian por dudoso el agasajo debido á su autoridad y sangre que el rey le haria, no habian de ponerse en ocasion de tener despues sentimiento de haber andado corto con él. No quiso el embajador disgustarle viéndole rehusar esto, librando el convencerle para cuando estuviese sazonado.

CAPÍTULO XIV.

Da fin el ladron á la novela de *El conde de las Legumbres*.

Habian caido enfermos dos criados de Leopoldo, de quien fiaba sus amorosos empleos, y aunque pudo abstenerse de su condicion, en tiempo que debia andar ajustado por contentar á Margarita, no miró á esto, sino á seguir su gusto, y así le pareció salir de noche, acompañado de Feliciano, sabiendo que era hombre de buenas manos para fiar su seguridad de él; llevóle consigo tres ó cuatro noches á una casa, donde salia muy á deshora de ella; aunque entraba allá Feliciano, no quiso ser curioso en averiguar quién era el dueño de aquella casa hasta la tercera ó cuarta noche que asistió allí, y hallándose con una criada, que deseó seguir el ejemplo de su ama con Feliciano, la preguntó cuya era aquella casa y quién la dama del empleo de Leopoldo.

Con amor mal se guarda silencio; era criada, y con esto está dicho que diria cuánto le fué preguntado; de su informacion sacó Feliciano que aquella casa era de la tia de su dueño, y su hermana la dama que Leopoldo gozaba, con palabra que primero la habia dado de casamiento, y proseguia en esto porque su gran retiro la tenia ignorante del casamiento que Leopoldo tenia capitulado con su

prima. Sabido esto por Feliciano, lo trasladó á la noticia de su dueño esotro dia, de que don Pedro quedó tan absorto como indignado contra su hermana, si bien este procedimiento de Leopoldo, con quien tanto le tocaba, le esforzó su esperanza, viendo que por aquel medio le facilitaba más su empresa, pues era cierto que viviendo él é igualando en sangre á Leopoldo, no habia de consentir que con otra se casase sino con su hermana, á quien debia su honor. El medio que tomó para ver la resulta de este empeño fué que Feliciano dijese á la criada cómo Leopoldo estaba capitulado con su hermosa prima, exagerándole sus partes para que ella diese copia de esto á su hermana, aguardando lo que haria sabiendo su agravio. Hízose así como lo dispuso don Pedro, y á la siguiente noche, que ya doña Blanca (así se llamaba la hermana de don Pedro) tenia sabido esto, tuvo una gran pesadumbre con Leopoldo, si bien él negaba á piés juntillas el estar capitulado ni tratar de casarse con su prima, y así procuraba satisfacer á doña Blanca en esto. Ella fingió darse por satisfecha, con pretexto de hacer el dia siguiente una apretada diligencia sobre ello, con que despidió á Leopoldo, yendo él muy contento en pensar que quedaba su dama muy satisfecha; pero fuése con propósito de no volver á verla tan presto, fingiéndose indispuesto. Supo esa misma noche don Pedro, de Feliciano, todo cuanto habia pasado entre doña Blanca y Leopoldo, y sintió mucho que su hermana hubiese dádose por satisfecha de quien la trataba con tanto engaño; quiso se pasasen dos dias, hasta ver qué era lo que su hermana hacia, mandando á Feliciano que estuviese á la mira de todo.

Esotro dia de la satisfaccion de Blanca, ella con la rabia de los celos no tuvo sufrimiento para esperar á más, y quiso saber su agravio de buen original, que fué de la boca del marqués; tomó un coche, y yendo de embozo, se fué á su casa en tan mala ocasion, que habiendo llegado á los corredores de ella para hacer llamar al embajador, se encontró con Leopoldo, el cual conociéndola, en breve se le ofreció presumir á lo que venía, que era á dar cuenta al embajador de su casamiento y á mostrarle la cédula; y era así como lo imaginaba, que doña Blanca se dió por satisfecha de Leopoldo al cargo que le hacia de casarse con su prima, con ánimo de acudir el dia siguiente á saber del embajador todo esto. Recibióla Leopoldo con muchos agasajos, aunque ella no le mostró buen semblante, cosa que acreditó en Leopoldo más su sospecha; díjola que le importaba hablarla sobre cierta cosa, y para eso que sería cómodo puesto un cuarto separado del de su tio; porfiaba Blanca que ántes que la hablase habia de estar con el embajador, y esto defendia Leopoldo, diciéndola que estaba ocupadísimo en ver un pliego que le habia venido de Alemania, enviado del César. Tanto la persuadió á que le habia de hablar ántes que ella al embajador, que quiso por entónces Blanca darle gusto á Leopoldo; y así, el caballero se valió del cuarto de don Pedro, pidiéndole que tuviese allí aquella dama miéntras él volvia á hablarla, en asegurando á su tio y prima; como Blanca estaba de embozo, no la conoció don Pedro, aunque se sospechó, por lo que habia sabido, que era su hermana; tampoco Blanca conoció á su hermano, porque el traje que vestia era singular, y además de esto traia ante-

ojos, con que se disfrazaba mucho. Acompañó don Pedro á su conocida hermana, y dejándola en su aposento cerrada, volvió á buscar á Leopoldo, para saber qué determinaba hacer de aquella dama; él se ocupó un largo rato con su tio, y así no pudo salir, con que envió á decir á don Pedro que entretuviese á aquella señora por un rato, diciéndola en disculpa suya que precisa ocupacion le estorbaba que no viniese tan presto, pero que no podria tardar. Entró don Pedro en su cuarto, cerrándose por dentro para verse á solas con la dama. En tanto Margarita habia sabido que su primo habia hablado con una embozada en el corredor y pedido á don Pedro que la llevase á su cuarto, y apasionada de celos, quiso saber quién era, con la ocasion de poderlo hacer muy á su salvo por una puerta que de su cuarto iba al de don Pedro, de quien tenia la llave; hízolo así, abriendo muy quietamente por no ser sentida; esto fué á tiempo que don Pedro entró en su cuarto, y pudo hallar sin embozo descuidada á su hermana, que aguardaba á Leopoldo, bien segura que podria ser vista de otro. Luego que la conoció, sin dar lugar á que echase sobre el rostro el manto, la dijo estas razones:

—Mujer indigna de la noble sangre que heredaste de tus antecesores y de llamarte hermana mia, ¿es posible que, olvidada de las obligaciones que te corren, confiada en una leve palabra, vengas tan en oprobio tuyo á esta casa á renovar la infamia que has hecho, á rogar á quien te olvida, á persuadir á quien con falso modo te engaña? Si llevada de tu ciego amor querias este empleo, deudos tenias para comunicarlo con ellos, ántes que cegarte y entregar tu honra á quien te ha de tratar con tanto desden, pues esto se verifica en sus acciones, si bien lo adviertes, pues cuanto más finezas te miente, trata de casarse con su prima; que vivas tan enamorada, que cuando toda la córte sabe este empleo tú sola lo ignores. Si no mirara al lugar adonde estás, con este acero procurara acabar con tu vida, para que fuera escarmiento á otras; ¿tan ajena vives de la obediencia de nuestra tia, que has dado entrada en su casa á Leopoldo? ¿Tú habias de poner en contingencia tu honor, igualándole en sangre y calidad? Dicha ha sido tuya llegar en esta ocasion á esta córte, aunque en el ridículo traje en que me ves, para procurar con todo cuidado que Leopoldo no se burle de tí. Dime, fementida Blanca, lo que hay en este empleo para que se ponga remedio en todo, y esto sin desdecir de la verdad, pues te va en ello no ménos que la honra y la vida.

Estas razones oia la afligida doña Blanca con los ojos puestos en el suelo y vertiendo de ellos hermosas perlas: tal se podian llamar sus lágrimas. Estaba tal la pobre dama, que no acertaba á pronunciar razon alguna; mas á persuasion de su hermano, en breves razones le dijo cómo en una fiesta la vió, y aficionado de ella, supo su casa, la paseó y envió papeles, y continuando el servirla con amantes finezas, pudo merecer tener entrada en su casa; y dándola palabra de casamiento por cédula que allí traia firmada de su mano y con testigos, llegó á sus brazos. Finalmente, la dama le dijo á su hermano cuanto habia, y él por no afligirla más, la dió buenas esperanzas de que acabaria con Leopoldo que le cumpliese la cédula. Toda esta plática habia escuchado la hermosísima Margarita por la puerta que de su cuarto venía al de don Pedro, y

admiróse extrañamente de que persona calificada como don Pedro, segun inferia de sus razones, no falto de juicio, sino muy con él, se hubiese puesto en astillero de juglar, pasando plaza de tal en su casa y en la córte; ignoraba la causa de haber hecho de sí aquella trasformacion, si bien le dió alguna sospecha que ella podria haberla dado; por otra parte, consideraba el doble trato de su primo Leopoldo, pues trataba casamiento con ella, habiendo dado cédula y palabra á aquella dama tan principal; por salir de una y otra duda no quiso estar oculta escuchándoles, y así, salió de donde estaba, á tiempo que ni doña Blanca tuvo lugar de embozarse, ni su hermano de disimular su enojo; pero cobrándose algo, dijo:

—¿Qué celada ha sido esta, portento de la hermosura, dueño de mi alma y gobierno de mi albedrío? ¿Traiciones haceis con quien hallais descuidado? No de esa belleza tales sucesos, que será acabar la vida con un gozo, como otras se acaban con un pesar.

—No haya disimulos, señor mio, dijo Margarita, que ya sé que no sois lo que publicais, y que el pesar que os aflige pedia más sentimiento á solas que donaires en público; mi curiosidad, con una punta de celosa, ha descubierto en vos fondos de lo que manifestais, y en Leopoldo, mi primo, más cautela de la que prometian sus mentidas finezas; de una vez quiero salir de la confusion en que estoy, declarándose este enigma vuestro, que así le juzgo, hasta hallar su solucion en vos; mas ántes que esto yo sepa, conviene que esa dama, hermana vuestra, se pase á mi cuarto, diciendo vos á Leopoldo que de verle tardar tanto se fué con despecho de aquí, sin ser posible el detenerla, y dejadme despues hacer á mí. Llevóse consigo á doña Blanca, agasajándola, con que la animó á esperar mejor suceso en sus cosas del que se habia prometido en el desden de Leopoldo y la indignacion de su hermano. Dejó Margarita á Blanca en compañía de sus criadas, y volvióse donde estaba don Pedro, el cual, si bien al principio se alteró con su vista y saber que habia oido la deshonra de su hermana, se holgó despues de que sus celos y curiosidad hubiesen descubierto el rebozo á su disfraz, y hallado el desengaño de su primo. Pues con la venida de la hermosa Margarita don Pedro se alegró mucho, y así lo manifestó su semblante; ella le mandó tomar una silla, y haciendo lo mismo, comenzó su plática de esta suerte:

—Estoy metida en tantas confusiones de poco tiempo á esta parte y con tanto pesar del término doblado de mi primo, que vengo á consolarme con vos y á que me descifreis muchas cosas que hallo oscuras para mí: una es el veros remoto de esta córte, conocido fuera de ella por hombre falto de talento; otra, que como juglar y hombre de entretenimiento, os hayais introducido en parte donde teneis prenda, y más de tantas partes, como la señora doña Blanca, vuestra hermana, debiendo mirar, si sois el que sospecho en la calidad, os afrentais con daros á conocer por truhan y hombre ridículo, así en el traje que vestís como en los donaires con que entreteneis; el haberos puesto en esto es por gran causa, esa deseo que me digais, porque yo salga de muchas dudas en que estoy.

Calló con esto la bella Margarita, y don Pedro para satisfacerla dijo así:

—Hermosísima señora, no ignoraréis, aunque no lo hayais experimentado, que amor es poderosa deidad, y que como tal, no hay humano sugeto que, si se vence de su pasion, no busque modos, invente trazas é investigue caminos para remediarla; este alado dios, á quien han rendido vasallaje cuantos sus poderosas razones han sentido, hirió con una mi pecho, viendo vuestra divina hermosura cuando pasó por Villafranca, patria mia; fuí informado de quién érades, el estado que esperábades tener, con mucho gusto de vuestro padre, aunque poco vuestro, por conocer la condicion de Leopoldo, que verifiqué con oirlo despues de vuestra boca; animóme esto, aun estando tan adelante el consorcio, á emprender esta empresa por el camino extraordinario que habeis visto; pospuse mi autoridad, calidad y noble sangre, haciéndome hombre de humor con la quimera que habeis oido, para que esto me introdujese con vuestro padre y con vos; ha sido mi dicha tal, que pude conseguirlo, si bien vuestro respeto enfrenó en mí el declararme con vos, temiendo que no habíades de darme crédito y ser en tiempo que vuestras bodas están tan adelante; la desdicha de mi hermana y vuestros celos han sido causa de que oigais de mí que soy don Pedro Osorio de Toledo, caballero calificado y de las dos casas de Villafranca y Astorga; hónrame el pecho la militar insignia de Alcántara, dada por muchos servicios hechos en la guerra, con esperanzas de encomendar presto. Mi estado os he dicho, mi atrevimiento tambien; por último, os pido perdon, disculpando amor y vuestra divina beldad este yerro, que ha dado motivo para vuestro desengaño, y mi dicha haber sucedido la facilidad de mi hermana; quien la tiene á cargo su honor le cumplirá su palabra, ó yo perderé la vida sobre ello.

Admirada dejó á Margarita la relacion de su disfrazado amante; y puesta en obligacion de favorecer y estimar su fineza, lo cual iba ya haciendo, ofendida como desengañada con el proceder de su primo, lo que le respondió fué:

—Señor don Pedro, con leve causa, como es mi poca hermosura, os dispusísteis á empeño tan grande contra vuestra opinion y sangre; yo estimo la fineza, si bien os disculpo, pues vuestras partes eran dignas de mayor empleo que el mio. Yo he sentido la poca estimacion que de mí ha hecho mi primo, y así le costará el perderme, si bien creo que quien teniendo tan adelante su boda no desistia de sus gustos, daba á entender con esto que no era el suyo de casarse conmigo; bien me ha estado el desengaño ántes de haber enlazado el nudo que no se puede desatar sino con la muerte; habré conocido del todo su condicion y su poca fineza, como conoceré la vuestra, no me olvidando de lo que os debo.
A sus piés se arrojara don Pedro á besárselos, si Margarita le diera lugar; agradeció con muchas sumisiones el favor que le hacia y prometia hacerle; lo que los dos determinaron allí fué lo que adelante se sabrá. Fuése Margarita á agasajar á su huéspeda y á poner en ejecucion lo que con don Pedro habia consultado. El enamorado caballero aguardó á Leopoldo, el cual vino de allí á media hora que su prima se habia retirado á su cuarto, preguntó á don Pedro por la dama de que le dejó en guarda, y la respuesta que dió fué que viendo su tardanza se habia ido, sin bastar persuasiones suyas á detenerla.

—Bien me ha estado el tardarme, dijo Leopoldo, pues ha resultado de esto

cumplirse mi deseo, que era ver fuera de esta casa á esa mujer que ha dado en perseguirme; no he tenido poca dicha en que no se haya encontrado con mi tio, que tuviera muy mal rato con él á hablarle. Algunas preguntas le hizo don Pedro con su acostumbrado donaire para sacarle más; pero Leopoldo no se declaró del todo, si bien para don Pedro ya estaba entendido su pensamiento; y era tanto el enojo con que estaba de ver el desprecio que hacia de su hermana, que fué mucho abstenerse de manifestarlo con la espada en la mano.

Ya Margarita habia vuelto á verse con Blanca, de quien más dilatadamente supo sus amores, y los verificó la cédula de casamiento que la mostró, dejándola de nuevo admirada el doble proceder de Leopoldo. Envió Margarita á llamar á su padre, y teniéndole en su presencia, á solas le dijo:

—Siempre fué buena razon de estado en los padres el casar á sus hijas con su gusto, pues un empleo que ha de durar toda la vida no es bien que sea sin voluntad; muchos fian en que las condiciones de los hombres se mudan con la mudanza de estado, y son pocas las que con él tienen enmienda; y así hace mucho de su parte quien con esta obediencia cierra los ojos á aventurarse, y mucho más quien en su empleo tiene vistas premisas de cuán malo ha de ser. Mi obediencia nunca reparó, señor y padre mio, en cumplir con tu mandato, aunque conocí en mi primo Leopoldo condicion tan adversa á la mia, que ella me estaba prometiendo disgustado empleo; obedecí conociendo que otros pudieran serme más de gusto, no inferiores en calidad ni riqueza; ví en tí deseos de que estas bodas se hiciesen. Despachóse á Roma, despues de capitularlas, por la dispensacion; y cuando en mi primo habia de haber más amor y más fineza para conmigo, procede con diferente modo, pues ha dado palabra de casamiento á una dama que veréis presto en vuestra presencia. Entónces llamó á doña Blanca, á quien habia dejado en su aposento, la cual salió adonde estaba el embajador y su hija. Tomó silla con los dos, y prosiguió Margarita, diciendo:

—Esta dama es, señor, á quien digo que mi primo dió palabra de casamiento por escrito, y con esto le debe su honra; trae consigo la cédula que le hizo, y queriendo hablarte para darte razon de lo que pasaba en su ofensa, fué vista de Leopoldo, deteniéndola que te viese, y encerrándola en el cuarto de nuestro huésped; y esto pudo llegar á mi noticia, y con un poco de curiosidad, por la puerta que de mi cuarto va á él, pude escuchar una plática en que he sabido todo esto; salí por esta dama, y hela traido á mi cuarto para darte noticia de lo que me has oido. La calidad de esta señora es mucha, porque es Osorio y Toledo, descendiente de dos calificadas casas en España; tiene ánimo de dar cuenta á sus deudos, que los tiene en esta córte muy notables, para que estorben mis bodas. Hasta aquí ha llegado el obedecerte como á padre; de aquí adelante no permitirás que te obedezca, porque ántes tomaré un hábito en el más estrecho convento de esta córte, donde acabaré con mi vida, que yo sea esposa de mi primo.

Quedó el embajador admirado con lo que oia á su hija; vió la cédula hecha á doña Blanca, convencióle la razon que tenia en poner por ella impedimento á

las bodas que de futuro se esperaban, y determinó de despedirlas por su parte, y aun al sobrino, para que no viviesen juntos desde aquel dia. Hizo retirar las dos damas, y mandó llamar á Leopoldo, y venido á su presencia, le mostró la cédula que hizo á Blanca, diciéndole si conocia aquella letra. Él, turbado y perdido el color, comenzó á negarlo, más el embajador le dijo que no lo hiciese, porque con muchas cartas suyas le comprobarian ser una misma firma aquella y las otras. Confesó últimamente Leopoldo que ciego de aficion habia hecho aquello, pero que no pensaba cumplir la cédula, aunque sobre ello perdiese la vida. Habia estado don Pedro oyendo esta plática encubierto y ya en diferente hábito que el que traia, con un vestido muy lucido y su hábito de Alcántara en la ropilla y capa, y oyendo esta razon de Leopoldo, sin aguardar á más, se entró donde estaba, y le dijo :

—Señor Leopoldo, vos miraréis mejor lo que decís, advirtiendo en la calidad de la que despreciais, pues con ella os iguala en sangre; ella es mi hermana, y por eso me toca el ampararla y defenderla si no la cumpliéredes la promesa hecha : espada traigo en la cinta, y sabré con ella haceros que se la cumplais ó perdais la vida. Replicó á esto Leopoldo que ya tenia mirado en aquel particular lo que podia mirar, y que amenazas no le habian de forzar á hacer lo que no era de su gusto. Encolerizóse don Pedro, y desafió á Leopoldo; la pesadumbre se iba encendiendo más, las damas salieron á ser el remedio de todo, pusiéronse en medio de los dos, mandando cerrar las puertas porque no saliesen fuera. Con todo lo que habia pasado en la pesadumbre no habia reparado el embajador en la persona de don Pedro, sino que se creyó que habia venido tras de su hermana; y el verle con lucido vestido, hábito y sin anteojos, que siempre los traia, le hizo desconocer; mas reparando más en él, conoció en que el huésped que tenia como truhan era el que desafiaba á su sobrino. Como Margarita viese que su padre no apartaba los ojos de él con admiracion, cayendo en lo que podia ser, le dijo :

—Señor, el que miras en diferente hábito es el que poco ha traia otro bien ridículo; don Pedro Osorio de Toledo es quien con donaires nos entretenia; apaciguado este disgusto, sabrás la causa que le movió á ponerse en esa forma. En nueva admiracion quedó el embajador, y no dejara de preguntar á su hija le declarase aquello, si el ver á los dos caballeros empuñadas las espadas y en vísperas de hacer aquella sala palestra de su duelo no se lo estorbara. Comenzó por blandas razones á persuadir á su sobrino que no rehusase lo que le habia de estar tan bien, pues de no lo hacer se seguian tantos pesares; y que no se fiase en él, porque vista la poca razon que tenia y la ofensa que á aquella dama hacia, habia de ser contra él, ayudando á sus contrarios, hasta hacerle casar. Y que en cuanto á su hija, se desengañase que no sería su esposa, porque ella no se hallaba obligada de él, con las pocas finezas que con ella habia hecho. Vióse Leopoldo atajado por todos caminos y en víspera de perder la vida; y así hubo de condescender con lo que su tio le decia, dando de nuevo la mano á doña Blanca y abrazando á su hermano, ántes desconocido, por quien era. Entónces Margarita dijo á su padre cómo aficionado de ella don Pedro, se habia

introducido en su casa con hábito de juglar, cosa en que se hallaba con obligaciones de premiarle aquella fineza, si en ello tenia gusto; mostróle tener su padre, y con su licencia se dieron las manos, llegando don Pedro á ver cumplido su deseo. Las bodas de los dos fuéron de allí á quince dias, en que asistió lo noble de la córte; hízose aquella noche una lucida encamisada, habiendo carrera pública aquella tarde. El rey honró á estos dos caballeros, con que vivieron en España muy contentos con sus esposas. *

A todos los oyentes dió gusto la novela de Garceran, que así se llamaba el que la refirió, divirtiéndose asimismo Rufina, que desde su aposento la habia escuchado. Hacia el ermitaño Crispin gran confianza de ella; y así no excusó que se tratase aquella noche de muchos designios que tenian los compañeros de burlar en partes donde tenian avisos que habia hacienda; algunos hurtos reprobó Crispin con su autoridad y experiencia, y otros reprobó por los inconvenientes que allí les propuso; era el norte de aquella compañía; y así, ninguno excedia de lo que él ordenaba. Era hora de recogerse, y por aquella noche no se hizo particion de lo hurtado, difiriéndolo para mejor ocasion, quedando en depósito del ermitaño, que con fidelidad lo guardaba. Recogidos los compañeros, Crispin no lo quiso hacer hasta verse con Rufina y darle las buenas noches; hallóla más gustosa que hasta allí habia estado, con que se holgó mucho; preguntóla que qué la habia parecido la novela. Díjole que muy bien y que con oir muchas como ella divirtiera su melancolía.

—No la tengais, dueño mio, se atrevió á decirla el falso hipocriton, que muchos divertimientos de estos habeis de tener y aun medras en esta casa, si lo esquivo moderais. Parecióle á Rufina que era tiempo ya de dejar severidades y tristezas á un lado, y desde aquella noche comenzó á hacer mejor rostro al hipócrita, por llevar á efecto el asalto que le pensaba dar. Con esto se fué Crispin á dormir, llevando grande confianza que aquella roca se habia de rendir poco á poco, pues lo más estaba hecho, que era echar á un lado la santimonia y quitádose la máscara.

CAPÍTULO XV.

Rufina da á Crispin un narcótico; durante el sueño lo roba, y huye con Garay á Málaga; avisa con un anónimo al corregidor que Crispin es encubridor de ladrones, y sale con Garay para Toledo; escápase Crispin de la cárcel, y se encamina tambien á Toledo, en donde ve á Rufina, y prepara el modo de vengarse del robo que le hizo.

El dia siguiente, ántes de salir la aurora, ya los oficiales de la garra habian dejado la ermita, yéndose á buscar la vida á costa de pacientes; Crispin habia de ir á la ciudad á pedir la limosna ordinaria, y despidióse de Rufina; ella le encargó hiciese diligencia de saber si su hermano estaba en Málaga, dándole las señas de su rostro y talle, bien diferentes del rostro de Garay; dejóla cerrada

el hermano, cosa que á ella se le dió poco, porque desde Córdoba traia hechas llaves maestras, forjadas contra el robado genovés. Quedóse sola en la ermita; ya estaban de concierto ella y Garay que en viendo en Málaga al hermano Crispin, él se viniese á la ermita; así lo hizo, viniendo en uno de los dos cuartagos; fuéle abierta la puerta por Rufina, y en breve espacio le dió cuenta del trato del ermitaño, de su aficion y cómo tenia en aquella ermita tanto dinero junto, hurtado en buena guerra.

Deseaba Rufina engañar á Crispin de modo que en lo que tocaba á moneda no le quedase un dinero solo; y así previno á Garay que luego volviese á la ciudad y le buscase unos polvos conficionados de modo que infundiesen sueño, que estos prevenia para la burla que le pensaba hacer; y que desde aquella noche no se le pasase ninguna sin dormir con su cuartago cerca de la ermita, en una parte que le señaló desde una ventana que sojuzgaba toda aquella campaña. Con esta advertencia Garay volvió por la posta á Málaga, y le trajo los polvos en breve tiempo, sin que hubiese venido Crispin, porque todo el dia ocupaba en juntar la limosna, y hasta cerca de anochecer no volvia á la ermita. Volvió pues, siendo alegremente recibido de Rufina con muchas caricias, que fuéron para él grandes lisonjas, hallándose cada punto más enamorado de la moza; mostróle lo que habia juntado de la limosna, dado de buena voluntad, y sin esto algunas cosas que él pudo agarrar, sin verlo sus dueños, como eran dos jarros de plata y una gargantilla de perlas: descuido de quien las dejó á mal recaudo, sin temer las malas manos de Crispin; la gargantilla dió luego á Rufina, haciéndosela poner, con que le dijo muchos requiebros. Ella le agradeció el presente, con que aquella noche cenaron amigablemente, haciendo la sobremesa un apuntamiento acerca de sus amores; no tuvo muy en contra la respuesta, con que libró su dicha en promesas de futuro, que esperaba ver presto cumplidas.

Estaba concertado entre los ladrones hacer capítulo la noche siguiente, y rehusábalo Crispin todo lo que podia, porque no se hiciese, porque lo hurtado se habia hecho carne y sangre en él; y así no quisiera que vinieran, aunque se previno de una traza, que fué luego que llegaron decirles que no parasen allí, porque tenia aviso de la ciudad que la justicia andaba cuidadosa de buscar á un homicida, y que en caso de traicion no valian los sagrados á los delincuentes; que se temia no viniesen á su ermita, donde fuesen conocidos algunos de ellos, que los buscaba la justicia. En gente de este porte siempre es creible cualquier novela de este género, y así creyeron á su caudillo y se fuéron de la ermita, con que nuestro Crispin quedó á solas en ella con su dama, la cual le habia prometido favorecerle aquella noche, con que estaba loco de contento, no viendo ya la hora de verse favorecido de aquella hermosura. Llegóse la hora de cenar y tenian bien con que hacerlo, porque Crispin habia traido el dia ántes mucha caza de volatería, y la tenia para la cena prevenida, con muy gentil víno, de lo mejor que habia en Málaga, de que estaba llena una bota. Aderezada la cena con ayuda de Rufina, que en esto se mostró solícita, se puso la mesa y comenzaron los dos á cenar gustosamente; los bríndis se menudeaban, advertida la hembra de gobernar la taza con tal cautela, que Crispin siempre bebió víno que estaba

misturado con aquellos polvos que infundian sueño; bebió el hermano espléndidamente, rematándose con el postrero bríndis la cena, á que se le siguió luego un pesado sueño, tan grande, que Rufina hizo experiencias de él, procurando despertarle con tirarle de las orejas y narices, y era como si tirara de un cuerpo sin sentido y muerto; con esta seguridad bajó á la bóveda, y de unas arcas que en ella habia sacó cuanta moneda ocultaban, que no era poca; esta puso en unos talegos muy liados con cordeles, y los acomodó en unas bizazas de cuero, en que parte de aquel dinero habia sido hurtado á un tratante de ganado mayor y obligado de una carnicería.

Hecho esto, Rufina salió al campo, y con una seña que hizo acudió Garay á la ermita con brevedad; díjole Rufina en el estado que estaban las cosas; cargaron con el dinero, y las alhajas se dejaron, con no poco sentimiento de los dos, mas á su razon de estado importaba esto para no ser conocidos por alguna de aquellas piezas y malograr con esto su diligencia. En breve acomodaron la moneda en el cuartago, y los dos se pusieron á caballo, yéndose á Málaga, no poco ufanos de habérsela pegado al mayor ladron de toda la Europa tan á su salvo. Llegaron á Málaga, y en la posada de Garay se aposentaron, estando Rufina oculta de los huéspedes aquella noche y esotro dia. Sabía Rufina cuándo estaban determinados de tener junta los ladrones con su jefe Crispin, que era para de allí á cuatro dias, y previno lo que se dirá adelante, que me llama Crispin, á quien dejamos dormido.

Pasó toda la noche durmiendo cerca de la mesa en que habia cenado, y ya bien entrado el dia, despertó, no sabiendo lo que habia pasado aquella noche: llamó á Rufina, acordándose que por su mucho sueño habia perdido la ocasion que habia deseado, de que no poco se lastimaba; repitió con voces el nombre de la astuta moza, mas fuéron en balde; buscóla por toda la casa, la iglesia y bóveda, y no hallándola, salió al campo á buscarla, y halló las puertas cerradas, cosa de que se maravilló mucho, con que pensó que le habia sucedido á Rufina una desgracia; buscóla de nuevo, mas hallando las arcas abiertas y vacías de la moneda que guardaban, conoció que se la habia llevado, y que ella era causa de su fuga; parecióle que por aquel campo estaria, porque no se atreveria á salir con la oscuridad de la noche. Buscóla todo lo que pudo, pero fué en balde; con que á costa de su sentimiento hubo de tener paciencia, corrido de que á un ladron tan antiguo como él le hubiese hecho herida una flaca mujer, infiriendo de esto que todo cuanto habia hecho con él era fingido por robarle. Este dia fué á Málaga, por si acertaba á toparla en la ciudad. Encontró con Garay, y como no le conocia Crispin, porque no le habia visto, todo fué cansarse.

Ya Rufina y Garay tenian prevenida su partida para Castilla; mas no quiso ella partirse sin darle un mal rato al hipócrita ermitaño. Ella sabía el dia que habian concertado los ladrones hacer capítulo y junta en la ermita, que quiso aquel mal hombre hacer receptáculo de delincuentes, digo su casa ó celda para que fuesen hallados juntos, y llevasen el castigo que merecian por sus delitos. Escribió un papel al corregidor, dándole en él razon de dónde y cómo se podrian prender; y con esto partiéronse de Málaga, deseando parar en Toledo, don-

de los dejarémos ir su camino, por decir que el corregidor, luego que recibió el papel, aguardó á que fuese ya de noche, y yendo con alguna gente á la ermita, la cercó y entró dentro, donde halló á Crispin bien descuidado de aquella visita. Buscóle la casa, bajó á la bóveda y dió con los compañeros; halló allí las escalas, ganzúas y llaves maestras, cosas concernientes al rapante ejercicio; asimismo vió en las arcas piezas de plata y alhajas de precio, indicios que manifestaron el trato de aquella virtuosa gente, á quien mandó prender y maniatar fuertemente. Crispin estaba turbado de suerte que no acertaba á hablar á lo que le preguntaban. El corregidor le dijo:

—Mal hombre, vil hipócrita, que con capa de santidad ejerces latrocinios, ¿no te bastaban para tu sustento las muchas limosnas que hallabas, dadas por caritativos pechos, suficientes para tener una muy buena pasada en un lugar cómodo para servir á Dios nuestro Señor, sino valerte del más infame ejercicio del mundo? Tú has venido á mis manos; de ellas saldrás tú y todos tus compañeros para una horca.

Con esto los llevaron, donde sustanciada la causa, fuéron condenados á muerte, porque confesaron muchos delitos, todos culpando á Crispin, que era quien les daba aviso de los hurtos y abria las puertas para hacerlos. Él anduvo tan valeroso en el tormento, que negó fuertemente; mas con todo no se pudo librar de la sentencia, si bien despues se libró de la cárcel. Diéronle en ella unas terribles tercianas, por donde se dilató en él la ejecucion de la justicia, si no la de sus cómplices, que fuéron luego ahorcados. Y cuando estaba Crispin para entrarle en la capilla, en hábito de mujer salió á medio dia de la cárcel, con no poca admiracion de todos, y con mucha pesadumbre para el alcaide de la cárcel, que le costó muchos dias de prision, culpándole que con sobornos le habia dado libertad; mas él se libró de esta acusacion, dando la persona que le dió los vestidos, que por ello fué á galeras.

Caminando Rufina y Garay por sus jornadas á toda priesa con gentil moneda, llegaron á la imperial ciudad de Toledo, donde pensaban tomar asiento, llevando Rufina intencion de portarse en aquella ciudad con mucha ostentacion, y para dar más honesta capa á su estancia, fingió que Garay era su padre; con esto tomó casa autorizada en buenos barrios; la familia era una esclava que compró en Málaga, y otra doncella de labor que recibió allí, un pajecillo y un escudero: ella se puso las reverendas tocas de viuda, y Garay, vestido honestamente, llamábase don Jerónimo, y ella doña Emerenciana; el apellido fué Meneses, diciendo descender de los nobles que ilustran á Portugal; con todo esto puesto en astillero, fué comprando las alhajas convenientes á la casa de una principal viuda, fué visitada de las señoras del barrio, quedando muy pagadas de su agrado y cortesía, con que fué granjeando algunas amigas, de las que se pensaron que era oro todo lo que relucia en Rufina, teniendo creido descender de la noble familia de los Meneses. Salió Rufina á la iglesia mayor, adonde fué vista de la juventud ociosa, y conocida por dama recien venida á la ciudad; y como era de buena cara, presto tuvo aficionados y que la paseaban su calle. Miéntras ella se iba informando de los que más adinerados eran para continuar con sus cautelas, la

dejarémos, y á los penantes en su pretension amorosa, para dar la vuelta á Málaga, que dejamos libre de la cárcel al hermano Crispin.

Luego que Crispin se vió libre por su buena maña, no paró en Málaga, ántes se fué á un bosque que está vecino á la ciudad, donde pasó todo el dia, y en viniendo la noche se acercó á la ermita, habitacion que fué suya, miéntras fué creido de los de Málaga que era buen cristiano. Habian puesto en su lugar á un buen hombre, que acudia á pedir por las iglesias para un hospital; este aun no estaba de asiento en la ermita, porque le habian de aderezar primero la casa. Fué, como está dicho, Crispin á ella, y en la parte que caia al mediodía, cerca de unas losas, señal que él habia puesto para conocer mejor el sitio, cavó con una estaca, que en el bosque habia hecho, la tierra, de donde desenterró un talego que allí tenia reservado, con unos doblones, de la demás moneda que de monton se juntaba, que en estas partijas siempre salia mejor mejorado por el oficio de adalid de aquella gente *non sancta*. Con estos doblones, que serian hasta quinientos, se fué á la ciudad de Jaen, adonde tenia un amigo, hombre del trato de la rapiña; ya él sabía la fuga que habia hecho de la cárcel, como ántes habia sabido su prision, que le puso en harto cuidado, temeroso de que en el potro no le encartase, que se habian hallado en algunas caravanas de hurtos los dos. Holgóse este camarada mucho con la presencia de Crispin, el cual iba mal vestido, porque el hábito se le habian quitado por indigno de traerle, y los bajos eran muy trabajosos; presto se remedió esto con dar Crispin dineros á su huésped para que le comprase un vestido bueno de color; este se vistió y ciñó espada, con que parecia otro, habiéndose cortado la barba, que la traia muy larga.

En este nuevo hábito asistió algunos dias en Jaen el buen intencionado Crispin, hasta que se ofreció hacer un hurto en Andújar, y fué de cantidad; hubo particion de él fiel y legalmente; y temiéndose que por las diligencias que hacia el lastimado no fuesen descubiertos los delincuentes, á Crispin le pareció bien poner tierra en medio y no aguardar á verse en otra fiesta como la de Málaga, de donde no hizo poco en escaparse. Acompañóse de un mozo, natural de Valencia, persona de buen talle, y con su moneda dieron con sus cuerpos en Toledo, donde no habian estado más que de paso, por lo cual estaban ciertos que no serian conocidos. Llamábase el valenciano Jaime, y era hijo de un alpargatero de Valencia, y por travesuras que habia hecho con alguna cantidad de ropa de que se descuidaron sus dueños, andaba fuera de su patria; era de edad de veinte y cuatro años, blanco, rubio, de gentil disposicion, y sobre todo de vivo entendimiento, y gran bellaco socarron. Este mozo se vistió, á costa de los que lo padecian, muy al uso con galanes vestidos; y un dia los dos se fuéron á misa á la iglesia mayor, llegando á oirla á una capilla, donde acertó á estar Rufina, llamada allí doña Emerenciana; conocióla luego Crispin, de que recibió mucho gusto; cuanto pudo se encubrió de ella por no ser conocido, aunque de eso podia estar seguro; porque el haberse cortado la barba y mudado de traje le hacian desconocido de quien ántes le vió con el hábito de ermitaño. Mostróle á Jaime su compañero á la viuda, la cual le pareció muy bien, y aconsejóle que la fuese siguiendo, sin ser notado de ella, hasta saber dónde posaba; fácil

fué de saber la casa, y de los vecinos de la calle que se llamaba doña Emerenciana de Meneses, venida allí de Badajoz con su padre. Quedó escocido Crispin de la burla de esta moza, y juró que pues su dicha se la habia traido á sus ojos, no se habia de ir de aquella ciudad sin desquitarse del hurto con algunas mejoras, para lo cual instruyó á Jaime en lo que habia de hacer y lo que se habia de fingir para con ella, no descubriéndole quién era. Presto se ofreció ocasion de representar el papel que tanto estaba ensayado entre él y Crispin; y así, una tarde cuando tocaban las oraciones, que era casi de noche, hubo una pendencia en la calle de Rufina, de que salieron dos de ella muy mal heridos. Apénas la justicia se halló allí, haciendo ir á curar los heridos á sus casas y prendiendo algunos de la calle, que no se hallaron en la pendencia, la dejaron despejada de gente, porque nadie queria, por hallarse allí, verse puesto en prision sin tener culpa.

En esta ocasion se comenzó la quimera de Crispin y Jaime, que este, instruido por el marrajo y mal ermitaño en lo que habia de hacer, se puso un hábito de Montesa en un galan vestido negro, y emparejando con la casa de Rufina, dejó la capa en manos de Crispin, y sacando la espada, se entró en ella, fingiendo ir asustado; halló la puerta de la escalera abierta, y subiéndose por ella, llegó hasta la pieza del estrado de la señora viuda, en que estaban ella y sus dos criadas. Alborotáronse de ver entrar á aquel hombre así, con la espada desnuda, en cuerpo y alborotado. Levantóse del estrado Rufina y sus criadas, y él la dijo:

—Si la piedad no falta en esa hermosura que veo, hermosa dama, os suplico que vuestra casa sea mi amparo para ocultarme de la justicia que viene en mi seguimiento; habiéndome conocido por delincuente de una muerte que he hecho en una pendencia que se trabó en esta calle, dió con mi persona en la que está vecina á ella, y cayera en sus manos sin duda alguna, si con valor no me resistiera, hiriendo á dos ministros, que venian con el alcalde mayor; valíme de los piés, que con la justicia es respeto y cordura volverla las espaldas. Púseme en fuga, y ellos en mi seguimiento; acerté á ver esta puerta abierta, é hice eleccion de esta casa para que sea mi amparo; suplícoos que si no recibís enfado, yo esté aquí hasta que vea pacífica de gente esta calle y pueda salir; pero si extrañais verme y os causa algun enfado, aunque sea con riesgo mio, me volveré á salir á la calle, porque más quiero ser preso que descortés con vos. Ya hemos pintado el talle de Jaime, que desde esta noche se ha de llamar con más requisitos. Vióle Rufina con atencion, y la que estaba ajena de aficionarse, sino solo á la moneda y á ser polilla de ella, de solo ver á este hombre se le inclinó, y así le dijo:

—Nunca en las personas de mi calidad ha faltado la piedad, y más con quien juzgo por el buen exterior la buena sangre que debe de tener; y así, pesándome de vuestro disgusto, os ofrezco esta casa para que en ella estéis oculto todo lo que fuere menester para deslumbrar á quien os sigue; que no fuera razon dejaros en sus manos pudiendo libraros de ellas; sosegaos os suplico, que cuando la justicia os busque aquí, yo tengo parte secreta dónde os podré esconder. Agradeció el jóven la merced que le hacia, y ella replicó:

—Mi estado os dice el recogimiento que debo tener en mi casa; por esto yo os la ofrezco por todo el tiempo que fuere necesario hasta componerse vuestras cosas; mas mi padre vendrá, aunque algo tarde, y si él gusta de que asistais en su cuarto, yo estaré muy contenta. De nuevo rindió gracias el cauteloso mozo por el favor. Ellos, que estaban en esto, llamaron á la puerta con grandes golpes, diciendo que abriesen á la justicia; alborotáronse todos al principio; mas cobrándose del susto Rufina, tomó por la mano á Jaime y lo llevó á un tocador suyo, donde habia cierto tabique doblado, que cubria un paño de tapicería, y allí le dejó, diciéndole que tuviese seguridad que no sería hallado; con esto mandó abrir la puerta; por ella entró Crispin, que se atrevió á mucho de ser conocido de Rufina, fiado en que en el nuevo traje se le deslumbraria; venía con Crispin otro picaron conocido suyo; traian á fuer de justicia linterna, vara corta y armas de fuego; entraron pues adonde estaba la viuda, que los recibió con mucha cortesía, haciéndose de la que ignoraba á qué pudiesen venir. Crispin la saludó cortesmente y dijo:

—Aunque sea atrevimiento, señora mia, el daros un poco de enfado, el oficio que ejercemos nos manda hacer las diligencias posibles por cumplir con él; yo soy mandado del señor corregidor, que reconozca las casas de este barrio, por si en ellas hallo un delincuente que andamos buscando; en las vecinas hemos estado, y solo falta por ver la vuestra; perdonad el que se mire todo, que con esto cumplimos con nuestros superiores y nuestras conciencias.

—Aunque por mi verdad, dijo Rufina, os pudiérades asegurar tanto como con la experiencia, diciéndoos que aquí no ha entrado nadie, no quiero que me tengais por persona que amparo delincuentes facinerosos, si este que buscais lo es; y así os hago la casa franca para que se vea toda si está en ella el que buscais. Alumbróles una criada con una bujía, y ellos miraron mucha parte de la casa, dejando algo de ella, porque esto se le atribuyese á cortesía. Esto hecho, con la misma cortesía que entraron se despidieron; habiendo hecho esto á costa de su peligro, porque su compañero apoyase la trama que llevaba urdida.

CAPÍTULO XVI.

Sigue Crispin disponiendo los medios para robar á Rufina; se vale para ello de su compañero Jaime, que se enamora de ella.

Salió el mentido caballero de donde estaba, mostrando en el rostro alegría de haberse escapado de quien le buscaba, y con agradecidas razones comenzó á ponderar el favor que le habia hecho la viuda. Ella, que se iba prendando de él miéntras le veia, significó que si como su deseo era de servirle lo pudiera ejecutar, que allí fuera servido, mas que aguardase á su padre, que ella acabaria con él que por lo ménos aquella noche no le permitiese salir de allí.

—Antes os suplico, dijo Jaime, conociendo ya en ella que se le inclinaba, que le diese licencia para irse, que lo que pensaba hacer era retirarse á un monasterio de religiosos, y desde allí avisar en la posada á sus criados que estaba retraido, para que acudiesen allá, y esotro dia partirse á Sevilla, porque á su tierra no podia por entónces volver. Pesóle á Rufina de ver en él aquella resolucion, y díjole que le pedia no se determinase á lo que intentaba, por el peligro que le podia venir, que aguardase allí un par de horas.

Él se ofreció á obedecerla, y dejándole hablando con la criada que habia en Toledo recibido, le pidió Rufina licencia para acudir á cierta cosa que le dejó encargada su padre ántes que viniese. Este achaque tomó para comunicar con su esclava, que era con quien más se entendia, sus pensamientos; retiróse con ella á otro aposento, adonde la manifestó cuán bien le habia parecido aquel caballero, y que se le hacia de mal dejarle ir de su casa, á riesgo de que le prendiesen; y que por otra parte, no sabía si Garay tomaria á bien que quedase allí aquella noche; la esclava era ladina y sabía bien lo que habia de aconsejarla á su ama; hablóla al gusto diciéndola:

—Señora, en tí sería felicidad hacer cualquiera demostracion de amor con este forastero con tan poco trato; pues librar en que Garay le admita en casa por esta noche, dúdolo mucho; lo que te aconsejo es que pues esta casa es grande y tiene algunas piezas que no se habitan, como son dos, que se baja de tu cuarto á ellas, que allí le hospedes, y déjame el cuidado de aderezarle la cama y lo necesario, que yo lo haré con brevedad; y esto ha de ser sin que llegue á noticia de Garay, que él está de partida para Madrid dentro de dos dias, y tú quedarás con el que ya amas en casa, dándole, para que no se vaya, á entender que la justicia no se aparta de esta calle. Parecióle bien á Rufina el consejo de la esclava, y mandóla ir á aderezar el aposento que se le señalaba al jóven, lo cual hiciese poniendo en la cama limpia y olorosa ropa, de la más delgada que habia; así la obedeció la berberisca, con que Rufina volvió á verse con el galan, diciéndole:

—Señor mio, yo sin licencia de mi padre la he tomado en mandaros aposentar en esta casa, donde á sus ojos esteis oculto, como lo deseais estar á los de la justicia; tenedlo por bien, y recibid de mí este pequeño servicio, de que debeis dar gracias por la voluntad con que le hago, deseosa de vuestra quietud. Con mayores exageraciones que las hechas agradeció Jaime el favor que de nuevo se le hacia, contentísimo de ver que aquel peje habia dado en la red del amor, segun las demostraciones manifestaban. Estuvieron los dos hablando en varias pláticas, en que Jaime comenzó á alabar á la viuda su hermosura: lisonja siempre creida de las mujeres, y de esto resultó el mostrársele inclinado, con que fué hacerla á ella la cama, para entablar lo que deseaba, que era ver esto, y que su hermosura fuese quien estos milagros hacia de un fugitivo y temeroso un enamorado. Vino luego la esclava, habiendo hecho lo que se le habia encargado; con esto llevó Rufina á Jaime al aposento, y dejándole en él con luz, le dijo que tuviese paciencia en quedarse solo hasta que ella dejase recogido á su padre. Túvolo el galan por bien, encargándola no dejase de volver á verle, porque sin su vista lo pasaria mal aquella noche.

—A mí me importa, dijo ella, porque deseo saber muy despacio quién sois y el orígen de vuestra inquietud. Con esto se despidió de él, mirándole con una ternura de ojos, que le alentaron al astuto mancebo para esperar buen fin en su empresa.

No era tan viejo Garay que no tuviese sus pocos de brios para desear ser galan de Rufina y tratar de casarse con ella, si él no fuera casado; andaba ausente de su mujer, que la tenia en Madrid, como muchos que, ó por varios en las condiciones, ó por enfadados de sus mujeres, las dejan, olvidándose de ellas, para que viendo su desprecio y olvido, traten de buscar consuelo con quien más atentos á sus gracias gusten de ellas, para ofensa de los que tan poco las estimaron. Habia dias que Garay no sabía de su esposa, y presumia que debia ser muerta, y determinaba de dar una vuelta á Madrid y certificarse de esto secretamente, para si era muerta tratar de casarse con Rufina, representándola las obligaciones que le tenia; con este pensamiento andaba de partida, y la tenia concertada de allí á dos dias. Dejémosle en esto, y volvamos á Rufina, la cual luego que hubo venido Garay, le dió de cenar, excusándose de hacer esto en su compañía por fingirse indispuesta, cosa que él creyó fácilmente. Acabada la cena, era costumbre suya irse luego á la cama á dormir; aguardó á que lo hiciese así Rufina, y cuando sintió que dormia, mandó á sus criadas prevenir la cena al encerrado galan, con quien pensaba cenar con mucho gusto. Hízose así con brevedad, con que cenaron los dos regaladamente, yéndose Rufina por puntos declarando con acciones demostrativas que estaba rematada de amores. Luego que se alzaron los manteles, miéntras las criadas cenaban lo que de la mesa habia sobrado, que no era poco, pidió á su huésped que le dijese su nombre, patria y á qué habia venido á aquella ciudad; y él, por darla gusto, fingió esta quimera, para la cual le pidió atencion, y él dijo así:

—Mi patria, hermosa señora, es Valencia, ciudad de las más nobles de España, como os lo habrá dicho la fama que de ella corre siempre, pues con ella la gana á muchas ciudades en lo noble, en lo rico y en lo afable de su clima y amenidad de sus campiñas; soy allí de la noble y antigua familia de Pertusa, bien conocida en todas partes; mi nombre es don Jaime Pertusa, á quien nuestro rey, por servicios de mis antepasados, me honró este pecho con la roja cruz de Montesa y la encomienda de Silla, que es de las mejores de aquella órden; sin lo que vale tengo un mayorazgo que de mi padre heredé, que valdrá tres mil ducados de renta; nací solo y con las obligaciones dichas; puse los ojos en doña Blanca Centellas, dama ilustre y de muchas partes en Valencia, á quien serví con muchas finezas; no me las pagaba con el amor que ellas merecian, siendo de esto causa estar esta señora aficionada á un caballero que la servia tambien, llamado don Vicente Pujadas; este fué á mí preferido, con que yo desesperaba de celos. Quiso este caballero quitar delante de sí todo lo que le podia hacer estorbo en su amorosa pretension; y así, una noche que me halló en su calle, acompañado de tres criados me acometió, llevando yo solo uno conmigo; defendíme cuanto pude, mas salí mal herido de la pendencia, de suerte que pensaron que muriera de las heridas. No se pudo averiguar

quién habia sido el que me hirió, aunque todos lo presumian, y la justicia por la fama de ser don Vicente mi competidor le prendió, mas él probó la coartada con sus criados, con que fué libre. Convalecí de mis heridas, y sentido de ver con la ventaja que mi competidor me habia acuchillado, no quise para vengarme guardarle nobles respetos, sino con la misma le acuchillé, de modo que él salió más mal herido que yo; hubo personas que me conocieron en la calle y depusieron contra mí, cosa bien nueva en Valencia, porque por este camino raras veces se averigua nada; fué fuerza ausentarme temiendo el peligro del herido, que le daban poco término de vida, y el mio, si sus deudos trataban de vengar su muerte. Salí de Valencia y víneme á esta ciudad, donde ha un mes que estoy; en él he sabido de persona confidente de Valencia, con quien me correspondo, que mi contrario está ya sin peligro, y convalece á toda priesa, y juntamente está capitulado con doña Blanca. De esto he tenido más sentimiento que de haber hoy encontrado dos hombres, que pagados por don Vicente, vinieron aquí á matarme por su órden; acometiéronme en esta calle, herí al uno, pienso que de muerte, con que me escapé de sus manos con la gente que acudió á meter paz; hallé vuestra casa para refugio mio, donde ya no temeré el peligro de la justicia que me pueda prender el cuerpo, siendo presa mi alma de vuestra hermosura, si bien es dulce la prision, y en que yo estaré lo que mi vida durare, como sea con gusto vuestro.

Aquí cesó la narracion del fingido don Jaime, dejando á Rufina contentísima de ver en aquel caballero partes para ser amado y principios de aficion en él, con que le prometia ser ya esposa suya. Esto discurrió en breve instante, y lo que le respondió fué:

—Señor don Jaime Pertusa, mucho me pesa que hayais conocido á Toledo para disgustos vuestros; que con ello no tengais intencion de volver tan presto á la patria, podria estarle bien á quien desea veros en esta ciudad muy asistente, y os aseguro que á poder por mi parte hacerlo, lo emprendiera por todos los caminos que hubiera, aunque entraran aquellos que con pactos fuerzan las voluntades; si es verdad esto, lo que la naturaleza no hizo, quisiera que hiciera la industria. Una voluntad me debeis de poco tiempo á esta parte, que si como es os obligara, me pudiera tener por muy dichosa, y fuera el más eficaz hechizo que yo pudiera hacer; no me hizo el cielo tan hermosa como deseara ser en esta ocasion; mas si afectos de amor obligan, yo espero de vos que conozcais en breve las obligaciones que me debeis.

—Mil veces, dijo don Jaime, beso la tierra que pisan vuestros chapines, pues aun de ella con el favor que de vos recibo no es digna mi boca; no pienso que os deba nada que no os haya pagado, y así no temo pleito de acreedores. En cuanto á desear forzarme el albedrío, os respondo que es menester poca fuerza para quien le tiene rendido, y con esto que os digo habréis excusado el valeros de ilícitos medios, cuando vuestra hermosura es el más poderoso hechizo que me enajena de mí por estar en vos; dichosa la hora en que fuí acometido por aquellos asesinos de mi patria, pues por un disgusto que en ella tuve, hallo en su descuento mil gustos que le consuelan; con los favores que oigo de vuestra

divina boca déme el cielo vida, que si va mi amor seguro y en bonanza, me prometo felicísimo puerto en vuestra gracia; con ella renuevo alientos y pierdo la memoria de mi patria, pues adonde tengo dicha y gusto, allí es la mia. Estas y otras razones amorosas pasaron don Jaime y Rufina, sabiendo el bellacon enamorarla bien, y ella, dejándose llevar de su engaño, no atendia á otra cosa que estársele contemplando perdida de amor; el tiempo se pasaba en estos coloquios amorosos, y así cerca de las dos de la noche Rufina se retiró á su cuarto, bien pesarosa de hacerlo, y el engañoso mozo se quedó á acostar, no poco contento de ver cuán bien habia surtido efecto la traza de Crispin. Él estaba con algun cuidado, porque en aquel dia ni otro no pudo ser avisado de lo que pasaba por la presencia de Garay; mas desde que este se partió á Madrid, con más libertad vivió Rufina enamorada de su huésped. Avisó don Jaime á Crispin con la esclava, escribiéndole un papel de la manera que andaba favorecido; con ella le respondia Crispin dándola otro, y en un bolsillo cien doblones para que se entretuviese jugando y diese algunos á las criadas para ir granjeando su voluntad para lo que se ofreciese.

Luego ese dia que se fué Garay á Madrid se halló Rufina ocupada con dos visitas que le vinieron de dos damas vecinas suyas, cosa para ella de grandísimo disgusto; porque en aquella ocasion más estimara que la dejaran sola con su galan que no ser visitada. Luego que las amigas se fuéron, se fué al aposento de don Jaime, que así le llamarémos miéntras durare el engaño; en él le halló entreteniéndose con una guitarra que la esclava le habia dado. Era el jóven diestrísimo músico, y hacia tambien versos de buen aire, cosa que lleva el valenciano suelo, pues hay en él admirables músicos y poetas; de una gracia y otra estaba adornado. En fin, el tal don Jaime se estaba entreteniendo con la guitarra; llegó Rufina con pasos lentos al aposento, oyendo la dulce armonía de las templadas cuerdas heridas con diestra mano; y sin ser sentida del jóven, le estuvo aguardando, echando de ver que queria cantar este romance con dulce y sonora voz, que la tenia extremada.

¿Quién pensara que mis males,
De quien jamás estoy libre,
Trocara fortuna en bienes,
Para hacerme más felice?
Penas que un tiempo me dió
El alado dios de Chipre,
El mismo convierte en glorias,
Para que yo las estime.
Al bajel de mi esperanza,
Que el imperio de Anfitrite
Surcó por saladas ondas,
Viendo peligrosas sirtes,
Hoy, sin temer huracanes
Adonde en golfos peligre,
Le conduce á alegre puerto
Una hermosura sublime;
A quien el alma y potencias

Se le postran y se rinden,
Si bien tan poca victoria
No es de sus blasones timbre.
¡Oh tú, dueño de mi alma!
Pues á conocerte vine,
Oye á tu Gerardo atenta
Lo que de su pena dice.
¿Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis
Que se abrase con nieve quien ama firme?

A vuestra hermosura apelo,
Clori, aunque de exceso paso,
Por ver que en nieve me abraso,
Y que con fuego me hielo.
Nadie me dará consuelo,
En pena que es tan crecida,
Si la que da la herida
El remedio no la aplique.
¿Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis
Que se abrase con nieve quien ama firme?

Nuevas llamas fuéron las que abrasaron el tierno pecho de Rufina con oir al fingido don Jaime cantar; parecióle en extremo su dulce voz, su gran destreza, y sobre todo notó en la letra que habia cantado, que le pareció haberse hecho por él al suceso pasado; y era así, que el picaron era bellaco, y con unas puntas de poeta, y con buen natural que tenia, en breve hizo de memoria aquella letra para cantársela á Rufina, la cual cantó así como habia sentido que ella le escuchaba. Entró la enamorada moza donde el galan estaba haciendo diferentes falsas en la guitarra, y díjole:

—Señor don Jaime, ¿esa gracia más teneis? Mucho me huelgo, aunque no me maravillo, porque Valencia cria regaladas y dulces voces.

—La mia es muy mala, dijo él, mas ha cantado esta letra muy gustosa.

—Ya veo, dijo Rufina, que la letra es tan moderna, que no ha tres dias que estaba por hacer.

—Así es verdad, dijo don Jaime; mas ¿qué mucho, si la causa por quien se hizo tiene tanto poder que hará á los troncos tener alma y amarla, qué será á mí, que soy criatura racional y conozco mejor sus partes amándolas?

—No seais lisonjero, dijo ella, que á saber que lo que me decís es cierto, aun pudiérades acordaros mejor de este hospedaje; pero los hombres saben encarecer lo que no sienten, y fingir no amando.

—En uno y en otro os engañais, dijo él, y así, creed de mí que puedo dar por bien tenido el susto de mi prudencia y el peligro de verme preso, á trueque de haber tenido la dicha de conoceros; lo que os suplico es que me pagueis esta fina voluntad confiando de mí, que os amo tiernamente. Con estas le supo decir don Jaime otras amorosas razones á Rufina; de modo que desde aquella tarde le comenzó á favorecer de suerte que el picaron desistió de la empresa comenzada, y dió en amar á Rufina; ella vivia engañada, porque se pensaba que su huésped era

el que se habia pintado en la relacion, y lo que más la aseguró esto fué el preguntarla él quién era; no quiso parecerle inferior á sus ojos, y así en breves razones le dijo cómo descendia de los ilustres caballeros Meneses de Portugal, aunque habia nacido en la ciudad de Badajoz. Bien se pensó con esto el pícaro que hurtaba bogas y enderezó á casamiento, desengañado de lo que Crispin no queria en su edad desengañarse, que era el conocer los peligros de su trato y cuán á pique andaban, hurtando, de subir á una horca. A este mozo le pareció bien Rufina, y mucho más que fuese noble, y trató de enamorarla muy de veras y merecerla por esposa. Lo mismo pensaba hacer ella; y así, correspondiéndose como finos amantes, Rufina se descuidó, y don Jaime se halló favorecido de ella del todo.

Quedó Rufina con el temor de que Garay volveria presto allí, como le habia prometido; vió lo que le debia, que estaba en lugar de su padre, y que como tal le conocian en Toledo; echaba de ver tambien que venido habia de sentir mucho que le dejase, aunque ella le pensaba dar algun dinero secretamente y despedirle de sí; considerólo mejor, y mudando intento, se resolvió en irse de Toledo y que la hallase ausente de allí Garay cuando volviese de su jornada, persuadiendo á don Jaime que la llevase á su patria Valencia; esto determinaba decirle pasados dos ó tres dias, porque la vuelta de Garay no sería hasta pasados quince, segun él habia dicho á la partida. En tanto pues que Rufina lo consideraba mejor, pasaban ella y su amante gustosos, y él no poco enamorado de ella, por lo cual determinaba desistir de su primer intento, aunque le pesase á Crispin. Era por tiempo de invierno, en que las noches son largas; y así las entretenian los dos amantes, ya platicando de varias cosas de amores, ya cantando, habiendo tambien Rufina manifestado la gracia que en esto tenia, con que á dos voces cantaban algunos tonos de los que corrian entónces. Una noche que ya habian cantado y hablado de diferentes materias, deseó Rufina que su galan les entretuviese á ella y á sus criadas con alguna cosa; y así le dijo que si sabía alguna novela para que contándosela las entretuviese una parte de la noche. Era el jóven general en todo y de buen ingenio; y así, para obedecer á su dama y manifestar que tenia buena prosa en las narraciones, dijo:

—Aunque quien es tan entendida como tú, hermosa Emerenciana y dueño mio, le parezca mi prosa vulgar, préciome de ser obediente á tus mandatos, tanto, que no dejaré de obedecer en este particular, con que haciéndolo presto, podrán tener disculpa los yerros que en mí se conocieren; y así, habiendo oido á un caballero de Valencia bien entendido esta novela, quiero referírtela. Sosegóse un rato, y comenzó así:

NOVELA TERCERA.

CAPÍTULO XVII.

Jaime, para divertir á Rufina, da principio á la novela de *Lo que obliga el honor.*

En Sevilla, ciudad insigne, metrópoli de la Andalucía, madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envian las Indias occidentales á España, nació don Pedro de Ribera, nobilísimo caballero de la ilustre casa de los duques de Alcalá, tan estimada en aquel reino; por muerte de sus padres quedó heredero de cuatro mil ducados de renta, con que se portaba en Sevilla lucidamente, siendo el primero que en todos los actos públicos se hallaba, señalándose más que todos en su lucimiento y porte. Tenia este caballero un primo hermano en Madrid, asistente en aquella córte del mayor monarca; habia ido á ella á unos pleitos, de que tuvo buen suceso con sentencia en favor, y pagado de la vivienda de la córte y trato de sus cortesanos, trocó la asistencia de su patria por la de esta ilustre villa; tuvo en ella amistad con un anciano caballero, cuyo nombre era don Juan de la Cerda, en quien concurrian muchas partes, por donde era estimado de todos. Honrábase el pecho con la roja insignia del Patron de las Españas, á que se le añadia una encomienda de dos mil ducados. Era este caballero viudo, y de su matrimonio le quedó sola una hija heredera de cuanto tenia, en quien la naturaleza puso con particular cuidado todo su afecto en hacerla hermosa, con no poca envidia de las damas de Madrid. Pues como el luminoso planeta excede á los lucientes astros que toman de él luz, así esta hermosísima dama, como sol de la hermosura, excedia con ellas á las damas de Madrid.

Deseaba don Juan casar á esta señora con persona muy á su satisfaccion, que la igualase en la calidad y hacienda. Bien pudiera don Rodrigo de Ribera, que así se llamaba el primo de don Pedro, de quien primero he hablado, intentar este empleo, por su sangre y por la amistad que con don Juan de la Cerda tenia; mas era hijo segundo en su casa, y esto le enfrenó á no tratar de emprenderlo, considerando cuán poca hacienda tenia para igualar dote tan aventajado. Lo que hizo fué proponer á su amigo don Juan la persona de su primo, que estaba en Sevilla, haciéndole relacion, así de sus partes como de su mayorazgo; parecióle bien á don Juan, mas prudentemente quiso hacer informacion de esto primero, sospechando que don Rodrigo con la pasion de deudo podria haberse alargado en su alabanza y hacienda. Y así, teniendo don Juan un amigo en Sevilla, le escribió luego que se informase de las partes, persona y hacienda

de don Pedro de Ribera con toda verdad, porque le importaba no ménos que calificar su casa con él y remediar á su hija doña Brianda. En breve tuvo respuesta, en que conformó el amigo con cuanto don Rodrigo habia dicho de su pariente; y aun se alargó más que él, no excediendo de la verdad en su informacion; con ella se halló muy gustoso don Juan, y así se vió luego con don Rodrigo, y le dijo informase á su primo de esto, tratando con él el casamiento de su hija. Hízolo así, y don Juan quiso primero que se le enviase un retrato de la dama para no hacer esto á ciegas, fiándose de su primo, que no daria lugar al pintor para que la copiase lisonjeramente, sino con toda verdad y fidelidad. Hízolo así don Rodrigo, con que don Pedro quedó gustosísimo, y remitió á su primo que las capitulaciones se hiciesen en tanto que él partia, para lo cual le envió su poder. En tanto que don Rodrigo trataba de esto con don Pedro, doña Brianda contemplaba en otro retrato, que don Pedro le habia enviado. Este caballero hizo lucidas galas; con ellas partió á Madrid; no pudo partir con él su familia, porque quedaron à que se les acabase una lucida librea, y con solo un criado partieron en dos mulas con sola la compañía del mozo de camino, que en otra, no peor que las que llevaban los dos, seguia su largo paso, llevando don Pedro no poco deseo de llegar á Madrid por ver á la hermosa doña Brianda, de quien iba aficionadísimo por el retrato, que no le apartaba de su pecho, envuelto en la misma carta que su primo se le habia enviado.

Media jornada ántes de llegar á Toledo comieron, y mandando don Pedro al mozo de mulas que se adelantase á prevenirles posada en la ciudad, él se quedó entreteniendo sobre mesa con unos hidalgos de Orgaz, que era el lugar donde estaba, á los naipes; perdia, y picóse, con que el juego duró hasta que los dieron lugar á desquitarse, que fué algo más tarde que quisiera. Púsose á caballo, é informado del camino que habia de tomar, comenzaron él y su criado á caminar; anochecióles á una legua andada, y hubieron de proseguirle con la sombra de la noche, que fué más oscura que otras, por estar el cielo nublado y no dar lugar á que las estrellas mostrasen su resplandor, ya que la luna, por ser muy menguante, no les podia favorecer; con esto é ir divertidos erraron el camino; de modo que vinieron á dar en unos olivares, media legua ántes de llegar á Toledo. Como no sabian el camino, ignorando en la parte que estaban, determinaron, por no alejarse más de Toledo, de apearse en aquel olivar y aguardar allí hasta que el alba con su luz les mostrase el camino; quitaron las maletas á las mulas, y sobre ellas se tendieron debajo de un olivo, que fué el verde pabellon de aquella cama campesina; el cansancio les trajo sueño, y así se rindieron á él, que no debieran, pues cuando más á placer dormian, descuidados de lo que les habia de suceder, acertaron á llegar á aquel sitio cuatro hombres con lentos pasos, que el patear de las mulas los llevó á aquel sitio. Estos eran unos ladrones que venian de hacer un hurto, mas no les salió cierto, y volvíanse á Toledo; no quisieron perder la ocasion, pues los ofrecia cabellos; y así, viendo á los dueños de aquellas mulas durmiendo, convenidos en lo que habian de hacer, se abrazaron dos con cada uno, y atándoles las manos atrás, les despojaron de cuanto tenian, exceptuando los jubones y

calzoncillos de lienzo, y por hacer más brevemente su fuga, hasta las mulas se llevaron.

Quedaron amo y criado lamentándose del suceso, culpando el criado á su señor en haberse divertido tan á lo largo al juego, pues por esto les vino aquella desgracia; haciendo varios discursos sobre ella estuvieron, hasta que las aves con su dulce canto comenzaron á hacer salvas á la aurora, que salió agradecida al aplauso que la hacian; oyeron entónces cerca de sí balidos de ganado, con que comenzaron á voces á llamar á su pastor, que vino luego adonde estaban, y les desató, compadecido de verlos desnudos. Preguntáronle que cuánto habia de allí á Toledo, y díjoles que media legua corta; pero que si querian ir á un cigarral de su dueño, que estaba de allí muy cerca, que él los guiaria, donde fiaba de la piedad de una dama que en él asistia que remediaria su necesidad. Tomaron su consejo, y siguiendo al pastor, los llevó á un cigarral, á quien el cristalino Tajo muraba por una parte; tenia lucida casa, con altas torres y dorados chapiteles; llegaron á él, y llamando el pastor, les fué luego abierta la puerta por un hombre anciano, que servia á aquella señora de mayordomo de su hacienda del campo, teniendo á su cargo gobernar la familia de los pastores y beneficiar los esquilmos que del ganado sacaban. Subió el pastor que los guió hasta allí, y en breves razones hizo relacion á su señora de la desgracia de los forasteros y que se venian á valer de ella; mandólos subir, llegando don Pedro á su presencia con harta vergüenza suya, por venir desnudo; solo se abrigaba con una capa que el pastor le prestó. Hizo relacion de su viaje y que iba á Madrid á un pleito, no diciendo quién era, sino solo que era un hidalgo de Sevilla, cuyo nombre era Fernan Sanchez de Triviño. Compadecióse doña Victoria de verlos así, en particular á don Pedro, que le pareció bien su persona; y entrándose adentro, de unos baules que tenia sacó dos vestidos de color, que les dió, mandándoles que se vistiesen luego; hiciéronlo así, con que don Pedro, ya vestido, hizo mejor ostentacion de su talle, con que se agradó más de él doña Victoria, no apartando de él los ojos. Llegó la hora de comer, y sin escrupulizar en hacerlo en su compañía, la dama comió con don Pedro, que no acababa de darla gracias del favor y merced que le hacia.

De esta suerte estuvieron dos dias en el cigarral, sin declarar la dama lo aficionada que estaba de don Pedro, sino con los ojos, que ellos fuéron intérpretes de su pena. Bien lo conocia don Pedro, y lo comunicaba con su criado, mas no se atrevia á decirla nada como estaba tan próximo á casarse. El criado le animaba que no perdiese aquella ocasion, pues se la habia ofrecido la fortuna, ni fuese cruel con quien se le habia mostrado tan piadosa. La soledad del sitio, la hermosura de la dama y el habérsele declarado algo le obligaron á don Pedro á que correspondiese á su aficion; empero la dama no quiso llegar á los brazos, si primero no le daba palabra de ser su esposo. Ya don Pedro estaba encendido en su amor, olvidada la dama del retrato, y aconsejándose de su criado sobre lo que debia hacer en esto, él le dijo que no perdiese la ocasion que le ofrecia la fortuna, que podia gozar aquella dama, cumpliendo con ella en darle palabra de esposo y aun cédula, mas que en ella no dijese su nombre, sino el que le ha-

bia dicho; así lo hizo don Pedro, con que doña Victoria de Silva, que así se llamaba la dama, dió lugar á que el caballero llegase á los brazos con ella.

De esta manera estuvo en el cigarral otros cuatro dias, y haciéndola entender que iba á solicitar la sentencia de un pleito que traia en el Consejo de Indias, á que era importante hallarse su persona, alcanzó licencia de doña Victoria, con palabra de que volveria con brevedad pronto á verla; con esto partió otro dia muy de mañana con muchas lágrimas de la dama, y él fingió con la cubierta de un lienzo en sus ojos que la acompañaba en el llanto. Partió con esto del cigarral, habiéndole la dama dado mulas y dineros para llegar á Madrid: de contado le vino el castigo por lo que habia hecho, pues al entrar en Illescas un machuelo espantadizo dió un brinco, cogiendo á don Pedro descuidado, y dió con él en el suelo desconcertándole una pierna, con que fué menester quedarse en aquella villa curando con un algebrista que trajeron de Toledo. Allí le dejarémos por volver á doña Victoria, que quedaba con la partida de su galan llorosa y con mucha pena. Una criada suya que acudió á componer la cama en que habia dormido, hallóse que por descuido habia dejádose don Pedro el retrato de la dama con quien iba á casarse envuelto en la carta que con él le envió su primo. Púsolo todo en manos de su señora, y ella descogiendo el papel vió el retrato, con que la puso en nuevo cuidado y pena; acrecentóle uno y otro leer el papel, que decia de esta suerte:

«Primo y señor mio: Con esta va el retrato de mi señora doña Brianda de la Cerda, bien y fielmente sacado de su original; bien creo que su hermosura será para vos estímulo que apresure vuestra venida. Su padre don Juan os aguarda con grande alborozo; no dilateis la jornada, que con esta hermosa copia será grosería; en tanto dispongo las capitulaciones en la forma que hemos tratado; con vuestra vista se firmarán, y podeis estar gozosísimo de haber hallado tanta dicha.—Vuestro primo, *don Rodrigo de Ribera.*»

Apénas pudo doña Victoria acabar de leer el papel, y con la pena que de haberle leido recibió, la dió un desmayo, estando con él más de media hora en brazos de su criada; volvió de él dando grandes suspiros y vertiendo muchas lágrimas; quejóse del engañador sevillano, y mucho más de su facilidad, pues se habia determinado á entregar su honor á un hombre que vino á su casa despojado de unos ladrones. Aquel dia pasó en solo llorar; mas echando de ver que su reputacion corria riesgo, no quiso que se dijese de ella que un hombre la habia burlado; y así, con la luz que la habia dado la carta de á lo que iba y con quién se casaba, determinó irse á Madrid, pues lo podia hacer mejor que otra, por no tener deudo cercano á quien dar cuenta de su intento, sino un hermano en Flándes sirviendo en aquellos ejércitos, donde era capitan de caballos. Dió parte de su intento á Alberto, un criado anciano de su casa que la habia criado desde niña, y á él le pareció bien, ofreciéndose á acompañarla; con esto hizo cargar dos carros de su labranza de todo lo necesario para el adorno de una casa principal, y partieron á Madrid, donde luego que hubieron llegado á aquella insigne villa, se informó Alberto de dónde vivia don Juan de la Cerda y de si el novio que esperaban habia venido de Sevilla. Súpolo todo y que don Pedro

aun no era llegado á Madrid, cosa que puso en cuidado á doña Victoria, ignorando la desgracia que le habia sucedido en Illescas.

Lo primero que hizo esta agraviada dama fué alquilar una casa sola que estaba muy cerca de la casa de don Juan de la Cerda; en ella quiso que estuviese Alberto, con nombre de que él era el señor de ella; luego le mandó que acudiese en casa de don Juan de la Cerda, y allí procurase saber si tenia necesidad de una dueña para su servicio, que en este traje se quiso mudar por desconocerse mejor á los ojos de don Pedro. Hizo la diligencia Alberto, con tantos deseos de acertar, que tuvo buen efecto, porque doña Brianda no deseaba otra cosa sino hallar una dueña que la sirviese; como le fué propuesta por Alberto, en nombre de hija suya, no solo la recibió en su servicio, pero á él tambien por su escudero, que tenia agradable presencia, y sus blancas canas le autorizaban mucho; habiendo pues negociado á medida de su deseo, volvió con la respuesta á doña Victoria, de que se mostró muy gustosa, y porque doña Brianda deseaba verla presto. Aquel dia sacaron todo lo necesario para vestirse una viuda moza, y se hizo á toda priesa; de suerte que otro dia ya doña Victoria pudo ir á verse con la que habia de ser su dueño, en compañía de Alberto, que hacia el papel de padre, y fuéron los dos muy bien recibidos del anciano don Juan de la Cerda y su hermosa hija: no quisiera Victoria que lo fuera tanto, por no ver muy pagado de ella al novio que esperaba; y aunque esto la podia enfriar el intento con la máquina que llevaba pensada, no desmayó en él; supo doña Brianda allí la patria de Alberto, que mudó el nombre en Estéban de Santillana, y así le llamarémos con el apellido; dijo ser de Utrera, cerca de Sevilla, y que allí fué casada su hija con un hidalgo honrado de aquella villa, que trataba en Indias, haciendo al Perú viajes, en uno de los cuales habia muerto, dejando tantas deudas, que toda su hacienda se habia consumido en pagar acreedores, y que de estas resultas habia puesto pleito á uno en el Consejo de las Indias, esperando en breve sentencia de él. Como don Juan oyó decir á Santillana ser andaluz, le preguntó si habia asistido algun tiempo en Sevilla; él le dijo que á esta ciudad, como cercana á su patria, iba y venía muchas veces, pero que su hija era quien habia tenido alguna asistencia en aquella ciudad; por entónces no quiso don Juan preguntarles nada de don Pedro de Ribera. Quedóse Victoria por criada de doña Brianda muy contenta con tenerla en su servicio, á quien fió luego las llaves de todos sus cofres y escritorios, no con poca envidia de las demás criadas, que sentian, y con razon, que una de ayer recibida hubiese merecido más que ellas, con servicios de algunos años. Santillana dijo tener casa cerca de aquella, y mujer, que hubo de hacer este papel Marcela, criada de Victoria, por lo cual no le dieron aposento dentro de la casa de don Juan.

Volvamos á don Pedro de Ribera, que habiendo convalecido llegó á Madrid, yendo á apearse á casa de su primo don Rodrigo, que le habia tenido cuidadoso su tardanza; la causa de ella se la manifestó don Pedro, no reservándole nada de cuanto le habia pasado en el cigarral de Victoria, hasta la palabra que la habia dado, con nombre supuesto, y preguntóle don Rodrigo la calidad de la

dama, y don Pedro le dijo llamarse doña Victoria de Silva y ser de lo noble de Toledo. Mostró poco gusto de esto don Rodrigo, afeándole la accion de haber burlado y deshonrado aquella señora, de quien podia temerse; porque á saber qúe venia á casarse á Madrid, podia verse en algun peligro, si tratase de vengar su ofensa. Hablaron luego en doña Brianda, y dijo don Pedro cuán enamorado venía del retrato, aunque le habia perdido con lo demás que le hurtaron los ladrones cerca de Toledo; pero bien sabía don Pedro que esto no era así, sino que se le habia dejado olvidado debajo de la almohada de la cama, en el cigarral de Victoria, y no le daba poco cuidado de esto. Trató don Rodrigo que ántes que don Pedro viese á su suegro y esposa, se le hiciesen vestidos, así de camino como negros, y en tanto hubo de estarse retirado; esto es cosa que con dineros en Madrid se hace brevemente; y así, dentro de cuatro dias se le hicieron vistosas galas de camino, con que fingiendo ser recien venido él y su primo don Rodrigo, se fuéron á casa de don Juan de la Cerda, siendo recibido él con mucho gusto, por ver en don Pedro tan buen talle. Avisaron á doña Brianda que entraba á su cuarto el que habia de ser su esposo, y ella estaba con sus criadas, que la acababan de vestir; púsose en su estrado, y sus dueñas en una alfombra cerca de ella, adonde entró don Pedro, acompañado de don Juan y don Rodrigo. Estuvo el galan caballero muy gustoso en la visita y muy despejado, sin que se le pudiese notar la primera necedad de los novios, porque era don Pedro de claro entendimiento y de galan despejo. Vió en el original de la hermosa doña Brianda haber andado fidelísimo el pincel, pocas veces dado á copiar verdades, cuando se han de decir con las colores en empleos como estos. Pagóse mucho de la hermosura de la linda doña Brianda, y ella le pagó en esto, pues quedó muy contenta de la persona de don Pedro.

Habíanse de asentar algunas cosas acerca de este casamiento, que necesitaban la persona de don Pedro; y así él, don Juan y don Rodrigo se retiraron á otro cuarto, donde se encerraron con un escribano y algunos deudos que llamaron á hacer las capitulaciones. En tanto quedó doña Brianda con sus criadas tratando de la persona de don Pedro, su esperado esposo; todas la daban sus parabienes de que fuese tan á su gusto; solo Victoria no la decia nada, cosa que notó su señoría; quedóse á solas con ella, y díjola:

—Doña Teodora, que así dijo llamarse, ¿por qué, cuando todas mis criadas me dan enhorabuenas de haber acertado en la eleccion que he hecho de casarme, estás tú tan callada, que siquiera por lisonjearme no las imitas? ¿De qué nace tu silencio? Habia de propósito Victoria hecho aquello para venir despues á este lance, como vino. Vió la ocasion á medida de su deseo, y quiso aprovecharse de ella, respondiendo á la propuesta de doña Brianda así:

—Señora, en la persona del señor don Pedro no hay que poner falta ninguna, que es tan perfecto galan, que no hay más que desear; y así todos confesarán esto; mi silencio ha nacido de que en Sevilla no conocí otra cosa que este caballero, porque yo viví en barrios que él frecuentaba mucho; la causa no te la he de negar, porque en esta ocasion no es justo que te trate con engaño quien solo desea servirte y tu quietud; pues vivir sin ella lo que ha de du-

rar la vida, más es muerte civil que vida gustosa de casada. Alteróse con lo que oia doña Brianda, y con apretadas amonestaciones rogó á su dueña que le declarase lo oscuro de aquellas razones preñadas, que no entendia. Ella, que se vió en ocasion de derramar su ponzoña contra don Pedro, tirano de su honor, no fué perezosa en hacerlo; y así, pidiéndola que se fuesen á lugar ménos registrado de sus criadas y más solo, se retiraron á un camarin, donde la cauta Victoria dijo así:

—No cumpliera yo con el amor que, como á señora mia, te tengo, si no te hablase con claridad en lo que te importa no ménos que tu quietud; y así, dueño y señora mia, sabrás que don Pedro tuvo amores con una dama de Sevilla, muy hermosa y principal, si bien sus padres no la dejaron hacienda con que poder sustentar sus honradas obligaciones; el festejo fué tan apretado, que viéndose ella obligada de las muchas finezas, asistencias y regalos de don Pedro, se le rindió con palabra que la dió de casamiento, de que hubo testigos, aunque convino estar este matrimonio clandestino secreto por entónces, por vivir don Fernando, padre de don Pedro, que sabía estos amores, y habia procurado con todas veras apartarlos, no viniendo en que don Pedro se casase con doña Elvira de Monsalve, que así se llama esta señora. De la continuacion de su empleo resultaron prendas vivas, que fuéron dos hijos y una hija, que hoy están en poder de su madre. Aguardaba don Pedro á que su padre muriese, que vivia con achaques y tenia mucha edad; sucedió así, y cuando doña Elvira se pensó que luego sería esposa de don Pedro y acabarian sus pesares, que los tuvo muchos, de que estoy cierta, por vivir en su barrio, él se retiró de verla algunos dias, lo cual visto por ella, determinó de dar parte de este agravio á dos primos suyos, que lo sintieron tanto, que trataron luego de hacer que don Pedro le cumpliese la palabra que le habia dado á su prima. Vivia retirado don Pedro en un lugar suyo, cerca de Sevilla, y con cuidado de guardarse de sus enemigos, que visto que no venía en lo que era razon, trataban de matarle. En este estado lo dejé, cuando mi padre me trajo á Madrid, donde há cosa de mes y medio que estoy. Esto es lo que puedo asegurarte del señor don Pedro, y que no estará seguro en esta córte, porque los primos de la dama, á quien yo conozco, son caballeros muy calificados y de hecho, los cuales no dudo que vengan aquí, adonde venguen el agravio de su prima, con más seguridad que en Sevilla, adonde él vivia recatado de ellos.

CAPÍTULO XVIII.

Prosigue Jaime la novela de *A lo que obliga el honor*.

Atenta escuchó doña Brianda la relacion que le hizo su dueña acerca de la persona de don Pedro, y sintió en extremo que este caballero no viniese de Sevilla tan libre como ella deseaba; acerca del mentido empleo, que la encubierta doña Victoria fingió, le hizo algunas preguntas la afligida dama, de si estaba muy enamorado, de si era hermosa doña Elvira y otras muchas circunstancias, á que satisfizo con mucho cuidado, llevando la mira á que quedase muy en desgracia suya don Pedro; con todo, no dando entero crédito doña Brianda á lo que habia oido á su dueña, remitió el dar cuenta de ello á su padre y que él se informase mejor de todo. Entróse á hablar con él, que ya habian acabado las capitulaciones, y en tanto doña Victoria se quedó en la primera sala, lugar donde asisten las dueñas; allí llegó un criado de don Pedro, á quien él habia mandado acudir á la estafeta por las cartas que de Sevilla le viniesen, y trayéndole un pliego, preguntó á la dueña por su amo, sin haberla conocido: tan disfrazada estaba con las tocas. Ella le dijo estar allá dentro con su señor.

—Traíale este pliego, dijo el criado, que en la estafeta de Sevilla le ha venido, y estas cartas.

—Pues si gustais, dijo la astuta Victoria, que yo se le dé, pues que vos no podeis entrar donde él está, yo lo haré por haceros gusto.

—Hacéisme mucho favor, dijo el criado, con que se fué, dejando el pliego en manos de la dueña. Ella lo primero que hizo fué abrir el pliego, y dentro de él poner una carta que brevemente escribió y entrar delante de su señora con el pliego, habiéndole cerrado primero. Ella preguntó ¿que adónde iba con aquellas cartas? Y ella, no mostrando malicia alguna, la dijo:

—Señora, llévolas al señor don Pedro, que se las trae su criado de la estafeta. Como las mujeres son curiosas, Brianda quiso en aquella ocasion serlo abriendo los pliegos, y en el uno halló la carta que habia escrito la dueña, cuya firma era doña Elvira de Monsalve. Con lo oido de la relacion, púsole deseo de saber lo que la carta contenia, porque ella le habia de dar luz de todo mejor; y así, leyéndola, vió en ella escritas estas razones:

«Vuestra ausencia y mi poca salud, querido esposo mio, me tienen de manera, que acabarán presto con mi vida, y más con las nuevas que he tenido de que os vais á casar á esa córte; no me puedo persuadir á creer tal cosa de quien me tiene dada palabra de esposo, y hay de por medio prendas de los dos: no os advierto más de que hay Dios que juzga rectamente, y que tengo á mis primos, que si saben este desprecio con los hechos á mí, irán á vengar su

agravio. El cielo guarde vuestra vida, para que conozcais mi fineza y vuestra obligacion. Vuestra esposa, *doña Elvira de Monsalve.*»

Con haber leido esta carta confirmó doña Brianda por verdad cuanto la habia dicho su vengativa dueña. Salió su padre en aquella ocasion, á quien dió cuenta de lo que sabía acerca de don Pedro, mostrándole juntamente la carta de la fingida doña Elvira; quedó el viejo admirado, y haciéndose cruces de ver que un caballero de tan ilustre sangre hubiese tratado con engaño á aquella señora, con hijos de los dos, y que con esto se viniese á casar con su hija; reservó el darle cuenta de que sabía esto hasta informarse mejor de un caballero de Sevilla, amigo suyo, á quien fué luego á buscar.

Apénas don Juan se salió de casa, cuando don Pedro, acompañado de su criado, volvió á ella, que habiéndole dicho cómo el pliego de Sevilla y las demás cartas se las habia dado á la dueña, venía á cobrarlas de ella, puesto que no se las habia enviado á la posada de su primo. Hallóse á doña Brianda en la primera sala, de quien su padre se habia apartado, y díjola:

—Con ménos ocasion, dueño mio, pudiera volver á veros, cosa tan del interés mio, mas en esta me disculpa el volver por unas cartas de Sevilla, que mi criado dejó en poder de esa señora, criada vuestra.

—Esta se pensó, dijo Brianda, que vos estábades con mi padre, y os las entró á dar, encontró conmigo, y yo, sabiendo de ella á lo que iba, se las tomé con un poco de curiosidad y recelo, por temer que en Sevilla caballeros de vuestra edad no vivirán sin empleo. Esta curiosidad me ha salido á la cara, si bien puedo agradecer el desengaño, venido tan ántes de mi empleo, que peor fuera despues de haberle hecho aquí: he visto esa carta, que leeréis, de quien vos conoceis tan bien; para mí bastaba, sin otra informacion que he tenido, para no tratar de admitir desde hoy la plática de casarme con vos. De la carta sabréis lo que no ignorais, y quedad con Dios, que no os quiero cansar.

Quedóse don Pedro con la carta en la mano atónito, sin saber lo que le habia sucedido; leyó la carta, y vió en ella que algun pecho envidioso de su dicha se la queria barajar por aquel camino, fingiendo aquella quimera; vió á la dueña allí, y sin reparar mucho en ella, la dijo:

—Señora mia, ¿qué embustes son estos que contra mí se han ordenado? ¿Yo tengo dama en Sevilla y de este nombre? ¿Yo hijos en ella con palabra de marido? Si no es mentira la mayor que ha formado el embeleco, yo quiero perder mi cabeza.

—Por mí, dijo la dueña, yo creo vuestra satisfacion; mi señora es bien que la crea, porque está tal, que dudo mucho que permita pasar adelante en este matrimonio, porque á mí me consta que ha dado á su padre cuenta de todo esto, y que él va á hacer informacion de ello con un caballero de Sevilla, que está aquí, muy amigo suyo.

—Yo me huelgo de eso, dijo don Pedro, pues conocerá que eso es mentira, y que tal dama como esa doña Elvira no la hay en Sevilla; pero á vos, señora, os suplico me digais si privais mucho con mi señora doña Brianda.

—Soy á quien más favorece, dijo ella.

—Pues siendo eso así, replicó don Pedro, bien podréis acabar con ella que oiga mi satisfaccion.

—Mucho dudo que ella os hable más, que la ví muy indignada contra vos, y es persona que cuando se enoja, informada primero de la razon, no pierde el odio que cobra en muchos dias.

—Pues si vos privais tanto con ella, dijo él, bien creo que podréis ablandarla con ruegos, representándola lo que la amo y estimo.

—En mi mano está eso, dijo la dueña, pero ¿qué me daréis porque alcance con mi señora que haga eso?

—Cuanto me pidais, dijo él, si es que reparais en interés, que mi condicion es liberal, y no reparo en servir á quien me favorece.

—Moza soy como veis, dijo la dueña, y no tengo perdidas las esperanzas de casarme; lo que me falta para conseguir eso es tener algun dote; en vuestra liberalidad fio, que sirviéndoos me favoreceréis, porque veais cuánto deseo mi gusto.

—Haced lo que os tengo rogado, dijo él, que yo os prometo quinientos escudos para ayuda á remediaros; y para que esteis más segura de que lo cumpliré, traed recado de escribir, que de ellos os quiero hacer luego una cédula. Quiso ver doña Victoria en qué paraba aquello; y así en breve trajo papel, tintero y pluma, y púsoselo en un bufete para que hiciese la cédula que le prometia. Don Pedro anduvo tan galante, que hizo una firma en blanco, haciendo confianza de la dueña para que sobre ella pusiese la cantidad nombrada; parecióle á ella venirle aquello de perlas, para afirmar más su intencion; y agradeciéndole á don Pedro el favor que la hacia, le prometió ser muy fiel tercera con su señora, de quien podia esperar muy presto estar en su gracia; así se lo pensó el amante caballero, con que se despidió de ella. Entró en este tiempo Alberto, á quien doña Victoria dió cuenta de lo que pasaba, admirándose de que tan adelante estuviese el enredo, para estorbar aquel casamiento. Díjole la dama que sobre la firma de don Pedro escribiese una cédula de casamiento, que él la hacia, poniendo la fecha desde el tiempo que estuvo en el cigarral, y con testigos. Así lo hizo luego Alberto, procurando asimilar cuanto pudo la letra de la firma de don Pedro, que era diestro en hacer aquello, por ser grande escribano.

Aquel dia don Juan de la Cerda no halló al caballero sevillano en su posada, y remitió el verse con él el dia siguiente. Esa tarde doña Victoria supo de doña Brianda que por ninguna cosa trataba del casamiento, aunque se quedase sin casar, y de camino descubrióse á su dueña, diciéndola cómo ántes que tratara de este empleo era servida de un caballero muy calificado, llamado don Sancho de Leiva, á quien habia comenzado á favorecer con veras, por tenerle amor; mas que la instancia que su padre le hacia en que viniese en casarse con don Pedro la habia obligado á serle obediente; pero que ahora que habia sabido el trato doble de don Pedro, pensaba volver á favorecer de nuevo á don Sancho. Holgóse mucho doña Victoria de saber esto, porque desde luego se prometió buen suceso en su comenzada empresa, y para más asegurarla, dispuso la voluntad de doña Brianda á que favoreciese á don Sancho.

—Téngole muy enojado, dijo ella; mas si yo le enviase un papel, no dudo que el enojo se le pasase y volveria á servirme. Ofrecióse la fingida dueña de llevársele, como la mandase poner el coche, informándose de dónde posaba; no se holgó poco doña Brianda de ver cuán solícita hallaba á su dueña en servirla, y más en aquello que era tan de su gusto; y así, para tenerle, la mandó que esa tarde fuese en coche á verse con don Sancho, escribiendo un papel para él, que le dió. No lo dijo á lerda ni descuidada; y así Victoria se fué, no á la posada de este caballero, sino á la casa que habia alquilado, mandando volver el cochero á casa de Brianda, diciéndole que desde allí se iria ella á pié á casa, en compañía de Santillana, su fingido padre. Desde aquella casa escribió dos papeles, uno á don Juan de la Cerda, enviándole á llamar, y otro á don Sancho, haciendo lo mismo, y dándoles las señas de la casa á que habian de acudir. En tanto que los papeles se daban, ella se vistió un galan vestido, y como dama, dejados los hábitos de dueña, esperó estas dos visitas en su estrado, acompañada de su criada. No tardó mucho en venir don Sancho de Leiva, ignorando de quién era llamado, por no conocer al dueño del papel que habia recibido. Apénas habia tomado asiento y hablado con doña Victoria algunas palabras de cumplimiento, cuando esta dama fué avisada que don Juan de la Cerda se acababa de apear de su coche y subia á visitarla. Ella, viendo esto, dijo á don Sancho:

—Señor mio, á mí me es fuerza hablar á este caballero que viene á solas, pero no que se os vede á vos el saber la plática que con él tratare; suplícoos que os retireis á esa alcoba, y detrás de esa cortina esteis atento á cuanto habláremos, que todo ha de redundar en gusto vuestro. Obedeció don Sancho, confuso de no saber en qué habia de parar aquella prevencion.

Entró don Juan, y habiendo tomado silla, doña Victoria le habló de esta suerte:

—Confuso juzgo, señor don Juan, que vendréis enviado á llamar por un papel de persona que no conoceis, y de haber venido á esta casa, cuyo dueño tampoco habeis visto; pues porque salgais de confusiones, yo os quiero decir quién soy. Mi patria es la imperial ciudad de Toledo; nací segunda hija en la casa de mis padres, porque un hermano mio es el heredero de ella; nuestro apellido es Silva, que con esto no tengo más que deciros sobre mi calidad; y sabed que mi padre y hermano, el uno tuvo el hábito de Santiago, y el otro tiene el de Alcántara, con que le fué á servir á su majestad á los estados de Flándes, donde es capitan de caballos. Dejóme en Toledo en compañía de una tia anciana que dentro de pocos dias murió, y por su muerte me retiré á un cigarral que tengo cerca de Toledo, donde asistia entretenida en la administracion de mi hacienda, que consiste en ganados y labranza; aquí pasaba la vida quietamente, entreteniéndome el campo y no conociendo al amor, hasta que una mañana un pastor mio me trajo dos hombres á casa, desnudos de toda su ropa, á quien unos ladrones habian despojado de ella; compadecíme de ellos, en particular del más principal, y de dos baules de vestidos que dejó mi hermano les saqué dos, que se pusieron; agradeciéronme la piedad, si bien el

principal de ellos no la tuvo de mí despues; sus lisonjas, cortesano estilo y caricias que me supo hacer en cuatro dias que allí le tuve huésped, me inclinaron de modo que ya no era dueña de mí; el trato continuado obligó á creerle que me amaba, con que declaradamente le amé. Finalmente, con cédula que me hizo de casamiento pudo llegar á mis brazos; y significándome que venía á un pleito cuantioso, en que le importaba asistir al salir la sentencia de él, me pidió licencia para llegarse á Madrid, ofreciéndome volver muy presto: esto con tales afectos de amor, que á otra que le tuviera ménos voluntad que yo la engañara; díle cuanto hubo menester para esta asistencia, y con esto partió de mis ojos con harto sentimiento mio. Por un retrato y una carta que se dejó debajo de la almohada de la cama he sabido que viene á casarse á esta córte, y no ménos que con el prodigio de la hermosura, mi señora doña Brianda de la Cerda, vuestra hija. Como el honor es la prenda de más estima, viendo el proceder de don Pedro, me determiné á venir á esta córte y valerme de personas de prendas, que en ella fuéron amigos de mi difunto padre, para que con su favor estorben este casamiento; parecióme que la primera diligencia era haceros sabedor de mi deshonra y mal término de don Pedro, para que conocido lo uno y lo otro, no os determineis á hacer el empleo que está capitulado, segun he sabido. Yo tengo de seguir mi justicia con esta cédula y los testigos que tengo; pasad los ojos por ella, y ved si me sobra la razon para molestar á don Pedro que cumpla lo que promete. Admirado dejó á don Juan de la Cerda lo que oia á doña Victoria, y con lo informado conoció de la condicion de don Pedro ser voluntarioso y amigo de gozar cuanto se le ofrecia, con el ejemplar que tenia de lo de Sevilla; y así, determinó que el casamiento de su hija no pasase adelante. Descogió el papel que le dió Victoria, y él vió escritas estas razones.

«Digo yo don Pedro de Ribera, vecino de la ciudad de Sevilla, que por esta cédula, firmada de mi nombre, me otorgo esposo de mi señora doña Victoria de Silva, natural de Toledo, á la cual le cumpliré esta palabra, cada y cuando que por esta mi cédula me sea pedido. Testigos Alberto y Marcela, criados de su casa.

Don Pedro de Ribera.»

Habiendo leido la cédula y reparado bien en ella, le dijo don Juan:

—Pésame mucho, señora mia, que don Pedro haya procedido con vos, teniendo tan noble sangre, con trato tan doblado; pues cuando os hizo esta cédula venía á ser esposo de Brianda, mi hija; lo que yo puedo hacer de mi parte es que con este advertimiento no pisará más los umbrales de mi casa, ni hablaré más en el casamiento, porque no fuera bien empeñarme á hacerle cuando vuestra contradiccion con tanta justicia me le puede barajar; seguid vuestro intento, y no le dejeis hasta salir con él á cabo, pues os importa no ménos que el honor; y en lo que fuere de mi parte para conseguir vuestra pretension, yo os ofrezco mi favor, que amigos tengo aquí que podré valerme de ellos, cuando no por mi persona, para que os ayuden. Agradecióle Victoria la merced que la hacia, vertiendo algunas lágrimas, con que dispuso mejor el pecho del anciano

don Juan para ayudarla en cuanto pudiese; la cédula se llevó para mostrársela y que fuese quien con más verdad le hiciese reconocer su delito. Con esto se despidió de Victoria, diciendo que presto la volveria á ver, volviéndole la cédula y ratificando al salirse de la visita el que la habia de ayudar, como lo veria por experiencia. Con esto se fué, dando lugar á que don Sancho de Leiva saliese del lugar en que estaba retirado; tomó asiento, y doña Victoria le dijo :

—Ya, señor don Sancho, si habeis estado atento á la plática que tuve con don Juan, habréis entendido mi suceso, y cómo don Pedro por esta causa no será marido de la hermosa doña Brianda ; ella me envia á que os diga de su parte que violencia de su padre la obligaba á hacer este empleo muy contra su gusto, y que ha tenido á dicha suma ofrecerse ocasion de que se deje para volver á favoreceros. Esto veréis escrito de su mano en este papel que os envia. Diósele, y con su licencia don Sancho le leyó el hombre más contento del mundo, por ver con aquello resucitar su muerta esperanza. Prosiguió doña Victoria su plática, diciendo :

—Ahora, señor don Sancho, os juzgo vacilante en discurrir con vos mismo cómo este papel pudo llegar á mis manos; dudoso es el enigma á no daros la solucion de él. Ya sabeis, pues sois enamorado, que amor es padre de muchas trasformaciones, y que por él todas cuantas tiene Ovidio se ejecutaron. Segun esto, quien amaba como yo á don Pedro, y de más á más tenia de mí las prendas que sabeis, bien creerá que por restaurar mi honor y cumplir con mi afliccion habré hecho cuanto pueda por mi parte. Yo vine á esta córte con intento de entrar en servicio de doña Brianda, y lo he conseguido; pues aunque me veis en esta casa, que corre su alquiler por mi cuenta, estoy en la suya sirviéndola de dueña, hábito que escogí por encubrirme mejor á los ojos de don Pedro y hacer cuanto pudiese con doña Brianda que le aborreciese: ya le tengo hecha la cama para que su casamiento no pase adelante, deseando que el vuestro tenga efecto. Y así, ved qué me mandais que diga á vuestra dama; porque de aquí, en el traje que os he dicho, tengo de volver á su casa, que hago gran falta en ella; si gustáredes de escribir, ahí teneis todo recaudo; eso me parece que será lo más acertado, porque vea Brianda que yo he hecho su mandato con puntualidad. El secreto que sabeis, en lo que toca á mi disfraz, habeis de guardar, que me importa no ménos que conseguir mi intento; de vos fio que lo haréis, como de quien sois puedo esperar. Grande admiracion le causó á don Sancho lo que oia á doña Victoria; alabó su valor, y agradeció la merced de haber sido la tercera de sus amores, pidiendo al cielo le diese vida para agradecerle aquel favor, prometió guardarla el secreto hasta que fuese su voluntad de que le revelase. Y por hacérsele tarde á doña Victoria, escribió un papel á su dama muy amoroso, estimando el favor que le hacia y prometiéndola serle firme amante en cuanto tuviese vida. Con esto se despidió de Victoria, á quien dejarémos desnudándose el vestido de dama para vestirse el de dueña, con que habia de volver á verse con doña Brianda, por decir lo que halló don Juan de la Cerda en su casa.

Sentido don Pedro de Ribera de ver la mala informacion que le habian hecho á la que esperaba por esposa, dió cuenta de todo á su primo don Rodrigo, y los

dos fuéron á casa de don Juan de la Cerda. No estaba entónces en casa, y así preguntaron por doña Brianda, que salió á recibir su visita en pié porque fuese más breve, que no tenia mucho gusto de ver á don Pedro con lo que sabía de él. El penante caballero comenzó á satisfacerla con mil salvas y juramentos de que en su vida habia conocido tal señora en Sevilla como la que escribia aquel papel, y que algun envidioso de su dicha se la queria barajar por aquel camino; que se informase bien don Juan, su señor, y que si hallase esto por verdad, queria perder el bien de merecer su mano. Salva fué esta que hizo dudar á Brianda si era embeleco el que habia sabido; libraba en la diligencia de su padre el saber la verdad con más certeza; y así, lo que les respondió á los dos primos fué que ella no era dueña de su voluntad por haberla subordinado al gusto de su padre, que por sí no podia responderles ni desistir de la mala presuncion que contra don Pedro tenia, que su padre vendria presto y dispondria segun la informacion le hubiesen hecho. En esto estaban cuando don Juan entró, que venía de verse con Victoria; en breve le hizo don Rodrigo relacion de lo que estaba tratando y de la queja de su primo, y cómo se ofrecia á que con apretada informacion se supiese si aquello que habian escrito de él era verdad ó engaño. Tomaron todos asiento, y don Juan respondió así.

CAPÍTULO XIX.

Se da fin á la novela; Jaime se descubre á Rufina; entre los dos tratan de robar á Crispin; lo verifican; marchan á Madrid, en donde se casan; prenden y ahorcan á Crispin; sorprenden en un hurto á Garay y es sentenciado á galeras, en donde acaba la vida.

Señores mios, yo he salido de casa con intento de averiguar, con amigos de Sevilla, la verdad de lo que á don Pedro se le imputa, y no los he hallado; pero cuando los hallara, pudiera ser que no hubiera llegado á su noticia este empleo, que Sevilla es gran ciudad, y hay barrios tan distantes unos de otros, que es como estar en dos lugares separados; lo que yo acabo de averiguar en este punto, es que don Pedro ha dado palabra de esposo á una dama de Toledo, de quien fué huésped en un cigarral suyo, cuando le despojaron ladrones; y demás desto tiene á cargo su honor. Esto lo dice la misma dama de quien fuí enviado á llamar, y lo confirma esta cédula, firmada de su nombre, que no podrá negar, pues todos conocemos su letra.

Puso la cédula en manos de don Rodrigo, y luego en las de don Pedro, sin fiársela de ellas, con que el uno y el otro quedaron absortos, y don Pedro descubrió en su turbacion su delito, si bien juraba no haber dado tal cédula con nombre suyo, sino con otro supuesto. Como don Rodrigo sabía el caso, era quien más afeaba la culpa del primo, por donde don Juan le dijo así:

—Señor don Pedro, hasta llegar un hombre mozo á conseguir su gusto, y

más si está enamorado, hará cualquiera cosa; vencióos amor, y no me espanto que os arrojásedes á ser causa del deshonor de aquella dama, no reparando en ser principal y de tan ilustre sangre, y que á la larga ó á la corta, dando cuenta á sus deudos de la ofensa, habian de vengarla; admírome de que viniendo á casaros con Brianda tan enamorado, como por cartas significásteis, hubiese lugar en vuestro pecho para admitir otro amor en él; mas debió de ser apetito, pues tan olvidado de aquel empleo tratábades de segundo. Pues, señor mio; si como caballero deseais proceder, que no lo dudaré de quien sois, lo que os importa es cumplir con esta obligacion, ó habrá quien os haga que la cumplais, que no está esta dama tan desnuda de favor como la juzgásteis; ella ha venido á Madrid á emprender por cuantos caminos haya recuperar su pérdida; halo de hacer, y todos han de favorecer su causa, viendo la justicia que tiene; mi consejo es que no deis lugar á que de vos se hable en Madrid mal; cumplid con lo que debeis, y no os ciegue el amor de Brianda, porque ántes la encerraré entre cuatro paredes, y que allí acabe su vida, que no se case con vos.

Levantóse con esto de la silla en que estaba, y enojado se entró en otra pieza; lo mismo hizo doña Brianda, con que los dos primos confusos y sin hablarse palabra se fuéron á su posada, adonde don Rodrigo dió á su primo una grande fraterna, afeándole su doblado trato. No tenia don Pedro disculpa alguna que dar, solo dudaba cómo aquella cédula se habia hecho firmada con su nombre, pues él no la habia hecho, sino la del nombre supuesto. Dejémoslos en esta confusion haciendo varios discursos, y volvamos á la fingida dueña, que acudió á casa de don Pedro, y llevó el papel de don Sancho á Brianda, holgándose mucho con él, porque temia que don Sancho, enojado de verla casar, no volveria á verla más. Contóle Brianda cómo habia estado allí don Pedro con su primo don Rodrigo, y lo que pasó con su padre y cómo los habia despedido del casamiento, con otro lance que se habia descubierto de haber don Pedro dado palabra de casamiento por cédula á una dama de Toledo, la cual venía siguiéndole para estorbar su empleo. Hízose Victoria desentendida del caso, y comenzó á decir abominaciones de don Pedro. En esto le vino á doña Brianda un recado de una prima suya, en que la convidaba aquella noche para un particular de una comedia que se hacia en su casa, á que respondió que iria allá. Ofreciósele á Victoria luego una traza, con que tuvieron fin estas cosas, porque se le logró como quiso, y es que dijo á doña Brianda que si gustaba de verse con don Sancho aquella noche en parte segura, miéntras se hacia el particular, podia, porque la casa de su padre estaba franca para todo; queria bien la dama á don Sancho y deseaba satisfacerle á la queja que habia tenido de ella, y así aceptó el envite de su dueña, la cual llamando á Alberto, le dió un papel para don Sancho, en que le llamaba que acudiese á las ocho de la noche á la casa de doña Victoria; y con este llevó otro para don Pedro de Ribera, haciéndole saber cómo doña Brianda, no obstante lo que habia pasado delante de ella y el enojo de su padre, se determinaba á darle la mano de esposa, viéndose aquella noche en una casa, de quien el escudero daria las señas, que no faltase á las nueve de la noche. No fué perezoso Alberto en dar los dos papeles, que entrambos hicieron harta novedad en

los que los recibieron, y más en don Pedro, pues de despedido, se veia llamar á ser favorecido con la mano de doña Brianda, de quien era intercesora su dueña y á quien debia esta obligacion, dando por bien empleado el donativo que la habia ofrecido. Previniéronse los dos galanes, y en tanto doña Brianda y su dueña se pusieron en el coche, dejando á don Juan de la Cerda para acostarse, y se fuéron á la casa de Victoria, que pasaba por de Santillana, nombre supuesto de Alberto; llegando á ella, fuéron recibidos de Marcela, criada de Victoria, que hacia papel de su madrastra; allí dejaron los mantos, y aguardaron á la hora concertada para don Sancho; en tanto que esta se llegaba, Victoria escribió con Santillana ó Alberto un papel á don Juan, que contenia estas razones.

« Mi señora doña Brianda, en lugar de ir al particular que se hace en casa de su prima, se ha venido á la casa de mi padre, con intento de dar allí la mano á don Pedro, no obstante vuestra resolucion; lo que os aviso para que remedieis este daño, con que salgo de mi obligacion, dándoos este advertimiento. »

Con este billete se fué Santillana, advertido que hasta dadas las nueve y media no se le diese á don Pedro; y así lo hizo. Miéntras esto se disponia, don Sancho no se descuidó de acudir adonde era llamado; hizo una seña, y fué abierto, con que se halló muy presto en presencia de su dama, donde todas sus quejas se satisficieron, y Victoria los dejó solos en un aposento que cerró tras de sí. Llegóse la hora de las nueve, en que don Pedro cuidadoso acudió á la casa de quien le habia dado las señas bastantes para no errarla, y haciendo tambien la seña, le abrieron. Vióse con Victoria, la cual le entró en un aposento sin luz, diciéndole que importaba no se mover ni hacer ruido allí, porque en breve vendria su señora á estar con él; él lo prometió, con que estuvo aguardando el tiempo que Victoria se ocupó en quitarse las tocas y monjil y vestirse de gala. Hecho esto, se fué al aposento, donde hablando en baja voz, pudo engañar á don Pedro y darle lugar á que se diese por favorecido. Dejémoslos así, y volvamos á don Juan, que al tiempo que se comenzaba á desnudar llegó Alberto y le dió el papel de su señora. Alborotóse el anciano caballero, y saliendo de casa acompañado de Alberto, fuéron á la del corregidor, que era muy cerca, á quien el afligido viejo dió cuenta de lo que pasaba; el corregidor era amigo suyo; y así, acompañado de sus ministros, fuéron los dos á la casa de Alberto, donde llamando á grandes golpes, fuéron abiertos. Llevaban de propósito linterna y una hacha por lo que sucediese, que fué bien menester, porque hallaron toda la casa á oscuras; encendieron la hacha y alumbrando un criado con ella, fuéron por todos los aposentos de la casa mirándolos; en uno hallaron á don Sancho y á doña Brianda, y preguntándoles el corregidor qué hacian allí, respondió don Sancho que estar con su esposa, y ella confirmó lo mismo. Quiso don Juan sacar la espada contra ellos, mas el corregidor le reportó, advirtiéndole que su hija no asistia allí con quien pensaba, que aquel caballero era don Sancho de Leiva, bien conocido en la córte por su mucha calidad. Tuvo por bien don Juan de la Cerda este casamiento á trueque de no ver á su hija empleada en don Pedro, á quien queria mal desde que supo sus enredos. Pasaron luego á otro aposento que hallaron cerrado, y queriendo derribar la puerta de él, abrió por de dentro don Pedro,

saliendo adonde estaban, el cual les dijo que él estaba allí con doña Brianda, su esposa, y que por gusto suyo habia venido á aquella casa á desposarse con ella. A estas razones salió del aposento doña Victoria diciendo:

—Engañado estais, señor don Pedro, que no soy quien pensais, sino doña Victoria de Silva, á quien debeis su honor, y él me ha obligado á ponerme en servicio de la señora doña Brianda, sirviéndola de dueña. Reconocióla don Juan de la Cerda con más atencion, y asimismo su hermosa hija, y viendo todos el disfraz que habia hecho para recuperar su honor, le hicieron cargo de ello á don Pedro, el cual, hallándose convencido de todos, de nuevo ratificó la palabra dada; lo mismo hicieron don Sancho y su dama, reservando hacerse las bodas para de allí á ocho dias, de quienes fuéron padrinos dos grandes de España con sus mujeres. Vivieron contentos los cuatro novios, teniendo despues hijos, que fuéron el consuelo y alegría de sus padres.

Mucho gusto dió la bien referida novela de don Jaime á Rufina y á sus criadas, siendo ella otro eslabon más en que se iba encadenando la voluntad de Rufina, y así le favorecia con más caricias. Parecióle al jóven que ya tenia conquistada su voluntad y que no habia más que querer, y así se la pagaba, determinado á desistir del intento que traia de robarla, y deseaba hallar ocasion para decírselo: ofreciósela buena á Rufina; porque como ella creyese ser don Jaime el mismo que en su relacion habia dicho, le dijo cómo su intencion era, ántes que su padre volviese de Madrid, irse de su casa, llevándose lo más precioso de ella, y que se podian ir á Valencia, pues allí era poderoso y de tal sangre, que tendria su padre por bien este casamiento. Aquí fué fuerza al mozo descubrir la tramoya que habia fabricado para rendir á Rufina, y porque no viviese en más engaño, le dijo así:

—Dueño y bien mio, conociendo vuestra voluntad en favorecerme, os quiero tratar con claridad, hablando lisamente con vos, en lo que hasta aquí no habeis sabido, y perdonadme, que amor solo puede disculpar mi delito: no lo ha sido el amaros; porque claro es que no está en vuestra mano resistir que no os amen los que ven vuestra divina hermosura; yo la he visto, y vencido de su poder, rendí mi albedrío y tres potencias á vuestra beldad: victoria que conseguiréis muy fácilmente de otros más rebeldes pechos que el mio; luego que miró la luz de estos dos soles, se rindió por esclavo suyo, y lo confesaré siempre. Este preámbulo he anticipado á lo que os pienso decir para que él disculpe mi yerro y dore mi delito. Yo no soy el que mi relacion os ha dicho, si bien soy nacido en Valencia, pero de padres humildes, gente honrada y limpia; el mio pasaba su vida honestamente, valiéndose del trabajo de sus manos, que con esto os he dicho que fué oficial en el ministerio de alpargatero; nací con altos pensamientos, que no queriendo abatirme á ejercer aquel mecánico oficio, me vine á Castilla, habiendo estado primero en la Andalucía, y he tenido suerte, que con mi honrado proceder nunca me faltaron amigos y dineros. Llegué á esta ciudad, en compañía de un hombre llamado Crispin, que en Málaga estuvo preso por no sé qué delito, que él no me ha querido confesar. He sido de este hombre obligado, con haberme hecho la costa del camino y prestádome dineros, como conoció en mí

buena voluntad y deseos de ser su amigo; habiéndome granjeado esto con buenas obras, un dia se declaró conmigo, aconsejándome que procurase introducirme en vuestra casa, para que él despues se introdujese en ella; al fin á que esto se dirigió fué á que, sabiendo que teneis mucho dinero, os robásemos, que con esto que oí en su boca acabé de creer lo que me presumia, que era haber estado preso por ladron en Málaga. Con este pensamiento fingimos una pendencia, me retiré á vuestra casa, donde he hallado tanto favor en vos y tanto agasajo en vuestras caricias, que ellas frustrarán el intento de Crispin; porque desde hoy que os doy cuenta de esta máquina trataré de hacerle á él tiro en la moneda que trae, para castigo suyo, no permitiendo el cielo que á quien tanto me ha favorecido dé ingrato pago con ofensas. Yo os he descubierto mi pecho; ahora disponed de mí lo que fuéredes servida, que no tengo de consentir que os haga daño, aunque yo desdiga de la calidad que os habia fingido.

Admirada quedó Rufina de lo que oia á su galan, considerando la mala intencion de Crispin; que habiéndola en Toledo conocido, trataba de vengar el hurto que le habia hecho en Málaga, y estaba con temor de si Crispin le habia dicho á Jaime quién era y su proceder. Esto de haberse declarado en decir quién era, dando por fabulosa la relacion que la habia hecho, la obligó para declararse tambien con él; y así, en breves razones se desdijo de su primer informe, declarándole su orígen y quién fuéron sus padres, con lo sucedido hasta haber llegado á Toledo: cosa que habia ocultado hasta aquel punto; mas el amor y el vino hacen hablar más de lo necesario. Cuadróle al mozuelo que Rufina fuese igual suya; y así, siendo más conforme la union, trataron de casarse y dejar á Toledo por Madrid; pero que esto habia de ser, decia Rufina, habiéndose vengado primero de Crispin, que estaba indignada contra él por la máquina que levantaba en su ofensa. Ofrecióla Jaime que le dejase á él hacer, que con capa de amistad entraria su engaño, no solo para dejarle sin moneda, mas para asegurarse dél cuando intentase vengarse del araño; porque habia de dejarle en la cárcel de Toledo; y así, esa misma noche salió de casa de Rufina para verse con Crispin, á quien halló en su posada, bien desconfiado de verle: holgóse mucho con la presencia de su compañero, el cual le dió cuenta de cómo estaba introducido con Rufina y que la tenia medio inclinada á favorecerle; pero que lo que le importaba para asegurarla más era tener algun dinero que gastar con ella y sus criadas, para que obligada con esto hiciese más confianza dél y creyese que la amaba. En esto fué estafado Crispin, con toda su antigüedad de ladron, pues para que hiciese ostentacion de lo que habia fingido le dió cien escudos en oro que gastase á su albedrío, esperando de ellos otros tres tantos de logro; sacólos de un talego donde tenia más de quinientos doblones, habidos en buena guerra; echó toda su vista Jaime al lugar que escondia aquella amarilla moneda, y juró de dejar al talego sin opilacion de ella, como lo cumplió muy presto. Pues viendo que Crispin salia á dar dos perdices y un conejo á la huéspeda para que los asase, para cenar con su camarada, él en tanto se llegó á una maletilla, depósito de aquella moneda, y haciendo saltar la chabeta del candado que la cerraba, como diestro en aquel oficio, la abrió, y de ella sacó el talego preñado de

doblones para que tuviese su parto en diferente lugar que el dueño se habia pensado. Cenaron muy á su placer, y Jaime se despidió de Crispin, dándole buenas esperanzas que brevemente veria conseguido su deseo. Con esto se volvió á casa de su Rufina, que fué de ella bien recibido; dióla cuenta de lo que le habia pasado con Crispin y de cómo habia pagado con su dinero el atrevimiento de intentar robarla; mostróla los doblones á solas, con que la alegró la vista, que era muy aficionada á moneda, y más si era en oro. Díjola Jaime cuánto importaba salir luego de Toledo ántes que Crispin hallase ménos su dinero; mas á esto dió una salida buena Rufina, no obstante que se aprovechó del consejo de su galan en cuanto á la fuga; esta fué valerse del arbitrio de Málaga, dando aviso á un alguacil, muy gran perseguidor de ladrones, cómo Crispin estaba en Toledo, no le ocultando la posada y señas del tal arañuelo de las haciendas. Despues de haber escrito el papel que avisaba de esto, trataron de su partida, en ocasion que hallaron dos carros, que partian luego á Madrid, en que cargaron toda su ropa y demás bienes, y con sola la esclava que les sirviese, se fuéron á la córte, piélago que admite todo peje, adonde determinaba Rufina estar encubierta hasta saber de Garay.

Dejémoslos poniendo su casa, y volvamos á lo que resultó del papel que recibió el alguacil, el cual no hubo acabado de leerle, cuando puso en ejecucion el aviso que en él se le daba, porque llamando corchetes, fué acompañado de ellos esa noche despues del aviso; y llegando á la posada donde Crispin estaba, con más esperanzas que un judío de que Jaime le habia de dar entrada en casa de Rufina para hacerle señor de su moneda, fué cogido en su aposento y puesto en la cárcel. Habia poco que un juez de Málaga le buscaba en Toledo, y no hallándole, dejó á este alguacil las señas de su rostro, por las cuales fué luego conocido del que le fué á prender. Lleváronle á la cárcel, y toda su ropa se guardó, en la cual iba, á su entender, la moneda en oro que le habia pillado Jaime, que nunca la habia echado ménos, siendo esto favorable para los dos amantes. Lo que resultó de la prision de Crispin fué que, poniéndole á caballo en aquel tremendo potro de madera, fué muy mal jinete en él, hablando lo suyo y lo ajeno; con que sustanciada la causa, le sentenciaron á muerte de horca, para que en ella hiciese cabriolas delante de todo un pueblo; y no fué poca misericordia de Dios venir á parar en esto, arrepentido de sus pecados, porque aunque es este el paradero de todos los de su oficio, las más veces mueren de muertes súbitas, á la violencia de una escopeta ó al rigor de una espada. Ahorcaron á Crispin, y del tiempo que fué ermitaño le quedó morir buen predicador en el patíbulo. Bien echó de ver que aquel castigo le habia venido por Jaime, mas como buen cristiano le perdonó á la hora de su muerte.

Rufina y su amante, escondidos de los ojos de Garay, á lo ménos ella, vivian en Madrid casados, porque luego que llegaron se hizo la boda. Garay habia pasado á Alcalá, donde le habian dicho que estaba su mujer, y no la hallando allí, comenzó á acompañarse de gente del araño, y así tuvo la medra; porque siendo hallados en un hurto, todos pasaron por la pena de azotes y seis años de galeras; fué llevado á Toledo en la cadena, y allí, entendiendo que es-

taba Rufina, la escribió un papel, en que la pedia que pues por su industria habia granjeado lo que tenia, se doliese de su trabajo y le sacase dél, redimiéndole de las galeras con dar un esclavo en su lugar, que esto se hacia cada dia. El portador del papel buscó á Rufina en la calle donde le dijeron; mas luego supo de los vecinos de su casa su mudanza, con que el buen Garay, cargado de hierros, de años y de trabajos, fué á ser batanador del agua y criado de su majestad, con otros muchos que no pretendieron aquel cargo.

CAPITULO XX.

Saben Rufina y su marido que un autor de compañía de comedias tenia en su poder dos mil escudos, y disponen entre los dos el robárselos; lo logran y marchan á Zaragoza, en donde se establecen, poniendo una tienda de sedería, viviendo como honrados hasta su muerte.

Volvamos á Jaime, que campaba en Madrid lucidamente; presto se acompañó de buena gente, toda amiga de trasportaciones sin ser culta, porque estas eran de alhajas y moneda. Hicieron algunos hurtos rateros con tanta cautela, que no se pudo hacer averiguacion de los delincuentes, con que ellos andaban más alentados, y nunca ociosos en buscar dónde emplear las garras.

Habia hecho un autor de comedias que asistia en Madrid una lucidísima compañía, de lo mejor que habia en España; esto alentado de un poderoso príncipe, que con el ejemplar que otros le dieron ántes, que hacian esto, quiso imitarles aun con más afecto, no sé si de piadoso en amparar á pobres, ó llevado de otra cosa; al fin, él tomó por su cuenta, á costa de su dinero, el amparo deste autor, y para principio de año le granjeó los mayores cómicos que entónces habia; de manera que tenia dobles los personajes; esto hizo con intencion de que sin ayuda de otro autor tuviese la fiesta del Corpus de Madrid, cosa que no se habia visto hasta allí. Compróle comedias, que le escribieron los mejores poetas de la córte, siendo de este señor pagados y rogados, de modo que les alentó á escribir cortado para esa grandiosa compañía; con que otra que estaba en Madrid, viendo ser sin fruto su competencia, desistió de la córte, y se fué á Toledo, donde tomó la fiesta de aquella imperial ciudad. Quedándose pues este flamante autor en la córte, la villa le dió la fiesta del Corpus, y para lucirse de galas adelantó toda la paga, que fuéron dos mil escudos en plata; así se sacó en condicion, con haber entónces tanta esterilidad de ella, pero fué negociacion de apasionados de la compañía. Llevóse el autor el dinero á su posada, que depositó en un cofre que tenia en su aposento. Tuvo aviso de esto la cuadrilla de Jaime, y queriendo hacerse dueño de aquella moneda, no supieron cómo harian el hurto, discurriendo con varios caprichos. Remitiéronse al parecer de Jaime, que le habian hallado bueno en algunas ocasiones, y él reservó para otro dia el

dársele, por pensarla más despacio. Aquella noche se retiró con su esposa, á quien dió parte de lo que traian entre manos él y sus amigos. Dudoso de cómo emprenderian aquella hazaña, ella, que era viva de ingenio, le dió el modo cómo consiguiese lo que deseaba, con el aparejo que tenia de ser poeta. Trazaron el hurto, y á la mañana Jaime lo comunicó con sus camaradas, que les pareció muy bien la traza; no se dice, reservándolo para la ejecucion de la empresa.

Vistióse otro dia Jaime de estudiante, comprando de los roperos de viejo una loba muy traida, y aun manchada, requisito de poetas; con ella casó un manteo de bayeta muy raida, caizóse anteojos grandes, y con un sombrero de grande falda, se previno de lo que era menester para lo que intentaba, costándole dos noches de desvelo. Otro dia se apareció en el mentidero, en ocasion que la compañía holgaba, por causa de unas tramoyas que se hacian para una comedia de tres poetas en el corral del Príncipe; halló allí al autor, y llegándose á él con mucho comedimiento, despues de haberle preguntado por su salud, le dijo así:

—Yo, señor autor, por la gracia de Dios, soy poeta, si no lo ha vuestra merced por enojo. Era socarron el autor, y acostumbrado á verse muchas veces con semejantes figuras, y respondióle:

—Séalo vuestra merced por muchos años, que no me enojaré por eso.

—El fundamento de mis letras, dijo Jaime, estriba en haber sido artista en Irache, donde soy graduado de bachiller, con no pocos aplausos de mi nacion, que soy vizcaíno, para servir á Dios y á vuestra merced; mi patria es Orduña, nacido de la mejor sangre de aquella antigua villa; mi nombre es bachiller Domingo Joancho, bien conocido en toda Vizcaya; allí, no desestimado el bien que el cielo me ha hecho con la gracia *gratis data* de ser poeta, he cursado la poesía hasta venir á dar en hacer comedias; he trabajado algunas con no pocos desvelos, no de estas que corren en estos tiempos, porque son muy extraordinarias las que tengo escritas, que serán hasta doce. Víneme á esta córte, donde hay tan lucidos ingenios, para aprender de ellos y manifestar mi gracia; ha sido mi suerte tan buena, que hallé aquí á vuestra merced con la más lucida compañía que hay en España, en quien deseo emplear cuanto traigo; esto hallando gusto en vuestra merced para ponerme siquiera media docena de comedias mias, que en cuanto al precio de ellas no nos desconcertarémos; dígame vuestra merced su sentir acerca de mi proposicion. Era este autor diferente que otros, que en llegándoles cualquier poeta á dar una comedia, huyen del tal, si no es de los clásicos, y aun no quieren oirla, como si Dios, que dió ingenios á aquellos que están acreditados con ellos, limitara su poder, y no le diera á muchos con mucha más claridad. Vuelvo á decir que este autor era muy jovial, y el tiempo que no se hallaba ocupado gustaba de toparse con estas aventuras, y así quiso ver qué títulos eran los de las comedias que traia, porque ellos informasen del ingenio de su autor. Preguntóle que cómo se intitulaban las que tenia escritas. Entónces el fingido Jaime, que hacia aquel papel con mucha socarronería, sacó una memoria de ellas y leyósela al autor, diciendo:

MEMORIA DE LAS COMEDIAS QUE EL BACHILLER DOMINGO JOANCHO, POETA VIZCAÍNO, HA ESCRITO EN ESTE AÑO EN QUE AL PRESENTE VIVE, CUYOS TÍTULOS SON ESTOS:

La infanta descarriada.
El que tenga, tenga.
Ahí me las dén todas.
Escarpines en Astúrias.
El Lucifer de Sayago.
La gandaya.
El roto para vestir.
No me los ame nadie.
Tárraga, por aquí van á Málaga.
Los lamparones en Francia.
Turrones donde no hay muelas.
La señoresa de Vizcaya.

Estas son las doce comedias que tengo escritas, y de todas ellas no quisiera que otra se representara más presto que la última, por ser cosa de la patria; es una comedia de gran migajon, y casazo para alborotar diez córtes; y ponderola con decir que me ha costado inmenso trabajo hacerla.

Mucho hizo el autor en disimular los golpes de risa que le vinieron oyendo los títulos de las comedias, y quisiera tener más espacio para gozar del entretenimiento del poeta vizcaíno; lo que le dijo fué:

—Señor mio, mucho me he holgado de conocer á vuestra merced, aunque hasta ahora no sabía su nombre; justo es que se manifieste en esta insigne córte de España; lo que por mi parte puedo hacer es el oirle con toda mi compañía la comedia de quien tiene más satisfaccion, y esta, á fuer de poeta nuevo, se me ha de dar de gracia, que es cosa esta usada; las demás que me contentaren pagaré á cómo nos concertarémos, que tanto me podrán satisfacer, que haga un empleo para todo mi año, aunque me empeñe; esta noche habrá lugar de leer en mi posada; al anochecer vendrá vuestra merced, y nos manifestará sus gracias en la comedia que quisiere.

—Esta de la *Señoresa de Vizcaya* he de leer primero, dijo él, que es la que ha de ser apoyo de mi fama.

—He reparado, dijo el autor, en que la llame vuestra merced señoresa, pudiendo llamarla señora, que es vocablo más usado.

—Así es, dijo el fingido poeta; pero como simboliza tanto la cadencia de señoresa con princesa, duquesa, marquesa, condesa, baronesa, etc., así la llamo señoresa, y es cosa de novedad, que como vuestra merced mejor sabe, el tiempo no está para otra cosa, sino para oir novedades, que lo comun y trivial hasta los rústicos no se dignan de oirlo. Cada instante se pagaba el autor del disimulado poeta, que con no poco artificio hablaba de aquel modo con él. Previnole que no faltase á la hora dicha, con que se despidió de él. Jaime dió luego

cuenta á su cuadrilla de cómo habia negociado con el autor audiencia, ofreciendo que por su parte le entretendria de modo que pudiesen hacer el hurto; valiéronse de llaves y ganzúas, hurones de las arcas. Llegada la noche, acudió á casa del autor el disfrazado poeta á leer su obra. Ya el autor tenia hecha relacion á su compañía del sugeto que aguardaba y que tendrian con él alegre noche, con que no faltó persona de ella, y en la sala de los ensayos aguardaban todos al poeta, que vino muy disimulado. Recibiéronle todos con corteses agasajos, haciéndole sentar en una silla, delante de la cual estaba un bufete con dos bujías, y sacando su comedia, encuadernada lucidamente, viendo al auditorio con quieto silencio, leyó así:

COMEDIA FAMOSA DE LA SEÑORESA DE VIZCAYA, HECHA POR EL BACHILLER DOMINGO JOANCHO, POETA VIZCAÍNO.

Son las personas que hablan en ella las siguientes:

Don Ochoa, *caballero.*
Don Garnica, *caballero.*
Goyeneche Cucharon, *su lacayo.*

—Tenga vuestra merced, dijo el autor: ¿no le basta al lacayo un nombre?
—No, señor, dijo Jaime; que el primero es su apellido, y el segundo muy conforme á la propiedad de lo que representa; pues como el cucharon revuelve los guisados, este revuelve la maraña de la comedia.
—Pase vuestra merced adelante, dijo el autor. Prosiguió diciendo:

Gracegelinda, *señoresa de Vizcaya* (nombre muy propio para las gracias que dice).
Garibaya, Gamboina, *criadas suyas.*
Lorduy, *escudero viejo.*
Arancibia, *mayordomo.*
Una herrería.

—Pare vuestra merced por amor de Dios, dijo el autor: ¿esa herrería ha de hablar?
—No, señor, dijo el poeta; pero estáse erre erre allí, porque es necesaria en la comedia.
—Pues no se ponga, dijo el autor, entre los personajes de ella.
—Así será, dijo el bachiller.

Trece vasallos de la señoresa.

—¿Trece? replicó el cómico; ¿no se pueden reducir á ménos número?

—No, señor, dijo el poeta, porque estos son de trece casas solariegas, y cada uno en su nombre da el voto para casarse esta señora, y el faltar uno era hacer un desprecio de una familia honrada; yo voy muy legal con la historia de Vizcaya, y no querria faltar un átomo de lo que dice.

—Pues eso se me hace fuerte cosa llenar la comedia de tanta gente, dijo el autor, que no tengo yo tanta.

—Alquílela vuestra merced, dijo el poeta, que para una comedia como esta no hará mucho.

—¿Hay más gente? dijo el autor.

—Sí hay, dijo el poeta fingido. Item, *siete doncellas*, que hacen un sarao á su señora á la entrada de Vizcaya.

—Vuestra merced traza una comedia, dijo el autor, con cosas exquisitas; ¿dónde quiere vuestra merced que busquemos siete doncellas, y más en esta córte?

—Señor, no hay medra sin costa, dijo el poeta; doncellas habrá de anillo, ya que no las haya en propiedad, que sean para representar, y estas suplirán la falta de las verdaderas; aunque si se hallasen sería más propia la comedia.

—Con eso me ha dejado vuestra merced consolado, dijo el autor, y toda esa cantidad tengo en mi compañía, aunque me valga de las mujeres que no pisan tablado. Vaya vuestra merced comenzando los versos.

—Así lo haré, dijo el poeta.

Salen en la primera escena don Ochoa, galan primero, y Goyeneche Cucharon, su lacayo, de camino entrambos, con botas, espuelas, fieltros y quitasoles.

—Pues si fieltros, ¿para qué quitasoles? dijo el autor.

—Mal sabe vuestra merced, dijo el poeta, lo que es el temple de Vizcaya en verano; señor mio, hay unos aguaceros, que parece que se abren los cielos de agua, y es recísima, y luego sale un sol que derrite los sesos.

—Bien lo creo, dijo el autor; ahora diga vuestra merced. Sosegóse el poeta, y con buena gracia comenzó así:

OCHOA.

Goyeneche Cucharon,
Esta es Vizcaya la bella,
Y este su primer mojon,
Y aquello que me vuelve á ella
Es aficion, aficion, aficion.
Esta es del pais la raya,
Sin que le falte una pizca,
Hasta donde el mar se explaya.

CUCHARON.

Y por una haya bizca
Le dieron nombre Vizcaya.

OCHOA.

La señoresa del país
Es Gracegelinda hermosa,
El dueño suyo y de mis
Potencias.

CUCHARON.

Es una rosa.

OCHOA.

Desde Sansueña hasta Paris.
Mi competidor Garnica
Entiende hacerme la mueca;
Mas si este ingenio se aplica
A atajarle en cuanto pica,
Yo estorbaré en lo que peca;
De amor la cruel borrasca
Pasé, y su furia diablesca,
Con la boca de tarasca
Favores que de ella pesca
Los masca y aun los remasca.
Aquí vengo revenido,
Y reconvenido más,
Que amor mucho me ha rendido.

CUCHARON.

De tu fineza tendrás
En premio...

OCHOA.

¿Qué?

CUCHARON.

Celos y olvido.

OCHOA.

Mucho mi astucia machucha
En buscar favor acecha,
Para gozar de esta trucha.

CUCHARON.

Pero poquito aprovecha,
Que no has de verte en la lucha.

OCHOA.

Este es el palacio, aquel
Estuche que fiel me guarda,
Más que alentado lebrel,
La vizcaina alabarda
De dama, que asiste en él.
Llama á la vela.

CUCHARON.

A candil,
O vela.

Aquí sale uno de los trece, que se llama Chavarría, con un candil en la frente, y dice desde lo alto de un castillo, que ha de estar formado en el tablado:

CHAVARRÍA.

¿Quién, pesia tal,
Viene pasado el abril
A llamar con furia tal?
¿Es corchete ó alguacil?

OCHOA.

No soy corchete ni broche,
Sino un hombre que despacha
Cuanto topa á troche y moche.

CHAVARRÍA.

Pues no se me da una hilacha,
Desde el punto del alba hasta la noche.

CUCHARON.

Tu cólera aqui se aplaque;
Aunque este mozo contra tí peque.

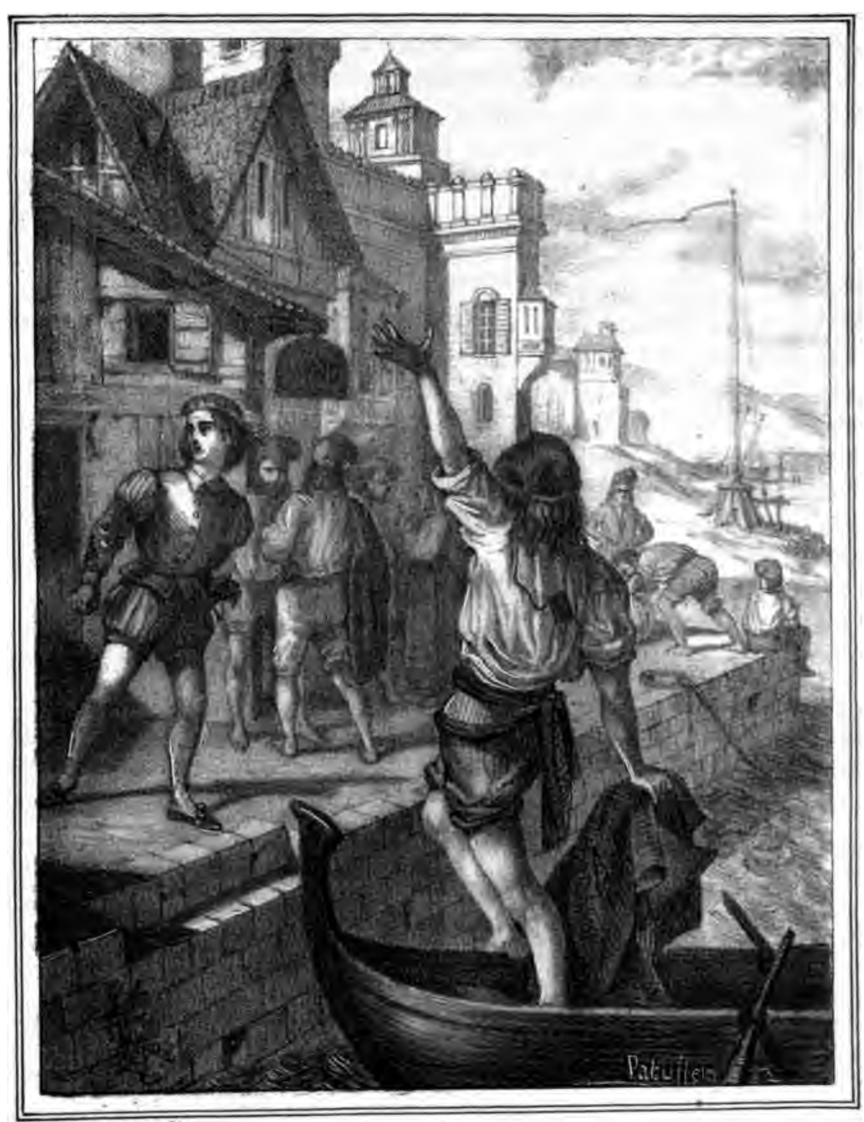
OCHOA.

¡Oh pesia su badulaque,
Quién se volviera alfaneque
Para castigar á este traque barraque!

Consideró el auditorio que si con estos versos continuaba el referir una larga comedia de quince pliegos, que sería darles á cada uno un tabardillo; y así con un murmurio sordo comenzó á alterar el silencio. No deseaba otra cosa el fingido bachiller; pero dando un golpe en el bufete, con que hizo temblar las dos bujías, dijo en alta voz:

—Señores, *tacete*, *tacete;* no entendia el lego auditorio el latin, y así se comenzó á alterar más, hasta matar las luces; desenvainaron luego botas de camino, talegazos de arena, y en forma de culebra de cárcel, se vió una confusion en aquella sala, de donde salió el poeta maltratado y perdida su comedia; harto le pesó despues de haberse puesto en aquel lance, por donde juzgó á los peligros que se ponen los poetas pésimos, que se atreven á leer sus comedias á gente maleante y fisgona, reservando los comedidos, para que cada uno piense serlo él. Lo que resultó de la culebra fué que la cuadrilla de Jaime, que eran tres buenas lanzas, no se descuidó, porque con su buena maña dejarón al autor sin el dinero de las fiestas. Llevóse en casa de Jaime, adonde se partió dándole á él de conformidad, y por tener parte en la traza de su esposa, doscientos escudos más. El siguiente dia, que el autor quiso comenzar á sacar galas, acudiendo á su dinero, vió el cofre abierto y que faltaba de él dinero; quedó del susto sin sentido. Preguntó á su mujer quién habia entrado allí, y no supo darle razon alguna. Hizo luego varias diligencias, dando cuenta á la justicia; visitaron las calles vecinas al mentidero, y fué sin provecho. Fué lastimado el autor á dar á su protector cuenta del suceso; mas el príncipe, entendiendo que era estafa, no le creyó. Cayó malo de pesadumbre, con que se le fué creyendo la mala burla, atribuyendo á tener parte en ella el poeta, el cual fué buscado con mucho cuidado; mas no pareció, que él se supo guardar y sus compañeros. Con esto fué condenado el príncipe á darle la hurtada cantidad, que estas generosidades han de hacer los que nacieron con más prerogativas que otros. Al fin el autor convaleció en breve con la restauracion de su dinero, á costa de la generosa mano que lo suplió; con todo, no cesaban los alguaciles de hacer averiguaciones del hurto y de buscar al poeta; lo cual sabido de Jaime, dando cuenta de ello á su esposa, le aconsejó que dejasen á Madrid, pues tenian dinero con que poder pasar en otra parte tomando algun trato; siguió su parecer el mancebo; y así, dejando á Madrid, se fuéron á Aragon, donde en su metrópoli la insigne ciudad de Zaragoza tomaron casa, y en ella pusieron tienda de mercaderías de seda, ocupándose en este tráfico el tiempo que les duró la vida, la que pasaron dedicándose á actos de virtud, á fin de enmendar en parte sus extravíos pasados.

FIN.



Lit Abadal Tapineria 39

„A Napoli à Napoli „

VIDA Y HECHOS

DE

ESTEBANILLO GONZALEZ.

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

BARCELONA.

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, núm. 20.

LIBRERIA DE EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, núm. 15.

MADRID.

DON A. DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, 9.

DON EMILIO FONT,
calle de Relatores, 12.

DEDICATORIA

que hizo el mismo Estebanillo Gonzalez al Excmo. Sr. D. Octavio Piccolómini de Aragon, duque de Amalfi.

Excmo. Sr.:

Yo Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor, hijo de mis obras y padrastro de las ajenas, y menor criado de vuestra excelencia, queriéndome hacer memorable, fiado en haber merecido ser el menor criado de vuestra excelencia, me he puesto en la plaza del mundo y en la palestra de los combates, dando á la imprenta este libro de mi vida, y no milagros. Y por temer el rigor de la censura de tantos zoilos ignorantes y de tantos émulos mordaces, y por no hallar otro más valiente general que lo defienda de ellos, ni otro más valeroso soldado que lo preserve de tan ponzoñosos venenos, ni otro más generoso príncipe que me ayude y ampare, me postro á los piés de vuestra excelencia, suplicando humildemente se digne de admitir esta pequeña ofrenda, para que mi varia peregrinacion y ridículo discurso llegue con tal auxilio á merecer aplauso, y me sirva de alcanzar de vuestra excelencia la merced y favor que hasta aquí he recibido, y de aquí adelante me prometo de su acostumbrada y conocida magnificencia, para que demás de los laureles que vuestra excelencia ha ganado con admiracion del orbe y espanto de los enemigos, cante la invencible fama entre la multitud de sus proezas el ser honrador de sus criados y amparo de los que poco pueden; que con esto quedarán los curiosos alegres de tener un libro de chanza con que entretenerse, y yo desvanecido de tener tan poderoso dueño de quien poder ampararme y favorecerme.

El más humilde y menor criado de vuestra excelencia,
Estebanillo Gonzalez.

DÉCIMA DE DON FRANCISCO DE LA CRUZ, CRIADO DE SU ALTEZA, Á ESTEBANILLO GONZALEZ.

Hoy califican tu ciencia
Los trabajos que has pasado,
Pues por ellos has mostrado
Lo que vale la experiencia:
La elegancia y suficiencia
Juntas se llegan á ver,
Estebanillo, en tu ser,
Pues has sido tú el primero
Que has sabido, chocarrero,
Chancear y componer.

OTRA DE FRANCISCO DE ALI, CRIADO DE SU ALTEZA, Á ESTEBANILLO GONZALEZ.

Las gracias te den laurel,
Pues que de ellas eres suma,
Y el dios Delfio por tu pluma
Tambien te adorne con él:
Si en el decir tienes miel,
Bien se puede colegir
Que el hacer sigue al decir;
Y es muy digno de alabar
Que quien tan bien sabe obrar,
Sepa mejor escribir.

SONETO

DE ESTEBANILLO GONZALEZ, AUTOR DE ESTE LIBRO.

Diéronme ser los montes de Gallcia,
La sacra Roma en sus escuelas ciencia,
La libertad de Génova conciencia,
El regalo de Nápoles malicia.
La intratable Calabria el avaricia,
El poder limitado la paciencia,
Los trabajos del mundo la experiencia,
Y los Estados-Bajos la codicia.
Experto en tales dones, he quedado
En lances y donaires tan curtido,
Que si llegase al fin, que he deseado,
Pondré todas las chanzas en olvido;
Y si no estoy del mundo retirado,
Me hallo de no estarlo arrepentido.

PRÓLOGO.

Carísimo ó muy barato lector, ó quien quiera que tú fueres, si curioso de saber vidas ajenas llegares á leer la mia, yo me llamo Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandaina. Y te advierto que no es la fingida de Guzman de Alfarache, ni la fabulosa del Lazarillo de Tórmes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino una relacion verdadera, con parte presente y testigos de vista y contestes, que los nombro á todos para averiguacion y prueba de mis sucesos, y el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de dia, mes y año, y ántes quito que no añado. Por tres causas debes aplaudir y estimarla: la primera, por ir dedicada al más prudente general y valeroso soldado que han conocido nuestras edades, y por ser yo una humilde hechura suya, y que solo pretendo con este pequeño volúmen dar gusto á toda la nobleza, imprimiéndolo en estos países, confiado solamente en el amparo de mi amo y señor, el excelentísimo duque de Amalfi, que, como primero y sin segundo Alejandro, siempre me ha amparado y favorecido, mostrando los preciosos quilates de su grandeza, valor y generosidad en levantar mi humildad y corto merecimiento de las deshechas ruinas del olvido y del inútil polvo de la tierra. La tercera, porque no lo doy á la imprenta para hacer mercancía de él, sino solo para que sirva de presente y regalo á los príncipes y señores y personas de merecimiento,

2

y no volveré la cara ni encogeré el brazo á los premios que me dieren; porque soy hombre que, por tomar, tomaré unciones, y por recibir, recibiré un agravio. Tengo por imposible que te deje de agradar, si acaso no estás dejado de la mano del gusto, ó hecha la cara al desaire de andar corto en alabar lo que es bueno, por dar muestras de entendido. Aquí hallará el curioso dichos agudos, el soldado batallas campales y viajes á Levante, el amante enredos amorosos, el alegre diversidad de chanzas y variedad de burlas, el melancólico epitafios fúnebres á los tiernos malogros del Infante cardenal, de la reina de España y de la emperatriz María; el poeta compostura nueva y romances ridículos, el recogido en su albergue las flores de la fullería, las leyes de la gente de la hampa, las preeminencias de los pícaros de jábega, las astucias de los marmitones, la cautela de los vivanderos, y finalmente, los prodigios de mi vida, que han tenido más vueltas y revueltas que el laberinto de Creta. Donde, despues de haberla leido y héchote más cruces que si hubieras visto al demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido á luz. Dios le saque de las tinieblas de ella con bien, para que tú quedes contento, y yo pagado y libre de tu censura.

VIDA Y HECHOS

DE

ESTEBANILLO GONZALEZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente, y el viaje que hizo de Roma á Liorna.

Prométote, lampiño ó barbado lector, ó cualquiera que fueres, que, si no lo has por enojo, solo sé de mi nacimiento que me llamo Estebanillo Gonzalez; tan hijo de mis obras, que si por la cuerda se saca ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es comun de dos; pues mi padre, que esté en gloria, me decia que era español trasplantado en italiano, y gallego engerto en romano, nacido en la villa de Salvatierra, y bautizado en la ciudad de Roma: la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Astúrias, y albañal de Portugal, por lo cual me he juzgado por centauro á lo pícaro, medio hombre y medio rocin; la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocin por lo que me toca de Galicia. Ello, si va á decir verdad, aunque sea en descrédito de mi padre, jamás me he persuadido á que esto pueda ser como él lo afirmaba, porque no tuvo mi madre tan depravado el gusto que me habia de abortar del derrotado bajel de su barriga en el aguanoso márgen del Miño, entre piélagos de navíos y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases y Pascuales, pudiéndome parir muy á su salvo en las cenefas y galon de plata de la argentada orilla del celebrado Tíber, entre abismos de deleitosos jardines, y entre montes de edificios insignes y sobre tapetes escar-

chados por la copia de Amaltea, cunas y regazos de Rómulos y Remos. Y cuando tuviera tan mal capricho y tan hecha la cara al desaire, que me bostezara de su gruta oscura á ser, con perdon, gallego, y á que perdonara á Meco como todos sus pasados, echaria la soga tras el caldero, y donde me parió me daria bautismo; si ya no es que soñase como Hécuba, reina de Troya, que de su vientre habia de salir una llama, que fuese voraz incendio de Galicia; y despues, viendo el mónstruo que habia vaciado del cofre de su barriga, se acogiese á Roma por todo, para que Su Santidad en pleno consistorio á fuerza de exorcismos sacase de mi pequeño cuerpo las innumerables legiones que tenia este segundo Roberto, que presumo que han sido y son tantas, que quedaron el dia de mi nacimiento escombradas las moradas infernales, como lo verás en el discurso de mi vida. Y finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad, ni ande mi patria en opiniones, ni pleiteen Roma y Galicia sobre quién ha de llevar mi cuerpo cuando llegare su postrimero fin, convido á los curiosos al valle de Josafat el dia que el ángel, pareciendo viento de mapa, tocare la tremenda trompeta, á cuyo eco horrible y espantoso se levantarán pepitorias de huesos y armaduras de tabas; que entónces, por ser tiempo de decir verdades, presumo que no la negarán mis padres, con que todos saldrán de sus dudas, y yo sabré si soy vasallo de un sumo pontífice ó de un rey de España, monarca de un nuevo mundo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga; y en el ínterin haré como hasta aquí he hecho, que ha sido á dos manos como embarrador, siendo español en lo fanfarron, y romano en calabaza, y gallego con los gallegos, é italiano con los italianos, tomando de cada nacion algo, y de entrambas no nada. Pues te certifico que con el aleman soy aleman; con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio; y con quien voy voy, y con quien vengo vengo. Mi padre fué pintor *in utroque*, como doctor y cirujano; pues hacia pinturas con los pinceles, y encajes con las cartas; y lo que se ahorraba en la pasa, se perdia en el higo. Tenia una desdicha, que nos alcanzó á todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fué ser hijodalgo, que es lo mismo que ser poeta; pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna ó de una hambre perdurable. Tenia una ejecutoria tan antigua, que ni él la acertaba á leer, ni nadie se atrevia á tocarla, por no engrasarse en la espesura de sus defloradas cintas y arrugados pergaminos, ni los ratones á roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidad.

Murió mi madre de cierto antojo de hongos, estando preñada de mi padre, segun ella decia; quedóse en el lecho como un pajarito. Y pienso, conforme el alma tenia la cordera, que pasó de solo Roma á una de las tres moradas, porque no era tan inocente que al cabo de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al limbo á ver tantos niños sin bragas. Dejó dos hijas garifas, siendo cristianas, de la edad que las manda comer el doctor, con mucha hermosura en breves abriles; y yo quedé con pocos mayos y muchas flores, pues no ignorando la de Osuna, no se me ha ocultado la del berro. Despues de haber hecho las funerales, ahorcado los lutos y enjugado las lágrimas, aunque no fueron mas que amagos,

pues se quedaron entre dos luces, volvió mi padre á su acostumbrada pintura, mis hermanas á su almohadilla, y yo á mi desusada escuela, donde mis largas tardanzas pagan mis cortas asentaderas.

Era mi memoria tan feliz, que venciendo á mi mala inclinacion, que siempre ha sido lo que de presente es, supe leer, escribir y contar; lo que me bastara á seguir diferente rumbo, y lo que me ha valido para continuar el arte que profeso, pues puedo asegurar á fe de pícaro honrado que no es oficio para bobos.

Gustó mi padre de darme estudio; y con no haber por mis travesuras llegado á la filosofía, salí tan buen bachiller, que puedo leer cátedra al que más blasona de ella. Traia tan enredados á los maestros con enredos y á los discípulos con trapazas, que todos me llamaban el Júdas Españoleto. Compraba polvos de romero, y revolvíalos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendia á real á todos los estudiantes novatos, dándoles á entender que eran polvos de la Anacardina, y que tomándolos por las narices tendrian feliz memoria; con lo cual tenia yo caudal para mis golosinas, y ellos para inquietar el estudio y sus posadas y casas. Escapábanse pocos libros de mis manos y pocas estampas de mis uñas; sobre lo cual cada dia andaba al morro ó habia quejas á mi padre y hermanas. Tenia á cargo la mayor de ellas el castigarme y reprenderme; y unas veces me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodon, y otras me decia que era afrenta de su linaje, que por qué no acudia á quien era, y por qué no procedia como hijodalgo; que atendiera á que nuestra madre la decia que yo era el mayorazgo de su casa y cabeza de su linaje y descendiente del conde Fernan Gonzalez, cuyo apellido me habia dado por línea recta de varon; y por parte de hembra, del ilustre y antiguo solar de los Muñatones, cuyos varones insignes fuéron conquistadores de Cuacos y Jarandilla, y los que en batalla campal prendieron á la serrana de la Vera y descubrieron el archipiélago de las Batuecas; y que una tia mia habia dado leche al infante don Pelayo, ántes que se retirara al valle de Covadonga; y otra habia amortajado al mancebito Pedrarias, siendo dueña de honor de la infanta doña Urraca.

Reíame yo de todos estos disparates, y por un oído me entraba su reprension, y por otro me salia; y finalmente, fueron tantas mis rapacerías é inquietudes, que me vinieron á echar del estudio poco ménos que con cajas destempladas. Por cuya causa mi padre, despues de haberme zurrado muy bien la badana, me llevó á casa de un amigo suyo, llamado Bernardo Vadía, que era barbero del duque de Alburquerque, embajador ordinario de España, con el cual me acomodó por su aprendiz, y despues de haber hecho el entrego de la buena prenda, se volvió á su casa sin hijo, y yo quedé sin padre y con amo. El cual me dijo que me quitase el sombrero y la capa y entrase á ver á mi ama, lo cual hice al instante, y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de Lara. Dióme una rueda de naranja para cortar la cólera, y un mendrugo de pan, abizcochado de puro duro, para secar los malos humores; y despues del breve desayuno y despues de haber lavado cuatro docenas de platos, escudillas y pucheros y ollas, y puesto la ordinaria con poca carne y mucha menestra, me dió una canasta de mantillas, pañales, sabanillas y baberos de

los niños, y abriendo la puerta de un patio y dándome dos dedos de jaboncillo de barba, me enseñó un pozo y una pila, y me dijo:

—Estebanillo, manos á la labor, que este oficio toca á los aprendices, y por aquí van allá, que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca. Bajé la cabeza, y orejeando como pollino sardesco, desembanasté los pañizuelos de narices del puerto del muladar, henchí la pila de sus menudencias, y despues de haber sacado más de cien cubos de agua y dádoles con cincuenta manos, y no de jabon, jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos y supe hacer muy bien los mios, pues me eximí con brevedad del tal oficio, que á estar mucho con él, no hubiera Estebanillo para quince dias. Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de ménos en la lavadura de los pañales, hubo de más en los mandados de casa y fuera de ella; y al tercero, al tiempo que me habia dado mi amo una libranza para ir á cobrar seis ducados á la Judería, entró en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas veces le servian de daga de ganchos, y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de víno. Díjole á mi amo que se queria alzar los bigotes; y por ser tan de mañana que aun no habian venido los oficiales que tenia, trató de alzárselos él. Mandóme á mí, aunque ya tenia el ferreruelo puesto para ir á ver á los hidalgos del prendimiento de Cristo, que encendiese unos carbones y calentase los hierros. Ejecutóse su precepto, y habiéndole alzado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, á cuyo ruido de espadas se asomó mi maestro á la puerta; y viendo que en ella habia algunos criados del Duque, su amo, se arrojó á la calle á ver si la podia apaciguar, quedando el bravo con un pilar que anhelaba lá remontacion, y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia y hacer tardanza mi amo, no cesaba el matasiete de echar tacos y porvidas. Preguntóme muy á lo crudo si era oficial; y yo, pareciéndome cosa de ménos valer decirle que no lo era, le respondí que sí. Díjome:

—Pues vuesamerced, señor chulo, me alce este bigote, porque donde no, saldré como estoy á la calle y le quitaré á su amo los suyos á coces y á bofetadas. Yo, por no alcanzar algo de barato de aquel repartimiento y porque no me cogiera en mentira y parecerme cosa fácil levantar un bigote, sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios, sin quitarme el ferreruelo ni dar muestras de turbacion, saqué un hierro de los que estaban al fuego, que se habia estado escaldando desde el principio del rebato y escaramuza; y por no tener en qué probarlo y parecer diligente, tomé un peine, encajéselo en aquella selva de clines, arriméle el hierro, y levantándose una humareda horrenda al són de un sonoro chirriar y de un olor de pié de puerco chamuscado, le hice chicharron todo el pelámen. Alzó el grito diciéndome:

—Hijo de cien cabrones y de cien mil putas, ¿piensas que soy san Lorenzo, que me quieres quemar vivo? Tiróme una manotada con tal fuerza, que haciéndome caer el peine de la mano, me fué fuerza con la turbacion arrimarle el molde á todo el carrillo y darle un cauterio de una cuarta de largo, y dando un ay que estremeció las ruinas del anfiteatro ó coliseo romano, fué á sacar la daga

para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechándome del refran que á un diestro un presto, me puse con tal presteza en la calle y con tal velocidad me alejé del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté cuando me hallé en ménos de un minuto á la puerta de la Judería, habiendo salido de junto á la Trinidad del Monte; pero una cosa es correr y otra huir, y esto sin dejar el hierro de la mano; y al tiempo que lo fuí á meter en la faldriquera hallé pegado á él todo el bigote del tal hidalgo, que era tan descomunal, que podia servir de cerdámen á un hisopo y anegar con él una iglesia al primer *asperges*.

Entré en la Judería, y dando la libranza que llevaba á un hebreo, que se llamaba David, me despachó con toda brevedad. Salíme al instante de Roma, contento por haberme librado de la cautividad del Egipto de mi ama y del poder del Faraon del záino sin bigote. Determinéme de ir á visitar á Nuestra Señora de Loreto, por la fama que tenia aquella santa casa; y habiendo caminado alguna media legua con harta pesadumbre de dejar mi casa, padre y hermanas, volví la cabeza atrás á contemplar y á despedirme de aquella cabeza del orbe, de aquella nave de la Iglesia, de aquella depositaria de tantas y tan divinas reliquias, de aquella urna de tantos mártires, de aquel albergue de tantos sumos pontífices, morada de tantos cardenales, patria de tantos emperadores, madre de tantos generales invencibles y de tantos capitanes famosos. Miré la gran circunvalacion de sus muros, la altura de sus siete montes, Alcídes de sus edificios, reverencié sus templos, admiré la hermosura de su campo, la amenidad de sus jardines; y considerando lo mucho que perdia en dejarla, y lo mal que me estaba volver á ella, derramando algunas tiernas lágrimas, proseguí con mi viaje; y al cabo de algunas jornadas llegué á ver aquel celestial alcázar, aquella divina morada, aquella cámara angelical, paraíso de la tierra y eterno blason de Italia. Visitaba una vez cada dia este pedazo de cielo, é infinitas á un convento que está muy cercano, de padres capuchinos, por razon que me ponian bien con Cristo con lindas tazas de Jesus llenas de vino y con muy espléndida pitanza. Quiso mi desgracia que reñí un dia con un pobre mendicante por haberme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y bajándole los humos con mi hierro de abrasa bigotes, lo dejé con dos dientes ménos.

Y dejando la quietud de aquella santa vida, me fué forzoso poner tierra en medio. Fuíme al santo Cristo de Pisa, y desde allí á la famosa villa de Siena. Llegué á ella en tiempo de feria, y halléla toda llena, así de gentes de varias naciones como de diferentes mercancías; y andándome paseando por ella, me llegaron á hablar dos mancebos muy bien puestos, los cuales, habiéndose informado de mi patria y nombre, me dijeron que si los queria servir, puesto que estaba desacomodado. Yo, pensando que eran algunos mercaderes ricos, les dije que sí; y llevándome á su posada, despues de haberme dado muy bien de cenar, me dijo el uno de ellos, que era español:

—Estebanillo, tú no tienes mas á quien servir ni contentar que á mí y á mi camarada, y ayudarnos á llevar adelante nuestra antigua tramoya y comer y beber y oir y callar, y ántes ser mártir que confesor. Yo les prometí tener ojos de alguacil cohechado, orejas de mercader y habla de cartujo. Y abriendo un

escritorio, sacó de un cajon un mazo de doce barajas de naipes nuevos, y el otro camarada, que era napolitano, un balon de dados y los instrumentos necesarios; y asentándose en dos sillas bajas junto al fuego, hiciéronme avivar la lumbre con un poco de carbon, á cuya brasa puso el italiano un crisol con un poco de oro y una candileja con plomo. Desempapeló mi español sus cartas, y no venidas del correo; y sacando de un estuche unas muy finas y aceradas tijeras, empezó á dar cuchilladas, cortando coronas reales, cercenando faldas de sotas por vergonzoso lugar, y desjarretando caballos, señalando las cartas por las puntas para quínolas y primera, dándoles el raspadillo por la cartera, y echándoles el garrote y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores. El italiano en una cuchara redonda de acero empezó á amolar sus dados, sin ser cuchillos ni tijeras; haciéndolos de mayor y de menor, de ocho y trece, de nueve y doce, y de diez y once; y despues de haber hecho algunas brochas, dando barreno á dos docenas de dados, hinchó los unos de oro y los otros de plomo, haciendo fustas para juegos grandes y para rateros. Dijéronme que tuviera atencion en aprender aquel arte, porque con él sería uno de mi linaje. Puse tanta atencion en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro de ellos, porque siempre se inclinan los malos á aquello que les puede perjudicar. Despues de haber acabado el español de cercenar naipes falsos, y el italiano de amolar huesos de muerto, para dar sepulcro con ellos á los talegos de los vivos, nos fuimos á reposar lo poco que quedaba de la noche. Desde allí adelante me llevaban todos los dias por su paje de flores y naipes, y cargado de naipes y dados, que era su aderezo de reñir, campeaban los dos á costa de blancos. En esta forma íbanse á las casas de juego, concertábanse con los gariteros prometiéndoles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurábanles el peligro por la sutileza de la labor, y adonde no consentian su contagion, hacian tener de respeto, cuando jugaba el español, media docena de barajas, á las cuales yo y el italiano le dábamos con la de Juan trocado, y al garitero y á los tahures con la de Juan grajo, y cuando jugaba italiano, hacíamos yo y el español lo mismo, echándonos sobre la tabla y acercando los dados á nuestras pertenencias, y llevando de reserva entre los dados una fusta para valerse de ella cuando la hubiese menester. Doblábanse con personas de cantidad, y á veces de calidad, las cuales hacian tercio adonde quiera que jugaban; cargábanles las ganancias en virtud de sus ayudas y destrezas. Salian mis amos siempre perdidosos, al parecer de los mirones; por lo cual todos los tenian por buenos jugadores, y solicitaban de jugar con ellos. Sabian las posadas más ricas, teniendo en todas, á costa de buenos baratos, quien les daba aviso de cuando habia huéspedes de buen pelo. Acudian á ellas, trataban amistad con los que hallaban, quedábanse á comer con ellos á escote; y por sobre mesa, en achaque de entretenimiento, dábanme dineros y enviábanme por lo que yo traia, y empezando por poco, acababan por mucho, dejando á los pobres forasteros en cruz y en cuadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante á su flor, nos moríamos de hambre, porque lo que ganaba el español á las cartas, lo perdia á los dados, porque además de no conocerlos, no se sabía aprovechar de lo poco que alcanzaba á entender; y lo que el italiano

ganaba á los dados, perdia á los naipes, que aunque tenia en casa el maestro, no habia aprendido á leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor, y por cómplice en ella, en lugar de enviarme á Galicia, me enviaran á Galilea, ó por ser muchacho me diesen algun estrecho jubon, no necesitando de él. Mas quiso mi fortuna que estando una noche los dos cenando y algo tristes y recelosos, porque uno de los perdidosos le habia ganado el italiano, me enviaron á llamar á unos amigos suyos, para que se informasen si los habia reconocido ó sospechado algo. Yo, pensando que ya se habia descubierto la maula y que toda la justicia daba sobre nosotros, con intencion de no volver, y por no irme sin cobrar mi salario, ya que me habia puesto á tanto riesgo, salí fuera á una antesala, y tomando el ferreruelo del señor español, que era nuevo y de paño fino, dejé el mio, que estaba bien raido. Y saliendo á la calle, informándome por el camino de Liorna, me salí de la villa, y con la claridad de la luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella noche tres leguas; y al cabo de ellas, hallando una pequeña choza de pastores cercana del camino, me retiré á ella, adonde fuí acogido, y pude con sosiego descansar, hasta tanto que el alba se reia de ver la aurora llorar á su difunto amante, siendo mujer y no fea ni mal tocada, que á este tiempo, dejando la pastoril cabaña, y prosiguiendo mi comenzado camino, me dí tanta priesa á alejarme de mis amos, que otro dia al anochecer llegué á Liorna, y metiéndome en una posada á descansar de la fatiga que habia pasado, supe otro dia cómo las galeras del gran duque de Toscana estaban de partida para Mesina, para irse á juntar con las de España y Nápoles y con otras muchas que habian ocurrido para agregarse con la real, estando por príncipe de mar y tierra y por general de aquella naval el serenísimo príncipe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco vuelo de mi pluma, las remito al silencio. Y habiendo alcanzado licencia de un capitan de galera, me embarqué en la que llevaba á su cargo, por estar informado ser todas las de aquella escuadra águilas del mar, cuyos caballeros, sus defensores, de la órden de San Estéban, dan terror al Turco y espanto á sus fronteras, tienen fatigado su templo con el peso de los estandartes y medias lunas africanas, y con cadenas de multitudes de cautivos cristianos, á quien han dado amada libertad, añadiendo cada dia á las historias nuevas proezas y eternizadas victorias.

CAPÍTULO II.

En que se refiere su embarcacion y llegada á Mesina, y viaje á Levante, y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.

Salimos una tarde de esta pequeña Cartago con viento fresco y mar serena, y con todos los amigos que requiere una feliz navegacion. Estuve tres dias tan mareado, que al compás que daba sustento á los peces del mar, ahorraba raciones de bizcocho á los caimanes de galera. Alentéme cuanto pude, sirviéndome de antídoto para volver en mí el ser asistido de dicho capitan con animados sorbos de víno y tragos de malvasía; que tengo por cosa asentada que estos licores me volvieron á mi primer ser, y que si despues de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto ó embudo me lo echasen por su acostumbrado conducto, me tornara el alma al cuerpo, y se levantara mi cadáver á ser esponja de pipas y mosquito de tinajas. En efecto, llegamos á Mesina, adonde quedé absorto de ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta galeras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio del planeta y rey cuarto defensor de la fe, y azote de los enemigos de ella. Y el contemplar tanta gente de guerra, de tan extrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruido de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forzados y la variedad de tantos estandartes, parecióme que estaba en otro mundo y que sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promision. Alegrábanme los acentos de los bodegones marítimos, apellidando los unos tripa, tripa, y los otros folla, folla, repitiendo en mis oídos los ecos arábigos que decian: *Macarrone, macarrone, qui manjia uno manjia dos;* pero entristecíame de ver que todos comian, y yo solo los miraba. Arriméme á un esclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una racion de agua. Hícele mil zalemas y sumisiones por saber que era mercadante de panzas y por verme racional camaleon. Ofrecíle mi persona, diciéndole ser único en el caldillo de los revoltillos y en el ajilimoje de los callos. Él, agradándole más el verme desbarbado que no el ser buen cocinero, me recibió, haciéndome aquella tarde dar seis caminos desde el matadero de la villa hasta su barraca, cargado de patas de vaca y manos de vitela; y dándome, despues de mi molestazo trabajo, un plato de mondongo verde con perejil rumiado. Por ver la brevedad del despacho y el despojo y ruina que hice en sus panecillos, me dijo que me fuese á traer mi ropa y á buscar un fiador que darle, para tener seguro su bodegon, porque de otra suerte no me recibiria, porque no habia muchas horas que se le habia ido un criado con un cuajar cocido y una media cabeza sancochada; y que así, más queria estar solo que mal acompañado. Yo, dando gracias á Dios de salir de la espesura de su mal cocinado, me planté en la playa, y

el primer español que encontré en ella fué un alférez del tercio de Sicilia, llamado don Felipe Navarro del Piamonte, el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó y preguntó que si estaba con amo ó lo buscaba, y si tenia padre ó hermanos ó algunos parientes ó conocidos en aquella ciudad. Respondíle que no tenia dueño, y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el espárrago y del tiempo de Adan, que no usaban parientes. Contentóle mi agudeza, y díjome que su oficio era vigilia de ayudante, y víspera de capitan, que si lo queria servir, sería uno de los de la primera plana, y que esguazaria á tutiplen. Yo, ignorando de esta jerigonza avascuenzada, por no ser práctico en ella, y por ser tan jóven, que en el mismo mes que estábamos cumplí trece años, bien empleados, pero mal servidos; pensando que la primera plana era ser de los Guzmanes de la primera hilera, y el esguazar darme algun poco de dinero, y el tutiplen llegar con el tiempo á ser plenipotenciario, concedí en quedarme en su servicio. Y diciéndole mi nombre, le fuí siguiendo á su posada, donde en los pocos dias que estuvimos en ella lo pasamos con mucho regalo. Habia ido el capitan de nuestra compañía á la ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alférez, metia la guardia, llevando yo su bandera con más gravedad que Perico en la horca; porque es muy propio de hombres humildes ensoberbecerse en viéndose levantados en cualquier puesto ó dignidad. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero á la real insignia me lo quitaban á mí, por lo cual hacia más piernas que un presumido de valiente, y me ponia más hueco y pomposo que un pavon indiano. Pesábame estar ausente de mi padre y hermanas y en parte que no podian ver el hijo y hermano que tenian, y al oficio que habia llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En esta ocasion nombró su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, generalísimo de la mar, treinta galeras para ir en corso la vuelta de Levante, en busca de navíos y galeras turcas, yendo por cabo de ellas don Diego Pimentel y don Pedro de Leiva, siendo mi compañía una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegacion. Salimos de Mesina un sábado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles, reino de aquel apóstol calabrés, que por quitarse de ruidos y malas lenguas se hizo morcon de un saúco, á la mañana zarpamos, encomendando á Dios nuestros buenos sucesos y rogándole nos volviese victoriosos. Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogon y de aderezar la comida para nuestro rancho; y acordándome de las mudanzas de fortuna, referí aquella ingeniosa glosa de: *Acordaos flores de mí.* Y aunque me llegó al alma el bajar de alférez á cocinero, por reparar que era oficio socorrido y de razonables percances, no repliqué ni me dí por sentido; ántes en pocos dias salí tan buen oficial de marmiton, que podia ser archipreste de la cocina del gran Tamorlan.

Pasamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de Cuatro columnas, y al cabo de cuatro jornadas, surcando la costa de Grecia, cogimos una barca de griegos, á vista de Puerto-Maino. Yo iba á esta guerra tan neutral, que no me metia en dibujos ni trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga, siendo mi ballestera el fogon, mi cuchara mi pica, y mi cañon de crujía mi reverenda

olla; usaba, en habiendo algun arma ó faena, de las siguientes chanzas. Iba siempre apercibido de una costra de bizcocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte, y en medio de todas las demás, y para no hallar impedimento madrugaba, y les ganaba á todos por la mano. Y cuando la galera andaba revuelta, chirriando el pito y curreando los bastones, quitaba la gordura de las más sazonadas ollas y traspasábala á la mia con tal velocidad, que aun apénas era imaginado cuando ya estaba ejecutado. Y por hacer salva á algunos púlpitos relevados, piñatas de respeto y oficiales de marca mayor, en descuidándose un instante el que estaba de guardia, zampaba mi costra en el golfo de sus espumosos hervores, y en viéndola calada, sin ser visera, la volvia á su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante, que al principio fué toda mi barriga un piélago de vejigatorios. Pero despues que me hice á las armas, estaba toda ella con más costras que cien asentaderas de monas; más lo tenia por deleite que por fatiga. Esta empapada y avahada sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos ajenos, más ganados á fuego y cuchara que no á sangre y fuego. No dejaré de confesar que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitándome la espumadera y dándome un par de cucharazos, despedia su cólera, y yo guardaba mi costra; porque en este mundo no hay gusto cumplido, ni se pescan truchas á bragas enjutas, andando, como dicen los poetas, entre rumbos de cristal, rompiendo cerúleas ondas, y fatigando con piés de madera y alas de lino, campañas de sal y montes de armiños. Cogimos diez y siete caramuzales y una urca, ellos llenos de colacion de los llagados del mal frances, y ella ballena de ricas mercancías; y aunque no tuve de ellas parte, con ser de los de la primera plana, me tocaron algunos despojos de la pasa y higo, que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios y de sabrosos postres. Volcóse uno de los caramuzales por la codicia del asalto y competencia del saco, quedando los codiciosos hechos sustento de tiburones y alimento de atunes. Yo, que jamás me metí en ruidos ni fuí nada ambicioso, me estaba tieso que tieso en mi cocina, á la cual llamaba el cuarto de la salud.

Fuimos á Castel-Rojo á hacer aguada, y salimos rabo entre piernas, por la fuerza de los turcos de tierra, y así nos retiramos á la mar, de quien éramos señores. Enderezamos las proas á San Juan de Pate, tierra de Grecia, donde nos hablaban en griego, y nos chupaban el dinero en genovés; que yo reniego de la amistad del mejor país de contribucion; dígolo por este, que es contribuyente del Turco, que lo demás, su alma en su palma. Volvimos á Puerto-Maino, donde cargamos de codornices ó coallas saladas y embarriladas, como si fuesen anchovas, trato y ganancia de los moradores de aquella tierra, adonde siendo yo maestro de toda patraña, me engañaron como á judío caribe, y fué en esta forma. Dióme mi amo media docena de pesos mejicanos, y mandóme saltar en tierra á meter algun refresco. Salté en ella, y hallé junto al puerto una gran cantidad de villanos, cada uno con un carnero, y todos ellos con cien manadas de malicias. Parecióme que me estaria más á cuento comprarles uno, por estar más á mano la embarcacion, que irlo á buscar á la villa, que está de allí una

gran milla, y volver, cuando no cargado, embarazado. Llegué á un villano, y concerté el que tenia, que me pareció de tomo y lomo, en una pieza de á ocho. Pescóme el taimado la pieza con la mano derecha, y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uso. Y al tiempo que fuí á asir de la ya venerada cornamenta, soltó el villano el atril de san Márcos, y dejó en libertad el orígen del vellocino de Colcos. Empezó el tal animal á dar brincos y saltos la vuelta de la villa, partiendo el amo más ligero que un viento en su alcance, dando muestras de quererle coger; y yo con más velocidad que una despedida saeta fuí en seguimiento del amo, por cobrar mi real de á ocho. El carnero huia, el dueño corria, y yo volaba. Fué tanta mi ligereza, que lo vine á alcanzar en un bosque frondoso, que estaba en la mitad del camino que habia de la villa al puerto. Preguntéle por el carnero; díjome que se habia metido por la espesura del bosque, y que no sabía de él. Pedíle mi dinero, á lo cual alegó que lo vendido vendido, y lo perdido perdido; que ya él habia cumplido con entregármelo, que hubiera yo tenido cuidado de asirlo con brevedad y ponerlo en buen recaudo. Yo, movido á ira de la sinrazon del villano, por verlo solo y sin armas, me atreví á meter mano á una espadilla vieja y mohosa que habia sacado de galera, pensando de aquesta suerte atemorizarlo y reducirlo á que me volviese mi dinero; me sucedió muy al contrario de lo que yo me imaginé, porque apénas el tal borreguero vió en cueros y sin camisa el acero novel, cuando empezó á dar infinitas voces, diciendo: ¡ Favor, que me matan ! ¡ Socorro, que me roban ! A cuyos gritos salió de lo más intrincado del bosque una manga suelta de tosco villanaje, que Dios me libre por su santísima pasion de semejante canalla. Venian todos cargados de chuzos y escopetas; y ántes que fuesen descubiertos de mí, ya me habian atajado los pasos, y quedé en manos de villanos; que de las desdichas que suceden á los hombres, esta es una de las mayores. Llegó uno, que parecia cabo de cuchara de los demás, preguntóle á mi inocente Júdas la causa de su lamento, y él dijo que despues de haberme vendido un carnero, y dádole ocho reales por él, le habia ido siguiendo con intencion de quitárselos, y que alcanzándolo en aquel puesto, se lo habia pedido con muchos retos y amenazas, y que porque me los habia negado, habia metido mano á la espada para matarlo y robarlo. Ellos, sin oir mi disculpa, que bastaba á Inés ser quien es, llegaron á mí, y despojándome de la durindana, me dieron tantos cintarazos con ella, y tantos palos con los chuzos, que despues de haberme abarrado como encina, me dejaron hecho un pulpo á puro golpes. Fuéronse todos haciendo grande algazara y dando muchas muestras de alegría; y yo, viéndome solo y rendido en tierra y en medio de tan lóbrega palestra, temiendo no saliese otra emboscada que me dejase sin despojos, ya que la pasada me dejaba sin espada y sin costillas, me levanté cómo pude, y desgajando de un sáuce un mal acomodado baston, le supliqué que me sirviera de arrimo, y abordonado con él, me volví á mi galera, donde conté todo el caso, el cual fué celebrado, y juzgaron á buena suerte haber salvado los cinco de á ocho. Contónos el patron de la galera que él habia llegado allí diversas veces, y que habia visto hacer la misma burla á muchos soldados, y que todos los carneros que conducen á

aquel puerto los tienen adestrados á huirse en viéndose sueltos y volverse á sus casas; y que escogen los mozos más ligeros de aquella cercana villa para venirlos á vender, teniendo de reten, para los que los siguen, una cuadrilla de villanos armados á la entrada de aquel bosque; y que aunque se han querido vengar algunos soldados de su engaño y villanía, no se habian atrevido, por el bando que echan los generales de pena de la vida al que les hiciere mal ni daño; porque temen que pongan en arma la tierra, y les impida aquel retiro de cualquier tormenta y el hacer aguada y tomar algun refresco. Dí gracias al cielo de haber escapado con la vida y de haber llegado á tiempo en que, no solo los hombres engañan á los hombres, pero enseñan á los animales á dejarlos burlados. Yo tuve que rascar algunos dias, y de que acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo puerto una provechosa tormenta, llegando á pique de perderse toda la armada, porque las galeras, abatidas de la fuerza de los vientos y combatidas de las soberbias y encumbradas ondas, rompiendo cabos y despedazando gúmenas, se encontraron y embistieron unas con otras, y como si fueran dos enemigas escuadras, se quebraban los remos, se desgajaban los timones, y se maltrataban las popas; y miéntras unos llamaban á Dios, y otros hacian promesas y votos, y otros acudian á sus menudas faenas, mi merced, el señor Estebanillo Gonzalez, estaba en la cámara de popa, haciendo penitencia por el buen temporal, con una mochila de pasas y higos, dos panecillos frescos y un frasco de vino que le habia soplado al capitan, diciendo con mucha devocion: *Muera Marta y muera harta.* Cesó la tormenta, remendáronse las galeras lo mejor que se pudo, y volvimos atrás, como potros de Gaeta, cuando pensábamos pasar muy adelante. Pusieron en cadena unos patrones, porque aseguraron á los generales que llevaban bastimento para tres meses, no llevándolo para seis semanas; por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias y se malograron muchas ocasiones. ¡Qué de ello pudiera decir cerca de esto y de otros sucesos que han pasado y pasan de esta misma calidad, no solo á patrones de galera, sino á gobernadores de villas y castellanos de fortalezas y á municioneros y proveedores, en quien puede más la fuerza del interés que el blason de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas véras, ni águar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades. Pasamos por entre turcos y griegos despues de haber descubierto con turbantes de nubes y plumas de celajes el altivo y celebrado Etna, el ardiente volcan y el fogoso Mongibelo; llegamos á Mesina llenos de banderolas, flámulas y gallardetes; saludamos la ciudad con pelícanos de fuego, y ella con neblines de alquitran hizo salva real á nuestra buena venida y publicada victoria. Saltamos en tierra, donde los dos generales fuéron bien recibidos de su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel, el cual saliendo á ver su victoriosa armada, honró á todos los capitanes y soldados particulares, así con obras como de palabras; porque solo dan honra los que la poseen, y deshonra los que carecen de ella; porque no puede dar ninguno aquello que no tiene. Mandó poner á la urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus cuatro ruedas

andaba sobre el agua, caminando á todas las partes que la queria llevar, sin velas, ni remos, ni timon, que á todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios, y todo esto puede la fuerza del oro. Retiráronse á sus puestos la mayor parte de las galeras, particularmente las del gran duque de las Toscana, quedándose en Mesina sola una escuadra de veinte y cinco galeras, en las cuales embarcándose su alteza, y dejando aquella ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo á gozar de su cucaña. Detuvímonos veinte y un dias en Melazo, por falta de buenos temporales. Hay en este puerto una iglesia de la advocacion de San Fanfino, abogado de gomas y lapas, adonde cualquiera que llega á encomendarse á este bendito santo, padeciendo estas enfermedades, metiéndose en la arena de su marina y echando sobre ella una poca de agua del mar de aquel puerto, le salen en breve espacio milagrosamente infinidades de gusanos de sus llagas antiguas ó modernas, y queda bueno y sano de su pestífera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño y vino de Pedro Jimenez, no necesité de este santo milagro, y cuando acaso necesitara, por no echar sobre mi cuerpo la cosa que más aborrezco, que es el arrastrado y sucio elemento del agua, me quedara hecho otro Lázaro leproso. Si este divino santo convirtiera este milagro en el de la boda del Architriclino, y volviera aquel agua del puerto de San Fanfino en vino de San Martin, te aseguro que dejara de seguir las galeras, y que dejando el mundo, me retirara á este sagrado á hacer penitencia de mis pecados en el húmedo yermo de su bodega ó cantina.

Prosiguiendo el viaje de aquella fértil y abundante córte de Palermo, me sucedió una desgracia en mi aplaudido y celebrado fogon, con que dí con los huevos en la ceniza; y fué que yendo una mañana á querer poner la olla con una poca de carne que habia quedado en mi rancho, por ser el último dia de navegacion, al tiempo que la metí en un balde, y alargué el brazo al mar desde la proa, para coger un poco de agua para lavarla, llegó una soberbia onda, fomentada de una mareta sorda, y cargó con la carne y lavadero, y me dejó mojado y descarnado. Yo, por no dejar á mi amo sin comer ni hallar por mis dineros con que encubrir el robo marítimo, arrimé al fogon la piñata, llena de tajadas de bacallao, pensando que en virtud del ajazo y pimenton supliera la falta del sucedido fracaso; y habiendo espiado una olla de un capitan, pienso que podrida, pues tan hedionda fué para mí, y visto que el guardian de ella se entretenia en la crujía en el juego de dados, le dí el gatazo, á su olla asalto. Pues yendo á mi rancho, y trayendo un pequeño caldero vacío, traspasé el bacallao á él, y la olla del capitan á la mia. Hecho este trueque sin partes presentes, zampé el pescado del caldero en la olla capitana, y volviéndolas á tapar á las dos, volví el caldero á su lugar, y poniendo la mesa, y llamando á mi amo y sus camaradas, aparté la piñata, y híceles que comiesen temprano, por estar á cuatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmándome por el mejor cocinero de la armada. Levantóse nuestra tabla al tiempo que se puso la del capitan, y que el guardian y maestro de cocina, habiéndole hecho dejar el juego, venía muy cargado con su olla victoriana. Desembarazóse de ella, quitóle la cobertera, y al quererla escudillar, se quedó hecho una es-

tatua de piedra, sin menear pié ni mano. El capitan, viendo su elevacion y que apénas pestañeaba, le preguntó la causa, pensando que le habia dado algun accidente. Él le respondió, viendo aquella trasformacion de Ovidio en su olla, que sin duda aquella galera se habia vuelto palacio de Circe, pues á él lo habian convertido en mármol frio, y la carne de aquella olla en bacallao. Viendo el capitan el suceso tan en su daño, echó á rodar la mesa de un puntapié, y con mucho enojo le dijo al cocinero soldado que si él no se hubiera puesto á jugar, ni nadie se hubiera atrevido á tales trasformaciones, ni él se quedara burlado y sin comer; que echase el pescado al mar, y que de allí adelante no se encargase de guisar su comida, que él buscaria quien acudiese con más cuidado. Con esto le volvió las espaldas muy enfadado, y el pobre soldado con muy grande flema llevó á un banco la encantada olla, y dió lo que estaba dentro á los forzados de él, y teniendo su piñata vacía en la mano derecha, al quererse ir á llegar á su rancho, un esclavo á quien tocó parte en las tajadas de bacallao, quizá agradecido de la limosna que le habia hecho, le contó haber sido yo el autor de aquella maraña y el varon santo que convertia la carne en pescado, para mortificacion y continencia del capitan, y que él me habia visto hacer el milagro y la trasladacion de un sepulcro á otro. Yo, que estaba receloso de ser descubierto y andaba escondido para ver en qué paraba aquel alboroto, estaba cerca del bando contrario, bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El soldado, así que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputacion, puso por obra la venganza. Y llegándose á mí y alzando el vaso y olla muy airosamente, rompió los cascos de ella en los de mi cabeza, diciéndome:

—Señor soto-alférez, quien goza de las maduras, goce de las duras; y quien come la carne, roya los huesos. Yo caí sin ningun sentido sobre la crujía, adonde al ruido del golpe acudió mi amo y su capitan: informáronse del caso, y por ver que me bastaba por castigo el estar como estaba, pidió el capitan á mi amo que me despidiese luego que llegase á Palermo, porque quien hacia un cesto, haria ciento; el cual le prometió de hacerlo así. Fuéronse los dos á la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo ó letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un barberote media docena de burujones que me habian sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajándome muy bien la cabeza, me fuí poco á poco á mi rancho. Leyóme la sentencia mi amo, dándome, aunque sobre peine, por haberle sabido bien la olla, su poquita de reprension. Díjele que supuesto que me despedia, habiéndome sucedido aquella desgracia por acudir á su regalo, que me pagase lo que me debia, conforme al concierto que hizo conmigo en Mesina cuando me recibió. Preguntóme que si desvariaba con el dolor de la cabeza, porque él no habia concertado nada conmigo, ni de tal se acordaba, ni que á los abanderados se les daba otra cosa que de comer y beber y un vestido cada año. A estas razones le respondí algo enojado que él no me habia recibido para abanderado, sino para estar en la primera plana y para esguazar, y que no solo no me habia dado el sueldo de la primera plana, ni los provechos del esguazo, ni puéstome en el avanzamiento que me habia prometido; pero que en lugar de cargo tan honroso, que me habia obligado á ser la-

medor de platos y marmiton de cocina, por lo cual me habia venido á ver en el estado en que estaba. Mi amo, despues de haberse reido un gran rato, me dijo:

—Señor Estebanillo, vuesamerced ha vivido engañado. El ser abanderado es oficio de la primera plana, cuyo sueldo tira el alférez. Si el esguazar ha pensado que no es otra cosa que el comer y beber, será el ollazo que le han dado sobre la cabeza. El tutiplen es que vuesamerced es en todo y por todo otro Lazarillo de Tórmes; mas porque no te quejes de mí ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ves aquí dos reales de á ocho para ayuda de tu cura y para que esguaces en saltando en tierra y bebas un frasco de vino á mi salud. Yo los recibí, y le agradecí la merced que me hacia, y me fuí previniendo para salir de aquel abreviado infierno, por estar ya cerca de tierra.

Tenia la ciudad y córte insigne de Palermo hechos grandes apercibimientos para recibir á su alteza serenísima por dar muestras de su valor y grandeza y por significar el gusto que tenia de que la viniese á mandar y gobernar tan gran príncipe, y tan lleno de perfecciones y excelencias, y así al tiempo que llegó cerca de su playa colmó el mar de balas, el aire de fuegos, la esfera de humos, y la tierra de horrores. Desembarcóse de su real al són de bélicos instrumentos de guerra, y acompañado de la nobleza ilustre de aquel reino y aplaudido de los habitadores, entró en una de las mejores ciudades que tiene el orbe y en uno de los más abundantes y fértiles reinos de cuantos encierra la Europa. Tomó pacífica posesion de su merecido gobierno, y yo inquieto amparo de una pobre hostería, adonde en pocos dias quedé sano de la cabeza y enfermo de la bolsa. Mas como tras la tormenta suele venir la bonanza, así tras de una desgracia suele venir una dicha, que á haberla sabido conservar, harto feliz hubiera sido la que hallé á los ocho dias de mi desembarcacion; pues yéndome una tarde paseando por el cazaro de Palermo, admiracion del presente siglo y asombro de los cinceles, me llamó un gentilhombre que servia de secretario á la señora doña Juana de Austria, hija del que fué espanto del Otomano y prodigio del mar de Lepanto. Díjome que me habia encontrado tres ó cuatro veces en aquella calle, y que le habia parecido ser forastero, y estar desacomodado; que si era así, que él me recibiria de buena gana, y que me trataria como si fuera un hijo suyo en el regalo y en el traerme bien puesto. Pareciéndome el partido más claro y ménos sin trampa que el de esguazar, díjele que le serviria con mucho gusto, y dándole el nombre como al soldado que está de centinela, y negándole el tener padre ni ser medio romano, me vendí por gallego; y se echó muy bien de ver que lo era en la coz que le dí y en la que le quise dar. Fuílo siguiendo hasta su aposento, adonde, despues de haberme dado de merendar, me entregó la llave de un baul que tenia, depósito de sus vestidos y de una buena cantidad de dineros; que el hombre que llega á hacer confianza de quien no conoce, ó está jurado de santo, ó graduado de menguado. Y como mi amo me puso el cabe de á palaleta, y yo tenia, tras de jugador, un poquito de goloso, fué fuerza el tirarlo, dándole toque y emboque al baul; el cual quedó libre de no hacer dos de claro por ser las sangrías pequeñas y de no mucha consideracion, por no

darme lugar á mayor atrevimiento mi poca edad y el buen tratamiento que me hacia mi amo. Estuve con él cerca de un mes, que certifico que no fué poco, para quien está enseñado, como yo lo estoy, á mudarlos cada semana, como camisa limpia. Llegó un dia de fiesta, aderezábale una conocida suya las vueltas y valonas, y aun pienso que le almidonaba las camisas, siendo yo el portador de llevarlas y traerlas. Madrugó á oir misa, por ser dia de correo, y vió que yo me habia descuidado en no traerlas un dia ántes, como siempre acostumbraba á hacer; dióme media docena de bofetadas, muy bien dadas, pero muy mal recibidas, diciéndome:

—Pícaro gallego, ¿es menester que ande yo siempre tras vos diciéndoos lo que habeis de hacer? Como teneis habilidad para comer, ¿porqué no la teneis para servir, teniendo cuenta, pues no sois de los que buscaba Heródes, de lo que yo necesito para hacerlo, sin que yo os lo mande? Y diciendo esto, se salió de casa, y yo me quedé con mis bofetadas hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato muy alborotado, diciéndome que recogiera toda su ropa blanca y que me apercibiera, porque á otro dia nos habíamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al príncipe de Votera, yerno de su ama, que iba á aquella córte á ver el condestable Colona, su padre. Yo salí fuera á hacer lo que me mandaba, con doblado disgusto del que habia tenido, por no atreverme á volver á Roma y perder tan buen amo, aunque estaba algo en mi desgracia por el desayuno de las bofetadas. Encontré en la calle á un jornalero matante, que por haber gastado con él algunas tripas del baul, se habia hecho amigo, y lo era de taza de vino y de los que ahora se usan. Contéle todo mi suceso, y pedíle que me aconsejase en aquello que me estaba bien. Y despues de haber reportado el bigote y arqueado las cejas, acriminó mucho lo que mi amo habia hecho conmigo, diciéndome que no me tenia por mancebo honrado ni por hijo de hombre de bien, si no me vengaba. Y persuadiéndome que no fuese á Roma ni tratara de darle más disgustos á mi padre, se resolvió en que me fuese con él á Mesina, y desde allí á Nápoles, y que para el viaje cargara con todo cuanto pudiera, que él me lo guardaria en su posada, y á mí me tendria oculto en ella hasta que se embarcase mi amo y los dos nos pusiésemos en camino. Pudo tanto conmigo la persuasion de este interesado verdugo, que me obligó á hacer una vileza que jamás habia pensado ni pasado por mi imaginacion; que tales amigos siempre incitan á cosas como aquestas, y una mala compañía es bastante á que el hombre más prudente y de mejor ingenio tropiece en una afrenta y caiga en un peligro. Llevé toda la ropa que estaba fuera de casa, entreguésela á mi amo, y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en aprestar lo necesario para el viaje. Llegó el dia de la embarcacion, y como mi natural, aunque era picaril, no se inclinaba á hurtos de importancia, sino á cosas rateras, no determinaba, temiendo no me cogiesen en la trampa y me diesen un jubon sin costura. Quiso mi desgracia que estando ya resuelto de no hacer cosa por donde desmereciera y de ir acompañando á mi amo, entró en el aposento el Aquitofél consejero de mi estado y amigo de mi dinero. Díjome que cómo estaba con tanta flema, habiendo de partir las galeras á prima rendida

y estando mi amo en la marina con el príncipe, y el aposento solo, y la noche oscura. Yo, viéndome en tan fuerte tentacion y acordándome de lo que le habia prometido, le dije que todo lo que habia de sacar lo habia metido en aquel baul, y que por pesar mucho no habia podido cargar con él, ni habia hallado quien lo quisiese llevar. El me respondió:

—No le dé cuidado eso, que aquí estoy yo, que me llevaré sobre mis hombros, no solamente el baul, pero el arca de Noé; y arrimarse á él y echárselo á cuestas y salir del aposento, todo fué uno. Viéndole cargar con los Penates de Troya, sin ser piadoso Enéas, sino un astuto Sinon, tomé mi ferreruelo, cerré tras mí y fuílo siguiendo. Fué tan grande la ventura de mi amo, que al tiempo que iba á salir el baul por la puerta de la calle llegó al umbral de ella á querer entrar, y viendo que lo mudaban sin su gusto, me dijo:

—¿Adónde vas con ese baul á estas horas? Yo, con más desmayo de muerto que aliento de vivo, le respondí que á embarcarlo en la galera, adonde habíamos de ir. Replicóme:

—¿Y sabeis vos en qué galera me embarco yo? Respondíle:

—Señor, quien lengua ha á Roma va; demás que me habian dicho que vuesamerced estaba en la playa con su excelencia, y me mandaria adónde lo habia de llevar. Díjole á mi fingido palinquin que volviera el baul á su lugar; hízolo así, y no viendo la hora de ponerse en salvo por no ser conocido, se puso con brevedad en la calle. Díjome mi amo con rostro airado, ceñudo de ojos y amostazado de narices:

—¿Quién os manda á vos sacar mi hacienda de mi casa sin tener licencia mia? Díjele:

—¿Tan flaco es vuesamerced de memoria que ya se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas y el haberme dicho que no habia de andar tras de mí diciéndome lo que habia de hacer, sino que cuidase yo de lo que vuesamerced necesitaba, sin aguardar á que me lo mandase? Pues siendo esto así, y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos y dineros y que necesita de ellos para este viaje, no pienso que ha sido error hacer lo que vuesamerced me manda. Pidióme la llave; dísela, abriólo y reconociólo por todas partes, y volviéndolo á cerrar, me dijo:

—Señor Estebanillo Gonzalez, vuesamerced se vaya con Dios de mi casa, que no quiero en ella criados tan bien mandados, ni sirvientes tan puntuales, y que unas veces pequen de carta de más, y otras de carta de ménos; y agradezca que estoy de partida, que á no estarlo, yo le hiciera cantar sin solfa; y aun puede ser que lo haga, que no estoy muy fuera de ello, si no se me quita de delante. Yo, temiendo que por haber intentado cazar gangas, no me enviase á cazar grillos, me salí del aposento, temblando de miedo, sin amo, sin dinero y sin haber cenado, porque lo poco que habia acaudalado en ser cajero de aquella tesorería lo habia gastado con mi valiente de mentira.

Viéndome que ya era irremediable lo hecho y que habia sido ventura haber hallado tan buena salida, habiéndome cogido las manos en la masa, me fuí á la posada de mi amigo, al cual hallé con una cara de deudor ejecutado. Contéle el

despedimiento del cuerpo y el alma ; y despues de más de media hora de paseo dando más bufidos que un toro y echando más tacos que un artillero, vino á parar toda la tormenta en mandarme azainadamente que pidiese de cenar á la patrona. Yo le dije :

—En cuanto á pedirlo, yo lo haria con todas véras ; pero que en cuanto á la paga, habia salido de casa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado y sin blanca. El me respondió:

—Pues cuerpo de tal con él, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dejar por la cena empeñado el ferreruelo, que no me he yo de acostar haciendo cruces por sus ojos bellidos, habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arriesgándome, como me he arriesgado, no debiéndole ninguna amistad ni teniéndole obligacion ninguna, que si me ha dado algunos reales, más he hecho yo en pedírselos que él en dármelos. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara, y que ya hubiera hecho cubrir, no solamente una tabla, sino más tablones que hubo en el templo de Salomon ; que presumo que debe de ignorar que por mí se hizo la jácara de Zampuzado en un banasto. Fué tanta la risa que me dió el ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué á que pensase que hacia burla de él ; por lo cual, dejando caer el ferreruelo y habiéndome hecho conde de Puñoenrostro, arrancó la tizona, quizá por haberle yo negado la colada; pero como no he sido nada lerdo ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del rey, y con presteza á la calle, y entrándome en casa del cardenal Doria, arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme á firme, tirando ángulos corvos y obtusos á la puerta de la posada.

Hallé á la entrada de la del palacio al cocinero mayor ó de servilleta ó manteles de su eminencia, que se llamaba maestre Diego, y viéndome entrar tan presuroso y alborotado, me preguntó que qué era lo que traia. Yo respondí que un puñetazo junto al ojo y cien libras de miedo, porque me habian cogido entre dos para quitarme el ferreruelo, y que me habia dado tan buena maña, que me habia librado de ellos, los cuales me habian venido siguiendo hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso y saber de dónde era, y cómo me llamaba, y si tenia padre ó amo, ó si era venturero. Satisfícele á sus preguntas, y recibióme por su pícaro de cocina, que es punto ménos que mochillero, y punto más que mandil. No me descontentó el cargo que me habia dado, porque sabia, por experiencia de la embarcacion, que es oficio graso, y ya que no honroso, provechoso. Regalábase mi amo á costa ajena, que es gran cosa comer de mogollon y raspar á lo morlaco. Tenian cada dia pendencias él y el veedor, y á la noche sucedia con ambos aquello de en la caballeriza yo y el potro nos pedimos perdon el uno al otro. Yo llevaba, al tiempo que el reloj echa todo su resto, la comida de raspatoria á casa de mi amo, y á las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del jifero, al baratillo de la ropa vieja y usada ; y lo restante del dia me ocupaba en hacer burro de noria á un volteador asador, donde estaba cuatro horas como caballo del acerado, boca abajo y sin comer. Hacia de dia entierros de leños y carbones, y á la noche sacaba los tales muertos á que

fuesen refrigerio de vivos. Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo, que de esta suerte avanza quien sabe tan bien servir, y con tanta satisfaccion de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, con tener de mi parte los cardenales, de que era el uno á quien servia, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso.

Quiso mi favorable estrella que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla á los años de su eminencia, y á mí por ser muchacho, ó quizá por saber que era chozno del conde Fernan Gonzalez, me dieron el papel del niño rey de Leon. Estudiéle, haciéndole al que se hizo autor de ella que me diese cada dia media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colacion ligera con las unas, y esfregarme la frente al cuarto del alba con las cáscaras de las otras; porque de otra manera no saldria con mi estudio, aunque no era más de media columna, por ser flaco de memoria; y esto que habia visto hacer á Cintor y á Arias, cuando estaban en la compañía de Amarílis. Creyólo tan de véras, que me hizo andar de allí adelante, miéntras duraron los ensayos, todos los dias, y estudiando todas las noches, mascando pasas y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas y haciendo fregaciones de frente. Llegó el dia de la representacion; hízose un suntuoso teatro en una de las mayores salas del palacio; pusieron á la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo habia de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros á cautivarme. Convidó el Cardenal mi señor á muchos príncipes y damas de aquella córte; pusiéronse mis representantes de aldea muchas galas de fiesta de Córpus, adornáronse de muchas plumas, y en efecto el palacio era un florido abril. Pusiéronme un vestido de paño fino con muchos pasamanos y botones de plata y con muy costosos cabos; que fué lo mismo que ponerme alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del comun vocablo del juego del ajedrez, por no volverme á ver en paños menores, le dije á mi sayo: jaque de aquí. Empezóse nuestra comedia á las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título, por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo de él, que no me perdia de vista. Llegó el paso en que yo salia á caza, y fatigado del sueño me habia de recostar en aquella arboleda; y despues de haber representado algunos versos y apartádose de mí los que me habian salido acompañando, me entré á reposar en aquel acopado y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga, pues aun no habia entrado en él, cuando siguiendo una carrera que hacia la enramada, me dejé descolgar del tablado, y por debajo de él llegué á la puerta de la sala, y diciendo á los que la tenian ocupada hagan plaza, que voy á mudar de vestido, me dejaron todos pasar, y menudeando escalones y allanando calles, llegué á la lengua del agua, y desde ella á la sombra de la mar. Informáronme otra vez que dí la vuelta á esta córte que salieron en esta ocasion al tablado media docena de moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de víno; y llegando á la arboleda á hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dijo el uno de ellos en alta voz:

—¡Ah niño, rey de los cristianos! A lo cual habia yo de responder, pensando que eran criados mios:

—¿Es hora de caminar? Y como ya iba caminando más de lo que requeria el paso, no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido, mal podia hacer mi papel ni acudir á responder á los moros estando una milla de allí, concertándome con los cristianos, aunque no lo hice muy mal, pues salí con lo que intenté. Viendo el apuntador que no respondia, soplaba por detrás á grande priesa, pensando que se me habian olvidado los piés; y á buen seguro que no se me habian quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan danzante. Viendo los moros tanta tardanza, pensando que el sueño que habia de ser fingido lo habia hecho verdadero, entraron en la enramada, y ni hallaron rey ni roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos á darme voces, y otros á enviarme á buscar, quedando el guardian de mi persona y vestido medio desesperado, y ofreciendo misas á san Antonio de Padua y á las ánimas del purgatorio. Contáronle mi fuga al Cardenal, el cual respondió que habia hecho muy bien en haberme huido de enemigos de la fe, y no haberles dado lugar á que me hiciesen prisionero; que sin duda me habia vuelto á Leon, pues era mi córte, y que desde allí mandaria restituir el vestido; y que en el ínterin él pagaria el valor de él, y que así no tratasen de seguirme, porque no queria dar disgusto á una persona real, y más en dias de sus años. Mandó que le leyesen mi papel y que acabasen la comedia; lo cual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el autor de ella por tener tan buen fiador.

CAPÍTULO III.

Adonde se declara el viaje que hizo á Roma; lo que le sucedió en ella, estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió á huir tercera vez; entró á servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y cómo se salió de él por pasar á Lombardía con puesto de abanderado.

Aquella tarde iba tan en popa mi fortuna, que todo me sucedia á medida del deseo, pues así que llegué á la marina, oi dar voces á un marinero, diciendo:

—*A Napoli, á Napoli.* Preguntéle que cuándo se habia de partir. Respondióme que ya estaba la faluca echada á la mar, y que solo aguardaba al patron, que habia entrado en la ciudad á sacar licencia para ello. Estando en esta plática, llegó el dicho patron, con quien me concerté con brevedad, en virtud de una hucha que habia hecho de lo más alzado de la cocina, que sería de hasta cuarenta reales; y embarcándome con él en una barquilla, volviendo por instantes la cabeza atrás, llegamos á la faluca y echamos todo el trapo, y al cabo de seis dias me hallé en Nápoles. Me fuí aquella noche fuera de la puerta Capuana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde sin acaecerme de qué poder hacer mencion, llegué una mañana á una puerta de sus antiguos muros, y habiendo

entrado en ella y considerando en el traje honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fuí derecho á su casa, adonde fuí muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo pródigo. Preguntóme mi padre que dónde habia asistido el tiempo que habia faltado de sus ojos. Hícele creer que habia estado en Liorna sirviendo de paje á don Pedro de Médicis, gobernador de aquella plaza, y que me habia venido con su gusto, por solo verle á él y á mis hermanas y por tirarme el amor de la patria. Hizo que me regalasen, y no poniendo en olvido mis buenas costumbres y habilidades, me dijo que se holgaba mucho de mi venida, pero que aquella misma tarde me habia de buscar quien me enseñase oficio, aunque le costara cualquier cantidad, porque no queria que durmiese en su casa ni que estuviese en el contorno de ella; y que pues habia tenido tan buenos principios en el de barbero y sabía levantar tan bien un bigote, que queria que prosiguiese con él; y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas é irme con ellas, como habia hecho con su amigo Bernardo Vadía; que ya aquella estaba pagada, pero que si proseguia en mis travesuras, que no lo tuviese por mi padre, sino por mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pusiese en la calle ántes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar á su palabra, como al fin hijodalgo, me llevó á la barbería de un maestro catalan, que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él, y hallólo muy duro y muy léjos de recibirme, por estár informado de mi mala opinion y poca estabilidad. Salió mi padre por fiador de cualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviese en su casa, y le prometió pagar cien ducados si dentro de un año le hiciese falta de ella; pero que si asistiese y cumpliese el plazo, que él me habia de dar á mí veinte para que hiciese un vestido. El maestro, contentándole el partido, y que tenia por cosa segura el irme yo y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante notario, yo quedé á ser aprendiz, y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fué el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando más cada dia que aprendiendo.

Tratóme este maestro con más respeto que el primero, pues el otro me enseñaba á lavar pañales, y este á echar barbas en remojo. Servíale cuando salia fuera á dejar lampiños, y á algunos señores, de paje de bacía y de mozo de estuche, y en la tienda, de calentar el agua y de atizar la fogata. Hacíame que asistiese todo el dia en ella y que tuviese cuenta en aprender á rapar zaleas y alzar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenia de cirujía. Y por no darme á conocer, aunque ya era bien conocido de mi amo, acudia á todo con mucha puntualidad, y más los primeros dias, porque se dijese por mí aquello de cedacito nuevo. Pareciendo al cabo de algunos dias á mi amo que ya sabria algo del oficio, por lo atento que me veia estar siempre á los tormentos de agua y fuego, me mandó quitar el cabello y barba á un pobre, que habia llegado á pedirle una rapadura de limosna; que en las cabezas y rostros de los tales siempre se enseñan los aprendices, porque llueva sobre la poca ropa. Hícele sentar sobre una silla vieja reservada, y de respeto, para gente de poco pelo. Púsele por toalla un cernedero de colar lejía, y sacando de un cajon de los prin-

cipiantes unas tijeras, poco ménos que de tundidor, y un peine, desperdicio de algun rucio rodado, me acerqué á mi paciente, y diciendo en nombre de Dios, por ser el primer sacrificio que hacia, empecé á tirar tijeretadas á diestro y siniestro; mas viendo la poca igualdad que llevaba y que estaba el cabello lleno de escalones y con más altas y bajas que alojamiento de capitan, traté de esquilallo como á borrego y rapaterron. Él me pedia que fuese sobre peine, y yo lo hacia sobre casco. En efecto, yo le empecé á trasquilar como á pobre, y despues lo esquilé como á carnero, y lo atusé como á perro lanudo. Tentóse el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera y calva toda la cholla, me dijo :

—Señor mancebo, ¿quién le ha dicho á vuesamerced que tengo gana de ser buena boya para raparme de esta manera? Respondíle que aquello era nueva moda venida de Polonia y Croacia, con la cual gozaria de más limpieza, y se saldrian más bien los malos humores de la cabeza; y que si acaso era amigo de traer cabellos largos, le volverian á crecer á palmos, por habérselos quitado á raíz y en creciente de luna; y encajándole otra media luna de la márgen de una bacía vieja, llena de agua fria, en el empañado pescuezo, que le pudiera servir de argolla, ya que lo tenia á la vergüenza, despues de haber empapado las bedijas, encajado la barba y héchole mil mamonas, le enjaboné los carrillos tan apriesa y tan apretadamente, que en poco espacio pudiera ser por la abundancia de espuma, ó madre de Vénus, ó mula de doctor. Sobajéle las barbas, ajéle los bigotes, rasquéle las mejillas, lavéle los labios, y despolvoréle las narices; y mi dos veces pobre, agarrado á su bacía el hocico, cerraba y hacíame más gestos que una mona. Quitéle la bacía, sacudíle los dedos, y limpiándole más de dos libras de natas ó requesones frescos, lo volví de blanco aleman en tostado africano. Tomé un hocico ó navaja, y empecé, no á cortar, sino á desgajar lana de aquel solo de barba, cuya espesura pudiera ser habitacion de silvestres animales. Llevaba hácia abajo los cueros, y no los pellejos; y como yo no tenia el dolor, apretaba más la mano, por dar fin á la obra y acreditarme en breve con mi amo, que desde el principio de este prodigio le habian venido á llamar para hacer una sangría, y estaba ausente de la tienda. Era tan mal inclinada la navaja, que cortaba la carne y no la barba. Yo, viendo que mi parroquiano tenia todo el rostro como zapato de gotoso, y que estaba teñido en la sangrienta lid, volvíle á dar otra agua, porque no se despeñase el rojo licor y se descubriese el defecto del no viejo y lo borazo de las armas; limpiélo muy bien, y por ver que proseguian las corrientes, entré en mi aposento, y saqué un gran puñado de telarañas, y muy al descuido fuí tapando las pequeñas grietas hechas en aquel rostro de peñasco y las que cada instante le iba haciendo. El, no pudiendo soportar el dolor, me dijo:

—Mancebito, mancebito, ¿raspa, ó degüella? Respondíle :

—Señor mio, lo uno y lo otro hago, porque la barba de usted es más dura que una roca, y es menester pasar cochura por hermosura. Yo estaba temblando de que viniese mi amo y le viese la horrenda figura que tenia, pues su rostro más era tapicería de arañas que cara de cristiano, porque eran tantos los luna-

res que le habia puesto, que á habérselos visto á la luna de un espejo quedara lunático ó frenético. Yo, viendo que mis principios más eran de carnicero que de barbero, saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y más cortantes navajas, con la cual empecé á bizarrear y hacer riza en aquella barba boba, que harto lo era el dueño, pues pasaba tantos martirios á pié quedo, sin estar en tierra del Japon. Quiso la mala suerte, que siempre huyendo de los ricos da en seguir á los pobres, que al tiempo que lo iba enjordanando y quitándole veinte años de edad, tropezó la navaja en uno de los remiendos ó tacones que le habia puesto, y embarazándose en la tela de araña, no quiso pasar adelante, por lo cual me obligó á apretar la no ligera mano; y dando un grito el doliente, quísose levantar, por lo cual fué fuerza y mandamiento de apremio cruzarle no mas de la mitad de la cara, que la otra mitad la tenia él cortada, y presumo que no por bueno; y así por verlo pobre, le hice amistad de emparejarle la sangre. Mas viéndole en pié y con un sepan cuantos, como mazo de golpe, y que por el rastro que dejaba podia caminar Montesinos, salíme á la calle, metíme en el palacio del sobrino Barberino, diciendo entre mí: Ahora que estoy libre ande el pleito.

Llegó mi amo á esta ocasion, halló al pobre dando sollozos, la casa llena de vecinos, y la puerta de mequetrefes. Dijéronle la causa del rumor y lo mal parado que estaba el herido; y él, apartando la gente, se llegó al caballero cruzado, y viéndole la cara tan llena de pegatostes que parecia niño con viruelas, perdió el enojo, y rebozándose con la capa, no se atrevia á acudir al remedio, por no descubrir el chorro de la risa, la cual se le aumentó mucho más cuando vió que al ruido habia acudido la mujer de aquel sin ventura, que era vecina nuestra, y que dándole el pésame las demás, decia que sin duda se burlaban, porque aquel hombre no era su esposo, ni ella habia estado tan dejada de la mano del Señor que habia de haber escogido tal mónstruo por marido. Dió mi amo fin á sus gorgoritas de alegría, y desembarazándose del ferreruelo, le zurció el geme de abertura; y por no ser hombre que repara en puntos, le dió docena y media de ellos. Echó toda la gente fuera, y quedándose solo con el herido y con su mujer, que ya lo habia conocido por señas que le habia dado y por el metal de la voz, envió á llamar á mi padre, el cual, imaginando que lo llamaban para remediar alguna travesura mia, de que no se engañaba, acudió al momento, y viendo aquel espectáculo horrible, con ser hombre muy severo, no dejó de sonreirse un poco. Trataron los dos de quitar y contentar aquella figura de leon de piedra que tenian delante, porque no se querellase y diese queja á la justicia; y saliendo mi maestro á curarlo y darlo sano, y ofreciéndole mi padre diez escudos, quedó muy contento y se retiró á su casa. Supo mi maestro adónde yo estaba, y trayéndome á la suya, despues de haberme reñido muy bien, me dió por castigo, como al fin mi juez competente, suspension de oficio en el desbarbar, por tiempo de un mes, en cuyo término estudiaba algunas veces en los libros de cirujía, teniendo de los correspondientes de la tienda algunos provechos de limpiarles los sombreros, para lo cual habia comprado una escobilla á mi costa, y quitarles los pelos de las capas, echándoselos yo muchas veces encubiertamente, para obligarles á ofrecer.

Acaeció traer á la tienda, ántes que se acabara el mes de la suspension, un muchacho, hijo de un mercader, para que le cortáran un poco del cabello y que le emparejasen las guedejas. Díjele á mi amo que pues no estaba aquel arte en la suspension de oficio, que decretara en darme licencia y facultad. Vino en ello, y quiso hallarse presente, temeroso de lo pasado. Y para poder adestrarme, empecé con lindo aire á correr la tijera por encima de la dentadura de un terso y bien labrado marfil y á echar en tierra escarchados hilos de oro, acabando con tal presteza y velocidad, que mi amo me dió el parabien de ser tan buen oficial, y apénas se apartó de mí satisfecho de que ya no erraria en nada, cuando metiendo todo el cuerpo de las tijeras en una guedeja del tierno infante para despuntársela, no acordándome que tenia orejas y pensando que todo el distrito que cogian las dos lenguas aceradas era madeja de Absalon, apreté los dedos, y dejélo hecho un Malco, un ladron principiante y una harona posta. Dió el muchacho una voz que atronó la tienda, y tras de mil ayes un millon de gritos; corríle la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada dije:

—Cuerpo de tal, ¿aquí estais vos, y no hablais? Preguntóme el maestro que qué era lo que habia hecho. Yo le respondí que no era nada, que aquel rapaz se quejaba de vicio; que me dijera en qué parte tenia la cola con que pegaba la guitarra, para pegarle con ella media oreja que le habia echado en tierra. Mi amo, oyendo esto y viendo la sangre que le corria, llegóse á él, y considerando una tan gran lástima, cerró conmigo y dióme poco más de cien bofetadas, y poco ménos de cincuenta coces. Y pienso que el no aumentar el número fué por dolerle los piés y haberse lastimado las manos. Curóle la oreja, y empapelando el retazo de ella, lo llevó de la mano á casa de su padre, al cual se satisfizo diciéndole que aquello habia sido una desgracia, sin que se hiciese á mal hacer, y que ya me habia castigado por ello tan bien, que me dejaba medio muerto. El mercadante, viendo que ya aquello no tenia remedio y que era falta que se encubria con el cabello, y que el castigo que él merecia lo habia venido á pagar su hijo, despidió á mi amo con mucho agrado, y á mí me concedió perdon.

Quedó tan escarmentado mi maestro de ver en mí tan malos principios, que temiendo que fuesen peores los fines, jamás me quiso ocupar en dejarme afeitar á ninguna persona de importancia; solo me empleaba en los de gratis y en los peregrinos pobres, los cuales llegaron á ser pocos y á disminuirse, porque el que una vez se ponia en mis manos no volvia otra, aunque anduviese como ermitaño del yermo. Y con todos estos defectos me tenia yo por uno de los mejores cirujanos que habia en Roma y por el mejor barbero de Italia, y fué tanta mi presuncion y desvanecimiento, que me persuadí á que yo solo con lo que sabía podria sustentar mi persona y traerla muy lucida y aun servida de criados. Y por verme fuera de dominio y enfadado del poco caso que se hacia de mí, cogiéndole á mi amo las mejores navajas y tijeras y una bacía y los demás aderezos de pelar lechones racionales, me salí tercera vez de Roma, á la vuelta de Nápoles, en cuyo camino y posadas de él pasé plaza de barbero apostólico, examinado en la córte romana. En efecto, trasquilando postillones y rapando per-

cacheros, dí fin á mi viaje. Llegué á aquella córte, que por ser primer Chipre y segundo Sámos, le dan por renombre la Bella. Fuime derecho á Santiago de los españoles, que estando á título de hospital, es un auxilio y amparo de los de esta nacion y un edificio suntuoso. Hablé con el doctor de él acerca de acomodarme, el cual se llamaba Cañizares, de quien fuí remitido á Juan Pedro Folla, que entónces ejercia el oficio de cirujano mayor. Dí á entender ser barbero y cirujano examinado, y no de los peores en aquel arte, el cual me recibió para ser enfermero y uno de sus ayudantes.

Empecé á hacer las guardias á los dolientes, conforme me tocaban, tanto de dia como de noche, acudiendo á darles lo que les ordenaba el doctor y lo demás que necesitaban. Ofrecióse una sangría el mismo dia que entré en la dignidad, y el cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegando á la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y estregándoselo suavemente, le dí garrote con un liston de un zapato que habia pescado á una moza de un ventorrillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leido cuando andaba trashojando los libros de mi postrer amo que para ser buena la sangría era necesario romper bien la vena, adestrado de ciencia y no de experiencia, la rompí tan bien, que más pareció la herida lanzada de moro izquierdo que lancetada de barbero derecho. Al fin salí tan bien de ella, que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo y sano del izquierdo, por no haber llegado á él la punta de mi acero, de que Dios libre á todo fiel cristiano. Quejóse á Juan Pedro Folla, el cual habiendo reconocido la sangría y visto que dejaba el brazo estropeado, me dijo que si me habia examinado de albéitar ó de barbero. Respondíle que del cansancio del camino traia alterado el pulso, y que esto habia sido la causa de no dar satisfaccion de mi persona, pero que á la segunda habria enmienda; porque, como decia el doctor Juan Perez de Montalvan en su libro cómico: *De dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna.* Mas perdóneme su cadáver, que él tambien se erró en escribir esto; porque á la deciochena sangría hice lo mismo, sin haber acertado ninguna en las demás.

Habia entrado un soldado de los adocenados de bravo y rumbo á curarse de unas tercianas; y porque le asistiese con cuidado en su enfermedad, me habia dado un real de á cuatro, y quiso su pecado que me tocó estar de guardia el dia de su purga. Viéndose fatigado de sed, imploró mi auxilio, confiado en el plateado unto. Yo, haciendo desvíos de sabio doctor, y ademanes de ministro roto, me cerré de campiña á su demanda, y él, representando conmigo el auto de Lázaro y del Rico avariento y sacando la lengua como jugador de rentoy y seña de malilla, me tenia fátigadas las orejas; mas viéndome inmóvil á sus voces y endurecido á sus quejas, haciendo duelo lo que era piedad, y pareciéndole descrédito de su persona no darle lo que pedia, habiéndome cohechado para que le asistiese y sirviese, me dijo:

—Señor estornudo de barbero y remendon de cirujano, trate por su vida mitigar mi sed; porque si no, yo le prometo que demás de que no me lo irá á penar al otro mundo, dé cuenta al mayordomo de este hospital de los sobornos que recibe á los que entran á curarse con él. Yo le respondí que se reportara,

que por mirar por su salud me habia excusado, pero que yo le cumpliria de justicia. Bajé abajo, y subiéndole encubiertamente un jarro con cuatro potes de agua fria, y metiéndoselo debajo de la cama, le dije:

—En acabándose ese recado, vuesamerced avise, que será servido en todo y por todo. Tomó al proviso el canjilon, y alzando á menudo los codos, á pocas idas y venidas le dió fondo, y descubrió el suelo, mirando hácia la parte donde yo me estaba paseando y diciendo:

—Dios te consuele, pues me has consolado el alma; por cuya consolacion dentro de media hora pasó la suya de este mundo al otro. Vive Dios que reviento por desbuchar aquí los males que causa untar como brujas; pero allá se lo haya Marta con sus pollos. Escondí el malhecho; dije que habia muerto de repente, pero con todos sus Sacramentos; diéronle sepultura.

Tenia por flor que todas las veces que me tocaba repartir los consumados, que ordinariamente se dan á las doce de la noche, de tal modo me alegraba, siendo pecador, que de veinte que me entregaban, los multiplicaba en treinta, y con una santa caridad y amor á los prójimos cobraba contribucion de los diez. Sucedióme una noche que estaba de guardia visitar á menudo á un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado y lleno de bascas; y como mis ojos eran linces, y mis manos barrederas, al tiempo de alzarle la cabeza para que arrimase el cuerpo á ella, por ver si de aquella suerte podia mitigar una tos que le ahogaba, columbré una bolsa que tenia debajo de la almohada, con doce doblas por piedra fundamental, y cincuenta reales de á ocho por chapitel. Reconocí que estaba alerta á la buena guardia, y así dilaté el lance para mejor ocasion; y porque no se sospechase en mí, despues de cumplida mi pretension, me puse á lo largo como compañía de arcabuceros; y por sobrevenirle unos desmayos mortales, me dieron muchas voces los enfermos que estaban más cercanos á su cama, diciéndome que acudiera presto á ayudar á bien morir á aquel licenciado y á traerle un confesor. Yo, viendo que se llegaba la hora en que él diese cuenta á Dios, y yo tomase cuenta á su bolsa, envié con un compañero mio á que le trajese el capellan mayor, y yo haciendo del hipócrita desalado, más por el dinero que por el medio difunto, me eché de bruces sobre la cabecera, y diciendo: Jesus, María, *in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, le iba metiendo la mano debajo de la cabecera; y al instante que agarré con la breve mina de tan preciosos metales, la fuí conduciendo á mi faltriquera, volviendo á repetir: Jesus, Jesus, Dios vaya contigo. Pensaban los circunstantes que el Dios vaya contigo lo decia al enfermo, siendo muy al contrario, porque yo lo decia á la bolsa, por el peligro que corria desde la cabecera hasta llegar á ser sepultada en mis calzones. Llegó el confesor, y hallándome muy ronco y fatigado de ayudarle á bien morir, me tuvo de allí adelante en buen concepto, y agradecióme la caridad. Sentóse sobre la cama del enfermo á oirle de penitencia, porque aun tenia su alma en su cuerpo, y sus sentidos muy cabales; porque yo solamente era el que apresuraba su vida, por dar fin y muerte á su dinero. Fué Dios servido que estando en la mitad de la confesion, le dió un parasismo tan terrible, que á un mismo tiempo lo privó de sentido y de vida. Yo acudí con toda voluntad al difunto cadáver,

miéntras que lo mudaron de la cama de madera á la cuna de tierra, y despues le hice decir un par de misas; y por ser cuando dí la limosna para ellas despues de haber almorzado y cargado de delantero, mandé que fuesen de salud, que estas obligaciones me corrian, por haber quedado su legítimo heredero, sin cláusula de testamento. Abrí aquella mañana la bolsa, y habiendo registrado las tripas de ella, la metí en el lado del corazon, y dí por bien empleadas las voces y la mala noche.

Viéndome pues con tanto dinero y en vida tan estrecha, que apénas tenia hora de sosiego ni lugar de echar y derribar con gente de toda broza, pretendí comodidad con más ensanchas; y andando con este presupuesto, me salí una tarde á desenfadar al muelle de aquella ciudad. Estando despacio contemplando tan lindo sitio, pasó á este tiempo por junto á mí mi amo el alférez don Felipe Navarro de Piamonte, á quien serví en la embarcacion de Levante. Conocíle al punto, y lleguéle á hablar y á ofrecerme de nuevo á su servicio, y á contarle en lo que me ocupaba en aquella córte. Holgóse mucho de verme, y díjome cómo era alférez de la compañía del maestre de campo don Melchor de Bracamonte, y que estaba de partida para Lombardía, para cuyo efecto se habia hecho aquel tercio; que si queria volver á ser su segundo alférez, y esguazar como de primero, que me llevaria de buena gana. Yo, por ver á Milan y por salir de la clausura en que estaba, y no ser ayala de muertos y centinela de enfermos, y pareciéndome mucho mejor el són de las cajas que el de las flautas ó jeringas, dejé el oficio de arrendajo de cirujano, y tomé el de abanderado. Embarcámonos en una escuadra de galeras, y sin suceso adverso ni cosa memorable llegamos á Lombardía.

Estuvimos alojados en una villa, que se llama la Costa, comiendo á costa del patron y diciendo aquello de, huéspede, máteme una gallina que el carnero me hace mal. Eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre el villano. Mandaron á mi tercio que marchase á los Países-Bajos, cuya nueva me dejó sin aliento, por ser camino tan largo, y que lo habíamos de caminar en mulas de S. Francisco. Estaba en mi compañía un soldado que habia servido en aquellos estados en tiempo de treguas; y para informarme de él qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo convidé á beber dos frascos de vino en una ermita del trago; y despues que estaba como el arca de Noé, habiéndole yo dicho como estaba de camino para ir á ver la gran córte de Bruselas, me dijo lleno de vaguidos de cabeza y de abundancia de erres:

—Camarada del alma, tome mi consejo, y haga lo que quisiere, pero á Flándes, ni aun por lumbre, porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aquí los caballos; y tan helada y fria, que estando yo un invierno de guarnicion en la villa de Güeldres, tuve una pendencia con un soldado, de nacion albanés, sobre cierta metresa; y habiendo salido los dos á la campaña y metido mano á nuestras lenguas de acero, ayudado yo de mi destreza, le hice una conclusion, y con una espada ancha de á caballo que yo traia entónces le di tal cuchillada en el pescuezo, que como quien rebana hongos dí con su cabeza en tierra, y apénas lo vido don Alvaro de Luna, cuando quedé

turbado y arrepentido; y viendo que palpitaba el cuerpo, y que la cabeza temblaba, la volví á su acostumbrado asiento, encajando gaznate con gaznate, y venas con venas, y helándose de tal manera la sangre, que sin quedar ni aun señal de cicatriz, como aun no le habia faltado el aliento, volvió el cuerpo á su primer ser y á estar tan bueno como cuando lo saqué á campaña, y la cabeza aun más firme que ántes. Yo, atribuyéndolo más á milagro que á la zurcidura y brevedad de la pegadura, lo levanté de tierra, y haciéndome su amigo, lo volví á la villa, y llevé á una taberna, donde á la compañía de un par de fogotes nos bebimos teta á teta media decena de potes de cerveza, con cuyos estufados humos y bochornos de los fulminantes y abrasados leños se fué deshelando poco á poco la herida de mi compañero; y yendo á hacer la razon á un brindis que yo le habia hecho, al tiempo que trastornó la cabeza atrás para dar fin y cabo á la taza, se le cayó en tierra como si fuera cabeza de muñeco de alfeñique, y se quedó el cuerpo muy sosegado en la misma silla, sin hacer ningun movimiento; y yo, asombrado de ver caso de tanta admiracion, me retiré á una vecina iglesia. Diéronle sepultura al dos veces degollado, y yo, viendo el peligro que corria si me prendiesen, me salí de Güeldres en hábito de fraile, por no ser conocido de la guardia de la puerta; y pasando muchos trabajos llegué á este país, que aunque es frio, no tiene comparacion con el otro, como vuesamerced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado. Agradecíle el aviso, y dí tanto crédito á su fábula de Esopo, que incité á la mitad de mi compañía á que fuésemos á buscar tierra caliente, y cargando con quince tornillos novillos, amadrigados del cuartel de Nápoles, los llevé á la vuelta de Roma á que hiciesen confesion general, y á que ganasen indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados. Llegamos á ella, unas veces pidiendo y otras tomando, y las más cargados de monsieur de la Paliza. Apartéme de la tal compañía, y encontrando con un amigo mio, me informé cómo mi padre habia ido á Palermo á cobrar un poco de dinero que le debia un criado del duque de Alburquerque, que en aquella ocasion era virey de Sicilia. Celebré la buena nueva, y entréme con mucho desembarazo en mi casa, haciéndome absoluto señor de ella.

Recibiéronme mis hermanas muy tibiamente, mirándome las dos con caras de probar vinagre, dándome cada dia en cara mis travesuras y los cien ducados que habian pagado por mí á mi segundo maestro. Hacíame regalar como á mayorazgo de aquella casa, estimar como heredero de aquella hacienda, y respetar por haber nacido varon. Tenia con ellas mil encuentros y rebates cada dia, particularmente porque me aguaban el vino, bebiéndolo ellas puro. Llegó el rompimiento á tal extremo, que no viendo en su boca enmienda, me resolví á que oliese la casa á hombre, echando el bodegon por la ventana, y una tarde que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado de una vecina fuente, estando la mesa con la vianda y todos sentados á ella; dándole á la mayor con los platos, y á la menor con el frasco, y echando á rodar la mesa, las dejé á las dos descalabradas, y yo me volví á mi hospital de Nápoles, donde haciendo la gata muerta, y dando por disculpa de mi ausencia cuatro mil enredos, fuí segunda vez admitido; y teniendo nuevas á los primeros dias de mi

ejercicio de que mi padre habia muerto en la ciudad de Palermo, por no meterme en costa de lutos ni dar que mormurar á mis superiores, me embarqué para Sicilia, con más intencion de aprovecharme de la herencia que de hacer bien por su alma. Llevéme bien con los albaceas, y viendo el testamento, hice yo mi negocio, y ellos su agosto. Vendílos algunos muebles que habia dejado, y con el dinero que saqué de ellos empecé á ser iman de los de la hoja, y norte de los de la hampa, los unos yesca para galeras, y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos tea para el infierno. Viendo que me comian de polilla y que eran carcomas de mi corta herencia, los dejé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel.

Traté de acomodarme en casa del virey; y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fuí recibido por mozo de plata en ella. Acudian á verme y darme el parabien toda la amontonada valentía; y yo, por darles á entender lo sobrado que estaba, les sacaba á todos el vientre de mal año. Fuéron tan á menudo estas visitas, que con andar yo cuidadoso, como aquel que conocia la gentecilla de aquel arte, que en ménos de tres meses me faltaron algunos talleres de plata, y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demás. Sabiendo su excelencia la buena cuenta que habia dado de lo que se me habia entregado, y que á aquel paso presto daria fin de toda su vajilla, habiéndose satisfecho no ser yo el que habia hecho el tiro, sino aquellos honrados que me venian á visitar, y que yo no tenia con qué satisfacer la pérdida, mandó despedirme, y que me aconsejaran que me apartara de la compañía de gente tan perniciosa. Salí de palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenia y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenia sesenta soldados efectivos para entrar la guardia, y ciento y cincuenta para el dia de la muestra. Harto pudiera decir acerca de esto, pero me dirán que quién me mete en esto ni en gobernar el mundo, teniendo doctores la Iglesia.

En este tiempo estaba de partida un delegado de esta córte á hacer una ejecucion sobre cierta cantidad de dinero dentro del reino, y viéndome tan bien adornado y que habia sido criado de un virey, me nombró por su alguacil, y llevó consigo; saliendo de la ciudad y caminando hasta que llegamos adonde íbamos á caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas y defensivas y vara alta de justicia, que parecia en mí de varear bellota. Iba delante de tal juez, y de tal suerte llevaba el rey en el cuerpo, que daba á todos una voz, y á un ven acá pagaba en las hosterías no mas de aquello que me parecia. Habiendo fenecido nuestro viaje, prendí el primer dia que llegamos tres labradores, en virtud de mi comision, con ayuda de vecinos y porque ellos gustaron de dejarse prender; y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadenas y meter en calabozo hasta tanto que pintaron y pidieron misericordia. Banqueteáronme un dia los parientes de estos prisioneros porque intercediese por ellos con el legado. Hice en el convite tantas razones, que quedé sin ella, prometiéndolos soltar dentro de una hora; y dando muchos traspiés, con ser la tierra llana, me fuí á la posada, y le pedí á mi juez competente que soltase aquellos desdichados, porque no tenian con qué pagar, y que el que no tiene, el rey le hace libre. Echó

de ver el mal que traia, y preguntóme por verme inquieto que si me habia picado la tarántula. Yo le respondí que aprendiese á hablar bien ó que yo le enseñaria; que él solo era el tarantulero y el atalantado y el hijo de Atalanta. El, riéndose de mí, se me acercó, y alargando la mano, me tomó la barba, y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome que era menosprecio y atrevimiento grande á un alguacil real, agarréle de los cabezones, y pidiendo favor á la justicia y dándole recios enviones para llevarlo á la cárcel, le hice tiras la valona, y le desabotoné la ropilla. El al principio lo llevó en chanza, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas despues, viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió á mis voces, se enojó como un Satanás, y quitándome la vara, me hizo pedazos el rey en los cascos. Tuve dicha en que fuese delgada, que á no serlo, daba fin de su nuevo ministro. Volvíme á pié y apelando á Palermo á acomular la resistencia; y advirtiendo cuando se pasaron los terremotos de la cabeza haber sido yo el culpable, me quité de historias, y me volví á juntar con mis valientes. Hiciéronme salir una noche en su compañía, cosa que jamás habia hecho, en la cual uno de ellos, haciendo el oficio de S. Pedro, abrió una puerta, y por aligerar de ropa á su dueño, lo dejaron sin baules. Fueron sentidos de las centinelas de unos gozques, y saliendo toda una familia en su seguimiento, les obligaron á dar con la carga en tierra, y á darles á los que los seguian un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo ántes del hurto y en el hurto y despues del hurto, y siempre apartado de ellos, y pesaroso de no haber conocido su modo de vivir ántes de salir de mi posada, para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo á mis compañeros huir y á los heridos volverse á sus casas á curar, metiendo los lamentos en el cielo, por no hacerme hechor, no lo siendo, me estuve quedo y tan cortado, que cuando me quisiera ir, es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baules en la calle, y cuatro hombres bien heridos, y yo no muy léjos, me llegaron á reconocer; y confiriendo de mi turbacion que era de los que habian hecho el daño, sin valerme el alegar haber servido al virey ni sido alguacil ejecutor del legado, me llevaron por mis piés, que aun no tuve ventura que fuese en volandas, adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliéndome todo como yo merecia. Tomáronme otro dia la confesion, y por variar en las preguntas que me hicieron y contradecirme en los descargos, me sentenciaron á *sursum corda* y encordacion de calabaza. Mas ántes que cantase aquello del potro rucio, por tener atencion que habia servido al Duque mi señor, me condenaron á salir desterrado, poniéndome en libertad. Y sacándome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme á Nápoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa, aun peor que la referida.

Fuímonos á bañar una noche al muelle, y á la vuelta, queriendo dar garrote á una reja, pasaron dos ciudadanos, y por quererlos descobijar y dejar sin nubes, dieron gritos: Guardia, guardia. Desmayó toda la gavilla, viendo venir al socorro una escuadra de soldados de la garita de don Francisco; huyó la gente de la carda, y yo en vanguardia de todos. Fuímonos á la posada; hallá-

mosla abastecida de pavos de Indias, que habia traido otra patrulla que habia salido del mismo cuartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y á la mañana echéles la bendicion; y por verme libre de justicia, que cada instante pensaba que me venian á prender para que escotase los pavos, senté plaza de soldado de á caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo. Estábame siempre muy de asiento en Nápoles, buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitan á dobla por cada uno, los cuales embaucaba y daba á entender para conducirlos dos mil embelecos, y otros tantos al capitan para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de la correduría; con que demás de quedarse agradecido, añadia nuevos socorros á lo capitulado. Ibame los viérnes y los sábados á la marina, adonde por aprendiz de valiente estafaba la mayor parte de sus pescadores; traia alborotado el cuartel con trapazas, enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos, y el chorrillo y guantería con fianzas, de suerte que de todos me hacia conocer, y con todos campaba y á todos engañaba. Y temiendo que se descornase la flor y se acabase el crédito y dinero, dejando á muchos llorando por mí y, no por fuerza de voluntad, hallando embarcacion para España, me embarqué secretamente y dí con mi cuerpo en Barcelona.

CAPÍTULO IV.

De cómo llegó á España, y viaje que hizo á Zaragoza, Madrid, y peregrinaje á Santiago de Galicia, y otros ridículos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró á ser mozo de representantes.

Despues de haber llegado á Barcelona, estuve en ella algunos dias por descansar de la larga embarcacion, y al cabo de ellos fuí acompañando hasta Zaragoza á una dama, con quien habia hecho conociencia por haber posado los dos en una misma posada, la cual era en sí tan generosa y tan amiga de agradar á todos y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino, comí dos meses de balde en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, que es uno de los más ricos de España, y adonde con más amor y cuidado se asiste á los enfermos, y adonde con más abundancia se les regala. Despues de salir de la convalescencia, me metí en un carro cargado de frailes y de mujeres de buen vivir; carga de que jamás han ido ni van faltos. Fuíme con él á Madrid, por la noticia que tenia de ser esta villa madre de todos. Llegué á la que es córte de córtes, leonera del real leon de España, academia de la grandeza, congregacion de la hermosura, y quinta esencia de los ingenios. Al segundo dia que estuve en ella me acomodé por paje de un pretendiente, tan cargado de pretensiones como ligero de libranzas. Dábame diez cuartos de racion y quitacion, los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del

la estaba á tiempo como barba de bolichero, siendo, á más no poder, paño vein[illegible]. Comia mi amo tarde, por ser [illegible] alcurna de pretendientes; y era tan amigo de [illegible] y [illegible], poca y mediana, que comia por onzas, y bebia por adarmes; y tan amigo de limpieza, que podia blasonar de no tener paje que fuese [illegible], porque me dejaba en tan [illegible] y escuálido, que ahorraba de trabajo á las criadas de la posada.

Vestíme en la esperanza de [illegible] y con posesion de sarna y las tripas como tamboril, traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galvan, por ir á ver á Santiago de Galicia, patron de España, y por ver la patria de mis padres, y principalmente por comer á todas horas y por no ayunar á todos tiempos. Dejé á mi amo, vestíme de peregrino con hábito largo, esclavina campanuda, bordon reforzado y calabaza de buen tamaño. Fui á la imperial de Toledo, centro de la discrecion y cifra de ingenios, adonde despues de haber sacado mis recados y licencias para poder hacer el viaje, me volví por Illescas á visitar á aquella divina y milagrosa imágen; y dando la vuelta á Madrid, me partí en demanda del Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel suntuoso templo, obra del segundo Salomon, y [illegible] de la fábrica del primero, envidia del arte de Corinto, espanto de los pinceles de Apeles, y asombro de los cinceles de Lisipo. Diéronme sus reverendos frailes limosna de potaje y cardinal de vino, piedad que en ellos hallan todos los pasajeros. Partí de allí á Segovia, y habiendo descansado tres dias en su hospital, pasé á la ciudad de Valladolid; juntéme en ella con dos devotos peregrinos, que hacian el propio viaje, y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno frances, y el otro genoves, y yo ya eso romano, y todos tan diestros en la vida poltrona, que podiamos dar papilla al más entendido [illegible]; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos; y al fin, por conformidad de estrellas ó concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monipodio de ir á pérdida y ganancia en todos lances que nos pudiesen suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía; y para que mejor las observásemos, el genoves, como hombre más experimentado, con celo fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epítetos y atributos, que por gozar de sus excepciones y libertades, dejara los títulos y grandezas del mayor potentado de Europa. Acabó el Ciceron á lo pícaro su compendiosa oracion, que además de ser celosa penetró de tal manera nuestros corazones, que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligásemos á repetirlo y á ejercitarlo; y principalmente cuando en lugar de *quam mihi et vobis* nos encargó aquella santa palabra de quémese la casa y no salga humo: con que quedó tan pagado como nosotros contentos.

Proveidas las calabazas á discrecion, dimos principio á nuestra romeria con tal fervor, que el dia que más caminábamos no pasaba de dos leguas, por no hacer trabajo lo que habiamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiábamos las viñas solitarias, y cogiamos las gallinas huérfanas; y con estas

chanzas y otras salimos cargados de dineros y limosnas, de las cuales comíamos los canterones y rebanadas de pan blanco, y lo negro y mal cocido vendíamos en los hospitales, para sustento de gallinas y aumentacion de alajú. Con esta mala ventura, con coles pasábamos por Benavente, y llegamos á Orense, adonde mis compañeros, como corsarios de aquel camino, me dijeron que allí los peregrinos de toda broza lavaban los cuerpos, y en Santiago las almas; y es la enigma, que hay en esta ciudad unas fuentes, cuyas aguas salen por todo extremo cálidas, que sirven de baño á los moradores de ella. Aquí los peregrinos pobres lavan sus cuerpos y hacen colada de su ropa; y en Santiago, como se confiesan y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo, como abadejos, y dando envidia nuestras ropas á las de Inesilla, sin gran daño del jabon, sacamos nuestras túnicas trasparentes. Llegamos á la ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustámonos nuestras conciencias, que bien anchas las habíamos traido; y cumpliendo con las obligaciones de ser cristianos y de ir á visitar aquella santa casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nuestras mercancías andábamos lacios y desmayados. Por cuya causa y por ser muchos los peregrinos que acuden á la dicha ciudad, y pocos los que dan limosna, me despedí de mis camaradas; y con deseo de ver y vivir con capa de santidad, caminé á la vuelta del reino de Portugal.

Llegué á Pontevedra, villa muy regalada de pescado, adonde siendo ballena racional, hice colacion con medio cesto de sardinas, dejando atónitos á los circunstantes. Pasé de allí á Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones y patria de mis padres, que no oso decir que es mio, por lo que he referido de mi nacimiento, y porque todos mis amigos, llegando á adelgazar este punto, me dicen: *ántes puto que gallego*. Informéme del nombre de un tio mio, y en creencia de una carta que fingí de mi padre, contrahaciendo su firma, fuí ocho dias regalado de él, y á la despedida me dió cincuenta reales y respuesta de la carta, por haberle asegurado que me volvia á Roma. Proseguí el camino de Portugal, y pasando por Tuy y llegando á Valencia, alcancé en ella la carta de misericordia que se da á todos los pasajeros pobres, con cuya carta se puede marear muy bien por todo aquel reino, pues en cualquier ciudad ó villa que la muestran, juntan y dan con que puede comer cualquier hombre honrado; y como yo lo era, y con más quilates que hierro de Vizcaya, comia á dos carrillos y hacia dos papadas. Dióme en Coimbra el obispo de ella un toston, que es su acostumbrada limosna, y llegando á Oporto, me desgradué de peregrino; y por no colgar los hábitos, los dí á guardar á la huéspeda de la posada en que estaba, y con los dineros de mi peregrinaje y con los que me habia dado mi tio compré una cesta de cuchillos, rosarios, peines y alfileres y otras buhonerías; trasforméme de peregrino en buhonero. Ibame tan bien en mi mercancía, que iba el caudal adelante, con menudear en visitar las tabernas y mamarme á cada comida un par de tajadas de raya, con que se me pudiera atribuir aquel vocablo placentero de mama raya. Encontróme una tarde el alguacil de

vagamundos, y preguntóme cómo podia pasar con tan poca mercancía. Yo le respondí:

—Señor mio, vendiendo mucho y comiendo poco; cuya razon le agradó, y no trató de molestarme. Llegó á esta sazon un bajel de aquella ciudad que es la flor del Andalucía, gloria de España y espanto del Africa; en efecto, la pequeña Sevilla, y la sin segunda Málaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus percheles, que venian á cargar de arcos de pipas, y como siempre he sido inclinado á toda gente de heria y pendon verde, al punto que ví esta cuadrilla de bravos me hice camarada con ellos, y como no son nada lerdos, convidábanme á beber, y llevándome á la taberna, hacian quitar el ramo. Colábamos hasta tente bonete, sin que yo echase de ver hasta el fenecer de las aceitunas, que era el tal convite el de Cordobilla. Al fin, unas veces gastando por mi gusto, y otras por los ajenos, dí al través con toda mi buhonería, y perdí la amistad de mis rajabroqueles, pues así que me vieron descaudalado, huian de mí como si tuviera peste.

Viéndome pobre y buhonero reformado, me volví á embanastar mi vestido de peregrino, y con mi carta de misericordia me fuí á la ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mí, viendo la grandeza de su habitacion, lo suntuoso de sus palacios, la generosidad y valor de sus títulos y caballeros, la riqueza de sus mercadantes y lo caudaloso de su sagrado Tajo; sobre cuyas espaldas se via una copiosa selva de bajeles, tan á punto de guerra, que atemorizando el tridente hacian temblar el cadúceo. Era la causa del apercibimiento y junta de esta armada estar con recelo que el Inglés venía sobre esta ciudad. Empeñé, el segundo dia que me ocupé en su admiracion, mi vestido de peregrino por un frasco lleno de aguardiente, por ver si daba mejor cuenta de este trato que del buhonero. Ganaba cada dia dos reales, y pareciéndome poco, por ser mucho el gasto, me iba á los bajeles de la dicha armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandabin por bizcocho, y á veces por pólvora y balas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufria ancas, dábales parte de ella á los cabos de escuadra y derrengábanse y ensordecian. Aquí me hacen cosquillas mil cosas que pudiera decir, tocantes á lo que pueden las dádivas y á lo que mueve el interés, y lo presto que se convencen los interesados, y los daños que resultan por ellos, y las penas que merecen; pero como es fruta de otro canasto, y no perteneciente á Estebanillo, no doy voces, porque sé que sería darlas en desierto. Apliquéme de suerte á trabajar, cebado en la ganancia, que despues de haber hecho mil trueques al alba, y revendídolos en tierras á las once del dia, en dando las doce horas, en que nadie me daba provecho, y yo me hallaba ocioso, me iba al tranco de los castellanos, que es la cárcel de ellos, donde porque les hacia algunos servicios y mandados, me daban muy bien de comer y algunos dineros, con lo cual ahorraba el gasto de la comida, y llevaba para ganar la cama y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia del aguardiente. Dividióse la armada, y por ver que ganaba muy poco en la ciudad, por haber tantos de este trato, dejándome el hábito de peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos y caudal de que habia hecho provision, y con lo que saqué de la venta y lo demás

que yo tenia compré una buena cantidad de tabaqueras, y con ellas me fuí camino de Setubal.

Llegué á Montemoro, donde aficionados los vecinos de ellas, por ser curiosas, bien labradas y á moderado precio, en tres dias dí fin de todas, y doblé mi dinero. Juntéme en esta villa con un mozuelo, de nacion frances, que andaba bribando por todo el reino, y era uno de los más taimados y diestros en aquel oficio; que aunque es tan humilde y tan desdichados los que lo usan, tiene más malicias y hay en él más astucias, ardides y engaños que un preñado paladino. Descubrióme, por habérsele ido un alatés suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba de ella, y de la suerte que disponía su enredo; pidióme que le ayudase. Prometióme el tercio de lo que adquiriera, despues de pagados los gastos; y al fin me redujo á su gusto. Llegamos cerca de Evora, ciudad, en tiempo que hacia muy grandes frios, y ántes de entrar en ella se desnudó mi Juan Frances un razonable vestido que llevaba, y quedándose en carnes, abrió una talega de motilon mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzon con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulin en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad, habiéndome dejado ántes la cumplida talega, y advirtiéndome que entrase por otra puerta y le esperase en el hospital. Obedecíle, y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad, por ser el autor de aquella máquina picaril. Iba por las calles mi moderno camarada haciendo lamentaciones que enternecian á las piedras, dando sombreradas á los pasantes, haciendo reverencias á las puertas y cortesías á las ventanas, y dando más dentelladas que perro con pulgas. Descubria los brazos, echaba al aire las pechugas, y mostraba los desnudos piés. Unas veces lloraba, suspiraba, y jamás cesaba de referir su miseria y desnudez. Dábanle los caritativos lusitanos limosna de dineros, las piadosas portuguesas camisas viejas y vestidos antiguos y zapatos desechados; y él, haciendo unas veces la guaya, y otras la temblona, y tendiéndose en tierra, haciendo rosca y fingiendo el súbito desmayo, iba recogiendo alhajas, juntando pitanzas y agregando china. Cargó con todo á boca de noche, y vínome á buscar al hospital, adonde tuvimos una mesa de príncipes, y nos dimos una calda de archiduques. Madrugamos muy de mañana, y saliendo ambos bien arropados del hospital y ciudad, marchamos á buscar nuevos ignorantes. Hacia cada dia el tal tunante su compasiva representacion, y vendíamos la variedad de alhajas, sin reparar en precios; y esto no en las partes donde se habian juntado. Con esta guitonería provechosa anduvimos doce dias, haciendo lamentaciones y enajenando muebles, hasta tanto que al último de ellos, estando mi gabacho en la plaza de una villa dando más voces que un vorábito al dar los buenos dias, llegó á él á darle limosna un ropavejero de otra villa cercana, á quien la noche pasada habíamos vendido y traspasado una carga de baratijas; y habiendo venido aquel dia á esta villa á negocios de sus mercancías, nos habia visto á la entrada en diferente hábito del que de presente tenia; y habiéndolo reconocido despacio, dió parte á la justicia; la cual, trocando en ira la piedad que hasta entónces le habian

tenido, lo llevaron á la prision con más voces y algazara que alma de sastre en poder de espíritus.

Hallóse en el prendimiento cierto gorron que, á título de ir á proseguir sus estudios á Salamanca, ocupaba de dia las porterías y las noches los hospitales, el cual me dió aviso de ello, ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenia de barbero, viendo aquella pelar, eché la mia en remojo. Pues sin reparar en que estaba lloviendo á cántaros ó á botijas, cargando con toda la mochila y ropa de él, que sin ser escarraman habitaba calabozo oscuro, y saliéndome de la ciudad á la hora que peinaban el aire murciégalos y que mochuelos fatigaban las selvas, y habiéndome informado del camino de Yélves, empecé á marchar á lo de soldado de Oran, y despues de haber caminado hasta dos leguas, sirviéndome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algun pastoral albergue, apresuré el paso á ella con deseo de enjugar mi mojada ropa y tener un poco de descanso. Y al cabo de un rato, hollando lodos y enturbiando charcos, llegué en traje de alma en pena, adonde aligerando mi conciencia, pagué todos mis pecados. Hallé debajo de la clemencia de un desollado alcornoque, que demás de servir de pabellon el verano, servia de resguardo y chimenea en el invierno, á una cuadrilla de gitanos, más astuta en entradas y salidas que la de Pedro Carbonero; los cuales aquella misma noche habian hecho extramuros de la dicha ciudad un hurto de dos mulas y cinco borricos; y por no poder caminar por el rigor de la noche y parto de las nubes, habian hecho alto en aquel despoblado sitio y hecho lumbre para enjugar sus mal ganadas vestiduras. Saludélos de tal manera, que excedí los límites de la cortesía, más por temor de haber dado en sus manos, que por amor ni aficion que jamás les tuve; porque ¿quién es tu enemigo? El que es de tu oficio. Recibiéronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas gitanas de verme de la suerte que estaba, aun ántes de informarse de la causa de mi llegada ni de lo que me habia obligado á venir á tales horas á su morada campesina, me empezaron á desplumar como á corneja, á título de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa, por librarme de algun catarro ó resfriado; y aunque me quise excusar de dársela, por hacer su robo con rebozo de tener compasion, me dejaron en pelota, dándome para cubrir mis desnudas carnes una capa vieja de un gitano mozo. Yo enternecia la soledad de aquel monte y sus robustos árboles con los suspiros que daba de ver mi hacienda en monte tan sin piedad y en banco tan roto, no quitando los ojos de mi amado jubon, compañero en mis trabajos, depositario de mi caudal. Temí que por el peso reconociesen sus colchadas doblas y sus emboscados reales. Parecíame que aun siendo insensible, sentia el apartarse de mí, y que me decia con muda lengua: Adios, Estebanillo, que ya no nos hemos de ver más. Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso cercado todo el fuego y sitiada toda la hoguera.

Tenian entre ellos una algazara como gitanos, una alegría como gananciosos, y un temor como salteadores, pues cada instante volvian las cabezas por si llegaban en su seguimiento los dueños de su botin y cabalgada. Estando todos de

la suerte que he dicho y yo del modo que he pintado, llegaron de repente á vistas del rancho hasta veinte hombres, que, á lo que pareció y despues supe, eran escribas ó ministros de justicia, y á la voz de decir: *Favor al rey*, como si fuera nombrar el nombre de Jesus entre legiones de demonios, se desapareció toda esta cuadrilla de Satanás, con tanta velocidad, que imaginé que habia sido por arte diabólica. Yo, hallándome solo, pensando que venian en busca mia para que acompañase al triste frances en la soledad de su prision, por saber que tanta pena tiene el ladron como el encubridor, y hallarme ligero de ropas y desembarazado de vestido, atravesando y saltando pantanos me libré de sus uñas, no habiendo podido de las de los gitanos, y como fuí el postrero y la capa era corta, y por debajo de sus harapos daba reflejos la jaspeada camisa, seguian por estrella la que era palomar; iban todos tras de mí implorando el favor de la justicia, y yo con el de mis talones, despues de haber corrido más de media legua, los dejé muy atrás, quedando tan rendidos como yo cansado. Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos dias fuera de camino, asombrando pastores y atemorizando ermitaños, y al cabo de ellos llegué á Yélves, frontera de Extremadura, y valiéndome del poder del corregidor y de la caridad del cura, y contándoles haber sido robado de gitanos, el uno mandó echar un plato, y el otro un guante, con que de véras se hizo el juego de quien viste al soldado, quedando yo agradecido y algo remediado. Contáronme ambos cómo los dichos gitanos habian hecho un hurto junto á Alvora, y que habia salido la justicia en su seguimiento, y que habiéndoles hallado á todos en la campaña al abrigo de un gran fuego, se les habian huido sin poder coger á ninguno; mas que al fin habian dejado el hurto que habian hecho. Llegóse á mí un labrador, y preguntóme que si queria detenerme allí á coger aceituna, que me daria cada dia medio toston y de comer, con lo cual me podia remediar y tener para hacer mi viaje. Parecióme que era buena conveniencia, y así tuve por bien de servirle y estar con él más de veinte dias, donde en cada uno de ellos hacia tres comidas á toda satisfaccion; mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornales más que valia la aceituna que cogia, pues ántes servia de estorbo y embarazo á los que me ayudaban, cobré un dia de fiesta lo que me debia mi amo, con lo cual me fuí á la vuelta de Sevilla, despues de haberme fardado conforme á la posibilidad del dinero. Llegué á Mérida, puente y pasaje del memorable rio de Guadiana, adonde se acababa de fabricar un convento de monjas de Santa Clara; y por causa de haber falta de peones para su obra y por ir yo algo despeado, me puse á peon de albañil. Dábanme cada dia tres reales de jornal, y por juzgarme no tener malicia, no consentia la priora que ninguno sino yo entrase en el convento á sacar la cal que estaba dentro de él para que se fuese trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho convento iba delante de mí la madre portera, tocando una campanilla para que se escondiesen y retirasen las religiosas; pero yo imagino que no estaban diestras en el són, pues ántes parecia llamada que retirada; pues sin bastar cencerrear, todas compadecidas de mi gran

trabajo y de mi poca edad y mi agudeza, en lugar de retirarse, se acercaban á mí y me daban algunas limosnas, aconsejándome que me volviese á mi tierra y no anduviese tan perdido como andaba.

Sucedióme en esta villa un gracioso chasco, y fué que un domingo de mañana me llevó un labrador honrado á una bodega suya á henchir en ella un pellejo de víno para llevar á su casa. Entramos los dos á hacer prueba del que fuese mejor, y habiendo hecho á puras candelillas un cirio pascual, me hizo tener la empegada vasija con un gran embudo que habia metido en ella, agarrada con ambas manos; iba sacando de la tinaja cántaras de víno y vaciándolas en el cóncavo de botanas y engendrador de mosquitos; y miéntras él volvia la cara á ir escudillando, me echaba de bruces en el remanso que hacia el embudo, y en el ínterin que él henchia su pellejo, yo rehenchia el mio. Atólo muy bien y echómelo á cuestas, para que gozara la bodega de ver cuero sobre cuero y pellejo sobre pellejo; y apénas lo tuve sobre mí, cuando me derrengué y eché con la carga, cayendo en tierra á un mismo tiempo dos lios de víno ó dos cargas de mosto. Probó el labrador á levantarme, pero cansóse en balde, porque sola la cabeza me pesaba cien quintales, demás de ser mi barriga segunda cuba de Sahagun. Salió á la calle, buscó un hombre que le sacase el pellejo, y cuatro que me sacasen á mí. Pusiéronme, á pura fuerza de brazos, de patas en la calle, y no pudiendo sostenerme sobre ellas por haberme sacado de mi centro como atun á la puerta de la bodega, adonde no bastando inquietudes de muchachos, burlas de barbados y socorros de calderos, dormí como un liron todo aquel dia y toda aquella noche, y tuve á gran milagro despertar el lúnes á las once. Hallándome levado de fregados y espulgado de faltriqueras, levantéme cómo pude, y seguido de estudiantes mínimos y de muchachos de escuela, me salí al campo medio avergonzado, preguntando á los que me encontraban y se reian de mí: Camaradas, ¿por dónde va la danza? Volví á proseguir el camino de Sevilla, detúveme una semana en Cazalla, ayudando á cargar víno á unos arrieros de Constantina, adonde cada dia cogia una zorra por las orejas, y un lobo por la cola. Desde allí fuí á Alcalá del Rio, que está á dos leguas de Sevilla, y al pasar una barca que hay en su ribera, me preguntó un labrador si queria estar con amo. Y por responderle que sí, me llevó á media legua de allí, y me entregó á un cabrero suyo para que le ayudase á guardar un hato de cabras que tenia, y al despedirse de mí me dijo que tuviera buen ánimo y que sirviese bien, que con el tiempo podria ser que llegase á ser cabrero. Y pienso que ya lo hubiera sido muchas veces, si Dios no me hubiera guardado mi juicio y quitádome de la cabeza el no haberme casado. Comimos al medio dia de un gazpacho que me resfrió las tripas, y á la noche un ajo blanco que me encalabrinó las entrañas, y lo que más sentí fué que teníamos un pollino por repostería, el cual debajo de los reposteros de dos pellejos lanudos nos guardaba y conservaba dos mortijas, cuyo licor, no siendo ondas de Ribadavia, eran olas del Bétis. Y como yo, enseñado á diferentes licores y á regalados manjares, me hallé arrepentido de haber vuelto media legua atrás de mi derecho camino; y así, dejando dormido á mi compañero, y madrugado dos horas ántes del alba, pesqué el mejor cabrito de la manada, y echándomelo á cuestas, me hallé avergonzado

de que me viesen solo aquel dia con pitones sobre la cabeza, á causa de ser el animalejo de buen tamaño.

Díme tan buena diligencia, que llegué muy temprano á Sevilla, aunque en mala ocasion, por ser en tiempo de la gran avenida de su rio, aunque ya habia dos dias que era pasada. Vendí mi hijo de cabra en cuatro reales, aplaqué el cansancio con hostiones crudos, camaroncitos con lima. Fuíme á dormir á la calle de la Galera, donde de ordinario hospedan la gente de mi porte. A la mañana visité las Cuevas, diéronme sus santos monjes potaje de frangollo y racion de víno, y dándome demás de esta limosna dos reales cada dia, me entretuve algunos en sacar cieno hediondo de su cantina, de lo que habia traido la creciente, y cansado de andar en bodegas vacías y de sacar ruinas aguadas, dí la vuelta á Sevilla, y encontrando un dia un aguador que me pareció letrado, porque tenia la barba de cola de pato, me aconsejé con él para que me adestrase cómo tendria modo de vivir sin dar lugar que los alguaciles me mirasen cada dia las plantas de las manos, sin decirme la buenaventura. Él, sin revolver libros, me dijo que aunque era verdad que el víno que se vendia sabroso, oloroso y sustancioso, que no por eso dejaba de marearse muy bien la venta del agua, por ser muy calurosa aquella tierra y haber tanta infinidad de gente en ella; y que era oficio que con ser necesario en la república, no necesitaba de exámen ni habia menester caudal. Dí por bueno su parecer, y comprando un cántaro y dos cristalinos vidrios me encastillé en el oficio de aguador, y entré á ser uno de los de su número. Empecé á vender agua fria de un pozo que habia en casa de un portugués, en cuyo sencio parecia, segun su frialdad, ó que usurpaba los ampos al Ampo, ó que robaba los copos al Apenino. Costábame cada vez que lo llevaba no más de dos maravedís, y sacaba de él dos reales. Hacia creer á todos los que acudian al reclamo del agua fria que era agua del Alameda, y para apoyar mejor mi mentira, ponia en el tapador un ramo pequeño, que hacia provision de él para toda la semana; con él daba muestras de venir donde no venía, siendo la mercancía falsa y sus armas contrahechas. Servia el tal ramo de acreditar el trato, adorno y garzota y penacho de mi carambanado cántaro. Algunos curiosos me preguntaron la causa de tenerla yo más fria que los que la traian de la misma parte, y satisfacíales con decirles que por vender más la tenia toda la mañana en nieve, y que á la tarde, miéntras vendia un cántaro, dejaba otro resfriando, y que la ganancia suplia el gasto, con cuyo engaño vendia yo más en un dia que los demás de esta profesion en una semana, teniendo ménos trabajo y más opinion. Íbame todas las tardes al corral de las comedias, y todos los caballeros, por verme que era agudo y entremetido, me enviaban, en achaque de dar de beber á las damas, á darles recados amorosos. Bebian ellos por agradarme, y hacian lo mismo ellas por complacerme; de manera que usaba á un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno racion, y del otro gajes; pues demás de pagarme diez veces doblada el agua, me gratificaban el ser corredero de oreja. Hallábame tan bien en este comercio, que jamás lo hubiera dejado si el cántaro no pesara y fuera verano todo el año. Quejábanse cada dia mis parroquianos de que padecian dolor de tripas y mal de ceática, y

atribuyéndolo á otros desórdenes, echaba yo de ver que lo causaba la gran frialdad del pozo.

Vendian algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancía, naranjas secas, en cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, ó ya fuese de envidia, ó porque ninguno de ellos me echase el pié delante, trabajé de un golpe tres diferentes mercancías, provechosas para la bolsa, y ocasionadas á tener entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados á las doncellas más recatadas, y muecas á los maridos más celosos. Eran jaboncillos para las manos, palillos y polvos para limpiar los dientes. Hacia los jaboncillos de jabon rallado, de harina de chochos y de aceite de espliego; daba á entender que eran jaboncillos de Bolonia. Cogia raíces de malvas, cocíalas en vino y sangre de dragon, tostábalas en el horno y despachábalas por palillos de Moscovia. Formaba los polvos de piedras pomes, cogidas en la márgen de aquella celebrada ribera, y habiéndolas molido, las mezclaba con pequeña cantidad de polvos venimios, en cuya virtud se volvian rojos y pasaban á la plaza de polvos de coral de Levante. Puse mi mesa de montambaneo, y ayudándome del oficio de charlatan, ensalzaba mis drogas y encarecia la cura, y vendia caro; porque la persona que quisiere cargar en España para vaciar en otros reinos, ha de vender sus mercancías por buhonerías de Dinamarca y invenciones de Basalicata, y curiosidades del Cuzco, naturalizarse el dueño por grison ó esguízaro; porque desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, solo dan estima á raterías extranjeras. Vendíalo todo tan caro y tan por sus cabales, que á los compradores obligaba á que lo estimasen, y á los que se hallaban presentes á que lo comprasen. Y como todas estas mercancías son cosas pertenecientes á la limpieza de la boca y á la blancura de las manos, eran las damas las que más las despachaban, por ser las que ménos las conocian, particularmente las representantas, por salir cada dia á vista en la plaza del mundo. Hallábase en esta ocasion entreteniendo en esta ciudad una de las mejores compañías de toda España. Era su autor, cuando no de los doce Pares de Francia, por lo ménos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de estos dos badulaques conociencia con sus reinas fingidas y príncipes de á dos horas, y como en ellas no reina la avaricia, ni aun han conocido á la miseria, yo cargaba de reales, y ellas de piedras pomes, que puedo añadir por blason al escudero de los Gonzalez, por haber engañado á representantas, habiendo salido los que más presumen de entendidos engañados de ellas. Habia una que, por razon de prenderse bien, prendia las más libres voluntades. Tenia un marido á quien no tocó las tres virtudes teologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos, y estar con autor de fama. Era esta diosa, con tener partes sobrenaturales, medio motilona ó picaseca de la compañía, porque no hacia en ella más de una parte, que era cantar, pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos y admiracion de los venideros. Tenia la edad de los versos de un soneto, y caminaba á tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de chancillería y lonja de mercadantes, porque siempre estaba llena de visitas y sobrada de letras y memoriales. Yo, que todo lo trascendia, apénas ví el ramo, cuando

me entré en la taberna. Iba siempre apercibido y cargado de mis jaboncillos, polvos y raíces, y sobre quién se los habia de feriar, se alborotaba todo el conclave, y al que despues de la competencia salia elegido, él no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partia yo satisfecho. Díjome la tal dama una tarde que se habia aficionado de mí por verme muchacho, entremetido, agudo y desenfadado; que si queria servir, que me recibiria de mil amores, y que no era uso dar salario á los mozos de comedia, porque no necesitaban de nada, por los provechos que tenian; que si estos faltaran en su casa, que ella alcanzaria con el autor que tocara la caja en las villas, ó que pusiese los carteles. Yo, pareciendo ser aquella una vida descansada, y que á costa ajena podia ver las siete partidas del mundo, como el infante de Portugal, no quise hacerme de pencas ni que me rogasen lo que yo deseaba; díle el dulce *fiat*, y pedíle dos dias de término para deshacerme de mi botica, y vender los cántaros y vasos, lo cual me concedió muy afablemente, y encomendándome el no faltar á mi palabra, me dió un real de á dos para que refrescase.

En este plazo hice baratillo de mis drogas y almoneda de mis pocos trastos, y no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fuí á casa de mi ama, la cual me ocupó en cuatro oficios, por verme hábil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático, el cuarto peligroso. Servíale de camarero en casa, doblando y guardando todos sus vestidos; de faquin en la calle, llevándole y trayéndole la ropa á la casa de la comedia; de escudero en la iglesia y en los ensayos, y de embajador en todas partes. Tenia cada noche mi amo mil cuestiones con ella, sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo eunuco y por verme algo bonitillo de cara, y no tan muchacho, que no pudiera ántes calzar que descalzar, por lo cual andaba en busca de un criado para despedirme á mí. Eran tantos los que acudian al galanteo de mi ama, picados de su resistencia y estimacion, ó celosos de verse desdeñados y juzgar á otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra de representantes, se habia trasformado en cuarto de contratacion. Contábanme todos sus penas, referíanme sus ansias, y dábanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecian promesas, y otros me notificaban amenazas, y otros me daban billetes en verso, los cuales amanecian flores del Parnaso, y anochecian biznagas del Pegaso; y yo, como privado del rey, ó secretario de estado y guerra, recibia los dichos memoriales y la untura que venía con ellos por el buen informe y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detencion de mi ama, los decretaba en esta forma: á los de los miserables ó pobres, no hay lugar; á los hijos de familia, en víspera de herencia, acuerde adelante; y á los ricos y generosos, déseles lo que pide. Íbalos á todos dilatando el pleito, y á ninguno desconfiaba, ántes los cargaba de esperanzas. Fingia muchas veces estar mi ama acatarrada de achaque del sereno de un particular, por hartarme de caramelos y azúcar cande; y otras les hacia creer que tenia convidadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas y pellas de manjar blanco el dia que jugaba y perdia; porque de pícaro es dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baules para sacar los vestidos ó para meterlos, me hen-

chia la faltriquera de cintas y listones, y dándoselos á los amantes por favor y en su nombre, me satisfacian de suerte, que habia con que comprar la cantidad de lo que habia sacado y con que probar la mano toda la semana.

Quiso Bercebú, que dicen que jamás duerme, que habiéndose ido mis amos un dia que no se representaba á pasear al Arenal en un coche que habian pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada á limpiar y doblar todos los vestidos, porque estábamos en víspera de partirnos, entraron á llamarme dos mozos de la comedia y el guardaropa, para que nos fuésemos á holgar, por ser dia de vacacion. Salí con ellos, entramos en una taberna, bebimos seis cuartillos de lo caro, jugamos á los naipes quién habia de pagar el escote; y por ser yo el condenado en costas, quedé tan picado, que desafié al guardaropa á jugar las pintas; el cual, no siendo escrupuloso y teniendo más de negro que de blanco, á cuatro paradas me dejó sin blanca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dije que si me queria aguardar iria por dineros. Y diciéndome que sí, partí de carrera á mi posada, y sacando un manteo cubierto de pasamanos de oro que tenia mi ama, lo llevé á casa de un pastelero conocido mio, al cual le pedí veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya que habia comprado; y que al instante que mi amo viniera se los volveria, demás de darle su ribete por el trabajo de contar dinero. El pastelero, viendo la prenda de tanta satisfaccion, me dió la cantidad que le pedí, con lo cual volví á jugar y á perder como de primero. Toméle dos reales de á ocho al ganancioso, por via de alicantina, y con rebozo de préstamo, con los cuales me salí á la calle, y viéndome desesperado y lleno de congojas de haber perdido, por dar gusto á las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fuí á mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené y dormí aquella noche con harta inquietud y desasosiego.

CAPÍTULO V.

En que se hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla á ser soldado de leva, y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia é Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado á muerte.

Así que por unas pequeñas celosías de la misma morada descubrí los reflejos de la luz del venidero dia, cuando me vestí, teniendo el corazon lleno de pesares, y los ojos llenos de ternezas de ver la coz galiciana que le habia dado á mi ama, en satisfaccion del buen tratamiento que me habia hecho; y considerando el daño que me podia venir en echando ménos el manteo, me salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y erario de un nuevo mundo; y tomando el camino de Granada, á gozar de su apacible verano, dí alcance á dos soldados, de estos que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guias de todas las levas que se hacen. Dijéronme, despues de haber platicado con ellos, que iban á la vuelta de la villa de Arahal,

por haber tenido noticia que estaba allí un capitan haciendo gente; y que era villa que no perecerian los que militaran bajo de su bandera. Yo, mudando de propósito y de viaje, los fuí acompañando, pagando todos el gasto que se hacia rata por cantidad. Llegamos segundo dia á la dicha villa, y siendo bien admitidos del capitan, y sentado la plaza, gozamos quince dias de vuelo, pidiendo á los patrones empanadas de pechugas de fénix y cazuelas de huevos de hormigas. Vino órden de que marchásemos; y saliendo de la villa una mañana, hacia nuestro capitan la marcha del caracol, dejando el tránsito á la mano izquierda, y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres dias con esta disimulada cautela; pero al cuarto, enfadados todos los soldados que tenia, que éramos cerca de cincuenta, á la pasada de un bosque lo dejamos con solo la bandera, cajas, alférez y sargento, y con cinco mozas que llevábamos en el bagaje; que mal puede conservar una compañía quien siendo padre de familia de ella trata solo de adquirir para sí á costa de sudor ajeno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitan, y muy dificultosa juntar cincuenta soldados. Marché con esta compañía sin oficiales á la ciudad de Alcalá la Real, á juntarnos con la gente de la flota que de presente estaba en ella alojada, estando por cabo don Pedro Orsua, caballero del hábito de Santiago, adonde demás de ser bien recibidos, gozamos de buenos alojamientos y socorros. Andaba cada dia con una docena de espadachines á caza de corchetes, en seguimiento de soplones y en alcance de fregonas. Haciamos de noche cacarear las gallinas, balar á los corderos, y gruñir á los lechones. Llegó el tiempo de la embarcacion, y siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, garduños de los caminos, y lobos de las cabañas, pasamos á Montuque, Puente de don Gonzalo, Estepa y Osuna. Ibamos yo y mis camaradas media legua delante de la vanguardia; embargamos recuas de mulos, cáfilas de cabañiles y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de compañía á falta de bagaje, cogia los cohechos, alzaba los embargos, y partia la presa, aconsejando á los despojados se apartasen del camino por el peligro de otros aposentadores, á fin que no llegase queja á mi capitan.

Llegamos á Cádiz, y al tiempo del embarcarnos me pareció ser desesperacion caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga, ó se volviese patas arriba, por cuya consideracion me escondí á lo gazapo, y me zambullí á lo de jabalí seguido. Partió la flota al golfo, y yo al puerto, pues en el ínter que ella pasó el de las Yeguas, yo senté plaza en el de Santa María. Y como mi natural ha sido de quebrantar el sétimo, y de conservar el quinto, tuve á dicha ser soldado de la galera *Santo Domingo* en la escuadra de España, y debajo del gobierno del duque de Fernandina; por razon de ser esta galera de las más antiguas, y de ser hospital, cuyo nombre siempre reverencié, por la comodidad que continuamente hallé en ellos, y tan abuela de las demás, que estaba sin dentadura de remos y jubilada por ser viejos; con que pensé ser cuervo de la tierra, y no martajo de la mar. Serví en ella de tercero al capitan, de despensero al alférez y mozo de alguacil. Enviábame el alférez á comprar carne á la carnicería de esta villa, donde continuamente abundaba la gente, sobraban las voces, y faltaba la carne; acercábame al tajon, daba señor al carnicero, y

atronaba las orejas á los oyentes ; recibia la carne , metia las manos en las faltriqueras, y los ojos en el rostro del cortador ; y en viéndole ocupado en llamamientos de alguaciles ó en particion de tajadas , bajaba todo el cuerpo , encubríame entre la bulla , fingia haber perdido algun dinero, y agachándome, como quien anda á caza de luganos, salia á lo raso, y ganaba los perdones del que hurta al ladron. Quedábame con el dinero, sisaba en el camino la tercia parte de la carne, y á medio dia me comia la mitad de lo que llevaba al alférez. Entré un dia con un amigo, soldado de la galera *Santa Catalina*, á refrescar en su rancho, y hallé amarrado á un banco y amarrado á su ballestera mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona y el autor de los tunantes, que dejé en prision en la ciudad de Evora cuando salí á hurga á dar en manos de gitanos. Conocióme así que me vió , y dándome tiernos abrazos al són de duras cadenas, me dijo cómo despues de haberse hecho de pencas , y dádole ciertos tocinos á traicion, le habian echado toda la ley á cuestas ; mas que estaba consolado, que ya no le faltaban más de ocho años, y que saldria de aquel trabajo en la flor de su edad , para poder proseguir con su industria. Favorecíle con lo que pude , y volviéndome á mi galera , supe cómo habia enviado á pedir don Antonio de Oquendo al duque de Fernandina dos compañías prestadas , como libras , para salir á recibir la flota ; y que sin que me preservara á mí aquella seguidilla que dice *quien no fué hombre en la tierra , ménos lo sería en la mar*, habia tocado á mi compañía ir por una de las llamadas , y yo por uno de los escogidos. Embarcámonos en doce bajeles de Nueva España, y apartándonos de la vieja, seguimos el rumbo de Colon y el camino de la codicia.

En el poco tiempo que duró esta embarcacion , no eché ménos la Mancha, pues por ser aguados mis camaradas y haberse todos mareado, fué siempre mi barriga caldero de torreznos y candiota de vino. Hallábame gordo y sucio, en blanco la bolsa , y en oscuro la camisa ; los cabellos emplastrados con pez , y los calzones engomados con brea. Sobrevínonos una fiera tormenta, y apareciéndosenos Santelmo despues de pasada , nos volvió al puerto derrotados y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los arteros, pedí licencia á mi capitan para ir á cumplir un voto, que le dí á entender habia hecho en la tormenta referida ; y atribuyéndolo á chanza, se sonrió y calló como en misa. Yo, como habia oido decir que quien calla otorga , me juzgué por licenciado , y me determiné como bachiller. Fuíme entrando en el Andalucía , y apartándome de los tránsitos de la venida , por no pagar en alguna fiesta lo que hice en muchas semanas, llegué á Córdoba á confirmarme por angelico de la calle de la Feria, y á refinarme en el agua de su potro ; porque despues de haber sido estudiante , paje y soldado, solo este grado y caravana me faltaba para doctorarme en las leyes que profeso. Y acordándome de lo bien que lo pasaba con mis tajadas de raya y colanas de vino cuando era buhonero , me determiné de volver al trato ; mas por hallarme escaso de caudal lo empleé en solas mil agujas , y me salí de la ciudad á procurar aumentarlo. Y despues de haber corrido á Hernan Nuñez y otras dos villas, llegué á la de Montilla , á tiempo que con un numeroso senado y un copioso auditorio estaba en su plaza sobre una silla sin costillas y con solo tres piés , como

banqueta, un ciego de *nativitate*, con un cartapacio de coplas, harto mejores que las famosas del perro de Alba, por ser ejemplares y de mucha doctrina y ser él autor; el cual chirriando como garrucha, y rechinando como un carro, y cantando como un becerro, se rascaba el pescuezo, encogia los hombros, y cocaba todo el pueblo. Empezaban las coplas de aquesta suerte:

Cristianos y redimidos
Por Jesus, suma clemencia,
Los que en vicios sois metidos,
Despertad bien los oídos,
Y examinad la conciencia.

Eran tantas las que vendia, que á no llegar la noche, diera fin á todas las que traia. Fuéronse todos los oyentes encoplados y gustosos del dicho autor, y él, apeándose del derrengado teatro, por verse dos veces á oscuras y cerradas las ventanas, empezó á caminar á la vuelta de su casa. Tuve propuesto de ser su Lazarillo de Tórmes; mas por parecerme ser ya grande para mozo de ciego, me aparté de la pretension; y llegándome á él, le dije que como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que le compraria una gran cantidad, porque era un pobre mozo extranjero que andaba de tierra en tierra buscando donde ganar un pedazo de pan. Enternecióse, y no de verme, y respondióme que la imprenta le llevaba un ochavo por cada una, demás de la costa que le tenia de traerlas desde Córdoba; y que así, para que todos pudiésemos vivir, que se las pagara á tres maravedís. Yo le respondí que se habia puesto en la razon y en lo que era justo, que fuésemos adonde su merced mandara, para que le contasen el dinero de cien pares de ellas y para que me las entregasen con su cuenta y razon. Díjome que le siguiera á su casa, y alzando el palo y hacienda puntas á una parte y á otra, como ejército enemigo, aporreando puertas y escalabrando paredes, llegamos con brevedad á ella. Tenia una mujer de tan mal arte y catadura, que le habia Dios hecho á él infinitas mercedes de privarle de la vista, porque no viera cosa tan abominable; y sobre todas estas gracias tenia otras dos, que era ser vieja y muy sorda. La cual, así que vió á su marido, lo entró de la mano adestrando hasta la cocina, quitóle el ferreruelo y el talego de las coplas, y sentólo en una silla. Díjole en alta voz que sacase del arca dos legajos que habia de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me los diese y recibiese el dinero á razon de seis maravedís cada par; mas todo su quebradero de cabeza era dar voces al aire, porque demás de ser sorda, al punto que lo dejó sentado, habia salido al corral á traer leña para hacerle fuego; yo, reventándome la risa en el cuerpo, le dí parte de la ausencia, el cual me rogó que le avisara cuando viniera, para que tratase de despacharme. Llegó en esta ocasion, y echó la leña en tierra. Sintió él el ruido del golpe, y acercando la silla hácia la parte que le pareció estar, dió conmigo, y tentándome al ferreruelo, y pensando que eran faldas, volvió á dar el segundo pregon, dejándome atronados los oídos, y ella, mirándonos á los dos, estaba como suspensa. Hícela señas de que llegase á oir su marido y advertirle á él el engaño, y descolgando ella un embu-

do grande de hoja de lata, se metió la punta en el oído, y poniendo la boca de él en la del relator de coplas, le preguntó que quién era yo, y que para qué me habia traido á su casa. El, despues de haberle satisfecho, en tono de predicador de mandato, por el cañon de su embudada corneta, volvió á referir tercera vez lo que dos veces habia mandado. Sacó ella los legajos, y despues de haber recibido el pagamento, hízome el entrego de ellos; y yo, cargado de agujas falsas y de coplas de ciego, me fuí á dormir al hospital. Salí al amanecer de la villa, y estando algunos dias en la de Aguilar, pasé á las de Cabra y Lucena; vendia las agujas á las mozas, y cantaba las coplas á las viejas; y como se dice que al andaluz hacerle la cruz, á las andaluzas, para librarse de sus ingenios, les habian de hacer un calvario de ellas. Hurtábanme las redomadas de aquellas ninfas, mirándome muy á lo socarron mis agujas, haciendo ayuntamiento de belleza y tratos de gitanos. Andaban mis papeles de mano en mano, haciendo con mis puntas aceradas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas. Quedaba pasmado de oir lo donairoso de su ceceo y de ver el brio de su desgarro; y miéntras tenia cuenta con las unas, las otras me empandillaban la vista y las agujas, pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban, y otras me las diezmaban, emboscándolas en los tocados, y ocultándolas en las bocamangas; de manera que despues de haber cobrado dacio, feudo y tributo de este pobre buhonero de poquito, despues de regatear dos largas horas, me compraban un cuarto de ellas, y de cosario á cosario me dejaban sin vales. Oian las coplas las viejas, y despues de haberme roto los cascos y secado los gaznates, con aquello de á las más maduras, con sus boquitas papandujas me las alababan, y entre todas las vecinas de un barrio apénas me compraban un par de ellas. Por lo cual y por ser tierra de buenos vinos llevé tan adelante mi caudal, que en pocos dias pudiera jugar las hormas. En efecto, dí al traste con todo, y quedé hecho mercadante de banco roto.

Encaminéme á la vuelta de Gibraltar con intencion de ser pícaro de costa, y y estando á vista de sus muros, me dieron nuevas de cómo prendian á todos los vagamundos y los iban llevando á la mazmorra, para que sirviesen en ella ó de soldados, ó de gastadores. Yo, por ser uno de los comprendidos en aquel bando y por no ir á tierra de alarbes á comer alcuzcuz, me fuí á la Sabinilla á ser gentilhombre de jábega y corchete de pescados. Concertéme con un armador por dos panecillos cada dia y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al aire, y púseme en lugar de banda un estrobo, insignia y arma de aquella religion; y al tiempo de tirar la red hacia que echaba todo el resto de la fuerza, y la tiraba con tanto descanso y comodidad, que ántes era divertimiento que trabajo. Y al tiempo que salia el copo á ser celosía de bogas, jaula de sardinas y zaranda de caballas, por ver el armador con baston de general de jabegueros, mirando á las manos y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de escribano contrahecho, la causa perteneciente á las manos la remití á los piés, porque donde no alcanzan las fuerzas, es menester valerse de la industria. Halcíame Clicie de aquel sol de bodegon de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los piés, sin haber en aquel distrito persona que mereciese hacerle

cortesía, retiraba con los dedos de los cuartos bajos angelotes, y con los talones rayas. Tenia un camarada detrás de mí, el cual recogia los despojos, sirviéndole unos de estomaguetes y otros de ventosas de mal de madre; los alojaba entre la camisa y la barriga, y otras veces les daba fondo por el resquicio de los zaragüelles, de modo que llegué á tiempo que ejercitaban los piés el oficio de las manos; y en faltándome sacristan que me ayudase á dejar el armador de *Requiem* y dar sepulcro á sus pescados, escarbaba con un pié sobre la arena como toro en coso, y formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura á la presa, y con ambos cubria á los difuntos, para sacarlos en quedando en la soledad. Venian los arrieros, compraban el lance, y en corriendo por su cuenta, descansaban los piés, y trabajaban las manos; que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha será hallarse cercado de pícaros. Dígolo porque al instante que no corria el lance por el armador y que volvia las espaldas y desamparaba el monton de escamas plantadas á bien librar, les hurtábamos á los arrieros más de la tercia parte, por más bellacos que fuesen y por más cuidadosos que se mostrasen. Con el provecho de estos percances, racion y salario que ganaba, comia con sosiego, dormia con reposo, no me despertaban celos, no me molestaban deudores, no me pedian pan los hijos, ni me enfadaban las criadas, y así no se me daba tres pitos que bajase el Turco, ni un clavo que subiese el Persiano, ni que se cayese la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al sol, daba paga general á mis soldados, y me reia de los puntos de honra y de los embelecos del pundonor, porque á pagar de mi dinero, todas las demás son muertes, y sola es vida la del pícaro.

Habiéndome asegurado que en la ciudad de Málaga hacian levas de mozos de jábega unos pescadores antiguos con patentes de armadores, y que daban cincuenta reales á cualquiera bisoño que se alistase debajo de sus redes, dejé la Sabinilla, y me fuí al promontorio de la pasa y almendra, y al piélago de la batata. Senté plaza de holgazan, cobré paga de mandria. Pero cansado de andar atrás sin ser cabestrero, fingiendo haberle dado á un chulo una mojada con la lengua de un jifero, me retiré á sagrado y pedí iglesia, y cuando el armador venía á pedirme el dinero, dábale largas, diciéndole que el herido habia ya pasado del sereno, y que en habiendo declarado los cirujanos, volveria á trabajar y desquitar lo que habia recibido y gastado. Pero viendo que hacia diligencia para buscar al doliente, y que por no hallar rastro ninguno me queria echar en la prision, y que me andaba acechando para cogerme fuera de sagrado, me fuí una tarde al muelle, y hallando de partida un bajel frances que iba á Francia de poniente, y haciéndole creer al capitan que tenia unos parientes muy ricos en Burdeos, y que me habian enviado á llamar, llevándome cosa muy poca por el flete, me embarqué en su navío, porque es de hombres como yo el urdir una mentira, y es muy fácil de engañar un hombre de bien. Pasamos el estrecho de Gibraltar, que en lo borrascoso y apretado parece título moderno. Corrimos una tormenta hasta el cabo de San Vicente, y desde allí, ayudados de un viento fresco y favorable, llegamos á San Maló de Lilia, puerto de Francia y provincia de Bretaña. Hay en esta villa veinte y cuatro perros de ayuda asalariados, los

cuales están á cargo de un soldado que los asiste y cuida de ellos; que como hay soldados particulares, hay tambien soldados perreros. Este tal tocaba cada dia, al querer anochecer, una media luna ó llave de Medellin ó madera de tinteros, á cuyo horrendo són acudian todos los perros á una puerta sola que tiene la dicha villa; y echándolos fuera, hacian tal guardia y ronda toda la noche, que cualquiera persona forastera que llegase, ignorante de tales centinelas, lo hacian dos mil pedazos, con que estaba asegurada de cualquier antepresa y de cualquier cautela enemiga; y sin pretender esta escuadra perruna avanzamientos, ventajas ni ayudas de costa, entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta, jamás estaban quejosos. Tocaban caja en esta villa, levantando gente para ir en corso contra el Inglés, y daban á cada soldado una dobla. Yo, viéndome necesitado y en tierra extraña, y por gozar de todo y dejar en todas partes mi memoria eterna, cogí la dobla, senté la plaza, y levantando los talones, amanecí al tercero dia en Land, puerto y provincia de Normandía, adonde, por ser tiempo de guerra, juzgándome por espía del Inglés, me hicieron una salva de horquillazos y puntillones, que fué poco ménos que la de Borbon sobre Roma; y por hallar entre tantos malos algunos buenos, me dejaron pasar libre, y me escapé de una larga prision. Y valiéndome de mi acostumbrado oficio, y arrepentido de haber dejado en la ciudad de Lisboa mi socorrido hábito de peregrino, llegué á Ruan, cabeza de Normandía, á quien el caudaloso Sena, despues de haber sido cinta de plata de la gran córte de Paris, es tahalí escarchado de esta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazon, me fuí á la bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agregamiento de mercadantes portugueses, metiéndome en su corro y no á escupir en rueda, sino á hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumision que suele tener el que ha menester á otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habian criado en la raya de Portugal, la sabian muy bien, y me la habian enseñado; y despues de haberles dado á entender ser lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar á la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos mios, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares, á quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabian habian quemado á mi padre, cuyas cenizas traia puestas sobre el alma al lado del corazon. Ellos con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron á la casa del que me pareció el más rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndola dado, sin ser primer dia de Cuaresma, fué cada uno besando el papelon por antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir; y yo, mostrando un poco sentimiento, les di ampla comision, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que habia echado al mar, me habia librado de una gran tormenta que habia corrido en el estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que

les habia hecho creer, y decian con tiernas lágrimas: El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir. Repartieron las cenizas de la dicha posada ó bodegon, y mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron á la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nacion, me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercadante en la córte de Paris, para que me socorriese para ayuda á proseguir mi viaje; y despues de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar.

Tomé el camino de Paris, comiendo á pasto y á tabla de patron; y apénas llegué á verlo y reconocerlo, cuando empecé á dar voces, diciendo: Cata Francia, Montesinos, cata Paris la ciudad. Halléme corrido y avergonzado cuando entré y atravesé sus espaciosas calles de la vaya que me daban algunos remendones y desculadores de agujas, diciendo á voces: Señor don Diego, daca la borrica. Compré al pasar por una botica unas cantáridas y otros requisitos tocantes á mi oficio de cirujía, y yéndome á posar al burgo de San German, á la posada de uno de los expelidos de España, que se llamaba Granados, aquella misma noche me eché en el pescuezo dos emplastos ó vejigatorios; y á la mañana, por haber amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños sobre él, y me fuí al palacio del embajador de España, que era el marqués de Mirabel, y diciendo venir de Galicia á curarme del mal de los lamparones, me dió su limosnero tres cuartos de escudo por la llegada, y uno cada semana, hasta que fuí sano, sin llegar á piés reales. Dí la carta de favor, y tuve por ella otro socorro harto razonable. En esta córte ó confusa Babilonia, olvido del gran Cairo y lauro de todo el orbe, gastaba como mayorazgo, y comia como recien heredero, con que dí fin á la limosna de la tribu de Abrahan y á la caridad de los lamparones. Y por no volver á ser seguido de gozques y de andar dando aldabadas, me quité los emplastamientos y trapos del pescuezo, y me acomodé por paje de un caballero, natural de Roma, dándole á entender ser su paisano, y hijo de un caballero romano de honor de Su Santidad, de los que llaman del Esron. Tratóme á los principios como á hijo del tal, pero en muy poco tiempo conoció del pié que cojeaba; y descubriendo toda la tramoya, me quitó las calzas folladas y la procesion de agujetas, y me despidió de su servicio.

Viéndome desamparado y pobre y tan apartado de mi patria, por tener algun refrigerio para ayuda de llegar á ella, pues ya tenia de ayuda de costa el haber aprendido la lengua francesa, compré seis mil agujas de lo que habia buscado en el oficio pajeril, sin acordarme de lo bien que me fué con las andaluzas, y saliéndome de Paris, tomé el camino de Leon de Francia. Y vendiendo mi mercancía y gastando lo que sacaba de ella en los mejores vinos que hallaba, por tener valor y esfuerzo para poder hacer tan largas jornadas, hallé cerrados los pasos de aquella villa, por causa de la contagion; y así me fué forzoso buscar nuevas trochas y seguir modernos rodeos. Pasé por Montelimar y por Orange, y queriendo entrar por Aviñon, me tiraron dos mosquetazos las guardas de sus

puertas, y me hicieron volver atrás, por no llevar boleta de sanidad. Viéndome imposibilitado de remedio y que sin ser avestruz me habia comido toda la acerada mercancía, y habiendo hecho voto de no comer ni comprar ni aun carne de agujas, por no acordarme de tan ruin buhonería, me encomendé á Dios, y sin ser potro de Gaeta, me aparté reculando de la villa, y me volví por el mismo camino que habia traido. Hallé en un villaje un sargento que estaba levantando gente, el cual me preguntó que si queria ser soldado y servir al cristianísimo rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba la hambre y que en aquella ocasion, por solo mitigarla, serviria al Mameluco, le respondí que sí. Llevóme á su cuartel, que era en una villa llamada Sabaza; entregóme á su capitan, cuyo nombre era monsieur Juni, del regimiento del baron de Montéme. Hízome con él, y poniéndome un cuarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su compañía, dándome por nombre monsieur de la Alegreza; porque como el capitan era más fino que un coral, y me vió en la comida alegre de cascos y me conoció el humor, me confirmó sin ser obispo, dándome nombre conforme á mi sugeto. Marchamos por el Delfinado, haciendo buena cherra, y en cada tránsito habia avenidas de brindis, al tenor de Abu, monsieur de la Fortuna; Abu, monsieur de la Esperanza. Hallábame más contento que una Pascua de flores; juzgaba aquella vida por la mejor que habia tenido, y llamaba á aquella provincia la tierra del Pipiripao. Fuímos á guarnicion á la villa de Roman, adonde á costa de los patrones comíamos á dos carrillos, y pedíamos á discrecion, y habia libertad de conciencia, siendo rey chico Juan soldado, adonde persuadidos de los oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestábamos los vecinos, gastábamos cada dia cien cubas de vino, y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes que hacíamos en nuestras posadas y en el cuerpo de guardia. Vino el unto á los mayores, recibieron el soborno, y echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos dias. Mucho paño tenia aquí adonde poder cortar, pero se embotaran mis tijeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos. Diéronnos un tapaboca Bartolo, con darnos cada dia medio cuarto de escudo; que para henchir los oficiales las bolsas es necesario que los soldados aflojen las barrigas.

Embarcámonos al cabo de una temporada en una villa del duque de Guisa, llamada Mondragon, y conducidos de las soberbias corrientes del caudaloso rio, llegamos á desembarcar en la Provenza, adonde nos agregamos á una armada que tenia el dicho duque para socorrer el Casar de Montferrat, á cuya oposicion estaban en Villafranca de Niza las galeras de Nápoles, y por general de ellas don Melchor de Borja. Enfadábame ya de oir tanto alon, alon, sin haber alguno de gallinas ni de capones, y el gastarme todos el nombre con monsieur de la Alegreza acá, monsieur de la Alegreza allá; y sobre todo estaba temeroso de ver que algunas veces que me habia puesto como el arco del íris, cantaba en sino español, por lo cual dieron en tenerme por sospechoso y llamarme espion; que el hombre que llega á beber más de aquello que es menester, no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los ajenos. Dieron á toda el armada una paga, que es la extremauncion de los franceses cuando entran en países extra-

ños, la cual cogí con ambas manos, y apresurando ambos piés, fuí á resollar á Villafranca; hablé á la guardia de la puerta en italiano, por lo cual me dejaron entrar. Fuí á ver á don Melchor de Borja, y contándole todo mi suceso, lo celebró mucho; y por parecerle soldado entretenido, me mandó dar dos doblas y que acudiese á comer á su casa. Vínole órden del duque de Saboya para que marchase con los españoles, y dejase los saboyardos y otras naciones que estaban á su órden, y que dejase á los franceses á que siguiesen su camino. Embarcóse así que la recibió, y fatigados de una procelosa borrasca, llegamos á Monaco, y de allí zarpamos á la ciudad de Génova, desde adonde envió nuestro general dos galeras de su escuadra por bastimentos á la villa de Liorna. Embarquéme en una de ellas, y habiendo tenido un feliz viaje, al desembarcar en el muelle de la dicha villa, supe cómo su alteza el gran duque de la Toscana levantaba gente para enviar al estado de Milan. Alistéme al instante, por no perder el tiempo ni la ocasion. Diéronme ocho ducados de contado, y tuve cuatro meses desvedada la bellota en casa de patrones, adonde daba de puntillazos al sol y me burlaba de la fortuna. Envió el gobernador de Milan á dar aviso á su alteza de que al presente no necesitaba de aquella gente, por lo cual dieron licencia á muchos soldados, siendo yo uno de los primeros, por ser pequeño de cuerpo y por constarle á mis superiores no ser grande de virtudes.

Púseme en camino á la vuelta de Sena, y pasando por Viterbo del Papa, llegué cuarta vez á la gran ciudad de Roma. Fuí á ver á mis hermanas, de quien fuí mal recibido; y queriendo hacer del esmarchazo, llamaron un vecino suyo, barrachel de justicia, el cual cantando aquel verso de *mira, Zaida, que te aviso*, me puso en la calle, tomando á su cargo el amparo de mis hermanas. Fuíme al palacio del conde de Monterey, que estaba entónces por embajador de España, adonde me junté con un portugués, que era criado de don Juan de Eraso; y volviendo á continuar la vida de los temerarios, estafábamos cortesanas, y agotábamos tabernas. Abríle trinchera á un pintor en la cara sobre ciertos arrumacos que hacia á una conocida mia, por cuyo delito fué fuerza retirarme al palacio del dicho embajador; y viendo mi pleito en mal estado y que mis hermanas aun no me daban un Dios te ayude, cosa que se da cada instante á uno que estornuda, me ayudé de mi hacienda trocando secretamente una casa que me habia dejado mi padre en la calle Ferratina por una gran suma de pinturas, las cuales envié por la conducta á Nápoles. Y yendo yo despues á tratar de su enajenacion, dí tan buena cuenta de ellas, que en ménos de un mes la mayor parte me la chuparon damas y me la comieron rufianes; y algunas cincuenta que me habian quedado las perdí una noche al juego de las pintas, parando á pintura y pintura, y diez en la quinta. Viendo que se me habia caido la casa, por haber perdido, no por falta de ciencia, sino por haberme encontrado con otro más diestro que yo, senté plaza, en una leva que se hacia para España, en la compañía, sin caballos y con esperanza de rocines, del prior de la Rochela, y volví de nuevo á escandalizar con embustes el cuartel, á alborotar los cuerpos de guardia y á inquietar los bodegones, cargado más de miedo que de hierro y con una letanía de valentía amontonada.

Metióme en prision mi capitan por cabeza de estos banderizos, porque temia que me huyese con ellos; y dióme en lugar de castillo el alcázar del Tarazanal, porque á gran rio, gran puente. Embarcámonos en una fuerte armada para ir á España, yendo por generales de ella el marqués de Campolátaro y el de Santo Luchito, y por general de la caballería mi capitan, y por comisario general don José de Palma. Arriméme todo el tiempo que duró la embarcacion, por tener razonable pluma y por saber algo de cuenta, á la despensa del bajel, adonde iba embarcado para ayudar á dar racion á la gente de mar y guerra; y por andar al uso y no querer asentar en oficio que todos yerran, daba el despensero el bizcocho más menudo á los soldados, preservando siempre las costras mayores y enteras. Ibales dando raciones de atun de lo que se iba pudriendo, y guardaba lo que estaba bueno. Metia un punzon en el tocino, y el que estaba oloroso le iba ocultando, y distribuyendo el que no lo estaba, haciendo lo mismo con el vino y con lo demás que está á su cargo; porque ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado. Tenia cuidado de regalar al cabo de la guardia y al capitan que venía por cabo del bajel, con que todos callaban y amorraban, y al compás que lo pasaban mal los soldados, triunfábamos nosotros. Llegamos á dar fondo en Rosas, adonde se desembarcó toda la infantería; salimos del puerto la caballería desmontada, y tomamos tierra á seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa, escribiendo sobre el socorrido papel de su arena la pena de quedarnos sin patron y hechos lobos marinos de la playa; á la mañana nos alojaron donde tuvimos de ello con ello, pues detrás de un regalo oíamos un *cap de Deu*, y veíamos media docena de pistoletes. Estaba mi capitan conmigo, por haberme retenido una paga y haber yo dado queja sobre la restitucion. Era yo siempre su ceja, pues que me tenia sobre ojo; que el soldado que no se dejare pasar por cima en materia de interés y tratare de dar quejas ó capitular á sus oficiales, su verdad será mentira; y demás de no avanzar, será mal quisto y aborrecible; y en achaque del servicio del rey, le darán con que no quede de servicio. Pasábalo yo mejor que todos los de mi compañía, por estar alojado en una taberna y ser intérprete con los catalanes y napolitanos, pagándome el corretaje en ponerme á veces, que por hablar catalan, hablaba caldeo, y por hablar napolitano, hablaba tudesco. Tuve un dia una pendencia con un soldado sobre un mentís por la gola, y dándole por debajo de ella una estocada, dí con él patas arriba, por haberse él mismo, no haciendo caso de mí, entrado por los filos de mi espada; de manera que le hirió su gran soberbia, y no mi mucha modestia. Y por no dar venganza á mi capitan ni dar lugar á que satisficiesen su rencor, con hacerme prender y castigar, ó querer él mismo abrirme de grados y corona, me fuí á la ciudad de Barcelona, adonde de presente estaba el que nació infante, y gobernó cardenal, y murió santo. Tomé tierra del Papa, y por no estar á merced de la justicia, me amparé de la piedad del convento de la Merced. Mi capitan, como si yo le hubiera á su padre robádole su hacienda ó quitádole su dama, envió tras mí á hacerme prender en Barcelona, y anduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abanillo de la compañía y hijo de huevo de la armada, que sin valerme antana, ni defensa de motilones, ni aquello de iglesia me llamo, me

hizo, con una cuadrilla de alguaciles y corchetes, sacar de sagrado y meterme en la cárcel del Tarazanal; que hay soldado que, por agradar á su capitan, prenderá al mismo que le dió el sér, con razon ó sin ella.

Echáronme grillos y cadena y una argolla al pescuezo, con un virote que siempre señalaba al norte y apuntaba á las vigas. Fulminaron un proceso de soldado huido y alborotador de la armada; y sin reparar en el dolor que le costé á mi madre cuando me parió, el trabajo que tuvo en envolverme, ni el molimiento que pasó en columpiarme, me dieron un susto con el debo condenar y condeno, por ser cosa que tenia con qué pagarla, que á echarme la ley de la *numerata pecunia*, fuera irremediable el dar satisfaccion. En efecto, como quien no dice nada ó como quien no quiere la cosa, me sentenciaron á oir sermoncito de escalera, á santiguar el pueblo con los talones y á bambolearme con todos vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca, y como si la que yo tenia me la hubiera dado el Pilátos que dió la sentencia. Notificóme un notario, tan buen cristiano, que no pidió albricias por la buena nueva ni derechos de lo procesado. Hice algunos pucheros cuando la oí; atragantéme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotones de lejía de panilla. Díjome el carcelero que me pusiera bien con Dios, sin haberme dado para aquel último trance con que ponerme bien con Baco. Y acordándome del tránsito que habia de pasar, para probar si era como los que habia hecho siendo monsieur de la Alegreza, me apretaba con la mano el gaznate, y con ser sobrepeine, no me agradaban aquellas burlas, diciendo entre mí: Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, ¿qué hará la soga, siendo de esparto duro? Hincándome de rodillas pedia misericordia al cielo; prometíale, si me viniera en libertad, hacer penitencia de mis pecados y mudar de vida; mas al cabo vino á ser el juramento de Pelayo.

Pasó la voz por toda la ciudad, y acudieron muchos amigos á verme, y vecinos de ella á censurarme. Los amigos me consolaban, diciéndome que me animara, que aquel era camino que lo habíamos de hacer todos, que solo les llevaba la delantera; y en lo último se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia, y ellos han llevado la delantera, perdonando verdugos, pidiendo misas, y haciendo alzar dedos. Decian algunos catalanes que era compasion, por cosa tan poca, privarme de la vida en lo mejor de mi edad; otros, que tenia cara de grandísimo bellaco; otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró á este tiempo un fraile francisco muy trasudado y fervoroso, preguntando:

—¿Dónde está el sentenciado? Yo le respondí:

—Padre mio, yo lo soy, aunque no tengo cara de ello. Díjome:

—Hijo, ahora es tiempo de tratar de tu salvacion, pues ha llegado la intemerata; y así este poco de vida que le queda es menester emplearla en confesar sus culpas y en pedir á Dios perdon de sus pecados. Respondíle:

—Padre mio, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrínseco, que me hizo medio carnal á costa de un ojo, me decia que ántes mártir que confesor; demás que por cumplir los Mandamientos de la santa madre Iglesia, no me confieso sino una vez en el año, y esa por la Cuaresma. Pero si es ley humana que pague con la vida el delito que he cometido,

vuestra reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento ni precepto divino que diga: *No comerás ni beberás;* y así, pues no voy contra lo que Dios ha ordenado, vuestra paternidad trate de que se me dé de comer y beber, y despues tratarémos de lo que nos está bien á los dos, que en tierra de cristianos estoy, y iglesia me llamo.

El padre, algo enojado de oirme decir chilindrinas en tiempo de tantas véras, sacó de su manga un crucifijo pequeño, y empezóme á predicar aquello de la ovejuela perdida y lo del arrepentimiento del buen ladron; y esto dando tantas voces, que atronaba todo el Tarazanal, y derramando tantas lágrimas, que inundaba aquel pequeño retrete. Yo, que más gana tenia de comer que de oir sermones, por haber veinte y cuatro horas que no me habia desayunado, decia entre mí viendo las crecientes de llantos que destilaba por sus ojos: Aunque más lagrimas deis, en vano las derramais. Mas viendo que alguna razon tenia, pues daba tantas voces, y que sin ser víspera de San Estéban me querian colgar como racimo de uvas, alargarme el gaznate como si fuera ganso, despejé el rancho, y hincando una rodilla y poniéndome en postura de ballestero, desembuché la talega de culpas, y dejé escueto el almacen de los pecados; y habiendo recibido la bendicion y el *ego te absolvo*, quedé tan otro, que solo sentia el morir, porque juzgaba, segun estaba de contrito, que se habian de tocar de su mismo mótivo todas las campanas, y alborotarse toda Barcelona, y dejar de ganar su jornal la pobre gente por venirme á ver. Mas por conservar y alargar la vida, como en prenda tan amable, hice dar un memorial en mi nombre al marqués de Este, que ejercia el puesto de general de la caballería, por haber muerto el prior de la Rochela, alegando en él ser hijodalgo, y que conforme los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadahalso, degollado como carnero, y no en horca, ahogado como pollo. Pensaba que me pediria informacion de ello, y que me daria término para enviar á hacer las pruebas á Roma y á Salvatierra, y que en el ínter no me faltaria una lima sorda para limar la cadena y grillos, ó una ganzúa para abrir las puertas de la prision; pero salióme todo en vano, porque el marques respondió que él no pretendia otra cosa sino que yo muriese ajusticiado, que en lo demás escogiera yo la muerte que quisiera. Agradecíle la cortesía, y tomando una piedra, y pareciendo un penitente jerónimo, me daba con ella infinidad de golpes en los pechos; pero con tanto tiento y con tanta blandura, que no se rompieran aunque fueran de mantequillas. Perdí el color, faltóme el aliento, y trabóseme la lengua cuando oí que en mis tristes oídos clamoreaban los ecos de los esquilones y campanillas de la santa Caridad.

Estando con este susto, que le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal don Francisco de Peralta, secretario de cámara de su alteza, y José Gomez, su barbero; y habiéndose informado de todo, mostrando algun sentimiento, llegaron á darme el pésame de mi desgracia. Pero viéndome que como si me hubiera de sacar á bodas hablaba bernardinas y echaba chiculios, y que habia convertido la piedra, sin ser Domingo, de tentacion en dos libras de pan, que me habia enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con

ellas, volvieron el sentimiento en alegría, y me dijeron, que cómo no sentia el haber de morir. Respondíles que harto lo habia sentido miéntras no me habian dado de beber; pero que tenia para conmigo el vino tal virtud, que al instante que lo bebia me quitaba y desarraigaba toda la melancolía. Y que advirtiendo que aquel dia salia de poder de soplones, alguaciles y escribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi general que, debajo de mi palabra me diera licencia por tres meses para ir á Roma á confesar ciertos pecados reservados á Su Santidad para descargo de mi conciencia y salvacion de mi alma, me haria muy grandísimo favor, y que yo les haria pleito homenaje, como infanzon gallego, de volver en cumpliéndose el término á ofrecerme al funesto suplicio y entregar al trinchete de gargueros la mejor cabeza que jamás ciñó garzota. Cayóles tan en gracia mi demanda, que habiendo conocido mi buen humor y el buen tiempo que gastaba, me prometieron ayudar, y le fuéron á informar de todo á su alteza serenísima al mismo instante, por el peligro que corria en la tardanza; el cual, como príncipe tan piadosísimo y por constarle que tenia iglesia, mandó que se suspendiese la ejecucion y que se revocase la sentencia de muerte y que me echasen por diez años en galeras.

Estaba tan de mi parte el marqués de Este como si yo le hubiera hecho alguna sangría estando resfriado, que replicó á la gracia que se me habia concedido, y dijo que era muy tierno y delicado para traspalar sardinas, y que así era mucho mejor, para que fuese un ejemplar á toda la armada, quitarme de este mal mundo, y que cuando se hubiera hecho tres ó cuatro años ántes, no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y abogados y de tal suerte encarecieron á su alteza mi despejo y taravilla de donaire, que le dió deseo de verme, y mandó sacarme de la prision libre y sin costas, y que yo le fuese á besar los piés por la merced que me habia hecho. Lleváronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dejando burlado al pueblo, cansados los campanilleros, y sin provecho el verdugo, me fuí contoneando á palacio, recibiendo parabienes y haciendo pagamento de ellos con una pluvia de gorradas. Echéme á los piés de su alteza serenísima, díle las gracias por la recibida, y despues de haberme oido algunas agudezas y contándole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios haciéndome grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiéndome que con el tiempo me haria de la llave dorada de las despabiladeras. En efecto me trató como á bufon, y me mandó dar de beber como á borracho. Pero aunque estuve á pique de cubrirme y de tomar posesion de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pajes con manos pródi lagas y por grande aficion que tenia al hábito de soldado; por lo cual me salí de acpalio, y me fuí á dar dos sangrías para atajar el daño que me pudiera venir del susto que habia pasado.

CAPÍTULO VI.

En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo á Milan, y cómo pasó á la Alsacia, y se halló en la batalla de Norlinguen.

Despues de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me ví y recuperado en una taberna la sangre que me habia hecho sacar, yéndome un dia paseando hácia la vuelta del muelle, supe cómo el duque de Cardona levantaba un tercio, para enviarlo á Lombardía, y que era maestre de campo don Felipe de Cardona, su hijo; y por coger ciertos reales que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de soldado; pero apénas mi capitan me vió tan mozo y nada pesado, cuando me metió en galera con los demás de sus soldados, temiendo que me perderia y que necesitase que me pregonasen. Zarpamos de allí á estar de presidio en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabase de hacer, adonde teníamos cada tarde un pequeño socorro; mas porque era ménos que moderado y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de valerme de uno de tantos oficios como sabía y habia ejercitado; y despues de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en conclave, hacer una buena eleccion, elegí el de cocinero, por cogerles con suavidad los socorros á los soldados y por socorrer con ellos mis necesidades; para cuyo efecto armé un rancho, que ni bien era bodegon, ni bien casa de posadas; pero un bodegoncillo tan humilde, que pudiera la guerra dejarlo por escondido ó perdonarlo por pobre. Estaba hecho á dos aguas, y no tenia defensa para ninguna. Era todo él ventanaje, y necesitaba de ventanas; con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, y veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenia puerta ni cerradura ninguna. Eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de grandes y torneadas losas, que habian servido de tapaderos de caños, sus ollas y cazuelas de cocido y no vidriado barro, y su vajilla de pasta del primer hombre. Pusiéronle por nombre la plaza de armas, por su poco abrigo y ménos limpieza, pues no habia en toda ella mas rodilla para limpiar los platos que mi falda de camisa. Hacia cada dia un potaje, que aun yo mismo ignoraba cómo lo podia llamar, pues ni era jigote frances, ni almodrote castellano; mas presumo que si no era legítimo, era pariente muy cercano del cocinado de Valladolid, porque tenia la olla en que se guisaba tantas zarandajas de todas yerbas y tanta variedad de carnes, sin preservar animal, por inmundo y asqueroso que fuese, que solo le faltó jabon y lana para ser olla de romance, aunque lo fué de latin, pues ninguno llegó á entenderla, ni yo á explicarla con haber sido estudiante. Con esto engrasaba á los soldados, y despachando escudillas de contante y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio, y yo con todos los socorros.

Despues de haber durado algunos dias esta industria ó disimulado robo, prueba de mi buen ingenio y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un bajel, y fuimos á dar fondo junto á la bahía de Génova, adonde aun no hube puesto los piés en tierra cuando traté de escurrirme, sin ser anguila mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada que habia hecho Barcelona, no pude salir con mi intento. En efecto, marchamos la vuelta de Lombardía, teniendo siempre tapa al són del tapalapatan, y descubriendo tapaderos de cubas, á la sombra de la sábana pintada, llegamos á Alejandría de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas ni encuentros, nos dieron vestidos de municion, que en lengua latina se llaman vestidos mortuorios, y en castellano mortajas. Yo, temiendo vestirme de finado y de hacer mis exequias en vida y por no parecer bisoño, siendo soldado viejo, y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fes, por ser mercancía que jamás se ha negado á ninguno), me fingí enfermo, y me fuí á un hospital, valiéndome del ardid del diente de ajo, gustando más de estar en carnes vivas que en vestidos difuntos. Repartieron todas las gentes en castillos y guarniciones, y al punto que supe me habian dejado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como el galápago de mi santo retiro, y saliendo como caracol en verano, con toda la casa á cuestas, cuyo peso era bien ligero, me fuí á la ciudad de Milan. Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con más soldaduras que una caldera vieja, arrimé á una parte como á gigante la milicia, y siguiendo la milicia de la córte, reconocí su ventaja y senté el pié, volviendo de muerte á vida y de pobre á rico.

Salí el dia que llegué á ver despacio aquella famosa ciudad, y me pareció una de las buenas de todas cuantas habia andado, y que á gozar de mar, como muchas de ellas, no sufriendo igualdad, les llevara conocidas ventajas. Ví que sus templos competian con los de Roma, que sus palacios aventajaban á los de Sevilla, que sus calles excedian á las de Lisboa, sus sedas á las de Génova, sus brocados y cristales á los de Venecia, y sus bordaduras y curiosidades á las de Paris. Visité el palacio y córte, habitacion de su alteza serenísima el señor infante Cardenal, que habia acabado de llegar de Barcelona á gobernar tan hermosísima ciudad y á defender tan inexpugnable estado. Hablé con todos los conocidos, y díme á conocer á los que no lo eran; y enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo cuán agradable es el *troppo variar*, me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas; vendíme por natural de Alcaudete; picaba á todas horas como alguacil, y cantaba á todos ratos como alcaudon; tenia aposentos de congregacion de ninfas de canton, salas de busconas, palacios de cortesanas, y alcázares de tusonas. Vendia sus mercancías á todos precios, vivia siempre con el adelanto, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos que dicen, que quien no paga tentado, mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de reloj, hacia amistades sin ser valiente, y llevaba á cada instante á vistas sin ser casamentero. Era, cuando me hallaba á solas con ellas, el Píramo de su aldea; en habiendo visitas, era su criado; en habiendo pendencias,

su mozo de golpe; y en hacerles los mandados, su mandil. Incitábalas á ser devotas de san Roque, y aconsejábalas que siempre que lo visitasen, se acercasen al ángel y huyesen del perro. Campaba como mercader, vivia como gran turco, y comia á dos carrillos como mona. Llegábame siempre á los buenos, por ser uno de ellos; acercábame á los ricos, y huia de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones, sin necesitar de aprender lenguas. Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera descendimientos de manos, rasguños de navajas y sopetones de machetes. Pero viendo que por ciertos estelionatos del signo Virgo me querian dar colacion de la referida, me amparé del palacio de don Marco Antonio de Capua, hermano del príncipe de Roca Romana, caballero napolitano; y por habérsele ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina, y empuñé el cetro de la cuchara. Y despues de haber estado algunos dias en quietud y regalo, complaciendo á mi amo y haciendo alarde de mis estofados y reseña de mis aconchadillos, marchó su excelencia el duque de Feria con un lucido, aunque pequeño ejército, para dar socorro á la Alsacia, yendo mi amo por capitan de una compañía, y yo por su soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchísimo descanso y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas y diferencias de muy suaves y odoríferos vinos; porque como llevaba pella de doblones, hallábamos aun mucho más de aquello que queríamos. Pasamos el Tirol, y juntáronse nuestras fuerzas españolas con las imperiales, que estaban á cargo del mariscal Aldringer; y hecho de todas un cuerpo, socorrimos á Costanza y Brisaque; y volviendo á separarse, nos fuimos á invernar á la Borgoña, adonde me fué fuerza reformarme del oficio y cargo que me habian dado de la cocina, por hallarla en todas las vistas que hacia hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas, y sus calderos y asadores rompepollos; siendo causa de este daño la destruccion de la tierra y la falta del dinero.

Viéndome pues cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trato; y haciéndome mercante de hierros y clavos de herrar caballos, y marchando á la vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desenclavado, y conocí el yerro que habia hecho en emplear mi caudal en cosa que no podia acertar; de modo que lo que fiaba, no me pagaban; lo que me estafaban, aun no lo agradecian; y lo que hurtaban, jamás me lo restituian; con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi capitan, adonde yo llevaba la indigestible mercancía, muy vacío, y mi bolsa muy anublada. Fuése en esta ocasion mi amo á Italia, á cosas que le importaban, dejándome á mí desherrado y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas y perdido el trato de los hierros. Hallóse al presente sin cocinero don Pedro de Ulloa, capitan de caballos; y por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que le sirviese en el dicho oficio, porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey. Contóme mi amo, el pretendiente á quien serví de paje en Madrid, que hallándose en una aldea cercana á él una víspera de Córpus, llegó una tropa de infantería representanta, que ni era compañía ni farándula, ni mojiganga ni bolula,

sino un pequeño y despeado ñaque, tan falto de galas como de comedias, el cual, á título de compañía de á legua, pretendió hacer la fiesta del dia venidero, ofreciendo satisfaccion de muestra; y que habiéndose juntado todo el concejo, gustaron de oirlos, para ver si eran tales como ellos presumian. Llamáronlos en casa del alcalde, y delante de mi amo y de los jurados representaron el auto de *La locura por el alma*, adonde el que hacia á Luzbel, por dar más voces que los demás, pareció mejor que todos, siendo todos harto malos. Acabóse la muestra: salió mi amo á la plaza con todo el ayuntamiento, adonde hallaron al cura, que por haber estado diciendo vísperas, no se habia hallado en la representacion: él preguntó al alcalde que qué tales eran los representantes. Satisfízole con decirle que no habian parecido mal, pero que uno, que representaba el diablo, era el mejor de todos. A lo cual le respondió el cura: Si el diablo es el mejor, ¿qué tales serán los demás? Por lo cual aplico y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército, no sabiendo lo que me hacia, ¿qué tales serian los demás? En efecto, á falta de buenos me hizo mi amo alcalde de su cocina y soldado de su compañía.

Prosiguiendo la dicha marcha, llegamos á alojar á las sierras de Baviera, adonde nos dieron por patron uno de los más ricos de ellas, aunque por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre; mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demás de ser enemigos no excusados, son los pregoneros de los defectos de sus amos. Hablaba nuestro patron tan cerrado aleman, y ignoraba tanto el lenguaje español, que ni él nos entendia lo que nosotros decíamos, ni nosotros entendíamos lo que él hablaba. Pedíamosle por señas lo que habíamos menester, y él, aunque las entendia, como no eran en su provecho, se daba por desentendido y encogíase de hombros. Díjome el criado que me habia advertido de lo demás, y entendia un poco la lengua italiana, que su amo era un buen latino, que si habia alguno entre nosotros que hubiera sido estudiante, le daria á entender lo que le pedíamos. Alegráronseme las pajarillas, por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña, y que podia hacer de las mias, sin que nadie me entendiera. Acerquéme al patron, y díjele muy á lo grave que yo era furriel, mayordomo y cocinero de mi amo, y que así le advertia que tenia un capitan de caballos del rey de España en su casa, y persona de mucha calidad; que tratase de regalarle muy bien á él y á sus criados, y que porque venía cansado y era hora de comer, que hiciese traer todo lo que era necesario. Respondióme que le dijera la provision que me habia de hacer en la cocina, y que haria á sus criados que lo trajesen al punto. Díjele que era menester para la primer mesa de los gentileshombres de la boca, y para la segunda de los pajes y meninos, y para la tercera de los lacayos, estaferos y mozos de cocina una vaca, dos terneras y cuatro carneros, doce gallinas, seis capones, veinte y cuatro palominos, seis libras de tocino de lardear, cuatro de azúcar, dos de toda especia, cien huevos, cincuenta libras de pescado para escabeche, medio pote de vino para cada plato, y seis botas de respeto. El, haciéndose más cruces que hay en el monte santo de Granada, me dijo:

—Si para las mesas de los criados es menester lo que vuesamerced pide, no habrá tanta hacienda en este villaje para la del señor. Respondíle:

—Mi amo es tan gran caballero, que más quiere tener contentos á sus criados que no á su persona; y así él y sus camaradas no hacen de gasto al dia á ningun patron sino un relleno imperial aovado. Preguntóme que de qué se hacia el tal relleno. Respondíle que me mandase traer un huevo y un pichon recien nacido y dos carros de carbon, y mandase llamar á un zapatero de viejo, con alesna y cabos, y un sepulturero con su azada, y que sabria todo lo que se habia de buscar para empezar á trabajar en hacerlo. El patron, medio atónito y atemorizado, salió en busca de lo necesario al relleno. Y al cabo de poco espacio me trajo todo lo que habia pedido, excepto los dos carros de carbon. Toméle el huevo y el pequeño pichon, y abriéndolo con un cuchillo de mi sazonada herramienta, y metiéndole el huevo, despues de haberle sacado las tripas, le dije de esta forma:

—Repare vuesamerced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato: este huevo está dentro de este pichon, el pichon ha de estar dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capon, el capon dentro de un faisan, el faisan dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera, y la ternera dentro de una vaca. Todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado y lardeado, fuera de la vaca, que ha de quedar con su pellejo. Y cuando se vayan metiendo unos en otros, como cajas de Inglaterra, porque ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo á dos cabos, y en estando zurcidos en el pellejo y panza de la vaca, ha de hacer el sepulturero una profunda fosa, y echar en el suelo de ella un carro de carbon, y luego la dicha vaca, y ponerle encima el otro carro, y darle fuego cuatro horas, poco más ó ménos; y despues sacándola, queda todo hecho una sustancia y un manjar tan sabroso y regalado, que antiguamente comian los emperadores el dia de su coronacion. Por cuya causa y por ser el huevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno imperial aovado. El patron, que me estaba oyendo la boca abierta y hecho una estatua de piedra, lo tuvo tan creido y se persuadió tanto á ello, viendo mi entereza y la priesa que le daba á la brevedad de traer todos los requisitos que le habia ordenado, que tomándome la mano, harto sin pulsos la suya, me la apretó, y me dijo:

—*Domine, pauper sum;* á lo cual, entendiendo la seña, le respondí:

—*Nihil timeas.* Y llevándolo á la cocina, nos concertamos de tal modo, que restaurando la pérdida de los hierros, me sobró con que poder comprar dos pares de botas, haciéndole á mi amo creer que era el patron muy pobre, y que le habian robado todo el ganado gente de nuestras tropas, por lo cual lo habian dejado destruido; por cuya causa, teniéndole compasion, me mandó, por saber que yo solo lo entendia, que acomodase con él lo mejor que pudiera, de suerte que no le hiciese mucha costa en el gasto de la comida. Pero viendo los criados que me abundaba el vino en la cocina y que me sobraban los regalos que el patron me enviaba, dieron cuenta á mi amo, recelosos de la cau-

tela; el cual hizo diligencia de saber si era verdadero lo que yo le habia asegurado; y hallando ser todo al contrario y que estaba alojado en la casa más rica de aquel villaje, llamó al patron, y con un intérprete borgoñon, que entendia las dos lenguas, supo de él la contribucion que me habia dado y que le habia dicho que era su furriel, mayordomo y cocinero, y lo demás que he referido. Bajó mi amo á la cocina, y tomando un palo de los más delgados que habia en ella, me limpió tan bien el polvo, que más de cuatro dias comió asado y fiambre por falta de cocinero. Yo le dije, viéndome más que aporreado, que si queria servirse de hombre de mi oficio que fuese fiel, que lo enviase á hacer á Alcorcon, y que se persuadiese á que no habia cocinero que no fuese ladron, saludador que no fuese borracho, ni músico que no fuese gallina. Salimos de allí, y fuimos á hacer plaza de armas general en la campaña, llevando yo, por la obligacion de ser soldado, una carabina con braguero, por habérsele rompido caja y cañon, y un frasco lleno de pimienta y sal, para despolvorear los habares; y por armas tocantes á la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano y cuchillo pequeño; que á tomar trasformacion y convertirse en perros, se pudiera decir por mí que lleva *perri chiqui*, *perri grandi*, *perri de tuti maneri*.

Pasamos de la plaza de armas á juntarnos con el ejército que traia su alteza serenísima el infante Cardenal para pasar á los estados de Flándes; y habiéndonos agregado á él siguiendo la dicha derrota, ganamos algunas villas, cuyos nombres no han llegado á mi noticia, porque yo no las vi ni quise arriesgar mi salud ni poner en contingencia mi vida, pues la tenia yo tan buena, que miéntras los soldados abrian trinchera, abria yo las ganas de comer; y en el ínter que hacian baterías, se las hacia yo á la olla, y los asaltos que ellos daban á las murallas, los daba yo á los asadores. Y despues de ponerse mi amo á la inclemencia de las balas y de venir molido, me hallaba á mí muy descansado y mejor bebido, y tenia á suerte comer quizás mis desechos, y beber, sin quizás, mis sobras. Fuimos prosiguiendo nuestra jornada hácia la vuelta de la villa de Norlinguen, juntándose en el camino nuestro ejército con el rey de Hungría, con lo cual se doblaron las fuerzas y nos determinamos á ir á ganar la dicha villa. Y al tiempo que la teníamos bloqueando y esperando cura, cruz y sacristan, el ejército sueco, opuesto al nuestro, pensando darnos un pan como unas nueces, vino por lana, y volvió trasquilado. Yo, si va á decir verdad, aunque no es de mi profesion, cuando lo ví venir me acoquiné y acobardé de tal manera, que diera cuanto tenia por volverme Icaro alado ó por poder ver la batalla desde una ventana. Cerró el enemigo con un bosque sin necesitar de leña ni de carbon, y ganándolo á pesar de nuestra gente, se hizo señor absoluto. Llegó la nueva á nuestro ejército, y exagerando algunos de los nuestros la pérdida, pronosticaban la ruina; que hay soldados de tanto valor, que ántes de llegar á la ocasion publican contentarse con cien palos. Yo, desmayado del suceso y atemorizado de oir los truenos del riguroso bronce y de ver los relámpagos de la pólvora y de sentir los rayos de las balas, pensando que toda Suecia venía contra mí, y que la menor tajada sería la oreja, por ignorar los caminos y haberse puesto capuz la señora luna, me retiré á un derrotado foso, cercano á nuestro ejército, peque-

ño albergue de un esqueleto rocin, que patiabierto y boca arriba se debia entretener en contar estrellas. Y viendo que avivan las cargas de la mosquetería, que rimbomban las cajas y resonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, habiéndome tendido en tierra, aunque vuéltole la cara por el mal olor, que parecíamos los dos águilas imperiales sin pluma. Y pareciéndome no tener la seguridad que yo deseaba, y que ya el contrario era señor de la campaña, me eché por colcha el descarnado Babieca; y aun no atreviéndome á soltar el aliento, lo tuve más de dos horas á cuestas, contento de que, pasando plaza de caballo, se salvaria el rey de los marmitones. Llegó á esta ocasion al referido sitio un soldado de mi compañía, poco ménos valiente que yo, pero con más opinion de saber guardar su pellejo, que presumo que venía á lo mismo que yo vine; y viendo que el rocin se bamboleaba por el movimiento que yo hacia, y que atroné todo el foso con un suspiro que se me soltó del molimiento de la carga, se llegó temblando al centauro al revés, preguntando á bulto:

—¿Quién va allá? Yo, conociéndole en la voz, le llamé por su nombre, y le supliqué me quitara aquel hipógrifo de encima, que por ser desbocado habia dado conmigo en aquel foso y cogídome debajo; hizo lo que le rogué; mas reconociendo que el rocin era una antigua armadura de huesos, no pudiendo detener la risa, me dijo:

—Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caida, pues el caballo se ha hecho pedazos, y vuesamerced ha quedado libre. Respondíle:

—Señor mio, cosas son que acontecen, y aun se suelen premiar. Calle y callemos, que sendas nos tenemos, y velemos lo que queda de la noche á este difunto, porque Dios le depare quien haga otro tanto por su cuerpo cuando de este mundo vaya. Concedió con mi ruego, y tomó mi consejo; y al tiempo que la aurora, atropellando luceros, daba muestras de su llegada, despidiéndome de mis dos camaradas de cama, me fuí á una montañuela, apartada del campo enemigo, por parecer curioso y no tener que preguntar y por confiarme en mi ligereza de piés y tener las espaldas seguras.

Empezáronse los dos campos á saludar y dar los buenos dias con muy calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada, y al tiempo de cerrar unos regimientes del sueco con uno de alemanes, empecé á dar voces, diciendo: ¡ Viva la casa de Austria! ¡ Imperio, imperio! ¡ Avanza, avanza! Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de avanzar iban volviendo las espaldas, volví yo las mias, y con ménos ánimo que aliento, y con más ligereza que valor llegué á nuestro ejército. Encontré en su vanguardia con mi capitan, el cual me dijo que por qué no me iba á la infantería española á tomar una pica para morir defendiendo la fe ó para darle al rey una victoria. Yo respondí:

—Si su majestad aguarda que yo se la dé, negociada tiene su partida; demás que yo soy corazo ó coraza y no infante, y por estar desmontado no cumplo con mi obligacion. Díjome que fuese adonde estaba el bagaje y tomara un caballo de los suyos, y que volviese presto, porque queria ver si sabía tan bien pelear como engañar villanos con rellenos imperiales. Fuíme al rancho, metíme

debajo del carro de mi amo, cubríme todo el cuerpo de forraje, sin dejar afuera otra cosa más que la cabeza, á causa de tomar aliento, porque al tiempo de la derrota, que ya la tenia por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña. Llegó á mí un capitan, que estaba de guardia al bagaje, y me dijo que porqué me hacia mandria y me cubria de yerba, y no acudia á mi tropa. Respondíle que por haber hecho más de lo que me tocaba, me habia el enemigo muerto mi caballo y metiéndome dos balas en el muslo, y que porque no se me resfriase la herida, me habia metido en aquel monton de forraje. Con esta satisfaccion se fué adonde estaba su compañía, prometiéndome de enviarme un gran cirujano amigo suyo para que me curase, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza, y de temor el corazon.

Al cabo de un rato, temiendo que viniese el cirujano á curarme estando sin lesion, ó que mi capitan enviase á buscarme viendo mi tardanza, y me hiciese ser inquieto siendo la misma quietud, me volví á mi montañuela á ser atalaya ganada y gozar del juego de cañas. Y estando en ella haciendo la consideracion de Jérjes, aunque con ménos lágrimas y más miedo, ví que un trozo del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio de don Martin de Idiaquez, y que todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huida. Animóme esta accion de tal manera, que arrancando de la espada y sacando la mohosa á que la diese el aire, con estar á media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda para que me sirviese de broquel, y dando un millon de voces á pié quedo, empecé á decir:

—¡Santiago, Santiago! ¡Cierra España! ¡A ellos, á ellos, cierra, cierra Y presumo que acobardado el enemigo de oirme ó atemorizado de verme, comenzó á desmayar y á poner piés en polvorosa. Empezó todo nuestro campo á apellidar:

—¡Victoria, victoria! Yo, que no me habia hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban á mi madre, que se llamaba Victoria Lopez, pensando que estaba conmigo y que la habia traido en aquella jornada, respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban, que dejasen descansar los difuntos, y que si alguno la habia menester, que la fuese á buscar al otro mundo. Y contemplando desde talanquera cómo sin ninguna órden ni concierto huian los escuadrones suecos, y con el valor y bizarría que les iban dando alcance los batallones nuestros, rompiendo cabezas, brazos, desmembrando cuerpos, y no usando de piedad con ninguno, me esforcé á bajar á lo llano por cobrar opinion de valiente y por raspar á rio revuelto; y despues de encomendarme á Dios y hacerme mil centenares de cruces, temblándome los brazos y azogándoseme las piernas, habiendo bajado á una apacible llanada, á quien el bosque servia de verjel, hallé una almadrada de atunes suecos, un matadero de novillos arrianos, y una carnicería de tajadas calvinas; y diciendo que buen dia tendrian los diablos, empecé con mi hojarasca á punzar morcones, á taladrar panzas y á rebanar tragaderos, que no soy yo el primero que se aparece despues de la tormenta ni que ha dado á moro muerto gran lanzada. Fué tan grande el estrago que hice, que me paré á imaginar que no hay hombre más cruel que un ga-

llina cuando se ve con ventaja, ni más valiente que un hombre de bien cuando riñe con razon.

Sucedióme, para que se conozca mi valor, que llegando á uno de los enemigos á darle media docena de morcilleras, juzgando su cuerpo por cadáver como los demás, á la primera que le tiré despidió un ¡ay! tan espantoso, que solo de oirlo y parecerme que hacia movimiento para quererse levantar para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la habia envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas, y á carrera abierta no paré hasta que llegué á la parte adonde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás por temer que me viniese siguiendo. Compré de los que siguieron la victoria un estoque de Solingues y algunos considerables despojos para volverlos á revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla y haber sido raya de la campaña. Encontré á mi amo, que lo traian muy bien desahuciado y muy mal herido, el cual me dijo:

—Bergante, ¿cómo no habeis acudido á lo que yo os mandé? Respondíle:

—Señor, por no verme como vuesamerced se ve; porque aunque es verdad que soy soldado y cocinero, el oficio de soldado ejercito en la cocina, y de cocinero en la ocasion. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio mas que ser soldado y servir á su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo á oficiales mayores ó á sus capitanes, ni puede acudir á dos partes ni contentar á dos dueños. Lleváronlo á la villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma á su Criador. Dejóme, más por ser él quien era que por los buenos servicios que yo le habia hecho, un caballo y cincuenta ducados; que cincuenta mil años tenga de gloria por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere otro tanto por el bien que me hará.

CAPÍTULO VII.

Que trata del viaje que hizo á los estados de Flándes; una pendencia ridícula que tuvo con un soldado; la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acaecimientos.

Despues de haber celebrado una de las mayores victorias que se han visto en los siglos presentes y en la mejor ocasion que han visto los humanos, se despidió su alteza serenísima de su primo hermano el rey de Hungría, y volvió á continuar su jornada sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halléme en esta marcha huérfano de mi amo, viudo de cocina, y temeroso de gastar mi hacienda, todo lo cual me obligó á sustentarme de mi trabajo y á poner nuevo trato. Dí en hacer empanadas alemanas, por estar en Alemania, que á estar en Inglaterra, fueran inglesas; buscaba la harina en los villajes donde sus moradores se habian huido, y la carne en la campaña, adonde sus dueños de ella se habian

desmontado; hacia cada noche media docena, las dos de vaca, y cuatro de carne de caballo; echábalas á la mañana á las ancas de la yegua, sin ser ninguna de ellas la bella Tartagona, y en llegando la hora del rendibuy general, apeábame del dromedario, tendia el rancho sobre mi ferreruelo, sacaba dos ternas de dados, y hacia rifar mis empanadas á escudo, quedando muchos quejosos de que no hiciese mayor provision de ellas, como si la campaña fuese tumba comun de caballos muertos. Decíanme algunos de los rifadores que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas; yo les respondia que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasion de marchar cada dia, pero que como tuviesen despacho y pimienta, no importaba nada la dureza. Pasamos el Rin, y marchamos la vuelta de Cruzenaque, y desde allí llegamos á Juliers, adonde su alteza serenísima, acompañado de la caballería de Flándes, que le habia salido á recibir y convoyar, se apartó del ejército, y se fué á dar alegrías á la grandiosa córte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atrás muchas de sus tropas, para si necesitase de ellas en Alemania, juntamente con la gente de liga del elector de Colonia y Maguncia y la de su majestad cesárea, yendo Mansfelte por cabo de todas. Fuéme fuerza volver la proa por no ser mi oficio para encerrarme á ser cortesano. Añadí al trato de las empanadas aguardiente y tabaco, queso y naipes; y para tener en seguridad mi persona, y en guardia mis mercancías, me arrimé á la caballería española, yendo por cabo de ella y por su comisario general don Pedro de Villamor. Pretendia el capitan de campaña que yo le pagase contribucion de mi trato, conforme lo hacian los demás que proveian la caballería, y yo me eximí de ello de tal suerte, que siempre quedé libre como el cuquillo, porque alegué ser un compuesto de dos, ni vivandero llevando víveres, ni gorgotero llevando menudencias, porque ni tenia carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues en rincones de ajenos carros llevaba todo mi caudal. Tuve, por ser entretenido, entrada en casa del comisario general, y entraba una vez cada dia á visitarle en su mesa, porque sabía que gustaba de ver á monsieur de la Alegreza, y tres á sus carros y cantinas, por conservar la alegría del nombre; entremetíame con todos los señores, y como es de los tales perder, y de mercadantes ganar, jugaba á los naipes y dados con todos; y haciéndose perdidizos, por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia por mercader de empanadas caballunas.

Estando en Andenarque, encontré un dia en una taberna al soldado que me ayudó á velar el difunto caballo junto á Norlinguen; y dándome vaya de que me habia hallado debajo de él, yo le dije que estaba satisfecho de su persona, que á no haber hallado ocupado aquel sitio, que hubiera él hecho lo mismo; empezóse á correr y á decir que era más valiente que yo, y pienso que no mentia, aunque fuera más gallina que Caco. Yo, desestimando su persona y encareciendo mi coraje, le desafié á campaña, y descalzándome un zapato, le dí un escarpin, guante de mi pié izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gaje y desafío; y por cumplir con las leyes de retador, estaba él hecho un zaque, y yo una uva, y así no acertábamos á salir de la taberna. Los soldados que estaban presentes, por ver cuál era más valiente ó porque tal pendencia se ahogase en

vino, nos adestraron las puertas y nos fuéron acompañando hasta fuera de la villa, y despues de habernos medido las armas, nos dejaron solos y se apartaron de nosotros para vernos combatir. Sacamos á un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspiés y amagos de dar de ojos; empezóme él á tirar cuchilladas á pié quedo, habiendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba y trataba de ofenderlo á pié sosegado. Decíame de cuando en cuando:

—Reciba esta, señor gorgotero fiambre. Y yo, metido en cólera, aunque lo veia tan léjos, de que no me pesaba, le respondia:

—Déjela voacé venir, seo mal trapillo á fernado, y reciba esta á buena cuenta; y esto tirando tajos tan á menudo, que tenia hecho una criba al prado donde estábamos. En conclusion, acuchillando nuestras sombras y dando heridas al aire, estuvimos un rato provocando á la risa á los circunstantes, hasta tanto que la descompostura de los golpes y el peso de las cabezas nos hicieron venir á tierra y nos obligaron á no podernos levantar. Acudieron los padrinos y los demás amigos, y diciendo:

—Basta, no haya más, que muy valerosos han andado, y ya los damos por buenos, nos asieron dos de ellos por las manos, y no hicieron poco en ponerme en pié. Llegó un camarada mio á querer levantar á mi contrario, y al tiempo que se bajó para ayudarlo, imaginando que era yo y que lo iba á hacer confesarse por mi rendido, alzó la espada, y diciendo:

—Antes muerto que rendido, le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruido el gobernador de la villa, y viendo á mi camarada desangrarse, y á los dos con las espadas desnudas, habiéndose informado de que éramos los autores de la pendencia, mandó llevarnos presos y hacer curar al herido. Lleváronme á mí entre cuatro esbirros á la prision, más en volandas que sobre mis piés, por no estar para sufrir la carga; y á mi competidor, porque solo bastara un carro para poderlo menear, lo dejaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de sol á sol. Yo iba tan herido de las estocadas de vino, que ni conocí los que me llevaron preso, ni supe si la cárcel era cárcel, meson ó taberna. Estuve en ella cuarenta horas, y en todas ellas no supe qué cosa era despertar. Informaron al comisario general de todo el suceso, y compadecido de mí y por hacerme la merced que siempre me hacia, envió un recado al gobernador pidiéndole que me soltase, supuesto que la pendencia que habíamos los dos tenido se apaciguaba con dos jarros de agua fria. El gobernador, por complacerle, mandó que al punto me sacasen de la prision. Llegó con la órden un criado suyo, y habiendo hecho no poca diligencia en despertarme, volví en mí. Y pareciéndome estar en otro nuevo mundo, extrañaba el lugar adonde me hallaba; contóme quién habia sido la causa de mi libertad; y yo, haciendo cruces y pareciéndome salir de un castillo encantado, fuí á toda priesa á darle las gracias del buen tercio al comisario general; el cual, despues de haberme hecho relatar todo el orígen de la pendencia y sucesos de ella, se rió infinito, y mandó satisficiesen mi traspaso. Y despues de haber sacado el vientre de mal año, fuí á visitar á mi rancho, el cual estaba como cosa sin dueño. Hallé el caballo boca abajo y pensativo, y más flaco que caballete de espadador. Miré los frascos del aguardiente, y

hallélos de vacío como mulas de retorno, y las demás mercancías, algunas cercenadas, y otras que se habian huido en piés ajenos. No me dió cuidado esta no pequeña pérdida, porque eché de ver que con una docena de empanadas de rocines se satisfacia toda.

Llegamos á Chavamburque, villa del elector de Maguncia, la cual hallamos desierta de todos bastimentos, casas yermas, y las caballerizas sin ningun sustento para los caballos. Aquí despaché muy bien una nueva provision que habia hecho de aguardiente, pero no me atrevia á pregonarla por las mañanas, por saber cuán bajo es el oficio de pregonero, y así la vendia cantando, por no ignorar cuán honroso es el de cantar. Llamábanme todos por ser tan conocido, y porque gustaban de oir mis chanzas; brindaban á mi salud, y yo haciendo la razon, volvíales á brindar á la de *aliquatum* y á la de sus dineros. Emborrachéme brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba lo pagaban los frascos, por lo cual cada dia habia menester comprarlos nuevos. Tuve vergüenza los primeros dias de ir á comer contínuamente á la posada del comisario general y á la de don Cristóbal Salgado; pero viendo tantos peinados gorreros acudir con tanta puntualidad y cuidado pensando que eran tablas de obra pia, y que se comunicaban con todo particular viviente, acudí de allí adelante á gozar de la limosna ó á comer de bonete, porque si las gorras que se metian fueran lanzas en Oran, ya ha muchos dias que estuviera el Africa por nuestra. Gastaba las horas del dia en esta forma: despues del alba hasta las nueve ejercitaba el oficio de destilador de aguas, que este título le habia dado, porque no me llamasen aguardentero, á quien tenia entrada y amistad con todos los oficiales mayores del ejército; de las nueve á las once hacia mis empanadas y las vendia, y de las once á la una era visitador general de las cocinas ajenas, sobrestante de las ollas, reconocedor de las cazuelas, superintendente de los asadores, y pesquisidor de los vínos; de la una á las tres era veedor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños, y ejecutor de sus despojos; y de las tres hasta ponerse el sol, mercante de quesos y estanquero de naipes. Tuve un dia una pendencia con un marmiton sobre quién sabía fregar mejor una olla. Entramos en la cocina á hacer la prueba, y por haber él dado mejor razon de su oficio, siendo él aprendiz y yo maestro, y hacer burla de mí, le dí con los cascos de la olla en los de su cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros. Fuíme á amparar de don Cárlos de Padilla y de otro capitan de corazas. Y estando un dia con ellos pensando tener asegurada mi persona, llegó el comisario general, y por habérsele quejado el que tocó casco, sin ser jugador de espada negra, me dió media docena de palos tan bien dados, que me obligaron á tenerlos hasta hoy en la memoria. Viendo que no me valia la inmunidad de mi sagrado, les dije á los que tenia por mis valederos, que conforme el libro del duelo, aquel agravio no corria por mi cuenta. Ellos, riéndose al compás que yo lloraba, me llevaron á la casa del dicho comisario general, y haciéndome bríndis á su salud, hicieron las amistades.

Marchamos otro dia de mañana á la vuelta del Rin, en virtud de una órden que habia enviado su alteza serenísima para que volviésemos muy aprisa á socorrer á Brabante. Iba yo muy triste, porque me habian informado, entre otras

cosas, no ser bueno aquel país para mis mercancías, por la sutileza de ingenio y gran trato de su burgesía, pero alegre por la generosidad de sus príncipes y señores y por ser tierra rica y abundante, adonde si tenia mala venta mi aguardiente y tabaco, tendria buen despacho el arte de la bufonería. Pasamos á Juliers, á Estevans, Uberta y Diste, y llegamos á Tirlemon, adonde estaba su alteza serenísima, opuesto á los ejércitos de Francia y Holanda. Juntéme en la dicha villa con una añadidura de vivandero y una tilde de mercadante. Puso él de su parte la carreta, tienda, postes y embudos, y yo un caballo y todo aderezo de cocina. Agregué un poco de dinero que tenia de pequeño caudal, con el que él se hallaba, y habiendo hecho una razonable provision y una escritura de estar á pérdida y ganancia, él se ocupaba en vender el vino y cerveza, y yo en hacer pulpetas de oveja y ollas de carne mortecina, por costarnos á precio moderado. Sentia por extremo el verlo entrar cada momento en la cocina á dejarme desproveido de guisados, porque sin duda en las muestras que daba presumo que se habia hallado en la rota del príncipe Tomás, y que los enemigos lo habian tenido alguna semana atado á un árbol de piés y manos, sin darle sustento humano. Desbautizábase él en ver que yo visitaba por instantes la pipa del vino, que á la de la cerveza siempre guardé respeto, porque me pareció orines de rocin con terciana. Iba cada dia á ménos nuestro caudal, porque él comia por ocho, y yo bebia por ochenta, sobre lo cual venimos á reñir, y cada uno por su parte nos fuimos á quejar al auditor general, el cual, informado de la justicia de cada uno, teniendo á novedad tan gracioso pleito, nos divorció sin ser obispo, mandándonos separar de nuestra alianza. Partimos los bienes muebles que cada uno habia traido, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida y con algunas deudas. No me pareció proseguir más con el dicho oficio, y así me determiné de ir á ver la córte de Bruselas, por ver si conformaba su vista con su grandiosa fama.

Llegué á Lovaina, insigne universidad de Brabante, y refrescándoseme la memoria de mis estudios pasados, por proseguir en ellos, me entré en un escolástico tabernáculo, adonde tomando un calepino de tragos, en poco espacio, pensando hablar romance, hablaba un latin tan corrompido, que ni yo lo entendia, ni nadie lo llegaba á entender. Salíme fuera de la muralla á desollar en campaña el animal que habia cogido en poblado de taza, de las primeras letras de la villa, detúveme en quitarle el pellejo no más de treinta horas, por causa de despertarme las cajas y trompetas de guerra, que daban muestras de la llegada de su alteza á aquella villa; porque á no servirme de despertador juntamente con la artillería, con que se le hizo salva, yo entiendo que durmiera hasta el dia de hoy. Levantéme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza, y boca de probar vinagre; llegué aquel mismo dia á Bruselas, adonde hallé ser excusada toda alabanza para tan grandiosa poblacion. Contempléla por plaza de armas de la Europa, por escuela de la milicia, por freno de rebeldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad, y por pasmo de hermosura. Ví sus altivos muros, puertas y torreones, que siendo competidores de las pirámides egipcias, son columnas sobre quien el Atlante español fia el peso de su celeste máquina y monarquía. Veneré sus campos por Elíseos, sus salidas por jardines de

Vénus, y sus bosques por recreacion de Diana. Hallé toda su nobleza en campaña, por lo cual y por hallarme sin dineros, y ser tierra que quien no labora no manduca, me volví á seguir el ejército. Y despues de haber entrado los ejércitos enemigos con piés de plomo, y retirádose con piés de pajas, me fuí á ver á la celebrada antepresa del fuerte de Escuenque, adonde hallé á don Cárlos de Padilla, capitan de corazas españolas, que por haber conocido mi alegre modo y haberme defendido de los palos referidos, se me mostraba aficionado; y como me habia visto solícito con el comercio de la bucólica, me hizo vivandero de su compañía, dándome carro, caballos y dineros, debajo de palabra de préstamo, y con cláusula de darle los víveres necesarios á su casa al mismo precio que yo los comprase en las villas: costumbre tan antigua en la milicia, en que se ha establecido por ley inviolable.

Fuí á la villa de Calcar, adonde cargué de todo lo competente á mi tráfico; y en particular busqué una criada de las que se usan en campaña, mercadante en la tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina, y dama en el lecho, de tierna edad, para que no ocupase el carro ni cansase los caballos con el volúmen de su persona, y de buena cara para atraer los huéspedes. Volví á mi cuartel, planté el bodegon, y empecé á hacer lo que siempre habia hecho, y lo mismo que hiciera ahora si volviera á tal oficio. Daba al capitan la mercancía peor y la que ménos me costaba y la que se maltrataba por razon de los golpes del carro, contándosela á mucho más de aquello que me costaba. Acudian á mi tienda infinidad de Adónis á la añagaza de la criada, y cayendo en la red sin ser mártes, despachaba ella su mercancía, y yo la mia; pero entre tanta abeja que acudia á los panales, pegados los pañales en la trasera, solian venir unos zánganos y moscones, que me llevaban más de una traspuesta que yo ganaba en veinte asomadas. Pero viéndome corrido y enfadado de que al maestro le diesen cuchillada, me aparté por unos dias de mi compañía, por gozar del refran de quien se muda, Dios le ayuda, aunque me ayudó conforme á mi buena intencion; y para llevar más tren y ostentacion, le pedí á un capitan, conocido mio, una carreta prestada, diciéndole no ser mas que para un convoy, ofreciéndome al buen tratamiento del caballo; con la cual y el carro que llevaba me hice vivandero de verdad, habiéndolo sido hasta allí de mentira. Arriméme al mayor grueso de la caballería española, adonde cada dia iba creciendo el caudal y aumentándose el crédito y la opinion; mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso, me incitaban á jugar cada instante con la gente más lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes. Mas un dia, que fué noche para mí, aunque despues lo fué de pascua, habiendo perdido con don Pedro de Villamor lo que quizá en la villa, haciendo el amor, habia ganado la criada, le supliqué que me jugara la carreta y caballo, que aunque no era mio, corria plaza de serlo. Hizo lo que pedí, y echando quínolas más que un quebrado, y flujes, que para mí eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo habia adquirido y la carreta y caballo que estaban en confianza. Volvíme á mi tendejon cabizbajo y pensativo, adonde pensando hallar consuelo, se me doblaron los pesares, añadiendo pena á pena y pérdida á pérdida; porque la criada,

habiendo tenido noticia de que habia jugado lo mio y lo ajeno, habia hecho pella como el escarabajo de lo mejor que yo tenia y acogídose sin cañamar, dejándome la tienda sola. Por cuya causa, aprovechándose algunos caballos ligeros de la ocasion, por salir pesados, la entraron á saco, como si fuera pabellon de enemigos.

Halléme fuera de cuidado de no tener que guardar, y con solo el carro y caballos de mi capitan, que por razon de conocer ser suyos, no pasaron por la misma risa. Busqué un pan fiado para que se desayunasen, siendo ya las nueve de la noche, y hartándolos de agua, los volví á la estala tan tristes, que me persuadí que habian sabido mi pérdida, y no la hubieron de ignorar, pues ayunaron de sentimiento de ella á pan y agua. Venida la mañana, me envió á llamar don Pedro de Villamor, y dando muestras de su valor y liberalidad, me volvió todo lo que me habia ganado, dándome de más á más lo que me alegró el alma, me confortó el corazon, y me desterró la tristeza. Salí de su casa hecho un carretero de la Mancha, y dándole tras cada alabanza un millon de bendiciones, volvíme á mi compañía, dí la carreta á su dueño, y mi capitan, que ya sabía todo lo que me habia pasado, viendo sus caballos que hilaban tan delgado que podian saltar por arco como perros de rezadores, preguntándome si les habia dado la racion en dineros, me los quitó tan colérico, que pensando que me queria pagar el porte de habérselos traido, me fuí de su compañía, ántes que él me echara de ella. Halléme dos dias ántes con carro, carreta y criada y mucha mercancía, y en el que de presente me hallaba compré un saco de pan y un rocin viejo y cargado de muermo, el un ojo ciego, y el otro bizco á puras nubes, y que se acordaba del asalto de Mastrique por el príncipe de Parma. Carguélo con el costal, y haciame dos mil reverencias, ó por ver que habia en el mundo quien se acordase de él, ó por suplicarme que le quitase lo que no podia llevar. Fuíme con el regimiento de caballos del marqués de Vizconte, llevándolo del cabestro para servirle de guia, y refrescándolo á cada tiron de arcabuz, y dejándolo descansar todas las veces que él queria. Vendí mi pan, compré dos frascos de aguardiente, hice mi barraca; y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes y tazas y tener que dar de comer y beber, embauqué á todo el regimiento, sin quedar soldado á quien no pidiese prestado; y como muchos pocos hacen un mucho, junté una buena cantidad, con la cual me volví á armar de nuevo. Pero toda la ganancia y los préstamos no fuéron bastantes á poder tener aquel oficio en pié, porque era tanto lo que yo bebia, que cuando pensaba ir muy adelante, me hallaba muy atrás. Apretábanme los acreedores, á quien pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras; pero advirtiendo ellos que á costa suya por la mañana hasta medio dia estaba atolondrado de aguardiente, y de medio dia hasta la noche de *pura mente capiamus*, dieron al auditor muchas quejas, por *debitoribus nostris;* y una mañana, al són de una trompeta, hicieron almoneda de todos mis asadores, parrillas, cucharas, morteros, rallos, trébedes y tenazas y de todos los demás trastos, pareciendo más almoneda de baratillo ó mercado viejo que bienes de vivandero. Cada acreedor cargó con lo que pudo, y ninguno se atrevió á cargar con el caballito de Vamba.

Yo, viendo que, sin valerme las leyes de la espera, me habian dado sentencia de remate, me despedí harto tiernamente de mi querido rocin, y él á disculparse conmigo de no hallarse con fuerzas para poder acompañarme.

Amparéme de los capitanes, y ayudándome entre todos para ayuda de los gastos del camino, me fuí al regimiento del conde de Fuenclara, el cual habia ido á Alemania, con órden de su alteza serenísima, á pedir socorro á la cesárea majestad del emperador para poder echar de estos estados los ejércitos agregados de Francia y Holanda. Fuí á hablar á don Pedro de Carbajal, su teniente coronel, el cual anduvo tan bizarro, conociendo mi sugeto, que me prestó con que poder levantar la cabeza y encastillarme en la vivandería. Compré una carreta y dos caballos, cerrados de edad, y abiertos de espinazo, con más faltas que un juego de pelota; pero animales quietos y sosegados y que siempre buscaban su comodidad. Marchamos al contorno de Mastrique á cobrar algunas contribuciones, yendo por cabo de toda nuestra gente el marqués de Leyden; y volviéndonos á retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir nones, y aunque los mataba á palos, jamás tuvieron atrevimiento de tirar coces; y esto viniendo la carreta vacía y yo caminando á pié, que á venir cargada, hubiera más de seis horas ántes que necesitara de cargar con ellos y traerlos á cuestas. El uno, que era cabezudo como aragonés, dió en que no habia de pasar adelante, y salióse con ello hasta ciento y un año, por cuya razon me fué fuerza quedarme muy atrasado de las tropas y venirme en buena conversacion con el otro, suplicándole que me hiciese merced por otra tal de no dejarme hasta el cuartel. Tropecé en el camino con seis soldados de una partida de holandeses que habian salido de Mastrique; y al tiempo que llegaron á despojarme, ví más adelante una emboscada de hasta otros veinte. Y pensando que eran de nuestra gente, les empecé á dar voces para que me viniesen á ayudar. En el ínter procuré de escurrirme de los que me tenian cercado. Acudió toda la emboscada, con la cual yo cobré ánimo, y empecé á dar voces, diciendo: ¡Viva España, y muera Holanda! Ea, soldados, paguen esos luteranos la amistad que me querian hacer. Llegó toda la tropa, y como me oyeron que engañados los trataba tan mal de palabra, me dieron media docena de mochazos, y me dejaron tan de valentía en el donaire, y donaire en el mirar, que me daba el sol por la parte que le dió á don Bueso.

Lleváronme á mí y al señor mi caballo presos á Mastrique, teniendo á dicha el ser prisionero, por vengarme del tal rocin, viéndolo en poder de enemigos. Diéronme por cárcel una taberna, que era lo que la mona queria. Pasó la fama que era un vivandero rico, por lo cual esperaban de mí una gran ranzon, y por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio, sino en todo y por todo. Al cabo de algunos dias, viendo que se alargaba la prision y crecia la costa, pedí licencia para hablar al duque de Bollon, que era gobernador en aquella villa, la cual se me concedió, y cercado de chuzos y alabardas como paso del prendimiento, me llevaron á casa del dicho duque, al cual hallé que estaba comiendo cercado de camaradas y con grande ostentacion. Hice mil cortesías, dime un centenar de tapabocas poniéndome la planta de las manos en los labios, como ver-

sos de amantes secretos, echéme á sus piés, y que quiso que no quiso, le di un par de paces de Judas, dejándole los zapatos limpios de polvo y lodo. Hizome levantar, y preguntóme que cuánto daria por mi ranzon. Referile muy triste que su excelencia me mandara dar de beber para echar aquel susto abajo, y que despues tratariamos de cosas de gusto, y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un paje, por lisonjearme, no conociendo mi calidad y buen despacho, me trajo la bebida en una taza tan cristalina como penada. Yo le dije:

—Señor mio, eso es añadir penas á penas: salir yo de las penas de la prision, y darme á beber en taza penada, es querer dar conmigo en la sepultura: vuesamerced me traiga una taza de descanso, y serémos buenos amigos. Dijome que no habia taza tan grande como á él le parecia que yo habia menester: á lo cual respondí: Tráigaseme un caldero de hacer colada, que cuando no venga lleno, suelo tiene. El duque, disimulando la risa, le mandó me trajese una fuente que tenia de vidrio y un frasco grande de vino, y me lo fuesen echando hasta tanto que aplacase la sed. Hízolo así el paje, y yo hocicando en un artesón que tenia, adonde se despeñaban media docena de caños del artificio, a pocas tiradas dejé la fuente agotada y agotado el frasco. Dijome el duque:

—Con esa pictima aliento tendrá ahora para tratar de su ranzon. Respondile:

—Excelentísimo señor, *de dignare in fera cuanto volite*: yo no tengo plaza de soldado ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero, teniendo más de Galaor que de Esplandian. Mi nombre es Estebanillo Gonzalez entre los españoles, monsieur de la Alegreza entre la nacion francesa. Mi oficio es el de buscon, y mi arte el de la bufa, por cuyas preeminencias y prerogativas soy libre como novillo de concejo. Si cada soldado de los que se hallaron á hacerme prisionero quiere una gracia por lo que le puede tocar, y vuesa excelencia cuatro gestos por lo que le pertenece, júntense todos; que luego de contante serán satisfechos y pagados; y donde no, su daño hacen, y mi provecho; porque habiendo descubierto quién soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la más principal, y en pocos dias que entre en ella se encarecerá el vino, y en pocos meses se morirán todos de sed. Holgóse el duque de oirme; riéronse sus camaradas, y mandóme dar un plato de la mesa. Me brindaron tan á menudo, que á no ser tan buen piloto, les pudiera decir: A espacio, penas, á espacio. Alzaron la tabla, y llamándome el duque, me dijo que por postre de mesa me daba libertad, y por principio de conocencia dos doblas, para hacer venta en el camino. Agradecile la merced, y recibiendo las dos doblas, me despedí de él y sus camaradas, suplicándole encarecidamente que por ninguna razon diera libertad á mi rocin, por los mochazos que recibí por su causa. Y saliéndome de la villa, tomé el camino de Namur, adonde llegué con harto temor, por irme recelando en todo el viaje dar en las leyes de partida, ya que en la pasada renuncié las de la entrega, prueba y paga.

Fuí á visitar á Bernabé Vizconte, capitan de caballos, y contándole mi prision y la causa de mi libertad, y dándome en poco rato á conocer, le agradaron

tanto mis burlerías, que despues de haberme reparado la esterilidad del camino y añadir otra dobla á las dos que yo traia, me metió en su coche, adonde encochinados los dos, me llevó á ver el conde Octavio Picolómini, general de la armada imperial, que en aquella sazon estaba en aquella villa; el cual, habiéndose informado del capitan las partes y méritos que en mí concurrian, se holgó de tener un rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo César venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando reinos, ni Belisario sujetando provincias, que hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse. Y por ser hora de cortar capas y de echar bendiciones, le pusieron la mesa perteneciente á tal señor, y necesaria á tan gran soldado. Mandóme dar silla de la suerte que andaba el mundo, y honróme con que fuera su convidado. Púsome un criado la silla al revés, cosa que hasta entónces ignoré; y al tiempo que la quise volver me dijo que no tratase de ello, porque él me daba aquello que me pertenecia. Y como no iba yo á tratar de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corrí más de treinta postas, camino de bríndis, con estar mal ensillado. Dió fin lo que empezó en comida y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de comida hecha, compañía deshecha, quedamos solos yo y su excelencia y el capitan que me habia conducido á que sacase la tripa de mal año. Desafiáronme á jugar á la primera, y sacando en lugar de tantos cada uno un puñado de doblas, las hicieron de resto; y yo, valiéndome de la libertad del nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contáronme tantos, y empezamos á jugar un sopapo de vale, treinta de resto, y de precio cada dobla de treinta tantos. Hallé que en ley de cristiano no podia jugar aquel juego, por ser como escritura prohibida el ir yo á la ganancia, y ellos á la pérdida; pues si me decia bien, ganaba doblas, y si perdia, perdia sopapos, que en tiempo de necesidad recibiria veinte al maravedí; y si los dos me ganaban, quedaban dolientes de dedos y lastimados de bolsas; pero sin reparar en escrúpulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenia resto abierto y bastantes carrillos para pagar cualquier cantidad. Gané á su excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad, presumo que se dejó perder. Ganóme el capitan treinta tantos, y dióselos de barato á los pajes, los cuales me hicieron hinchar como hombre humilde que se ve en altura, y ponerme cariampollado y de figura Bóreas, y dejándome hechos los carrillos salserctas de color granadino, ellos quedaron alegres, y yo satisfecho. Preguntéle al criado que me puso la silla que si habia pasado hora por ella, ó por qué razon me la ponia á mí diferente que á los demás que habian comido con su excelencia. Respondióme:

—A los que convida mi amo y son gentileshombres, se les da la silla á la haz; pero á los que ellos se convidan ó son gentileshombres de la bufa, se les da al revés. Yo le respondí:

—Si siempre me ha de regalar su excelencia como ha hecho hoy, mas que me ponga vuesamerced albarda; y considerando que ya pasaba plaza de caballero alegre, y muestra de gentilhombre entretenido, dije entre mí: Mi gusto es mi honra, y ande yo caliente y ríase la gente; pues poco importa que mi padre se llame hogaza si yo me muero de hambre. Fuése aquella tarde su exce-

lencia corriendo la posta á la córte de Bruselas, mar donde acuden todos los rios del poder y valor y patria comun de todos los extranjeros. Quedéme helado cuando supe su partida, por haberme dejado habiendo sido su camarada de mesa, y de puro sentimiento estuve á pique de renunciar el tal oficio y de volverme á mis platos y escudillas. Fuíme á dar cuenta de ello al marqués Matey, que estaba en aquella villa por coronel de infantería alemana, el cual me animó á que prosiguiese adelante con mis caravanas, y que no temiese el año del noviciado; y porque echó de ver que sentia el haberse ausentado su excelencia, me dió dineros para que le siguiese por la posta. Púseme en camino, dando á entender á los postillones, porque veia que se reian de mí, viéndome tan pobre de vestido, que era un caballero mayorazgo que me habia escapado de la prision de Mástrique.

Entré en Bruselas desempedrando calles, pareciendo yo postillon desbalijado y el postillon correo sin asistencia. Y despues de haberme apeado y curádome, como penitente de sangre, mis desolladas asentaderas, me fuí en busca del palacio de su excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien y merced que me habia de hacer y el que de presente me hace; pues con tanto extremo me habia inclinado á su servicio, y con tal agonía le venía buscando. Preguntéle á un cortesano que si conocia al conde Octavio Picolómini de Aragon y si sabía á qué parte estaba su palacio, el cual respondió:

—Muy poco debe vuesamerced de saber quién es ese señor, pues me pregunta á mí si le conozco, no habiendo hoy en todo el orbe persona más conocida por su valor, por su fama y por su ilustre nacimiento; pues despues de haber sido honor y gloria de Italia y Alcídes del sacro imperio, ha sido el Mesías de estos estados; pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de ejércitos enemigos y habemos implorado su santo advenimiento, nos ha sacado del cáos de afliccion en que nos hallábamos; pues en virtud de los socorros que nos ha conducido, el gobierno que ha tenido y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los victoriosos enemigos campos vencidos, y nuestros derrotados ejércitos vencedores; pues despues de haber sido con el suyo causa principal de que dejasen Lovaina libre, y los estados pacíficos y triunfantes, ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela, rendido á Jateleto y conquistado á Corbi; habiendo convertido los cristales del caudaloso Somá en mar de sangre enemiga, y sus plateadas márgenes en promontorios de fogosas piras y en lilibéos de funestos despojos. Pero ¿quién podia dar á la casa de Austria tantas victorias, á Flándes tantos laureles, y añadir tantos timbres á sus armas, sino un señor de tan grandiosa calidad y tan antigua casa, originada de los excelentísimos duques de Amalfi, de cuyo esclarecido tronco han florecido sumos pontífices, títulos y señores que han dado asunto con su valor y grandeza á las historias y han inmortalizado sus famas, adornando el un cuartel de su escudo las barras de Aragon por descendiente de su casa real, tan venerada en el orbe por sus poderosos reyes, por sus invencibles conquistas y por sus aplaudidas victorias?

Tenia talle mi entendido cortesano de no cesar en un año, y pienso que tenia

bastante materia para ello, á no llamarlo unos amigos suyos, por lo cual le fué fuerza quebrar el hilo de tan verdadera relacion y discurso tan notorio. Despidióse de mí, y dándome noticia de la calle donde vivia su excelencia, se fué por una parte, y yo me escurrí por otra. Quedé alegre por la buena informacion, y triste advirtiendo que un señor de tantas partes y de tan conocida nobleza no se dignaria de recibir en su servicio un pobre hongo, producido del polvo de la tierra, y más viéndome en traje tan destraido y en hábito tan roto; porque en el dia de hoy no tratan á cada uno mas de conforme se trata. Pero considerando que el rey don Fernando de Aragon fué el príncipe más amigo de bufones que han conocido nuestras edades, y que su excelencia, por descendiente de aquella real casa y por gozar de las bendiciones de aquel adagio que dice: Bien haya quien á los suyos se parece, me admitiria, por constarle que semejantes casas jamás están escasas de leones atados y de bufones sueltos; y que fué una borracha la gentilidad en tener por deidades y dar adoracion á la poesía, música y amor, y no dársela á la bufonería, siendo arte liberal de que tanto han gustado emperadores, reyes y monarcas, y que solamente es aborrecida de pelones y miserables; y tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagabunda é inútiles á la república, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el Senado y los varones sabios y doctos ser provechosos para decir á sus emperadores libremente los defectos que tenian y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas. Animándome estas consideraciones, alargué el paso y resucité la esperanza. Llegué al palacio de este nuevo Marte, y valiéndome de las exenciones y privilegios de mi profesion, sin licencia de porteros ni recados de pajes, me entré hasta su misma sala, adonde me recibió con rostro alegre, y con su acostumbrada afabilidad mandó que me refrescasen, para que apagase el calor del camino, y que de allí adelante me asistiesen con todo lo necesario y me tratasen como á criado suyo. Agradecíle el favor y honra que me hacia, y pomposo de haber salido con mi pretension, senté el real, y tomé pacífica posesion del provechoso oficio. Mandóme hacer un vestido de su librea, para que me sirviese de estimacion con los señores, y de salvaguardia con los pajes y lacayos; y aunque lo sentí por saber que aunque su nombre empieza en libertad, es vestido de esclavitud y municion de galeotes, pues al menor tris hay un topafuera, me fué fuerza en encajármelo, por no contradecirle en su gusto y por remediar mi desnudez.

En este tiempo hizo mi amo un viaje á Alemania á reforzar el ejército imperial que estaba á su cargo, en defensa y custodia de estos estados. Partió de esta córte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de norte, y no de los postreros en llegarme á comer en su mesa y en silla baja, á uso de córte. Tomaba, por solo tomar, cuanto me daban sus camaradas y los títulos y señores de las villas y ciudades por donde íbamos pasando; yo, por no dar, aun no daba á ningun criado los buenos dias. Llegamos á Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino, fuí á besar la mano á la cesárea majestad de la emperatriz María, la cual, con ser yo pe-

queño y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del sacro imperio; mandóme cubrir como á potentado. Yo, viéndome favorecido y en vísperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria, que en lo hinchado y puesto en asas parecia botija de serenar. Llegó un paje por detrás de mí, y viéndome tan espetado y relleno, metió por debajo del envés de la barriga un puntiagudo aguijon, que podia servir de lengua á una torneada garrocha, y dar muerte con ella al más valiente novillo de Jarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento; y al cabo de un rato me salí de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al mayordomo mayor, le dije:

—Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pajes á los príncipes extranjeros y de tanta calidad, que se cubren delante de sus majestades cesáreas? El cual, dejándome con la palabra en la boca y volviéndome las espaldas, me respondió:

—Esos son los postres de los bufones, cuyas palabras me dejaron tan mortificado y sin espíritu, que en muchos dias no me atreví á volver al palacio.

Mi amo, que así me he atrevido á llamarlo, pues comia su pan y vestia su librea, y siempre lo ha sido, lo es y lo será, con la mayor brevedad que pudo hizo su ejército, y dándole órden de marchar la vuelta de Flándes, fué prosiguiendo su viaje. Y yo, por no volverme de vacío, me fuí á despedir de la majestad cesárea de la emperatriz, la cual me mandó dar una taza grande de plata y cien escudos de oro. Al punto que lo recibí tomé la posta, y corrí en ella hasta Praga, cabeza del reino de Bohemia. Fuí á visitar á don Baltasar de Marradas, que era virey de aquel reino; hallélo en la mesa, y celebrando mi buena venida, me dió de comer y beber, aun mucho más de lo que me bastaba. Salí á una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la cual hallé una gran porcelana llena de crema con mucha azúcar, y á su lado un plato cubierto de bizcochos. Hízome cosquillas lo dulce, y atreviéndome á embestirle, fiado en mis preeminencias, mojé un bizcocho en aquel piélago de ampos, y trasladándolo con sutileza de manos á boca, me sirvió de impedimento un criado de repostero, que juzgándolo á atrevimiento, ó ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios, lastimándome todo el frontispicio de marfil. Yo, sintiendo el dolor y no reparando en galas, le encajé la porcelana en la cabeza, dejándosela tan ajustada, que parecia montera redonda de sayal blanco ó cofia de aldeana curiosa. Empezáronle á bajar tantas y tan espesas corrientes, que sirviéndole al rostro de albayalde, le aprovechó de enjalbegar el vestido. Tomó un cuchillo que halló á mano, y se vino como rayo para mí. Yo, que sabía cuán irremediable es una jiferada picaresca, volvíle las espaldas, y medio rodando unas escaleras abajo, llegué á la cocina; y por ver que me venía siguiendo, puesta la mano en su celada, por temor de no quebrarla, tomé un asador con la mano derecha, y una tapa de hierro de una grande olla en la izquierda, y me planté de firme á firme con mi mosca en leche Dió chillidos una fregona, á los cuales acudió el mayordomo, y hallándonos á los dos en postura tan ridícula, se puso en medio, y sin dar lugar al criado á que se quitase el nevado

tocador, nos llevó á la mesa de su amo, con todas nuestras armas y pertrechos. Rióse mucho el virey del suyo y de ver la blancura de mi competidor; y despues de mandar hacernos amigos, me dió una veintena de escudos, la cual recibí con mucha voluntad, y con muchísima me salí de su palacio, receloso del enamorado aleman.

Marchamos á Wormes, ciudad de las principales del Palatinado y vecina del ameno y caudaloso Rin, adonde estaba hecho alto el ejército imperial, aguardando segunda órden para pasar á Flándes. Venía mi amo tan á la ligera, que no traia consigo ningun bagaje; por lo cual fué fuerza que los pocos criados que le veníamos acompañando le sirviésemos en lo tocante á su comida y regalo y en otros oficios de la escalera arriba, supliendo la falta de los que venian atrás en guarda de su recámara. Encargáronme, por ver mi brio y despejo, la despensa de la comida, la cantina del víno y el pozo de la nieve, que fué lo mismo que meter una zorra en una viña cercada en tiempo de vendimia, ó hacer á un lobo pastor de ovejas. Diéronme criados pertenecientes á tal amo, para que entretenidos cerca de mi persona, observasen mis órdenes. Estimábanme todos los coroneles y capitanes del ejército como á nevero en verano y pescador en Cuaresma. Regalábanme como quien podia y mandaba como quien tenia á quien; hacia mis sacas de víno y mis vendejas de nieve, y con la calidad del uno y la frialdad del otro gozaba mi bolsa de un templado temperamento. Habíame dado por cuartel, para que me aprovechase de alguna cosa, la casa de un judío rabí, de nacion italiano, el cual, por decir que era mi paisano y que me conoció á mí y á mi padre en la ciudad de Roma, alargaba la contribucion, y me hacia esperar, sin ser de su ley; pero viendo que no me aprovechaba el llevarlo por bien ni por mal, me dí por desentendido, y confirmando de nuevo la amistad de la conociencia antigua, lo traje una tarde á mi despensa á que merendase en ella; y habiendo puesto la mesa con variedad de regalos y escasez de tocino, hícele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos á enfriar, el uno de víno, y el otro de agua de limones; y al tiempo que lo ví en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera, y la subí arriba, dejándolo empozado como á otro José; y volviéndome á asomar á la puerta del pozo, le dije:

—Perro judío, primero te has de volver carámbano que salgas á ver la luz del cielo hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme á los demás oficiales del ejército, y con el tresdoble á mí, por usar de presente tres oficios en servicio del general, y todos ellos de á dos bocas. Empezó á gritar y á llorarme pobrezas; y diciéndole que poco importaban sus voces, porque no podian ser oidas, le cerré la puerta y lo dejé empozado en parte donde no se abochornaria. Otro dia, por ser forzoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví á abrir, y lo hallé tiritando de frio y casi helado. Volvíle á protestar ser la culpa suya, desahuciándolo de la salida hasta que yo estuviese satisfecho. Redújose con esto á darme unas señas para que su mujer me diese todo aquello en que quedamos de concierto. En efecto, cobré mi boleta, y despues saqué al pobre rabí, tan hambriento y helado, que en más de cuatro horas que lo tuve al

rincon del fuego, dándole caldos y regalándolo, no le pude volver á su primer ser.

Otro dia de mañana marchamos la vuelta del país de Henao, y al cabo de algunos dias llegaron á hacer plaza de armas cerca de las murallas de Mons, donde el conde de Buquoy, gobernador de aquel país, señor de los calificados de Flándes, salió á recibir á mi amo; y llevándolo á su palacio, acudiendo al ser quien es y á su conocida liberalidad y largueza, le hospedó y banqueteó, excediendo sus costosos regalos á los de la boda del rey Baltasar, y los néctares de sus odoríferos licores á la bebida que dió la célebre Cleopatra al invencible Marco Antonio. Fuéron estos banquetes para mí unos juicios finales, porque privándome de lo poco que yo tenia, daban cada instante con mi edificio en tierra. Dí en visitar los vivanderos del ejército muy á menudo y en quererlos meter en contribucion, estando en país libre; por lo cual y por excesivos gastos que les hacia y no pagaba, tenia cada instante con ellos mil peleonas y les echaba cada dia mil roncas. Pero al cabo me venian á derribar y vencer con dos docenas de estocadas vinosas, respetándome por criado de quien era. Sucedióme un dia un cuento harto donoso, y fué que saliendo de comer de la villa, tan por extremo cargada la cabeza, que los niños me parecian hombres, y los hombres gigantes, lo blanco azul, y lo verde leonado, llegué dando traspiés á una grasería, que estaba toda cubierta y adornada de manojos y hileras de velas de sebo; y pareciéndome los manojos que lo eran de rábanos, le pregunté al dueño que por qué causa les habia quitado las hojas. El cual, por no entenderme y conocer de la suerte que iba, dejó de responderme, y se puso muy despacio á reir. Yo, que imagino que la preñez de mi borrachera me habia dado antojo de comer rábanos, alargué la mano á una de las hileras, que estaba pendiente de un palo largo, y agarrando dos velas y tirando con fuerza para darme un verde de lo que apetecia, dí con todo el agradijo en tierra. Viendo el amo toda su mercancía hecha pedazos, ántes de dejármela probar tomó el palo, y descargólo sobre mí con tal furia, que si el vino me habia hecho ver estrellas á medio dia, él me hizo ver luceros á las dos de la tarde. Sentia, aunque borracho, de tal suerte el dolor y agravio, que metiendo mano á la espada, cerré con él como con tropa de enemigos. Viéndome tan fuera de mí y que sin miedo ninguno me iba acercando á él sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano á la tienda y cerró tras sí la puerta. Yo, viendo que por más estocadas que daba á la puerta no se me quitaba el escozor de la chimenea y de las costillas, cerré con la procesion de candelaria, y tirando tajos y reveses, desgajando y desmenuzando escuadrones de sebo y pábilos, rendí á mis piés el número de mil velas ó rábanos, dejando la tienda hecha una ruina de grosura. A este tiempo acertó á pasar por cerca de mi palestra una tropa de soldados de los nuestros, y viéndome jugar de montante y tan encendido en cólera, á persuasion de unos vecinos, me sacaron á la calle, diciendo á grandes voces:

—¿Palos á mí por un par de rábanos, valiendo á liarte el manojo? Lleváronme medio en peso, adonde dormí la pendencia, dejando al pobre burgés sin dormir de puro desvelado. Fué la queja á mi amo, con otras muchas que dieron

los vivanderos de que yo les estafaba y destruia; por lo cual, indignado contra mí y porque viesen la igualdad de su justicia, me mandó prender y echar una grande y pesada cadena y que me pusiesen á buen recado. Los ejecutores infernales, no siendo lerdos ni perezosos á su mandato, por dar muestras de ministros puntuales, me amarraron á un duro banco, y no de galera turquesca. Allí purgué la batalla de los rábanos, allí pené los pecados cometidos contra los prójimos vivanderos, ayuné sin ser témporas ni vigilias, y hice dieta sin haberme metido en cura. Enternecida de este rigor la señora condesa de Buquoy, sorda á las quejas de tantos demandantes, le pidió á mi amo que trocase el peso de su justicia en la balanza de su misericordia; el cual, viendo la deidad que me amparaba y el ángel que me defendia, mandó que me deseslabonasen, y que me diesen cumplida libertad. Salí de aquel penitente yermo con propósito de no disgustar más á mi amo ni obligarle á que me volviese á poner en semejante apretura, dejando de allí adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fué el mayor castigo que se me pudiera dar. Pasé aquella campaña tan quieto y sosegado, que más parecia pretendiente de ermitaño que hombre de bureo.

Llegó el tiempo de retirarnos, y por gozar de mis anchuras y no andar compungido y recatado, me fuí á desenfadar al bosque de Bodu, tres leguas de Mons, á acompañar al príncipe Tomás, que andaba en seguimiento de un ciervo. Estuve allí muchos dias, hecho devanaderas de su distrito y sabueso de su espesura. Cansado de buscar en campaña lo que abunda en poblado, le persuadí á su alteza que dejase aquel enfadoso ejercicio, y que le bastase por escarmiento haber andado tantos ratos tras de un animal cornucopia, sin poderle dar un alcance; porque si aquel molimiento y cansancio era divertimiento de príncipes como su alteza, no era vida de caballeros alegres como yo, porque más queria irme á ser raposa de una pequeña defensa, que quedarme á ser lobo de un dilatado bosque. Respondióme que me guardaria bien de dejarlo, porque lo pagaria con las setenas. Este mandato me acrecentó el deseo de apartarme de ser seguidor de perros y saltador de matas. Y poniéndome en el camino de Mons, sin reparar en la nueva órden, me fuí á visitar mis antiguas parroquias y á verme libre de todo dominio. Estúveme holgando en ellas hasta que supe que su alteza habia conseguido el fin de su caza, por haber muerto un disforme y temerario ciervo; por cuya razon le volví á buscar, para irle acompañando hasta la córte de Bruselas, adonde estaba mi amo. Preguntóme que cómo me habia ido sin su licencia y no obedecido lo que me habia mandado. Respondíle que me habia perdido en el bosque como el marqués de Mantua, y por no encontrar con algun infante Baldovinos, me habia retirado á descansar del trabajo pasado. Parecióle muy frívola disculpa, y descubriendo mi flor y oyendo que todos los caballeros y señores que le acompañaban le pedian á voces mi merecido castigo, se apartó á una parte con ellos á consultar la gravedad del delito y á pronunciar la sentencia que se me habia de dar. Yo estaba con rostro de reo y con temblores de aterciananado, dando al diablo oficio con tantas zozobras y vida con tantos sobresaltos. Salió de la junta y sala del crímen que en pena de mi desobediencia se me pusiese un

peto fuerte y un espaldar reforzado, y que me clavasen en la delantera del peto, como lanzas en ristre, los cuernos del difunto ciervo, arbolados en forma piramidal, para que me sirviesen de toldo ó pabellon, y en cada gancho de la dilatada cornamenta un cascabel de marca mayor; y que del pellejo se me hiciera una capellina de armas, que cubriendo la cabeza sirviese de loriga á lo restante de las partes desarmadas. Notificáronme el fallo, y como si fuera pasado por vista y revista, no se me concedió apelacion; y haciendo venir de la villa un armador de rastrillos de dedos y un sastre de coser pieles, me armaron de punta en blanco y me vistieron de animal selvático. Subiéronme á caballo, y me mandaron que corriese la posta hasta entrar en Bruséłas y dar una vuelta por todas sus calles y paseos, y despues entrar en su palacio real. Salí del bosque con insignias de marido consintiente, sin que me faltase para el vergonzoso jeroglífico sino solo un pregonero y una ristra de ajos, y como por calles acostumbradas, segun el camino real, asombrando pasajeros y alborotando perros, porque pensando que fuese segundo Anteon, me seguian y perseguian, entré en Bruséłas, donde al són de mis cascabeles y al estruendo de las herraduras de mi rocinante, se despoblaban las casas y se colmaban las calles. Absortábanse de ver la diabólica armadura y ridículo traje. Y dándome más silbos que á un encierro de toros, me regalaban de cuando en cuando con algunos manzanazos. Llegué al real palacio, y al punto que puse pié en tierra tuve órden de su alteza serenísima el infante Cardenal que subiese á verlo. Entré en la sala con muchísimo trabajo por el altura de mis ganchosos alcornoques y por el anchura espaciosa de mis aspas de cornicabra, adonde mirando su alteza mi espectáculo horrible y espantoso, estuvo tentado de dar un buen rato á sus lebreles; pero venciendo su piedad á su deseo, mandó que me regalasen y que no se me hiciese ofensa ninguna. Yo estaba tan avergonzado de verme gentilhombre de Cervera y de traer astas arboladas sin ser corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino, villas y villajes en la entrada de Bruséłas de apearme y vengarme á puras cornadas, por el escarnio y burla que de mí hicieron. Dejélo de hacer porque no me desjarretasen ó me echasen alanos á la oreja. Despues de haber refrescado y tomado algun aliento, volví á subir á caballo, y me fuí á casa de mi amo, llevando de retaguardia un grande ejército de muchachos y una grande algazara de gritos y voces. Entré en su cuarto, y admirándose de que siendo yo soltero usurpase armas ajenas, anticipándome para lo venidero, se holgó infinito de lo sucedido, por haber dejado de ser cortesano, por andar al reclamo de ciervos y venados. Y por parecerle mi traje tan extravagante y ridículo, que no siendo de sátiro ni fauno, era trasunto del mismo Barrabás, mandó llamar á un pintor, al cual le hizo que me retratase al vivo; con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometiéndome de que á otra caza se me levantarian estatuas, olvidé las afrentas pasadas, y traté, quitándome aquel endemoniado traje, de gozar de las presentes.

En esta ocasion convidaron á mi amo á un bautismo, dos leguas de Rupelmunda, en un castillo llamado Basel, y dejando de acompañarle, me quedé

en Bruselas en cierto divertimiento, y al segundo dia tomé la posta, codicioso de gozar de la colacion y percances extraordinarios. Hallé á mi amo tan airado contra mí, que en castigo de mi tardanza mandó que me diesen de beber otro tanto vino como se habia gastado en la colacion y banquete de la noche pasada y que me apremiasen á que diese fin de ello. No apelé de esta nueva y nunca oida sentencia, ántes supliqué por la brevedad de la ejecucion, atento á la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento sin echar ensanchas á mi pellejo quitándole todas las botanas. Mas el gran bailío, que estaba acompañando á mi amo, por librarme de este tormento, que para mí venía á ser regalo, lo persuadió á que me encerrase en una prision, como lo ejecutó, volviéndose á Bruselas; y allí hubiese visto el fin de mis dias á no ser por la piedad del príncipe Cardenal que me hizo sacar librándome de los inauditos tormentos que me preparaban. Lleváronme delante de su alteza, el cual me dijo:

—¿Qué desdicha es esta, Estebanillo? Ó ¿qué pecados has cometido para haberte puesto en tal aprieto? Yo le respondí:

—Señor, estos son caprichos de señores y pension de los de mi arte. Díjome un ayuda de cámara:

—Hermano Estéban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel, del gusto y susto, y es menester pasar cochura por hermosura. Pedí de beber para echar abajo toda la melancolía; á pocos lances y buenos me reventaban los ojos de alegría y la barriga de vino, y echaba de la oseta. Volvíme con su alteza á Bruselas, adonde, sin ser doctor, le visitaba por la mañana en la cama, y á medio dia en la mesa.

Al cabo de algunos dias volvió mi amo segunda vez al imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar á la córte de Viena, la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas y tierra donde se celebra más que en ninguna parte de la Europa. Y yo por oir decir: Donde quiera que fueres, haz como vieres, hice media docena de máscaras los primeros dias, con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas, que demás de ser celebradas, no perdí nada en la mercancía. Y viéndome cargado de alabanzas y premios, proseguí en dar gusto á los señores y regocijo á la córte. Habiéndome hecho una cadena de dientes y muelas de caballos, que estaban como el camarada que tuve en Norlinguen, me vestí de montambaneo, y me tercié el cabestrillo de raigones; puse en la mano derecha un gatillo de sacar muelas, y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos y emplastros encerados. Llevé conmigo cuatro judíos italianos con vestidos provocativos á risa, y con medias máscaras que cubrian de la nariz arriba, por causa de que no fuesen conocidos del vulgo, y subiendo en un caballo, me fuí por todas las plazas y cantones de la córte, haciendo paradas y dando voces para juntar la gente; y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres judíos, que estaban apartados de mí, cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastros; y pagándome por cada uno dos reales, á vista de todo el auditorio, provocaban á muchos

ignorantes á que llegasen á lo mismo; llevando en los pequeños botes una poca de harina desleida con agua, y en los emplastros un poco de cañamazo bañado con sebo y cera. Llegaba despues el cuarto hebreo, fingiendo tener gran dolor de muelas; traia las manos puestas en los carrillos, y quejándose muy á menudo, juntábase á las crines de mi rocin, abria una boca de un palmo; mirábale yo despacio la dentadura, como si él fuera caballo y yo albéitar que pretendiese saber la edad que tenia, y abatiendo el gatillo y fingiendo sacarle una muela, ponia en él otra que yo llevaba, pedida para el efecto á un amigo barbero; y dando á entender habérsela sacado sin dolor ni sangre, le hacia que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo enmolado, alababa mi destreza y convidaba á quitárselas á los pobres de gracia, obligándome á dejar todos los vecinos de aquella córte, por muy poco precio, sin ningunos dientes ni muelas. Dábame el judío un real, y volvíase á salir del corrillo, encareciendo mi agilidad y jurándole no haberle dolido ni sacádole sangre, por lo cual llegaban algunos inocentes á querer hacer la prueba y remediar sus dolores; y yo, engañándoles con visitarles las andanas y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastros, les quitaba el dinero, y los enviaba muy consolados. Solemnizábanlo los que sabian que era buena, y divertíanse los que lo ignoraban; y apénas se deshacia un corrillo, cuando á poco trecho juntaba otro y hacia la misma manufactura, encajando la propia presa. Vine á llegar cerca del palacio imperial, á tiempo que sus majestades cesáreas estaban á unas ventanas, juntamente con el príncipe Matías, hermano del gran duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponian los ojos en los de mi cuadrilla, empecé á vocear y juntar un numeroso auditorio; y despues de haber hecho mi papel, como en las demás partes, y hecho su parte los tres cansinos, llegó el doliente del mal de santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamás le hacia daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la más abultada de todas las demás, y por hacer reir á sus majestades á costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no solo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío á dar voces, y sus camaradas á emperrarse contra mí, sus majestades á reirse, y el pueblo á regocijarse. Mas por ver que habia algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salia de la boca del desquijarado, dije en alta voz:

—Adviertan vuesas mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio. Con estas razones volvió á renovar el alegría y á celebrar la accion, y á darles tal felpa á los cuatro zabulones, que á no valerles los piés, llevaran más que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco.

CAPITULO VIII.

En que declara la vuelta que dió á los estados de Flándes sirviendo de correo, y lo que le sucedio en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila, y de cómo fué recibido en el servicio de su alteza serenísima el infante Cardenal, y otra mucha variedad de sucesos.

Mi amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de su majestad católica, partió de Viena el primer dia de Cuaresma á los estados de Flándes, con un nuevo socorro de lucido ejército; y yo me quedé en Viena á cobrar los gajes de haber alegrado á los alemanes y entristecido á los hebreos, y más los donativos competentes á mi oficio. Dióme su majestad cesárea una cadena de oro, y otra el archiduque Leopoldo, su hermano, y otra el príncipe Matías, sin otras dádivas de títulos y señores. Al tercer dia de mi ocupacion y recogimiento de preseas me envió el marqués de Castañeda, que estaba en aquella córte por embajador de España, por correo á los Países-Bajos con un despacho de su majestad católica para su hermano el serenísimo infante Cardenal. Cuando me ví entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir, de paje vine á marqués, como don Alvaro de Luna, dije, de bufon vine á correo, que fué el primer escalon. Hice tan buena diligencia, que ensanché mi fama, y quedé opinado por persona de confianza. Holgóse mucho su alteza cuando me vió tan avanzado y supo con la brevedad y cuidado que habia traido el despacho; por lo cual toda aquella campaña ejercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces á Alemania, á Lorena, á Luxemburgo, á las fronteras de Francia y al ejército que traia mi amo para socorrer á Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas.

Quiso mi ventura que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo dios de las batallas, la venía á dar al ejército de Francia, que nos tenia sitiada y oprimida la dicha villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenia por cierta, por ir el Hércules de Florencia á socorrer la combatida Troya, que en acabando de despachar la otra vida al ejército contrario, me enviase á llevar las nuevas á su alteza. Respondióme:

—Señor Estebanillo, vuesamerced es hombre muy diligente para correo, y muy cobarde para estas ocasiones; y así, supuesto que sé yo que no ha de pelear y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlinguen, segun me han contado, yo le concedo lo que me pide; y así, póngase en otra montañuela, y si viere que Dios fuere servido de darme victoria, vaya á darle aviso á su alteza, que yo sé que ganará más en ello que en buscar rendidos despojos. Yo, estimando la merced y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia de que pasase detrimento el viaje que esperaba hacer, me subí en una montaña, á dos leguas de ambos campos, á tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo, obrando pro-

digios de valor y portentos de bizarría, lo deshizo, venció y arruinó, quedando la villa libre y la campaña por suya, hecha toda ella un cementerio de finados. Viendo pues que nuestro valeroso ejército, en virtud de llevar tan heróico é invencible general, apellidaba la victoria y avanzaba al desbalijo, bajé de mi revelado Olimpo á llevar la dichosa nueva á su alteza; mas encontrando en el camino á un vivandero de los nuestros, so color de apagar el polvo que habia cobrado en la batalla, fingiendo haberme hallado en la primera embestida, bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo y brindando á su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con más gana de dormir que no de correr postas. Pero animándome lo que más pude, por codicia de ganar las albricias, con estar aturdido y medio fuera de mí, con ayuda de un vivandero y de un amigo mio que le estaba acompañando, volví á subir á caballo; pero en ocasion tan desgraciada, que tirando la villa un cañonazo, quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos, con pasar la bala más de una legua de mí, fué tanto el pavor y sobresalto que recibí, que pensando que me habia hecho pedazos á mí y á mi caballo, me dejé caer de él tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una grande caida en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado baston una pierna, y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las cuales, al instante que las llegué á ver y á sentir el dolor, tuve por cosa cierta que el cañonazo me la habia hecho menudas astillas, y empecé á dar voces que atronaba toda la campaña, diciendo: Jesus, que me han muerto, confesion, confesion; á cuyas lamentables quejas acudió el vivandero y el conocido amigo, é informándose de la causa de ellas, les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una bala de artillería de las que habia tirado la villa. Ellos, que habian oido el estallido de los rigorosos bronces y veian los extremos dolorosos que yo hacia y una poca de sangre que campaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte, que llevándome en peso entre los dos, me metieron en el carro y me llevaron á la victoriosa villa.

Buscáronme una buena posada, y porque vieron lo necesitado que iba de sueño, por lo mucho que habia bebido, me recostaron sobre una limpia cama, y dejándome sosegar, se salieron en busca de un cirujano para que me curase. Tardaron más de cuatro horas en volver á la posada, por haber hallado todos los cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros y de los muchos prisioneros que se habian hecho. En cuyo término desistí los vapores de la cabeza y quedé libre del dolor y borrachera. Y estando durmiendo despacio lo que habia bebido de prisa, entraron en mi aposento mis enfermeros y un venerable y bárbaro cirujano, con media docena de platicantes, que al olor de haberle dicho que tenia muy linda china y que era criado del victorioso general, me venía á curar de ostentacion. Al instante que llegaron, aligerando todos á un tiempo de capas y sombreros, empezaron á destripar estuches, á limpiar sierras y afilar navajas, hacer hilas y á romper paños, haciendo capirotadas de huevos y cocimientos de vino. Al tiempo que estuvo todo á punto, mandó el tal maestro que me despertasen para ver la cura que requeria el destrozo de la bala. Y habiéndolo yo hecho, aunque no con mucha facilidad, porque estaba en lo mejor

de mi sueño, me senté sobre la cama, y quedé muy escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer anatomía. Díjome el maestro que descubriese la pierna para reconocer el golpe y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriéndome como quien ya tenia su juicio cabal, la eché con brevedad al aire, y haciendo el cirujano acercar una vela encendida y poniéndose apresuradamente unos cristalinos anteojos, le dió una atenta miradura de alto á bajo y un sobado de dedos, que parecia que maduraba brevas. Pero hallándola toda sana y buena, sin tener otra lesion más que un pequeño rasguño, me dijo muy atufado y medio corrido:

—¿Vuesamerced acaso hace burla de mí, pues me envia á llamar para curarle sus heridas fingidas y fabulosas? Respondíle:

—Vuesamerced me ponga en el estado que estaba cuando lo envié á llamar, y echará de ver que cuando la herida no fuese verdadera, por lo ménos me lo parecia; pero porque no se queje de mí ni diga que ha trabajado en balde, tome esta pieza de á ocho, para que no salga de aquí lo que ha sucedido, y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas. Recibió el dinero, y riéndose él y la chusma de oficiales, nos desocuparon el aposento.

Fuí á visitar á mi amo, á quien dí el parabien de la victoria, y le conté la causa de no haber llevado la nueva de ella á su alteza serenísima y lo corrido que habia quedado el cirujano cuando me habia hallado aun sin señal de herida; lo cual fué añadir á una alegría otra alegría, y á un gusto otro gusto. Salí á recorrer la campaña para ver dónde habia mi amo emprendido tan gran resolucion, obrando tan grande hazaña, y ganado tan gran renombre: halléla toda cubierta de cadáveres sangrientos, que movian á piedad aun á los mismos homicidas. Ví una multitud de prisioneros, adonde, demás de estar en ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, estaban sus más valientes y animosos soldados. Enseñáronme la gran copia de vencidas banderas, mostráronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artillería y la riqueza de sus despojos. A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas y municiones á la villa (la cual, como á su libertador, le aclamaba y aplaudia, dándole, tras infinitos parabienes, infinidad de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros á Bruséllas. Y despues de haber hecho hacimiento de gracias al Señor, cuya mano poderosa es la guia de las victorias y prosperidades de este mundo, le dió aviso por entero á su alteza serenísima, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los países, y tocando la trompa su invencible fama, se acobardaron los extraños, y se animaron las plumas, por tener tan valeroso asunto los no apasionados coronistas. Y habiendo hecho enterrar todos los difuntos y curar los heridos y refrescar su ejército, se entró á tomar algunas villas de la Francia, molestando sus fronteras y poniendo horror á toda aquella provincia. En cuyo tiempo, en premio de tantos y tan reales servicios, y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas, le envió su real majestad la merced y título del ducado de Amalfi, estado que fué de sus ilustres progenitores y restauracion de tan valeroso soldado. Hizo aquel dia mercedes á todos sus criados, y demás de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho estado con que pudiese descansar y vivir en marchi-

tándose la flor de la juventud, y llegando á los umbrales de la vejez. Yo acepté la promesa, como aquel que no sabía el fin que vendria á tener ni el estado en que me hallaria en aquella edad, y pues no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague, y es refran italiano el asegurar que *ogni promesa é debito*, tengo por cosa cierta y por caso asegurado, como quien tan bien conoce su generosidad, que si Dios me da vida, veré este plazo cumplido y esta deuda pagada. Y por aumentar el regocijo de tan alegre dia y darle á mi amo muestras de agradecimiento, compuse un soneto en su alabanza, no conforme á su gran merecimiento, pero por lo ménos harto trabajado, por declarar sus primeras letras su gloriosa estirpe de Aragon, por cuya atencion y hazañas notorias se le habia hecho la merced; y en las letras de en medio el nombre de su ducado, y en las últimas líneas los atributos tan debidos á su persona, y tan conocidos en la Europa; el cual, si no me he olvidado, decia de esta manera:

Guerrero insigne,	Ilustre y	Poderoso,
Laureado de	Dafne por	Prudente;
Onor del orbe,	Ulíses	Eminente,
Romano César,	Que triunfó	Animoso;
Iris de Flándes,	Vencedor	Famoso,
Alejandro sin par,	Ector	Valiente,
De cuya fama,	Dulce y	Refulgente
Está el imperio	Eterno y	Victorioso;
Atlante en fuerza,	Aquiles	Aplaudido,
Rayo en la guerra,	Marte en ser	Soldado,
Anibal de Cartago,	Amon	Temido,
Gloria de Siena,	Lauro	Venerado,
Onor de	Flándes, donde sois	Querido,
Norte de	Italia, donde sois	Amado.

Contentóle á mi amo la novedad de la curiosidad de la compostura; y aunque no creyó que los versos fuesen hijos de mi ingenio, se satisfizo de mi grande voluntad. Despachóme por la posta en busca de su alteza serenísima á llevar ciertos pliegos de importancia; y dando tres higas á Atalanta y cuatro á los irracionales partos del Bétis, le hallé en Esteque; el cual habiendo recibido los despachos, tuve, demás del premio, el tenerme siempre en su gracia. Allí fui bravamente favorecido de los señores del país, porque como yo les contaba todo el suceso de la batalla y como me veian en servicio de tan esforzado y valeroso general y amparado de un príncipe, hermano de un rey de España, se inclinaban todos á hacerme mercedes, y yo á recibirlas. Marchó despues de lo referido su alteza la vuelta de Dunquerque, por estar aguardando la armada, que venía á cargo de don Antonio de Oquendo y de don Andrés de Castro. Determinéme á irle acompañando, por lo que se me pegaba, y porque sabía que gustaba mi amo de ello. Llegamos á aquella pequeña villa, que por ser grande en valor, es terror de Holanda y opresion de las demás armadas enemigas; cuyos invencibles bajeles, siendo ruina y destruccion de las flotas holandesas, son los que abastecen y enriquecen estos países. Llegó la referida armada con más grandeza que

gobierno y con más velocidad que ventura. Salióla á recibir la holandesa con ménos fuerzas y mejor disposicion; y al tiempo que se empezaron á pelotear, no agradándome aquel juego de raqueta, por no llevar algun pelotazo de barato, estando en tierra y las armas dos leguas á la mar, dejando á su alteza serenísima en campaña, me fuí á la villa, y me entré en una cantina adonde se vendia cerveza, por si acaso diese algun cañonazo en su edificio, no me pudieran empezar sus obras muertas; y pidiendo cerveza, cosa que jamás habia probado, porque me dejasen estar en ella, estuve bebiendo toda una tarde potes de purgas, por no recibir récipes de píldoras holandesas; y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve ánimo para salir hasta tanto que cesó el ruido de la refriega y me aseguraron haber dado fin la disputa de las armadas. Entró el proceloso invierno, coronándose los montes de escarchados turbantes; vistiéronse las sierras de tersas alcandoras, y el tirano de las flores y bandolero de las hojas asaltó el bosque y combatió la selva. Volvió el leon español á su leonera, y yo, como oso colmenero, le fuí acompañando para lamerme los dedos en la cueva de la córte.

Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo el duque de Amalfi con su ejército la vuelta del imperio, por órden de la majestad cesárea, habiendo enviado para conducirlo al conde de Lesen. A esta ocasion me sobrevino una tan rigurosa enfermedad, que me obligó á no poder seguirlo y á quedarme en Bruselas. Publicóse mi dolencia por toda la villa, por lo cual me venian á ver muchos amigos y conocidos. Visitábanme los mejores doctores, servíame con mucha puntualidad la huéspeda de la posada, asistíanme las criadas, y regalábanme los vecinos. Faltóme el dinero, añadiéndose á una enfermedad otra; presumo que es mucho mayor la de la bolsa que la del cuerpo. Faltáronme á un mismo tiempo amigos y conocidos, huéspeda, criadas y vecinos; con que me desengañé que aquellas visitas no se hacian por ganar una de las obras de misericordia, ni por ver á Estebanillo, sino á la fama de mi dinero, y para ser esponjas de él. Este ejemplar me ha hecho conservarlo el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos y reglas de mi profesion. Y porque con razon se diga que cosa mala no se muere, tuve entera y cumplida salud en muy pocos dias; y hallándome convaleciente, fuí á visitar á su alteza serenísima y á pedirle licencia y ayuda de costa para ir á buscar á mi amo; el cual, no consintiendo que me fuese á Alemania, me mandó quedar en su servicio. No repliqué á esta proposicion, por verme muy débil para ponerme en camino. Y por lo bien que me estaba, entré á servirle con muchísimo gusto, y aunque mi oficio no era jurado, tiraba racion cada dia y provechos cada hora. Aquí fué donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que de bufon de una excelencia habia llegado á serlo de una alteza real; y como otros dan en querer perros, monos y otros diferentes animales, dió su alteza en quererme bien (que hay ojos que de legañas se enamoran, y como hay hombres de bien con poca dicha, hay pícaros con mucha suerte), y mostrarlo en mandarme hacer muy ricos y costosos vestidos. Gustaba de llevarme á la caza á caballo, y en sus coches cuando salia á tomar descanso del peso de su gobierno y á dar alegría á sus súbditos y regocijo á la córte; en

cuyo apacible estruendo y sonoroso ruido me hallaba como el pez en el agua ó como el aceite sobre ella. Tocóme la desvanecida por línea de presuncion, por verme favorecido y premiado; y como tal, solo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, hubo más de cuatro pares de presumidos que llegaron á tenerme envidia y procurar que cayese de la privanza, sin advertir que no era yo segundo Ruy Lopez de Avalos, sino un pobre caballero alegre, con quien gustaba de entretenerse un príncipe, y que ellos, si querian usar mi oficio, pues tanto lo envidiaban, lo podian hacer, y se hallarian tan favorecidos como me juzgaban. Viéndome cargado de tantos émulos, traté, por si acaso de la próspera llegase á la adversa, de hacer recluta de doblones, que son los amigos del alma y regaladores del cuerpo; para lo cual hice una lista de todos los príncipes, duques, condes, marqueses y barones del país, llenando un pliego de la letanía de sus nombres, con anotacion al márgen, en lugar de *ora pro nobis*, de las calles y palacios en que vivian, y conforme la lista los iba visitando, al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser propio, demás de gozar yo de muchos regalos, de hacer los señores mercedes, porque á las mañanas se levantan mustios y desabridos, y á las tardes se hallan enfadados de negocios ó fatigados de acreedores. Hallaba en los señores referidos tanta liberalidad, magnificencia y ostentacion, que echaba de ver que ni habia otra Flándes en el mundo, ni otra generosidad en la Europa. El dia que me hallaba melancólico no visitaba á nadie, porque fuera contra razon ir á buscar quien me alegrase, siendo mi oficio alegrar á todos, ni entrar pensativo y murrio quien iba á pedir dineros, sin llevar prendas de oro, sino una poca de parolina.

Llegóse el tiempo de las Carnestolendas, y yo, por agradar á su alteza y alegrar á todos los señores de la córte, por el bien que me hacian, saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro de él una docena de bebedores escogidos á moco de candil, que con ser tan buenos despabiladores, quedaron á la noche de moco de pavo. Llevaba una redonda mesa, donde los doce comian pan, muy espléndida de fiambres y cecina salada, y dos botas de cerveza para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambo mayor de aquellos doce monos, teniéndolos instruidos á mis órdenes y mandatos. Iba en cabecera de mesa uno, que por ser tan amigo de Baco lo representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en carnes y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas, que le ceñia toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas, que le tapaba las pertenencias y bosques de la baja Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de invierno y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes, con tener asiento cálido de vapores y con ir menudeando jarros de su tridente, iba tan de Baco hibernizo, que más parecia alma penando en sierra nevada que pellejo encima de tonel. Llevaba cada uno de los de mi cuadrilla, en lugar de cifras y cañas, un gran vaso en la mano derecha, lleno de cerveza, y en emparejando con cualquier coche de damas ó señores, les brindaba yo á su salud, y mis compañeros á un mismo tiempo y compás, sin saber puntos de solfa, empinaban los codos y hacian la razon. Llevaba de más á más otros

tres criados, el uno para que fuese sacando la cerveza de los toneles, y los dos para que fuesen hinchendo las tazas que se iban vaciando; con tal cuidado y puntualidad, que jamás parecíamos vírgenes locas, porque siempre estuvieron llenas las lámparas y las orejas encendidas. Dimos tres ó cuatro vueltas al tur, bebiendo á tantas saludes, que padecieron detrimento las nuestras; y cuando ya iba el aduar cuesta abajo, y nos hacia el víno y la señora doña cerveza á unos estar de *Asperges me*, *Domine*, y otros de *Humiliate capita vestra*, acertó á pasar su alteza, y haciéndole todos una salva real de tragos puros y refinados, nos fué forzoso salir rendidos, habiendo entrado triunfantes. Cayó nuestro desnudo Baco de la esfera de su tonel encima de la mesa de la comida, y echando abajo tablas, jarros, platos y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda; acudimos todos á ayudar á levantar á nuestro jefe, y demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de paso de judíos de la Resurreccion sin poder ninguno levantarse del puesto. Viendo los carroceros que llevábamos que habíamos dado fin á los toneles y á la representacion, y que todos habíamos caido sin ser Faetones, y que por ser á vista de todo un pueblo nos empezaban á tirar lágrimas de Moisés, quizá porque pasara yo el martirio de mi santo, aunque lo sintiera mucho ménos, dándole rienda á los caballos, nos sacaron del paseo bien acompañados de silbos y voces. Nos llevaron á una posada que tenia yo fuera de palacio, y como quien descarga pellejos de víno de carro manchego, nos fueron poniendo en tierra tan domésticos y pacíficos, que ninguno meneó pié ni mano. Bajaron á mi helado Baco, y á puros azotes de los carroceros y de un concurso de muchachos que se habian juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente que iba acudiendo, que tuvo por bien la patrona por ver desembarazada la puerta y por saber que habia de quedar satisfecha, por ser yo el autor de aquella danza, de entrarnos adentro y tendernos en un patio á que nos diese el sereno. Allí pasamos la noche, sin picarnos pulgas, ni inquietarnos mosquitos, ni despertarnos gallos. Venida la mañana, volví en mí, y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de losas en que habia dormido. Contemplé la parva lobuna que cogia todo el distrito del patio, y á mi amigo y compañero Baco en medio de ella en cueros, metido entre cueros y roncando más y mejor. Despertélos á todos, y pagándoles su jornada de racion y representacion, y habiendo contentado á la huéspeda, me fuí á palacio á esperar que su alteza se levantara, para que por mayor me pagara los gastos de la fiesta y la salva real que se le habia hecho; porque se reiria el mundo de mí si, despues de haber bebido dos botas de cerveza y una de víno y dormido una noche al sereno por el mes de febrero y en Flándes, fuera condenado en costas. En efecto, alcancé aun más de lo que pretendia, porque yo siempre pedia como criado de los más pequeños, y su alteza me daba como príncipe de los más grandes.

Determinéme por razon de estado, ó por mejor decir, por andar al uso como los demás, de tener un poco de quebradero de cabeza, con entretenimiento de galanteo. Aficionéme de una doncella de su señora, y dama de dame, labradora en el aseo, y cortesana en guardar fe. Tenia pocos años y muchas astucias. Traia todo su dote y ajuar á cuestas, y el testamento en la uña. Servia, por ser

huérfana y por estar en parte recogida, á una tia suya, tabernera, adonde yo tenia conocimiento y entrada los ratos de mi ociosidad. Puse los ojos en la tal polla, y pareciéndome que estaba ya en edad de poner huevos, la dí un dia un pellizco tan apretado como el amor que la tenia, y ella me pagó la lisonja con una coz tan desigual á su adamadura, que malos años para la más briosa yegua. Y como es muy propio de pollinos el hacer el amor á coz y bocado, no extrañé el són de la castañeta. Entróse ella en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre por el favor de su coz. Huia de allí adelante de mí como del demonio, y no tenia poca razon; porque es muy fuera de las leyes del interés entrar enamorado con las pertenecientes á Cupido; porque ni Lucrecia tomara el acero, ni Porcia píldoras de brasas, si sus pretendientes hubieran entrado en pluvias de oro y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres; y pidiendo, en lugar de favores, celos, hinchándoles la cabeza de aire, y los cofres de sonetos, como si fuese mercancía que se hallase sobre ella para los forzosos gastos. En efecto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista y que galanteaba al tiempo antiguo, y que en el presente no hay Elisas, Heros ni Tisbes, y que es más estimado el reloj que da que no el que señala, le envié un buen regalo á mi señora Dulcinea con un criado mio, retrato de Sancho Panza, y un amoroso billete dándole á entender mi pretension. La tal bobilla, como habia sido niña de muchos Gomez Arias, y de aquellas *nunca en tal me vi*, agarró la dádiva, recibió el recado, y remitió el decreto para la consulta de su tia; dándome licencia para que, en achaque de entrar á apagar la sed del cuerpo, entrase á mitigar el calor del alma. Desde aquel dia empecé á menudear en las visitas, y desde aquella hora comenzó la corderilla á pelarme, y la tia á desplumarme. Dióme por primer favor una rosa de liston, diciéndome que me la pusiera en su nombre, porque era el primer galan que habia dado. Yo le dije:

—Reina mia, el galan yo lo soy, y me vengo á entregar á la prision de los ojos que me han cautivado; damas son las que busco, y no galanes; nómbrese usted por mia é irán las cosas derechas, pues tendré yo dama, y vuesamerced galan. Agradóle á la tia el discurso, y agarrándome la cinta, dijo:

—El señor Estéban tiene razon, que á las damas se han de dar galanes, y á los galanes damas, y por derechos de esta sentencia me quedaré yo con este favor, que no faltará ocasion en que emplearlo.

Llegó nuestro amor tan adelante con el curso del tiempo, que nos miraban con cuidado los cofrades que acudian á la ermita, y que nos murmuraba el barrio y la vecindad; y porque no perdiese por mí su buena reputacion, que era reputada por doncella, sin ser piadoso Eneas, la saqué una noche de aquella encendida Troya, y dí con ella en mi casa. No tuve á poca suerte, sino á gran milagro, el haberme librado del emplasto de su tia, por ver que jamás le dió para libros. Era tan melindrosa esta dama, que no comia caracoles porque tenian cuernos, pescado porque tenia espinas, ni conejos porque tenian colas. Desmayábase de ver salir un raton de su nido, y alegrábase de ver entrar una compañía de mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comia en mi presencia por adarmes, y en mi ausencia por arrobas. Era enemiga de reclusion y amiga de libertad,

y con rebozo de melancolía era celosía de la ventana y umbral de la puerta. Recibia al principio muchas visitas, con achaque de primos; y por informarme yo que todos los que la venian á visitar lo eran carnales, no queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el príncipe Tomás, la metí en clausura, y tomé aposento sin ventana á la calle y en calleja sin salida; no me faltó sino ponerle un torno para parecer el celoso extremeño. Dejábale cuando salia fuera á mi criado para que estuviese de centinela de vista y que fuese espía de aquel campo; pero entiendo que esta diosa lo adormecia como á Argos, ó que me servia de espía doble. Cantábame ella cada noche que venia á casa aquella copla de Madre la mi madre, guardas me poneis, etc. Iba todas las fiestas á misa, y oia la de san Gregorio, y volvia á casa á hora de completas, por lo cual dí yo en acompañarla, y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdíaseme de cuando en cuando, y al tercer dia, como ahogado, remanecia en casa de su tia; por cuya causa estuve muchas veces determinado á hacerla pregonar ó á ponerle un rótulo en las espaldas. Y aunque me hacia creer con lágrimas y juramentos que por mi mala condicion se habia retirado á casa de su tia y no habia salido un punto de ella ni dejádose ver de persona, con todo eso no dejaba de castigarla, con tal rigor, que la pobretilla no se atrevió á hacerme más falta, sino que fué una sobra de voluntad, por un antojo que le dió de ser capitana, pudiendo ser real por lo velera y bien despalmada. Aficionóse tanto al són del parche, que despues de haber servido de paje de jineta, hube menester órden de su alteza para hacerle borrar la plaza y que la volvieran á casa de su tia, fingiendo que un oficial conocido suyo se queria casar con ella. Cumplió la órden, y al cabo de los meses mil volvieron las aguas por do solian ir; con lo cual quedó ella pesarosa, y la tia alegre, y yo celoso.

Despiquéme en visitar tabernas, adonde entraba gastando largo, pagando adelantado y haciendo muestras de centenares de doblas para opinionarme de rico y cobrar crédito para adelante en habiendo hecho cargadilla con dilaciones de trueques, y de hoy á mañana mudaba de cuartel y buscaba nuevo alojamiento, adonde hacia la misma embestida y la propia retirada, de tal manera, que en término de un año no tenia crédito ni retiro. Todas las huéspedas me buscaban, pero yo no queria que me hallasen; salíanme á recibir á sus puertas cuando pasaba por sus calles, y viéndome perseguido de tanta demanda y seco de hacerles tantas promesas, determiné de andar de allí en adelante en haca de buen paso y sordo de ambas orejas. Fué muy provechoso á mi oficio el dejar el divertimiento de la dama y la ocupacion de las tabernas, para poder acudir con más puntualidad al servicio de su alteza y al amparo de muchos títulos y señores que cada dia me favorecian y remediaban. Y así, despues de haber venido de campaña, que por no ser coronista de guerras ni tratar cosas de tantas véras voy prosiguiendo con mis burlas, llegaron otras Carnestolendas, no tan heladas como las que resfriaron á Baco, ni tan calientes como salimos sus compañeros. La codicia de la dádiva de su alteza y el deseo de alegrarle, me obligaron á trazar otra mascarada en otro carro como el pasado, pero con diferente asunto. Alquilé una cama con todos sus adherentes y un jumento de

buen tamaño, que no fué poca suerte el hallarlo en esta córte, donde hay tanta falta y sobra de ellos. Hice aderezar la cama en la testera del carro y meter en ella al pollino, amarrado de piés y manos á dos fuertes palos fijados para el propósito; cubrílo con una sábana muy delgada y con una muy labrada colcha, y dejándole sola la cabeza de fuera, le puse debajo de ella un cabezal y dos almohadas de muy blanda pluma. Vestí á un compañero de mujer, para que representando serlo del pollino, fuera lamentando el verlo enfermo y en vísperas de morir, la cual encubria debajo del avantal un gran orinal con su vasera. Llevaba otro en hábito de barbero con una cesta llena de ventosas y estopas, y un fingido oficial con una jeringa, que podia servir de aguatocha para apagar fuegos. Iba yo vestido de doctor con una ropa de levantar y un bonete de caer, unos guantes arrollados y un gran sortijon de piedra de jaqueca y chinelas terciopeladas. Llevé de más á más cuatro violones sentados en la cabecera de la cama de nuestro afligido enfermo y un pequeño tonel de cerveza para que sirviese de orina. Con toda esta preparacion entré con mi carro en el tur ó paseo, al tiempo que todo lo brillante y lucido de esta córte estaba en él, y en parándose alguna tropa de carrozas de señores ó damas de calidad, empezaba la fingida mujer á llorar en altas voces, enjugando las dolorosas lágrimas con las sábanas del cuitado. Tomábale yo el pulso con mucho reposo, pedia la orina, la cual me daba la afligida dueña con tristes suspiros; tomábala yo en la mano derecha, y con la izquierda me ponia unos anteojos, y mirándola, haciendo con ella muchos espantos y arqueando las cejas, alzaba el orinal, y de bote y voleo me bebia toda la orina haciendo muchos ascos. Con los labios hacia señal al barbero para que le echase las ventosas, el cual llegando á la cama y sacando de la cesta media docena de grandes ventosas, le metia á cada una media libra de estopas, y encendiéndolas á la luz de una vela, se las iba pegando en el pescuezo, y del fuego de la estopa y pelo del jumento se levantaban una grande humareda y olor de chamusquina. Con el dolor de la quemadura se alborotaba el enfermo, y dando enviones por soltarse, hacia estremecer la cama. Volvia la mujer á gritar; y yo acallándola, y limpiándola con una rodilla de cocina, hacia señas al barbero que le quitase las ventosas, y mandaba á lo mudo al oficial que le echara la ayuda. Obedecíame con puntualidad, aunque no le echaba bodrio, por guardarla para mejor ocasion. Volvia á respingar el señor burro, á soltar tantos espumajos por la puerta de la dentadura como presos por el postigo desdentado. Fingia un desmayo la bella mal maridada, y por volverla en sí hacia al oficial que sacase el sacabuche, y haciendo señal á los músicos, tocaban sus violones, con que dábamos fin á nuestra callada y lamentable representacion. Pasábamos adelante, y en encontrando otras carrozas de títulos y personas, á quien yo tenia obligacion, hacíamos lo mismo.

Sucediónos un cuento harto solemne en el discurso de nuestro viaje, y fué que saliendo hácia una parte de paseo, que está sin poblacion, en un pedazo de pradería, cerca de los muros de esta córte, estaban dos pollinas en cintas, mendigando un seco pasto, y cuando nuestro doliente las vió, olvidando sus ardientes ventosas y ayuda cámara ú de costa, empezó á alzar el cuello sobre las

almohadas y á dar unos rebuznos tan recios, que obligaron á la triste de su esposa á trocar el llanto en risa y á caerse todos los oyentes sobre los estribos y testeras de sus coches del mismo achaque. Fué tanto lo que se celebró la tal música, que en un instante pasó la palabra por todo el paseo, y todos me pedian, en acabando de ver la fiesta, que hiciese rebuznar al enfermo. Respondíales que yo no entendia su lengua, y así no me atrevia á suplicárselo; pero que fuesen por las dos burras, que podria ser que se alentara á servirles y darles gusto. Solemnizaban la respuesta, prosiguiendo su viaje, y yo el mio. Vine al cabo de hora y media á encontrar la carroza de su alteza, y mandando hacer alto á mi carro, volvia á hacer las mismas ceremonias, con más gracejo que en las demás partes; porque demás de la puntualidad y presteza, nos ayudó el señor pollino, haciendo su papel de tal modo, que á mí y al oficial nos hizo llorar, y á su alteza y á sus criados reir. Y fué de aqueste modo, que despues de haber hecho las ceremonias acostumbradas, llegó el diligente oficial con su flauta llena de agua fria, reservada para aquel paso, y alzando la ropa y apartándole el dilatado mosqueador, haciendo puntería, le dió un flautazo y le apretó los conductos de tal suerte, que dejó muy aguado el paciente, sin haberse desayunado; el cual, sintiendo la frialdad del regadío y la borrasca de las tripas, como otros se echan con la carga, él se quiso levantar con ella, echando todo el resto de su fuerza; y al tiempo que el pobre barberote le sacó la alatonada culebrina, le dió un cañonazo de sebo mascado con tal violencia y abundancia de tacos en medio del rostro, que le turbó la vista y le engrasó toda la delantera del vestido, y quebrando las ligaduras de los piés, enseñaba las virillas vizcainas, tirando zapatetas á pares y truenos á docenas. Yo, porque no peligrara mi estercolado jeringador, pensando que me tuviera respeto por ser doctor, me llegué á su merced por volverlo á ligar y á arroparlo, porque no se resfriara; mas no atendiendo á las insignias de mi ropa y sortijon, ó creyendo que le habia errado la cura, como suelen hacer muchos parientes suyos, me dió dos pares de coces tan bien pegados en la boca del estómago, que haciéndome pedazos el orinal, dió conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el barbero á limpiar á su oficial, la mujer del llanto fingido á llorarme de véras, el asno á tirar respingos y cabriolas, y los músicos á huir de él. Su alteza se moria de risa, y sus criados de placer. Siguió la carroza su comenzado paseo; y mis dos guiadores, viendo que nuestra fiesta habia acabado de tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantaron del lecho á que convaleciera, y lo ataron á una parte del carro; y mandando á los violones que tocasen, salieron muy despacio del paseo. Llegaron á la posada á tiempo que habia vuelto en mí, y apeándome, me llevaron á mi aposento y me echaron sobre mi cama. Roguéle á la patrona que me cerrase la puerta y que no dejase aquella tarde á ninguno entrar á hablarme, porque me sentia muy malo. Hízolo así, y aquella noche, aunque me sentia quebrantado de las coces, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina, que de un tiron alcancé la luz del venidero dia.

CAPÍTULO XI.

Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara, la salida que hizo á campaña cuando se sitió Arras, el chiste que le sucedio con un vivandero, lo que pasó á la retirada con su dama, y su nueva campaña de Aire, enfermedad y muerte de su alteza, y su partida á Alemania en busca de su amo el duque de Amalfi.

Apénas el hijo de Latona por el tur de su cuarta esfera, embanastado en su carricoche, nos vendia alegría en lugar de naranjada, cuando los llantos y suspiros de una mujer y el estruendo y alboroto de una tropa de gentes que subian por las escaleras de mi aposento me inquietó, no con poco sobresalto, al oir sus confusas voces y ver que abriendo mi puerta entraron á un mismo tiempo á darme los malos dias, pues no los pueden dar buenos los que madrugan á pedir, la huéspeda de casa, el ama del pollino, el dueño de la cama, los músicos y el barbero. Lloraba con tiernas lágrimas la dueña del jumento el haber salido su fingida enfermedad verdadera, y con duras razones me pedia le pagase el valor de él, por causa de tener todo el pescuezo quemado y andar desordenado de tripas y estar inútil para servirle. Poníame por cargo de conciencia la tiranía que habia usado con animal tan donoso y humilde; jurábame que á saber para el efecto que lo queria, que ántes me hubiera dado á un hijo suyo que á su querido pollino; porque demás de haberlo criado, era sus piés y manos y quien le ayudaba á sustentar su pobre casa. Pedíame el oficial el valor de su vestido, ó que le comprase otro nuevo, alegando que por mi causa habia quedado el suyo de manera, que no solo no se lo podia poner, pero ni llegar con media legua á la parte donde se le habia quitado por los aromáticos olores que de sí expelia. El camero decia que era cosa de gentiles lo que habia usado con él, pues su cama, hecha para descanso de cristianos, la habia hecho lecho de animales, y que estaba resuelto á no recibirla, por estar medio chamuscada y llena de operaciones sardescas. Los músicos pedian su jornada, y la huéspeda su quebrado orinal. Consideré que todos tenian razon, y concertéme con ellos lo mejor que pude, por no tener ruidos por cosa tan justa. En efecto, todos partieron contentos, y yo quedé harto triste de apartar de mi lado las doblas, á quien habia dado eterno sepulcro, y en hallarme algo lastimado de las coces del enfermo y tener que pagar el alquiler de la ropa de doctor. Por saber que la buena diligencia es madre de la buenaventura, me levanté á dar modo de recuperar el gasto de lo pasado. Y porque su alteza no me dijera que lo iba á ejecutar de contante y que lo regocijaba á fuerza de interés, tomé la pluma, invocando el auxilio de las nueve, estando la vena pronta, por estar en ayunas, le compuse un soneto, dándole el atributo de *El señor Infante*, *príncipe invicto*, para que sirviese de acuerdo de la fiesta y de anticipacion á la paga. Advierta el lector que la ene de una línea sirve de eñe, que no le habia de dar á su alteza renombre de Nau, y que demás de ser licencia poética, es libertad bufónica. Decia de esta manera:

El que dará á su
Lauros ganando y
Siendo al mundo
Excede á Grecia, dando
Ñuma en la paz, y
Orror de Europa,
Rayo de luz;
Iris argenta cuando
Nunca vencido
Felice siempre, y con
Angel divino,
Nadie ignora su fama
Tú, lector, si por
Esas dos

Patria eterna hazaña
Rayos expeliendo,
Inmortal, pues que venciendo
Nombre á España;
Ciro en la campaña,
Y feliz renaciendo
Pues átomos vertiendo
Estrellas baña:
Y centro de venturas,
Nacer muy hombre,
A sol de las criaturas,
Y su renombre:
Torpe conjeturas,
Orlas te dirán su nombre.

Agradóle á su alteza, por parecerle compostura dificultosa, y demás de quedar en opinion de entendido, conseguí mi pretension, agradeciendo á las musas la brevedad de mi despacho.

Volví á hacer paces con mi ingrata Dulcinea, dándome de nuevo más sustos que los pasados y algunos madrugones. Cuando me via cargado de chola y en oficio de siete durmientes, se le daba de mi amistad tres caracoles; y yo de su amor, cuando despertaba y la hallaba ausente, tres rábanos. Con estos pleitos ordinarios y con este extraordinario sobrehueso anduvimos alborotando posadas é inquietando barrios todo aquel invierno. Llegó la primavera, y á la mitad de su florido curso salí con su alteza á campaña con un lucido ejército. Llegamos á la vista de Arras, con intento de socorrerla, por tenerla sitiada cerca del campo frances. Habia oido decir á su alteza que aquel dia no se habia de preservar su persona ni la de ninguno de sus criados de entrar en la batalla, si la presentaba el contrario, ó de embestir con él en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadáver cuerpo un miedo tan intrínseco y helado, que ya me parecia que el tronitoso bronce fulminaba sobre mí sus carniceros estragos. Fuíme deslizando de las marciales tropas, trayéndome los achaques por los cabellos. Culpaba el caballo de flojo, y las cinchas de apretadas, á la brida de corta, y á los estribos de largos; y por más que me procuré quedar atrás, siempre tomé compañeros. Anduve montaraz, hasta que otro segundo yo, que se habia retirado herido de la flecha de Baco, me dijo que se habian mudado los votos, por serenarse los primeros ímpetus, con que sacudí mis últimos temores. Ofrecióse de ser mi lucero, inquiriendo adónde pudiésemos refrigerar los macilentos miembros, tan trémulos con el miedo como frágiles con la gazuza; discurrimos los conocidos tabernáculos del trago, penetrando los límites del cuarto de la salud, y los hallamos tan desiertos de refrigerio como poblados de quien lo buscaba. Aquí fué adonde dí al diablo la guerra y adonde tuve por insensato al que tiene con que pasar en la paz y viene á buscar picos pardos, y entre abismos de descomodidades anda solicitando su muerte. Fué tan general la hambre que se pasó, que para poder exagerar, basta decir que llegó

á mí, que cuando le falta á uno de mi oficio, que es perro de todas bodas y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio.

Llegamos una tarde á hacer frente de banderas cerca de un pequeño villaje, desamparado de sus moradores. Y teniendo noticia que un vivandero traia medio saco de pan y dos jamones cocidos, y que por tenerlos reservados para él y su familia, no queria, por ninguna cantidad, socorrer á los más amigos y conocidos suyos, traté de que alcanzase la industria lo que no podia la fuerza del dinero, y compelido de la hambre, le aceché y ahondé más de una hora por el contorno de su tienda, desde adonde columbré que como hombre experto y cuidadoso de aquello que tanto le importaba, tomó una pala, y haciendo un profundo hoyo á una parte de la tienda, metió en él el referido bastimento en dos sacos mediados, y cubriéndolo con unas tablas, hizo encima su cama, y se acostó, á más no poder, con su mujer y criaturas. Yo, que atentamente estaba mirando por la vislumbre de la tela y resplandor de la luz el mal lance que habia echado, me quedé mas avergonzado que triste, por haber blasonado delante de muchos señores que le habia de dar asalto á su guardada provision. Al tiempo de quererme retirar de la parte donde habia estado sirviendo de atalaya, ví que la tienda habia estado arrimada á una zanja, que servia de division y atajo á una acostumbrada vereda, y de impedimento de poder pasar gente de á pié ni de á caballo por ella; y por causa de tener más bien guardada su ropa y que le sirviese de foso y trinchera, habia puesto el redomado vivandero su tienda en aquel sitio. Pero como no hay cosa que más avive y sutilice el ingenio que es la necesidad, se me ofreció á la idea un ardid, con que me juzgué señor del pan y los jamones. Y por no perder tiempo, fuí á dar parte de ello á tres mozos de cocina que servian á ciertos señores italianos, que prevenidos de cuchillones y de mejor herramienta que pudimos hallar para este efecto, nos encajamos en la zanja; y á la hila, como banda de grullas, fuímos marchando hasta la tienda, al tiempo que palpitaba un cabo de vela que habia quedado. Tomamos á la luz de sus boqueadas el derecho de la cama de su dueño, que no estaba muy distante, y poniéndonos de rodillas, y no á hacer oracion, comenzamos los dos á abrir mina al fuerte de los sacos, y los dos á ir retirando los desperdicios de ella. Tuve tan buena suerte, que hallando el terreno arenisco y blando, en término de hora y media, estando ya rendidos y cansados, desembocamos la mina en el pozo de los víveres, y cargando con los sacos, nos retiramos, sin ser sentidos, á hacerle la reparticion y á remediar la gazuza. Tomando doblada parte de la presa por ingeniero, minador y guia, me retiré á dormir lo que quedaba de la noche. A la mañana, saliéndome á pasear y á ver si el sol habia descubierto lo que encubrió la soledad de la noche, hallé al vivandero muy triste, á su mujer muy llorosa, y á sus hijos y criados cariacontecidos, y llena la puerta de la mina de oficiales y soldados, los unos celebrando el disculpado hurto, y otros santiguándose de la sutileza de la empresa. Dejéles á todos echando juicios, y volvíme á requerir lo que habia ganado en buena guerra, temiendo no le hiciesen otra mina. Con esta proporcion me remedié hasta tanto que salimos á tierra de promision, adonde estuvo todo sobrado. Y dejando aparte los sucesos de aquella campaña para el coronista, á

quien le competen, digo que al fin de ella nos volvimos á Bruselas, adonde yo cobré una vida y nuevo ser, por verme libre de los trances de la guerra y del rigor de los enemigos. En la bonanza de este mar me deleitaba, en el golfo de esta grandeza me divertia, la dulzura de sus sirenas me conhortaba, y la suavidad de sus anfiones me entretenian, y últimamente, yo era el pez Nicolao de aqueste Mediterráneo, porque en sacándome de este centro, pasaba desmayado de recelos y parasismos de temores. Aquí solo trataba, por ver que andaba melancólico su alteza, de alegrarlo y divertirlo, unas veces contándole los discursos de mi vida, y otras haciéndole relacion de las ajenas. Inquietaba mi sosiego y perturbaba mi inquietud un italiano de mi arte y profesion, llamado Leonora, el cual, algunos dias que acudia á la mesa de su alteza, lo que le faltaba de prosa, le sobraba de manos, y á costa mia hacia alarde de su graciosidad, alargándome unas veces el pescuezo, sin ser ahorcado, y otras arañándome la cara, como si fuéramos verduleras, con que provocaba al conclave á risa y á mí á cólera; porque en oponiéndome á la defensa, con solo un papirote daba con mi débil cuerpo en tierra. Aprovechéme de aquel refran de á fuerza de villanos hierro en medio, y salíame muy mal la industria; porque siendo él, demás de fuerte, animoso, me hubiera despancijado muchas veces, á no ser su alteza el íris de paz y amparo de mi defensa. Decíale, porque no blasonase de sus fuerzas, cuando veia que estaban inquietos los nublados de su cólera, que tres cosas de valor no se estimaban en el siglo presente, que eran consejo de pobre, galas de cortesana y fuerzas de ganapan. El, por motejarme de miserable, porque no gastaba con él los doblones, que no se perderian por mal guardados, me respondia que tres cosas le eran necesarias á un bufon para poder campar alegremente y para granjear amigos, que eran boca de confesor, espada de mercader y bolsa de señor generoso. Con estas disputas graciosas y batallas burlescas daba gusto y placer á quien tantas mercedes me hacia, no reparando en hacer escaramuzas de gatos, pues siempre salia arañado, ni en rodar media hora por la sala como vellon de lana. Llegábase el tiempo en que su alteza cumplia años, y para celebrarlos, alabando el dichoso mes de mayo en que habia nacido, hice un romance, y por dar á entender á algunos acaballerados fisgones de aquello que no entienden, que muy presumidos de discretos no estimaban mis versos, porque no eran de poeta con don ó descendiente de godos, que tambien los pobres y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma y tres potencias como los más poderosos, y cinco sentidos como los más calificados, y que no hay cláusula en el testamento de Adan que dejase, como señor que era entónces de todo el mundo, á los caballeros mejorados en tercio y quinto en las aguas de Hipocrene, y á los pobres herederos del caño de Bacinguerra, la una fuente del Parnaso con licores poéticos, y el otro caño cordobés con inmundicias selváticas. El romance decia de la forma siguiente:

¡Oh qué galan venís, mayo!
Mas teneis razon que os sobra,
Teneis justicia que os vale,
Teneis verdad que os abona.

Despues que sois rey jurado
Por las flores olorosas,
Excelso Arturo os alienta,
Supremo Favonio os sopla.
Amaltea en vasallaje
Os ha feudado su copia,
En tormentas de claveles,
En avenidas de rosas.
De jazmines y arrayanes
Formais matizadas flotas,
Siendo la campaña mar,
Siendo las flores sus ondas.
Diréis que hoy hace Fernando
Años justos, y que os toca,
Por nacer en vuestro mes,
El baston, el peto y gola.
Es así, yo lo confieso,
Que por ser verdad que consta,
Hoy Madrid se regocija
Hoy Bruselas se alboroza.
Hoy, mayo, ha de haber dos mayos,
Dos primaveras hermosas,
Dos albas en solo un dia,
Y en un dia dos auroras
Dos soles verá Brabante:
Uno farol, otro antorcha;
Uno planeta, otro infante;
Uno en carro, otro en carroza.
Lleguemos á cuentas, mayo,
Y confesad sin lisonja:
¿Cuál merece más aplausos?
¿A quién más triunfos le tocan?
Diréis que por más antiguo
Sois de la mesa redonda
Príncipe, par y caudillo,
Siglos, lustros, años y horas;
Que por vos es Marte Adónis;
Lasciva Vénus, Belona;
Incasta dueña, Lucrecia;
Inconstante dama, Porcia;
Que miéntras teneis el cetro,
La senectud se remoza,
La estéril vega se anima,
El inútil tronco brota;
Que ufana produce Céres,
Que alegre dibuja Flora,
Y sin ser reina Amaltea,
Pensiles jardines forma;
Que al alba las avecillas
Sobre el sauce cantan solfa,
Sobre el álamo gorjean,
Sobre el mirto verde entonan;
Mirra la floresta vierte,

Cinamomo el monte aborta,
Diamantes da en risa el alba,
Perlas da en llanto el aurora;
Que hacen gratos maridajes
Las fiestas más portentosas,
Celebra el mar himeneos,
Ostenta el céfiro bodas;
Que sale halagüeño el sol
Con su mostacho á la moda,
Sin nube que se le atreva,
Sin vapor que se le oponga;
Que por dar tapete al prado,
Dan las plantas más frondosas
Una tempestad de flores,
Un torbellino de hojas;
Que vos, mayo, sois del campo
Quien lo enriquece ó lo agosta,
Quien lo alienta ó lo destruye,
Quien lo levanta ó lo postra.
Estas son vuestras hazañas,
Declaradas ya por propias,
Que ni el olvido las niega,
Ni el tiempo anciano las honra.
Aleguemos por Fernando,
Mayo alegre de esta zona,
Feliz primavera en Flándes,
Sol hermoso de esta Europa.
Que és moderno, no hay duda;
Pero más argenta y dora
Quien al oriente da luces
Que quien al ocaso sombras.
Este mayo, en pocos mayos,
Muchos privilegios goza;
Prevista deidad le alienta,
Hesperio candor le adorna.
Este el sol es su menino,
El alba es su precursora,
Y es el dia más sereno
De aquesta perla la concha.
La palestra se estremece;
Que ¿á quién no admira y absorta
Ver un piélago de dichas,
Ver un golfo de victorias?
Sin número son sus hechos,
Sus acciones belicosas,
Dignos de laurel sus triunfos,
Dignas de palmas sus glorias.
Su natural es divino,
Su condicion milagrosa,
Su compostura suprema,
Su conversacion heróica.
¿Quién vió lebrel arrojado,
Cuya piel, por prodigiosa,
Aspira á vellon de tigre,

Y espira en vellon de onza;
  Que por falta de discurso,
Ó se enfurece ó se enoja
De ver en el tur del cielo
Correr á la luna postas;
  Y ella á su arrogancia muda,
Cuanto á sus ladridos sorda,
De luces la tierra inunda,
De plata las minas colma?
  ¿Ó nube densa, atrevida,
Que llena de vanagloria
Se opone al sol cara á cara,
Y le embiste proa á proa;
  Mas el celeste diamante,
Que por ser tan luminosa
Su claridad, quiso el cielo
Vincularlo por su joya,
  La deshace en plumas rizas,
La disminuye en garzotas,
En lluvias la desvanece,
En vapores la trasforma?
  ¿Ó mariposa, que al prado
Sus varios matices roba,
Siendo pintada alcatifa,
La que fué blanca alcandora;
  Que puesta á la ardiente llama,
Fluctúa el cerco animosa,
Para ser despojo débil
Lo que fué altanera pompa;
  Y el fuego, que refulgente
Sus atrevimientos nota,
Ni precipitado ofende,
Ni enternecido perdona?
  Pues de aquesta misma suerte
A aquesta luna española,
A este claro sol de Austria,
A esta llama vencedora,
  El que se le opone altivo,
El que de Alcídes blasona
Es á rayos de este Apolo
Lebrel, nube y mariposa.
  Si es su estrella favorable,
Si es su suerte poderosa,
Si va en bonanza su dicha,
Si va su fortuna en popa,
  Fuerza es, mayo, que os exceda;
Pues su ventaja es notoria,
Su valor más conocido,
Su calidad más grandiosa.
  Rendidle á Fernando el cetro,
Entregadle la corona;
Sea mayo, y como rey
Fueros quite y leyes ponga.
  El sol en el año impere,

Cual la deidad portentosa,
Que es por gusano y por ave
Hija y madre de sí propia.
Dadle el victor de sus años,
Lleve el grado con la borla,
Los árboles lo respeten,
Las flores lo reconozcan.
A sus años tan felices
Tocad la sonora trompa,
La caja la tierra altere,
El clarin los rayos rompa;
Flores el parque derrame,
El palacio vierta aromas;
Porque goce en holocaustos
Lo que su fama pregona.

Díselo á su alteza, y como príncipe tan perfecto, sin reparar en la humildad del verso, premió lo realzado de mi voluntad; porque son excusas de avaros y malos pagadores el calumniar al poeta y censurar sus versos, para quedarse de grátis con sus obras; pero tienen poco de Jérjes, pues no estiman el corcho de agua, y mucho de Mídas en guardar su dinero. En este tiempo gastaba yo el que tenia en regalar á mi miñona, sin reparar que eran obras hechas en pecado mortal y que sembraba en mala tierra. Queríala por lo que me costaba, y estimábala por ser mujer y porque al fin habemos nacido de ellas. Mas la tal señora no me estimaba sino porque la sirviese de marques del Gasto y conde de Cabra. Tenia yo la fama de ser su galan, y otros cardaban la lana. Decíame que me tendria por ídolo de su altar si llegara á verme ciego, mudo y sordo, y alabando mis dádivas, vituperaba mi persona. Y miéntras más pesos falsos me hacia, queria que yo la estimase más y la maltratase ménos. Pedíame unas veces matrimonio, otras divorcio, y eternamente *danari y piu danari*. Y por darme más muestras de su fineza y obligarme á quererla más, amaneció un dia en mi casa, y amaneció veinte en las ajenas. Por lo cual, más por venganza que amor, ó más celoso que desapasionado, la hice prender á pedimento de su tia y meterla en una torre como á doña Blanca de Borbon, adonde se sustentaba á mi costa, pareciéndome en todo y por todo al perro del hortelano. Quiso mi dicha que, para apartarme de esta fiera esfinge y cruel lamia, llegase la alegre primavera, acompañada del céfiro y Favonio, y lisonjeada de Flora y Amaltea, la cual dando esmeraldas á los prados, librea á las selvas, y esperanza á los montes, animó las flores, resucitó las plantas y enamoró á las fieras; por cuya venida y por haberse puesto el ejército frances sobre la villa de Aire, salió su alteza á campaña para socorrerla, no quedándome yo en zaga, porque más queria arriesgarme á ser prisionero de un turco que esclavo de mi perversa Dálila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona que consentir que ella me acabase de sacar los ojos. Despues de varios sucesos que tuvo su alteza en campaña, unos prósperos y otros adversos, habiendo vuelto á sitiar la villa por haberla ganado el enemigo y hechas fortificaciones tan inexpugnables, que daban terror á los sitiados, fué Dios servido de darle una en-

fermedad tan de repente y tan violenta, que le fué necesario retirarse á la villa de Cortray, quedando el ejército á cargo del baron de Beck, tan celebrado por sus hechos como conocido por sus hazañas, y en quien tanto género de alabanza es muy corto á su gran merecimiento. Hallóse su alteza tan indispuesto, que pasó fama de que era muerto; y aun hubo personas tan incrédulas de lo contrario, que quisieron ver y creer sin ser apóstoles. Al cabo de algunos dias fué volviendo en sí y cobrando mejoría; por lo cual, pidiéndome yo mismo albricias por depender de su salud toda mi alegría y la de los estados, le hice los siguientes versos, tomando el asunto de la gran calentura que habia tenido.

Dió Fernando entre arreboles,
Soles;
Brotando sus pocos mayos,
Rayos,
Y sus lucientes albores,
Esplendores.
Viendo el mal tantos fulgores,
Fué Faeton precipitado,
Que el vuelo le han abrasado
Soles, rayos y esplendores.

Tuvo el mal por enemigo,
Castigo;
Dándole su atrevimiento,
Escarmiento;
Gozando, pues se condena,
Pena.
Si á la primavera amena
De su alteza se atrevió,
Tenga, pues lo mereció,
Castigo, escarmiento y pena.

Si nunca reserva el mal,
Cardenal,
Mirara que es el triunfante,
Infante,
Y que es en todo y en parte,
Marte.
Mas ya abatió su estandarte,
Cuando admiró su virtud;
Porque tuviese salud
Cardenal, Infante y Marte.

Goce en edades lozanas,
Semanas,
Y á despecho de holandeses,
Meses,
Y para azote de extraños,
Años.
Pues á España evita daños,
Porque el mundo se alboroce,
Viva siglos y en paz goce
Semanas, meses y años.

Estos le aliviaron alguna parte de su tristeza, y hallándose algo convaleciente, se pusieron en camino de Bruselas, para dar con él en la gloria. Llegó á esta córte, que se le mostró ufana y regocijada de verlo con algunas premisas de salud, aunque despues volvió su regocijo en sentimiento, por verlo recaer con ménos esperanzas que tuvieron en la caida. Al fin quiso el cielo llevarse lo que era suyo, dejando á estos estados sin príncipe que los gobernase, á España sin infante que la socorriese, y á los soldados sin padre que los amparase. Contar el sentimiento que hizo esta córte y todos los países, príncipes y señores de ellos y todas las demás naciones, fuera proceder en infinito. Solo diré que como yo, puesta cada cosa su tanto, perdia más que todos, estuve tres dias sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes, y mi corazon un centro de ardientes suspiros. Y por satisfacer en algo tanta merced y beneficio como me habia hecho, compuse una glosa fúnebre para poner en su real túmulo, que es la siguiente:

Si la libertad llorais,
Ojos, que perdido habeis,
Aunque más lágrimas deis,
En vano las derramais.

Ojos, una muerte esquiva
Le dió fin al sufrimiento,
Porque un fuerte sentimiento
Vuestra libertad cautiva;
Y si el gran dolor os priva
Del curso que ejercitais,
El raudal no suspendais;
Pues viendo tales despojos,
No ceseis de llorar, ojos,
Si la libertad llorais.
Si en su bella juventud
Adquirió renombre eterno,
Si aplaudisteis su gobierno,
Si admirasteis su virtud,
Si visteis su rectitud,
Si su fama conoceis,
Si sabeis lo que perdeis,
Llorad, que será tibieza
No llorar la gran riqueza,
Ojos, que perdido habeis.
Cortó un golpe de guadaña
Cetro y corona de gloria,
Llevó el cielo la victoria,
Y perdió su infante España:
Y aunque el cielo su luz baña,
Pues yace el cuerpo cual veis,
Llorad, ojos, no ceseis;
Pues á deuda tan debida
Solo pagais con la vida,
Aunque más lágrimas deis.
El alma en celeste vuelo
Partió triunfante y ufana,

Porque flor tan soberana
No era flor para este suelo;
Llorad, ojos, con desvelo,
Pues ya al orbe lo inundais;
Y aunque más lágrimas dais,
Son pocas, y no me espanto,
Que si no es eterno el llanto,
En vano las derramais.

Al cuarto dia me apretó la hambre, aunque fué más fineza en mí el haberme pasado sin beber que sin comer: imaginando que mis lágrimas no lo habian de resucitar, y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros, dije: El muerto á la huesa, y el vivo á la hogaza; y entrando en un penitente bodegon, al compás de Dios te tenga en su gloria, henchí todos los vacíos, y refresqué todos los secanos; y despues de haberme animado, salí á desistir pesares y á buscar mi vida. Como me veian sin señor ni amparo, todos huian de mí, á todos enfadaba, y mis gracias eran desgracias; nadie conocia á Estebanillo, ni nadie se dignaba de llegarme á hablar, como si yo hubiera sido doctor y errado la cura de su alteza. Viendo pues que aun mi moza se me hacia de pencas, despues de haberla sacado de la prision, y que queria que mandásemos á semanas y que calzásemos los calzones á meses, me determiné de irle á hablar al conde de Traun, que estaba en esta córte por embajador extraordinario de la majestad cesárea, al cual le supliqué que le escribiese á mi amo el duque de Amalfi de cómo habia quedado huérfano de tan gran príncipe, sin herencia y reformado, que si gustaba su excelencia que cantase por mí aquella copla que dice: *Vuelve á casa, pan perdido.* El cual no se descuidó en hacerme merced, pues en el primer correo tuvo respuesta de mi amo, el cual le suplicaba me enviase á Alemania, que era donde se hallaba su excelencia, con la mayor brevedad que pudiera. Envióme el conde á llamar con un criado suyo; dióme la órden que tenia, y mandó que me pusiese en camino, y me dió para el gasto de él. Pasó la nueva por esta córte, y empezó su burgesía á llover embargos sobre mí, y á querer hacer arrestos, sin haber en todo mi aposento sobre qué tropezar, ni alguacil que me prendiese, ni carcelero que me quisiese recibir en su prision. Salió contra mí una querella de una vidriera, á quien despues de haberle quebrado muchos vidrios, le habia dado una cuchillada. Estando en tres dormidas, como gusano de seda, pedíame una patrona el menoscabo de una cama, porque estando una noche acostado en ella, y cual digan dueñas, soñando que vertia aguas en la proa de una galera de Malta, le inundé todos los colchones. En efecto, no quedó vinatera ni cocinera de tripa y callo que no cargasen á molestarme. Yo, ni negando la deuda ni ofreciendo la paga, les prometia satisfaccion ántes de hacer mi viaje; y al cabo y á la postre quedaron satisfechos de quien yo era, porque quedara yo muy desairado, y no se estimara mi caballería, sin pagar á mis acreedores, porque ni tuviera quien me cortejara á todas horas ni quien se acordase de mí en todos tiempos.

Fuíme á despedir de don Francisco de Melo, que estaba por gobernador de

estos estados, y de todos los señores, así del país como extranjeros; y habiendo juntado muy buena garrama, por respeto del dueño á quien iba á servir, me fuí á decirle adios á mi querida Belerma y á derretirme con ella como si fuera portugués. Y despues de haberle dado con qué poder pasar muchos dias y de haber hecho muchas finezas y sentimientos de la forzosa partida, le prometí de que daria muy presto la vuelta por solo verla y regalarla; y que si habia de sentir mi ausencia y gustaba de que me quedase, obedeceria su gusto y despediria las postas. Ella, muy sonriéndose y reventándole por los ojos rayos de alegría, por quedar en su libertad, sin tutor ni curador de su vida y milagros, me respondió:

—Señor Estebanillo, que vuesamerced se vaya ó se vuelva, que se quede ó no, *pour moi c'est tout un.* Y aunque tal despejo y desvío declara el corazon más firme y constante, á mí se me encendió de tal suerte, teniendo sus ofensas á favor, que salamandra de su fuego sentia cada instante encenderme en la lumbre de sus ojos, y gustaba de estar hecho Tántalo de su belleza; porque es muy de mujeres como la tal desestimar á quien las regala, y idolatrar á quien les quita lo que tienen y les da muchas bofetadas, y de hombre como yo perder el juicio y gastar la hacienda por quien no lo agradece ni sabe guardar fe ni lealtad; pero al fin era yo tal como ella, y ella tal como yo. Pudo más en mí ir á buscar á mi amo que no la prision de mi libertad ni el estar en la gloria de Niquea; y dejándola en un monasterio, más por fuerza que de grado, tomé las prevenidas postas, y repitiendo al són de su trote: Adios, Bruselas, pasé á Namur, Marcha y Lisel, adonde despues de romper los cristales de la Musela y fatigar el bosque de Crucenaque y desempedrar las calles de Wornes, Fraquendal, Espira y á Donaverte (plaza del duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rápidas corrientes bañan el reino de Hungría, y con soberbia del golfo desembocan en el mar de Constantinopla), desembarquéme en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos, y de tan poco provecho para mí; y ántes de descansar ni tomar posada, fuí á visitar las cesáreas majestades, teniendo órden del mismo emperador, así que entré en su real sala, que no hablase cosa que tocase á su alteza serenísima el infante cardenal, por el gran sentimiento que hacia cuando lo oia nombrar la cesárea majestad de la emperatriz, su hermana. Holgáronse de verme y de oirme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcacion, fuí á besar la mano al marques de Castel Rodrigo, que estaba por embajador ordinario de la católica y real majestad y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces; el cual, procediendo como tan gran señor, me amparó y honró, no por quien yo era, sino por el valor de su excelencia.

Estuve algunos dias hecho caballero festejador y recibidor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinilla del gracejo, que no trocara mi oficio por el mejor gobierno. En este tiempo partió mi amo por la posta del ejército imperial para venir á Viena, y teniendo yo noticia de ello, le salí á recibir al camino; y echándome á sus piés, le pedí perdon de haber dejado tres años su servicio, dándole por disculpa haber quedado enfermo á su partida y el haber

entrado á servir un bisnieto de Cárlos V, hijo de un rey de España y hermano del mayor monarca del orbe. Hízome levantar y cubrir, y díjome que se hallaba indigno de recibir en su servicio á quien habia tenido por dueño un tan gran príncipe. Entró su excelencia en la córte, y así que se apeó en su palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes á la bucólica, y que yo los ajustase de suerte que fuera bien servido. Yo, no solo tomando el mando, sino el palo, que así lo hacen los que no han sido nada y llegan á verse en bragas de cerro, hice visita general en cocina, cantina y potajería, y los metí de tal manera en pretina, que decian que me habia dado mi amo el pié, y me habia tomado la mano. Y al fin quise ser tan recto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor, los unos porque les quitaba el mando, y los otros porque les quitaba los provechos. Cantábame un criado, á quien no le habia tocado la residencia, todas las veces que me encontraba :

Mal lograda fuentecilla,
Deten el paso y advierte, etc.

En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella córte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa, y muchos regalos dentro de ella; pero en lo mejor de él se fué mi amo á gobernar las armas imperiales, por muerte del general Francisco Alberto, quedándome yo enfermo del mal de los ricos; porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso, mostrándose liberal conmigo, que de más de un millon de arrobas que habia bebido, le pagase una sola gota de pension, porque tambien ella reparte en la jurisdiccion de los cuerpos sus millones y alcabalas, y algo se me habia de pegar á mí de andar entre príncipes y señores. Apénas habia mi amo salido de casa, cuando se conjuraron contra mí todos los criados de ella, por haber sido mequetrefe, metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente á mi oficio. Llegó á tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que habiéndome un dia sentado en la cocina por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero, y echándome como á Luzbel de la silla abajo, enarboló en lugar de espada un asador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver que al tiempo de quererme levantar me dió un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que á no ser de llano, me dejaba para siempre libre de la enfermedad de la gota. Y no paró solo en esto, pues una criada barrendera, con quien no habia usado de mi comision, descargó sobre mis hombros media docena de escobazos, con que me obligó á besar dos ó tres veces la tierra sin ser parte sagrada. Acudió el mayordomo al són del paloteado, y despues de haberse holgado infinito de verme aporreado y tendido en el duro suelo, dándoles á todos razon y á mí baldones, me puso de piés en la calle, dándome con las puertas en la cara, adonde se me vino á la memoria aquel sentencioso adagio de que en furia del conde no mates al hombre. Yo, temiendo que pluvia que habia empezado en palos y sartenazos no acabase en torbellino de sangre, animándome lo más que pude, tomé la posta y me fuí á buscar á mi amo, al cual hallé al cabo de algunas jornadas en la Moravia, en una villa

llamada Helbruna, adonde le dí mis quejas, y criminé lo que habian hecho en mi contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced y me prometió dejar vengado, al cabo de la jornada se quedaron todos en casa y yo con mi sartenazo.

Llegó á aquella villa con su armada el archiduque Leopoldo, y juntándola con la de mi amo, hizo plaza de armas general. Dió su excelencia un grandioso banquete al archiduque y todos los cabos de la armada, por agasajarlos; y porque corriese parejas su valor con su grandeza, bebióse en él á lo aleman, pero yo, sin ser la torre de Babel, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras, y dormí de todas suertes. Otro dia muy de mañana marchamos en seguimiento del Sueco, el cual nos tenia sitiada una plaza en la Silesia, llamada Brique; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolucion que llevaban el archiduque y mi amo de socorrerla, aunque se arriesgase de perder la armada, no osando atender á tan valiente determinacion, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dejarnos libre una villa, llamada Nais, que está á cuatro leguas de Brique, despues de haberla puesto fuego por cuatro partes, sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el archiduque de mi amo lo diligente que yo era y la confianza que en diferentes ocasiones se habia hecho de mí, y la merced que me hacia su alteza (que esté en gloria) cuando estuve en su servicio, me mandó que haciendo oficio de correo llevase estas buenas nuevas á sus cesáreas majestades. Llegué á Viena á toda diligencia, y apeándome en el patio del palacio imperial, dí el despacho al conde Buchaim, que hacia oficio de camarero mayor, queriendo más usar de las obligaciones de correo que de las preeminencias de gentilhombre entendido. Regaláronme todos los señores de palacio y criados de importancia, porque demás de mi buen humor, servia de correo de buenas nuevas. Mandóme dar su majestad cesárea una cadena de oro de harto precio y que se me despachase con nuevos pliegos á la armada, adonde volví con mucha brevedad, y serví en ella toda la campaña el oficio de correo, advirtiendo al postillon que corriere estos renglones, por si escrupulea sobre el nombre de armada ó ejército, que en Alemania se apellida de este modo, y que cuando no fuera así, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de véras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza.

Sitiamos una villa llamada Glogau, que está en el fin de la Silesia y en los confines de Polonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy á menudo las trincheras; y por probar mi valor, aunque ya tenia harta noticia de él, me llevó una mañana consigo, más forzado que de voluntad, diciéndome que me queria hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable, si no es quitándome el pellejo como á culebra y volviéndome á hacer de nuevo. Esguazamos una ribera, llamada Odra, que pasa por medio de la asediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colacion de balas sin confitar y de peladillas amargas. Yo, empezando por el credo y acabando en los artículos, le dije á mi amo que no me agradaba mucho aquel almuerzo, que me dejase á mí ir á nuestro cuartel y que trajese otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que habia de ganar en aquella accion. Él me respondió que de

aquella suerte ganaria opinion y me haria memorable, que tuviese buen ánimo. A lo cual le repliqué:

—Certifico á vuestra excelencia que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos. Apénas acababa de pronunciar estas últimas razones, cuando nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que á bajar la puntería nos llevaba á los dos de bola ó á uno de calles; y aunque no mostré flaqueza por estar mi amo delante, cuando ví que poco distante de nosotros hizo á un soldado volatin de Carnaval, dándole remate de vida, no habiéndolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesion y gustando más que dijesen, *aquí huyó*, que no *aquí cayó*, me afufé con tal donaire, que parecia el suelto caballo á quien movian tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida y ménos de aliento; subíme al pajar, y sepultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mí, le dijo un paje que me habia puesto en la pajada á madurar como níspero. Mandóme bajar, y llegando á su vista, no limpio de polvo y paja, me dijo:

—Pícaro, ¿cómo sois tan cobarde que me habeis dejado, y á vista de una armada habeis vuelto las espaldas y puéstoos en huida? Yo le respondí:

—Señor, ¿quién le ha dicho á vuestra excelencia que yo soy valiente, ó en qué ocasion no lo he hecho mucho peor que hoy? Si vuestra excelencia me envió á llamar á Flándes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son archiprestes de presbíteros, yo soy archigallina de gallinas. Obligóle la respuesta á convertir su enojo en placer y á disculparme de lo sucedido.

CAPÍTULO X.

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio y del viaje que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Leipsic, que dieron los imperiales á los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flándes, y despues al imperio.

Al cabo de ocho dias y habiéndome retirado de la plaza por venir el enemigo con gran poder, su alteza el archiduque me despachó á Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el rey y el otro para la reina, su hermana. Tomé la posta, llevando de compañía un ayuda de cámara del gran duque de la Toscana, el cual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogénito de aquel estado; el cual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viaje. Llegamos á la córte de Polonia, adonde se apartó de mí á dar su embajada; y yo, anticipándome con la mia, me fuí al palacio real, y dí el pliego en mano propia á su majestad; el cual, como no me conocia ni tenia aviso de quien yo era, me hizo mil honras, y mandó que me fuese á descansar, que él tenia particular cuidado de despacharme. Fuí al cuarto de la reina, dí el pliego del archiduque, su hermano; y ya por mis extraordinarias cortesías ó por advertirle

en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme á descansar, me mandó regalar y que cuidasen del señor embajador. Dió aviso de ello á su majestad, el cual se holgó mucho, celebrando la gravedad y tesura con que le habia dado el pliego. Al cabo de tres dias me despacharon, dándome trescientos ducados para guantes; y enviándole la reina á su hermano, entre las demás cartas, una en que le encargaba que si acaso me despachase á los Países-Bajos, me diese comision de traerle unas puntas y una muñeca vestida al traje frances, para que sus sastres tomasen el modelo y le hiciesen de vestir á uso de aquel reino, por ser el de Polonia embarazado y no á su gusto.

Recibidos los despachos y dineros, partí en busca de la armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Hungría; y habiendo llegado á la córte imperial, el señor marques de Castel Rodrigo, embajador ordinario del rey católico, me dió otro pliego de cartas para la armada; y partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el reino de Bohemia, y pasando por Praga, llegué á Dresde, córte del duque de Sajonia. Allí tomé lengua de la armada, y me dijeron que marchaba la vuelta de Leipsic en seguimiento de la sueca. Yo me dí tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que á las veinte y cuatro horas, una legua de Leipsic, descubrí á las dos armadas puestas en batalla campal y dándose muchos bodocazos y cuchilladas. Aquí fué adonde el señor correo perdió todo el brio y quedó más cortado que una cernada. Él caballo que llevaba, animado de las trompetas y cajas, queria embestir con los batallones; y yo, atemorizado de oir una fragua de Vulcano y de ver desatadas todas las furias del averno, queria ponerme en huida. En efecto, estábamos de contrarias opiniones yo y mi camarada el rocin. Temia por una parte el perder los pliegos por venir sin postillon, y por otras dos mil el perder las ganas del comer y arriesgar el caballo, que me habia costado muy buen dinero. Era tan grande y tan espeso el humo que causaba la artillería y mosquetería, y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados húngaros y frisones, que no me daban lugar á ver quién llevaba lo mejor. Estuve un gran rato sin determinarme si pasaria adelante ó volveria atrás, porque la gran turbacion que tenia no me daba lugar á determinarme; pero al tiempo que me quise acercar un poco, sabe Dios con cuánto sobresalto, llegó á mí un batallon de los nuestros diciendo que perdíamos la batalla por falta de la caballería del cuerno izquierdo, y preguntándome, pues era correo, si sabía algun buen camino donde poder salvarse, le respondí que dejasen aquel cuidado á mi cargo y que me siguiesen; y con más miedo que todos ellos, los alejé de la tremenda palestra de tal manera, que á la noche los acuartelé en un villaje á veinte leguas de ella; porque si yo fuera tan diestro en los alcances como en las huidas, ya estuviera escabechado á pocos laureles. No fuéron tan pocos los que me siguieron que no pasaron de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta caballería.

Llegamos á puerto salvo, despues de pasar la borrasca, por hallar en el villaje una infinidad de vivanderos, que iban á nuestra armada cargados de bastimentos ignorando el siniestro suceso; y habiéndonos juntado todos á consejo de

guerra para darles un Santiago, y no de azabache, me enviaron á que sirviese de espía de los pobres demonios para reconocer la cantidad que habia y si estaban alerta. Volví al cabo de un cuarto de hora, y disminuyendo el campo contrario y animando el mio á la empresa, cerró con tal valor, que si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado, con harto ménos peligro, y con mucho más provecho. En efecto, entraron los amigos á saco; era un confuso laberinto oir en el peso de la oscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados baules, las embestidas á los sacos del pan, los asaltos á las botas del vino, y el cierra, cierra las arcas de ropa, sin usar de ninguna piedad ni misericordia, porque como tienen á los vivanderos en opinion que los roban y que se llevan todo el dinero de la armada, se habian revestido de nerones. Yo quise tambien probar la mano y ganar algunos despojos, pues habia sido guia de los vencedores y espía contra los vencidos, y dejando á guardar mi caballo á un soldado que se me habia dado por amigo, con intento de pescar otro mejor entre los muchos vivanderos, cargué con mi maleta de pliegos, y llevándola debajo del brazo izquierdo, metí mano á la espada, y cerré con el escuadron de carros á tiempo que estaban todos ellos en cruz y en cuadro, sin que hallase otra mercancía más que lágrimas y ternezas de sus dueños, por lo cual fué fuerza retirarme sin caballo. Y volviendo en busca del mio, hallé que el soldado á quien se lo habia entregado se habia acogido con él, de manera que me quedé sin el uno y sin el otro, por ser disparate dejar lo cierto por lo dudoso; de forma que entre tanto despojador vine yo solo á ser el despojado, quizá por lo que habia tenido de vivandero.

Venida la mañana, marché á pié cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas tropas, y encontrando con un coronel, me preguntó que cómo caminaba á pié. Yo le respondí que en la batalla me habia llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los piés. Díjome:

— Por cierto, Estebanillo, que fuiste dichoso en no llevarte á tí, y que lo puedes atribuir á milagro, y ser buen cristiano de aquí adelante. Marché poco á poco, hecho correo de á pié, hasta llegar á la córte de Praga, adonde hallé á su alteza el archiduque Leopoldo y á mi amo, que estaban recogiendo la gente que se habia escapado de la pasada refriega. Preguntóme su alteza cómo me habia ido en Polonia. Y yo le encarecí las mercedes que en ella habia recibido; y deseando saber la causa de mi venida á pié, le satisfice con decir que habia llegado á la armada al tiempo de la batalla, y que animándome de ver á su alteza opuesto á los peligros, empecé á escaramuzar con las tropas enemigas, adonde me dí á conocer bien á costa de mi sangre; pero que habiéndome sido forzoso el retirarme, por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo de haberme puesto en salvo, me fué fuerza el dejarlo y venir á pié. Dió crédito á todo ello, por ignorar la batalla de los vivanderos. Leyó las cartas, y en recompensa de haber salvado los pliegos y traídolos á cuestas, me mandó dar para montarme. Fuí á ver á mi amo, y contéle lo mismo, aunque, como me conocia, no pude, como con los demás, acreditarme de valiente. Envióme otro dia su alteza con un despacho á

Viena para su majestad cesárea, y con otros para los estados de Flándes, dándome trescientos escudos para el camino. Fuíme á despedir de mi amo, el cual me dió otro pliego para don Francisco de Melo. Llegué por la posta á Viena, dí los pliegos y otros que asimismo traia á la majestad cesárea de la emperatriz y al marques de Castel Rodrigo. Allí conté maravillas de la batalla y mentiras ni vistas ni imaginadas, ganando mucho más con ellas que no gané en Yélves á coger aceitunas. Y habiéndome despachado, me volví á empostillar, y dándome unas pocas de alas el rapaz virotero, resucitando en mí las cenizas del amor pasado, llegué en ocho dias á Bruselas, adonde, despues de haber dado mis despachos y hacer mis embajadas, me salí á pasear y á ver la tia de mi cuidado, la cual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentándose de la desconsolada vida que habia pasado aquel enjaulado serafin. Limpiéle las lágrimas con unas doblas que le dí, íris de tales tempestades, para que la sacase de empeño y la trajese á casa. Partió como una saeta; y yo quedé lastimado de su relacion, aguardando el retrato de una penitente egipcíaca. Mas presto me consolé por verla entrar por la puerta, pálida como un madroño, flaca como una trucha, y con más papada que un canónigo. Por estas señas conocí lo que habia sentido mi ausencia. Abrazóme tierna y estrechamente, y yo la dí los brazos sospechoso y desengañado, y más cuando ví unos asomos de lágrimas en sus neutrales ojos, que debian de ser por la reclusion pasada ó por la que esperaba entrando en mi poder. Pasamos aquel dia con gusto; mas no tanto que no dejamos de tener tres pesadumbres, y en la semana trescientas, por ocasion de que por regalarla gastaba lo que tenia y lo que buscaba, y ella, por verme tan liberal, lo era tambien conmigo en darme lo que le pedia, que eran celos y más celos.

Volví á hacer una visita general á todos los señores de esta córte, guiándome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por haber sido corsario en seguir aquellos rumbos, no necesitaba de ella. Satisfice algunos deudores, por pedirme la deuda con humildad y ofrecerme de nuevo sus casas con amor; que á quien esto no obliga, ó se precia de muy caballero, ó de gran tirano. Visitábanme los amigos que me habian menester, saludábanme los soldados que me querian pedir, y pegábanseme los brazos que me intentaban estafar. Mi dama, por desquitar algo del encarecimiento pasado, volvió á hacer de las suyas, y dándoles á todos piques de esperanzas, me daba á mí repiques de celos y capotes de desesperaciones. Determiné de vengarme por los mismos filos y de sacar un fuego con otro fuego; para lo cual, habiéndome acariciado otra dama tan buena como ella y de no ménos servicios y virtudes, y que basta, para decir qué tal era, que ella me hubiese acariciado. En efecto, acepté el favor, y en agradecimiento de la mala eleccion que habia hecho, la convidé á merendar fuera de los muros, y por parecer hombre de mi palabra, otro dia la envié á advertir por la puerta que habia de salir y en el puesto que habia de esperar, y á la hora que habia de ser. Llegado el plazo, me presenté al desafío campal, llevando por armas un gran jarro de víno y ciertos sazonados manjares. Llevé por padrinos un par de amigos, y por portadores de la merienda á mi querida prenda y una conocida suya. Al tiempo que llegamos

adonde la otra dama me estaba aguardando, me adelanté un poco, despues de haberla abrazado á letra vista, la dí á entender que las dos que venian en mi seguimiento eran criadas mias, y señalando la hostería donde habia de entrar, volví á retaguardia, y le hice creer á la señora mi moza ser aquella una persona de merecimiento y á quien yo tenia muchas obligaciones, y que la habia convidado por haberla hallado en aquel puesto. Entramos en la hostería, y llamando al patron, le pregunté que si sabía hacer una ensalada con los tres artículos pertenecientes para salir perfecta. Él me respondió que si no fuera muy buena la que él me daria, que no le pagase nada de todo el gasto que hiciese en su casa. Cubrieron la tabla, y poniéndome yo y mi nueva pretensora en cabecera de ella, la empecé á brindar á lo flamenco, y á dar paz á lo frances, y á hacerle plato á lo español, comiendo los dos los mejores bocados. Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio, que atragantaba podre por la boca, y vertia ponzoña por los ojos, no porque ella me tuviese amor ni sintiese verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimacion que de ella hacia en presencia de tanta gente; y lo más que le llegaba al corazon era el ver que su competidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa y le hacia que escanciase la bebida. Al fin, pagando agravios de celos con venganzas de lo mismo, dimos fin á la obra, y principio á la cuenta del gasto que habia hecho el patron; el cual, ajustando su conciencia, me pidió un patacon de pan, cerveza y ensalada y de la buena pro. Yo, tomando de la mano á quien me habia servido de novia en la mesa, me iba diciendo no era obligado á pagar lo que me pedia, por no haber sido la ensalada de mi gusto.

El patron me impidió el paso, pidiéndome el escote; por ver que se juntaba bulla de gente, porque no presumiesen que por miserable no le pagaba ó por no tener con qué, me encaré con él, y le pregunté que si acaso se acordaba de que me habia dicho que si no fuera buena la ensalada, que él me daba por libre del gasto que hiciese. Confesó ser así, y que no solamente no podia estar más bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja en saberlas acomodar. Yo le respondí:

—Pues tan gran maestro sois en esa profesion, ¿qué tres propiedades ha de tener el que quisiere acertar á hacerla apetitosa y sin ninguna falta? Replicóme que él no sabía mas propiedad que de cobrar su dinero, ni más faltas de que nadie la hiciese con él en írsele con su sudor. Díjele muy puesto en cólera: Pues para que veais que sois un lego y un idiota en este oficio, el hombre que hubiere de hacer una buena ensalada ha de ser justo, liberal y miserable: justo en el vinagre, liberal en el aceite, y miserable en la sal; y pues vivís de presumido, teniendo tanto de ignorante, porque no presuman los que nos están mirando que lo hago por no pagaros, ni vos os alabeis que no habeis cumplido lo que me prometísteis, veis aquí el real de á ocho que pedís. Y diciendo esto, lo saqué con un puño de ellos de la faltriquera, y arrojándole con mucha fuerza á unos convecinos jardines, le dije: De esta suerte se parte la diferencia y quedamos ambos pagados; y otro dia sed más avisado conmigo, y seré yo más generoso con vos. Celebrando el cuento y accion los mirones, y el hostelero avergonzado, bajó la cabeza y volvió las espaldas; pero yo, por andar más galante á vista de mi mo-

derno galanteo, saqué otro real de á ocho, y llamando al que partia desconsolado, le dije: Ahora que os hallais convencido y no pedís nada, veis ahí lo que pretendiais, y arrojándoselo en tierra, me entré con mucha gravedad en la villa. Acompañé á la dama bisoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré á la mia, á la cual sirviéndole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar á verse en otro acto semejante, dió en mostrárseme más apacible y en darme ménos enojos, porque para el veneno y letargo de celos, esta es la perfecta contrayerba.

En este tiempo la condesa de Ulst, á pedimiento de mi amo y por agradar á la reina de Polonia, me dió una gran muñeca, vestida á lo frances, que habia hecho traer de Paris. Compré cantidad de puntas de las mejores y más finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me habia mandado el archiduque Leopoldo, y llegándose el tiempo de poner el ejército en campaña, salió don Francisco de Melo, como su general, á visitar las fronteras, y me mandó que le siguiese, ó presumido que yo era algun gran ingeniero, ó teniendo noticia que era único minador de jamones y panecillos. Fuímos recorriendo todas las plazas, y llegando á la de Lila, me despachó como á correo para Alemania, con pliegos para el señor marques de Castel Rodrigo. Dí la vuelta á Bruséłas, y por tener ya más satisfaccion de mi dama, la dejé en casa de un mercader, que á saber la buena mercancía que le dejaba, estoy cierto que no la hubiera recibido. Dejéle pagado algunos meses adelantados y todos los vestidos y galas que yo más estimaba, por ser dádivas de su alteza; y despues de haber dispuesto mis negôcios lo mejor que pude y despedídome de mi infanta Palancona y de los amigos del trago, tomé la posta, y empecé á desmoler lo que habia comido, á sudar lo que habia colado, y á trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la córte. Partí de Bruselas en el mes que los enamorados sirven á sus amores; y divirtiéndome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blando de los despeñados arroyuelos y el gorjear de las sonoras aves, llegué á Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado y por tomar algun descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de éntrome acá que llueve y hace un sol que rabia, me entraba en el imperial palacio, y en las casas y posadas de todos los señores, unas veces echando lances en vacío, y otros hinchendo la red, tomaba del pecador como venía, y solo sentia á par de muerte unos pegatostes, que como emplastros de resfriado se pegan á los poderosos, y pensando que lo que me daban á mí les habia de hacer falta á ellos, me hacian mal tercio, y muchas veces eran ocasion de salirme en *albis*, y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decia: Caballeros Lanzarotes, ya que no gozais de la gloria del dar, no impidais el infierno del pedir; y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras y famas; pues no lo gana un poderoso con henchiros á vosotros las balijas, ni á sus criados los jergones, ni con trasformarse en primaveras de galas; pues diferente renombre ganó Alejandro con dar que no Heliogábalo con banquetearse y desperdiciar brocados y diamantes, y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso que el otro por ser gloton; y el que da imita á Dios, que siempre nos está dan-

do á manos llenas infinidades de gracias y mercedes, y el que no da imita al mismo demonio, que solo nos regala con pesadumbre y sobresaltos.

Despues de haber hecho mi ronda, dí en querer probar la ventura y en jugar con todos los títulos y coroneles, como si yo lo fuera ó gozara de sus rentas; y unas veces por venir la mia detrás, y otras por entrarle á treinta y nueve el as, me dejaron á escuras de lo que habia ganado en todas mis corredurías y de las mercedes que me habian hecho en aquella córte, y de las mercancías que yo habia vendido en ella; porque á tanto extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningun viaje que no haya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volúmen y de mucho valor, y de aquello que carecia en el reino adonde llevaba los despachos; pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las lecciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *libera nos, Domine*, me vine á hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que habia hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios ni el diablo. Pero por no dar un buen dia á las corrientes de Flegetonte ni venganza á mis competidores, valiéndome de unas resultas que me habian quedado, tomé la posta para ir á la villa de Pasau, junto del Danubio, córte del archiduque Leopoldo. Pero apénas habia corrido media legua, cuando pasando por un ameno jardin, que está cercano al camino real, me conocieron unos señores y unas damas que estaban en él holgándose, y hiciéronme apear á tiempo que se cubrian las mesas de un opulento banquete; y yo, por ser rogado y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos, y embestí con platos diversos y con vinos diferentes; pero entrando de victoria, salí de rendimiento, porque tantos á uno era fuerza que diesen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca, el postillon que llevaba por guia quedó de tal forma, que no le pudiera guiar á él un ejército entero; y creo que á ser convidados los caballos, pasaran tambien el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos á un mismo tiempo, comimos y bebimos á un mismo tiempo, y caimos á un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos señores, segun supe despues, para ver si nos podian volver en sí; pero advirtiendo que era cosa irremediable, nos mandaron llevar á una pradería, dentro del mismo jardin, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantándonos cien responsos y haciendo cincuenta paradas, y echándonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio para apagar tanto fuego. A la tarde, despues de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos, se volvieron todos aquellos señores y damas á la córte, dejándome encomendado al jardinero para que tuviese cuidado de mí y de los caballos y maletas.

Quiso mi ventura que otro dia de mañana acertase á pasar uno de los caballos nuestros tan cerca de su dueño, que le puso pié con pata y zapato con herradura. Obligóle el dolor y la carga á volver á este mundo, habiendo estado en el paraíso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse á levantar, desde adonde, no costándole poco trabajo, me despertó. Sentéme tambien á su lado, tan atolondrado como él y tan fuera de mí, que no reconocia en la parte

que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillon que cuántas postas habíamos corrido, y respondióme que á su parecer más de doscientas, segun se sentia de molido y cansado. Púseme en pié, sirviéndome de bordon la cola de uno de los dos caballos, el cual, por no ser casado, tuvo ánimo de al són de un medio relincho darme dos pares de zapatadas, con que dió conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta, con que me dejó hecho estatua de Baco en jardin de Flora. Y columbrando por sus verdes celosías que el jardinero venía hácia la parte adonde estábamos, olvidado del dolor é imaginando que estábamos en camino real, y que él era pasajero que venía por él, le pregunté que cuántas jornadas habia desde allí á la córte de Viena. Él, riéndose de la pregunta y ayudándome á salir de mi capilla, me volvió la cara á la parte del mediodía y me dijo:

—¿Ve allí vuesamerced la torre de la iglesia mayor de la córte por quien pregunta? Por el distrito que hay de aquí allá puede conjeturar las jornadas que ha hecho despues que salió de ella. Quedéme más atónito de lo que estaba, por ver el poco viaje que habia hecho, pensando, segun me habia dicho el camarada, que estaba á vista de la villa adonde iba. Díle priesa al postillon á embridar los caballos; el cual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponia en las colas, lo de adentro fuera, y lo de arriba abajo; y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colacion que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligan á lo que el hombre no piensa, lo puso á punto de levo, y nos ayudó á montar en ellos, que entiendo que no le costó poca fatiga, segun estábamos de pesados. Abriónos la puerta del jardin, adonde se empezó á santiguar mi católico postillon, y picando trasero y amorrando á la parte delante, tomó el camino de Viena, yendo yo en seguimiento. El jardinero, como sabía que no era aquel el viaje que yo hacia, nos empezó á dar voces diciéndonos que nos volvíamos á la córte. Yo, con darle al postillon más holas que hay en el estrecho de Magallanes para hacerlo parar, era darlas al aire, por lo cual, apretando las espuelas á mi descansado rocin, pasé delante de él, y habiéndolo detenido y enseñádole las torres y murallas de Viena, aun no lo podia persuadir á que iba errado. En efecto, reduciendo al caballo ántes que á él, empezamos á hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho á los piés de su alteza, el cual se holgó de verme, y mucho más cuando supo que llevaba la muñeca y puntas que habia mandado traer de Flándes, y pagándome diez doblado de la costa que me habian tenido, dentro de ocho dias me despachó á toda diligencia, con aquel presente y despachos, á la reina su hermana, á Varsovia, córte de Polonia.

CAPÍTULO XI.

En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia, el desafío que tuvo con un estudiante polaco, la llegada á Viena y partida á Italia, y lo que le sucedió en el camino con un capitan aleman, y los viajes que hizo á Roma y Nápoles hasta llegar á España.

Despues de haber corrido muchas postas y pasado malos dias y peores noches, por ir siempre zangoloteándoseme cuajar y tripas, por ir el uno lleno de comida, y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué á Polonia, y dí mis pliegos y regalos á su majestad real, siendo embajador sin título y grande sin señorío. Tratóme, al fin, como reina, porque siempre he hallado más afabilidad y llaneza en emperadores y reyes que no en ciertos engolletados que se bautizaron en su alteza, y se confirmaron y añadieron un don en el anchuroso dominio de Neptuno, y se endiosaron en el primer oficio que llegaron á ejercer. Todos los señores polacos, por respeto de la merced que su majestad me hacia, me cargaban de dádivas y me henchian de vino, y me trataban de señoría, con lo cual me hallaba más hueco que un regidor de aldea. Ayudóme bravamente el saber la lengua latina, porque de otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran oscuridad de su lenguaje y porque ellos no saben de la nuestra sino el dar señoría á uso de Italia, por haber en aquellos países muchos mercadantes italianos. Partieron sus majestades á su gran ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligacion de asistir en él un año, y dos en Polonia. Es este estado un país muy friísimo y de muchos y muy grandes y espesos bosques, particularmente uno llamado Viala-Vexe, en el cual su majestad mató en solo un dia seis toros salvajes, tan feroces, que daba horror el mirarlos, y tan bárbaros, que cada uno de ellos podia prestar barbas á media docena de capones. En cualquiera parte que sus majestades hacian noche, el señor de aquel distrito les alojaba y banqueteaba al uso polaco, con tal grandeza, que á mí me causaba admiracion, y me parecia cosa imposible que hubiese tierra que produjese tantos regalos, ni señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad.

Dióle á su majestad deseo de ir á caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pié izquierdo, y llegando á un gran bosque, en muy poco tiempo dió muerte á ocho; y entiendo que á querer darse diligencia, pudiera matar ochocientas, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba cuántas racionales hay mayores que estas y con mayores uñas y más virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande á caza de ellas. Yo pienso que me preservé en esta ocasion por ser bestia pequeña y andar el rey á caza de grandes. Marchamos desde aquel bosque á la vuelta de Groden, ciu-

dad de Lituania, adonde por venir yo algo indispuesto de haber querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, caí malo, por cuya razon, hallándome al cabo de algunos dias algo convaleciente, pedí licencia á sus majestades para volverme á Alemania, la cual me dieron con mucha voluntad, y un pasaporte real para todo su reino, y una carta de favor y recomendacion para mi persona, para la majestad cesárea de la emperatriz su prima, y pliegos para el archiduque su hermano, honrándome para ayuda del viaje con seiscientos escudos y con dos riquísimos vestidos á lo polaco y con una carroza con dos bizarros caballos, porque caminara con más descanso y porque no me dañase el sol ni el viento, temiendo no volviese á recaer el señor embajador, y una guia intérprete para que me convoyase hasta llegar á los confines de Alemania. Presentáronme tres señores de los que iban acompañando la córte tres caballos, como si Estebanillo fuese alguna persona de gran puesto y calidad; pero el señor que es generoso no mira el sugeto del que recibe, porque solo se atiende al valor del que da; que el que pone excepciones, son achaques al viérnes por no ayunar. Contemplándome tan poderoso y en tan alto estado, me despedí de sus majestades y de todos los señores y títulos de su córte, y poniéndome en camino salí de Lituania, y atravesando todo el reino de Rusia y pasando el de Moscovia, llegué á una ciudad del reino de Polonia, llamada Cracovia, que es adonde se coronan los reyes de aquel reino y adonde hay gran comercio de mercancías y muchos mercadantes italianos, siendo todo su tráfico y trato el de la seda.

Allí tuve un desafío de los que yo no suelo rehusar con un estudiante polaco sobre quién beberia más aguardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafió, pero por ser de parte de noche y estar ya bien cenado y mejor bebido, lo dejé para por la mañana venidera; el cual no excusé por materia y razon de estado, pues parecia género de cobardía huir yo la cara, viniendo con carroza, criados y caballos de respeto y con guia faraute. Aquella noche hice provision de esponjas y estopas, y á la noche, quitándole á mi faraute unos grandes calcetones de paño que traia debajo de unas botas, que le pudieran servir de calzones, le metí en la una de ellas todas las esponjas y estopas en lugar de escarpin y calceton, y como quien calafatea navíos, se las calafateé muy apretadamente. Díle la instruccion de lo que habia de hacer, y avisando al huésped y depositando seis doblones, que era el señalado premio del vencedor, le dije que recibiera otros tantos de mi competidor, el cual, con bacanal catadura se nos venía acercando. Dió el depósito al patron, el cual nos metió en una sala, que nos vino á servir de palenque y estacada: diónos á cada uno un jarro de azumbre y media de la mejor aguardiente que tenia, porque peleásemos con armas iguales. Sirvióme á mí de padrino mi faraute Garci Ramirez, y al retador otro estudiante camarada suyo. Pusiéronnos una mesa, y encima de ella dos vasos pequeños, para que empezásemos nuestra batalla, y dos pipas y un papelon de tabaco picado, y un candelero con una vela encendida, para que se entretuvieran los padrinos miéntras durase la refriega. Declaróse quedar por vencedor el que diese más presto fin á su jarro: hiciéronles los jueces salva, para ver si habia algun fraude en ellos; y habiéndolos dado por justos y rectos, nos partieron

poniéndonos á los dos de frente enfrente, y la tabla en medio, que nos servia de valla; y en lugar de trompetas y de són de embestir, despues de haber henchido los vasos, empezaron á enflautar sus pipas y á resollar humaredas. Yo y mi estudiante nos dábamos de las astas bien á menudo y con lindo denuedo, y como era por la mañana y el país muy frio y en el rigor del invierno, apénas dábamos lugar á que los padrinos tuviesen tiempo de escanciarnos, porque aun no estaban llenas las ampolletas cuando ya estaban vacías. Jugaba tan bien de la china mi escolástico, que ya reconocia yo superioridad; y á no haberme valido de ardides, quedara el campo por suyo, por llevarme más de seis vasos de ventaja, aunque se veia ya tan fatigado del peso de la cabeza, que la reclinaba á menudo sobre la tabla, y desconociendo á su compañero, se le antojaba la vela cirio pascual. Cuando yo ví que se habia llegado la ocasion de conseguir mi intento, haciéndole á mi compañero, se acercó hácia la vela en achaque de encender la pipa, y en lugar de despabilarla la dejó á buenas noches: empezóse á lamentar por la gran falta que les hacia á los dos; y el padrino contrario, haciendo del cortés, tomó la vela, y fué á encenderla. En el ínterin, viendo á mi competidor que estaba amorrado sobre la mesa, como jugador trasnochado y perdidoso, dándole un baño de aguardiente á su bota, dejó el jarro con ménos de cuartillo, quedándole agradecidas botas, estopas y esponjas del buen desayuno que les habia dado. Vino al punto el camarada, y tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun ántes de dar fin á la suya, dijo que le parecia que iba muy despacio la procesion, y que los combatientes estaban bien bebidos y calientes, y los padrinos muertos de frio y en ayunas, y que así queria ir á hacer que les trajesen de almorzar á costa del que perdiese. Respondió el otro que hablaba muy bien y que pedia razon y justicia, y que cuanto ántes fuera sería mejor, porque se las pelaba de hambre. Salióse mi faraute de la sala medio chillando la bota; fué á pedirle al patron que aderezase con mucha brevedad de almorzar para dos, y en el ínter se fué á nuestro aposento, y se quitó la bizma pródiga, y limpiándome la bota lo mejor que pudo, se metió en ambas sus calcetones, y volvió con lindos apetitos y con muy buen almuerzo. Cubrió el patron la mesa, haciendo desamorrar á mi contrario; y yo diciendo que tambien queria almorzar, me levanté, y brindándole al patron á la salud de quien lo habia de pagar, levanté el jarro, y chupando gotas, por hacer detencion y quitar sospechas, me estuve gran rato tragando más aire que brandevin; y dando fin á lo que habia quedado, empecé á publicar la victoria y á pedir el premio de ella. Diéronme todos por vencedor, y entregándome el patron los doce doblones, me senté muy despacio á almorzar con los padrinos, sin que el rendido estuviese de provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que habia dejado en el jarro, y aun apénas era un cuartillo, el cual se bebieron entre los dos, y los tres dimos fin al almuerzo. Despedíme del faraute, y despues de haberle dado para guantes, proseguí mi viaje, atravesando la Hungría y regalándome con sus fuertes y sabrosos vinos.

Llegué á la córte cesárea, adonde por verme entrar con ostentacion de carroza y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un don, aunque no fuera yo el primer bufon que lo ha tenido, ni me sentara mal, siendo

correo imperial y real, que me llamasen don Estebanillo. Pero porque no hicieran burla de mí como de muchos que los tienen sin tener caudal con qué sustentarlos, me empecé á santiguar, diciendo: Líbreme Dios de tan mal pensamiento. Informáronme en Viena de cómo mi amo habia pasado á Italia, y que desde allí se habia embarcado para España; cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacia, y que por su respeto me hallaba en tanta propiedad. Fuíme á palacio á dar á su majestad cesárea la carta de recomendacion que traia de la Polonia, la cual, despues de haberla leido, me prometió favorecerme en cuanto se me ofreciera, y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella córte, los cuales me doblaban la parada por verme gentilhombre de carroza. Pero por no hallarme con gusto cumplido por estar ausente de mi amo, me determiné de pasar á Italia para ir en su seguimiento; y para ponerlo en ejecucion me fuí á despedir de las cesáreas majestades, y despues de haberme mandado dar una ayuda de costa y un imperial pasaporte, me honró la Emperatriz con una carta de favor para el católico y poderoso rey de España, su hermano y mi señor. Despedíme de toda la nobleza, y haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia. Rogóme á la salida un capitan genízaro que lo llevase á caballo hasta Milan, pues que llevaba cuatro de vacío, que él cuidaria del que yo le entregara. Imaginé que no me estaria mal el ir acompañado tan largo y peligroso camino, y más de un capitan, por lo cual correspondí con obras á sus palabras. Montó encima del que le pareció mejor, porque era hombre mal contentadizo y no poco presumido, aunque no lo cargó mucho de maleta, porque presumo que habia hecho de algun escarpin de cuero la pequeña llevada. Era el tal señor veinticuatreno en sus comidas, y no en el paño de su capote. Y porque yo no entendiera que era modo ahorrativo, me decia que le hacia mal el cenar de noche, y que era cosa muy saludable á la vida humana el dormir desembarazado el estómago; pero la noche que yo le convidaba no reparaba en humanidades ni en embarazos.

Pasamos toda la Stiria y el Tirol, y entramos en país de Grisones, adonde el señor capitan aleman me dijo que él era conocido por aquellos países, y que podria ser que hubiese allí señores ó soldados que lo hubiesen visto en Alemania con su compañía, y á mí con la escuadra de mis chanzas; y que así importaba á su reputacion que yo pasase plaza de criado suyo, y esto con un género de gravedad y un modo de aspereza, que me dejó atemorizado, aunque sabe muy bien el cielo que estuve por dejarlo á pié para que fuese hasta Milan abordonando con su jineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta. Pero temiendo no se me alzara á mayores con el caballo, y á mí me diera media docena de muertos por el alquiler de él (porque como se habia salido con no querer sustentarlo, tambien se saliera con lo que se le antojara), callé y sufrí, consolándome con que mi nuevo amo comia cada dia una comida muy tenua, y el señor su criado comia tres, y bebia trescientas. Iba siempre que caminábamos muy adelante de nosotros, teniendo á caso de ménos valer el dejarse comunicar, y yo y mis criados polacos nos gloriábamos en irle siempre cortando de vestir, porque obligará un figuron de estos á que murmure de él el más capuchino; porque

no hay ley ni razon que obligue á ser grave á quien ha menester servir y agradar para no morirse de hambre. Pero hoy todo el mundo está lleno de Bartolomicos; pues hay criados de señores que apénas se hartan de lamer los platos, y por verse con esperanzas de rico ó con una gala perdurable, tienen más toldo que sus amos y más humos que Alcorcon.

Llegamos á Chavena, adonde me embarqué yo y mis caballos y mis criados, y en vanguardia el capitan, mi señor; el cual, como me vió que iba algo rostrituerto, y él se halló en tierra del rey de España, me empezó á echar rodamontadas, como si fuera extraño para mí, siendo medio gallego, y patria para él, siendo medio aleman. Convidéle á cenar en colmo, disimulando el enojo, con intencion de pegársela en Milan, y porque no se despartiese de mí hasta llegar á él; y sin reparar en digestiones de estómago, comió como leproso, y bebió como hidrópico. Otro dia, cumpliéndose lo que yo tanto deseaba, entramos en aquella rica y nombrada ciudad de Milan, adonde elegimos por posada la de Falcon. Díjele al capitan la noche que llegamos á ella que pagase la comida de su caballo, pues demás de haber venido en él de balde, le habia yo hecho la costa todo el camino, habiéndome ofrecido á la salida de Viena muy diferente de lo que me habia cumplido. Respondióme que no solamente no queria, pero que ni aun le pasaba por la imaginacion; que la pagase yo, pues ganaba el dinero á decir gracias, que el suyo era ganado á mosquetazos, y que harta merced y honra me habia hecho en traerme en su compañía y de admitirme en nombre de criado suyo. Yo, quitándome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré á reposar muy de espacio, y venida la mañana me fuí á ver á su excelencia el marques de Velada, que era gobernador de aquel estado, al cual me quejé muy en forma de lo que habia usado conmigo el espetado capitan y genízaro grave; con que se alegró mucho por oir el modo con que se lo pinté. Y como señor tan discreto y entendido, despues de satisfacerme con premio la relacion, no quiso que nadie se quejase de su justicia, y así me remitió al auditor general, á quien habiéndole yo informado de la mucha que tenia, y que mi capitan Holofernes eran sus bienes castrenses, movibles, y no raíces, y su persona portátil, le envió media docena de ministros audienceros á que lo hiciesen parecer á juicio ó le arrestasen en la misma posada, estando todos á su costa y pension en guardia de su persona. Llegué haciendo el oficio de Júdas con los tres pares de alfileres con alma á la posada, y lo hallé lavándose las manos, siendo Pilátos los que venian por él, y el que habia de ser sentenciado. Notificáronle el auto, que fué para su gusto peor que de Inquisicion, y mirándome muy despacio con sus genízaros ojos y dándome el vos que dan los señores, me dijo que no dijese mal del dia hasta que fuese pasado, porque aun habia sol en Peral. En efecto, no pude decir mal del presente, porque fuí satisfecho ántes de ponerse. Dióme por via de acuerdo veinte escudos, y echóme por via de ronca mil amenazas. Vendí los cinco caballos en cien doblas, con que acrecenté el caudal y aligeré de costa; despedí los criados, porque solo los ha de tener quien tiene renta segura para sustentarlos, que para matarlos de hambre y traerlos desnudos, cualquiera se los tendrá.

Viéndome libre del capitan Faraon y de siete bocas polacas, que eran para mí las del Nilo en lo rápidas y borrascosas, me salí á espaciar y á dar una vista á la ciudad y á dejarme ver. Y como iba hecho á lo de Bruselas y Viena, que todos me hablaban y todos me conocian, y en todas partes entraba y en las más de ellas tenia provechos, extrañé el nuevo paseo, porque todos me miraban y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella ciudad, si daba, lo recibian con buen humor, y si pedia, me daban esperanzas con buenas palabras; y así por las vísperas saqué los difuntos, echando de ver que no era mercancía la mia al uso de aquel estado, pues solo dos señores compraron y gustaron de ella, que fué don Fadrique Enriquez, gobernador del castillo de aquella ciudad, y don Vicente de Gonzaga, general de la caballería. Estos fuéron los dos peregrinos en esta Jerusalen; pero más vale pocos y buenos, pues cada uno de ellos me dió muchas doblas. Supe que mi amo no volvia á Italia, y que me aseguraban que se habia de embarcar para Fláudes, y viéndome sin amigos ni conocidos, ni tener parte donde divertirme ni entretenerme, dí en hacer visitas á costa de mi dinero y á darme á conocer á peso de mi caudal, y á cebarme en el juego en destruccion de mi bolsa, y sobre todo en tener amigos que solicitaban mi perdicion. Y para concluir con mi suceso, digo que en solos dos meses que jugué como poderoso, que desperdicié como pródigo, que gasté como heredero de padre miserable, me quedé como en Viena cuando me obligó otro tal disparate como el presente á ir por la posta á la córte del archiduque Leopoldo. Y porque en todo imitara este trance al otro, me despedí del marques de Velada, de quien tuve, demás del pasaporte, con qué poder pasar el camino. Salí á boca de noche de la ciudad como gran señor ó como mercante de banco roto; metíme en la carroza que iba á Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas yerbas, así de oficios como de naciones; porque iba en ella un judío de Venecia, un esmarchado milanés, que salia á cumplir diez años de destierro; una dama siciliana, que por ser antigua en aquella milicia iba á ser bisoña en la de Liorna; un fraile catalan, que iba á Roma á absolver de ciertas culpas, y un peregrino saboyardo, que iba á confesar algunos pecados reservados á su Santidad. Llegamos á Bolonia la Grasa, adonde nos detuvimos dos dias, por ver el gran concurso de gente que se habia juntado á ver efectuar las paces y publicarlas entre los príncipes de Italia. Al tercer dia caminamos por las montañas de aquella ciudad, y en sus confines tuve en una posada una pendencia muy reñida de voces, y muy quieta de manos, por causa de ser el huésped tan alentado como yo. Fué la causa el pedirme la cantidad de seis bocales de vino de solo una comida: cosa tan fuera de la medida de mi barriga y de la quietud de mi cabeza, que me hacia patear ver tan manifiesto robo. Porque aunque es verdad que se han visto mis tripas con muchas mayores sumas, no ha sido quedando ellas secas, como de presente estaban, ni en la tranquila bonanza en que se hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio de lúcidos intervalos, ni la lengua tan escasa de pelos y borrones. Mas, en efecto, vino á valer más su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en la ajena, quedándome al cabo de todo yo con mis voces, y él con mis dineros; porque todos los países que son de con-

fines, como este lo es, de diversidad de potentados, son los patrones de sus hosterías últimos fines de la sangre y sudor de los pobres pasajeros.

Llegamos á Florencia, que con justo título empieza su nombre en flor, por ser breve jazmin de las ciudades de Italia y nueva maravilla de Europa y antigua admiracion del mundo. Cuando ví tan espaciosas calles empedradas de losas catedrales, los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecida de carne y caza, la sobra de fruta y flores, y lo colmada de agua de olores y de vinos odoríferos, me quedé suspenso, imaginando que es poco curioso el que puede y tiene con qué ver esta ciudad, y lo deja por negligencia, y que no puede decir que ha tenido regalo cumplido quien no ha estado algun tiempo en ella. Y como cada uno se inclina á lo que más apetece, yo me aficioné de tal suerte á sus vinos, que aun lloro el no poder gozar de su admirable y sustancial verdea. Parecióme que quien habia visto esta ciudad, ni le faltaba más que ver, ni que habia más que desear. Hice alto en ella, eligiéndola por mi córte, hasta tanto que supiese nuevas ciertas de mi amo. Y por curarme en salud, ántes que me apretase el hambre, cosa jamás conocida en los que son prácticos en mi oficio, fuí á visitar al príncipe Matías, hermano de su alteza de Toscana, ante cuya grandeza fuí bien venido, quedando su alteza alegre, y yo contento, por haberme conocido en Alemania cuando hice el oficio de sacamuelas. Sin reparar en mi humilde sugeto, no pareciendo á los caballeros gorrones atrás referidos, sino á los príncipes de su valor y calidad, me introdujo con su alteza el gran duque, su hermano; y despues de haberle dado parte de las buenas que yo tenia y de las virtudes y propiedades que en mí concurrian, me alcanzó licencia para poderlo entrar á ver y hablar todas las veces que estuviese en la tabla. Pero despues habiendo gozado de mi bureo y conociendo mi buen humor y habiendo sido informado de un sobrino de mi amo, llamado don Francisco Picolómini, gentilhombre de la cámara de su majestad cesárea y caballero del hábito de Santiago y capitan de su guardia alemana, de cómo habia servido á su alteza serenísima el infante cardenal y la gran entrada que habia tenido con sus majestades cesáreas y con el rey de Polonia, me dió libre facultad para que lo entrase á ver á todas horas, y mandó que se me diese cuatrocientos escudos y todo aquello que necesitase para el sustento y adorno de mi persona todo el tiempo que yo gustase de servirle. Habiendo gozado algunos dias de tan lucido tratamiento, me envió su hermano el príncipe cardenal Cárlos de Médicis, generalísimo de la mar, con un despacho de cartas á Liorna, adonde de presente se hallaba la marquesa de los Vélez aguardando órden y buenos temporales para embarcarse sobre cuatro galeras de su alteza de Toscana, para pasar con ellas á Sicilia, adonde estaba el marques de los Vélez, su marido, por virey de aquel reino. Llegué á Liorna, y en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo dia las cuatro galeras con muy próspero viento, en las cuales me embarqué por órden que traia de su alteza, de ir entreteniendo á la marquesa hasta la ciudad de Nápoles. Llegamos á Puzol, cuatro millas de la dicha ciudad, adonde su excelencia el almirante de Castilla, que era virey de aquel reino, la salió á recibir y á ofrecerle su palacio y hacienda, suplicándole saltase en tierra para

poderla servir y regalar. Y excusándose la marquesa, por tener la mar en calma y el viento favorable, se despidieron los dos; y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalándome su excelencia, por haberla acompañado desde Liorna, con cien escudos de oro.

Acogíme á mi nuevo retiro de Nápoles, al cual hallé tan fértil y poderoso como lo habia dejado; pero todos los amigos y conocidos y paraderos tan trocados, que me causó admiracion y asombro. Fuí á visitar la taberna principal del chorrillo, y halléla tan diferente y tan en bajo estado, que llegué á dudar si era aquella la misma que ser solia. Fuíme al cuartel de los españoles, el cual hallé tan desierto, que parecia sombra de aquello que habia sido. Supe en él cómo todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfacedores de tuertos y agravios de damas de alta guisa, de hacedores de pares y alborotadores de pendencias, estaban unos muertos en desafíos, otros huidos, y otros en galeras, y otros ahorcados. Fuíme á entretener con las damas, donde acabé de ver la mayor mudanza que pueden contar las historias pasadas, porque las que dejé bisoñas estaban ya jubiladas, las que eran mozas y ollas las hallé viejas y coberteras, las que habia dejado en el amago de la senectud las hallé pasando plaza de hechiceras y brujas, y primera, segunda y tercera vez subidas en azotea, y residentes en Corozain. Consideré cuán breve flor es la hermosura y con cuánta velocidad se pasa la juventud y cuán á la sorda se acerca la muerte y qué de mudanzas hay de un dia para otro; por lo cual no me espanté de hallar en el tiempo de doce años que habia que faltaba de aquella ciudad tanta variedad de mudanzas y tanta diversidad de acaecimientos, y más en gente que vive muy de priesa y ellos mismos como la mariposa solicitan su fin. Hallándome tan solo adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos y camaradas viejos que habia dejado, empecéme á pasear y á gastar conmigo lo que habia de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gastaba los mejores vinos, y ordenaba en mi posada que estuviese la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el duque de Medina de las Torres, virey que ha sido de aquel reino, me fuí al muelle y me embarqué en su misma galera; el cual, por la nueva conociencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer, muy pesada para mis costillas, pues no siendo yo nada liviano, hizo pasarme por toda la galera en el aire de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja, dándome despues, para que se me apaciguara el susto del paloteado, una docena de doblas.

Tuvimos ántes de llegar á Gaeta una razonable borrasca, y despues de haberla pasado, llegamos á dar fondo en el ancho y espacioso muelle de Liorna. Despedíme del Duque, y saltando en tierra, tomé la posta para Florencia, adonde dí parte á su alteza de toda la jornada y sucesos de ella. Estuve allí muchos dias, teniéndolos todos buenos, y no pasando ninguno malo; pero como tenia voluntad de ir á España á buscar á mi amo, por parecer criado de ley, estaba con algun género de disgusto; y así me determiné de pedir licencia á su alteza, el cual me la dió y un razonable donativo con ella. Y despues de haber hecho lo mismo con los príncipes sus hermanos, y recibido ofrendas como de tales ma-

nos, tomé el camino de Roma, para saber ántes de partir á España en el estado que estaban mis hermanas, por haber infinidad de tiempo que no habia tenido nuevas de ellas, que aunque es verdad que por mis grandes travesuras no me habian hecho ninguna amistad, al fin eran mi sangre y á quien deseaba todo bien. Al pasar por Siena, fuí á visitar al arzobispo de ella, hermano del duque de Amalfi, mi señor, el cual, habiéndose enterado de toda la peregrinacion de mi viaje y de los buenos servicios que habia hecho y cuán importante era mi persona para la república de los palacios, mandó que me diesen, despues de haberme regalado, cincuenta escudos y cartas de favor para la ciudad de Nápoles. Agradecíle la merced, y proseguí mi camino.

Llegué á aquella cabeza de la cristiandad, á quien siempre he tenido en lugar de patria, por haberme criado en ella; me fuí derecho á mi casa, la cual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté en ella á qué parte se habian mudado mis hermanas; y me respondieron que de esta vida á la otra. Sentí sus muertes como hermano, porque solo iba á verlas para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que las habia dado. Hice pesquisa para ver si me habian dejado por heredero, y supe que se habian casado y dejado hijos, con que me encomendé á la paciencia, y ahorré de lutos. Fuíme una mañana paseando á ver el cardenal Matei, por haberlo conocido en la córte imperial estando por nuncio apostólico, en quien tuve un buen amparo y buena estrena. Hizo lo mismo conmigo el marques Matei, general de las armadas de su Santidad, á quien yo habia comunicado y recibido merced en los estados de Flándes estando por coronel de la armada imperial, como atrás he referido. Fuíle aquella misma mañana acompañando á un jardin que tiene extramuros de Roma, llamado la Navicella, que demás de ser en hermosura un prodigio de naturaleza, es de los más nombrados de la Europa, adonde excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel palacio de la Floreda y alcázar de Amaltea, dió un banquete, que si no excedió á los que hicieron los emperadores de aquella córte, por lo ménos pudo merecer nombre de competidor, y por lo más eternizar la fama de tan generoso señor. Y como el marques tenia criados de todas naciones, conducidos de Flándes y de Alemania, y de su natural no son ranas, sino mosquitos, y aquel dia todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demás criados de los convidados, que trasformados en leones, se daban batallas campales unos con otros, sin atreverse nadie á meterlos en paz, por conocer de la suerte que estaban. Y habiendo yo salido harto más cargado que todos ellos y más valiente que un gato viéndose apretado sin recelar peligro, metí mano á la espada, y me puse en medio de ellos, sin saber á qué ni para qué, tirando á diestro y siniestro golpes, que los dejaba aturdidos; pero haciéndose todos una gavilla contra mí, sin respetarme por lobo mayor, me dió uno tal revés en blanco, por ser de llano, que me hizo echar por la boca todo un tajo de tinto. Púsose toda la gente lacayuna en huida, pensando que me dejaban muerto; y yo creo que estaba en vísperas de ello. Empecé á grandes voces á pedir confesion; acertó á pasar allí un doctor de medicina, y llegándose á tomarme el pulso, viendo su grande alteracion y las bascas y trasudores y agonías que pasaba, sin informar-

se de la causa de mi accidente, mandó al jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesara, porque tenia muy pocas horas de vida. El buen hombre, porque no muriera como un alarbe, estando en tierra cristiana, me trajo á grande priesa al capellan del marques, el cual así que vió el penitente se empezó á reir, por haberle dicho que un doctor me habia desahuciado, y queriendo ver la herida de que decian que procedia mi mal, me quitó el sombrero, y halló limpia la cabeza de sangre, y sin más mácula que un pequeño burujon, causado del cintarazo que me habian dado. Preguntó á los que se habian hallado presentes á la pendencia que si tenia más heridas que aquella; y habiéndole dicho que no, le dijo al jardinero:

—Si todas las veces que á este hombre le da este mal le hubiesen de confesar, fuera necesario que siempre llevase consigo un capellan; su enfermedad necesita de sueño; y así, hágalo retirar á un aposento, que yo salgo por fiador de su vida; y dígale al médico que lo desahució que esta dolencia, como es de herida y mordedura, compete á la cirugía, y que así no me espanto que haya errado, porque de acertar, anduviera contra el estilo de su profesion. Fuése á dar cuenta del suceso á todos aquellos señores, y el jardinero me metió en una sala baja, adonde me hallé á la mañana fuera del peligro y libre de todo mal. Despedíme del jardinero, agradeciéndole la amistad que me habia hecho en haber sido mi enfermero, y volviéndome á Roma, me avisaron unos conocidos antiguos de cómo un barrachel habia tenido noticia de mi llegada á aquella córte, y que andaba en mi seguimiento para prenderme por travesuras pasadas. Y por no verme en poder de justicia ni pagar pecados viejos, me fuí á Ripa-Grande, y me embarqué en una faluca napolitana que hallé de partida, sin tener lugar de meter ninguna cosa de regalo para la embarcacion.

Salimos de Tíber con algun poco de trabajo al desembocar en la playa; pero hechos al mar, ayudados de un viento fresco, tuvimos un próspero viaje. Habia embarcado un gentilhombre romano, que iba en la dicha faluca, un medio tonel de víno, que por ser amable ó angelical, lo llevaba de presente á un amigo suyo napolitano; y tanto lo alabó y encareció un dia, que me despertó la voluntad y me dió gana de beberlo á la noche; y aprovechándome de mis ardides y trazas, llegando por la oscuridad de la presente á una cala, me arrimé al dicho tonel, y fingiendo quedarme allí á dormir, me senté sobre un banco, y cuando eché de ver que todos estaban reposando, quitando el tapadero que llevaba á là parte de arriba con un reforzado cuchillo, y haciendo caballera á una pipa que llevaba para tomar tabaco en humo, pues sin ser verdugo le quité la cabeza de los hombros, me puse sobre la mia el ferreruelo, porque si alguno despertara no me cogiera con el hurto en las manos, teniendo en ella cubierto el rostro y tonel, y metiendo la pipa entre los cristales de aquel néctar suavísimo, empecé á chiflar de tal suerte, que no sentí la frialdad del mar ni el rocío de la mañana. Con este alivio de tripas llegué á Nápoles, habiendo tenido siempre cuidado de volverlo á tapar bien, y de haberle hecho tales salvas, que á haber hallado ingenio con que poder alargar ó añadir la pipa del tabaco, hubiera llegado vacío, aunque si va á decir verdad, no llegó muy lleno. Desembarquéme en el Molo Pí-

colo, adonde hallé que estaban veinte y cinco bajeles para hacer viaje á España á llevar gente de guerra, levantada en aquel reino, de lo cual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona y muebles. Embosquéme en aquel jardin de Italia y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él, hasta partir la armada, en oir comedias españolas é italianas, que son pasto del cuerpo y recreacion del alma. Entreteníame en ver en el largo del castillo la variedad de montambaneos y charlatanes, la poca venta de sus badulaques y la gran multitud de sus arengas prosas y oyentes noveleros. Á este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la reina nuestra señora; y en feudo de vasallaje puse este fúnebre epitafio en su real túmulo:

Este de lutos piélago eminente,
Este de gradas Etna relevante,
Este de luces Febo refulgente,
Este de rayos Júpiter tonante,
Este de llamas Faeton ardiente,
Este de fuegos Ícaro arrogante,
Este de olores celestial consuelo,
Este de voces querubin del cielo,
Es túmulo real de una Belona,
Es pira imperial de una hermosura,
Es sepulcro feliz de una leona,
Es urna angelical de una luz pura,
Es triunfo de Isabel, de una amazona,
Tan santa reina y celestial criatura,
Que dejando en Madrid reliquias bellas,
Al cielo se partió á pisar estrellas.

Iba de cuando en cuando á ver á su excelencia el almirante de Castilla, el cual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de doctor de cámara real. Favorecíame tambien el conde de Celano y el príncipe de Vifinaro, por respeto del arzobispo de Siena y de don Tiberio Carrafa. Dí en tener mis devociones cotidianas y en visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo y dar con lo que tenia en el lodo. Gastaba tan largo, que algunos que me conocian y otros que sin conocerme se me habian pegado, pensaban que habian muerto mis hermanas sin herederos y que venía de heredarlas; que tambien tienen sus pegatostes los gentilhombres de la bufa, como los generales y sus tenientes. Pasó de tal suerte la fama de mi ostentacion y gasto, que se enamoró de mí de solamente oidas una cortesana recien venida, de razonable cara, pocos años y ménos galas, que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo, la cual me dijo, llegándola á ver, que se habia inclinado á mi persona, y no á mi dinero. Y aunque me pareció milagro en mujer de tal porte, me persuadí tanto cuanto á que podia ser verdad; porque tiene tanta fuerza y virtud la fama del generoso, que demás de ser iman de sus potencias y sentidos, se lleva tras sí las gentes, piedras, animales y plantas, como el músico de Tracia. Y de justa ley y razon se les hacia de llevar tras sí el que es miserable; á las gentes para escarnecerle, las piedras para apedrearlo, las fieras para que lo despedazasen, y las plantas

para hacerlo chicharron. Yo, escarmentado del trato de tales damas, y no en cabeza ajena, sino en la mia propia, me quise excusar, por estimar más morir gustando vinos de taberna que vivir probando acíbares de celos; pero al fin no me pude resistir, porque me convirtió, siendo pecadora, con decirme que no queria de mí otra cosa más de que comiese y callase, y que sirviese de mozo de ciego en adestrar boquimuelles y en encaminarla contribuyentes. Yo, por probar si aquella mujer era de otra masa que las demás de su profesion, pues no trataba de pelarme, sabiendo que tenia copia de plumas, aceté la conveniencia con todos los pactos y capitulaciones que me pedia, y desde aquel mismo dia me iba á las casas de conversacion, y en entrando en materia de damas, aseguraba que no habia otra como la referida, ni de mejores partes ni de mayor aseo, ni de más buena conversacion; y de tal manera la alababa, que provocaba á muchos de los oyentes á pedirme que los llevase á su casa, ó á irse ellos solos, por no dar á entender su pasion; y con lo que más los incitaba era con decir que no era cosa mia, sino que la habia oido alabar á todos los señores adonde yo tenia entrada, y que habia ido con algunos de ellos á visitarla, y me constaba le habian dado muchas dádivas y regalos, y que habia más de dos muy picados. Con esta flor, en tiempo de dos meses llegó á estar tan bien puesta y se halló tan pretendida y festejada, que no mirando que la hallé en paños humildes y que la habia adquirido galas, porque aun para ser una mujer mala há menester caudal, para que pareciese lo que yo publicaba, y que me debia el verse en tanta altura, por los testimonios que le habia levantado, me dijo una tarde que me recatase de entrar en su casa, y que si me pudiera excusar de no entrar en ella, lo tendria á favor, porque una enemiga suya, habiendo aquel dia tenido una pendencia con ella, la habia llamado de bufona, y que si los galanes lo llegasen á entender, corríamos los dos muy gran peligro, y ella perderia mucha reputacion. Yo, no pudiendo llevar en paciencia tantos puteriones y desagradecimientos, alcé la mano y díle un par de tamboriladas, que no se las dió mejores el obispo que la confirmó, y haciendo del rufian, le dije:

—Díle á tus bravos que me las vengan á pedir, que Estebanillo Gonzalez me llamo por mar y tierra, medio gallego y medio romano; y echando estas y otras roncas, me salí á la calle empuñando la espada y calando el sombrero; y ella disimulando, por no publicar su agravio, me dijo que aunque se echara con un negro con una jeta de un jeme, me habia de hacer cortar la cara. Y aunque le dí á entender no hacer caso de toda una armada, fué tanto el miedo que concebí, que cada instante me atentaba el rostro por ver si lo tenia rebanado, y á cada paso lo volvia atrás para mirar si venía algun galan suyo en mi seguimiento ó si salia la criada á tomar la demanda; que pienso que segun yo iba y segun mis brios, bastara ella á dejarla vengada. Y desde entónces, en viendo un negro, me aparto media legua de él, porque temo no venga de su parte á cumplir el favor que me prometió.

Fuí hecho una basura de temor á buscar un par de valientes de los de la fama, de quien poderme amparar; y hallé dos que me dejaron sin ella, porque quien no tiene dinero ¿qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas

bofetadas que habia dado, le dieron más de doscientos venturosos bofetones á mi bolsa. Declarélos todo el suceso, y ellos, encareciendo el atrevimiento y exagerando el riesgo, me llevaron á hacer consulta del remedio á la audiencia de una taberna, y despues de haber hojeado los Bártolos de media docena de platos y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron cuatro de á ocho para gastar en espías y informarse con todo secreto de la agraviada y de su sirvienta, si se habia querellado á algun galan suyo; y asimismo para andar en seguimiento de los que la entraban á visitar, para ver si en saliendo de su casa venian en busca de la mia. En conclusion, cada dia me daban avisos falsos con personas echadizas de que habia dado cincuenta escudos á unos esmarchazos del país para que me dividiesen la facha ó me faciasen; y cada dia se me agregaban más valientes para andar en busca de ellos, haciéndome contribuyente de todos por persuadirme que por sus respetos y por saber que era camarada de tantos hombres honrados, no se atrevian á ofenderme, y que me convenia andar de dia con escolta, y á boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira y embeleco y una pública estafa. Tuve suerte de encontrar una tarde á la criada de la parte ofendida, á la cual, por ir cercado de tanta valentía, me atreví á llegar á hablarla, no diciéndoles quién era; y dándole quejas del rigor de su ama en pagar á quien me matase, habiéndole hecho tantos servicios, me aseguró con todos mil juramentos que aun no le habia pasado tal por la imaginacion, y ántes estaba muy arrepentida de lo que me habia dicho, y muy pesarosa porque no habia vuelto á su casa; porque despues que la habia dejado, tenia muy pocas visitas ó ningunas; y que para que más me satisfaciese de la voluntad que me tenia, que leyese aquel billete que traia, con el cual habia más de una semana que me andaba buscando para dármelo, y que la respuesta fuese el ir yo mismo á desenojarla, porque sería bien recibido; y que ella, aunque pobre criada, salia por fiadora de cualquiera riesgo ó daño que sobre aquel particular me viniese. Recibí el papel, y dándole entero crédito á la pucheril embajadora, le dí un real de á ocho para alfileres por la buena nueva que me habia dado; y prometiéndole que haria lo que su señora me mandaba, me despedí de ella, y ocultando el billete, me volví al corrillo, adonde me esperaban. Fuí con ellos á palacio, dándome por desentendido de la picardía que conmigo habian usado, pues me habian hecho sentir más el miedo que habia tenido que no el dinero que habia gastado. Llegamos al cuerpo de guardia, y diciéndoles que me aguardasen, que subia á hablar á su excelencia, me aparté para siempre jamás de aquella cuadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas. Paréme en las escaleras á leer el papel de mi bien costosa dama, el cual decia de esta forma:

«Señor gallego romano,
Hombre de chanzas y burlas,
Que ha probado todos bodrios,
Y campado de garulla;
«Más raido que bayeta,
Más descollado que grulla,
Con más flores que verano,
Y más conchas que tortuga;

«Postillon de Alcalá á Huete,
Gentilhombre de la bufa,
Residente de bodegos,
Y asistente de bayucas;
«¿Cómo, ingratonazo amante,
Despues de darme una zurra,
Y jugar de carambola
Con cuatro mil garatusas,
«Has dejado á tu carrasca,
Quizá por buscar curruscas
Y por chamuscarme en celos,
O te guiñas ó te afufas?
«Tortolilla me contempla,
Que en lugar de llanto arrulla,
Por saber que aquesa flor
Es del berro ó la de Osuna.
«Vuelve á casa, pan perdido,
Pues me tienes vagamunda,
Que tu persona apetezco,
Y renuncio tu pecunia.»

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien soy y como quien su merced era, porque al fin me satisfice más de lo que la criada me habia asegurado. Y entrándome á visitar á su excelencia y coger los ciento del pico, no salí de palacio hasta el cuarto del alba, haciendo á mis valientes estar toda la noche á oscuras y sin cenar y aguardándome al sereno. De allí adelante dí en no entrar en cuartel y de no salir de los palacios de los señores, hallando por mi cuenta que si durara un mes más el andar en la compañía que andaba sustentando el ejército de vagamundos que cargó sobre mis hombros, que me fuera forzoso volver á ejercitar mis antiguos oficios ó sentar plaza de soldado. Porque ha llegado á tal estado la malicia, que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir que no le faltara á su cordera un soldado con quien casarla: el negro del llanto es que se vienen á cumplir sus no santas profecías. No hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defectos no cabe en el mundo ó que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja á la inmunidad de este sagrado. Y aun apénas los tales han sentado la plaza, cuando todos quieren ser parejos con los demás que nacieron con obligaciones, á los cuales los suelo yo decir con la preeminencia de mi chanza que membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos. Dejóme la tropa de caimanes tan remontado de cuentas, que llegándose el tiempo de la embarcacion, hube menester vender parte de mi recámara. Y por no parecer ingrato á mi abofeteada cortesana ni faltar á la correspondencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí á su billete el romance siguiente:

«Madama doña embeleco,
Más lamida que alcuzcuz,

Más probada que piñata,
Más chupada que orozuz;
«Más batida que una estrada,
Más navegada que el Sur,
Más combatida que Rodas,
Más gananciosa que un flux;
«Tan Circe de los novatos,
Que con saber que eres pu-
Silánime pecadora,
Te hacen todos rendibú;
«Garitera perdurable
Del juego del dingandux,
Tarasca de las meriendas,
Y del dinero avestruz;
«Ya no hay Bras, ni hay pan perdido,
Que á tu gran ingratitud
Le he cantado ya el *per omnia*,
Despues de hacerle la cruz.
«Solo estoy arrepentido
De que te hice la buz
Y de haberme zambullido
Por lastre de tu laud.
«Adios te queda, que parto
A ver á Calatayud,
Por no ser de tu galera
El forzado de Dragud.»

Cerré el papel, y dándosele á un vinatero conocido mio, se lo puso en sus manos, saliendo sin aguardar respuesta como lo habia ordenado. Fuíme á embarcar, por haber tirado la capitana pieza de leva. Hice llevar mi baul, observando el adagio que dice: Al embarcar el primero, y á desembarcar el postrero; metílo á lo príncipe en la popa de la capitana, llevando para el matalotaje del largo camino veinte frascos de vino y veinte sardinas saladas y diez panecillos bizcochados y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca despues de las grandes polvaredas. Iba el armada naval llena de infantería y caballería, levantada en aquel reino para rehacer con ella los ejércitos de España, y por cabo de toda ella don Pedro de Arellano, caballero de la órden de Santiago, llevando en la capitana, demás de mi persona, á muchos caballeros y señores particulares, y particularmente á don Melchor de Borja, general de las galeras del dicho reino, y un obispo de la órden del seráfico Francisco y al reverendísimo padre fray Juan de Nápoles, general de la dicha religion en la provincia de España, y otros muchos frailes que iban á ella á capítulo general que de presente se hacia. Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dejando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos, y casadas que lloraban por sus maridos, y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetíme con todos los señores, y por haberme encomendado el virey al general, tenia particular cuidado con mi persona; que si como he tenido ventura con señores, la hubiera tenido en armas y en amo-

res, quedara inmortalizado entre los varones heróicos y entre los amantes de renombre; pero las armas me han desmayado el corazon, y las damas me han afligido las bolsas. Llevábamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobrestante de todos, abastecia la mesa y comia de lo más sazonado. Bebia tan sin compás, que siempre servia de lio en la popa, ó de estorbo en la proa; por cuya razon los soldados unas veces me despojaban sin ser enemigos, y otras me daban humazo sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileres sin ser morcilla; llegando á tal extremo sus desenvolturas y mis bien quejados agravios, que mandó el general que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo quien me llegase á hacer mal ni inquietase mi perdurable reposo, y para mayor defensa mandó que me pusiesen un soldado de posta cuando á no poder más me reclinaran los vapores y me atarquinara el sueño.

Llegamos á dar fondo á la isla de Mallorca, reino muy fuerte y abastecido, y sobre todo muy barato, y ilustrado de mucha nobleza. Salté una mañana en tierra, y por desechar los frios humores marinos, tomé tal lobo terrestre de aguardiente, que excedí á mi retador polaco en tercio y quinto; y al salirme á tomar el aire, por desistir el gran bochorno, salió la aguardentera tras mí pidiéndome la paga de lo que habia bebido. Yo, sin respetar sus tocas, pareciéndome que era algun animal que me servia de estorbo á mi camino, le dí tal envion, que le hice á su despecho sentarse en tierra. Levantóse como víbora pisada, y cerrando conmigo me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó á restituirle por la boca toda su aguardiente, dándole con él un baño, que la cubrí de arriba abajo. Ella, hallándose afligida, comenzó á dar voces y llorar su vestido, miéntras yo con bascas mortales tomé posesion de siete piés de nuestra comun madre. A este tiempo acertó á pasar el general, y compadecido de verme rendido y lastimado de oir, aunque de léjos, á la remojada aguardentera, mandó que se le diese á ella un patacon, y que á mí me llevasen los marineros á su capitana, donde fué menester para entrar en ella virarme con el cabrestante, porque más puede y pesa un lobo racional que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel puerto, y al cabo de doce dias que habíamos partido de Nápoles, llegamos á dar vista á la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen ni tormenta que nos inquietase, atribuyéndolo todos, despues de la voluntad del cielo, á la ventura del general; pues habiendo hecho otros tres viajes, siempre habia llegado á salvamento; que no consiste en solo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

CAPÍTULO XII.

En que prosigue su llegada á España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo su real majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella, y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian.

Desembarquéme en Vinaroz con todos los señores que iban en aquella armada, y la gente de guerra fué á desembarcar á los alfaques de Tortosa. Púsose en camino de Zaragoza don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto y triunfar á costa ajena, lo fuí acompañando, y por ser el viaje que yo habia de hacer. Llegamos en el fin de una jornada á una villa llamada Híjar, que está en el reino de Aragon, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frio, me fuí derecho á la cocina; y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uso de la tierra, le tomé una mano y se la besé, y ella, corrida de que le tratase como á padre de confesion ó como á misa cántano, alzó un trapo de cocina, y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el sitio de todo el cuerpo; y al tiempo que trataba de desagraviarme y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo, que si no acuden al socorro los criados de don Melchor de Borja, vengo á morir de achaque de un beso. Sacáronme de poder de aquella caterva, y viéndome libre de ellos, empecé á decir á grandes voces:

—¡Oh bien haya dos mil veces Flándes, y dichoso y bienaventurado quien vive en él, pues allí con la mayor llaneza y sencillez del mundo se apalpa, se besa y galantea, sin sobresaltos de celos ni temores de semejantes borrascas; cuya libre preeminencia y acostumbrada comunicacion es causa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues obligados los extranjeros de la cortesía y afabilidad que hallan en sus metresas y del amor que todo lo vence, llega una pobre doncella, en virtud del casamiento, á ser madamisela, é infinidad de ellas á madamas! Y diciendo no hay tal Flándes en el mundo, me retiré al aposento que me habian señalado.

Entramos la segunda semana de Cuaresma en la ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza y regalo puede ser envidiado de todos. Es córte y cabeza del reino de Aragon, y en esta ocasion custodia y defensa de Castilla, y resguardo de Navarra; cuya amenidad de campos y fertilidad de árboles, aumentando los anales de su fama, acreditan y multiplican la inmortalidad de su nombre; y animada y vanagloriosa de príncipes y señores que la califican, ha llegado á merecer ser hoy segunda córte de España y habitacion de su invencible leon. Supe en ella cómo mi amo el duque de Amalfi, despues de haber recibido mil honras y mercedes de su real majestad, y muchos presentes de sus grandes, se habia embarcado para Flándes á gobernar las armas. Sentí de tal manera su

partida, por lo que yo estimaba estar en su servicio y por la falta que me hacia y por haber hecho el viaje en balde, que no sé cómo no me caí muerto de pesadumbre; pero animándome lo más que pude, me salí á divertir y á contemplar el caudaloso y cristalino Ebro, que con labios de plata besa los piés de los altivos muros de aquella insigne ciudad, y siendo procreado de las copiosas corrientes de Navarra, viene á servir de espejo á esta antigua Cesaraugusta, depositaria de multitudes de vírgenes, de millares de santos y de inmensidades de mártires. Fuí un dia á su abundante plaza del Pilar, adonde el patron de las Españas dejó á la que, siendo emperatriz del cielo, es defensora de aquel reino. Y despues de haber hecho oracion en su templo angelical, salí á ver aquel espacioso y abundantísimo mercado, el cual estaba lleno de atun fresco, de truchas salmonadas y de mil diferencias de pescados, así de su cercana mar como de su convecina ribera. Aficionéme á unas sardinas sarpresadas, ó ya fuese por ser su precio moderado, ó por ser apetitosas á la bebida; y comprando media docena de ellas y una ochena de pan, me retiré á una taberna de vino blanco, que por ver entrar y salir mucha gente de ella, me persuadí que no amargaba el bodrio, pues tantos tunantes acudian á la sopa. Asáronme las sardinas, y á solo el olor que daban estando en las brasas, me bebí media docena de tazas de vino, y despues al sabor diez y ocho. Preguntéle á la huéspeda cuánto era lo que le debia. Y mirándome con mucha atencion de piés á cabeza, me dijo:

—Vuesamerced no se ha bebido más de veinte y cuatro tazas de á dos dineros; si yo tuviera veinte y cuatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo veinticuatro de Sevilla. Yo le pagué lo que me pidió, asegurándole que aquello era una niñería y un breve desayuno para lo que yo acostumbraba á beber; y ella, haciéndose muchas cruces, me rogó muy encarecidamente que no echase su casa en olvido, que me daba palabra que otro dia, por solo mi respeto, empezaria una bota de vino tinto, que era el mejor que habia en aquella ciudad. Despedíme de ella, prometiendo no faltarle miéntras á mí no me faltase el dinero.

Salíme á la calle del Coso, segundo cásara de Palermo, y hallé hecho el distrito de su cruz otras segundas gradas de San Felipe, adonde fuí conocido de muchos soldados de Flándes, Alemania é Italia, con los cuales me fué fuerza hacer camarada, por no andar solo y por tener con quien conversar. Estaban esperando á su majestad, porque se decia que estaba de partida en Madrid para venir á aquella córte; y en el ínterin tambien yo, como pretensor, y que llevaba carta de la emperatriz, su hermana. Dimos en visitar la taberna de blanco y tinto, aunque mis visitas eran tan cortas, que allí me salia el sol, y allí me hallaba la luna. Hacíase en este tiempo en una aldea cercana de esta ciudad una fiesta, á devocion de un mártir de aquel reino, á cuya fama acudia mucha gente de toda la comarca; y por no tener qué hacer yo y dos camaradas soldados de Flándes, nos fuimos á divertir y entretener á la dicha aldea, y en el camino fué cada uno discurriendo sobre sus pretensiones. Dijo el que parecia de más autoridad que se habia ocupado todo un año en leer un libro que trataba de fortificaciones; y que aunque era verdad que no tenia ninguna experiencia, porque ha-

bia muy poco que habia venido á servir desde el reino de Nápoles, su patria, que tenia tan en la memoria todo lo contenido en el libro, que se atrevia á decirlo, sin errar una sílaba, tan bien como el Ave María, y venía á suplicar á los señores del consejo de guerra le diesen licencia para sentar plaza de ingeniero y gozar del sueldo que gozaban los demás de aquel género; que lo que á él le faltaba en experiencia, le sobraba en ciencia. Dijo el otro compañero que él habia servido en la caballería, y que en la batalla de Rocroy habia sido su compañía desbaratada; yéndose él retirando para ampararse al calor de nuestra infantería, un teniente de nuestras tropas, pensando que era frances, por ir en tal traje, por ser hábito más desembarazado y libre que los demás para hacer el amor y montar á caballo, le habia seguido y dado un pistoletazo y dos cuchilladas; y que despues de haberse librado de sus fieros golpes y puesto en salvamento, en virtud de haber tenido buen caballo y dado al diablo el primer inventor de trajes ajenos, siendo tan bueno y honesto el suyo, que habia pedido licencia, por haber quedado estropeado del brazo derecho, y que habiendo llegado á Madrid y presentado sus papeles ante los señores del consejo de guerra, por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser arrendajo de frances y vestirse de dominguillo, con porpuen estrecho y con gregüescos con bragueta encintada, no le habian querido hacer merced, ántes le habian roto todos los papeles de sus servicios y remitido el memorial al parlamento de Paris, para que le premiase, cuando no los servicios, por lo ménos el aficion de quererlos imitar en el uso del vestir; y que así se habia venido como persona desesperada á andar mendigando.

Con estos discursos llegamos á la aldea á la una de la tarde, y hallamos en su plaza dos compañías de labradores, la una de moros con ballestas de bodoques, otra de cristianos con bocas de fuego. Tenian hecho de madera en la mitad de su dicha plaza un castillo de mediana capacidad y altura, adonde habian de estar los moros; y el dia venidero, cuando la procesion llegase á su vista, la compañía de los cristianos le habia de dar asalto general, y despues de haberlo ganado á los moros, los habian de llevar cautivos y maniatados por todas las calles, dando muchas cargas de arcabuzazos en señal de la victoria. Tenian dos danzas, la una de espadas y la otra de cascabel gordo, y cuatro toros que correr; por lo cual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios, y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras. Estaba toda la puerta de la iglesia colgada de paramentos, y pendientes de ellos veinte y cuatro premios para premiar los veinte y cuatro mejores sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al alba es boton y capullo, á medio dia flor, y á la tarde despojo. Los premios eran cintas y guantes, bolsillos y un par de ligas de color. Habia al tiempo que llegamos á esta académica colgadura más de veinte sonetos de estudiantes y de personas de don y rumbo, que asimismo habian venido á ver la fiesta. Yo, por ser tentado de la poesía, me acerqué á leer aquella selva de variedad de musas. Era su compostura tan realzada y culta, que más me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos sin entender ninguno, y le dije á un estudiante que estaba cerca de mí que me hiciese mer-

ced de declararme aquel género de poesía y decirme si tal lenguaje era armenio ó caldeo. A lo cual me respondió que no se atrevia á declararlo, porque él tenia allí uno, que era parto de su ingenio, del cual esperaba llevar el mejor premio, y á querer darme la significacion de él, se hallaria confuso y no saldria con ello, porque lo que de presente andaba valido era el gongorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontándose un poeta, sino abatiéndose á raterías de escribir con lisura, pan por pan, y víno por víno, no solamente no era estimado, pero tenian sus versos por versos de ciego. Llamé á mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo, midiéndolo todo á piés y nivelándolo con un compás; y con achaque de beber un trago, para aliviar el cansancio del camino, los llevé á una taberna, para ver si acertaba mi pluma á remontarse sobre aquella vascuensa jerigonza. Y pidiéndole á la huéspeda un jarro de víno y recado de escribir, nos retiramos á una pequeña sala, adonde nos dieron lo que habia pedido. Púseme á escribir, el ingeniero á peinarse, y el otro á beber. Levanté los ojos buscando un consonante, y ví al peinado matemático, que habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelon de harina, se estaba rociando con ella un largo y encrespado cabello que tenia; no pudiendo detener la risa, le dije que si trataba de freir la cabeza, pues la enharinaba tanto. A lo cual me respondió:

—Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio y vive con su ingenio, si acaso lo tiene; y así, miéntras vos quereis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina, me aseo yo para representar lo que soy y hablar al concejo de esta aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificacion del castillo; que estoy cierto que he de sacar yo más en media hora con mi matemática que no vos en un año con vuestra poesía. Repliquéle que si importaba al caso, para que lo respetasen, el ir enharinado como besugo. Respondióme que no ignoraba yo que en Flándes servia aquello de gala y de secar el pelo, y que era uso de gente de porte, y que por habérsele acabado unos polvos olorosos que habia traido de allá para el efecto, se aprovechaba de los de la harina, y que hallaba por experiencia, y que lo habia fundado en buena matemática, el ser mucho mejores y más baratos; porque siendo el trigo el rey de las legumbres y el patriarca de las plantas y yerbas, era fuerza que fuese su harina ó polvo la nata y flor de todo lo referido; y que así lo pensaba dar por escrito é introducirlo cuando volviese á los Países-Bajos. Con la buena conversacion ó polvareda, dí yo fin á mi soneto, él á su nevada peinadura, y el otro, que tenia más juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos á la plaza, despues de haber pagado lo que habíamos hecho de gasto, y apartándome de ellos, llegué á la puerta de la iglesia, y en el referido paramento prendí con un alfiler el soneto que habia hecho al nivel que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes:

Ebúrnea de candor, fenix pomposa,
Débil boton, brondoso brujulea,

Záfir menida, armiño golosea.
Siendo dosel tributa pavorosa.
Maravilla epigrama procelosa,
En canícula fiesta titubea,
Pues solsticio Faeton, ninfa Febea,
Precipicios inunda jactanciosa.
¡Oh inicuo trance y trémulos fulgores!
Contemplarse al albor regio edificio,
Y yantando en atril de ruiseñores,
Ser al ocaso infausto sacrificio,
Y sombra mustia lo que al alba flores,
Siendo de Céres frágil desperdicio.

Apénas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y dislates, cuando, como si fuera cartel de justa real, se llegó todo el novelero vulgo á leerlo; y celebrándolo por no entenderlo, y ensalzándolo porque presumiesen que no lo ignoraban, sacaron más de veinte traslados de él; y por hallarse presentes los jueces académicos, me dieron por premio las referidas ligas, aunque mal dadas y peor merecidas, quedando con todos en opinion de segundo Góngora. Y apartándome de la tropa de mil cultos versificantes, me fuí en busca de mis camaradas, santiguándome de que hubiese llegado á ver tiempo que se premiasen chanzas y bachillerías, y no ingenios. Hallé al estropeado encolerizado con los soldados de la compañía de la Suiza, diciéndoles á qué lado habian de llevar los arcabuces los que iban á la parte de afuera de hileras, y cómo se habia de calar la cuerda, y á cuántas hileras habia de ir la bandera. Y aunque lo quise apartar de allí, diciéndole que para qué se metia en lo que no le iba ni venía, pues aquellos labradores no eran gente de guerra ni estaban obligados á saber las leyes de la milicia, no pude desarraigarlo de la compañía, respondiéndome que no parecia bien que los forasteros que viniesen á aquella fiesta hiciesen burla de aquella pobre gente, habiendo allí soldados viejos, como ellos lo eran, para doctrinarles. Dejélo con su tema, y yéndome paseando por la dicha plaza, ví que en un rincon de ella estaba el matemático con el cabildo y concejo, que se habian juntado á su pedimento. Acerquéme un poco para ver de qué materia se trataba, y puesto el oido como vaquero que ha perdido novillos con cencerro, oí que mi camarada le estaba diciendo al alcalde que era un valiente ingeniero, y que tendria á particular favor, para darse á conocer en España, que su merced le ocupase en lo tocante á su profesion, pues de presente tenia muy bien en qué. El alcalde le respondió que lo habian engañado en hacerlo venir á aquella aldea, porque en ella no habia ingenio ninguno, que en Motril los habia muchos y buenos de azúcar, y que allí, siendo tan eminente como decia, sería muy bien recibido. Él replicó que su ingenio no era de azúcar, sino de hacer fortificaciones, y que habiendo visto que la de su castillo estaba errada, segun las reglas de Euclídes, y que no sabrian los soldados, por ser bisoños, hacer circunvalacion ni abrir ramal de trinchera, por eso los habia hecho juntar á sus mercedes para que se fuese ganando palmo á palmo, sin que llegase á haber inundacion de sangre, mediante lo cual quedaria aquella pequeña república eterna. El regidor respondió:

—No son tan bisoños nuestros soldados como vuesamerced los hace, pues en esta convalacion ó convalecencia que es necesaria sabrán hacer muy fuertes ramales y bien torcidas sogas, porque además de no haber en toda esta comarca quien los lleve ventaja, cogemos en esta aldea el mejor esparto que hay en todo el reino; en lo demás, porque dé fama nuestra fiesta, vuesamerced disponga á su gusto, que todos estos señores del concejo le ayudarán con todas véras. Dijo el soldado que lo primero que se habia de hacer era añadir y poner dos caballeros al castillo. El jurado le respondió: Eso no le dé á vuesamerced cuidado, porque esta tarde y mañana al amanecer vendrán aquí muchos y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced se pondrán en la parte que les ordenare, y si fueren menester damas, lo alcanzarémos de la misma suerte. Advirtiólos el soldado que los caballeros que decia habian de ser labrados de tierra. Respondióle el sacristan que los caballeros de aquel reino y de todo el mundo que no eran de bronce ni de acero, sino de tierra y polvo, como el más pobre villano, y que para dárselo á entender la iglesia, el miércoles de ceniza les decia al ponérsela: *Memento homo*, etc. Insistíales el soldado que mandasen juntar á todos los labradores, para abrir un cordon que cogiese todo el contorno de la plaza, para que el castillo quedase sitiado. Respondióle el alcalde que para abrirlo y cerrarlo que él y sus compañeros bastaban; pero que la dificultad que se les ofrecia era que no se hallaria en la tienda cordon que fuese tan largo, porque todos los que se vendian en ella eran cortos y claveteados; pero que podria suplir la falta un liston, pues campearia más y sería más agradable á la vista. Estaba el soldado tan grave y espetado y tan divertido en la gente que se le habia juntado, que no atendia á los despropósitos que le respondian. Preguntóle al regidor que si tenia en los almacenes provision de zapas y palas. El cual le respondió: Señor ingeniero, en esta aldea hay muchos zapes, porque es muy abundante de gatos; zapas, si no son las hembras de este linaje, no hay otras ningunas; mas en lo que toca á palas, tendrémos cuantas quisiéremos. Pidióle el soldado que le trajese un par de ellas, para ver si eran de municion; y llegándose el jurado á una de las más cercanas casas de adonde se hacia el ayuntamiento, le trajo una pala grande de madera, con que en aquella tierra se junta y traspala el trigo; y llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos al señor matemático, diciéndole: No por falta de palas se dejará de hacer la fiesta, porque en un cuarto de hora me atrevo á juntar doscientas de estas; y si no le agradare esta hechura, y las quisiere más largas, le haré traer cuantas se hallaren en los hornos. Díjoles el soldado que aquellas no eran de provecho, porque habian de ser de hierro las distancias de las anchuras de las bocas, porque con aquella era imposible abrir trinchera para desembocar el foso. El sacristan, haciéndose cruces, le respondió que en su vida no habia oido los nombres exquisitos y extravagantes que iba nombrando, ni que tal habia escrito en su breviario; pero que á él le parecia que la trinchera era cosa forzosa que se abriese con trinchete, segun su derivacion; y que si era así, que allí habia un zapatero de viejo que los tenia muy buenos y muy afilados, y que en un pensamiento le abriria, como quien rebaña tajadas de melon.

Estaba tan turbado el pobre soldado de ver que todos cuantos estaban en su rueda, pensando que habia dormido entre algunos sacos de harina ó que aposta se la habian echado, pensando lisonjearle, se llegaban á él, y unos con las manos, y otros con los ferreruelos, y otros á soplos le iban deshollinando el cabello y enjalbegando el vestido, que no advertia en que lo que hablaba con aquellos villanos y lo que le respondian era hebráico, por ser gente que no lo entendia, ni ataba ni desataba con su loca pretension, y con todo esto no dejaba de proseguir en su tema. Díjole al alcalde que para el castillo y hacerle brecha habia menester media docena de cañones. A lo cual respondió que aunque fuera una docena se los podia dar al punto el sacristan, porque los tenia, como hacia el oficio de escribano, de los mejores gansos que se hallaban en toda Francia. No digo cañones de escribir, dijo el soldado, sino piezas gruesas. Respondióle el alcalde: De esas, gracias á Dios, tenemos hartas de lienzo casero y de muy buenas frisas. Yo, que estaba reventando de haber tenido tanto la risa, soltándola toda de un golpe, dí causa á que todos me mirasen, y no de buen talante, y porque no sospechasen que era haciendo burla de ellos, les dije que la causa de haberme reido habia sido de ver á aquel señor ingeniero, mi camarada, en figura de mozo de molinero, hablar tan culto con sus mercedes, que ni era entendido ni se daba á entender, pues las piezas que pedia eran de artillería, de las que traen los ejércitos para defensa y ofensa. A esto respondió el alcalde que era pedir gollerías, porque no tan solamente no las habia en el aldea, pero que la mayor parte de sus moradores ni las habian visto ni oido. Mi camarada, medio enfadado de que yo hubiese llegado á interrumpirle sus designios, le dijo al alcalde que supuesto que no habia piezas con que abrir brecha para dar el asalto, que sería forzoso que le diese media docena de barriles de pólvora, para hacerle mina al castillo y volarle un lienzo. Respondióle el regidor: Esos son los que no hallarémos por ningun dinero; pero se los daré á usted de anchovas, que las puede comer el mismo rey; y para que las pruebe y vea que tengo buen gusto, miéntras vamos al encierro de los toros, por ser ya hora, se irá con el señor jurado á una pequeña posada que está aquí cerca, que yo le enviaré un plato de ellas para que se regale con su camarada; y cuanto se hiciere de costa hoy y mañana en ella, les pagarémos con mucho gusto, y esta noche nos verémos y tratarémos de lo que se ha de prevenir para que nuestra fiesta no tenga ningun defecto, ya que Dios nos ha traido á tan buena ocasion dos tan excelentes matamicos. Dióme gana de reir, pensando que si el regidor sin conocernos nos llamaba matamicos, si nos hubiera visto en la taberna de Zaragoza, con justa causa nos pudiera llamar matamonos y matazorras.

Pasó el jurado delante de nosotros, y juntándose á este tiempo con el ingeniero el otro soldado, nos llevó á un pequeño bodegoncillo, y dió órden y facultad al huésped, que se llamaba Pero Anton, para que nos diera de comer y beber cuanto quisiéramos, que el concejo lo pagaria. Y volviéndose muy de priesa, por causa de dicho encierro, nos dejó tan bien alojados, que con el luquete del plato de anchovas que nos trajo un hijo del regidor henchimos de rayas toda una pared. Acomodamos razonablemente al patron de casa, el cual, por no dar mues-

tras de su flaqueza y por darnos alegría, por lo bien que despachábamos su mercancía, nos empezó á tocar un tamboril y una flauta. Yo y mis camaradas tomamos por estribillo el decir: Toca, Pero Anton, que la aldea lo paga. Y al són del chiste y paloteado, le comimos cuanto tenia en su casa, menudeando tan apriesa los cuartillos, que faltando pared adonde rayarlos, fué necesario ir cruzando las rayas sencillas y convirtiéndolas en dieces. Hízose el encierro, acudiendo á él muchos nobles de Zaragoza, á los cuales el alcalde alojó en su casa, y contándoles lo que habia pasado con el ingeniero, le dijeron que sin duda debia ser algun loco, porque aquello se hacia en la guerra, y no en la paz, y que si abria cordon ó trinchera en la plaza, que cómo se habian de correr los toros, y que quién habia de querer estar en el castillo si lo batia ó volaba. Acertóse á hallar en esta conversacion el que hacia el capitan de los moros, y viendo que él habia de ser el batido ó volado, partió como un rayo á querer matar al matemático. Detuviéronle los caballeros y el alcalde, reportándole, con darle por castigo al que le queria hacer tanto daño, sin ser su enemigo ni haberle ofendido en su vida, que pagase la costa que habia hecho, y que él y sus camaradas se saliesen al punto de toda aquella jurisdicion. Vino el sacristan á notificarnos el auto, á tiempo de que el ingeniero estaba blasonando de que por él se hacia aquel gasto, y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño concejo, porque estaba satisfecho que no habia otro como él en todos los ejércitos de la cristiandad. Cuando oimos el riguroso fallo, los dos nos quedamos mudos, y mi estudiante de un año y sin maestro, atónito y embelesado. Requiriónos el sacristan que nos saliésemos con mucha brevedad, porque estaban conjurados contra nosotros todos los moros, por haberlos querido volar siendo bautizados; y que si nos deteníamos allí, demás de la pena del señor alcalde, nos matarian ellos á puro bodocazos. Llamé á Pero Anton, con más miedo que vergüenza, y le dije que supuesto que lo gastado no lo pagaba el aldea, sino nosotros, que nos mirase con ojos de piedad, pues lo habíamos preservado á él de los barriles y cañonazos. El cual, como he dicho, por estar de buena data ó por temer que la morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido, pagamos cada uno su parte, andando á puto el postre por quien habia de pagar primero, y no ser el postrero en salir de la casa y de la aldea. En efecto, despachamos con brevedad y con la mayor presteza que pudimos.

Llegamos ántes de la media noche á las murallas de Zaragoza, adonde en el portal de un convento nos estuvimos hasta el alba, dando al diablo el libro de las fortificaciones, y al salvaje que tan poco provecho habia sacado de él. Venida la mañana, entramos en la ciudad, la cual hallamos alborozada y llena de fiestas y regocijos, por entrar aquel dia en ella su majestad, habiendo salido á recibirle todos los títulos y caballeros y toda la demás nobleza. Yo y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche y por celebrar la entrada, nos fuímos á nuestro devoto tabernáculo á hacer hora y á ver á mi buena tabernera, que demás de haber sido desde el segundo dia que entré en su casa la tesorera de mis dineros, siempre que me veia me hacia mil halagos. Bebia yo tan desaforadamente de aquel licor zaragozano, que mis camaradas me habian muchas ve-

ces reñido, diciéndome que mirase que aquel víno no era frances ni italiano, sino español puro y sin trampas, y que aunque eran las comidas sustanciosas, comia poco y bebia mucho, y que al cabo habia de dar conmigo en el hospital ó en la sepultura. Pero yo me hacia sordo, y callaba y sorbia. Empezó á pasar la nueva de que su majestad estaba ya á las puertas de la ciudad, y queriendo ir á verle y á gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte adonde estaba asentado, por hallarme tan tullido de manos y piés, que no era señor de mí. Fuéronse mis camaradas contentos de que por no haber tomado sus consejos habia salido verdadera su profecía, y cumpliósele el deseo á la tabernera de tenerme siempre en su casa. Pero le duró mucho la alegría, porque dentro de quince dias dí fin al corto caudal; y así que olió mi pobreza, me dijo que buscara posada, porque no queria tener enfermos en la suya. Anduvo tan bizarra conmigo, que aun no me quiso hacer crédito de una taza de víno, quizá por solicitar mi salud, habiéndomelas dado de diez en diez cuando estaba mucho peor y tenia con qué pagárselas; mas al cabo y la postre cada uno acude á quien es.

Habíanme dicho mis camaradas cómo en la jornada habia venido acompañando á su majestad el marques de Grana y Carreta, embajador ordinario de la majestad cesárea, cuya nueva me alentó de manera, que viéndome forzado de la necesidad y de la falta de salud, le fuí á visitar, y por estar satisfecho que en aquel señor habia de hallar todo socorro y amparo, por ser muy generoso y muy amigo de mi amo, á quien yo habia conocido en la batalla de Tionvila, siendo general de la artillería de la armada imperial, que gobernaba el Duque, mi señor; el cual, así que me vió pendiente de dos muletas, admirándose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza y piedad, me admitió en su casa, mandando á sus criados que se me acudiese y regalase con todo lo que yo pidiera. Dióme demás de estas mercedes una libranza de muy gentiles reales, con que quedé libre de necesidad. Tuve demás de esta suerte otra no menor que ella; y fué que teniendo noticia de la grave enfermedad que tenia don Francisco Totavila, maestre de campo general, y su hermano don Vicente Totavila, á quien yo habia conocido en Flándes siendo capitan de corazas, haciendo alarde de señores liberales y de ilustres caballeros napolitanos, vinieron por mí en una carroza, movidos de compasion, y llevándome á su casa, me dieron una cantidad de doblas para que me pusiese en cura; que no es poca grandeza en el siglo que corre que haya señores que dén sin pedir, y más en tiempo que estimaba yo más un real que ahora un doblon; porque entónces me hallaba tullido y desacomodado, y al presente me hallo con salud, y con ella adquiero lo que he menester y más de lo que yo merezco. Viéndome entónces favorecido de tantos señores y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el licenciado Estanca, cirujano de opinion, ciencia y experiencia, y con el doctor Tamayo, cirujano de su majestad, los cuales me condenaron á ser gato de algalia y caballo de juego de cañas: y por ver si me podia librar de tener penas de infierno en vida, me ponia todos los dias á la puerta de la calle de la casa del marques, adonde, como tengo dicho, era mi asilo y habitacion, y á cuantos doctores pasaban, malos ó buenos, de fama ó sin ella, les quitaba el sombrero hasta el suelo, no tanto por el grado

como por haberlos menester, y á todos contaba la llaga y la plaga, y les ofrecia montes de oro, y á ninguno daba nada; porque del prometer al cumplir hay muchas leguas de distancia, y mi oficio es de recibir, y no de dar. Decíanme todos: Estebanillo, si quieres vivir, no bebas, que era lo mismo que decirme cáete muerto; y el vino que hasta aquí has despeñado por los conductos de la garganta, es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido. Viendo que todos se conformaban en una misma cosa, me determiné, con el refugio de los señores que me favorecian, á irme al hospital á tomar una docena de sudores y dos unciones particulares. Recibiéronme con gran voluntad, por tener un loco más en aquella santa casa; y tratándome como alma condenada, me abochornaban los tuétanos, y me escaldaban las pajarillas, estando siempre como el rico avariento, carleando con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo á aquellos benditos lázaros una gota de vino, acotándoles con las obras de misericordia; pero ellos me decian que con la paciencia se alcanzaba la gloria, y que lo que habia pecado por carta de más, era necesario que lo purgase con carta de ménos. Y despues de haber hecho mi cuerpo una docena de veces sopa abahada, me dieron las dos unciones para que aprendiese á ser mula de doctor babeando todo el dia. Viéndome tan atormentado y afligido delante de los enfermeros y de otros muchos testigos, hice en alta voz juramento solemne de no beber más vino, pues por su causa habia llegado á verme como me veia y á padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacia de quererme privar de aquello que más estimaba y de intentar apartarme de lo que más queria, al mismo punto que acabé de hacer voto, le añadí una alforza diciendo en voz baja: Hasta que salga del hospital. Y con haberle acortado el plazo al juramento, aun lo vine á quebrantar, pues en el rigor y fiereza de la salida de los sudores y entrada en las unciones, obligué con ruegos á mis camaradas á que me trajeran lo que me ayudó más á echar espumas y lo que me alargó más la enfermedad, porque más gustaba de morir bebiendo que vivir sin beber. Habian venido acompañando la córte algunos poetas de los de nombre y fama, y uno de ellos que tenia noticia de mi persona, y aun unos mendrugos de celos sobre una ninfa á quien festejaba, que por su agudeza y brio la llaman la Coscolina, quizá á pedimento de ella ó por venganza de él, me compuso la glosa siguiente:

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio era el sudar.

El remedio del gracejo,
Galan de la Coscolina,
Que al olor de una sardina,
Da fin á un tonel de añejo,
Por curtir bien su pellejo,
Que está lleno de vapores,
Sin que le valgan sus flores,
Ni aproveche su cocaña,

Hoy en la córte de España
Tomando estaba sudores.
De suerte se vió afligido,
Como le falta la nieve,
Que llora lo que no bebe,
Mas no por lo que ha bebido:
La sed lo tiene rendido,
Y en faltándole el bocal,
Es incurable su mal;
Pues de suerte se entristece,
Que, hecho lágrimas, parece
Marica en el hospital.
No da al viento exclamaciones,
Siendo sus ansias atroces:
Pues por no dar, no da voces,
Y por tomar, toma unciones:
Por pedir, pide á montones,
Y toma sin pesadumbre
Una azumbre y otra azumbre;
Y así pide por merced
Que le remedien su sed,
Que el tomar era costumbre.
Siendo un tiempo bachiller,
Hoy está en eterna muda,
Y lo que ha bebido suda,
Y trasuda por beber:
Por dar al cuerpo placer,
Trata ya de se afufar,
Por salir á refrescar,
Diciendo que es mejor medio
El beber para el remedio,
Y el remedio era el sudar.

Despues de haber estado más de dos meses en el hospital, salí de él sano de piés y manos; pero las piernas como hueso, y el cuerpo como espárrago, y la voz como tiple de capilla, y con órden de que hiciese cuarenta dias de dieta, la cual cumplí de manera, que ántes de pasar las cuarenta horas, habia ya bebido más de cuatrocientas, comiendo en casa del embajador cuanto me daban, y comprando en las plazas cuanto apetecia; de suerte que me trataba como sano, echando seis higas al doctor, y doce al cirujano, y cien bendiciones al varon santo que descubrió el sarmiento, y doscientas á los que las plantan y benefician. Sentí infinito el no hallar en la córte los dos hermanos Totavilas, y estuve harto pesaroso cuando me dijeron que estaban en campaña, por faltarme á la convalecencia tan buen amparo. Dióme capricho, porque no se me apolillaran los dos vestidos que me dió el rey de Polonia, de vestirme á lo polaco, por llevarme tras mí los ojos del vulgo y por ser conocido con más brevedad. Salíme en este traje á pasear todos los dias con una muletilla, á lo de príncipe ó privado, extrañando de tal manera el traje toda la ciudad, que sus oficiales dejaban sus acostumbradas ocupaciones por salir á verme á las puertas, por tener que reir y

fisgar, las damas su labor por asomarse á las ventanas á hacer burla y donaire de mí; y los muchachos, olvidados de los mandados á que iban, me cercaban y seguian, y aun á veces me querian apedrear. Unos decian que era judío, otros que japon, otros que turco; y yo callaba y oreaba, porque aquel que deja su traje se pone á cualquier censura.

Habia hecho el amor, ántes de haberme tullido, á una dama de mantellina y de chinela con liston, gobernanta de la cocina, y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cántaro, y lavandera del rio, á quien ya he dicho que llamaban por mal nombre la Coscolina; y por vivir en frente de la taberna de los dos vinos, adonde yo cargué como nube, y no de agua, para llover en la region de fuego del hospital, tuve lugar para verla, hablarla y regalarla. Y como al tiempo que ella me mostraba amor, y daba con algunas finezas señales de agradecida, caí malo, y me ausenté de su barrio á ponerme en cura, se suspendió la comunicacion, y quedó mi pretension en cierne; mas como las de aquella raza son el símbolo del amor y el desprecio del interés, sin reparar en dimes ni diretes, me hizo, sin ser doctor, media docena de visitas, dejándome siempre debajo de las almohadas muy lindos papelones de confituras. Por no parecer ingrato á tanto favor, la fuí á buscar un sábado en la tarde á la carnicería principal; y encontrándola al salir de ella y llegándome á hablar, como solia otras veces, se espantó tanto de verme en aquel hábito y se corrió de tal suerte, por verse detener delante de tanta gente, que encendida de cólera y llena de vergüenza, se abajó al suelo, y tomando una piedra, que podia servir de pesa de reloj, me la tiró con tal suavidad y blandura, que á no retirar la cabeza, me la hiciera pedazos, y diciendo: Al loco, muchachos, se fué con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos por obedecerla empezaron á darme mil voces, repitiendo: Guarda el loco, guarda el loco, cargándose de piedras y de tronchos de coles. Y tengo por cosa cierta que á no pasar á esta ocasion el embajador, que me metió en su carroza y me llevó á su casa, que venía á ser uno de los innumerables mártires de Zaragoza, aunque dudoso el premio de mi martirio.

Fuí otro dia á hablar á su majestad, con mil temores de llegarme á poner delante de tal soberanía, pues cuando ví los rayos de su grandeza y consideré las fuerzas de su poder, eché de ver que los demás poderíos opuestos á los giros de luz son vapores ó exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambicion las ha congelado en nubes, y cuya envidia y golpes de la fortuna han solicitado oscurecer su claridad y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar que al cabo ha de permanecer por su sol, y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los más altivos y remontados vapores y las más gruesas y preñadas nubes. Presentéle los papeles de los servicios que habia hecho siendo correo, la letra de favor de la emperatriz María, y las fes que llevaba de haber sido criado de su alteza serenísima el infante don Fernando, pidiéndole en recompensa el poder tener una casa de conversacion y juego de naipes en la ciudad de Nápoles; la cual, no solamente me dió por merced particular y provision en forma, pero de más á más, carta para el almirante de Castilla, virey de

aquel reino, para que me amparara y favoreciera, que solamente se puede clamar feliz y bienaventurado el que sirve á tan gran monarca, pues él solo es el que premia y el que tiene con que poder premiar; y aquel que en su servicio no avanza, culpe á su corta suerte, y no á la grandeza de este poderoso Alejandro. Yo quedé tan ufano y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo y un leon coronado se acordase de remunerar servicios tan inútiles y hechos por tan humilde sabandija, que á no saber que mi madre me habia parido en Salvatierra de Galicia, reino que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo, me hubiera, al mismo punto que recibí la merced, partido por la posta á Roma, y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace, y trayéndolo lleno de paja, como caiman indiano, en llegando con él al primer puerto de cualquiera de sus reinos, lo vaciara y me zampara de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cuclillas, y la obligara á que me volviera á parir vasallo de tal deidad. Que si supieran bien los que lo son, el rey que tienen y las mercedes y honras que cada instante les hace, le sirvieran de rodillas; pues siempre las pregona la fama, las publican las historias, y las envidian los reinos extranjeros. Hallándome ya despachado y tan á medida de mi deseo, me fuí á despedir del conde de Monterey y de don Luis de Haro, grandes de España, y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes; los cuales, demás de haberme favorecido en mi pretension y en la brevedad del despacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho virey, suplicándole que por ningun impedimento se me dilatase la real merced; que el ser señores no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando á los desvalidos y favoreciendo á los que poco pueden, y honrando generalmente á todos; que para no hacer esto, poco me importa á mí ni á nadie que sean grandes ó que sean pequeños. Dióme asimismo el marques de Grana, demás de las mercedes que me habia hecho, una carta para el virey de Navarra y cincuenta ducados para el camino, y treinta don Francisco Toralta, maestre de campo general reformado y gobernador de Tarragona. No me atreví á irme á despedir de tantos duques, marqueses y condes como habia en aquella córte, por haber sido causa mi enfermedad de no haber tenido dicha de haberlos comunicado. Y estando con algun reposo aguardando á partir con comodidad y compañía, me envió á llamar mi conocida tabernera, la cual, pensando que me hacia una lisonja, me dió un billete muy cerrado, diciéndome que se lo habia dado su vecina, á quien yo tanto habia estimado, para que en todo caso lo pusiese en mis manos. Abrílo con harto regocijo, porque aunque me sentia algo agraviado, no dejaba de quererla con todo extremo, el cual decia de aquesta suerte:

«Por pensar que usted era soldado, me incliné á su persona, porque como tengo algo de Vénus, soy aficionada de los que siguen á Marte. Y aunque le ví que asistia más al ramo de una taberna que no á la bandera del cuerpo de guardia, no por eso lo desestimé, porque jamás tuve por valiente al que pasa por plaza de aguado; pero cuando llegué á verlo con bonete turco y sayo de loco, quedé tan corrida y avergonzada de haber empleado tan mal mis finezas y de haber puesto en tan humilde sugeto mi amor, que quise vengarme á pedradas en

la causa, por haber sido engañada en la materia. Y así usted, perdonando el atrevimiento, ponga mi amor en eterno olvido, y enamore de hoy más á las que fueren polacas; ó mudando de traje, podrá ser que yo mude de parecer. —Su menor criada, y un tiempo su mayor aficionada.»

Quedé tan enamorado de oir el billete, como picado de haberla visto apedrearme con dos mil donaires, tanto, que estuve resuelto á suspender el viaje y á mudar de vestido; pero por no resfriarme y por temer que dama que se llamaba Coscolina se me habia de acoger como cañamar, me salí al mismo punto de Zaragoza, y tomé el derecho rumbo de San Sebastian, para pasar en la primera embarcacion que hallase á los estados de Flándes á buscar á mi amo y señor, para agradecerle el bien y regalo que en su casa habia recibido y las mercedes y honras que por su respeto me habian hecho; y despues con su licencia y voluntad irme á Nápoles á gozar de la merced que su majestad me habia hecho, quizá por atencion de que era yo su criado y que solo habia venido á España en busca suya. Llegué á la ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me dí un verde aceitunado de olorosas frutas y de excelentísimos vínos, llevando ordinariamente un mundo tras mí, por la novedad del traje, haciéndoles creer el mozo de mulas que era un embajador del Transilvano. Pasé á una legua de aquella ciudad el presuroso y soberbio rio de Ebro sobre los hombros de una anchurosa y reforzada barca, en la cual compré una gran cesta de anguilas, por ser comida regalada y estimada en toda aquella comarca, las cuales, con los arrieros y pasajeros y mozos de mulas que nos habíamos juntado en el camino, nos las merendamos en una venta á cuatro leguas de Tafalla, bebiéndonos con cada una, porque no se nos pegase al estómago, una azumbre de víno, más helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes; porque vale tan barata la nieve en aquel país, que no se tiene por buen navarro el que no bebe frio y come caliente. Menudeamos de tal suerte al sabor de las anguilas y á la consolacion de la frescura de la bebida, que á estar más en la venta de lo que estuvimos, obligábamos al ventero á que bebiera lo que beben los bueyes, hallando cuando entramos en su posada un tonel lleno de lo tinto.

Caminamos al caer el sol y toda la noche, por ser tierra tan cálida, que no se puede andar por ella si no es con mucho riesgo de la salud miéntras dura la fuerza del sol. Quiso mi desgracia, por barajarme el gusto que traia de la buena merienda, que á una legua de Tafalla, emparejando con una ermita que está cerca del camino real, ni sé si por ir lleno de sueño, ó por caminar cargado de víno, dí una caida de la mula abajo, tan feliz y venturosa, que sin romper la manga de la hungarina polaca, ni la del jubon napolitano, ni la de la camisa española, me hice mil pedazos un brazo, por ser la mula pequeña de cuerpo, y el camino llano y arenoso. Quedé el hombre más contento de este mundo de ver que mi caida no necesitaba de insignia; porque ¿qué más gusto que en cualquier tiempo digan los que vieren el revolcadero: Aquí cayó un lobo gallego, que no: Aquí mataron á un hombre, rueguen á Dios por él? Lleváronme medio muerto á la villa, y metiéndome en una posada, en lugar de cirujano, pedí que

me trajes .ı de beber para pasar el susto. Trajo el huésped una cantimplora de víno fr' ., y el mozo de mulas un cirujano caliente; y tratando primero de aplacar r . sed, traté despues de remediar mi brazo. Hallóme con un calenturon tem ıario; y atribuyéndolo al víno que en su presencia habia bebido, dijo que si proseguia con tal desórden, que no tenia que ponerme en cura. Díle palabra de enmendarme y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo cual me curó aquella noche, viniéndome á visitar despues dos veces al dia. Coheché de tal manera al huésped, que apénas habia dado fin á una cantimplora llena de clarete y nieve, cuando ya estaba otra apercibida y puesta á enfriar. Decíame el cirujano todas las veces que me curaba que echara de ver si habia importado el reglarme en la bebida, pues cada dia iba mejor. Reimos yo y el huésped, dándole á entender que bebia agua cocida.

Al cabo de quince dias me hallé sano y con fuerzas para ponerme en camino. Pagué al huésped; y despues de haber andado muy generoso con el cirujano, le dije que la causa de estar tan fuerte y animoso y haber estado bueno con tanta brevedad era por los milagros que habia usado el víno conmigo, por ser yo tan devoto suyo y por haberle tenido siempre á mi cabecera. Él me respondió: Lo que á unos mata, á otros sana. Y despidiéndome de los dos y saliéndome aquella mañana de Tafalla, llegué á la tarde á la ciudad de Pamplona, cabeza del reino de Navarra, frontera de Francia. Y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes y altivos muros, se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella por verme en traje polaco, que me espanto cómo no me dieron una rociada de balazos. Salió un cabo de escuadra con veinte y cinco soldados, y todos con sus armas, á recibirme, más de guerra que de paz. Hiciéronme poner pié en tierra, y cercándome como si fuera enemigo, me preguntaron que de qué nacion era, qué oficio ejercia, de dónde venía y dónde iba. Yo, temblando de verme entre tantas picas y arcabuces, despues de haber satisfecho al interrogatorio, les dije que mirasen que era Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandina, criado del duque de Amalfi, y hidalgo muchísimo ménos que el rey; y que para que más se satisfaciesen, les presentaria mi carta de creencia y ejecutoria, protestándoles que me diesen libertad y me levantasen el sitio. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al cabo de escuadra, se determinó de llevarme delante del conde de Oropesa, que era virey de aquel reino, y á quien yo traia las cartas de recomendacion. Llevé tras mí un batallon de gente popular, apellidándome á voces espion. Llegué á palacio con toda esta escolta, y entráronme en el cuarto de su excelencia, habiéndole primero enviado un recado con un paje suyo el cabo de escuadra de que habia preso á un esguízaro españolado por sospecha de espía. Llegué á su deseada presencia, por verme libre de aquellos soldados del prendimiento; y despues de haberle hecho un rastreado de cortesías, le dí la carta, la cual leyó con mucho agrado; y riéndose de ver con el recato y guardia que me habian traido, le mandó al cabo que se volviese, que aquella espía era de paz. Y despues de haberse entretenido conmigo en saber el largo viaje que habia hecho sin haber podido dar un alcance á mi amo, mandó á su mayordomo que todo el tiempo que me detuviese en aquella ciudad, hasta tener

nueva cierta de embarcacion, que me diese ocho reales de racion cada dia, que de presente hay racionero de la capilla real de Granada que hubiera trocado su racion por la mia. Hallábame siempre á su mesa, adonde saliendo siempre tripa horra, daba sepultura á los mejicanos. Venian todas las noches muchos caballeros navarros, y particularmente don Pedro Navarrete, á cortejarle y entretenerle, con quien yo chanceaba bravamente; y despues de venderles bulas sin ser Cuaresma, les contaba las mayores mentiras y embelecos que se pudieran imaginar; y para que no pudiesen comprobarse, acotaba haber sucedido en Alemania y en Polonia. Dábanme allí muy buenos baratos, y en sus casas muy caros y sabrosos claretes.

Bajéme una noche á jugar á las pintas con un acemilero alentado, y encerrándonos los dos en su aposento, que estaba pegado á la caballeriza, á la luz de una torcida, alimentada con aceite, le gané todo cuanto tenia, con tal rigor, que aun no tuvo dicha de que llegase el naipe á su mano; y colérico de su mala suerte ó sentido de la pérdida que habia hecho, quitándome de las manos el libro descuadernado, me dió con toda la baraja en mitad de los hocicos: yo, acordándome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargado, aunque siempre lo estaba de víno, le dí tal sombrerazo en las asentaderas de los bigotes, que le dejé aplastadas las narices. Acudió con velocidad á un rincon á tomar su espada, y yo, temeroso de que la hallase y me ahorrase de venir á Flándes, arbolé la luz, y dándole un soberbio candilazo sobre las espaldas, despues de haberlo hecho acemilero manchego, quedó el pobre Estebanillo á escuras y á puerta cerrada y muerto de miedo; pero díme tan buena maña á palpar la surtida, que primero dí con el cerrojo que mi contrario con la tizona. Salíme á lo raso, y amparándome del cuerpo de guardia, llegó en mi seguimiento mi encandilado aceitero, con cinco palmos de herrusca, tan antigua, que pienso que en su juventud la trajo el Cid en sus alforjas. Opúsose á su ímpetu un cabo de escuadra, y despues de haberlo desarmado, sin haber tocado á la queda, y de darnos á cada uno media docena de cintarazos, que de esta mercancía suelen los oficiales de ahora ser muy liberales, se hizo sabedor de todo el caso, y trató de hacernos amigos, no queriendo venir en ello mi rascador de mulas hasta tanto que le pagase el menoscabo de la ropilla y el valor del candil. Pero yo, dando muestras de príncipe polaco, le dí doce reales, de veinte que le habia ganado, y llevándolo á él y al cabo de escuadra y á media docena de soldados á la taberna del víno de Zaragoza, que está dentro del mismo palacio, gasté los ocho reales que me quedaban de toda la ganancia, ahogando la pendencia y poniendo en olvido los agravios.

Tuve otro dia nueva de que habia llegado á San Sebastian la marquesa de Torres en una fragata de Dunquerque, de lo cual dí aviso al virey, y pidiéndole licencia para proseguir mi viaje, me dió á la despedida un pasaporte y una carta para Onofre Pastor, maestre de campo reformado y gobernador de aquella plaza, para que me hiciese dar embarcacion y una ayuda de costa, como de mano de un grande de España y conde de Oropesa. Salí de la ciudad de Pamplona con una mula y un criado; y despues de haber pasado los confines del reino de Navarra,

entré en la provincia de Guipúzcoa, que, aunque es país no barato, es muy regalado y ameno de variedad de arboledas. El segundo dia y postrero de mi viaje, á persuasion del criado, quizá por ir él á caballo, bebí una poca de sidra, por hacer gran calor y decirme que era buena para refrescar, pero apénas la habia envasado por mi daño é ignorancia en la cueva de mi barriga, empezó á tener alborotos con el vino que estaba dentro y andar á puñadas el uno con el otro, sintiendo yo, bienc ontra mi gusto, la batalla y el combate; ¿pero qué ménos me podia suceder con bebida cuyo propio nombre es zagardoa, que mal azagaya le tiren al ladron que tal me hizo beber? Al fin, como en muchos reinos y señoríos me han dado emperatrices, reinas y damas de calidad muchas ayudas de costa, en esta provincia la señora doña Zagardoa, marquesa del Real de Manzanares, me honró con hacerme ayuda de cámara y escudero de á pié, pues todo el camino fuí á pata con los calzones sueltos y en las manos y haciendo á cada veinte pasos una parada. Llegué, sobre tarde, á San Sebastian, debilitado, lacio y despeado, y para alivio del mal que habia padecido, la primer nueva que me dieron fué que la fragata que habia venido de Dunquerque se habia partido para la Coruña; mas para conmigo todos los duelos con vino son ménos, y es el que me mata y da vida. Acudí al remedio, y entrándome en una posada, me trajeron un bizcocho y una azumbre de lo de Rivadavia, el cual, por ser mi paisano, me sosegó la tormenta de la barriga, y fué causa de poderme poner las agujetas. Y sintiéndome un poco más aliviado, fuí á llevar la carta del conde de Oropesa al gobernador de aquella plaza, el cual me dijo que el dia que supiese que habia alguna embarcacion para Flándes, que le avisase, que al punto me haria embarcar, y que si se me ofreciese alguna cosa, que acudiese á su casa. Con esto me despedí, y yéndome la vuelta de mi posada á tratar de la convalecencia de mi desgracia, encontré con dos soldados de los Países-Bajos, que me habian conocido en ellos, el uno alférez y el otro sargento, los cuales habian sido prisioneros en la batalla de Rocroy, y se habian huido de la prision, y estaban aguardando pasaje para volverse á sus compañías; y despues de habernos saludado, les supliqué se quedasen aquella noche á cenar conmigo; en cuyo convite me contaron su larga prision y el modo que tuvieron para librarse y llegar á gozar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto que todos éramos de una nacion y hacíamos un mismo viaje. Estuve treinta dias en esta villa, gastando lo que tenia, y sin tener socorros, como en las demás partes donde habia estado. Asistíales á mis camaradas don Diego de la Torre, secretario que habia sido de Estado y Guerra en los estados de Flándes. Al cabo de este tiempo hallamos un bajel hamburgués que iba á Holanda, con el cual concertamos nuestra embarcacion por muy poco dinero, y del remanente que á mí me habia quedado compré siete mil limones, con intencion de venderlos donde llegase á tomar puerto, y cuatrodoblar el caudal; pero hice la cuenta sin la huéspeda. Hicimos una buena provision, así de comida como de bebida, la cual juntamente con los limones llevamos al dicho bajel, y echando la bendicion á la tierra, tomamos quieta y pacífica posesion de él.

CAPITULO XIII.

En que prosigue el viaje que hizo á Flándes, los naufragios que le sucedieron en el camino, y los palos que le dieron en Inglaterra, la llegada á Bruséłas, y la despedida para Nápoles.

Salimos de aquel puerto con favorable viento y con esperanza de tener feliz viaje; y el primer dia, por tener conociencia y amistad con el patron y marineros, donde fuéron tantos los bríndis, que si con cada uno camináramos un cuarto de legua, llegáramos aquella noche á Dunquerque, dimos todos tres camaradas valientes muestras, miéntras duró la bonanza, de alentados, fuertes y briosos; pero al cabo de dos dias nos sobrevino tan fuerte borrasca, que deshicimos la pompa, y hechos unas madejas, nos tendíamos como atunes. Tardamos veinte y cinco dias en solo tomar la canal, habiendo desde San Sebastian á la boca de ella no más de ochocientas leguas. En esta canal, y no de tejado, tras de todos nuestros infortunios y trabajos, nos faltaron los bastimentos, así á nosotros como á los marineros. Aquí fué donde de todo punto aborrecí el agua, y donde acabé de confirmar por insensatos á los hombres que pueden caminar por tierra, comiendo cuanto quieren y bebiendo cuando gustan, y se ponen á la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, á la fiereza de los piratas, y finalmente, ponen sus vidas en la confianza de una débil tabla, sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una sirte, y el daño de un bajío, el temor de un banco, el sobresalto de una playa, y la soberbia de una bestia fiera é indómita, y que le basta ser mujer para ser mudable y voltaria. Yendo la muerte á la puerta, y la hambre dentro de casa, animé á mis compañeros, y diciéndoles: De paja ó heno el vientre lleno, los bajé abajo, y dando en los limones como si estuvieran en conserva, cortábamos la cólera á todas horas, aunque teníamos bien poca, los cuales nos servian de principios y postres. Traíamos todo el dia las bocas agrias, las barrigas acedas, y los dientes afilados y de un palmo, y á la noche cerrábamos con una docena de toneles de vino que llevaba el patron, con que quedábamos confortados. Y por irse pudriendo mis limones, los iba trocando con una gran cantidad que llevaban los marineros, y creciendo y multiplicando la mia.

Pero viéndonos el patron tan alegres y regocijados y estar todo el dia y la noche debajo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre y sed como todos los demás lo hacian, y considerando que no éramos cuerpos santos para pasarnos de milagro, bajó abajo, y haciendo visita general, nos descubrió la flor, y nos mandó subir arriba. Pero anduvo tan bizarro, considerando á lo que obliga la necesidad, que no se dió por entendido, ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de allí adelante no nos dejó entrar debajo de cubierto, con que nos helábamos de frio y nos ahilábamos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar. Estando ya desahuciados de todo remedio, dando bor-

dos, llegamos una tarde á dar fondo en Valmur, uno de los mejores puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra, y nos entramos en una taberna, y como si fuera noche de Carnestolendas ó se casara alguno de nosotros, toda la noche, ó la mayor parte de ella, se nos fué en satisfacer las muchas que habíamos pasado malas, sin haber á las últimas rociadas ninguno que se acordase de las tormentas ni de las calamidades pasadas. Venida la mañana, desembarcamos todos los limones, y los llevamos á vender á una villa que está á una legua de este puerto, y en una de las más ricas posadas tomamos un aposento, y llevando con nosotros una gran partida de ellos, dejamos los demás encerrados. Fuímonos á la plaza, adonde pasamos plaza de marchantes de agrio, y á medio dia nos regalábamos como mercadantes de dulce. Despachamos aquel dia todos los que sacamos al mercado, y volviendo á la noche á nuestro aposento, hallé que me habian hurtado más de la mitad de los que habia dejado; y como si estuviera en tierra del rey de España y tuviese á mi lado al duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé á hundir la posada á voces y á llamar perros, ladrones, luteranos al huésped y á sus criados, á lo cual ninguno me respondia por no entenderme. Llegó el sargento á mí, y viéndome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra ajena y con nacion contraria á nuestra fe, me dijo que callase, porque habia muchos en aquel reino que sabian hablar español, y que si alguno llegase á entender lo que les decia, que me matarian á palos; pero apénas fué dicho, cuando fué hecho, porque habiéndome oido un inglés españolado todos los nombres de las fiestas que les habia dicho, dió cuenta á cuantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló más á mano, me dieron más leñazos que limones me habian hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abajo infinidad de veces y de no dejarme hueso que me quisiese bien, nos llevaron á todos tres á una jaula de hierro que estaba en mitad de la plaza, y encerrándonos en ella como á papagayos, nos dejaron á escuras y al resistero del viento. Allí purgamos los buenos pastos que nos habíamos dado, y allí temimos, siendo en tierra, más que todos los peligros que habíamos pasado en la mar. Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y á la mañana amanecimos arrecidos, por ser cerca de Navidad, y transidos de sed y hambre. Llegábannos á ver cuantos pasaban por cerca de la jaula, y en lugar de preguntarnos: ¿Cómo estás, loro? Nos decian: Infames papistas y espiones y otros favores á este tenor. Acertó á pasar un caballero de aquella villa, que su persona daba muestras de serlo, el cual nos saludó en latin, y yo tomando la taba y soltando la taravilla, sin darle lugar á que nos hiciese ninguna pregunta, le estuve latinizando más de media hora, contándole nuestro viaje y causa de la pendencia, mollizna de palos y encerramiento de jaula; y humillándome ante él, le mostré todos mis papeles, y le supliqué que tuviese compasion de nosotros. El cual, enternecido de ver con la poca razon que nos tenian de aquella suerte, fué y habló á la justicia, y volviendo con un ministro de ella, nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos os, nos salimos de la jaula y nos pusimos en la calle los tres pajarotes. Agradecimos al caballero la merced que nos habia hecho, y vendiendo los limones que nos habian quedado en junto, salimos de la villa más recios que jarras.

Llegamos á la marina, adonde hallamos el bajel con mucho espacio, y sus marineros con mucha flema, y dos fragatas de Dunquerque, que forzadas del mal temporal, habian llegado á dar fondo. Viendo que estaban medio de partida y que el dinero iba boqueando, nos determinamos de embarcarnos en ellas; y llegando á hablar á los que venian por cabos, me llevaron á mí á la una, y mis camaradas á la otra. Salió la mia dia de Navidad del año de 1645, y en corso contra holandeses, franceses y portugueses. Iban todos deseando hallar ocasion en que mostrar su esfuerzo y dar un filo á sus uñas, y yo rogando á Jesucristo que por su bendito nacimiento no tuviésemos fortuna de llegar á descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo dia nos fué fuerza pelear con un bajel holandés, y despues de habernos peloteado más de una hora, se fué á pique, salvándose la gente. Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña, andando á caza de bajeles franceses, y en encontrándolos, poníamos bandera francesa; y de la misma suerte, en encontrando bajeles holandeses, poníamos bandera holandesa. Llegamos á la costa Bretona, donde cada dia andaba el diablo en Cantillana, y se batia muy bien el cobre. Si el bajel que encontrábamos era fuerte, huíamos como galgos, y todos muy tristes, y yo reventando de alegría, y en siendo débil y de poca defensa, cerrábamos de tropa á caiga quien cayere. Y yo, por no dar alguna mala caida, me metia debajo de cubierto, y en estando pasada la borrasca, subia á saber si era presa de vino; y en siéndolo, peleaba yo solo más que todos, pues miéntras los marineros se chupaban media docena de potes, me chirriaba yo una. Anduvimos muchos dias, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los más valientes en temerosas liebres, y otras veces dando alcances, por ser nosotros más fuertes, trasformado el más cobarde en invencible leon. Al fin, habiendo echado algunos bajeles á fondo, y cogido presas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flándes, ayudados de un poniente favorable. Era una alegre fiesta de caramesa el vernos cuán bien lográbamos los ratos desocupados que teníamos, porque como el vino no nos habia costado nada, bebíamos todos á discrecion; y el mal humor que yo gastaba, cuando llegábamos á embestir, lo trocaba á este tiempo en chancear y en ayudar á las faenas, no á las de los árboles y velas, sino á las de remojar los tragaderos. Eran siempre más largos estos oficios que los del sábado Santo, y á la tarde veníamos á estar todos iguales y á caer unos sobre otros; al fin, vida de cosarios, y muerte de pasajeros. Viniendo un dia todos muy alerta por la costa de Francia, al tiempo que emparejamos con Calés, nos salieron á dar alcance dos bajeles holandeses, los cuales, más por fuerza que por grado, nos hicieron meter en Dunquerque, contra la voluntad del capitan de la fragata, que no contento de lo pasado, aun todavía queria probar su ventura; mas yo, viendo cuán buena habia sido para mí el haber dado fin á mi viaje, salté en tierra y me entré en la villa. Y como otros buenos cristianos se van derechos á la iglesia, yo me fuí derecho á una taberna, y no metiendo en ella mas de cuatro reales, empecé á pedir y á gastar como si fuera cargado de doblones, en confianza de hallar amigos ó conocidos, porque mi oficio es unas veces barco lleno, y otras barco vacío.

Estuve allí unos dias refrescando v descansando, y á la partida el maestre de

campo don Fernando Solís me dió con qué pagar el gasto que habia hecho y con qué venir hasta Nieporte, adonde Salvador Bueno, gobernador de aquella plaza, me amparó y ayudó para el camino. Llegué otro dia á Brujas, adonde me vestí á lo polaco, y por ser Carnestolendas y traje ocasionado, faltó muy poco de no apedrearme. Pasé de allí á Gante, en cuyo castillo hallé todo regalo y agasajo; y al cabo de dos dias hice mi entrada en Bruselas, que fué el segundo dia de Cuaresma, adonde fuí muy bien recibido de mi amo, haciéndome la merced que siempre me ha hecho, y gozando en su palacio de la generosidad que siempre he gozado. Fuí á visitar á los demás señores, en quien hallé la misma grandeza, y aun más que ántes, y con más quilates aventajadas las dádivas. Llevaba tambien tras mí sus poquitos de muchachos, porque imagino que no se ha visto traje más mirado ni hombre más perseguido que yo con él; y yendo á ver á mi dama, para mudar de vestido, me dijo el mercadante adonde la habia dejado, que á pocos dias de mi partida se habia ella echado al mundo, por quitarse de malas lenguas; y que todos mis vestidos los habia vendido y empeñado, sin haber dejado cosa ninguna en su casa. Fuíme á la de su tia, la cual me recibió con mil zalemas, y me dijo que en aquel instante acababa de salir de allí su sobrina, y que estaba como un ángel, y que deseaba volver á mi poder, y que la habia estado más de una hora persuadiendo para que me fuese á hablar y dar un recado muy amoroso de su parte, y á disculparla del yerro que la habia hecho; y que el haberse hecho tan miserables los hombres para con las mujeres, la habia obligado, por verse en necesidad, á enajenarme la ropa que le habia dejado á guardar. Yo dije que al punto le enviaria la respuesta de todo lo que habia dicho por escrito, para que se la diera á su sobrina. Y despidiéndome de ella, me entré en casa de un amigo, y tomando recado de escribir, le compuse un romance, que decia de esta suerte:

Madama doña Escotofia,
Ya no más, por no ver más,
Puesto que hasta aquí he querido
Cantar mal y porfiar.
Ya, mi reina, no me atrevo
Sufrir más, por querer más,
Porque agravios por finezas
Es ya moneda usual.
Esa zalema á los moros,
Ese tus tus á otro can,
Esas flores á otro mayo,
Esas chanzas á otro Bras.
Lleve el Favonio suspiros,
Lleve lágrimas la mar,
Y llóveme á mí el diablo
Si vos me engañáreis más.
Por vuestra causa he quedado
Retrato del padre Adan,
Siendo en córte, por lo ménos,
Polaco, á no poder más.

Vos, señora, habeis tenido
Más conchas que no un caiman,
Más cautelas que un Sinon,
Más pleitos que una ciudad;
Más entradas que no un reino,
Más salidas que un lugar,
Más visitas que una audiencia,
Más aplausos que un mordas;
Más encuentros que los dados,
Más ofrendas que un abad,
Más vuelcos que tuvo Troya,
Más tiros que tiene Oran;
Más que angélicas traspuestas,
Más dispuestas que una paz,
Más cebo que un pescador,
Más uñas que un gavilan.
Y si más llegare á veros,
Cuando juegue y diga más,
Ruego al cielo que en castigo
Diga topo y eche azar.

Hícelo un billete, y despues de haberlo cerrado, se lo envié con un muchacho á la tia, echándoles á las dos la bendicion para siempre. En este tiempo mi amo, por verme en mi traje y hacerme dejar el ajeno, me hizo una pura mancha el vestido polaco en un banquete; pero al cabo de dos dias salí á su costa hecho una parte de plata. Y por hacer alarde de la nueva gala, me fui al salon de palacio, y andándome paseando por él, me acordé de haber leido como en aquel mismo puesto el invencible emperador Cárlos V, por hallarse enfermo de la gota y fatigado de los trabajos de la guerra, hizo renunciacion de su imperio y reinos, y se fué á Yuste á retirarse y á tener quietud. Y queriendo aprovecharme de tan grandioso ejemplar, por verme enfermo del mismo achaque y fatigado de los trabajos de la paz, y porque se me va pasando la juventud, y que me voy acercando á la vejez, propuse de abreviar con más eficacia para irme á retirar y á tener sosiego en aquel ameno y deleitoso Yuste de la gran ciudad de Nápoles, metrópoli de todas las grandezas, maravilla de maravillas, cuyos montes son dulce olvido de los hombres, cuyos campos son prodigios ostentosos de la naturaleza, cuyo celebrado Seveto es emulacion del Xanto y competidor del Pactolo, su muelle asombro del piramidal coloso, sus templos desperdicios del de Efeso, sus príncipes y señores el símbolo de la lealtad, la congregacion del valor, el centro de la nobleza, el sol de toda la Europa, y la flor de toda la Italia. Para cuyo efecto traté al instante de hacer este libro, por hacerme memorable y porque sirva de despedida de mi amo y señor, para que, como tan gran príncipe, viendo que es cosa justa lo que le suplico, en premio de lo que le he servido, acordándose de la palabra que me dió despues de la batalla de Tionvila, me dé licencia para retirarme á disponer de la merced que su majestad me hizo á la fértil vega napolitana, teniendo mi celda en el San Yuste de su ducado de Amalfi. Y estando en los últimos pliegos de esta obra, llegó á esta córte la funesta y infeliz nueva de cómo la

majestad cesárea de la emperatriz María habia sido Dios servido de llevarla á mayor imperio, para que trocase la corona que tuvo en esta vida por la corona de la gloria, cuyo justo sentimiento me inundó el corazon de suspiros, y de llantos los ojos, porque en oir un tan tierno malogro y tan acelerada partida, ¿qué diamante no se ablandara, ni qué risco no se enterneciera? Y soy tan por todo extremo infelice, que siempre á una pena me sigue otra pena, á una desdicha otra desdicha; pues habiendo tenido suerte de servir á un tan gran príncipe como fué su alteza serenísima el infante cardenal, que en campos de zafir pisa tapetes de luceros, al tiempo que más me amparaba y asistia, por ser perla del nácar la divina Margarita, se lo llevó el cielo para que en él fuese celestial rubí; y cuando con toda liberalidad y grandeza la majestad real de la hermosísima reina de Polonia me honraba y favorecia, trocó el reino estable por el eterno; y ahora de presente la emperatriz del orbe, reina de la hermosura, la princesa de las flores, cuya belleza era sobrehumana, y cuyas virtudes eran divinas, porque gustaba de hacerme merced y de ayudarme con generosa mano, dejando á Alemania en un eterno cáos, y á España en una confusa tiniebla, se ha partido á ser luz del sol y querubin entre los querubines; de modo que para que á mis tormentos no haya humana resistencia, me han faltado de cuatro años á esta parte tres columnas invencibles, tres deidades milagrosas, y tres floridos pimpollos de la casa de Austria, que han sido un infante de España, hermano de un poderoso rey; una reina de Polonia, mujer de tan gran monarca, y hermana de un emperador; y una emperatriz de Alemania, mujer de un emperador del orbe, y hermana de un rey de España y de una reina de Francia; de suerte que hoy me hallo tan huérfano y solo, que ya no tengo á quien volver los ojos, si no es á mi rey y señor y á mi antiguo dueño el excelentísimo duque de Amalfi, que á no estar debajo de su amparo y no hallarme tan obligado como me hallo á tanto favor y merced como me ha hecho y hace, me hubiera forzado el sentimiento de esta última muerte á irme á un desierto á hacer penitencia, ó á un oculto y encumbrado monte, para que entre sus soledades me acabasen las melancolías que me afligen de la presente desdicha. Y por dar muestras de agradecido á tantos grandiosos beneficios como de su majestad cesárea habia recibido, compuse á su muerte los siguientes versos:

Cuando lleno de albores
Entró el jurado mes, rey de las flores,
Prestando á los jardines
Avenidas de rosas y jazmines,
Y dando á los vergeles
Lluvias de lirios, flotas de claveles,
La flor más olorosa,
La más purpúrea y refulgente rosa
Que pasó de Castilla
A ser del sacro imperio maravilla,
La que al sol al miralla
Le presentó victoria, y no batalla,
La emperatriz María,

Risa del alba y esplendor del dia,
Trágico golpe quiso
Trasformarle el laurel en cipariso,
Porque en tal desventura
Nos faltase la luz y la hermosura.
Jamás creyó su Atlante,
Que se eclipsara sol tan rutilante,
Ni que de fiera parca horrenda huella
Se atreviera á menguar luna tan bella;
De hoy más no den las flores
Fragrancias de odoríferos olores,
Ni tenga el mar bonanza,
Ni se vistan los prados de esperanza:
Sea todo agonía,
Pues le faltó al imperio el alegría,
Hinchéndose con llanto muy profundo
De sentimiento y luto todo el mundo.

GLOSA.

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mia aun no soy.
Purpúreos claveles rojos
Fuéron mis facciones bellas,
Todas racimos de estrellas,
Todas soles á manojos;
Mas ahora son despojos,
Y no aquello que ántes fuí,
Pues deshojó el aleli
La parca de mi hermosura;
Y así de tal desventura,
Aprended, flores, de mí.
Ayer me vió la campaña,
Dando á sus flores olor,
Mujer de un emperador,
Y hermana de un rey de España;
Y hoy un golpe de guadaña
Me ha postrado adonde estoy,
Y aquello que fuí no soy,
Ni puedo volver á ser;
Con que podrá el mundo ver
Lo que va de ayer á hoy.
La corona de mi frente
Tuvo ayer muy gran valía,
Por ser reina de la Hungría
Y emperatriz del Oriente;
Por rosa resplandeciente
Tal bien ayer merecí;
Mas como mortal nací,
La parca cortó mi ser,

Sin respetar ni temer
Que ayer maravilla fuí.
Infanta nací en la cuna,
Y en mi juventud hermosa
Vine á ser reina y esposa
De un sol de quien fuí la luna:
Tributóme la fortuna,
Y ahora feudos le doy,
Y aunque en urna real estoy,
Me sirve de desconsuelo
Que ayer me ví sol del suelo,
Y hoy sombra mia aun no soy.

Ya me parece, amigo lector, que será justo el dar fin á este volúmen, porque no sería razon, tras de tanta pena y sentimiento, escribir cosas de chanza, cuando hubiera materia para ello; y así, me perdonarás el haberte dado el postre en tragedia, pues harto me holgara yo y toda la cristiandad que su majestad cesárea se gozara siglos de siglos, y darte en lugar de sus epitafios fúnebres una docena de romances alegres. Y así, culpa á la muerte, y no á mi pluma; pero porque te quedes saboreando con la miel del bureo, y no lloroso con el trágico fin, porque sea postre agridulce como granada, hice una despedida de mi amo y de todos los señores y damas de esta córte, advirtiéndote que me ha costado harto trabajo, porque su compostura es la más difícil que hasta hoy ha salido, por ser romance sin una letra vocal que es la *o*, con ser la más necesaria de todas cinco, que es el siguiente:

Insigne duque de Amalfi,
Cuya fama á Italia ilustra,
Y ella ufana á tus laureles,
La da palmas á la pluma;
Fuerte Alcídes de Alemania,
Cuyas deidades augustas
Y águilas sacras rapantes
Las preservásteis de injurias;
Valiente Aníbal de Flándes,
Pues en su primera angustia
Le sacásteis invencible
De las tinieblas escuras;
Estéban se parte á Italia,
Y ántes de partir renuncia
El alegría y la chanza
Y la gala de la bufa.
A vuecelencia suplica
Le dé licencia, si gusta,
Pues que sus males y achaques
La muerte y vejez anuncian.
Brusélas, quedad en paz;
Damas, deidades purpúreas,
De cuya beldad se saca
Quinta esencia de luz pura,

A reverder en el valle,
Pues ya mi merced se afufa
A tener casa de naipes
Y á vivir de garatusa.
Príncipes, duques, marqueses,
Mi viaje se apresura,
Y el partirme es para siempre,
Y la vuelta para nunca.
El fin de mis caravanas
Anhela y pide pecunia,
Que es la bella entretenida
Sanguijuela que la chupa.
Valiente y fuerte milicia,
Cuya infernal baraunda
Me hace temblar cada dia,
Y guardar muy bien la nuca,
A mi partida haced salva,
Pues sabeis mis cancamusas,
Y que en campaña de *requiem*
Nunca estuve de aleluya.
Burgesía, ya se ausenta
Esta tremenda figura,
Que de lámparas y tazas
Fué tarasca y fué lechuza.
Quedad en paz y quietud,
Galeazas de la chusma,
Pulillas de la salud,
Venteras de carne cruda.
Muy huérfanas quedaréis,
Bellas y amenas bayucas,
l alma queda en rehenes,
a que el cadáver se muda.
Mis niñas en esta ausencia
Darán vertientes de zupia,
Que si es muerte el ausentarse,
Lágrimas dén á sus urnas.
Si al que se muda, Jesus
Siempre le ampara y le ayuda
Buen viaje y buen pasaje,
Pues que ya pinta la uva.

FIN.

ÍNDICE.

LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES, Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

SEGUNDA PARTE DE LAZARILLO DE TORMES.

OBRAS EN PROSA FESTIVAS Y SATÍRICAS DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EL DIABLO COJUELO.

VIDA DE DON GREGORIO GUADAÑA.

LA VIRTUD AL USO, Y MÍSTICA Á LA MODA.

LA GARDUÑA DE SEVILLA Y ANZUELO DE LAS BOLSAS.

VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZALEZ.

FIN DEL ÍNDICE.